

MARIANO JOSÉ
DE LARRA

OBRAS COMPLETAS

△
TOMO IV
▽

TEATRO

RAMON SOPENA
EDITOR
BARCELONA

MARIANO JOSÉ DE LARRA
"FIGARO"

OBRAS COMPLETAS



3 Ptas.

DRPS
FA
831



UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitaria



0500769796

92

BIBLIOTECA JOPLINA

MARIANO JOSÉ DE LARRA
"FIGARO"

OBRAS COMPLETAS



TEATRO

BIBLIOTECA SOPENA

MARIANO JOSÉ
DE LARRA

OBRAS COMPLETAS

△
TOMO IV
▽

TEATRO

RAMON SOPENA
EDITOR
BARCELONA

BIBLIOTECA
SOPENA

92

3 Ptas.

TEATRO

(Continuación)

PUBLISHED IN SPAIN.

FL DRS / 0831

0500769726

∴ ∴ BIBLIOTECA SOPENA ∴ ∴

MARIANO JOSE DE LARRA
(FIGARO)

OBRAS COMPLETAS

TOMO IV

TEATRO

(CONTINUACIÓN)



BARCELONA
RAMÓN SOPENA, EDITOR
PROVENZA, 93 A 97

DON JUAN DE AUSTRIA O LA VOCACIÓN

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

PERSONAS

FELIPE II	FRAY TIMOTEO
Don JUAN	PABLO, novicio de quince años.
Don RODRIGO QUESADA, del	GINÉS } criados de don Ro-
Consejo de S. M. Carlos V.	DOMINGO } drigo.
Don PEDRO GÓMEZ	RAFAEL
CARLOS V	Doña FLORINDA SANDOVAL
EL PRIOR DEL CONVENTO	DOROTEA, dueña.
* DE JERÓNIMOS DE YUSTE	UN UJIER DEL PALACIO
FRAY LORENZO	Cortesanos, Ujieres, Alguaciles, Frailes, Guardias, etc.

ACTO PRIMERO

Una librería en casa de don Rodrigo: en los alrededores de Toledo.

ESCENA PRIMERA

DON RODRIGO, GINÉS *con bujías en la mano*, DOMINGO

ROD. Alumbra, Ginés. Véalos yo después de tres días de ausencia, mis caros libros, mis amigos y mis consejeros... (*Separando las luces que Ginés acerca.*) ¡Eh! no tan cerca; ¿quieres hacer un auto de fe con mi biblioteca? ¡Por Santo Domingo! esos libros son mejores cristianos que tú y que yo. ¿No debo a su intervención la conversión a Dios del mozo más mundano de entrambas Castillas? ¡Pobre don Juan! ¡Sepultar dentro de un hábito tan

raras y tan altas prendas! Pero así lo quiso el emperador, mi señor, y nuestro nuevo rey don Felipe ha jurado no reconocerle sino con esta condición.) ¿Eh? Paréceme que oigo ruido en su aposento. (*Acercándose a una puerta lateral.*) Don Juan, hijo mío, ¿no dormís?

Una voz de adentro. Padre y señor, estoy en oración.

ROD. ¡Santa palabra! (*A don Juan.*) Proseguid, hijo mío; mi regreso después de tan corta ausencia no ha de turbaros en vuestros piadosos deberes hacia el Padre común de todos los hombres. (*A Ginés.*) Ven hacia esta parte, y hablemos bajo. Ginés, ¿qué ha hecho mi hijo durante mi viaje? ¿Ha asistido todos los días al templo a la hora acostumbrada?

GINÉS. A la hora acostumbrada.

ROD. ¿Su estancia en él era larga?

GINÉS. Larga.

ROD. ¿Al ir o al volver no has visto nada sospechoso?

GINÉS. Nada sospechoso.

ROD. ¿No has recibido para él ninguna carta?

GINÉS. Ninguna carta.

DOM. Fuera de ésta. (*Deslizándola por debajo de la puerta de don Juan.*) Ya está en el buzón.

ROD. Estoy satisfecho. Sírvenme siempre con el mismo celo.

GINÉS. Con el mismo celo.

ROD. ¡Es un eco este asturiano! Una mula he tenido de su tierra, que gastaba más palabras. Pero fiel. A ti, Domingo. ¿Qué hizo mi hijo el día de mi partida?

DOM. Levantóse un tanto triste. Acompañéle en sus devotas oraciones, y, si no lo habéis a enojo, hícele pie para el almuerzo.

ROD. Veo que si tomas parte en sus devociones, no olvidas sus desayunos.

DOM. Suéleme decir que reza con más fervor cuando estoy a su lado, y que almuerza con mejor apetito.

ROD. (Este es más suelto que el otro. Ha andado tres años al servicio de un canónigo.) (*A Domingo.*) ¿Y después?

DOM. Le leí para edificarle un sermón del padre Fresneda... pero pesia mí...

ROD. ¿Se durmió?

DOM. No, sino antes del Ave María...

ROD. ¡Oh! ¿qué? ¿no le recordabas los grandiosos hechos del reinado anterior?

DOM. Temí que el nombre de Francisco I despertase en él sus antiguas imaginaciones marciales.

ROD. ¿Francisco I sigue, pues, siendo su héroe? (*Extraña fantasía en un hijo de Carlos V.*) (*A Domingo.*) ¿Y después?

DOM. Acostóse como de costumbre al caer del día, y reposó con un sueño tan tranquilo como su conciencia; díjome a la mañana que los ensueños que había tenido hubieran honrado a un padre del yermo.

ROD. ¡El gozo ha de matarme! Hace seis meses, Domingo, cuando don Juan parecía cuidar más del mundo que de su salvación, ¿quién hubiera creído que habíamos de ver jamás tan milagrosa conversión? Modelo es de buena crianza. Da las llaves.

DOM. Aquí están todas. (Salvo la buena.)

ROD. Ahora no pudiera salir sin mi licencia.

DOM. (Pero entrará con la nuestra.)

ROD. Podéis recogeros. Tomad para vosotros. (*Les da dinero.*) Y Dios os guarde.

GINÉS. Dios nos ayude.

ROD. No, no; no pecará por palabra de más.

ESCENA II

DON RODRIGO

Estoy fatigado. (*Sentándose.*) Bueno será ver si no he perdido en el viaje alguno de mis papeles. (*Abre la cartera y saca algunas cartas, que recorre.*) ¡Ah! La orden del rey don Felipe, que se niega a verme en Madrid y me manda volverme al punto a Villa García de Campos, donde a Dios gracias, ya estoy de vuelta.

«Últimos consejos de Ignacio de Loyola a su amigo y señor don Rodrigo Quesada, del consejo que fué de Su Majestad el señor emperador don Carlos V.»

La carta que aquel santo varón me escribió algunos días antes de su muerte. ¿Quién hubiera adivinado jamás, cuando mandaba aquella compañía de migueletes en el sitio de Pamplona, que había de verse un día al frente de otra compañía, Dios me perdone, bien diversa, y que ha de venir a ser, andando el tiempo, un ejército, según levanta gente para ella? Letras por cierto bien preciosas. Mal haya yo, si me canso jamás de pasarla y repasarla. (*Leyendo.*) «Os ocurre una dificultad, un escrúpulo de conciencia, mi muy caro hermano, tocante al hijo natural del emperador Carlos V, el mancebo don Juan, nacido en Ratisbona el 24 de febrero de 1545, quien fué cometido a vuestro celo desde la edad más tierna, y que pasa en la opinión de las gentes por hijo vuestro. En el caso, me decís, de que mi discípulo no fuese reconocido por el rey don Felipe, su hermano, a pesar de la palabra que delante de mí empeñó al emperador, religioso actualmente en el monasterio de Yuste, ¿debo o no publicar la verdad? Distingamos, hermano mío; distingo.» ¡Eh! ¡eh! Cuando cursaba en el colegio de Monteagudo, a los treinta y cinco años ya era el escolar más sutil para estos casos de conciencia... siempre cortaba el nudo con su *distingo*.

«Si don Juan estuviese aislado en el mundo, yo os diría: *Hablad, don Rodrigo*. Pero se trata de un suceso que atañe a dos testas coronadas; no es posible, hermano, dar a luz las faltas de los grandes de la tierra sin grave escándalo de los pequeños. Considerad, además, cuán eminente riesgo correríais vos mismo. Yo os propondría, por tanto, un término medio, que conciliase vuestros deberes con vuestro interés, cual sería acreditar el nacimiento de vuestro discípulo por medio de un instrumento que él pudiese hacer valer algún día a su riesgo y peligro; esta medida os reportaría la doble ventaja de daros tranquilidad en esta vida, y de no intimidaros en la otra...»

Ya está hecho, ya está hecho; aquí está el instrumento. «Segunda dificultad tocante a la madre del mancebo don Juan. Veo que no sabéis a quién achacar esta debilidad, y que andáis dudoso entre

una real princesa de Hungría, una nobilísima marquesa de Nápoles, y una humilde cuanto hermosa panadera de Ratisbona. Bien que fuese lo más natural, mi muy caro hermano, designar la plebea por caridad hacia las dos nobilísimas señoras, apruebo con todo vuestra dificultad. Pero en tal caso os quedará el medio, tan conciliador como el otro, de dejar en blanco el nombre de la madre.» Es un portento para estas sutilezas. He seguido su consejo, vista la dificultad de acertar en medio de tantas fragilidades imperiales. En resumen, del lado de la madre hay confusión, tropel: por lo regular sucede todo lo contrario. (*Guardando las cartas.*) Creo que reina la mayor tranquilidad en la cámara de mi discípulo. Se habrá recogido. Hagamos otro tanto.

ESCENA III

DOMINGO, GINÉS, *después* DON JUAN, RAFAEL

DOM. (*En voz baja.*) Entrad, entrad, señor don Juan: ha pasado a su cámara.

JUAN. ¡Lléveme el diablo! si ha vuelto, llego tarde.

GINÉS. ¿Tarde?

DOM. Jura como un hereje.

JUAN. Como un devoto; a fe que vosotros, con toda vuestra devoción, no desconocéis ninguno de los siete pecados mortales.

DOM. Pero nos arrepentimos; si los buenos cristianos no pecasen, habría una multitud menos en la tierra.

JUAN. ¡Silencio, víbora! (*Corriendo hacia la puerta de su cuarto.*) Rafael, Rafael, soy yo.

RAF. (*Abriendo la puerta.*) En buen hora, señor don Juan; a no ser por un ardid de guerra, la plaza estaba tomada. Hemos parlamentado al través de la puerta. Pero ¡voto a Dios! la superchería no le va bien a un soldado viejo.

JUAN. Toma ejemplo de Domingo: es oficio que no le cuesta, y que le vale. (*Sacando la bolsa.*) Toma, Ginés, por tu discreción, y tú, Domingo, por tus

embolismos: insignes bribones, cobráis por dos lados vuestros leales servicios.

DOM. Dios nos dió dos manos, y usamos de ellas en obsequio vuestro.

GINÉS. En obsequio nuestro.

JUAN. Esta es la primera vez que ha alterado el texto. Ea, id con Dios. (*Sacudiendo la bolsa vacía.*) He aquí dónde paran los dineros que mi buen padre me da para el rescate de cautivos.

ESCENA IV

DON JUAN, RAFAEL

RAF. Don Rodrigo puede alabarse de estar bien servido por cierto, y vuestra salvación está en buenas manos. Vuestra señoría, sin embargo, me había prometido volver más pronto.

JUAN. ¡Hallara yo medio de separarme de ella! lo que me pasma aún no es el haberla dejado tan tarde, sino el haber tenido fuerzas para separarme de ella; y si no me entiendes, buen Rafael, tanto peor para ti. Será señal de que no has amado jamás.

RAF. ¡Pluguiera a Dios!

JUAN. Sí, a tu modo.

RAF. Si hay dos modos, vive Dios que era el mejor; pero no se me acuerda que el amor me hiciese faltar nunca de mi puesto; ni aun después de la gloriosa jornada de Pavía, cuando hacíamos zafarrancho de las milanesas; y puedo jurar con todo a vuestra señoría que el día de nuestra partida las morenas de aquella tierra no podían decir como nuestro prisionero: *Todo se ha perdido menos el honor.*

JUAN. ¡Oh Francisco I! Gran rey, que admiro más todavía por sus defectos, que por sus raras prendas. Ese sabía amar.

RAF. Y se batía como un león, ¡*capo di dio!*

JUAN. ¡Parece que no se te olvidó todavía el italiano!

RAF. ¡Pardiez! sé jurar en todas las lenguas: y es gran recurso en el extranjero.

JUAN. ¡Vive Dios que no lo haces mal en castella-

no! acuérdate si no del día en que el viento, jugando con el manto de doña Florinda, dejó por primera vez su rostro descubierto en el paseo, y nos mostró la más peregrina belleza de que pueda envanecerse la Andalucía.

RAF. ¡Cuerpo de Cristo! ¿No os dije yo que era andaluza? Dónde hay ojos...

JUAN. ¡Y los suyos, Rafael! ¡Oh! me enloquecen de amor y de placer.

RAF. A vuestra edad, señor, decía yo otro tanto. Pero, ¿adónde os llevará ese galanteo?

JUAN. ¿Galanteo, Rafael? ¿Galanteo osas llamar al amor más ardiente y más puro que ardió nunca en pecho castellano? ¿Cuál mayor prueba le pides a esa pasión que este mismo papel que me hace su violencia representar? ¿Creíste, por ventura, que la hipocresía repugne menos a la fiera condición de un hidalgo bien nacido, que a la llaneza de un soldado de los viejos tercios de Flandes y de Italia? Y con todo, para burlar la vigilancia de mi padre cedí a los malos consejos de Domingo.

RAF. No hay como un santurrón para tentaros a pecar.

JUAN. Yo compré los escrúpulos de su conciencia y la imbécil afición de Ginés. Yo revestí el exterior de una vocación que no tengo, pesia a mi alma; debajo de esa máscara, que me lastima, supe encubrir...

RAF. Los paseos nocturnos, las serenatas... los eternos plantones al lado del poste de la iglesia.

JUAN. ¡Ah! donde le ofrecía el agua bendita... pero confiesa que jamás dedos más hermosos de mujer han desnudado el guante para tocar los de...

RAF. Los de caballero más galán.

JUAN. Más enamorado, Rafael, más enamorado. ¿Cómo pudiera tanta constancia no conquistarme su afecto? ¿Cómo pudiera haberme negado la puerta de su casa, a su vuelta de Madrid, adonde estubo en poco que mi locura y mi desesperación no la siguiesen? Si más la vi, más conocí que no me era posible vivir sin verla. No hay otra doña Florinda; no es la pasión quien me ciega: hay en ella, ora hable, ora calle, un no sé qué que me tiraniza y

me encadena a sus plantas para siempre. Es forzoso, Rafael, es forzoso que sea mía.

RAF. En buen hora, ¿quién lo estorba? acabad una vez, como yo empezaba siempre.

JUAN. (*Con altanería.*) Será mi mujer; nos ofendes a entrambos.

RAF. (Tiene a veces un modo de mirar que me impone.)

JUAN. Sí; y pues tengo su consentimiento, mañana mismo habré de ser dichoso.

RAF. ¡Mañana! Reparad con todo en los obstáculos...

JUAN. Me agradan los obstáculos. Una boda secreta además no presenta ninguno. A mal dar, si mi padre lo llega a saber, y me deshereda, tengo aún mi espada, de que me enseñaste a servirme. Ella bastará para conservar el lustre de un apellido que nadie puede robarme, y para volverme los bienes que la fortuna varia me arrebata. Ya hizo su deber la noche que encontré junto a la puerta de doña Florinda aquellos desdichados que se me antojaron alguaciles del santo oficio.

RAF. ¡Mal año! ¿nos las habremos con el inquisidor general? ¡Mejor quisiera habérmelas con el diablo!

JUAN. Porque no crees en él.

RAF. Sí creo; pero el diablo, señor, no quema más que los muertos, y el gran inquisidor quema a los vivos.

JUAN. Dices bien; pero, ¿qué te hizo ese papel, que tan mal le tratas?

RAF. No me acordaba: el pobre pagaba vuestras locuras. Domingo lo echó por debajo de la puerta. Esa al menos no pasará la visita de don Raimundo Tariz, el director de Correos y el hombre más curioso del reino.

JUAN. Con otros se desquitará.

RAF. (*Mientras que don Juan lee.*) Es una manera de confesor nombrado por el rey para toda la monarquía. Bien se puede decir de nuestro soberano que con ese director de Correos sus humildes vasallos no tienen secretos para Su Majestad.

JUAN. Convídame don Fernando Rivera a una batida, y en soto de Su Majestad. En mala sazón por cierto.

RAF. Y en soto de Su Majestad. Reparad, señor, que

la última hubo de costarnos cara. ¡Pardiez! Mejor quisiera haber muerto diez herejes en sus reinos que una liebre en sus sotos.

JUAN. ¡Necio estás! Si no fuera por el riesgo, ¿quién iría por la pieza a correr el monte? ¡El peligro, el peligro! He ahí el placer: en duelo, en batalla, en batida, venga como bien le parezca, para mí será siempre bien venido. Si hubiese nacido rey, Rafael, estaría estrecho en mis estados; no acertaría a respirar anchamente sino en los de mis vecinos.

RAF. Así era yo en matrimonio. ¡Vive Dios! ¡Y que el hijo de un señor tan pacífico abrigue sentimientos tan atrevidos!

JUAN. ¿Eso te asombra?

RAF. No sé qué fantasías se me pasan por la cabeza cuando veo a un hijo que no se parece a su padre. Pero dame siempre tentación de risa.

JUAN. Escuchemos. ¿No oíste ruido?... Alguien llega.

RAF. ¿A estas horas? Sí por cierto...

JUAN. ¡Será don Fernando Rivera! ¡Grande indiscreción! (*Corriendo hacia la ventana.*) No; dos caballeros que no conozco.

RAF. (*Que le ha seguido.*) Gran sombrero; capas pardas... figuras son misteriosas; alguna grave visita de don Rodrigo.

JUAN. Cuidemos de que no nos sorprendan aquí. Vamos de esta pieza, ayúdame a vestir el disfraz de la vocación y a desnudar este traje. Tomemos un aire santo y bienaventurado.

RAF. ¡Trabajo os mando!

JUAN. (*Deteniéndose.*) ¡Padre mío! Le engaño y le amo sin embargo. ¡Ah! Rafael, si en vez de ser padre, fuese tío...

RAF. Podría alabarse de tener por sobrino el pecador más incorregible de todas las Españas. Pardiez, si éste entra jamás en un convento...

JUAN. Será en un convento de monjas.

RAF. Ahí os seguiré, sor Juana.

JUAN. Sí, fray Rafael, para absolverme de mis pecados; no ha de faltarme tarea. (*Entrándose.*) ¡Adentro, Rafael, adentro!

RAF. (*Siguiéndole.*) ¡Lindo fraile habíamos hecho!

ESCENA V

FELIPE II, DON PEDRO GÓMEZ, DOMINGO

FEL. Decid a vuestro amo que el conde de Santa Fiore quiere hablarle.

DOM. Don Rodrigo llega ahora de un largo viaje; está recogido y temo que vuestra señoría tenga mucho que aguardar.

FEL. Aguardaré.

DOM. Salvo sea el respeto que debo a vuestra señoría...

FEL. ¿No veis ya que aguardo?

DOM. ¡Pardiez! No parece con todo que le coge acostumbrado.

ESCENA VI

FELIPE II, DON PEDRO GÓMEZ

FEL. (*Arroja su capa sobre un sitial, y se sienta.*)

¡Cuán largas son las últimas leguas en un viaje!

GÓMEZ. Como todo lo que se desea ver concluir. Ya estamos, señor, en casa del antiguo criado de vuestro augusto padre. Asómbrame que aquel monarca hubiese podido escoger semejante consejero.

FEL. Vuestro asombro fuera justo si los reyes, cuando escogen un consejero, se obligasen a seguir ciegamente sus consejos.

GÓMEZ. Discreción, probidad... convengo en ello.

FEL. ¿Y eso no es nada, don Pedro?

GÓMEZ. Pero sin carácter.

FEL. Los que tienen demasiado gustan de servirse de los que no tienen ninguno.

GÓMEZ. Un hombre a quien hace titubear el menor riesgo, a quien desconcierta el primer obstáculo, harto convencido de su destreza para no ser fácilmente engañado... tan alta reputación, en fin, y tan poco merecida... eso es, señor, ganar en juego sin poner.

FEL. Parece a otros muchos a quienes engrandece

la mano que los mueve; y si ésta los suelta, de grandes que parecían, caen en el abismo de su medianía.

GÓMEZ. Vuestra Majestad hace el retrato de sus ministros... osaré preguntar a Vuestra Majestad si la profunda meditación en que le veo sumergido... acaso el joven don Juan...

FEL. (*Levantándose.*) ¡Oh! el fastidio me pesa. No puedo permanecer en un sitio. ¿Por qué la habré visto? ¡Ah! ¿Por qué la habré visto? Tú fuiste quien me dijo en el soto de Manzanares: «Miradla, señor, qué gentil belleza!»

GÓMEZ. Señor, ¿su recuerdo persigue todavía a Vuestra Majestad?

FEL. No, no; no pienso ya en ella; no quiero pensar en ella... como decíais, don Juan llenaba mi pensamiento.

GÓMEZ. La fuerza de la sangre habló tal vez, y el corazón de Vuestra Majestad se conmueve en el punto en que va a decidir su suerte.

FEL. ¿Y qué especie de sentimiento me pudiera conmovier? ¿Hele por ventura conocido bastante para quererle? ¿Díome acaso ocasión de aborrecerle? ¿Qué bien me hizo? ¿Y cuáles pudieron ser sus delitos contra mí?

GÓMEZ. Uno cometió, señor, uno solo.

FEL. ¿Y cuál?

GÓMEZ. El de haber nacido.

FEL. No gusto de que adivinen mis pensamientos; pero por la salvación de mi alma os juro que decís bien. Ese es su delito; la misma sangre corre en nuestras venas. Holgábame de ser solo... pero empeñé mi palabra, prometí sobre los santos Evangelios...

GÓMEZ. Roma en tierra puede dispensar de todo juramento...

FEL. ¡Roma! Me humillo ante el poder de Roma, pero Roma no hace nada de balde.

GÓMEZ. ¡Verdad profunda!

FEL. Veré a don Juan: leeré en su alma; si es quien debe ser, le reconozco, y el celibato voluntario se pultará bajo las dignidades eclesiásticas su nacimiento, sus pretensiones y su posteridad. Pero sí sorprende en él la menor inclinación a las pompas

y placeres del siglo, si el espíritu de rebelión le anima, le olvido; y a poco que hubiese penetrado el misterio de su cuna... ¡Dios me inspirará!

GÓMEZ. Entiendo.

FEL. ¡Así pudiera sacudir otros recuerdos tan fácilmente como el suyo! Habré hecho por ella lo que por ninguna otra mujer. Dos veces la seguí encubierto bajo de un disfraz: me confundí entre la muchedumbre para no perder su huella, y todo por tus consejos, y todo en balde.

GÓMEZ. ¿Pudiera yo creer, señor, que aquella joven doncella, o aquella viuda, pues que aun ignoro su estado, se escapase a mis pesquisas?

FEL. Los lutos os engañaron: ¡oh! no, no, no es viuda: es una belleza en el candor de la primera edad. ¡Viuda! Me matarían los celos del tiempo pasado... pero ¿por qué me habláis siempre de ella, don Pedro?

GÓMEZ. Vuestra Majestad, señor, fué quien primero...

FEL. ¿No hay pendiente ningún negocio, ninguna noticia que pueda ocupar mi pensamiento?

GÓMEZ. Una sola, señor, tocante a la fe.

FEL. ¡A la fe! Hablad, hablad.

GÓMEZ. Me escriben que en uno de los valles del Piamonte varios vasallos de Vuestra Majestad han sido sospechados de herejía. He aquí la contestación.

FEL. ¡Oh! es larga, demasiado larga. Nada de proceso; en materia de religión, don Pedro, no cabe discusión, sino sentencia: no es menester un juez; sobra con un verdugo. Larguísima, os lo repito.

GÓMEZ. Dikte Vuestra Majestad.

FEL. Cuatro palabras. *Todos a la horca.*

GÓMEZ. Vuestra Majestad ahorra mucho trabajo a su secretario.

FEL. Un sacerdote para asistirlos en el artículo de la muerte, si se muestran arrepentidos; si quieren discutir, sólo el verdugo.

GÓMEZ. Con razón se dice que Vuestra Majestad es el más firme apoyo de la fe católica.

FEL. El cielo me sería tal vez deudor de una recompensa. Pero, ¿quién sabe, Gómez, si no serás tú el instrumento de su misericordia? ¿No me has

dicho que mi tormento tendría fin aquí? ¿No traes informes seguros? ¿No crees que habita en Toledo? ¿Es cierto, o es falso?

GÓMEZ. Así lo creo, señor, y esta noche algunas de mis gentes han debido hacer pesquisas para descubrir su morada.

FEL. Lógralo, Gómez, y mi gratitud no reconocerá límites; porque quiero descubrirte las flaquezas todas de mi corazón: esa mujer me persigue, es mi ángel malo, es un sueño que me devora; estoy poseído de ella. Su imagen se interpone entre mí y el Dios mismo que me escucha... hoy mismo, hoy también he omitido mis oraciones. ¡Oh! no; éste estado no puede ser duradero, porque es intolerable; haría peligrar mi vida en este mundo y mi eternidad en el otro: de ti depende, Gómez, mi vida y mi ventura. Haz que yo la vuelva a ver, y tesoros, grandezas, todo es tuyo. Te cubrirás delante de mí, te verás tuteado por el duque de Alba...

GÓMEZ. Que con tanto placer me repite un vos a cada palabra; o esa mujer no existe ya en la tierra, o habré yo de encontrarla.

FEL. Id con Dios; oigo a don Rodrigo; triunfad, don Pedro, y recordad las promesas de vuestro señor. (¡Vanidad humana! Va a revolver la tierra, y todo por oírse tutear de un hombre a quien detesta.)

ESCENA VII

FELIPE II, DON RODRIGO

ROD. El señor conde disculpará mi tardanza... ¡Qué veo! ¿Es Vuestra Majestad? (*Poniendo una rodilla en tierra.*) ¿Vuestra Majestad se ha dignado...?

FEL. Alzad. Deponed el respeto debido a la Majestad: el rey le renuncia, y el conde de Santa Fiore no tiene derecho a él. Habéis pasado a Madrid, y habéis hecho mal.

ROD. Pero, señor...

FEL. (*Con impaciencia.*) Mal os digo, muy mal. No he olvidado nada. Venir a recordarme una promesa, es suponer... que he podido...

ROD. Lejos de mí, señor, tal pensamiento. Ruego a

- Vuestra... a Vuestra Excelencia, que vea una disculpa de mi yerro en el afecto que profeso a mi discípulo.
- FEL. Estáis perdonado. Espero que habréis guardado el secreto.
- ROD. Con escrupulosa lealtad.
- FEL. Que habréis ejecutado puntualmente mis órdenes.
- ROD. Al pie de la letra; y el cielo ha querido que el éxito sobrepujase a mis esperanzas. Puedo sin vanidad presentaros, señor, en don Juan un modelo de crianza cristiana.
- FEL. Mucho decís.
- ROD. Un mancebo piadoso, así desprendido de las vanidades del siglo, como poco apegado a sus placeres. Consume las noches y los días en la meditación, la pensión que le dais en limosnas, y su tiempo en oraciones; en él se funden, en fin, la timidez de una virgen y el fervor de un cenobita.
- FEL. Es decir, que es el mejor cristiano del reino.
- ROD. (*Inclinándose.*) Después de Su Majestad.
- FEL. Y del obispo de Cuenca, espero.
- ROD. (*Inclinándose de nuevo.*) Después de Su Majestad y del confesor de Su Majestad. Es tanto, señor, que temo que los honores y dignidades de la Iglesia que le están reservados ofendan su humildad: tal es su vocación por la obscuridad del claustro.
- FEL. No hay mal en eso. Si lo que decís es cierto, como creo, voy a reconocer y a estrechar en mis brazos a un hermano; pero quiero antes juzgar de su verdadero estado por mí mismo.
- ROD. Bien podéis, señor, desde este punto. A cualquiera hora que se le sorprenda se le hallará ocupado en sus deberes religiosos.
- FEL. Vale más que yo entonces. Me recordáis, don Rodrigo, que hoy no he cumplido con los míos. Grave penitencia es acusarme delante de vos de esta omisión; hágolo por tanto humildemente; pero, encaminadme a una pieza retirada donde pueda recogerme en el Señor y reparar mi falta.
- ROD. Permitid, señor, que os preceda...
- FEL. No; quedaos; preparad el ánimo de vuestro discípulo para recibir al conde de Santa Fiore, única

- persona que desde hoy tendrá derecho sobre él. Ni una palabra más. Tocante a su vocación por el claustro, desde hoy quiero que quede satisfecha: podéis anunciárselo.
- ROD. Puesto que rehusáis, señor, mis humildes servicios... (*Llamando.*) ¡Domingo! (*A éste, que entra.*) Conducid a Su Excelencia al extremo de la galería en el oratorio de don Juan. (*Al rey.*) Allí os veréis rodeado de los objetos de su diaria veneración. (*Le acompaña, inclinándose repetidas veces.*)
- FEL. Está bien, señor don Rodrigo, está bien. Basta. (*Con intención.*) ¡Sobra!

ESCENA VIII

DON RODRIGO, después DON JUAN

- ROD. ¡Llegó el día grande! Libre ya del peso de un secreto de que siempre recelé, mis sueños volverán a ser tranquilos. Mi discípulo subirá a ocupar el alto puesto que le es debido, y yo volveré a la reposada posesión de mi retiro. He de llorar de gozo. (*Abriendo la puerta de don Juan.*) Don Juan, mi querido don Juan, salid... ¡venid presto!
- JUAN. Padre mío, ¡cuán dichoso me hace vuestra presencia!
- ROD. Más dichoso es quien puede estrecharos en sus brazos y anunciaros una nueva que ha de colmar vuestro gozo.
- JUAN. ¿Qué nueva?
- ROD. El más ardiente de vuestros votos va muy pronto a realizarse: dentro de algunas horas entraréis en el monasterio.
- JUAN. ¡En el monasterio! ¡dentro de algunas horas! ¿y ésa resolución es irrevocable?
- ROD. Tanto, hijo mío, que ni consideraciones de ternura, ni poder humano fueran bastantes a removerla.
- JUAN. En tal caso, es forzoso deciros toda la verdad. Cansado estoy ya, además, del papel que me impuse y de la máscara importuna: tiempo es ya de desnudar apariencias mentidas que me envilecen a mis propios ojos.

ROD. ¿Qué habláis de máscara y de apariencias?...

¿Qué queréis decir, don Juan?

JUAN. Que os engañaba, padre mío.

ROD. ¿Vos?

JUAN. Hace seis meses que os engañaba: ese fervor que hizo vuestro asombro, esa piedad acendrada, todo era, señor, mentira. Amo la libertad con la misma vehemencia con que aborrezco la estrecha esclavitud del claustro: sí, la amo con frenesí, sin límites. La vida me es menos grata que la libertad; el aire que respiro es menos necesario a mi existencia. Considerad, pues, ahora que si he podido humillarme hasta mentir por gozar de ella en secreto, todos los suplicios del mundo no me harán vacilar para defenderla a viva fuerza.

ROD. ¿Qué escucho?... ¡Vos, don Juan! ¡Dios mío!

JUAN. ¡Perdón, padre mío, mil veces perdón! ¡Ah! Creed, señor, que esa odiosa industria repugnaba más todavía a mi ternura filial que a mi orgullo de hombre. Pero, ¿por qué pedirme virtudes superiores a mis fuerzas? Nada, señor, más respetable que un ministro del Altísimo, digno de tan sublime misión. Así son tan raros, padre mío; pero yo siento en mí la imposibilidad de imitarlos, y la necesidad de deciros en medio de mi desesperación: «Soy incapaz, señor, de tanta virtud; ¡no puedo, padre mío, no puedo!»

ROD. ¡Oh! moderaos, por Dios, don Juan, yo os suplico: no incurráis en la exageración: la Iglesia, madre prudente, no exige de sus hijos iguales sacrificios. Los hay predestinados por ella a los honores, y aun a la gloria. ¿Habré de citaros el ejemplo de nuestro inmortal cardenal Jiménez? Y tocante a los placeres inocentes del mundo, puedo afirmaros que conocí en Roma muchos de sus colegas que no se privaban de ellos, que vivían de todo en todo como vos y como yo, y sin que fuese mal visto.

JUAN. Como vos, padre mío, es posible; pero ¡como yo! ¡ah! ¿Pretendéis, señor, que introduzca yo en el claustro desórdenes apenas tolerables en vuestra casa? ¿Queréis que encubra bajo el hábito monacal lo que era sólo flaqueza en mí, y lo que sería crimen en él?

ROD. ¡Cielos! Don Juan, ¿qué intenciones me suponéis?

JUAN. O habría de luchar de continuo con pasiones que jamás sofocaré, y doblar la cerviz a una obediencia ciega, a cuya sola idea todo mi ser se rebela. El último grado de la infamia o de la desdicha; he ahí lo que me proponéis. ¡Oh! no, no; vuestro corazón de padre se conmovió; jamás lo permitiréis.

ROD. El asombro me embarga la voz.

JUAN. ¿Y por qué lo permitiríais? ¿Qué razón, que no penetro, os lleva a sacrificar vuestro hijo único, el único heredero de vuestra casa? O me juzgáis por ventura indigno de sucederos. ¡Ah! desengañaos, señor, un porvenir brillante me espera acaso: siento en mí un deseo insaciable de gloria y de felicidad que no me engañará. Seré el orgullo de vuestros ancianos días. Padre mío, os sentiréis rejuvenecer algún día entre mí y una mujer digna de mi amor y de vuestro cariño.

ROD. ¡Una mujer!

JUAN. En el seno de una familia nueva, de mis hijos; sí, de mis hijos, que no os amarán menos que yo.

ROD. ¡Su mujer! ¡Sus hijos! ¡Dios de bondad! ¿Habéis perdido la cabeza, don Juan?

JUAN. ¡Ah! me arrojo a vuestras plantas... dadme a besar esas manos que tantas caricias me prodigaron, que tantas veces me bendijeron.

ROD. Me espanta y me entenece a un mismo tiempo.

JUAN. No las retiréis de mí, dejad que mis lágrimas las rieguen. ¡Ah! Padre mío, ¿lloráis?... No pronunciareis la sentencia de mi muerte, no mataréis a vuestro hijo...

ROD. (Llorando.) ¡Mi hijo, mi querido hijo!... ¡Ah! Don Juan, no soy vuestro padre.

JUAN. (Que se levanta.) ¿He oído bien? ¿no sois mi padre?

ROD. Don Juan, habéis salido de una casa más ilustre que la mía, y el que os dió el ser...

JUAN. ¿Quién es? ¿Dónde está? Hablad, presto, responded.

ROD. ¡Ah! Don Juan, no pertenece ya a este mundo. (Puedo afirmarlo sin mentir.)

JUAN. ¡Le perdí!

ROD. Pero transmitió sus derechos y su autoridad entera al conde de Santa Fiore, que acaba de llegar, y a quien veréis dentro de poco. Nadie puede, sino él, descubrirnos el secreto de vuestro nacimiento; es un señor poderoso, respetable, y cuyas órdenes deben ser para vos sagradas.

JUAN. ¡Vos no sois mi padre! (*En el colmo de la alegría.*) ¿Conque soy libre?

ROD. No por cierto. (¡Y el rey que puede sorprendernos de un momento a otro!)

JUAN. (*En el mismo tono.*) Soy dueño de mis acciones.

ROD. Aun menos. (¡Yo que creí calmarle!...)

JUAN. De hoy más puedo hacer, podré decir cuanto me ocurra.

ROD. Guardaos bien. Respetad al conde de Santa Fiore; en ello va vuestro porvenir, vuestra fortuna...

JUAN. Mi libertad antes que todo.

ROD. Vuestra vida...

JUAN. ¡Antes que todo mi libertad! ¡Jamás fui más dichoso! (*Abrazando a don Rodrigo.*) ¡Si supierais cuánto os amo desde que no es deber el respetaros!

ROD. Perdió el seso. Por Dios, moderaos, hijo mío: no le opongáis una resistencia prematura... ganemos tiempo al menos; por piedad, fingid... (*Viendo al rey.*) ¡Cielos, él es! ¡Buen modelo de virtudes cristianas le presento!!!

ESCENA IX

DON RODRIGO, DON JUAN, FELIPE II

FEL. ¿Este es vuestro discípulo, señor don Rodrigo?

ROD. Este es, señor conde, el joven... el mancebo don Juan que... (No sé lo que me digo.) (*Al rey.*) Vuecelencia me encuentra conmovido... la idea de una separación nos ha enternecido a tal punto a uno y a otro...

FEL. Lo comprendo. (*Examinando a don Juan.*)

(¡Mucho se parece a mi padre! más que yo: esta semejanza me ofende.)

JUAN. (*Mirando al rey.*) ¡Severo gesto el del conde! ¡no me agrada!

FEL. (*A don Rodrigo.*) Si gustáis dejarnos juntos...

ROD. Vuecelencia no se sorprenderá si en el punto de partirse manifiesta en su conversación un pesar...

FEL. Es natural.

ROD. Si gustáis que yo me quede, podré explicaros...

FEL. Quiero que se explique él mismo; de su boca quiero conocerle.

JUAN. (En dos palabras lo conseguirá.)

ROD. Me retiro: (*Bajo a don Juan.*) Don Juan, por piedad no le opongáis resistencia.

FEL. (*Con firmeza.*) Dejadnos; don Rodrigo, yo os lo ruego.

ROD. Obedezco. (Ya están uno en frente de otro. ¡Dios nos ampare!)

ESCENA X

DON JUAN, FELIPE II

FEL. (Por más hábil que sea, he de descubrir el último doblez de su corazón.) (*A don Juan, sentándose.*) Acercaos. (*Don Juan se va a tomar un sitio y viene a sentarse a su lado.*)

FEL. (*Después de haberle mirado un instante.*) (Sea: no me conoce.) (*Alto.*) Mucho bien me dijeron de vos, señor don Juan.

JUAN. Quisiera yo mejor, señor conde, que os hubieran dicho un tanto de mal; me sería más fácil entonces dejar airoso el concepto que de mí tenéis formado.

FEL. Eso es humildad. Y una de las virtudes por cierto que deseaba yo más ardientemente hallar en vos.

JUAN. Sois cortés, tengo más de franco que de humilde.

FEL. Prenda es ésa de que mucho gusto también, y quiero ponerla a prueba. Habéis meditado mucho, don Juan...

JUAN. ¡Yo!...

FEL. Mucho, lo sé. Decidme, ¿cuál ha sido el resultado de vuestras meditaciones? ¿a qué carrera os inclina más particularmente vuestra afición? Confesadme los planes que en vuestros ratos de soledad habéis formado para vuestro porvenir, y hasta los más íntimos sentimientos de vuestra alma generosa. Explicaos sin disfraz.

JUAN. Nada os quedará que desear. Partamos de un punto, si os place; en la vida no hay más que tres cosas: la guerra, las mujeres y la caza.

FEL. ¿Cómo? Repetid; he oído mal sin duda.

JUAN. O las mujeres, la caza y la guerra; en el orden que os parezca, con tal que no falte nada.

FEL. ¿Me respondéis seriamente?

JUAN. Tal cual me preguntáis: no puedo decir más.

FEL. Al menos confesaréis que ésa es singular disposición para entrar en el convento.

JUAN. Así es, que no se me pasa tal idea por la imaginación, y primero pegaría fuego a todos los conventos de España que hacer mis votos en ninguno de ellos.

FEL. (*Levantándose rápidamente.*) ¡Misericordia! ¡Qué vocación!

JUAN. (*Con calma, y dando con el dorso de la mano en el sillón del rey.*) Sentaos, sentaos, pues. Es la mía; vocación a la rebelión contra todo lo que pueda coartar mi independencia o mis placeres; vocación de cuerpo y de alma para todo cuanto puede hacer dulce o gloriosa la vida.

FEL. En tal caso, don Rodrigo se ha burlado de mí.

JUAN. No tal; ¡burlarse el buen señor! Yo soy quien le he burlado a él, y de ello me acuso con esa misma humildad que os agrada, y esa franqueza que os es particularmente grata.

FEL. (*Con severidad.*) ¡Señor don Juan! (*Sentándose.*) (Pero sigamos hasta el fin.)

JUAN. Parece haberos procurado cuantos datos necesitabais acerca de mis principios: añadiré a esto que a la presente estáis más adelantado que yo en mis asuntos propios, puesto que sabéis quién soy, y yo lo ignoro. Dignaos, pues, instruirme, a fin de que pueda yo conocerme por lo menos tan bien como me conocéis vos mismo.

FEL. Vuestro padre, al revestirme de su autoridad sobre vos, impuso a la revelación de ese secreto condiciones...

JUAN. Que adivino, y que os dispense de referir; pero mi padre no sería un déspota.

FEL. ¿Qué sabéis?

JUAN. ¡Extraño modo de hacérmele querer!

FEL. Acaso tenía derecho para serlo.

JUAN. El rey mismo no lo tiene. Si mi padre viviese todavía, él, de cuya autoridad se trata de abusar, él mismo se avergonzaría de convertirla en tiranía.

FEL. Se os ha dicho que ya no vivía.

JUAN. Por mi desgracia; pero, muerto él, no soy deudor a nadie del sacrificio de mis inclinaciones y de mi dignidad.

FEL. Quiero recordaros con todo que pende de vos el ser alguna cosa en el mundo, o el quedar sumido en la nada.

JUAN. Y yo os repondré que no permanece hombre de nada quien nació hombre de corazón. La más ilustre cuna no vale el precio a que me quieren vender la mía. ¿De qué se trata? ¿De una herencia que se me niega? me pasaré sin ella. ¿De un nombre que quieren venderme caro? Con mi sangre granjearé otro más barato. Hablad, pues, ahora, si os place. ¿No queréis? Sois libre, pero acabemos. (*Levantándose.*) Y a Dios, conde de Santa Fiore. El hombre de la nada no ha menester de vos para llegar a ser alguna cosa.

FEL. (*Con calma.*) Sentaos ahora vos, sentaos, y departamos sin enojos. ¿Es, pues, invencible vuestra inclinación a las armas?

JUAN. Invencible; soy castellano; harto os digo. Tildadme de ambicioso; no lo niego; lo soy. Haced mofa de mi orgullo; os doy licencia: porque a pesar de la nada en que estoy sumido, pareceme que nací más para mandar que para obedecer. Sabré con todo ser soldado; pero sois poderoso, y si mi padre con su autoridad os hubiese transmitido juntamente un resto de su ternura, no llevaría el mosquito largo tiempo.

FEL. Verdad es que yo pudiera adelantaros en las armas.

JUAN. (*Apretándole la mano.*) Hacedlo, pues; ¿qué

aguardáis? y contad para siempre con mi agradecimiento.

FEL. (*Que retira suavemente su mano sonriéndose.*)

No empeño mi palabra, pero tampoco digo que no.

JUAN. Eso ya es algo. Vuestra severidad pone más de diez años entre nosotros dos; pero si yo estoy en la edad de los devaneos, vos estáis todavía en la edad en que se perdonan; siempre presumí, señor conde, que dos jóvenes acabarían por entenderse.

FEL. Pero, ¿habéisme abierto vuestra alma de par en par? Decidme, ¿el amor de la libertad es el único amor que os aleja del claustro? Os lo pregunto a fuer de amigo.

JUAN. Antes de responder a esa pregunta, muy amistosa por cierto, de buena gana os haría yo dos, no menos amistosas en verdad.

FEL. ¿Y cuáles?

JUAN. ¿Habéis amado vos, conde de Santa Fiore?

FEL. Cierto que sí.

JUAN. ¿Y amáis todavía?

FEL. Enhorabuena; os lo quiero confesar; amo todavía; y acaso más que quisiera.

JUAN. ¡Amáis! he ahí el lazo que nos acaba de estrechar. Yo también, señor conde, amo a la más hermosa, la más digna, la más perfecta mujer que hay en la tierra.

FEL. Mejorando la mía, don Juan, si no lo habéis a enojo.

JUAN. Enhorabuena; quiero desde ahora dar por sentado que ninguna de las dos es menos perfecta que la otra; pero estoy cierto que si no participáis de mis sentimientos hacia la mía, no podréis al menos cerrar las puertas a la admiración.

FEL. Aun para eso sería forzoso conocerla.

JUAN. Mucho pedís. Con todo, escuchad: tan ciega confianza tengo en el imperio que ejerce sobre cuantos pueden verla y oírla, que consiento en que volvamos a las pasadas condiciones. Hagamos un pacto. Si aprobáis mi elección, daréis vuestro consentimiento a un proyecto de que mi dicha depende, y me diréis el secreto que anhelo saber. Empeñad vuestra palabra.

FEL. ¡La empeño...! Sí, apruebo vuestra elección, ¿y cuándo la he de ver?

JUAN. Hoy mismo, y en su posada. No hay embarazo. Soy mayor. Si logro vuestro asentimiento será para mí ocasión de dicha y de orgullo; si no lo logro, de antemano os prevengo que tomaré el partido de pasarme sin él, mal mi agrado, por supuesto; pero no os turbéis, conde, que no habéis de poder resistir.

FEL. Así os lo deseo.

JUAN. Vivo de ello seguro, y quiero anunciarle vuestra visita. Después de los oficios, adonde vamos los dos, ella por Dios, y yo por ella, venid, si os place, y si otra cita no se opone, venid a buscarme a su posada: una casa nueva que veréis a la entrada de Toledo, el quinto balcón después de la iglesia de San Sebastián...

FEL. Os prometo no hacer falta. (Mi padre al menos no podrá decir que no obré en todo concienzudamente.)

JUAN. A más ver, pues, en casa de doña Florinda. Hoy comienza, conde, nuestra amistad, y yo os hablo con el corazón en la mano; os quiero ya como a un hermano.

FEL. De prisa vais en efecto.

JUAN. Es condición mía, que he de amar o aborrecer del primer movimiento.

FEL. Yo no hago ni lo uno ni lo otro sino con buena razón.

JUAN. Sois cortesano y yo no. (*A don Rodrigo, que entreabre la puerta tímidamente.*) Entrad; ¿no sois siempre mi padre? Entrad, no cometeréis indiscreción.

ESCENA XI

DON JUAN, FELIPE II, DON RODRIGO

ROD. (*Cortado.*) Me atreveré a preguntar a vuecelencia si está satisfecho.

FEL. Os doy mil parabienes, señor don Rodrigo.

JUAN. Algo habría que decir; pero el conde es indulgente, y ha tomado como prudente el partido que debía tomar.

ROD. ¿Será posible?

FEL. Por lo menos me decidiré en todo el día; pero negocios de importancia me llaman a otra parte: dadme licencia que os deje.

JUAN. Conocemos la importancia de vuestros graves negocios; sabemos, señor conde, que no admiten detención.

FEL. (*A don Rodrigo.*) Espero volver a veros en un punto a que me ha citado vuestro discípulo.

ROD. No hará falta.

JUAN. En casa de una persona que os ha de asombrar. El señor conde no hizo sino prevenirme...

FEL. Os renuevo mis parabienes, don Rodrigo; vuestro discípulo os honra.

ROD. Vuecelencia me lisonjea.

FEL. A más ver, señor don Juan.

JUAN. (*Le oprime la mano, y acompañándole.*) A más ver, querido conde.

ROD. (*Le trata como a compañero.*)

ESCENA XII

DON JUAN, DON RODRIGO

JUAN. (*Echándose en brazos de don Rodrigo.*) Permitid que os estreche en mis brazos: todo salió a medida del deseo. Pero adiós quedad.

ROD. Esperad; ¿os dijo quién sois?

JUAN. (*Volviendo.*) Aun no; prestadme vos ese servicio.

ROD. ¿Qué es lo que me pedís, hijo mío? He empeñado mi palabra: no es posible.

JUAN. Decidme al menos el nombre de mi madre...

ROD. ¡Ah! En cuanto a vuestra madre, soy muy servidor vuestro, pero...

JUAN. Como gustéis. El conde no hace tantos misterios y hoy mismo me lo ha de revelar todo en casa de ella.

ROD. ¿De quién?

JUAN. De vuestra nuera.

ROD. ¿Cómo?

JUAN. Que estáis de boda.

ROD. ¿De boda? ¿Yo, don Juan?

JUAN. ¡Pardiez! mi buen amigo, no es por cierto la vuestra, pero la mía.

ROD. ¡Os casáis!

JUAN. Y espero que él será uno de los testigos, y vos el otro.

ROD. ¿Qué me proponéis, don Juan? Mucho me honráis.

JUAN. Ni más ni menos que a él.

ROD. Yo he de perder el seso; ¿y el conde os presta su consentimiento?

JUAN. Poco menos: es muy gentil hombre, y presto hemos de ser amigos íntimos. Adiós, señor; vuelvo a esperaros en casa de doña Florinda. Rafael os dará las señas de su posada.

ROD. ¿Cómo Rafael? ¡engañarme después de veinte años en mi casa!

JUAN. Por afecto hacia mí.

ROD. ¿Y Domingo también...?

JUAN. Por interés.

ROD. Y Ginés, tal vez...

JUAN. De necio: perdonadlos; si me conserváis afecto, reparad que fueron ocasión de mi contento.

ROD. ¡Oh humillación! ¡Mis tres criados! ¡Se dirá que un antiguo consejero, después de una vida entera consumida en habérselas con los más diestros, acabó por ser juguete y escarnio de tres imbeciles!

JUAN. Respetable don Rodrigo, calmaos: no hay escollo como un necio para el hombre de ingenio, si la confianza le ciega sobre todo. Quedad con Dios; corro a tomar mi espada, y vuelvo a las plantas de doña Florinda.

ACTO SEGUNDO

Casa de doña Florinda: cámara alhajada a la moruna.

ESCENA PRIMERA

DOÑA FLORINDA (*acaba de vestir el traje de boda*),
DOROTEA

DOR. Nunca más bella. (*Haciéndose para verla.*) Ni más apuesta.

FLOR. Di, nunca más dichosa, Dorotea.

DOR. ¿Qué va a decir don Juan, él que os veía ya tan hermosa con los lutos?

FLOR. Con todo, estaba bien triste entonces; mi pobre padre acababa de dejarme sola en el mundo.

DOR. Conmigo.

FLOR. Sí, contigo, mi segunda madre, que no has cesado de velar sobre mi felicidad, que has sabido mantenerme en la fe de mis mayores, en esa fe a que he jurado eterna fidelidad entre los brazos de mi padre expirante.

DOR. Y bien os avino. El Dios de Jacob os galardona enviándoos un esposo de prendas tan aventajadas, mozo, galán, bien parecido, hidalgo además entre los hidalgos, y no en fin de esos que en estos tiempos afectan un exceso de religión más cruel que la propia impiedad.

FLOR. ¡Ah! ¿Por qué ha de querer mi desdicha que ése sea en él un mérito a mis ojos?

DOR. Si no tuviera más que ése, señora, yo os compadeciera; pero generoso, cuanto noble y valiente como los Macabeos; desde nuestro viaje a Madrid me convencí de la falta que os hace un protector.

FLOR. Ese viaje tú le dispusiste.

DOR. Cierto: no se había de hacer nada para recobrar las sesenta mil doblas prestadas al emperador Carlos V por vuestro padre y...

FLOR. ¿Qué esperanza podíamos abrigar, después, so-

bre todo, de su abdicación?

DOR. En buen hora que abdicase su corona... ¡pero sus deudas! ¿No podríais escribirle a su retiro? profesaba buen afecto a vuestro padre, y, aunque fraile, ¿quién sabe si no sería agradecido?

FLOR. (*Sonriéndose.*) ¿Piensas que un fraile ha de ocuparse de intereses de este mundo?

DOR. (*Arreglando las flores del peinado de su ama.*) ¡Lindas flores! ¡Qué bien van a vuestro rostro! ¡cuán frescas y cuán lozanas!

FLOR. ¡Pero falsas, Dorotea!

DOR. Tanto mejor; eso más tardarán en marchitarse.

FLOR. Falsas como mi nombre, como mi dictado, como las ofrendas que tributo a Dios en los templos de los cristianos.

DOR. Bien podéis hacer sin escrúpulo lo que el noble Ben-Jochai, vuestro padre, hacía antes que vos: digo noble, porque lo era de corazón; pero castellano en la iglesia bajo el nombre de Sandoval, judío en su casa con el suyo propio, supo vivir en paz con la Inquisición sin poner contra sí el Dios de Israel. Hizo bien en abjurar; todo era una restricción mental más o menos.

FLOR. ¿Pero engañar al objeto de nuestro amor?

DOR. ¡Volvéis a esa fantasía!

FLOR. ¡Oh! ¡siempre, siempre! al lado suyo, y lejos de él, esta idea me persigue como un remordimiento: ¡qué de veces quise confesárselo todo! detuviéronme unas veces tus razones: selló mis labios otras el temor de verme desdeñada.

DOR. ¿Qué importa que os quiera bien bajo el nombre de doña Florinda o bajo el de Sara?

FLOR. ¡Sara!... ese nombre fatal...

DOR. ¿Os sonrojaría?...

FLOR. No a mí; pero no quiero que tenga que sonrojarle a él.

DOR. Razón de más para ocultarlo.

FLOR. ¡Oh! no; hoy mismo lo sabrá.

DOR. Guardaos bien de tal cosa; no habéis cruzado como yo el Zocodover de Toledo: no habéis visto los aprestos del auto de fe que ha de verificarse dentro de tres días. ¿Sabéis que sois perdida, que

- sois muerta, mi querida Sara, sí, y cruelmente, por poco que os sospechen de judaísmo?
- FLOR. ¿Y quién había de denunciarme? ¡Bien pudiera don Juan dejarme, pero venderme!! No lo pensaste, Dorotea...
- DOR. ¡No, por vida mía!
- FLOR. Todo lo sabrá.
- DOR. ¿Aún? ¿Qué hacéis?
- FLOR. Escribir a don Juan.
- DOR. ¿Para qué, si le habéis de ver?
- FLOR. ¿Y tendré ánimo para hablarle?
- DOR. Daos prisa, pues... (*Yendo hacia la ventana.*)
¡Oh! daos prisa, que él propio viene hacia esta parte. ¡El es!
- FLOR. (*Levantándose.*) ¿Don Juan?
- DOR. El mismo; ¡viérasle correr! Ya llega, háceme seña de bajar: gran muestra de gozo da su rostro.
- FLOR. Dorotea, ¿debo acabar esta carta?
- DOR. ¡Ah! no, no... corro a abrirle, y os le traigo.

ESCENA II

DOÑA FLORINDA

¡Guardar con todo un secreto que ha de amargar su dicha eternamente! ¡por un punto de flaqueza, un suplicio de todos los días, de toda la vida! ¡Oh! no, imposible. Pero si en el exceso de su amor... ¡ah! esta idea me quita la respiración. (*Mirando al espejo.*) ¡Paréceme, sin embargo, que no se ha perdido todo todavía!... ¡Si pudiese hoy parecerle mejor que nunca! ¡ah! cobremos ánimo... ¡aun espero!!!

ESCENA III

DOÑA FLORINDA, DON JUAN, DOROTEA

- JUAN. ¿Llego, por ventura, tarde?
- FLOR. ¿Y cuándo no, don Juan?
- JUAN. Si he de dar crédito a mi impaciencia, ¿decíslo por mí o por vos?
- FLOR. Por entrambos.

- JUAN. ¡Oh, cuánto es dulce el oírlo! ¡Cielos! no habléis más: dejadme, señora, que os contemple.
- DOR. ¿Y bien, señor don Juan? Esa es obra de mis manos.
- JUAN. Y de su belleza más. Más hechicera que nunca. ¡Os quedáis, Dorotea!
- DOR. ¿Empezáis? Me sentaré a esta parte: pondré mis ojos en la labor, y el pensamiento a mil leguas de aquí. ¿Os estorbo aún?
- FLOR. ¿No es mi segunda madre?
- JUAN. Pues lo queréis: ¡oh! y hoy confieso que lo ha merecido, si bien para embelleceros poco ha tenido que poner de su parte.
- FLOR. Al menos le habéis dejado el espacio.
- JUAN. ¿Todavía? Sois injusta y cruel. Cosas han pasado hoy en casa de don Rodrigo, que, a saberlas, vos disculparíais mi tardanza. Ni espacio tuve de acudir a San Sebastián a deshacer la orden que había dado.
- FLOR. ¿Qué decís?
- DOR. ¡Don Juan!
- JUAN. Sí, mi bien; ¡no más misterio! nuestra boda no será ya secreta, sino en el altar mayor, con pompa y con ceremonia.
- FLOR. ¿Consintió por fin don Rodrigo? ¿Podré mostrarme al público ufana con vuestro nombre?
- JUAN. ¡Mi nombre, hermosa Florinda! ¡ah! nada deseo como podérselo ofrecer; pero, al haceros ese don, ignoro, por vida mía, si es rico o pobre el presente que os hago.
- FLOR. ¿Cómo, pues?
- JUAN. No soy hijo de don Rodrigo, y quien sea mi padre lo ignoro.
- FLOR. ¿Habláis de veras?
- JUAN. De mí pende crearme un gran señor, según dicen, hasta llegar a ser un eminentísimo; pero lo que hay de cierto es que en el punto en que os hablo no soy nadie. Ved, señora, si confíe ciegamente en vuestro amor. Vine tan tranquilo como si me fuera dado poner un reino a vuestras plantas, y en todo no puedo ofrecerlos sino la mano de un joven sin fortuna, sin familia tal vez, y cuyo único derecho a vuestra preferencia es un amor que hará la dicha o la desdicha de su vida.

FLOR. (*Levantándose.*) Eso me basta: en vos no quise bien, don Juan, sino a vos mismo: yo sola os serviré de familia; y tocante a bienes de fortuna, ¿no tengo yo de más para los dos? ¿El resto qué os importa?

JUAN. ¡Ah! no me engañé, Florinda, generosa Florinda. ¡Qué diera porque pudiera oírlos en este instante el conde de Santa Fiore!

FLOR. ¿Quién decís?

JUAN. Un severo personaje, a quien debo, según dicen, un respeto filial: representa para mí a mi padre difunto, y de buen grado reconozco en él su autoridad.

FLOR. ¿Vos?

JUAN. Con tal que use de ella como mejor me convenga.

DOR. Eso es otra cosa.

JUAN. Lo espero aquí.

FLOR. ¿Aquí?

JUAN. El ha de ser uno de mis testigos, y acaso el más importante. Su poder es mucho con el rey, y a vos deberé el secreto de mi cuna, que él solo puede revelarme, y su apoyo, que me tiene prometido.

FLOR. ¿A mí?

JUAN. No os costará nada, bien mío. Basta con agradecerle.

FLOR. ¡Cielos! ¿Qué decís?

DOR. Un amigo del rey será devoto.

JUAN. Sí, devoción de corte; sutil y acomodaticia. Hacedle buen recibimiento, granjead su afecto, y nada habré de temer por mí; sólo temblaré por su dama, que es también enamorado.

DOR. No sois, pardiez, celoso, don Juan. ¡Ah! mi buen Daniel de otra suerte me hubiera hablado de un extraño el día de nuestras bodas.

JUAN. ¿Tenía por nombre Daniel? Nombre de profeta.

DOR. No hagáis escarnio de los profetas: más verdades anunciaron que las que han dicho muchos cristianos en toda su vida.

JUAN. No diríais otro tanto, Dorotea, si fuerais judía.

FLOR. Y si lo fuese, no la volveríais acaso a mirar.

JUAN. Mucho parecéis interesaros por los judíos.

FLOR. ¿Y vos les deseáis mucho mal?

JUAN. No tal; pero un amigo mío daría con toda la raza de Jacob en el fondo del mar Rojo. Y en verdad, ¿qué mal habría?

FLOR. Don Juan... Yo, que juzgo sin prevención, presumo que se esconden en ese pueblo perseguido tantas virtudes por lo menos como en sus perseguidores, y si tiene defectos...

JUAN. Al menos está en el día bien corregido del que arruinó al hijo pródigo.

DOR. Seguid, don Juan. Pero yo os puedo decir que conozco alguna doncella de su tribu que no se contenta como muchas hidalgas con hacer decir misas por las ánimas, sino que va ella misma a consolar y socorrer a los desvalidos...

FLOR. ¡Dorotea!

DOR. Que reparte con ellos la mejor parte de su hacienda.

JUAN. Tal vez no hace en eso más que una restitución.

FLOR. ¡Ah! sois cruel, don Juan.

JUAN. Bien podemos decirlo entre cristianos. Por mi parte confieso que el pueblo escogido del Señor no hubiera sido el que yo en su lugar hubiese elegido... (*A doña Florinda, que se ha sentado, y que escribe.*) ¿Qué hacéis, doña Florinda?

FLOR. Concluyo una carta.

JUAN. Mucho os urge.

FLOR. Y más me interesa.

JUAN. ¿Qué tenéis? ¿Os ha enojado lo que he dicho de los judíos?...

FLOR. ¡Ah! don Juan, se los desprecia sin conocerlos, se los condena sin oírlos; son desdichados, en fin, y cuando milita la fuerza de una parte, y de otra la desdicha, os pronunciáis, señor, contra los débiles. Jamás, don Juan, lo hubiera creído.

DOR. Sobre todo cuando el auto de fe que se prepara ha de hacer correr tanta sangre y tantas lágrimas.

JUAN. ¡Por vida mía! Doña Florinda, no me condenéis por una chanza. Juzgadme, mi bien, más generoso; sea un hombre hereje, judío o musulmán, puede granjearse mis burlas mientras es feliz;

pero si sufre, puedo no pensar como él, mas sufro también con él, y para juzgarle dejo de ser cristiano, y de Castilla: soy hombre, soy su hermano para consolarle y darle amparo.

FLOR. (*Levantándose y cogiéndole la mano.*) ¡Ah! don Juan, ¡qué bien me hacéis!

JUAN. ¡Ah! comprendo. ¿Tendréis algún amigo entre esos desdichados que van a ejecutarse? Deberíais atenciones... ¿Qué puedo yo para salvarle? Disponed de mi brazo, de mi vida... ¿mi sangre toda no os pertenece?

FLOR. Dorotea... (*Haciéndole seña de salir.*)

DOR. Llegó el momento... Señor don Juan, antes de resolveros miradla bien.

JUAN. Vive Dios que estoy confuso.

ESCENA IV

DOÑA FLORINDA, DON JUAN

JUAN. Hablad, hermosa Florinda, hablad.

FLOR. Esta carta es para vos.

JUAN. ¿Para mí?

FLOR. Encierra un secreto que no hallé fuerzas de deciros.

JUAN. ¿Tembláis, señora?

FLOR. Mal mi grado os dejo, don Juan. Mi presencia os pudiera atar las manos. Leedla, y ved que el temor de causarme pena no haga violencia a vuestros sentimientos. Sabré soportar lo que temo. Libre sois, don Juan; ¿me entendéis? libre.

JUAN. ¿Qué extrañas razones? ya decidí... (*Queriendo abrir la carta.*)

FLOR. No, don Juan, no, cuando estéis solo; si vuestra respuesta es favorable, venid a dárme la presto. Si fuese contraria, os diera pena el decirla. Huid entonces de esta casa sin volverme a ver. Si no os encuentro aquí sabré mi suerte. Adiós, don Juan, acaso para siempre.

JUAN. Hasta dentro de un instante, más bien.

FLOR. No me sigáis, señor, no me sigáis.

ESCENA V

DON JUAN, después FLORINDA

JUAN. ¡Ah! vamos presto, leamos... ¿Es posible? «Sara, hija del judío Ben-Jochai...» ¡Judía! Y yo un hidalgo de Castilla, un cristiano viejo... ¡Oh! ¡es demasiado, doña Florinda! ¡Estoy loco! No me engañé. Es demasiado cierto. ¿Yo he de unir mi noble sangre? Noble dije. ¡Infeliz! ¿Y quién me ha dicho que mi sangre es noble? Y doy que lo sea, ¿seré menos generoso que ella? No ha mucho cuando estaba yo a sus plantas, sin nombre, sin alcurnia, sin bienes de fortuna, ¿titubeó doña Florinda? ¡Dejarla, Dios mío! ¿olvidarla, don Juan? Jamás; ¡venciste, amor, venciste! Un caballero de Castilla ha de ser menos que una... ¡Oh, perdona, bien mío! ¿Y qué? ¿Cuál será la diferencia entre nosotros? ¿El Dios de Israel no es el de los cristianos? ¿He de adorarla menos porque ella eleve su corazón a ese Dios con ritos diversos de los míos? ¿Y quién sabrá este arcano sino nosotros? ¿Ha de ser por eso menos bella, tendrá menos virtud? ¡Oh, acabemos! Hollemos de una vez necios respetos humanos. Mayor será mi dicha, si mayor el sacrificio. Ya me siento digno de ella. ¡Doña Florinda, mi bien! Volemos a sus plantas.

FLOR. (*Que ha ido entrando poco a poco y que ha oído sus últimas palabras apoyada en el respaldo de un sitial.*) Os escuché, don Juan.

JUAN. ¿Estabais, señora, ahí? ¿Lloráis...?

FLOR. De gratitud, don Juan. ¡Oh! medítadlo bien. ¿No os pesará jamás del sacrificio que me hacéis? Si se llegase a saber...

JUAN. Saldríamos de Castilla. En Italia, en Francia halláramos un asilo... en Palestina; allí al menos estaremos en nuestra casa. ¡Torne a animaros la alegría!

FLOR. ¿Y la gloria que tanto amasteis?

JUAN. En todas partes la encontraré.

FLOR. ¿Y la patria, don Juan, que en ninguna parte volveríais a encontrar?

JUAN. Mi patria sois vos, doña Florinda. (*Echándose a sus pies.*) Ora seáis Florinda, ora Sara, ved en mí, señora, vuestro esclavo. Cifro mi dicha en ser vuestro, y todo mi orgullo en repetir: Tuyo, Florinda, tuyo, Sara, para siempre.

FLOR. (*Se deja caer en un sitial, tendiéndole la mano.*) ¿Habrá, pues, contentos tan difíciles de soportar como el dolor?

JUAN. (*Tomándole la mano.*) ¡Ah! no os ofendáis, señora; dejadme sellar una y mil veces mis labios en esa mano que ha de ser mía.

ESCENA VI

DON JUAN, DOÑA FLORINDA, DOROTEA

DOR. Alzad, señor don Juan, alzad. El conde vuestro amigo llega en este instante: ya sabe...

FLOR. (*A Dorotea.*) Todo lo sabe, Dorotea. ¡Soy dichosa!

DOR. ¡Generoso don Juan!

JUAN. ¡Cuán hermosa es, Dorotea!

DOR. ¡Silencio! Señor, ya oigo el conde.

FLOR. De hoy más, don Juan, nadie será poderoso a separarnos.

ESCENA VII

Dichos, FELIPE II

FEL. Perdonad, don Juan, si a fuer de exacto soy indiscreto.

JUAN. Caballero tan perfecto no puede serlo jamás: vos naciste, señor conde, para aumentar quilates al contento, dondequiera que se halle, y para atraerle donde no está. Venid a gozar del mío. Dadme licencia, hermosa doña Florinda, de que os presente al conde de Santa Fiore...

FEL. (¡Vive Dios! es ella, ¡la misma!)

FLOR. (*A Dorotea.*) ¿Le conociste?

DOR. (*A Florinda.*) Me pareció conocerle. El mancebo que os siguió...

JUAN. ¿Qué tenéis, señor conde? ¿Habríaís la visto ya por ventura...?

FEL. Paréceme haberla visto en Madrid... en el Prado; y tan rara hermosura por cierto no podía sino inspirarme el deseo de volverla a ver... además, don Juan, de cierta semejanza...

JUAN. ¿Con la persona de quien me hablasteis?

FEL. Sin duda.

JUAN. A ella le doy el parabién (*Bajo*) y a vos.

FLOR. Bien venido a mi casa, señor conde de Santa Fiore. En la suya está aquí caballero de tan altas prendas, y sobre todo quien tanto estima a don Juan.

FEL. Tened por cierto, señora, que me es en gran manera grato deber a vuestro amor por don Juan el recibimiento cortesano que me hacéis. (Muero de celos.)

JUAN. Querrednos bien, señor conde; sed mi hermano y mi apoyo abriéndome una carrera en que pueda dejar airosa vuestra protección. El rey tiene falta de buenos capitanes, tanto más cuanto que él no lo es.

FEL. (¡Insolente!)

FLOR. (¡Delante de un amigo del rey! ¡qué indiscreción!)

FEL. (*A don Juan.*) Paréceme, con todo, que hizo sus pruebas en San Quintín.

FLOR. Y en una jornada victoriosa.

JUAN. Como mero espectador; y si se ha de dar crédito a cierta anécdota...

FLOR. Falsa sin duda, inútil de repetir.

FEL. ¿Cuál?

JUAN. Cuentan si al silbar de las balas le decía a su confesor, tan pálido como él: *Por Dios, que no entiendo qué gusto puede haber en asistir a esta música.*

FLOR. No es verosímil tal dicho en boca de un rey de Castilla.

FEL. ¿Y hubiéralo repetido el confesor?

JUAN. No se lo dijo bajo secreto de confesión; pero infiero del aspecto grave de vuestra excelencia que no seríais hombre vos para preguntar a Su Majestad si fué cierta la aventura.

FEL. No; y presumo que no perdonaría al que le

fuese con tan necia pregunta. (Insensato, ¡quiere perderse!)

FLOR. (*A don Juan.*) Confesaréis, con todo, que es activo, incansable, y político profundo...

JUAN. Todo se lo perdonara menos esa intolerancia religiosa que llena el reino de patíbulos.

FEL. ¿Consecuente siempre, sin duda, con vuestra vocación? Pues yo pienso, como él y como todos los curas del reino, que no hay pena bastante para la apostasía y el judaísmo; y espero que doña Florinda es harto buena castellana para...

FLOR. Mi disculpa estaría en que una doncella de mis años no ha de entrometerse, señor, en tan graves cuestiones; pero si osase decir mi sentir, diría que cuando los desdichados sufren, ora sean inocentes, ora culpables, el deber de los ministros del altar es bendecirlos y consolarlos, y el de las mujeres plañirlos.

FEL. (Un aviso del Santo Oficio pudiera serle útil a ella y a mis fines.)

JUAN. Os predije, señor conde, que habríais de rendir las armas ante tanta belleza y tan claro ingenio. Y para que podáis más libremente satisfaceros, os dejo en su casa. Me perdonaréis, hermosa doña Florinda, si los aprestos de nuestras bodas exigen mi presencia: debo pasar a ver a los escribanos, a la iglesia, a...

FLOR. Y a pagar en todas partes.

JUAN. Decís bien, Dorotea, que en país católico nacer, casarse y morir son tres cosas que no pueden hacerse gratis. (*A Felipe.*) La vuelta será pronto, señor conde: (*A doña Florinda.*) Os le dejo medio rendido: proseguid la victoria; arrancadle el consentimiento. Dorotea, tengo órdenes para vos también. (*Sale con ella.*)

ESCENA VIII

DOÑA FLORINDA, FELIPE II

FLOR. (¡Un señor español a solas con una judía! ¡Cuánta cólera, cuánto desprecio, si pudiese sospecharlo!)

FEL. Mucho deseaba hablaros sin testigos, señora.

FLOR. Tal vez para revelarme el secreto que don Juan arde por saber...

FEL. Pensamientos más tristes me ocupaban. Cuando os contemplo, doña Florinda, tengo lástima a don Juan, que ha de perderos...

FLOR. Conde, no os comprendo. Me espantáis.

FEL. A pesar mío os lo anuncio; pero esas bodas son imposibles.

FLOR. ¿Quién ha de oponerse? ¿Vos? ¡Oh! no, no seréis vos, en quien descansa su confianza ciegamente, vos, a quien no ha mucho llamaba él hermano.

FEL. No es mi gusto, señora, quien os separa, sino mi deber más bien, y la autoridad que de su padre recibí...

FLOR. De un padre que no existe, que os negáis a descubrir, y cuyos derechos, si viviese, mal podrían encadenar el albedrío de don Juan.

FEL. Pues que no basta la autoridad paterna, haré valer, señora, otra más poderosa, más absoluta, y delante la cual todo hidalgo bien nacido debe bajar la cabeza y doblar la rodilla: la del rey.

FLOR. ¿Qué decís?

FEL. La verdad, señora; el rey es quien así lo quiere, el rey quien está a vuestro lado, el rey quien os habla.

FLOR. ¡Cielos! ¡El rey aquí! En casa de una... ¡En mi casa!

FEL. Tembláis, señora; tranquilizaos. Sí, el rey es, quien pesaroso de haberos de imponer un sacrificio necesario, pudiendo intimaros una orden, os expresa sólo una súplica.

FLOR. (*Doblando una rodilla.*) Señor, perdonad mi atrevimiento.

FEL. (*Levantándola.*) ¿Qué hacéis? no lo sufriré.

FLOR. ¡Oh! al menos escuchad mis ruegos: pudo don Juan ofenderos con una palabra indiscreta, mas reparad que no pensaba lo que dijo: os respeta cuanto os honra, señor. ¡Oh! Gracia, señor, gracia para don Juan; sed clemente, señor, perdonadle.

FEL. Más haré, hermosa Florinda: olvidaré; pero con dos condiciones. Don Juan no ha de saber quién soy.

FLOR. Yo os lo prometo.

FEL. Y le diréis que de grado y buena voluntad renunciáis a esa boda.

FLOR. ¡Jamás!

FEL. ¿Dudáis?

FLOR. ¿Dudar? Jamás, señor, jamás. ¿Yo provocar su desesperación? ¿Yo engañarle? ¿Yo mentirle, señor? El rey no puede mandarme lo que Dios le prohíbe a él mismo.

FEL. ¿Le amáis, pues, con tan ciego amor?

FLOR. Con toda mi alma, señor; más que pudiera expresar, más de lo que yo misma imaginara antes de ser tan desdichada.

FEL. ¿Y me pedís su perdón?

FLOR. Vuestra clemencia os pido; vuestra justicia imploro. ¿En qué es, señor, culpable?

FEL. ¡Os ama, es de vos amado! ¡Ah! creedme, ha cometido un delito imperdonable. Un claustro no tiene severidad bastante para su castigo: su sangre toda vertida gota a gota no bastará para expiarle.

FLOR. ¡Su sangre! ¿Qué habéis dicho?

FEL. Ya me oísteis, señora: sabéis quién soy, y lo que puedo. ¿Dudáis aún?... Pero, ¿quién osa penetrar hasta aquí?

FLOR. ¿Olvida Vuestra Majestad que está en mi casa?

FEL. Decís bien; un rey se cree siempre en su palacio.

ESCENA IX

Dichos, DON RODRIGO

FEL. ¿Sois vos, don Rodrigo? Llegad; venís a tiempo.

ROD. (*Saludando a doña Florinda.*) Temí llegar tarde; pero al veros, señora, comprendo que si mi discípulo puede acusarme de perezoso, el señor conde debe esperarme sin impaciencia.

FEL. ¿Sabéis que soy llamado aquí para una boda?

ROD. Supe con gran contento que habíais prestado el consentimiento.

FEL. Os engañaron.

ROD. (¡Lo imaginé!)

FEL. Dos personas se oponen a este enlace; doña Florinda...

FLOR. ¡Piedad, señor!...

ROD. ¿Vuestra Majestad se ha dado a conocer?

FEL. Sólo de doña Florinda, que me guarda el secreto. Os lo repito; dos personas, doña Florinda y yo.

ROD. Con una bastara y sobrara para que la boda no se hiciera.

FEL. Don Juan va a volver: le diréis que doña Florinda rehusa acompañarle al altar, y que se resolvió a no volverle a ver.

FLOR. Ved, señor, que don Juan no lo ha de creer.

ROD. Me atrevo a afirmar también a Vuestra Majestad que temo que don Juan...

FEL. ¡No dé crédito a las palabras de su segundo padre, aquel modelo de crianza cristiana! Esas fueron al menos vuestras palabras.

ROD. Vuestra Majestad es harto bueno en acordármelas.

FEL. O faltasteis, don Rodrigo, a la confianza que se puso en vos, o ejercéis sobre él una autoridad sin límites.

ROD. He procurado al menos...

FEL. ¿Oye vuestras órdenes con respeto filial?

ROD. Así debiera ser.

FEL. Si así no fuese, habríais cometido, don Rodrigo, una falta harto grande; y sabéis que mientras yo reine, ninguna falta ha de quedar impune; vedle, pues, habladle, y que salga de aquí para no volver jamás. Esa es vuestra misión; cumplidla; de otra suerte ved de poner orden en vuestros negocios. Sólo puedo compadeceros.

ROD. (¡Dios me ampare!)

FEL. Dadme licencia, doña Florinda, que os ofrezca la mano hasta vuestro estrado.

FLOR. ¡Ah, señor! Vuestra Majestad se dejará conmover por mis lágrimas; Vuestra Majestad cederá por fin a mis ruegos.

ESCENA X

DON RODRIGO, después DON JUAN

ROD. ¡El rey se burla! ¡Cumplidla! ¡Cierto! ¡Y habéoslas a un tiempo con la impaciencia, la ira, el amor, la desesperación, con todos los sentimientos, todas las pasiones a la vez! ¡y desencadenadas en el pecho de don Juan! Mejor quisiera... ¿Pero no es él? Lo que me parte el corazón es la confianza, el contento con que se va a arrojar a mis brazos. ¡Ah! si supiera la nueva que le espera en ellos.

JUAN. (*Abre la puerta, y se para en ella.*) Aprieta, Dorotea, aprieta, tomad el manto; presto os seguimos.

ROD. ¿Qué dije?

JUAN. (*A don Rodrigo.*) Loada sea la exactitud: y bien, señor, ¿la visteis? ¿la hablasteis? Venid a bendecir nuestra unión: todo está pronto.

ROD. Mi querido don Juan, quisiera antes deciros dos palabras.

JUAN. Hablad; os iré escuchando.

ROD. No; si no lo habéis a enojo, hagámonos a esta parte, y prestadme atención sin moveros.

JUAN. Si puedo; daos priesa.

ROD. Vuestros ímpetus, don Juan, me ponen un candado en los labios, y...

JUAN. Pardiez, don Rodrigo, hablad.

ROD. Enhorabuena, pues lo queréis; dadme vuestro brazo, en que me apoye hasta nuestra casa, y allí...

JUAN. ¡En nuestra casa! Cuando todo lo más que por vos puedo hacer es no moverme de este punto... Pero, don Rodrigo, ¿qué misterio?... ¿y doña Florinda?... ¡Al caso, por Dios, al caso!

ROD. Sea, pues; doña Florinda os niega su mano y os prohíbe para siempre la entrada en su casa; he aquí el caso.

JUAN. ¿Qué decís? ¿Doña Florinda, a quien acabo de ver? os engañan: no es posible, lo repito, no es verdad.

ROD. Os lo afirmo.

JUAN. De su misma boca no lo creyera; y de ella propia quiero saber... ¿dónde está?

ROD. Teneos, don Juan; lo juro por mi honor, nada hay más cierto.

JUAN. ¡Por vuestro honor! Pero si tal cosa fuese posible, habría yo introducido aquí un traidor que hubiera hecho un uso bien vil de sus pretendidos derechos...

ROD. (*He aquí lo que temí.*)

JUAN. Un impostor que se habría burlado de su propia palabra, y de mi ciega confianza.

ROD. ¡Ah! no sospechéis...

JUAN. Y a quien habré de pedir cuentas de su conducta.

ROD. Guardaos de repetir las palabras que acabáis de proferir.

JUAN. Se las repetiré en su cara, aunque haya de habérmelas con el primer grande de la monarquía, con la mejor espada de Castilla; aunque hubiera de ponerle la mano encima en medio de la corte, en el alcázar de Toledo, tendré con él una explicación.

ROD. ¡Don Juan, perdéis el seso!

JUAN. Pero antes he de ver a doña Florinda.

ROD. ¡Oh! no iréis.

JUAN. ¿Y quién lo impedirá?

ROD. Don Juan, os perdéis.

JUAN. (*Furioso.*) ¡Cielos, está con ella!

ROD. ¡Don Juan, don Juan, hijo mío!

JUAN. ¿Con ella? ¡Maldición! Don Rodrigo, vinisteis a ser testigo de una boda, y lo seréis de un duelo. Hasta aquí habéis sido mi padre; pero siempre seréis hombre de honor. Aquí no conozco a nadie; vos seréis mi segundo...

ROD. ¡Yo! ¿y de un duelo contra él?

JUAN. Ved si podéis negaros; puesto que está aquí todavía, nadie podrá librarle de mi venganza.

ROD. ¡Hay más pesares! ¿Qué puedo hacer sino huir?... (*Don Rodrigo va a salir, don Juan se precipita; sale Felipe II.*)

ESCENA XI

Dichos, FELIPE II

- FEL. Quedaos, don Rodrigo.
 ROD. Quisiera estar a mil leguas de aquí.
 JUAN. Iba en busca vuestra, señor conde.
 FEL. Yo os salía al encuentro, señor don Juan.
 JUAN. Tengo una pregunta que haceros y una satisfacción que pedirós.
 FEL. Veré si debo responder a la primera, y si quiero dar la segunda.
 JUAN. Me habéis empeñado vuestra palabra: ¿acaso no os acordaríais?...
 FEL. He impuesto una condición. Tal vez habríais olvidado...
 JUAN. La de aprobar mi elección.
 FEL. ¿Y si no la aprobase?...
 JUAN. Tenéis el derecho de negarme vuestro consentimiento.
 FEL. Lo creo.
 JUAN. Como yo el de casarme sin él.
 FEL. Lo dudo.
 JUAN. Grande y poderoso tal cual sois, pronto lo sabréis de cierto. Yo también tengo una duda.
 FEL. ¿Cuál?
 JUAN. ¿Es cierto lo que me ha dicho don Rodrigo...?
 FEL. ¿Qué os dijo Rodrigo?
 ROD. Nada que no pueda repetir delante de vuecelencia.
 JUAN. Doña Florinda me niega su mano y me cierra su puerta.
 FEL. Tal es, en efecto, su resolución.
 JUAN. Mas no así su voluntad.
 FEL. ¿Qué os obliga a suponerlo?
 JUAN. Su amor. Habéis recurrido a las amenazas para intimidarla.
 FEL. ¿Y por qué no a la razón para convencerla?
 JUAN. ¡Basta de rodeos! Es una felonía que sólo puede lavarse con sangre. La vuestra, o la mía.
 ROD. ¡Imprudente!
 FEL. Extraño lenguaje en boca de un hombre de iglesia.

- JUAN. Subterfugio digno de un cortesano.
 FEL. Acaso no hayáis meditado que hay alguna distancia entre nosotros.
 JUAN. ¿Qué podéis alegar para probarla? ¿Vuestra edad? entrambos somos jóvenes. ¿Vuestra mayor destreza en las armas? la niego. ¿Vuestra nobleza? vos me sois garante de la mía; quienquiera que yo sea, presumo que mi padre no valía menos que el vuestro.
 FEL. También es más cierto de lo que creéis.
 JUAN. ¿En qué os fundarais, pues, para rehusar?
 FEL. ¿Y quién os dice que no acepto?
 ROD. (*Arrojándose entre los dos.*) Vuecelencia permitirá...
 FEL. ¡Silencio!
 ROD. ¿Osáis, don Juan...?
 JUAN. Dejados... (*Al rey.*) En tal caso, dentro de algunos instantes detrás de las tapias de Santo Domingo.
 FEL. Ved, señor don Juan, que es sitio consagrado.
 JUAN. Eso más cerca estará el vencido de reposar en él: en cuanto me separe de doña Florinda, que ha de verme, mal que os pese, soy vuestro.
 FEL. Una palabra, don Juan, una sola, que os ruego peséis bien. No os estorbo que entréis a ver a doña Florinda, que ha de repetiros cuanto acabáis de saber; mas si tenéis afición a la vida, renunciad de buen grado a esa entrevista: os lo aconsejo, porque si traspasáis el dintel de esa puerta no habrá perdón posible para vos.
 ROD. Ceded, don Juan, que yo también os lo ruego.
 JUAN. (*Al rey.*) Es compasión.
 FEL. Mozo imprudente, bien la habéis menester; merecedla.
 JUAN. Noble conde, voy a saber de doña Florinda si sois vos acreedor a la mía.

ESCENA XII

FELIPE II, DON RODRIGO

- FEL. ¿Qué decís, don Rodrigo?
 ROD. (*Todo trémulo.*) Señor...
 FEL. ¿Ese es el cristiano perfecto, el tercer devoto de mis reinos?

- ROD. Confieso que por lo que hace a la devoción...
 FEL. Tímido como una joven doncella...
 ROD. Convengo en que por lo que hace a la timidez...
 FEL. ¿Qué podéis decir, pues, en disculpa de él y de vos? ¿Y yo no he de castigar su atrevimiento?
 ROD. ¿Vuestra Majestad descendería hasta castigarle por su manó?
 FEL. ¿Estáis loco?
 ROD. Dignaos, señor, reparar que si hubiera sabido que hablaba con el rey...
 FEL. ¿Si lo hubiera sabido viviría?
 ROD. ¡Vuestro hermano!
 FEL. ¡Mi hermano, ese vasallo rebelde, ese bastardo insolente! No lo es; no lo será jamás: él mismo acaba de cerrar la puerta a su perdón. Un medio sólo os queda de lograr el vuestro.
 ROD. (¿Qué exigirá de mí?)
 FEL. Vos sois el único aquí que sabe este arcano; ni puedo, ni quiero valerme de otro que vos para sepultarlo en el olvido más profundo. (*Acercándose a una mesa.*) Vais a apoderaros de don Juan.
 ROD. ¿Osaré hacer presente a Vuestra Majestad una sola observación? Paréceme, señor, que le ha de ser más fácil a él apoderarse de mí, que a mí apoderarme de él.
 FEL. Mis gentes están prontas a prestaros auxilio, y deben de haber llegado ya.
 ROD. (*Mientras que el rey se sienta a la mesa.*) ¿Qué querrá escribir?
 FEL. (*Escribiendo.*) «Mi muy reverendo padre: Recibid en vuestra piadosa casa al mancebo que será presentado por don Rodrigo Quesada, y ved de que sometido a toda la autoridad de vuestra regla, quede encerrado en ella para toda su vida. Yo el rey.»
 ROD. ¡Para toda su vida!
 FEL. Conduciréis a don Juan al monasterio más inmediato y de la orden más austera: entregaréis al superior esas letras de mi mano, y volveréis a darme cuenta de lo que hubiereis hecho.
 ROD. ¡Perdón, señor! ¡Perdón para un desdichado!
 FEL. Si no obedecéis, los que han de acompañaros llevan orden de conducirlos a mi presencia, y ora tengáis por morada un ataúd o las paredes de un

calabozo, no han de volver vuestros ojos a ver la luz del sol.

ROD. Obedeceré.

FEL. (*Abriendo la puerta del fondo, y hablando a varios ministros.*) Entrad, y ejecutad cuanto en mi nombre os mande don Rodrigo. (*A don Rodrigo.*) Presteza y discreción, o arreglad vuestras cuentas con Dios.

ROD. Está bien, os entendí.

FEL. Mucho me importaba que me entendierais. Quedad con Dios, don Rodrigo.

ESCENA XIII

DON RODRIGO, *junto a las candilejas*; LOS MINISTROS, *al fondo.*

ROD. ¡Para toda su vida! ¡En un convento para toda su vida! ¡Mancebo desdichado! a pesar de todas sus locuras, de sus devaneos todos, nunca conocí mejor que en este punto cuán grande es el amor que le tengo. Es mi hijo también. ¡Y he de ser yo quien he de dar cumplimiento a ese decreto tirano...! (*Vuelve a leer la orden, y pásase con agitación.*) Pero esta orden no señala el monasterio. ¡Ah! me ocurre... Sí. Don Juan no tiene en el mundo más que un protector natural que pueda salvarle, y salvarnos a entrambos: fuera osadía sin embargo... El rey don Felipe... ¿y qué importa? ¿Tengo algo ya que aventurar? Una vez desasido de la cumbre, ¿puedo hacer otra cosa que rodar hasta el abismo? ¡Oh! ya conozco esas posiciones críticas; el emperador mi amo gustaba de ellas, pero él siempre caía de pie, y yo con él. Plegue al cielo que hoy pueda hacer otro tanto. (*Con firmeza.*) Hay una especie de miedo que le da a uno ya valor de puro grande. Ya estoy bien decidido. (*Entrándose.*) Daos, don Juan, a mí. (*Vuelto desde la puerta a los ministros.*) ¡Entre-mos, señores, y favor al rey para prender a un hombre!!! (*Entranse.*)

ACTO TERCERO

Habitación de Carlos V en Yuste. Pieza de paso. Una ventana abierta.
Debajo de la ventana, una tarima, donde duerme el novicio.
Es de noche aún.

ESCENA PRIMERA

PABLO, *inclinado sobre la ventana.*

¡Llega al suelo! ¡Bueno! ¡Arriba! Pille yo una noche oscura... y tú, escala mía, me sacarás del monasterio. Treinta escalones y en tierra: una vuelta de llave, ¡y ancha es Castilla!

CARL. (*Desde adentro.*) ¡Pablo!

PABLO. ¿Es su voz? ¡Sí! La escala debajo de la tarima, y el novicio encima. ¡Gritad ahora, enhorabuena!

CARL. ¡Pablo!

PABLO. ¡Estoy dormido!

ESCENA II

CARLOS V, *de monje, con una lámpara en la mano;*
PABLO, *que finge dormir.*

CARL. ¡Ah, bienaventurado! ¡En otro tiempo todo me era posible, menos dormir de esa suerte! (*Arrastrándose de mueble en mueble hasta una mesa donde coloca la lámpara.*) ¡Pobre mozo! Siempre a mi lado, y sin conocerme. Ningún religioso osaría contravenir a mi orden revelándole quién soy, o quién fui más bien.

PABLO. (*Incorporándose.*) Habla solo, pero tan bajo...

CARL. Siempre padecer... ¡sin tener con quien dolerse! (*Levántase, y va a sacudir del brazo a Pablo.*) ¡Arriba, novicio, arriba! La pereza, hermano, es gran pecado.

PABLO. Sin duda (*Bostezando*) el que inventó ese pe-

cado debió ser un santo varón a quien la gota desvelaba.

CARL. O que sabía el precio del tiempo. Pero vos, novicio, cuando no le perdéis del todo, empleáis mal: siempre respondón, y curioso por demás.

PABLO. ¡Como si fuese yo el único en la casa!

CARL. ¿Qué queréis decir? ¿Eso va conmigo?

PABLO. Dios me libre, padre; no, sino con el padre prior, que me anda siempre sacando las palabras del cuerpo.

CARL. ¿Y qué os pregunta?

PABLO. (El padre no es curioso.) Cuanto hace vuestra reverencia, y lo que dice, y lo que escribe.

CARL. ¿No más? ¿Y le respondéis...?

PABLO. Que hacéis relojes, que decís: ¿*Qué hora es?* y que escribís vuestras confesiones.

CARL. ¡Bien, por Dios! os tuve por maldiciente...

PABLO. Yo, padre...

CARL. Si fuese cierto, fuerza sería separaros de mí, porque es hombre el padre prior de tomar a la letra vuestras palabras. ¡Más que hombre de Dios, es hombre del rey! Y en cuanto a mí, sobre acchar mis acciones, de un grano de arena haría él de buen grado una montaña.

PABLO. (El padre no es maldiciente.)

CARL. Quiero más bien la llaneza salvaje del padre lector.

PABLO. ¿Del padre Lorenzo, mi tío?

CARL. (¡Su tío! ¡Pobre mozo! ¡Condenado a ser huérfano! Los monjes no tienen nunca sino sobrinos.)

PABLO. No sé qué os diga. Hace días que el padre prior se ha vuelto más indulgente. Como la comunidad ha de reunirse hoy para la elección de prior nuevo, no dice ya mal de nadie. En vez que mi tío, el padre Lorenzo, dice mal de todo el mundo. Quiere el primero hacerse con votos para ser reelegido, y el segundo quitárselos a los demás.

CARL. ¿Y de mí dice mal también?

PABLO. Como de costumbre: acuérdase de que fué marino, y todo es gritar, como a bordo: ¡La obediencia! ¡La subordinación! Y dice sobre eso que vuestra reverencia provoca la rebelión de los padres mozos contra los viejos.

CARL. ¿Yo que ando siempre conciliando los bandos?

PABLO. Sí, mas parece hecho adrede: en cuanto los conciliáis, pesa mí si se entienden.

CARL. Di más bien que la próxima elección los saca a todos de quicio.

PABLO. Hasta el padre Timoteo.

CARL. ¡Un hombre tan humilde!

PABLO. Mucho: así perora él humildemente por lo bajo, y tiene a su devoción más de veinte padres... por su parte, el padre lector, mi tío, dispone de otros tantos; de suerte que se andan quitando los votos y la buena fama... ¡Oh! ¡y le aborrecen!... Es una bendición.

CARL. ¿Sabéis por quién votará el padre Timoteo?

PABLO. Por el padre procurador tal vez. Como es el amigo del padre despensero... Pero alguien conozco yo por quien votaría él de harto mejor gana.

CARL. ¿Por quién?

PABLO. Por vuestra reverencia.

CARL. ¿Tengo yo por ventura pretensiones?

PABLO. Ayer me decía: «Nuestro venerable padre... esa lumbrera de la comunidad, a quien tienes la dicha de ver a todas horas, goza de gran favor con el rey; si él quisiera, tendría yo la honra de predicar esta cuaresma en presencia de la corte.»

CARL. Como si estuviera allí Dios más bien que en otra parte. ¿Y no añadió nada acerca de Carlos V?

PABLO. ¡Carlos V! no le conozco.

CARL. (*Sonriéndose.*) ¡Oh gloria humana! (*Dejándose caer en el sitial.*) ¡Ay! sólo el dolor es real en este mundo.

PABLO. ¡Ah! ¿Hablabas vuestra reverencia de ese Emperador a quien nadie veía, que ha muerto aquí recientemente, y cuyas honras han de celebrarse dentro de tres días?

CARL. Sí; dentro de tres días. (Diéronme gusto acreditando ese rumor, que ha de ahorrarme tantas molestias.)

PABLO. ¡Oh! cuando habla de ese Emperador, se santigua y se inclina, y más cuando pronuncia: «Su Majestad imperial y real, que santa gloria haya.»

CARL. ¡Bueno está, bueno! Vuestra locuacidad, Pablo, me divertía hasta ahora, pero a la larga...

PABLO. Todo cansa. He ahí previamente el efecto que me produce el monasterio.

CARL. ¿Qué es eso, Pablo? Pasad a mi celda; dad un vistazo a mis relojes. Creo que el número cuatro atrasa.

PABLO. Voy, reverendo padre; pero por más que yo mueva el minuterio, el tiempo no ha de pasar por eso más de prisa.

CARL. Si me levanto y os alcanzo, Pablo...

PABLO. (*Sale saltando.*) ¡Sí, sí, con la gota!...

ESCENA III

CARLOS V

¡Dices bien! vida sedentaria y enojosa, más que un libro que se sabe de coro; sin que os saquen de esta nada sino las picaduras de estos insectos del claustro. Ese padre Lorenzo, por ejemplo. ¡Ah! cuando veo un viejo severo, intolerante por demás con los pocos años, me digo para mi conciencia que ha de haber sido también indulgente por demás consigo propio. ¡Pablo se ha quejado recientemente a su madre del rigor de su tío! Ha venido a verme la buena mujer, se ha echado a mis plantas, me lo ha confesado todo, rogándome que ablande al tío en favor del novicio. ¡Oh! he de hablarle, es ya un deber. Padre Lorenzo, padre Lorenzo, hace diez y seis años... Pero ¿qué digo? ¿Es él por ventura el único que sofoca la voz de la naturaleza por respetos humanos? ¡Yo mismo, yo!... (*Levantándose.*) ¡Qué suplicio! ¡no tener nada que hacer, nada con que adormir la conciencia! Por dicha, he aquí el alba. (*Acercándose a la ventana.*) ¡Llanura de Yuste! paréceme que ha envejecido como yo. ¡Cuán lozana me pareció cuando la crucé en medio de la pompa de mi gloria para venir a morir en ella! ¿Y hace dos días no morí ya en vida para el mundo? La campana ya. Vamos a coro, a cantar alabanzas al Señor; yo, yo que en otro tiempo me hallaba estrecho en mis estados, donde nunca se ponía el sol, que decidía con la vista de la suerte de los imperios, que con-

movía la Europa con un fruncir de cejas... ¡y ahora uno de los acontecimientos de mi vida es cantar en el coro!

ESCENA IV

CARLOS V, PABLO

PABLO. Vienen a buscar a vuestra reverencia para los oficios.

CARL. Siempre los mismos versículos, y cantados siempre en el mismo tono. No importa, ¡tengo placer en escucharme! ¿Y vos, hermano Pablo?

PABLO. ¡Vaya, padre! ¿no he de tener? (Desentona.) No olvide vuestra reverencia al padre Timoteo. ¡Predica tan bien! Sus sermones son los únicos que puedo yo oír sin dormirme.

CARL. ¿Dormís vos en el sermón?

PABLO. Vuestra reverencia no me deja dormir de noche. Y vos mismo el domingo...

CARL. ¿Eh?

PABLO. ¿No tuve que tirar del hábito a su reverencia?

CARL. ¡Silencio, bachiller!

PABLO. (¿Bachiller? El padre comete todos los pecados que me echa en cara.)

ESCENA V

Dichos, EL PADRE LORENZO, EL PADRE TIMOTEO

LOR. (*Bruscamente.*) ¡Dios guarde a su reverencia!

CARL. Haga el Señor igual merced a las vuestras, padre Lorenzo y padre Timoteo.

LOR. ¿Parece que la gota atormenta siempre a su reverencia? Es fuerza acostumbrarnos a vivir con nuestro enemigo, como solíamos decir a bordo de las galeras de Su Majestad cuando venía la marejada. Tengo buenas nuevas que dar a su reverencia. Esta noche ha llegado al monasterio un joven mancebo, que ha sido recibido en vista de una orden de Su Majestad. Y como su reverencia ha pedido al padre prior otro novicio a quien instruir

en sus ratos de ocio, nuestro superior os le va a enviar...

CARL. De buena gana, padre, y lo más presto será lo mejor. Pablo, os dispense hoy de los oficios: quedaos en la celda para recibir al recién venido.

PABLO. (*Inclinase.*) ¡Dispensación de oficios y una cara nueva! No empieza mal el día.)

CARL. (*Al padre Lorenzo.*) Tenga su reverencia piedad de un enfermo, padre lector, y acórteme el camino conduciéndome por la escalera privada.

LOR. Bien quisiera, pero Dios sabe dónde para mi llave maestra.

PABLO. (Y yo también lo sé.)

CARL. ¡Paciencia! (*Tomando el brazo del padre Timoteo.*) Vamos, pues, prestadme apoyo.

TIM. (*Por lo bajo.*) ¿Osaré decir a vuestra reverencia: *Hoy por ti, mañana por mí?*

LOR. (*Buscando en sus faltriqueras y mangas.*) Será fuerza buscarla.

ESCENA VI

PABLO

Busca, busca. El día en que, después de haberme predicado sobre el pecado de la ira me disteis un golpe con ella sobre los dedos, pasó de vuestra manga a la mía. Hela aquí: abre todas las puertas, hasta la del jardín. ¿Y la había de encontrar vuestra reverencia? No, sino colgaréla yo a los pies de Nuestra Señora del Amparo si me abre las puertas del monasterio. A la manga. He visto a mi compañero. Parece triste.

ESCENA VII

PABLO, DON JUAN; UN NOVICIO, *que deja un hábito sobre un sitial, y sale.*

JUAN. (*Sin ver a Pablo.*) ¡Desarmarme! ¡Arrancarme de sus brazos, a pesar de sus lágrimas! ¡Que no pudiese vengarme! ¡Para siempre separado de ella!

- PABLO. ¡Santa María! habla de una mujer.
- JUAN. ¡Para siempre enterrado en este monasterio! Estas paredes me ahogan. Me volverán impío queriendo convertirme por fuerza. (*Cayendo en un sitial.*) ¡Desventurado!
- PABLO. Dame lástima. ¿Hermano?
- JUAN. (*Volviéndose.*) ¿Quién sois?
- PABLO. Pablo, vuestro compañero.
- JUAN. ¿Qué queréis?
- PABLO. Haceros servicio.
- JUAN. ¿Sí? ¿Qué convento es éste?
- PABLO. El monasterio de Yuste.
- JUAN. (*Levantándose.*) ¿Yuste? ¿donde se ha retirado Carlos V?
- PABLO. Todos hablan de Carlos V.
- JUAN. El tomará mi demanda. ¿Puedo verle?
- PABLO. Ha tres días que murió.
- JUAN. (*Cayendo de nuevo en el sitial.*) Y mi esperanza con él.
- PABLO. (He de decirle... ¿qué riesgo corro? Aquí no conoce a nadie: y me ha de ayudar.) (*Misteriosamente.*) No os aflijáis: yo os protejo.
- JUAN. ¿Vos? ¡pobre mozo!
- PABLO. Sed sumiso a las órdenes del reverendo a cuyo cargo venís.
- JUAN. ¡Yo a su cargo! ¡Mil diablos antes, el infierno todo!...
- PABLO. ¡Cómo jura!
- JUAN. Jamás. Dije que no he de ser fraile: no he de serlo.
- PABLO. Pero hablad más bajo: en el monasterio no se dice cuanto se piensa, y lo que se dice se dice por lo bajo.
- JUAN. (*Echando mano al hábito.*) Primero haré pedazos este hábito con los pies.
- PABLO. (*Conteniéndole.*) ¿Qué hacéis? Aquí se rabía cuanto se quiere debajo del hábito, ¡pero desgarrarle!... ¡se vería! (Hay que enseñarle desde el *Cristus.*)
- JUAN. ¿Qué queréis, pues?
- PABLO. Escuchad: tengo ocasión de libertaros; pero es fuerza disimular.
- JUAN. ¿Podré?
- PABLO. Si la noche es oscura...

- JUAN. ¿Qué?
- PABLO. Con esta llave...
- JUAN. Acabad.
- PABLO. ¡Silencio! he aquí al padre.
- JUAN. Está visto: no lo sabré. (*Pablo canta a media voz un villancico.*)

ESCENA VIII

Dichos, CARLOS V

- CARL. Hermano Pablo, id a cantar vuestros villancicos a mi huerta.
- PABLO. (Le diré dos palabras a sus naranjas. Obedezco.) (*A don Juan, poniendo el dedo en la boca.*) Hermano, hasta luego.
- CARL. ¡Ea! andad.
- PABLO. (¡Cómo no se le escape la verdad! El, que no sabe los usos de la casa.)

ESCENA IX

CARLOS V, DON JUAN

- CARL. Llegad.
- JUAN. (Le aborrezco ya.)
- CARL. (Hay algo en él que me llega al corazón.)
- JUAN. Reverendo padre... (¡Buen aspecto!)
- CARL. ¿Pensáis pronunciar vuestros votos en esta casa?
- JUAN. Nunca supe mentir. Estoy en ella mal mi grado.
- CARL. ¿Cómo?
- JUAN. Por fuerza se apoderaron de mí, y por fuerza me trajeron.
- CARL. ¿No tenéis, pues, ningún protector?
- JUAN. Uno tuve: veinte años me trató como a hijo. Cometí faltas, es verdad. ¿Pero por ellas debía ser cómplice de una felonía él mismo, don Rodrigo Quesada?
- CARL. ¡Don Rodrigo Quesada! ¿Vos fuisteis confiado a don Rodrigo?

JUAN. Al mismo.

CARL. ¿Os llaman don Juan?

JUAN. Cierto.

CARL. (¡El es! ¡Mi hijo! ¿Es posible?) ¿Vos don Juan, vos, desdichado, y junto a mí? ¿Vos forzado en este claustro?

JUAN. Y para siempre. Mas ¿qué tenéis?

CARL. ¡Oh! nada, nada. La compasión... el... (Sea yo dueño de mí propio.)

JUAN. ¿Sabíais mi nombre?

CARL. ¿No acaban de decírmelo? (Gentil presencia! ¡gallardo continente! ¿Y no he de abrazarle?)

JUAN. ¿Pero conocíais a don Rodrigo?

CARL. Hele visto en otro tiempo. ¿El acaudillaba a los que os trajeron?

JUAN. El fué quien me puso la mano encima; él fué mi carcelero. Ni hablarle quise, ni mirarle. Con todo, cuando llegábamos a las puertas aun tuvo la osadía de decirme al oído: «Agradecedme que os conduzca a este monasterio: tenía orden de llevaros a otro.» ¡Aun he de estarle agradecido!!!

CARL. (Reconozco a mi antiguo consejero.) Mas, ¿de quién fué esa orden?

JUAN. Del rey.

CARL. (¡Su propio hermano!) ¿Del rey, decís?

JUAN. Sorprendida tal vez por un cobarde caballero que quiso más bien deshonorarse, encerrándome, que cruzar su espada con la mía.

CARL. Pero... ¿y vuestro padre?

JUAN. En su nombre me persiguen. El es, dicen, quien me condenó a vivir, o a morir más bien en esta cárcel.

CARL. (Con viveza.) Es falso... quiero decir, es imposible. Que vuestro padre, por motivos que acaso él solo sepa, hūbiese deseado veros abrazar una vida retirada, lo comprendo; pero ¡autorizar él propio tal violencia! ¡un padre! don Juan, es imposible.

JUAN. ¿Fué nunca padre para mí?

CARL. ¿Sabéis si pudo serlo?

JUAN. ¡Ah! reverendo padre, me abrió los ojos mi desventura. Me dicen que es muerto. Pero, ¿quién sabe si vive todavía? Dios sabe si es algún prócer de esa corte devota, donde el que fué frágil en su

juventud se vuelve hipócrita en su vejez. El cielo sabe si acaso persigue en mí un recuerdo molesto, un testigo acusador, y si fui fruto de alguna flaqueza humana, de que siente más vergüenza que remordimientos.

CARL. (Dios mío, ¡cuán cruelmente me castigas!)

JUAN. Tales son esos grandes de la tierra. Por borrar la huella de un yerro venden su propia sangre, entregándola en manos extrañas, arrojan un desdichado a la merced del azar, y ampárele quienquiera. Sepúlтанle vivo en una tumba para que expíe con sus austeridades un nacimiento de que ellos solos fueron culpables y, fiando su salvación de la penitencia de otro, viven en paz consigo propios, gozando tal vez de una opinión sin tacha. Por encubrir un yerro cometen un crimen; ¡y el mundo los honra!!!

CARL. Basta, mancebo, basta. ¿No teméis ser injusto con vuestro padre?

JUAN. Decís bien. Tal vez lo sea. Mi desdicha me arrastró. ¿Quién fué ese padre? ¿Quién? Díganmelo, en fin, y, a pesar de cuanto oísteis, señor, daré el ser que de él recibí por vengar su honra puesta en duda, o su memoria ultrajada. ¡Ah! Si dejó de existir, le lloro; si vive, le perdono.

CARL. Bien, don Juan, bien. Me acabáis de probar que sois digno de mejor suerte.

JUAN. ¿Qué decís? ¿Habré encontrado un amigo donde sólo esperé hallar perseguidores? ¡Ah! ¿Por qué murió tan presto Carlos V? Hubiérale acaso hablado por vuestra mediación.

CARL. ¿Qué le hubiérais dicho?

JUAN. ¿Vos me lo preguntáis? Hubiera besado sus plantas. Hubiérale dicho: «Tengo valor, señor; tengo ambición de gloria, y quieren sepultar mi porvenir en la estrechez de un claustro. No tengo sino veinte años, y se tuercen las leyes divinas para imponerme una esclavitud sin término: soy, señor, súbdito vuestro, y me oprimen con mengua de las leyes humanas. Fuisteis harto grande para no ser bueno y justo; y debéis lanzaros entre el opresor y el desdichado.» ¿Pensáis que no le hubiera persuadido?

CARL. Más, don Juan: ¡hubiéraisle arrancado lágrimas!

JUAN. El me hubiera devuelto al mundo; ¿no es verdad? a la gloria, a aquel contento, en fin, cuyo recuerdo me mata lejos de ella.

CARL. ¡Lejos de ella! ¿Qué decís?

JUAN. Perdón, si os muestro mi corazón todo entero. Hay una mujer en la tierra que era mi vida, la mitad de mí mismo...

CARL. (¿Pudiera yo en eso ver un crimen?)

JUAN. A punto ya de unirnos, nos separaron para siempre.

CARL. No me culpéis de indiscreto: me interesasteis, don Juan: os quiero servir, y he menester saberlo todo. ¿Su nombre?

JUAN. Doña Florinda Sandoval.

CARL. ¡Sandoval! ¡Cristianos nuevos! si no me engaño...

JUAN. ¿Qué importa?

CARL. Para el mundo, mucho; pero ante Dios, decís bien: no es la fe mejor la más antigua, sino la más pura.

JUAN. ¿Sois monje y habláis así?

CARL. Don Juan, sois joven. ¡Mucho os queda que ver! Conozco esos Sandovals. Prestóme el padre de doña Florinda un servicio que mal pudiera olvidar: acuérdomme, además, de haber visto muy niña a doña Florinda.

JUAN. ¿La visteis? ¡Belleza sin igual!

CARL. Prometía serlo. (*Apartándose de don Juan para encubrir su emoción.*) ¡Qué fuego, qué ternura en el mirar! Así era su madre. ¿Dónde sois idos mis días de gloria y de ventura?

JUAN. ¿Hablasteis de mi madre? ¿La conocisteis por ventura?

CARL. ¡Yo!

JUAN. ¡Oh! sí; la habéis conocido: nombrádmela, por piedad. ¡Haced que yo la vea!

CARL. ¿Por qué suponéis que debo de haberla conocido?

JUAN. (*Despechado.*) Está visto: jamás hallaré respuesta a esa pregunta.

CARL. Vuestra desdicha, don Juan, me interesa. Es

un deber religioso en mí el oponerme a una violencia que Dios condena. Saldréis de aquí.

JUAN. ¿Es posible? ¡por piedad, hoy mismo!

CARL. Lo espero; no os respondo así de ese enlace que anheláis.

JUAN. ¡Ah! Véame yo libre ahora, ¡libre no más!

CARL. Lo seréis: tengo alguna influencia en el monasterio: la emplearé.

JUAN. (*Besándole las manos.*) ¡Padre mío!

CARL. (*Enternecido.*) ¡Su padre! (*Inclinado sobre don Juan, que se ha estado a sus pies, y a quien tiene abrazado.*) ¡Hijo mío! dulce me hubiera sido hallar en vos un compañero, un amigo, y entregar mi alma al Señor sobre ese corazón que me hubiera amado... Pero no temáis: sabré sacrificar mi dicha a la vuestra.

JUAN. Hacedlo, y mi vida entera será poco para agradecer...

CARL. (No es hijo de una reina, pero vale más que el rey don Felipe.)

ESCENA X

Dichos, EL PADRE PRIOR, PABLO

PRIOR. (*Trae a Pablo de una oreja.*) Vengo, reverendo padre, a denunciaros un reo sorprendido en el acto de cobrar el diezmo de vuestras hermosas naranjas...

CARL. ¡Hermano Pablo! ¿No os tengo prohibido...?

PABLO. No soy el primero, reverendo padre, que se ha dejado tentar por el fruto prohibido.

PRIOR. Ni seréis el primero tampoco en quien se castigue severamente el haber cedido a la tentación.

PABLO. (¡Pluguiera a Dios que me echaran de este paraíso!)

CARL. Más tarde ventilaremos eso, hermano Pablo. Por ahora, don Juan, llevaos a ese mozo a mi celda y repressedle... ¿me entendéis?

JUAN. Corre de mi cuenta, reverendo padre.

PRIOR. (*A don Juan.*) Podéis vestir el hábito, hijo mío. Es la regla.

JUAN. ¿Yo?

CARL. Es la regla. (*Don Juan toma despechado el hábito, y sale con el novicio.*)

ESCENA XI

CARLOS V, EL PADRE PRIOR, después DON RODRIGO

PRIOR. Don Rodrigo anhela despedirse de ese mozo. La nueva de vuestra muerte le ha colmado de dolor: sin sacarle de error, le he dicho, reverendo padre, que en esta celda hallará a don Juan; pero si os pesa de verle...

CARL. No; bien está así; pero antes, reverendo padre, he de pedir una gracia.

PRIOR. ¿Qué puede vuestra reverencia pedir que yo...?

CARL. Poca cosa por cierto; y no me la negaréis hoy que la elección os prepara un nuevo triunfo, en el cual no acierto a encareceros la parte de contento que me cabe. El mancebo que acabo de recibir no tiene vocación para la vida contemplativa; mandad, pues, que las puertas le sean abiertas. Bien veis que es poca cosa.

PRIOR. ¿Poca cosa, reverendo padre? La orden de Su Majestad...

CARL. Su Majestad fué inducido en error.

PRIOR. ¡En error! ¿Su reverencia lo cree posible?

CARL. ¡Ah padre mío! ¿Quién mejor que yo sabe si un rey puede engañarse?

PRIOR. Humildad que admiro. Mas ved que me hago delincuente para con el rey si desobedezco.

CARL. Pero lo sois para con Dios si obedecéis.

PRIOR. Para con Dios, padre, es una cuestión, y para con el rey es positivo.

CARL. Es decir que mis ruegos... En buen hora. Lo exijo, y tomo sobre mí...

PRIOR. Tendré, padre, la amargura de...

CARL. Pero...

PRIOR. Pero... hermano mío, yo mando aquí.

CARL. (*Con indignación.*) ¡Yo mando, yo mando! (*Con resignación.*) Decís bien, padre prior. Su reverencia manda. Hice voto de obediencia; no seré yo quien dé el ejemplo de la rebelión.

ROD. (*Que reconoce al entrar a Carlos V.*) ¡Santo Dios! ¿Qué veo?

PRIOR. ¿Su reverencia me permite que me retire?

CARL. Vuestra reverencia manda aquí.

ESCENA XII

CARLOS V, DON RODRIGO

ROD. (*Pugnando por arrojarle a los pies de Carlos V, que se lo impide.*) ¿No me engañaron mis ojos? ¿Vuestra Majestad vive todavía? Creí, señor, ver su sombra saliendo de su sepulcro.

CARL. Decís bien, don Rodrigo. No soy sino una sombra de Majestad. ¿No lo oísteis? ¿No me dijo: Yo mando? ¡Se negó a dar libertad a mi hijo, a ese hijo que me ama ya sin conocerme! ¡Príncipe perfecto, don Rodrigo! ¡Qué noble continente! Pasiones impetuosas, ¿no es verdad? ¡Y una cabeza, don Rodrigo, más ardiente que la mía!!!

ROD. ¿A quién lo dice Vuestra Majestad?

CARL. ¡Ha presentido su cuna! Hijo del águila, ha menester aire y sol. ¡Vive Dios! Don Rodrigo, los tendrá. Sí, ¡la luz para sus ojos, y para sus alas la libertad! (*Corre a abrir la puerta de su celda.*)

ESCENA XIII

Dichos, DON JUAN, PABLO

JUAN. (*Con el hábito de novicio sobre sus vestidos.*) ¿Y vuestras instancias, padre mío?

CARL. Malogradas, don Juan, del todo malogradas.

JUAN. Sabía yo ya que este hábito había de serme aciago.

CARL. No os desaniméis. Don Rodrigo, a quien en efecto debéis agradecer el haberos traído a esta casa, nos ayudará con sus consejos.

JUAN. Que me saque de ella, y prometo olvidarlo todo.

CARL. Andad, hermano Pablo, y ved si alguien escucha.

PABLO. Corro y vuelo. (*Para no perder nada.*)

ESCENA XIV

Dichos, menos PABLO

CARL. Deliberemos.

JUAN. Advertiré a su reverencia que ese novicio puede sernos de grande utilidad.

CARL. Le oiremos.

ESCENA XV

*Dichos, PABLO*PABLO. (*A Carlos.*) Nadie, reverendo padre, nadie.

CARL. Podéis hablar, Pablo, a la par que nosotros.

PABLO. ¿Yo, reverendo padre? Tanta honra...

CARL. Merecedla con vuestra discreción.

PABLO. Jamás digo sino lo que me callan.

CARL. ¿Qué os parece, don Rodrigo, que se haga?

ROD. Urge el tiempo, padre mío. Los criados de Su

Majestad que nos acompañaron hasta el monasterio se volvieron ya a dar cuenta de la expedición.

Ordenes más severas pueden llegar de un momento a otro. Vuestra reverencia debe de haber conservado algún amigo o deudo en la corte. Que escriba en favor nuestro, y presto, y a quien pueda mucho. He ahí mi sentir. He dicho.

CARL. ¡Yo, pobre monje! ¡Olvidado! Por otra parte,

os lo confieso, cifro mi orgullo en libertar a don

Juan por mi propio esfuerzo. Quiero probarme a

mí mismo que aun no he envejecido.

ROD. (*Siempre el mismo. Creándose dificultades para tener la gloria de vencerlas.*)

CARL. En consecuencia, se desecha el consejo, don

Juan.

JUAN. Si he de deciros la verdad, mi mejor consejo

fuera esa espada que veo pendiente de la pared, y

que me prueba que habéis sido soldado.

CARL. He probado de todo un poco.

JUAN. Dádmela, pues, y si no me abriese paso...

CARL. Por más caballeresco que sea, don Juan, vues-

tro sentir, os diré que sería más conveniente en una fortaleza que en un monasterio. ¿No decíais que Pablo...?

JUAN. Le prometí secreto.

CARL. Hablad, hermano Pablo, os lo mando.

PABLO. ¿Vuestra reverencia me empeña su palabra...?

CARL. ¿De qué?

PABLO. De que aun después de conocido mi arbitrio, ¿podré aprovecharme de él para mí mismo?

CARL. ¿Queréis dejarme, hermano?

PABLO. No a vuestra reverencia, sino el convento. No tengo vocación tampoco.

CARL. ¡Hermano Pablo!

ROD. (*Bajo.*) Ved, señor, que...CARL. (*Bajo.*) Decís bien. Veamos. Hablad.PABLO. Tengo dos medios. (*Enseñándole la llave.*)

¡Uno!

CARL. ¡Dios me perdone! ¡La llave maestra del padre lector!

PABLO. ¿Su reverencia olvida...?

JUAN. ¡Padre mío!

PABLO. (*Descubriendo la escala bajo la tarima.*)

¡Otro!

CARL. ¡Una escala de cuerdas!

PABLO. Con ésta se baja por esa ventana: con la otra se sale por la puerta excusada que da al campo.

CARL. ¿Sabéis, hermano, que mereceríais...? Con todo, no me ocurre nada mejor. No será la primera vez que un novicio habrá andado más discreto que todo un capítulo.

PABLO. La comunidad está en el refectorio, cuyas ventanas dan a la parte opuesta; y cuando está en tan santa ocupación, nunca piensa en otra cosa. Aprovechemos la ocasión.

CARL. ¡En buen hora!

JUAN. ¡Honra y prez al hermano Pablo!

CARL. (*A don Rodrigo.*) En cuanto os veáis fuera de aquí, conducid a don Juan a casa del anciano duque de Medina: habladle de mí: no habrá olvidado aún a su antiguo amigo. Ocultos en su posada, esperad a recibir letras mías. Manos a la obra, don Juan.

JUAN. No he de hacerme de rogar.

ROD. ¿Queréis que a mi edad...?
 CARL. Yo os tendré la escala. Pablo, tened cuenta.
(Hace seña al novicio, que sale a la puerta a acchar.)
 ROD. ¿Vuestra reverencia se dignaría...?
 CARL. A otros he ayudado a bajar, y de más alto.
 ROD. *(Besando la mano a Carlos.)* ¡Dios guarde, pues, a vuestra reverencia!
 JUAN. ¡A más ver, padre mío!
 CARL. ¿Os vais sin estrecharme en vuestros brazos?
 JUAN. Decís bien. Fuera ingratitud.
 CARL. *(Conmovido.)* ¿Volveréle a ver?
 JUAN. ¡Ah! Se me olvidaba. *(Va a desnudar el hábito.)*
 PABLO. *(Acude presuroso.)* ¡Silencio! ¡Silencio! ¡El padre prior!
 ROD. ¡Somos perdidos!
 CARL. ¡Va a ver la escala!
 PABLO. *(A don Rodrigo.)* ¡Cerrad una de las maderas!

ESCENA XVI

Dichos, EL PADRE PRIOR

PRIOR. *(A don Juan.)* Novicio, seguidme.
 CARL. ¿Dónde, pues?
 PRIOR. Incomunicado. Acabo de recibir esta orden: quien la trae da dos horas de descanso a los caballos, y ha de volverse con don Juan para otro monasterio.
 JUAN. ¡Conmigo!
 CARL. *(Calmándole.)* ¡Paciencia! ¡resignación!
 PRIOR. Por lo que hace a vos, señor don Rodrigo, varios caballeros os esperan a las puertas del monasterio: no sé qué palabras oí del alcázar de Segovia.
 ROD. ¡El alcázar!
 CARL. *(A don Rodrigo.)* Señor don Rodrigo, la jornada será buena.
 ROD. Ya lo sé. (Ayer entre dos hermanos, hoy entre un padre y un hijo. ¡Maldito secreto!)
 CARL. Quedaos ahora.
 ROD. No deseo otra cosa.

PRIOR. Don Juan, obedeced.
 JUAN. ¿Sufriréis, reverendo padre?...
 CARL. Fuerza es sufrir lo que no puede impedirse. Obedeced, don Juan. *(Bajo, apretándole la mano.)* No perdáis la esperanza.
 JUAN. Toda la pongo en vuestra reverencia.
 PABLO. *(Mientras que don Juan sale.)* ¡No pudiera venir en peor sazón el padre prior!

ESCENA XVII

CARLOS V, DON RODRIGO, PABLO

CARL. ¿Un obstáculo os abate, don Rodrigo? A mí me despierta, me estimula. Paréceme ya ser otro.
 PABLO. (Cómo se mueve! ¡Cómo anda! ¡Ha olvidado la gota!)
 CARL. Lucharé, triunfaré. Don Rodrigo, no sois el que erais. ¿Tenéis miedo? Quien piensa en el vencimiento está ya medio vencido. *(Bajo.)* ¿No perdíamos las primeras tres horas la batalla de Pavía? Y con todo... *(Con impaciencia.)* No tengo más que dos horas. ¡Esta cabeza otro tiempo tan fecunda! *(Se sienta.)* ¿No podrá inventar ya nada?
 PABLO. *(Retirando la escala de la ventana.)* La comunidad baja a la huerta. Los padres se encaminan a la sala de capítulo para la elección. ¿No ha de asistir vuestra reverencia?
 CARL. ¡Silencio! ¡Dejadme en paz con vuestra elección! *(Levantándose.)* ¡Ah! ¡Por vida mía! Doy en ello. Ese prior manda. ¡Y si pudiese yo mandar a mi vez! *(Alto.)* Don Rodrigo, ¿os acordáis de cierta elección que metió algún ruido en el mundo?
 ROD. ¡Mal pudiera olvidarla, aunque no fuese sino por las cartas que en aquella sazón escribí, sin contar con las posdatas!
 CARL. Eso es precisamente lo que vais a volver a hacer. Presto, acercaos a esta mesa.
 PABLO. *(Mirando por la ventana.)* Se dividen en corrillos. Lo menos tienen aún para media hora de intrigas antes de entrar.
 CARL. *(Tomando plumas y papel.)* ¿Media hora?

PABLO. Mi tío grita, el padre Timoteo predica como un pico de oro, y el padre prior, para ser reelegido, da su bendición a todo el mundo.

CARL. Presto, novicio, aquí; con la mejor letra posible...

PABLO. (Una rodilla en tierra, pronto a escribir sobre un misal.) Ya estoy.

CARL. Y yo... (*Buscando donde ponerse, y colocándose por fin en el reclinatorio.*) Yo allí. ¡Atención! Empiezo a dictar. A ti, Pablo, para el padre Timoteo. «Mi muy elocuente amigo.» A voñ, Rodrigo, para el padre procurador. «Muy reverendo padre.» (*Escribiendo él mismo.*) «Mi muy caro padre lector.»

PABLO. Ya está. (Mal año, si sé dónde va a parar.)

CARL. (*A Pablo.*) «Apruebo la santa ambición que manifestáis de predicar delante de la corte y duéleme haberme de resignar voluntariamente a perder el fruto de vuestras edificantes pláticas.» (*A don Rodrigo.*) «Varias veces me habéis ofrecido vuestro voto, y los de vuestros amigos: si yo creyese perjudicar en lo más mínimo a nuestro buen prior aceptándolos, los tornaría a rehusar, pero...»

ROD. Demasiado de prisa, reverendo padre, demasiado de prisa.

CARL. (¡Pobre don Rodrigo! está gastado.)

PABLO. «Edificantes pláticas.»

CARL. (*A Pablo continuando la suya.*) «Si la comunidad me confiriese hoy, merced a vuestro voto y a los de vuestros parciales, una autoridad que me permitiese disponer de vuestra reverencia para enviarlo a la corte, podríais contar en ella con mi apoyo.»

PABLO. (*Escribiendo.*) (¿Querrá ser prior?)

ROD. «Tornaría a rehusar, pero...»

CARL. «Pero algunos votos favorables en el primer escrutinio me serían ocasión de gran contento, sin perjudicar por eso, Dios me libre, a la elección del más digno. Vuestro mejor amigo.» ¿Estáis ya, novicio?

PABLO. Ya espero.

ROD. (Ya está en su elemento. ¡Tres cartas a la vez!)

CARL. «Privar al rey, padre Timoteo, de un inge-

nio como el vuestro fuera pecar; quiero más hacer doblemente penitencia pasando toda una cuaresma sin oíros.»

PABLO. ¡Esa frase ha de llegarle al alma!

CARL. Escribe, escribe. (*Leyendo la carta que acaba de escribir.*) «Mi muy caro y muy reverendo padre lector: voy a ser franco con vos, que sois la franqueza misma. Quiero ser prior. Os pido, pues, vuestro voto y el de los amigos de que disponéis, en nombre del novicio que os ha de entregar estas letras. Vos conocéis a su padre y yo también. Remolcad, pues, mi galera a buen puerto, o vive Dios que echo a pique la vuestra. Siempre monje, hablaré: prior, os juro secreto. Con esto, caro lector, buen viento, y Dios salve el honor de nuestro pabellón.» (*Corriendo hacia Pablo.*) Dame que lo firme, y pliega esa carta.

PABLO. ¡Oh! yo os fio que tendréis esos votos; pero si vuestra reverencia hace pasar a su bordo a mi tío con toda su tripulación, el triunfo ha de ser completo.

CARL. (*Alegremente.*) En el cual habréis tenido, novicio, más parte de la que pensáis.

PABLO. ¡Ah!

CARL. Porque vais a ser mi mensajero para con él.

PABLO. No haga tal vuestra reverencia: ved que no gusta de los novicios.

CARL. No importa: llevadle esas letras.

PABLO. Al punto.

CARL. Y deslizada la que habéis escrito en la manga del padre Timoteo.

PABLO. Entiendo.

CARL. Averiguad de paso dónde está don Juan.

PABLO. (*Enseñándole la llave.*) Más que eso he de hacer.

CARL. ¡Presto! ¿Pero vais saltando? Hermano Pablo, vuestra misión es grave.

PABLO. (*Devotamente, y cruzando los brazos sobre el pecho.*) El espíritu del Señor sea con vos, reverendo padre.

CARL. (Está visto: he de volverle hipócrita. De eso habré de acusarme.)

ESCENA XVIII

CARLOS V, DON RODRIGO

ROD. Ved aquí mi carta. (*Carlos la firma.*) ¿La cierró?

CARL. Todavía no. «Post-scriptum...»

ROD. ¡Ah!

CARL. «El cardenal secretario de Estado acaba de poner a mi disposición el capelo vacante en el sacro colegio. He oído encarecer los merecimientos y virtudes de vuestro pariente el obispo de Segorbe. Haced que nos veamos después de la elección.»

ROD. Un post-scriptum como los de aquellos tiempos.

CARL. ¿Me reconocéis, don Rodrigo?

ROD. ¿El sobre?

CARL. No hay para qué. Buscad al padre procurador, y entregadle vos mismo ese pliego.

ROD. (*Con inquietud.*) Yo, señor...

CARL. ¿No sabéis que los que os han de prender no han entrado en el monasterio?

ROD. Cierto. Ese era mi pensamiento. Siempre me ha adivinado vuestra reverencia. Obedezco.

ESCENA XIX

CARLOS V

¡Animo, mi antiguo consejero! ¡Alerta mi buen paje! Ya están en campaña mis estafetas tras un priorato, como en otro tiempo tras un cetro de emperador. ¡Extraño caso! La elección de algunos monjes en un monasterio de Extremadura no me había agitado menos que la de mis electores coronados en la gran dieta de Francfort. Pero devolver la libertad a mi hijo, y devolvérsela por sólo el esfuerzo de mi voluntad, ésa sería la mejor de mis victorias. (*Acercándose a la ventana.*) Pablo, Pablo, ¿llegaréis tarde? No, ya está. Detiene al padre Timoteo tirándole de la manga. Este ya es

mío. No puedo decir otro tanto de nuestro incorruptible padre procurador. ¿Y el padre Lorenzo? ¿Cederá? Dudo... mi corazón quiere salir del pecho, mi sangre hierve.

ESCENA XX

CARLOS V, PABLO *sin aliento.*

CARL. ¿Y bien? ¿Habéis visto al padre Timoteo?

PABLO. Leyó vuestras letras, dióme un golpecito en la mejilla, y me añadió dulcemente: *Soy suyo, enteramente suyo, hijo mío.*

CARL. ¿Y vuestro tío?

PABLO. ¡Oh! no bien hubo leído se volvió rojo como la lumbre; miróme de través...

CARL. ¿Qué más?

PABLO. Por ese lado nada. Hizo añicos el papel. «He ahí, añadió con voz de trueno, he ahí mi respuesta, instrumento de corrupción.» Y acabando con una blasfemia, reverendo padre, que no osaré repetirlos, fué furioso a escribir su voto.

CARL. (¿Resistirá? Todo el éxito pende de él.) (*A Pablo.*) ¿Y don Juan?

PABLO. Al ruido que hacía por evadirse he descubierto su prisión. ¡Cric, crac! la puerta se abre, y echamos a correr los dos; ahí está, en mi celda; pero sin hábito ya, padre, hecho añicos... no le gustan los hábitos.

CARL. ¡Que venga, Pablo, que venga!

PABLO. (*Desde el fondo.*) ¡Don Juan, don Juan!

CARL. Por mi parte he usado de todos los medios: amenazas, promesas, toda la gruesa artillería de un día de elección.

ESCENA XXI

Dichos, DON JUAN

JUAN. ¿Será cierto, padre mío? ¿No me ha engañado Pablo? Cuando yo fío en vos mi libertad, ocupa todo vuestro pensamiento la elección de un prior.

CARL. ¿Me culpáis, don Juan? Así juzga el mundo. Pablo, alcanzadme esa espada.

PABLO. (*Saltando sobre un sitio.*) ¡Jesús! ¡Cuán pesada!

JUAN. (*Desenvainándola.*) Para tu mano, niño, mas no para la mía.

CARL. Creo en efecto, hijo mío, que vuestro brazo sabrá honrarla en el peligro.

JUAN. ¡Contra un ejército entero!

CARL. (*Cogiéndola.*) Esta arma, don Juan, es harto más preciosa de lo que pensáis: es un presente de ese emperador que vino a morir aquí debajo de un hábito que hubiera sin duda destrozado, como vos, a vuestra edad.

JUAN. ¡De Carlos V! ¿Vos erais su amigo? ¿Murió acaso en vuestros brazos?

CARL. Húbola por derecho de conquista del rey Francisco I en una jornada bien gloriosa para las armas españolas.

JUAN. ¡La espada de Francisco I! ¿Y pudierais desprenderos de ella?

CARL. ¿De qué utilidad puede serle a un monje?

JUAN. ¡Y en obsequio mío!

CARL. Con ciertas condiciones que aquí para ante Dios habéis de jurar cumplir. (*Presentándole la espada desnuda para recibir su juramento.*) ¿Juráis no desenvainarla en causa vuestra, sino en legítima defensa; juráis que no se vea desnuda sino por orden de vuestro soberano, y que caerá de vuestras manos a su primera indicación; juráis, en fin, que no se verá teñida jamás sino en la sangre de los enemigos del rey y de la monarquía; juráislo así, don Juan?

JUAN. Lo juro.

CARL. Si así lo cumplieréis, Dios os lo tenga en cuenta. Vuestra es, don Juan; ¡presiento que ha de ganar batallas en vuestras manos!!

JUAN. (*Con la espada en la mano.*) ¡Yo haré verdadera vuestra predicción!!!

ESCENA XXII

Dichos, DON RODRÍGO, después EL PRIOR

ROD. ¡Una mayoría victoriosa! ¡una elección completa!

CARL. ¡Alegre nueva, que no pudiera traerme mensajero ninguno más agradable! (*Bajo.*) ¿Sabéis, don Rodrigo, que aun pudiera yo triunfar en un cónclave?

ROD. (Fuerza era que le ocurriese.) El prior me sigue para daros el parabién, y resignar, mal que le pese, su autoridad en vuestras manos.

PABLO. Me ha cogido mis naranjas, y yo le he cogido sus votos.

CARL. (*A don Rodrigo.*) Tened presentes mis últimas instrucciones: no dejéis un punto solo a don Juan; sed su sombra; es servicio que de vos reclama mi antigua amistad.

ROD. ¿Podéis dudar de mi lealtad?

PRIOR. (*Entrando.*) Huélgome, reverendísimo padre, de ser el primero en daros el parabién: vuestra elección me colma de contento, y desde este punto juro obediencia a mi prior.

CARL. Sé, padre, cuán sinceras son vuestras felicitaciones, y quiero desde ahora poner a prueba vuestro buen celo y esa misma obediencia de que dais ejemplo. Conducid a don Rodrigo y don Juan.

PRIOR. (*Sorprendido.*) ¡Este mozo aquí!

CARL. Conducidlos vos mismo fuera de las tapias del monasterio.

PRIOR. ¡Yo mismo! Vuestra reverencia... las órdenes del rey...

CARL. (*Severamente.*) Reverendo padre, yo mando aquí. (*El prior se inclina.*)

JUAN. ¡Qué injusto fuí!

PABLO. ¡El padrecito es más que hombre!

ROD. (*Bajo a Carlos.*) ¿Sois prior, señor?

CARL. (*Bajo a Rodrigo.*) Todo se reduce a una abdicación más o menos.

ROD. (Está poseído del espíritu de la abdicación.)

PRIOR. (*A don Juan y don Rodrigo.*) Seguidme. (*Don Juan se arroja en brazos de Carlos V; don Rodrigo le besa la mano y sale.*)

ESCENA XXIII

CARLOS V, *vuelto los ojos hacia la puerta por donde acaba de salir* DON JUAN; PABLO

CARL. Anda, mancebo generoso; así de lejos, como de cerca, siempre velaré sobre ti. (*Viniendo hacia la orquesta.*) He salido de mi empresa con honor. Ahora abdiquemos segunda vez.

PABLO. (*Juntando las manos en ademán de súplica.*) Reverendísimo padre, ¿vuestra reverencia no se acordará más de mi llave ni de mi escala de cuerdas?

CARL. Hasta mañana a la noche no.

PABLO. ¡Mal año para mí si me encuentra aquí mañana!

CARL. (*Dejándose caer en un sillón.*) No puedo más de cansancio. ¡Pero éste es el primer día que he pasado en esta casa sin consultar mis relojes!!!

ACTO CUARTO

En casa de doña Florinda. Decoración del segundo acto.
Una mesa en que arden dos bujías.

ESCENA PRIMERA

DOÑA FLORINDA, *sentada, apoyada la cabeza en la mano*; DOROTEA, *mirándola al entrar.*

DOR. Duéleme verla. Si esos inquisidores fuesen hombres, tendrían lástima de ella, pero son tigres.

FLOR. Don Juan lo ignora. Eso será menos desdichado. (*A Dorotea.*) ¿Y mis letras?

DOR. Partieron: el mensajero galopa a rienda suelta camino de Yuste.

FLOR. ¿Llegará?

DOR. ¿Por qué no?

FLOR. ¿Sabemos, por ventura, el nombre que tomó en ese retiro?

DOR. Pero el sobre lleva el suyo. ¿Quién no conoce a Carlos V?

FLOR. Cedió a tus ruegos, Dorotea; creíste que, movido de su antigua afición al padre, había de interesarse en la suerte de la hija ¡huérfana y perseguida...! Quiero dejarte tus esperanzas.

DOR. A no tenerlas, ¿cuál fuera mi consuelo? ¿Quién pudiera desarmar a ese tribunal terrible, que os citó?

FLOR. Sosiégate, Dorotea. Tengo un protector que quiere conducirme él propio a los pies de mis jueces, y asistirme con su favor.

DOR. Sí; ese personaje misterioso que se presentó aquí de parte de Su Majestad y del conde de Santa Fiore, y que sólo a vos quiso descubrirse...

FLOR. Cuando bajaste, aun no había venido.

DOR. Yo di orden de que le introdujesen en llegando; mas ningún rumor se oye en la calle. ¿Quién se creería en Toledo? ¡Qué pesada calma! Ni un soplo de viento que refresque el ambiente.

FLOR. Dices bien. Abre, Dorotea, las celosías.

DOR. ¿Las de la calle?

FLOR. No; las del jardín. ¿No te acontece a veces, Dorotea, que un rumor vago, un soplo de viento despierte en ti recuerdos, impresiones pasadas de placer o de pena?

DOR. Va que acierto en quién pensáis...

FLOR. ¡Grande esfuerzo por cierto! Nunca pienso sino en él; mas ya jamás le veré.

DOR. ¿Por qué? ¿No prometió ese cortesano en quien fiáis devolveros a mis brazos?

FLOR. ¡Silencio! ¡El es! ¡Valor, corazón!

DOR. ¿Tembláis?

FLOR. ¡Oh! no. Estoy tranquila.

DOR. Mis celos se despiertan.

ESCENA II

DOÑA FLORINDA, DOROTEA, DON PEDRO GÓMEZ

GÓMEZ. Llego, señora, a punto.

FLOR. Yo hubiera dicho, señor don Pedro, que os hicisteis esperar.

GÓMEZ. Nada temáis. El protector poderoso que os nombré no os ha de abandonar.

DOR. ¿No he de poder acompañarla?

GÓMEZ. No ignoráis la seriedad del tribunal.

DOR. ¡Oh! Pero, ¿me la devolveréis, no es verdad, como lo prometisteis?

GÓMEZ. Y presto. Os lo torno a prometer.

FLOR. El manto, Dorotea.

DOR. (*Poniéndole el manto.*) ¡Quién pudiera seguirlos!

GÓMEZ. (La jactancia de tal conquista no ha de poder nada con ella, pero el temor...)

FLOR. (*Despidiéndose.*) ¡Dorotea!!!

DOR. (*Acompañándole, le besa las manos.*) ¡Hija mía!!!

ESCENA III

DOROTEA, después DON JUAN

DOR. ¡Oh! ahora al menos puedo maldecirlos a ellos y a su raza sanguinaria, y maldecir sus leyes, su tribunal, sus verdugos. ¿Qué hicimos para que nos

tratasen de esa suerte? ¿Es ésa, sectarios del Cristo, vuestra santa, vuestra dulce religión? Horas tengo en que quisiera tenerlos a todos en mi mano. No sería más que una justa venganza. ¿Quién pudiera ser generosa con ellos? Con ninguno. ¿No son todos igualmente sanguinarios? ¡Ah! cristianos...

JUAN. (*Saltando por la ventana del jardín.*) Menos uno, supongo.

DOR. (*Dando un grito.*) ¿Sois vos, señor don Juan? Habéisme asustado. ¿Vos aquí, y de esa suerte?

JUAN. De la única que pudiera venir sin riesgo de encontrar importunos. Por la tapia del jardín: felizmente no es elevada.

DOR. ¡Dios de Israel!

JUAN. Y acompañado, Dorotea. (*Llegándose a la ventana para ayudar a don Rodrigo.*) Venid, don Rodrigo: os dije que la entrada era fácil aun para vuestros años.

ESCENA IV

Dichos, DON RODRIGO

DOR. ¿Cómo anunciarle esta nueva?

ROD. (*Acabando de saltar la ventana.*) ¿Dónde me traéis, don Juan?

JUAN. A puerto de salvación. ¿Y bien, Dorotea? ¿Conque volveré a verla? ¿Qué hace doña Florinda? ¿Dónde está?

ROD. ¡En la posada de doña Florinda!

JUAN. ¿No vais, Dorotea? ¿No le anunciáis...?

DOR. (*Saliendo de su indecisión.*) Sí, la diré... Esperad aquí un momento. (Ganemos tiempo al menos.)

ESCENA V

DON JUAN, DON RODRIGO

ROD. ¿Para conducirme a esta casa os negasteis, don Juan, a seguirme al palacio del duque de Medina? ¿Por qué habré yo prometido no dejaros solo un punto? ¡En casa de doña Florinda!

JUAN. ¿Podiera yo llevaros a otra parte?

ROD. ¡A una casa adonde os plugo traer al conde de Santa Fiore, y acechada tal vez por sus parciales, a una casa, en fin, donde podéis encontrarle a él mismo!

JUAN. ¡Plugiuese al cielo!

ROD. Dios os libre, don Juan. No lo deseáis. ¿Sabéis, mozo imprudente, lo que arriesgáis, sabéis el porvenir que aventuráis, sabéis quién sois, si quiera...?

JUAN. ¿Quién soy, en fin, don Rodrigo, quién?

ROD. Un loco, don Juan.

JUAN. Don Rodrigo, sosegaos. (¿Qué hace doña Florinda?) No tuvierais más miedo si el santo oficio se hubiese entrometido en nuestros negocios.

ROD. Es la sola desdicha que nos falta; y no la mentéis, si no queréis...

JUAN. ¡Oh! Esto es demasiado. ¡Dorotea! (*Llegando a la puerta.*) ¡Ardo en impaciencia! ¡Dorotea! ¿Vuelves sola?

ESCENA VI

Dichos, DOROTEA

DOR. ¡Ah! señor don Juan...

JUAN. ¿Qué veo? ¿Volvéis el rostro? ¿Lloráis, Dorotea? ¿Qué pasó en mi ausencia? ¿Qué me encubris? doña Florinda...

DOR. Salió...

JUAN. Adelante.

DOR. Citada por el tribunal...

JUAN. ¿Cuál?

DOR. ¡El santo oficio!

JUAN. ¡El santo oficio! ¡Y judía!

ROD. ¿Qué decís?

JUAN. (*Desesperado.*) ¡Perdida sin remedio!

ROD. No es eso lo que os pregunto. ¿Hablasteis de una judía? ¡Doña Florinda es judía!

JUAN. ¿Yo dije eso? Y bien, don Rodrigo, pues lo dije... es cierto.

ROD. Lo hubiera jurado. Don Juan, no hay seguridad aquí ya para nosotros.

JUAN. ¡Don Rodrigo!

ROD. ¿Sabéis que la Inquisición no castiga sólo a los judaizantes, sino también a sus encubridores? ¿Me entendéis, don Juan?

JUAN. Sí, os entiendo: a sus encubridores. ¿Y qué me importa? ¿Qué hemos de hacer ya?

ROD. ¿Qué hemos de hacer, decís? Huir, don Juan.

JUAN. ¿Salir de aquí?

ROD. Y de Castilla. ¡En vísperas de un auto de fe! Vamos, don Juan.

JUAN. (*Asiéndole de un brazo.*) Vamos en buen hora, sí, pero a la Inquisición.

ROD. (*Desasiéndose.*) ¡A la Inquisición!

DOR. Don Juan, teneos. Discreción, cautela. Uno de los personajes más importantes del santo oficio ampara a doña Florinda; él la acompaña, y él ha de volver a conducirla a casa.

JUAN. ¿Esta noche misma?

DOR. Y presto. Así lo prometió.

JUAN. ¿Qué no hablabais?

ROD. ¡Oh! no han de hallarnos aquí.

JUAN. Ni yo he de moverme, aunque me cueste la vida.

ROD. ¿Queréis volverme loco, ingrato don Juan? Yo hice cuanto fué humanamente posible para cumplir mi promesa; pero os burlasteis de los consejos de un anciano, y éste quiso más bien acompañaros en vuestras locuras que tener razón abandonándoos a vuestra mala cabeza. Ahora os amaga un riesgo inminente, y queréis también que os acompañe en él, pudiendo fácilmente evitarle...

JUAN. ¡Oh! una idea, pero una idea que todo lo concilia, el tierno afecto que me profesáis, la palabra que tenéis empeñada, y vuestra propia seguridad...

ROD. Hablad presto.

JUAN. En cuanto doña Florinda se vea sola, me dejo ver, y huyo con ella sin esperar segunda cita del tribunal.

DOR. ¡Oh, sí, salvadla, señor!

JUAN. Andad, pues; procuradnos caballos y volved por nosotros. Volved, y desde este punto fiamos nuestra suerte en vuestras manos. Es el último esfuerzo que de vos exijo.

ROD. Y la última concesión que os hago. Convenido

pues. Volveré, y desde el pie de la ventana os haré señas.

JUAN. Sí.

ROD. Tres palmadas.

JUAN. Tres palmadas.

ROD. Si puedo entrar en la casa sin riesgo, me contestáis. De otra suerte...

JUAN. No contestaré.

ROD. (*A Dorotea.*) Guiadme ahora, y con cautela.

DOR. Nada temáis. (*Salen.*)

ESCENA VII

DON JUAN. (*Se sienta.*)

Meditemos. ¿Qué debo hacer? ¿Esperarla? Y si no volviere... ¡Oh! si no volviere, iría a buscarla al fondo de esa cueva que llaman santo oficio. ¡Sí, insensato, al santo oficio! Perdería mil vidas antes de abrirme paso... ¡Doña Florinda, doña Florinda! ¿os perdí por ventura para siempre?

ESCENA VIII

DON JUAN, DOROTEA

DOR. (*Acude presurosa.*) ¡Vedla, aquí, señor don Juan! La he visto: ya está de vuelta.

JUAN. Corro a su encuentro.

DOR. No hagáis tal: no viene sola. La acompaña el mismo de quien os hablé. ¿Queréis perderla?

JUAN. Antes perder cien vidas. Mas primero decid, ¿quién es?...

DOR. ¿Dudáis de mi señora? ¡Ingrato don Juan!

JUAN. ¡Decís bien! mi pasión me turba. ¡Ella engañarme!

DOR. Guardaos, pues, de descubrirlos. Venid.

JUAN. Donde queráis.

DOR. (*Abriendo una puerta lateral.*) Al paraje más apartado de la casa, a mi aposento, y sólo para salir de él en tiempo oportuno.

JUAN. ¡De vuelta ya! ¡Y yo aquí para defenderla!
¡Ah! respiro, Dorotea. Te obedezco. (*Salen.*)

ESCENA IX

DOÑA FLORINDA, DON PEDRO GÓMEZ

FLOR. ¡Oh! gracias, don Pedro, gracias. Habéis cumplido vuestra palabra, mas perdonad... (*Dejándose caer en un sitial.*) No puedo tenerme en pie.

GÓMEZ. El interrogatorio os dejó al parecer una impresión algo penosa.

FLOR. Dolorosa, don Pedro, como un horrible ensueño que no pudiese desechar. Aquella sala enlutada, aquellas opacas luces que hacían más espantosa la obscuridad, aquellos jueces velados, cuyos ojos se fijan en vuestra frente con una inmovilidad que hiela el pensamiento... ¡Oh! ¿no puede la justicia de los hombres aparecernos sino revestida de esas formas terribles?

GÓMEZ. No, cuando ha de vengar a Dios. Pero espero que vuestros jueces se han de humanar en favor vuestro.

FLOR. No tenéis certeza...

GÓMEZ. Bien quisiera, señora.

FLOR. Pero, ¿qué saben de mí, qué me quieren?... ¿Está escrito que habré de presentarme de nuevo en su presencia?

GÓMEZ. Lo ignoro, mas es posible.

FLOR. Querrán someterme a esa prueba de dolor, cuyos instrumentos esparcidos en derredor mío ofuscaban ya mi débil razón.

GÓMEZ. Cuéstame el creerlo, pero...

FLOR. (*Levantándose.*) ¡Pero es también posible! ¡Ah! no lo consentiréis. Tendréis compasión de mí. No ha de faltarme esfuerzo para morir. ¡Soy tan desdichada! Pero a la vista de tan espantosos dolores, siento en mí toda la flaqueza de una mujer. El dolor me espanta. ¿Qué hacer, don Pedro, para evitarle? Desde ahora me someto a cuanto exijan. Cuanto quieran que diga, otro tanto diré, para morir más pronto, sí, ¡pero una sola vez! ¡Oh, sí, cuanto quieran diré!

GÓMEZ. (*Ya está en el punto en que anhelaba verla.*)

Sólo una persona pudiera intervenir entre vos y vuestros jueces: os lo repito, una sola: el rey.

FLOR. ¿Y lo hará?

GÓMEZ. ¿Podéis dudarle, cuando se digna venir él mismo a seros fiador de ello?

FLOR. ¡Oh, que venga, don Pedro, que venga!

GÓMEZ. Como os dije, señora, yo contaba hallarle aquí: dentro de poco le veréis llegar: encubridle todo género de resentimiento. Tened presente que la Inquisición intimida hasta a los reyes, que un paso dado con ese tribunal es arriesgado aun para Su Majestad, y que merece algún agradecimiento.

FLOR. ¡Ah! ¿Qué puede prometerse del mío?

GÓMEZ. El rey don Felipe no puede tardar; vais, señora, a verle: vuestra suerte está en sus manos. Quedaos, señora, quedaos.

FLOR. (*Dejándose caer de nuevo en el sitio.*) Mis bendiciones al menos os acompañan.

GÓMEZ. (*Al salir.*) (Prometa ahora el rey y el amante va a ser dichoso.)

ESCENA X

FLORINDA

¡Qué no puede el terror! ¡don Juan! ¡mi vida! Yo llamo a su propio enemigo: ¡al rey! Muy desdichada o muy débil debo de ser, pues que deseo volverlo a ver; lo anhelo con todo; de ello me sonrojo, pero no me es posible vencerme. ¡Dios mío, traedle presto para tranquilizarme sobre los riesgos que me amenazan!

ESCENA XI

DOÑA FLORINDA, DOROTEA

DOR. (*Corriendo hacia ella.*) ¡Os vuelvo a estrechar en mis brazos!

FLOR. ¡Dorotea!

DOR. ¿Tembláis?

FLOR. ¡Ah! no aumentes con la tuya mi conmoción: es fuerza sosegarme. Espero a alguien.

DOR. Y yo os anuncio una persona a quien no esperaba.

FLOR. ¿Qué quieres decir?

DOR. ¡El, él!

FLOR. ¡Don Juan!

DOR. El mismo, que acaba de llegar.

FLOR. ¡Don Juan libre, don Juan aquí!

DOR. Oculto en mi cuarto, me envía a acechar si estáis sola; decid una palabra, y le tenéis a vuestros pies.

FLOR. Al punto, Dorotea, corre, vuela. (*Deteniéndola.*) ¿No oíste?

DOR. ¡No! nada.

FLOR. ¡Espera! El gozo me hace olvidar... dile a don Juan que parta, ¡que huya!

DOR. Con vos, esta noche misma. Solo, jamás.

FLOR. ¿Qué haré, Dios mío? Ha de encontrarlo.

DOR. ¿A quién?

FLOR. Al conde, que no puede tardar, que sube tal vez ahora, mientras que te estoy hablando... ¡Dios mío! ¡Si volviesen a encontrarse uno en frente de otro!

DOR. ¡Oh! ¡don Juan le mataría!

FLOR. ¡Le mataría! Pero ignoras... ¡Sería el crimen más espantoso...!! ¡Y yo pude solicitar su presencia! Escucha, Dorotea. Don Juan está en tu habitación; ¡es fuerza tenerle en ella! Mas sin hablarle del conde.

DOR. ¿Consentirá?

FLOR. ¡Oh! dile que se lo ruego, que lo exijo; que va en ello su vida... no... la mía, ¡y lo hará!

DOR. ¿No hay riesgo para vos en quedaros sola?

FLOR. Ninguno, Dorotea. No ha un momento, temblaba todavía; pero he vuelto a mi ser; ya no pienso sino en él, no temo sino por él; a todo me expondría por salvarle. ¿Ignoras, Dorotea, que el amor es el valor de las mujeres?

DOR. Pero don Juan no tomará consejo sino de su espada si llega a sospechar que os negáis a verle para recibir a su enemigo.

FLOR. Tu aposento está distante. No podrá oírnos.

DOR. ¡Ah, señora, si hubieseis podido hablarle!

FLOR. Dices bien: todavía puedo; ven; voy contigo; voy delante de ti; al menos le habré vuelto a

ver. (*Deteniéndose de repente.*) Esta vez no me engañé.

DOR. Alguien sube. Ya llegan.

FLOR. ¡El conde! Ya es tarde. Dorotea, sálvanos a entrambos. Corre, vuela. ¡He de cerrar esta puerta! (*Echando la llave.*) Todos los obstáculos son pocos entre el conde y don Juan. (*Adelantándose hacia el medio de la escena.*) Disimulemos.

ESCENA XII

DOÑA FLORINDA, FELIPE II

FEL. (*En el fondo.*) (El miedo que me la entrega la hace más hermosa. O esta noche o jamás.)

FLOR. (¿Cómo abreviar esta entrevista?)

FEL. Me habéis de disculpar, señora, si vengo a turbar vuestra meditación.

FLOR. Tan melancólica era, señor, que aun he de estaros agradecida.

FEL. Esta vez, pues, mi presencia no os es molesta.

FLOR. ¿Pudiera serlo, señor, cuando venís a ampararme? Venero, bendigo vuestra justicia.

FEL. De buena gana aceptaría la lisonja si un afecto, más dulce que la necesidad de ser justo, no me trajese a vuestra presencia.

FLOR. ¡La compasión!

FEL. Sí, una compasión acompañada de recelos mil; el afecto de un amigo que desconocisteis cuando le pudisteis creer insensible.

FLOR. Vuestras palabras me vuelven la esperanza; si así me las hubieran referido, hubieran bastado a calmar mis recelos, y os hubieran ahorrado, señor, una entrevista en que abuso tal vez...

FEL. Al privarme del placer de tranquilizaros yo mismo, no me le envidiéis, bella Florinda.

FLOR. (¡Se queda!)

FEL. Me es tan dulce consagraros estos instantes que robo a mis afanes...

FLOR. Y a vuestro descanso tal vez... Sé cuán preciosos son; no temáis, señor, que abuse de ellos.

FEL. (*Adelantando un sitial para doña Florinda.*) Desechad, señora, ese temor.

FLOR. (*Sentándose.*) ¡Es forzoso!

FEL. (¿La habré por ventura tranquilizado demasiado pronto?) Han debido deciros, señora, que la voluntad soberana puede estrellarse en una sentencia del santo oficio. Este tribunal representa a Dios mismo, y delante de Dios, ¿qué son los reyes de la tierra? He resuelto, con todo, cualquiera que sea el riesgo, interponerme entre vos y vuestros jueces; ¿y en galardón de ese servicio, qué debo esperar? ¡Odio tal vez!

FLOR. (*Levantándose.*) ¿Odio yo cuando me salváis? Eso fuera, señor, ingratitud de que...

FEL. De que sois incapaz, hermosa Florinda. Os creo. (*Convidándola a sentarse.*) Por piedad.

FLOR. (*Sentándose en tanto que el rey va a tomar otro sitial.*) (¡Qué tormento!)

FEL. (*Apoyado en el respaldo de su sitial.*) No seréis ingrata; pero permanecéis indiferente. (*Sentándose.*) La estrella de un rey es no granjear sino respeto cuando no inspira aborrecimiento u envidia; y con todo, sensible a todo género de afecto que se le rehusa, abrasado, sin esperanza, de encontradas pasiones, ¡cuán dolorosamente siente un rey la necesidad de ser amado!

FLOR. Lo sois, señor, de un pueblo entero que os venera, que os admira, y que en vos ve el manantial de todo bien.

FEL. Sí, lo soy por interés; soy querido con aquel amor con que se ama al poder, no al hombre, sino al soberano. ¿Qué a mí, señora, esos homenajes, esas aclamaciones cansadas? ¡Con cuánto gozo las trocaría por la dicha de estrechar en mis manos una mano amiga; por un suspiro de la querida que me he creado en mi fantasía, que veo en mis sueños, cuya imagen persigue, en fin, al monarca en medio de sus afanes, y al cristiano hasta en el fervor de sus oraciones!

FLOR. Esa querida, señor, Dios y la Francia os la envían; una joven esposa os espera, aclamada por sus virtudes, y hermosa entre todas las princesas.

FEL. Mas no entre todas las mujeres. ¿Hay lugar para ella en este corazón que otra imagen acertó antes a llenar y a poseer? No lo creáis, bella Florinda; esa boda política es una triste viudez con

todos los recelos y las trabas todas del matrimonio. (*Acercando su sitio al de Florinda.*) ¡Oh, cuánto más reina que esa reina adornada de un título vano sería una esposa por mí secretamente preferida, de amor toda, escogida por mí, y adorada en las tinieblas del misterio! A sus plantas pondría mi cetro; ella ejercería en mi nombre ese derecho de hacer gracia, el más hermoso de los derechos de un rey; sus manos no serían sino un canal por donde pasasen mis tesoros, a las de los desdichados. Y ese inmenso poder de consolar el infortunio, esa diadema real encubierta en el misterio, pero más absoluta que la mía, sólo una mujer la merece, una sola en el mundo, y esa mujer sois vos, bella Florinda.

FLOR. (*Levantándose.*) ¡Yo! ¡Cielos! ¿Quién? ¿Yo?

FEL. Vos, señora, a quien de rodillas la ofrezco, a quien temblando pido esa compasión misma que yo no supe negaros.

FLOR. Pero que intentáis venderme al precio de mi honor... ¡Oh! no, no tuvisteis semejante idea. Yo me engañé, yo ultrajé Vuestra Majestad. Perdón, señor, perdón para mi error.

FEL. No finjáis, bella Florinda, no apeléis a virtudes de que Dios me hace libre desde el punto que me las hace impracticables. Lo he resuelto: crimen o no, de bueno o de mal grado, Florinda, seréis mía.

FLOR. ¡Y yo propia me entregué! ¿Y estoy sola?

FEL. Sola y nadie os venderá; pero nadie tampoco es poderoso a salvaros.

FLOR. Mi desesperación y mis gritos.

FEL. Vuestros gritos no serán oídos.

FLOR. Os engañáis, señor; vendrán; os juro que vendrán.

FEL. ¿Quién, pues?

FLOR. Nadie. ¡Oh! decís bien, nadie. Estoy sola, sin amparo, sin defensa; o más bien, una sola me queda, y ésa sois vos; vos, a quien fío ese honor que veníais a robarme. Vos, señor, que seréis mi defensor contra vos mismo. (*Llegándose a él con exaltación.*) Don Felipe, la acción que intentáis es horrible (*Cayendo de rodillas*), ¡y de ella pido justicia al rey de España!

FEL. (*Contemplándola con entusiasmo.*) ¡Hermosa de orgullo y de terror! Ese es, Florinda, el único de tus deseos a que no daré cumplimiento. El rey de España ha de ser hoy tu señor, y don Felipe tu esclavo toda su vida.

FLOR. (*Levantándose, y despidiéndole de sí al rey.*) Escuchadme, hombre cruel, cristiano sin compasión; no diré más que una palabra, pues que me obligáis...

FEL. No cambiaré tu suerte.

FLOR. Una sola palabra que ha de perderme, pero que os ha de hacer retroceder de espanto.

FEL. (*Arrojándose hacia ella.*) Ya habéis resistido demasiado.

FLOR. (*Huyendo.*) Piedad, señor, piedad, o la pronunciaré. Soy, señor...

FEL. (*Cogiéndola en sus brazos.*) ¿Qué me importa?

FLOR. ¡Soy judía!

FEL. (*Retrocediendo horrorizado.*) ¡Tú! ¿Qué escuchó? ¡Desdichada! ¡Plegue al cielo, para tu salvación en este mundo y en el otro, que la virtud te haya inspirado una mentira!

FLOR. Sí, una mentira pesa sobre mi conciencia, mentira que por necesidad me humilló hasta fingir una creencia aparente; ése es mi crimen, y espero mi castigo. Pero si dais un paso hacia mí, repetiré al pie del tribunal, diré a voces ante mis jueces que un castellano fué bastante vil para intentar triunfar de la inocencia con la fuerza; que un caballero ha ultrajado a una mujer, que el rey más santo de la cristiandad, que tú, don Felipe, tú, rey católico, te has manchado con una pasión infame por una judía. (*Con calma.*) ¡Y bien! señor, ahora os detenéis. Yo estoy tranquila ahora, y vos sois quien tiembla.

FEL. Por ti, infeliz. ¿Sabes por ventura que si, para eterna vergüenza mía, hubiesen llegado tus palabras a otros oídos, sabes que no habría esperanza ya para ti en esta vida?

FLOR. Pero saldría pura de ella.

FEL. ¿Que todo mi poder no sería bastante para salvarte del tormento y de las llamas?

FLOR. Pero volaría mártir al seno de ese Dios, que así es mi Dios como el vuestro, y que ha de juz-

gar a mis jueces; pero muriera digna todavía de aquel que tanto me amó.

FEL. ¡Oh! ¿Por qué, por qué renovaste ese recuerdo que ahoga en mí toda compasión? Es tu sentencia, Florinda, y tu sentencia de muerte. (*Oyendo golpes repetidos en la puerta del corredor inmediato.*) ¿Qué rumor es ése?

FLOR. (*En el mayor espanto.*) ¿Cuál? nada; no oigo nada. No sé... Dorotea tal vez.

JUAN. (*Desde adentro.*) Abridme esa puerta, o he de hacerla pedazos.

FEL. ¡Un hombre aquí!

FLOR. (*Se arroja hacia la puerta, y quiere detener al rey.*) Os lo ruego, señor... ¡Ah! Por lo que más amáis en este mundo.

FEL. (*Desviándola para abrir la puerta.*) ¡Un testigo de mi afrenta! He de saber quién es.

ESCENA XIII

DON JUAN, FELIPE II, DOÑA FLORINDA

FEL. ¡Don Juan!

JUAN. ¡El conde!

FEL. ¿Me habéis oído?

JUAN. Demasiado tarde. Si no, ya estuvieras castigado.

FLOR. (*Precipitándose entre los dos.*) Ni tenéis ese derecho, ni pudierais, don Juan; no conocéis al que afrentáis.

JUAN. Le conozco por sus hechos; daráme razón de ellos.

FEL. Y yo os juzgaré por los vuestros, y de ellos habréis de responderme.

FLOR. (*A don Juan.*) Le debéis respeto; respeto, sí, ¡a la sangre más noble de Castilla!

JUAN. Ni es noble ni castellano quien teme a un hombre y amenaza a una mujer.

FEL. Compadezco a la mujer; en cuanto al hombre, le veo de bastante altura para despreciar sus injurias.

JUAN. Merced al miedo que tenéis de vengaros de ellas.

FEL. Si os queda un resto de razón, don Juan, ni una palabra más. Salid.

JUAN. Si os queda una gota de sangre en el corazón, venid conmigo o defendeos.

FLOR. ¡Aquí!... ¡a mi vista! no os atreveréis. (*Asiéndole.*) No podréis...

FEL. Por última vez, obedeced.

JUAN. Por última vez también, defiéndete. Cruza tu espada... o... (*Haciendo demostración de pegarle de llano con la suya.*)

FLOR. (*Dando un grito.*) ¡Es el rey!

JUAN. (*Dejando caer la espada.*) ¡El rey!

FLOR. (*Una rodilla en tierra.*) ¡Perdón, señor, perdón! No para mí; ya estoy condenada; pero para él, cuyo único delito fué amarme sin saber quién fueseis y defenderme sin conoceros.

FEL. (*A Florinda.*) Me habéis vendido.

FLOR. ¡Por salvaros, señor!

FEL. O más bien a él. ¿Quién os dice que no tengo yo medios para protegerme a mí mismo contra un loco a quien despreciaba demasiado para nombrarme? (*Llamando.*) ¡Don Pedro!

ESCENA XIV

Dichos, DON PEDRO GÓMEZ, UN OFICIAL,
GUARDIAS DEL REY

FEL. (*A Gómez.*) Ese mozo demente al alcázar. (*Indicando el aposento de doña Florinda.*) Esta mujer aquí. Decidiré de la suerte de los dos.

FLOR. ¿Por qué, don Juan, no me dejasteis morir sola? (*Entrase a su aposento.*)

JUAN. ¡No pude vengar ni su honor ni el mío! ¡Oh juramento mío!

FEL. (*A los guardias.*) ¡Retiraos!

ESCENA XV

FELIPE II, DON PEDRO GÓMEZ

FEL. (*Los ojos clavados sobre el arma que dejó caer don Juan.*) ¡Osó levantar contra mí esa espada!...

Mas, ¿qué veo? Reparad, don Pedro. No me engañan mis ojos. Mis órdenes llegaron tarde para impedir que viese a Carlos V.

GÓMEZ. Don Rodrigo sin duda lo dispuso todo.

FEL. ¡Traidor! Si vuelve a caer en mis manos, don

Pedro... (*Suenan tres palmadas.*) Escuchad.

GÓMEZ. Es seña.

FEL. Seña que nos entrega un cómplice. Corred, don Pedro, y ¡ay de cuantos me han ofendido!

ACTO QUINTO

La cámara del rey en el alcázar de Toledo.
Una puerta lateral; otra grande en el fondo, que da a una galería:
un crucifijo pendiente, en fondo negro.

ESCENA PRIMERA

FELIPE II, *sentado junto a una mesa*; DON PEDRO,
que trabaja con el rey.

FEL. ¿Tenéis la lista de los condenados que me ha sido entregada por el inquisidor general?

GÓMEZ. Aquí está.

FEL. (*Recorriéndola.*) Judíos, siempre judíos. Aumentese el rigor; los exterminaré: aunque hubiera de convertir la España en un yermo, habrán de desaparecer dejando sus tesoros para enriquecer el culto, y su sangre para avivar la fe expirante. Todo por la fe y sólo por la fe.

GÓMEZ. ¿Quién pudiera dudarle, señor?

FEL. No creáis, don Pedro, que sea espíritu de venganza: no imaginéis que pienso en ella.

GÓMEZ. Lejos de mí tal idea.

FEL. Con todo, si, como decís, no perteneciese a esa abominable raza... Don Rodrigo debe de saberlo. El sin duda la conoce.

GÓMEZ. Ya di orden de que fuese conducido a la presencia de Vuestra Majestad.

FEL. ¡Si al menos abjurase sus errores con convicción sincera!

GÓMEZ. Una, señor, existe que le ha de impedir abjurar las demás: su amor.

FEL. Don Pedro, ¿queréis obligarme a dar muerte a ese mozo?

GÓMEZ. ¿Yo, señor?

FEL. Y decís bien; y sois mi amigo en aconsejármelo. Demasiado lo deseo yo ya; pero no puedo cerrar los oídos a la voz de la naturaleza que resuena

en mi corazón; hay un respeto humano que me detiene. Si mi padre se lo ha dicho todo, es claro indicio de que lo toma bajo su protección.

GÓMEZ. Hasta la presente nada lo prueba.

FEL. Su digno preceptor, a quien voy a interrogar, ha de aclarar mis dudas en este punto. Quien una vez me engañó, puede engañarme de nuevo. (*Dando un golpe sobre la lista.*) Pero por esta vez yo sabré hacerle forzosa la verdad.

GÓMEZ. Siempre tuvisteis el miedo por uno de los mejores arbitrios para mover a los hombres.

FEL. El mejor, don Pedro. Las dignidades se envilecen prodigadas, el oro se agota; el miedo, empero, no se agota, y no cuesta nada.

GÓMEZ. Aquí llega don Rodrigo.

ESCENA II

Dichos, DON RODRIGO, conducido por un ujier, que se retira.

FEL. Estoy sereno. Ni hay enojo en mí ya, ni rencor. Puedo ser justo. ¿No esperáis por cierto vuestro perdón?

ROD. No lo merezco, señor; pero la clemencia de Vuestra Majestad es tan grande que lo espero.

FEL. Os las habréis con el rey, o con el santo oficio: lo único que de vos exijo es que elijáis vuestros jueces.

ROD. Señor, ya elegí, y estoy en presencia de mi juez.

FEL. Pero en tanto solamente os dejaré esa libertad en cuanto me satisfagan vuestras respuestas. Todo pende de vuestra sinceridad.

ROD. Será completa; porque si bien la verdad puede perjudicarme, sé que la mentira ha de perderme.

UN UJIER DEL PALACIO. (*Anunciando.*) Un expreso de su eminencia el inquisidor general.

ROD. ¡Quisiera estar a mil leguas de aquí!

FEL. Salid a recibirle, don Pedro, y volved presto.

ESCENA III

FELIPE II, DON RODRIGO

FEL. He aquí la lista de los que han de morir mañana en el auto de fe que ha de celebrarse para castigo de los crímenes de algunos, y remisión de los pecados de todos. Esta lista no está tan llena que no pueda hallarse espacio para algún otro. Aquí queda sobre esta mesa; pero a la primera palabra dudosa que salga de vuestros labios, le añado un nombre. Ahora responded. ¿Conocéis a doña Florenda?

ROD. Como vuestra majestad.

FEL. ¿No más?

ROD. Acaso menos.

FEL. ¿Qué queréis decir?

ROD. Lo que digo, señor, no más.

FEL. ¿Desde cuándo la conocéis?

ROD. Desde el día en que Vuestra Majestad me dió cita en su casa.

FEL. (*Extendiendo la mano hacia la lista.*) ¡Don Rodrigo!

ROD. Tened, señor. Vuestra Majestad me condena por ser sincero. ¿Qué haría si no lo fuese?

FEL. En menosprecio de mis órdenes llevasteis a don Juan al monasterio de Yuste. ¿Podéis negarlo?

ROD. No puedo.

FEL. ¿Para que viese en él a mi padre?

ROD. Y al suyo.

FEL. (*Poniendo la mano sobre la lista.*) ¡Don Rodrigo!

ROD. Apelo a Vuestra Majestad, señor. ¿Es cierto o no?

FEL. ¿Y lo vió? ¿Y lo sabe todo?

ROD. No, señor.

FEL. ¿No? Mirad que habéis dicho no.

ROD. Repito, señor, que Carlos V no ha dejado un punto de ser para él un monje del monasterio.

FEL. (*Señalando la espada que está sobre la mesa.*) Esa espada prueba lo contrario. Y el monje del

monasterio probó por lo menos, al fiársela, que no insiste en los convenios ajustados entre nosotros acerca de ese mancebo.

ROD. Convengo en que sería singular presente si destinase todavía a don Juan a la Iglesia, pero afirmo que el emperador mi amo...

FEL. Que fué vuestro amo.

ROD. Que el emperador Carlos V no le ha reconocido por hijo suyo.

FEL. ¿Estáis cierto de eso?

ROD. Tan cierto como lo estoy poco de vivir mañana.

FEL. (*Con violencia, echando mano de la lista.*) ¡Don Rodrigo!

ROD. Señor, el ruido solamente de ese papel en las manos de Vuestra Majestad bastaría para turbar cabezas mejores que la mía. Este tormento no le va en zaga a ninguno. Pero cuanto afirmo es verdad.

FEL. (*Levantándose.*) ¿Se interesa, pues, por ese hijo más de lo que yo pensaba?

ROD. (*Con viveza.*) No quise decir eso.

FEL. Pero ese interés, ese cariño, aunque lo fuese, se desvanecería por sí mismo a la consideración de un crimen de lesa majestad, crimen que don Juan ha cometido, y por el cual debe morir.

ROD. (*Animándose a su pesar.*) ¡Oh, no! Vuestra Majestad no pronunciará esa sentencia: vuestro augusto padre no lo consentirá.

FEL. ¿Hay, pues, dos reyes en la monarquía? ¿Y el que reina es por ventura súbito del que reinó? Carlos V ha muerto para España, ha muerto para el mundo; yo os lo probaré, don Rodrigo, porque ese mozo imprudente morirá, a pesar de la voluntad o de la flaqueza de un monje de Yuste.

ROD. (*Del todo fuera de sí.*) ¡Oh, no! nadie habrá hablado en esos términos de mi señor; no se condenará a su hijo en mi presencia sin que antes yo, su antiguo criado, haya al menos protestado por entrambos.

FEL. ¿Sois vos, don Rodrigo, vos quien habla?

ROD. (*Cayendo de rodillas.*) No os lo diré, señor, sino de rodillas, pero os lo diré. Por prudencia, señor, por razones de política, en nombre de la naturaleza

y de vuestra gloria, no destrocéis la grande alma de Carlos V; no os estrelléis, señor, contra aquel cuya fama anda aún en boca de todos, aquel cuyos beneficios viven aún en todos los corazones. Aunque no fuese ya sino una sombra, saldría, señor, del sepulcro para amparar su sangre y vuestra contra vos mismo.

FEL. (*Precipitándose hacia la mesa, donde toma la pluma y la lista.*) ¡Oh! es demasiado.

ROD. Escribid, señor, escribid; matad al anciano; para nada os puedo ya servir, mas perdonad al joven, que tiene una vida entera que sacrificaros, y un corazón de veinte años que latirá en su pecho por su rey y por su país: viva ése, señor, y si ha de recibir la muerte sea por vos, y no de vos. En fin, ¡es vuestro hermano! (*Arrastrándose de rodillas hasta el sillón del rey.*) Sí, ¡es vuestro hermano! ¡Ah! señor, ¿por ventura tiene un rey tantos amigos fieles, que pueda privarse él propio voluntariamente del cariño de un hermano?

FEL. Alzad, anciano; vos mismo estáis espantado de vuestro valor. (*Después de una ligera pausa.*) No me obligo a nada para con don Juan; pero si le concedo la vida, lo que dudo, será para que la obscurezca en la austeridad de un claustro. Os autorizo a decírselo. Sé que tenéis poca influencia sobre él; no importa, probad a convencerle. Id a buscarle, y que os acompañe aquí. (*A don Pedro, que ha entrado hacia el fin de la escena.*) Conducid a mi presencia a doña Florinda.

GÓMEZ. ¿Cómo, señor...?

FEL. Conducidla, y dad orden al mismo tiempo de que don Rodrigo pueda ver a vuestro preso. Anad.

ROD. ¡Otra misión! La última por cierto.)

ESCENA IV

FELIPE II

¡Un príncipe de mi nombre, de mi sangre misma, otro yo en mi corte o en mis ejércitos! Jámás. Basta con un hijo. Sobra con un hermano.

TEATRO.—7

Es fuerza que muera, o que obedezca. (*Andando precipitadamente.*) Y aun cuando se sometiese, ¿no vería yo siempre debajo de sus ropas sagradas al insolente que me hizo retroceder? ¿No vería hasta en su báculo pastoral de obispo la espada desnuda que osó alzar contra mí? ¡No hay perdón posible! Obedezca o no, es forzoso que muera. (*Deteniéndose.*) Pero, ¿y mi padre? En vano procuro rebelarme contra un ascendiente que no acierto a sacudir; me domina. Su dignidad imperial y real, obscurecida y muerta tal cual está, impone a la mía. Es una sombra, sí, pero ¿si se me apareciese de repente podría decirle: *Yo maté a vuestro hijo?* Estas palabras se hielan ya sobre mis labios, como si estuviese enfrente de mí, como si su mirar de águila me anonadase entre el polvo. La Europa está llena aún de su gloria; una sola voz suya bastaría para hacer resonar en todos los ángulos mi desdoro. (*Después de un momento de silencio.*) ¡Matar yo a su hijo! ¡Imposible! (*Dejándose caer sentado.*) ¡Nunca me atreveré! ¡Pero obedecerá! ¿De qué suerte obligarle? Sólo una persona en el mundo puede; y si resiste, si la tentación viene a ser en mí más poderosa, será indicio de que Dios quiere que yo sucumba a ella. Entonces sucumbiré... Aquí llegan.

ESCENA V

FELIPE II, DON RODRIGO, DON JUAN, *por el fondo; después* DOÑA FLORINDA, DON PEDRO, *por la puerta lateral.*

ROD. (*Bajo a don Juan.*) No es el valor lo que os recomiendo.

JUAN. ¡Ah, Florinda!

FLOR. ¡Don Juan!

FEL. (*A Gómez y don Rodrigo.*) Salid.

ESCENA VI

Dichos, menos DON RODRIGO y GÓMEZ

FEL. (Su suerte va a decidirse: a este punto no me siento piedad alguna en el corazón.)

FLOR. (*A don Juan.*) Os vuelvo a ver, don Juan; ¡dicha por cierto que no esperé!

FEL. Pero que será corta. (*A don Juan.*) ¿Os intimaron mi resolución?

JUAN. Me la intimaron.

FEL. ¿Cuál es la vuestra?

JUAN. El conde de Santa Fiore la sabe harto bien para que pueda el rey ignorarla.

FEL. ¿Insistís?

JUAN. Pronunciar con mis labios votos que mi corazón desmintiese fuera acción vil. Moriré, señor; es mejor que España tenga un noble menos, que un mal sacerdote más.

FEL. Caiga, pues, sobre tu cabeza la sangre de esa doncella, porque tú mismo acabas de pronunciar su sentencia.

JUAN. ¿Qué decís, señor?

FEL. Que si resistes perecerá, y que vivirá si consientes.

JUAN. Vuestra Majestad...

FEL. Sí: puedo salvarla de esa muerte que destruiría tanta belleza, de esos tormentos cuya sola idea espanta. Podrá huir y refugiarse en tierra más hospitalaria; podrá, si quiere, esconder su obscura existencia en un rincón de España, donde mi justicia la olvidará. Don Juan, os empeño mi palabra real, mas someteos.

FLOR. Os piden, don Juan, más que la vida; os piden la libertad. Dejadme sufrir mi suerte: ¡yo no he menester para morir sino poco valor! ¡Vos habréis menester tanto para vivir esclavo!

JUAN. ¡Esclavo! ¡Y esclavo en un hábito hasta la muerte! ¡En buen hora! Mi amor me prestará el valor de que me creí incapaz. Después de vos, Florinda, mi libertad es lo que más amo en la tierra; pero perdiéndola, os salvo. ¡Ah! lo que me

hubiera envilecido, de hoy más me honrará. Ya fuera mengua el dudar. (*A Felipe con dignidad.*) Señor, usáis conmigo una violencia de que habréis de responder un día; pero en vos reside el poder: abusad, pues, de él; disponed de mí.

FLORE. ¡No, don Juan, no!

FEL. (*Arrastrándole hacia el crucifijo.*) Ven, pues, ante este Dios que te escucha, y que ha de juzgarte; ven a ligarte con un juramento que has de renovar dentro de poco en sus altares.

FLORE. ¡Don Juan, don Juan! no acepto ese sacrificio.

FEL. Pero el cielo y yo le aceptaremos.

JUAN. Nada por vos, señor, nada por el cielo. ¡Todo por ella! (*Extendiendo la mano hacia el crucifijo.*) Sí, cuéstemme en buen hora su vida la desdicha de la mía en este mundo, y el riesgo de mi alma en el otro...

FEL. (*A los grandes del reino, que entran por la puerta del fondo, descubierta.*) ¿Quién llega? ¿Qué es esto? ¿Quién dió la orden de abrir? ¿Quién osó con riesgo de su cabeza...?

ESCENA VII

Dichos, CARLOS V, DON RODRIGO, DON PEDRO GÓMEZ, PABLO, CORTESANOS, etc.

CARL. Yo, don Felipe.

FEL. ¡Santo Dios! (*Descubriéndose.*) ¿Vos, señor?

JUAN. ¿Qué oigo?

CARL. Yo, a quien un deber imperioso fuerza a salir por última vez del retiro de que jamás creí separarme. El padre de una desdichada me prestó un tiempo un servicio que salvó a la monarquía, y que fué injustamente olvidado. Ella al menos no habrá reclamado en balde mi protección. Vengo a pedirla a sus jueces, que no me la negarán, y a vos, que debéis ser uno conmigo en el agradecimiento.

FEL. Nuestra clemencia, señor, se había adelantado a la vuestra.

CARL. No he concluído. (*Señalando a don Juan.*) En-

trambos nos engañamos acerca de la vocación de ese generoso mancebo, mas nunca es tarde para enmendar un yerro. Don Juan, arrodillaos ante el rey de España. Aquí, en presencia de cuanto encierra el Estado de sagrado y grande, ¿prometéisle obediencia y lealtad hasta la muerte?

JUAN. ¡Hasta la muerte!

CARL. Don Felipe, ¿prometéis a este mancebo ilustre protección y amistad?

FEL. Cometió graves faltas para conmigo.

CARL. ¿Cuáles? Hablad.

FEL. Perdonad, señor; quiero no recordarlas, porque sólo olvidando puedo perdonar.

CARL. ¿Y las olvidaréis?

FEL. Por respeto a vos.

CARL. (*A don Juan.*) ¡Hijo de Carlos V, don Juan de Austria, hijo mío, levantaos, y abrazad a vuestro hermano!

FLORE. (*Con dolor.*) ¡Hijo de Carlos V!

JUAN. ¿Yo, señor? ¿Es posible? (*Pasando de los brazos del rey a los de Carlos V.*) ¡Yo hijo del hombre más grande de su siglo!

CARL. Nada debo olvidar. (*A don Juan.*) Os recomiendo al novicio Pablo; de él podéis hacer vuestro paje, si, como creo, tiene vuestra misma vocación. Enseñadle a obedecer a su rey y a defender a su patria.

PABLO. ¡Señor!

CARL. (*A don Rodrigo.*) ¿No os dije, don Rodrigo, que la jornada sería buena?

ROD. Ha concluído, señor, mejor que empezó.

FEL. (*A Carlos.*) Vuestra Majestad nos consagrará un día siquiera...

CARL. (*Bajo al rey.*) Don Felipe, es cosa embarazosa para una corte poner buena cara al pasado, sin comprometerse con el presente; puesto entre el agradecimiento y el interés, el más diestro vacilaría. Evitemos entrambos la prueba. (*Alto.*) Os dejo, hijo mío: la Majestad que reinó debe ceder el puesto a la Majestad que reina.

FEL. No me atrevo a insistir.

ROD. (Por temor de que la sombra eclipse el sol.)

CARL. Doña Florinda, partamos. Vuestro destino depende de mí.

JUAN. ¿Cómo? ¡Señor, padre mío!!!

FLOR. Príncipe, no nos volveremos a ver en la tierra, pero viviremos juntos en mis oraciones al Dios de todos: para mí le pediré resignación, que da esfuerzo para sufrir en silencio; y para vos gloria, única disculpa del olvido.

JUAN. ¡Olvidaros! ¡jamás, señora, jamás!

CARL. (*A Felipe.*) Adiós, don Felipe. (*A don Juan.*) Príncipe, adiós. Quedad vos, Pablo, en la corte: ¿quedáis contento?

PABLO. Por demás, señor. Es tan hermosa esta corte donde todos se sonríen, y se abrazan y se quieren...

CARL. (*Dándote con la mano en la mejilla.*) ¡Como en el convento!

EL ARTE DE CONSPIRAR

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

PERSONAJES

MARIA JULIA, reina viuda, suegra de Cristiano VIII, rey de Dinamarca.	CAROLINA, hija de Falklend.
EL CONDE BELTRAN DE RANTZAU, miembro del Consejo de Estruansé, primer ministro.	KOLLER, coronel.
FALKLEND, ministro de la Guerra, miembro del Consejo de Estruansé.	BERTON BURKENSTAF, mercader de sedas.
FEDERICO DE GELER, sobrino del ministro de Marina.	MARTA, su mujer.
	EDUARDO, su hijo.
	JUAN, manco de su tienda.
	JORGE, criado de Falklend.
	BERGEN, señor de la corte.
	UN UJIER
	EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL SUPREMO DE JUSTICIA
	PUEBLO.

La escena se supone pasar en Copenhague en enero de 1772.

ACTO PRIMERO

Salón del palacio del rey Cristiano. A la izquierda la habitación del rey. A la derecha la de Estruansé.

KOLLER, *sentado a la derecha; al mismo lado Grandes del reino, militares, empleados de palacio, pretendientes, con memoriales, esperando la audiencia de Estruansé.*

KOLL. (*Mirando a la izquierda.*) ¡Qué soledad en las habitaciones del rey! (*Mirando a la derecha.*) ¡Qué multitud a la puerta del favorito!... Si yo fuera poeta satírico, mi empleo era el más a propósito... ¡capitán de guardias en una corte donde un mé-

dico es primer ministro, la mujer del médico reina y el rey nada! Ya se ve, ¡un rey débil y enfermo! ¿Quién ha de mandar? ¡Paciencia!... Para eso está aquí la *Gaceta*, que ve en eso nuestra mayor felicidad... (*Leyendo para sí.*) ¡Hola!... Otro decreto... «Copenhague, 14 de enero de 1772. Nos Cristiano VIII, por la gracia de Dios rey de Dinamarca y de Noruega, por la presente hemos venido en confiar a su excelencia el conde de Estruansé, primer ministro y presidente del Consejo, el sello del Estado; y mandamos que todos los actos emanados de él se guarden, cumplan y oledezcan en todo el reino, sin más requisito que su sola firma, y aunque Nos no pongamos la nuestra...» Ahora comprendo la causa del gentío que acude esta mañana a cumplimentar al favorito... ¡eh! ya es rey de Dinamarca... este decreto es una abdicación del otro... (*Viendo llegar a Bergen.*) ¡Ah! ¡vos aquí, querido Bergen!

BERG. Sí, coronel. ¿Veis qué gentío en la antecámara?

KOLL. Aguardan que se levante el amo.

BERG. Desde que amanece le llueven las visitas.

KOLL. Eso es muy justo. Ha hecho tantas él cuando era médico, que es razón que se las paguen ahora que es ministro. ¿Habéis leído la *Gaceta* de hoy?

BERG. No me habléis de eso... Todo el mundo está escandalizado. ¡Qué descaró! ¡Qué infamia!

UN UJIER. (*Sale de la habitación derecha.*) Su excelencia el conde de Estruansé está visible.

BERG. Perdonad. (*Se mete entre la multitud y entra en la habitación de la derecha.*)

KOLL. ¡También éste va a pretender! He aquí los hombres que logran los empleos... y nosotros, por más que pretendamos, ¡nada!... Pues bien; antes morir que deberle la menor gracia... ¡tengo demasiado orgullo para eso! Cuatro veces me ha regado ya... a mí... el coronel Koller, el grado de general, que tengo tan merecido, aunque no teba yo decirlo... pues hace diez años que lo pretendo. Pero le ha de pesar... él sabrá quién soy yo... ¿No quiere comprar mis servicios?... Se los venderé a otros. (*Mirando al foro.*) La reina madre, María

Julia; viuda, a su edad... demasiado pronto por cierto... ¡Es terrible! razón tiene para aborrecerle más que yo.

ESCENA II

LA REINA, KOLLER

REINA. (*Mirando alrededor con inquietud.*) ¡Ah! ¡sois vos, Koller!

KOLL. Nada temáis, señora; estamos solos: todos acaban de entrar a besar los pies de Estruansé y de la hermosa condesa... ¿Habéis hablado al rey?

REINA. Ayer, como teníamos convenido, le hallé solo en un cuarto retirado, triste, pensativo... se le caían las lágrimas, y estaba haciendo fiestas a su enorme perro, su fiel compañero, el único de sus dependientes que no le ha abandonado. «Hijo mío —le dije—, ¿no me conoces?» «Sí—me contestó—; sois mi madrastra... no, no—añadió cariñosamente—, mi amiga, mi verdadera amiga, porque me tenéis lástima, ¡me venís a ver!...» Y alargándome la mano, me decía afligido: «¡Veis qué malo estoy! Yo muero, señora, y no hay remedio para mí.»

KOLL. ¿No es cierto, pues, que esté privado del juicio, como quieren hacernos creer?

REINA. No, sino viejo antes de tiempo, aniquilado enteramente por excesos de toda especie: se han embotado sus facultades, y se ha debilitado su cabeza hasta el punto de no poder soportar el menor trabajo, la más ligera ocupación: hasta el hablar le cuesta un esfuerzo... pero al oír lo que se le dice, se animan sus ojos, y brillan con una expresión particular. Ayer su semblante manifestaba muy al vivo cuánto sufría, y me dijo con una sonrisa amarga: «Ya lo veis; todos me abandonan. ¿Y la condesa? ¿Y Estruansé? ¡Estruansé!... ¡lo quiero tanto! ¿dónde está? que venga a curarme.»

KOLL. Entonces era ocasión de manifestarle... de abrirle los ojos...

REINA. Ya lo hice; pero era preciso mucho tino... Sabéis lo que puede en el corazón de un enfermo

pusilánime, abatido, débil, un médico que le promete la salud... la vida... Es su oráculo... su amo... ¡su Dios! Empecé, pues, por recordarle cuando ese hombre obscuro logró introducirse en palacio, a pretexto de la enfermedad del príncipe, y casi le hice ver que él lo mató errando torpemente la cura; le puse ante los ojos cómo después su carácter intrigante logró granjearle su intimidad, y adulando sus pasiones llevarlo él mismo de exceso en exceso al estado de postración en que se halla... con la idea sin duda de hacerse cada día más preciso, de dominarle más y más, y llegar a satisfacer los planes desmedidos de ambición que la casualidad le ofrecía... Le hice ver que, lejos de emplear su ciencia en curarlo, su interés era mantenerle largos años en aquel estado doloroso de sufrimiento y de debilidad que tanto le atormenta, y con promesas y esperanzas mentidas, con consejos falsos y pérfidos, asustarlo, aislarlo, y arrancar de sus manos el poder. Se le presenté elevándose sucesivamente al rango de ayo de príncipe, de consejero, de conde... aspirando y logrando con escándalo del reino y con toda la osadía de un favorito hasta la mano de una mujer unida a la familia real por los vínculos de la sangre, montando su casa con la etiqueta y servidumbre palaciega, y hasta el punto de contar él, primer ministro, entre las damas de honor de ésa su insolente esposa, a la hija de otro ministro: le patenté la conducta descabellada de su parienta traficando con su posición, con su hermosura, con los empleos... se le pinté, en fin, haciendo gala de su ilimitado poder, y burlándose casi en público de la aprensión... de la nulidad, de la demencia de un rey a quien todo lo debe, y a quien manda como a un esclavo, o más bien como a un autómatas... Al oír esto, un rayo de indignación brilló en aquel rostro desfigurado; sus facciones pálidas y ajadas se encendieron de repente, y con un tono que me sorprendió empezó a exhalar a gritos: «¡Estruansé! ¡infame!... ¡Estruansé! ¡que venga aquí! ¡quiero hablarle!»

KOLL. ¡Cielos!

REINA. De allí a poco vino Estruansé con aquel aire

de superioridad... de seguridad... dirigiéndome al paso una sonrisa de triunfo y de desdén. El rey estaba irritado... aquélla era la ocasión... pero en vano. Yo los dejé solos, e ignoro qué armas pudo emplear en su defensa: lo que sé es que este incidente ha contribuido a aumentar el ascendiente del favorito; que la condesa estaba anoche más altanera que nunca, y que han llegado al pináculo del poder: ese decreto que ha arrancado al infeliz monarca, y que publica hoy la *Gaceta oficial*, reviste al primer ministro, a nuestro mortal enemigo, de toda la potestad real.

KOLL. Y el primer uso que harán de ella será contra vos, señora; no dudaré que llegue su venganza hasta el punto de...

REINA. Sí; es preciso evitarlo... es preciso que hoy mismo... ¿Quién viene?

KOLL. (*Mirando al foro.*) ¡Favoritos del favorito!... El sobrino del ministro de Marina, Federico Geler... y Falklend, el ministro de la Guerra... ese hombre que para adular a Estruansé no ha dudado en consentir la humillación de hacer a su hija dama de honor de la condesa... Ella viene con él.

REINA. Sí: Carolina: silencio delante de ella.

ESCENA III

GELER, CAROLINA, FALKLEND, LA REINA, KOLLER

GEL. (*Dando la mano a Carolina.*) SÍ; hoy acompaño a la condesa Estruansé en la magnífica cabalgada que ha dispuesto... Si vierais, Carolina, qué bien se tiene a caballo... ¡con un aire! ¡oh, aquello no es una mujer!

REINA. (*A Koller.*) No; es un sargento de caballería.

CAR. (*A Falklend.*) ¡La reina madre!... (*Los tres la saludan.*) Señora, iba a ver a Vuestra Majestad.

REINA. (*Con sorpresa.*) ¿A mí?

CAR. Tenía encargo de hacer a Vuestra Majestad una súplica.

REINA. Esta es la mejor ocasión.

FAL. Hija mía, te dejo; voy al cuarto del conde de Estruansé, nuestro primer ministro.

GEL. Yo os acompaño: tengo que cumplimentarle por mí y por mi tío, el ministro de Marina, que está hoy algo indispuerto.

FAL. ¿De veras?

GEL. Sí; ayer tarde acompañó a la condesa Estruansé en el paseo que dió en la falúa real... y el mar le ha hecho daño...

REINA. ¡A un ministro de Marina!

GEL. ¡Oh, no será nada!

FAL. (*Viendo a Koller.*) ¡Ah, buenos días, coronel Koller!... ya sabéis que no me olvido de vuestra pretensión.

REINA. (*Bajo a Koller.*) ¿Vos pretendéis de ellos?

KOLL. (*Idem.*) Por alejar toda sospecha.

FAL. Por ahora, amigo, no hay cabida: la condesa Estruansé nos ha recomendado a un joven oficial de dragones.

GEL. ¡Hermosa figura! en el último baile se llevó la atención bailando la húngara.

FAL. Pero ya veremos; entraréis a la primera promoción de generales, si continuáis sirviéndonos con el mismo celo.

REINA. ¡Y si aprendéis a bailar!

FAL. (*Sonriéndose.*) ¡Su Majestad está hoy de un humor graciosísimo!... veo que participa de la satisfacción que nos causa a todos el nuevo favor concedido a Estruansé... Tengo el honor de ofrecer a Vuestra Majestad mis respetos. (*Entrase por la derecha con Geler.*)

ESCENA IV

CAROLINA, LA REINA, KOLLER

REINA. Hablad, pues, señorita, veníais...

CAR. Señora, la condesa Estruansé me ha rogado...

REINA. ¡La condesa Estruansé!... (*A Koller.*) ¿Qué embajada será ésta?

CAR. Que diese parte a Vuestra Majestad de que mañana da un baile en su palacio, y le suplicase al mismo tiempo en su nombre que se dignase honrarlo con su presencia...

REINA. ¡Yo!... (*A Koller.*) ¡Qué insolencia! ¿Conque un baile?...

CAR. Sí, señora: ¡un baile magnífico!...

REINA. ¡Para celebrar sin duda su nuevo triunfo!...

Y tiene la bondad de convidarme... ¡a mí!

CAR. Señora... ¿qué le diré?

REINA. Que no.

CAR. ¡Señora!... ¡Vuestra Majestad se niega!...

REINA. ¿Y queréis que os dé las razones, no es verdad? ¡Aun no he olvidado el decoro que se me debe como reina y como mujer, y nunca autorizaré con mi presencia el escándalo de esos saraos, el olvido del pudor, el desprecio de las costumbres públicas! Donde residen Estruansé y su mujer... donde reinan la traición y la deshonra... no hay sitio para mí... ¡ni para vos tampoco, señorita!... Y ya creo que lo hubierais echado de ver, si vuestro padre, atento sólo a su ambición, al permitirnos alternar en semejante sociedad, ¡no os mandase sin duda cerrar los ojos sobre lo que allí pasa!...

CAR. Ignoro, señora, lo que puede motivar la severidad y el rigor que Vuestra Majestad manifiesta... y no entraré en una discusión ajena de mi edad y mi conducta. Sumisa a mis deberes, yo obedezco a mis padres y nada más... a nadie tengo motivo de acusar, porque nada he visto... Si a mí me acusaren, ¡dejaré a mi conducta el cuidado de mi defensa!... (*Saludando.*) A los pies de Vuestra Majestad.

REINA. ¿Os vais?... ¿tanta prisa corre la contestación?...

CAR. No, señora... otros quehaceres...

REINA. ¡Ah! sí, se me había olvidado... ya sé que vuestro padre también da hoy un convite... ¡no se ve otra cosa! ¿una gran comida, según creo, a que deben asistir todos los ministros?

CAR. Sí, señora.

KOLL. ¡Convite diplomático!

REINA. Tiene otro motivo además: vuestro contrato de boda...

CAR. ¡Cielos!

REINA. Con Federico Geler, el que acabamos de ver... el sobrino del ministro de Marina... ¿Qué, no lo sabíais? ¿Es ésta la primera noticia?

CAR. Sí, señora.

REINA. Siento habéroslo dado, porque parece que no os ha agradado...

CAR. Señora, mi obligación y mi deseo serán siempre obedecer a mi padre. (*Saluda y vase.*)

ESCENA V

LA REINA, KOLLER

REINA. Ya lo habéis oído, Koller... esta tarde en el palacio del conde de Falklend... ese convite donde se hallarán reunidos Estruansé y sus colegas... Eso es lo que iba a contaros cuando vinieron a interrumpirnos.

KOLL. Y bien, señora, ¿qué hacemos con eso?

REINA. (*En voz baja.*) ¡Cómo! ¡qué hacemos!... ¿No veis cómo el cielo nos entrega así a todos nuestros enemigos de una vez? Es preciso apoderarnos de ellos.

KOLL. ¿Qué decís?

REINA. El regimiento que vos mandáis está de guardia en palacio esta semana... podéis disponer de él... y sobra para una empresa que sólo pide prontitud y osadía.

KOLL. ¿Y creéis...?

REINA. Por lo que he visto ayer, el rey, a causa de su debilidad, no tomará ningún partido, pero aprobará seguramente todos los que se tomen. Una vez destituido Estruansé, no faltarán pruebas contra él... pero lo primero es echarlo abajo... es cosa fácil... si he de creer en esta lista que me habéis dado y que os devuelvo. Es el único medio de acabar con ese usurpador... y tomar yo la regencia en nombre de Cristiano VIII.

KOLL. Tenéis razón, un golpe atrevido: es lo más pronto... esto vale más que todas esas intrigas diplomáticas, de que no entiendo una palabra. Esta tarde os entrego a los ministros, muertos o vivos... nada de perdón... el primero Estruansé... Geler, Falklend, ¡y el conde Beltrán de Rantzau!...

REINA. No, no; a ése no hay que tocarle.

KOLL. A ése más que a ninguno: le aborrezco personalmente: sus chanzonetas continuas contra los oficiales palaciegos, soldados de antecámara, como él los llama...

REINA. ¿Y qué os importa eso?

KOLL. Es que lo dice por mí, bien le entiendo... y me vengaré...

REINA. Bueno; pero no ahora. Necesitamos de él... lo necesitamos mucho para que ponga de nuestra parte al pueblo y a la corte. Su nombre, sus riquezas, sus talentos personales pueden dar consistencia a nuestro partido... que no la tiene; porque todos esos nombres que me habéis enseñado valen poco... son de ninguna influencia, y no basta derribar a Estruansé, es preciso que uno ocupe su lugar... y sobre todo que sepa mantenerse en él.

KOLL. Convengo... ¡pero ir a buscar aliados entre vuestros enemigos!...

REINA. Rantzau no lo es: tengo pruebas de ello: ha podido perderme mil veces, y no tan sólo no lo ha hecho, sino que en mil ocasiones me ha advertido indirectamente los riesgos a que iba a exponerme mi imprudencia; por último, estoy segura de que Estruansé, su colega, le teme y quisiera deshacerse de él; que él por su parte aborrece a Estruansé y vería con placer su caída... ya veis... de esto a ayudarnos, no hay más que un paso...

KOLL. Es verdad... pero yo no puedo sufrir a ese Beltrán de Rantzau... es un viejecillo maligno, que, aunque en verdad no es enemigo de nadie, tampoco es amigo más que de sí propio. Si conspira, es sólo en provecho suyo... ¡todo para él!... en fin, un conspirador egoísta, ¡con el cual nada se puede ganar!...

REINA. Estáis equivocado... (*Mirando hacia la izquierda.*) ¡Mirad! ¿lo veis en aquella galería, conversando con el gran chambelán?... Sin duda irá al consejo... dejadnos; antes de atraerlo a nuestro partido, ni descubrirle nada de nuestros proyectos, quiero saber cómo piensa.

KOLL. ¡Trabajo os mando, señora! De todos modos, voy por el pronto a hacer que algunos de los nuestros se repartan por la ciudad y vayan preparando la opinión pública... Herman y Gustavo son cons-

piradores subalternos, a éstos no hay sino pagarlos... Hasta la tarde; contad conmigo y con el sable de mis soldados... en materia de conspiraciones esto es lo que hay de más positivo. (*Vase por el foro, señalando a Rantzau, que sale por la izquierda.*)

ESCENA VI

RANTZAU, LA REINA

REINA. (*A Rantzau, que la saluda.*) Vos también, señor conde, venís a palacio a felicitar a vuestro muy alto y muy poderoso colega...

RANT. ¿Y quién os dice, señora, que no vengo para hacer la corte a Vuestra Majestad?

REINA. Eso sería muy generoso... muy digno de vos, por otra parte; en el momento en que estoy más en desgracia... en que voy a ser desterrada tal vez...

RANT. ¿Creéis que se atreverían?...

REINA. Eso os podría yo preguntar, a vos, Beltrán de Rantzau, ministro, y de influencia... a vos, miembro del consejo.

RANT. ¡Yo! Ignoro cuanto en él pasa... nunca voy. Sin deseos, sin ambición, no aspirando a otra cosa que a separarme de los negocios, ¿qué podría yo hacer en él? Todo lo más tomar a veces la defensa de algunos amigos imprudentes, lo cual podría muy bien sucederme hoy mismo.

REINA. Vos que afectabais no saber nada... ¿sabéis, pues...?

RANT. Lo que pasó ayer en la cámara del rey... sí por cierto... convenid conmigo que fué raro empeño el de querer probarle absolutamente que su favorito... ¡Oh! Vuestra Majestad no podía tener razón.

REINA. ¡Es decir que me reconvenís por mi fidelidad a Cristiano, a un rey desgraciado!... ¡suponéis que no se puede tener razón cuando se intenta quitar la máscara a los traidores!

RANT. Cuando no se consigue, sí, señora.

REINA. Y si yo lo consiguiese, ¿podría contar con vuestro auxilio, con vuestro apoyo?

RANT. (*Sonriéndose.*) ¡Mi apoyo! ¿eso me decís a mí, que en semejante caso tendría, por el contrario, que reclamar el vuestro?

REINA. (*Con energía.*) Y lo tendríais... os lo juro... ¿Me haréis vos igual juramento, no digo antes, pero después del peligro?

RANT. ¿Es decir que le hay?

REINA. ¿Puedo fiarme de vos?

RANT. No sé... pero me parece que soy ya depositario de algunos secretos que hubieran podido perder a Vuestra Majestad, y que jamás...

REINA. (*Con viveza.*) Lo sé. (*A media voz.*) ¿Esta tarde tenéis en casa del ministro de la Guerra, el conde de Falklend, una gran comida, a la cual asistirán todos vuestros colegas?...

RANT. Sí, señora; y mañana un gran baile, al cual asistirán también. Así tratamos nosotros los negocios. Yo no sé si el gobierno marcha, lo que sé es que baila mucho.

REINA. (*Con misterio.*) Pues bien; si queréis creerme, estaos en vuestra casa.

RANT. (*Mirándola con penetración.*) ¡Ya! desconfiáis de la comida... no valdrá nada.

REINA. Precisamente... no os digo más.

RANT. (*Sonriéndose.*) Confianzas a medias. ¡Cuidado! yo puedo divulgar los secretos que adivino... pero nunca los que me confían.

REINA. Tenéis razón; prefiero decíroslo todo. Buen número de soldados a mis órdenes rodearán el palacio de Falklend; se apoderarán de las salidas.

RANT. (*Con aire incrédulo.*) ¿Ellos por sí solos, y sin jefe?

REINA. Koller los manda; Koller, que no reconoce más órdenes que las mías, se precipitará con ellos por las calles de Copenhague, gritando: «¡Los traidores han concluido! ¡Viva el rey! ¡Viva María Julia!» En seguida nos dirigimos a palacio, en donde, si nos ayudáis, el rey y los grandes del reino se declaran por nosotros, me proclaman regenta, y desde mañana soy yo, o más bien vos y Koller, quien dicta leyes a Dinamarca... Ese es mi plan y éstos mis designios; ya los conocéis: ¿queréis entrar en ellos?

RANT. (*Friamente.*) No, señora; hasta quiero ignorar.

rarlos enteramente, y juro a Vuestra Majestad que los proyectos que acaba de confiarme morirán conmigo, cualquiera que sea su éxito.

REINA. Os negáis a ayudarme, vos que habéis tomado siempre mi defensa, vos en quien yo confiaba.

RANT. ¡Para conspirar!... Vuestra Majestad se equivocaba.

REINA. ¿Y por qué?

RANT. Señora... si he de hablar francamente...

REINA. Veo que me vais a engañar.

RANT. (*Friamente.*) No: ¿con qué objeto? Hace mucho tiempo que me he desengañado de conspiraciones, y os diré por qué. He observado que los que se exponen rara vez sacan provecho de ellas; trabajan siempre para otros, que vienen después con sus manos lavadas a recoger sin peligro el fruto que aquéllos han sembrado a fuerza de riesgos. Semejante albur sólo pueden correrle los muchachos, los locos, los ambiciosos que no ven claras las cosas. Pero yo ratiocino: tengo sesenta años, algún poder, ¡riquezas!... iría yo a comprometer todo eso, aventurar mi posición, mi crédito... ¿y para qué?...

REINA. ¡Para llegar al primer puesto! ¡para ver a vuestros pies a un colega, a un rival, que trata él mismo de derribaros!... Sí... sé... a no poderlo dudar, que Estruansé y sus amigos quieren separaros del ministerio.

RANT. Eso dice todo el mundo, y yo no puedo creerlo. Estruansé es mi protegido, mi hechura, yo le he puesto donde está... (*Sonriéndose.*) Verdad es que algunas veces lo ha olvidado; convengo en ello; ¡pero en su posición es difícil tener memoria! Por lo demás, fuerza es confesarlo, es un hombre de talento, ¡un hombre superior que tiene altas miras para la prosperidad del reino y medios de llevarlas a cabo! es un hombre, en fin, con quien puede uno dividir el poder sin mengua... ¡Pero un Koller, un soldado obscuro, cuya sedentaria espada no ha salido nunca de la vaina, un agente intrigante, que ha vendido hasta la presente a cuantos le han comprado!...

REINA. ¡Queréis mal a Koller!

RANT. ¡Yo! yo no quiero mal a nadie... pero mu-

chas veces digo para mí: que un cortesano, que un diplomático sea diestro, intrigante y aun algo más... ¡vaya! es su oficio; ¡pero que un militar, que como base del suyo debe profesar lealtad y franqueza, trueque la espada por un puñal!... Un militar intrigante... un traidor con uniforme... ése es el ente más vil: y acaso hoy mismo os pese de haberos fiado de él.

REINA. ¿Qué importan los medios, si se consigue el objeto?

RANT. ¡Es que no lo conseguiréis! Nadie verá en ese negocio sino los proyectos de una venganza o de una ambición personal. ¿Y qué le importa al pueblo que os venguéis de la condesa, vuestra rival, y que de resultas de esa cuestión de familia logre el caballero Koller un buen empleo? ¿Qué significa una intriga de corte, en la cual el pueblo no toma parte? Para que un movimiento de esa especie sea duradero y estable, es preciso que esté preparado o hecho por él: y para eso es necesario que estén en juego sus intereses... o que se lo hagan creer al menos. Entonces se levantará, entonces no hay más que dejarle: él irá más lejos de lo que se quiera. Pero cuando uno no tiene de su parte la opinión pública, es decir, la nación... puédense suscitar motines, complots, rebeliones, ¡pero no llevar a cabo revoluciones!... Esto es lo que os sucederá.

REINA. Enhorabuena; aunque fuera cierto eso, aunque mi triunfo no hubiese de durar más que un día, me habría vengado a lo menos de todos mis enemigos.

RANT. (*Sonriéndose.*) Ved ahí otra nueva razón que os impedirá triunfar. Os domina la pasión, el rencor... Cuando se conspira, no se debe tener odio, porque ciega y quita la serenidad. No se debe aborrecer a nadie, porque el que hoy es enemigo puede ser amigo mañana... por otra parte, si os dignáis dar crédito a los consejos que me dicta mi mucha experiencia, el arte consiste en no entregarse a nadie, en no tener más cómplice que uno mismo; yo, que os hablo en estos términos, yo, que aborrezco las conspiraciones, y que, por consiguiente, no conspiraré... si diese alguna vez en

la tentación, aunque fuese por Vuestra Majestad y en su favor... os juro que vos misma no sabríais nada, y ni aun lo sospecharíais.

REINA. ¿Qué queréis decir?

RANT. Gente viene.

ESCENA VII

Dichos; EDUARDO, dejándose ver en la puerta del fondo en conversación con los ujieres de la cámara.

REINA. ¡Ah! Es el hijo de mi mercader de sedas, Eduardo Burkenstaf... Llegad... acercaos... ¿qué me queréis? Hablad sin temor. (*Bajo a Rantzau.*) Es preciso irse haciendo popular.

ED. Señora, he venido a palacio con mi padre, que traía unas muestras a la condesa Estruansé, y también, según tengo entendido, a Vuestra Majestad; y mientras le dan audiencia... venía... será acaso demasiado atrevimiento en mí... a pedir a Vuestra Majestad una gracia...

REINA. ¿Qué gracia?

ED. ¡Ah! apenas me atrevo... es tan terrible esto de pedir... ¡sobre todo cuando no tiene uno derecho alguno en qué fundarlo!

RANT. Este es el primer pretendiente a quien oigo hablar en estos términos; cuanto más os miro, joven, más me convenzo de que no es ésta la primera vez que nos vemos.

REINA. En los almacenes de su padre... almacén del Sol de Oro... Berton Burkenstaf... el negociante más rico de Copenhague.

RANT. No... no ha sido allí... sino en los salones de mi terrible compañero el conde de Falklend, ministro de la Guerra...

ED. Sí, señor... he sido dos años su secretario privado; mi padre lo había querido; descando proporcionarme una carrera brillante, había logrado este favor por empeño de la señorita de Falklend, que solía venir a nuestros almacenes, en vez de dejarme en mi profesión, que acaso me hubiera estado mejor.

RANT. (*Interrumpiéndole.*) No por cierto; más de una vez he oído a Falklend, naturalmente severo y descontentadizo, hacer elogios de su secretario.

ED. (*Inclinándose.*) ¡Bondad suya! (*Con frialdad.*) Hace quince días que me ha quitado ese destino, y me ha despedido de su casa.

REINA. ¿Y por qué?

ED. Lo ignoro. Era dueño de despedirme; ha usado de su derecho, y no me quejó. Vale tan poco en el mundo el hijo de un comerciante, que no se le deben satisfacciones de los desaires que se le hacen. Sólo quisiera...

REINA. Otro destino... nada más justo.

RANT. (*Sonriéndose.*) Cierto; y puesto que el conde ha cometido la torpeza de privarse de vuestros servicios... Los diplomáticos nos apresuramos a aprovecharnos de los descuidos de nuestros compañeros: yo os ofrezco en mi casa lo mismo que teníais en la suya.

ED. (*Con viveza.*) ¡Ah! Señor, eso sería para mí ganar cien veces más de lo que he perdido; pero soy tan desgraciado que no puedo aceptar.

RANT. ¿Por qué?

ED. Perdonad; no puedo decirlo... pero quisiera ser oficial... quisiera... y no puedo pedirlo directamente al señor ministro de la Guerra. (*A la reina.*) Venía, pues, a suplicar a Vuestra Majestad que se dignase interesarse por mí; una charretera en cualquier arma, en cualquier regimiento. Os juro que la persona a quien yo deba este favor no tendrá nunca por qué arrepentirse de haberme dispensado, y que mi vida estará a su disposición.

REINA. (*Con viveza.*) ¿Decís verdad? ¡Ah! si sólo dependiese de mí, desde este momento quedaríais nombrado; pero en la actualidad tengo poco favor...

ED. ¿Es posible? ¡Entonces mi único recurso es la muerte!

RANT. (*Acercándose a él.*) Eso sería muy sensible, sobre todo para vuestros amigos, y como yo desde hoy entro en ese número...

ED. ¿Qué oigo?

RANT. Probaré, a título de tal, a lograr de mi colega...

ED. (*Con calor.*) ¡Ah, señor, os deberé más que la vida! (*Con alegría.*) ¡Podré hacer uso de mi espada como caballero!... Ya no seré el hijo de un comerciante, y si me insultan tendré el derecho de matar o morir.

RANT. (*Reconviniéndole.*) Caballerito...

ED. (*Con viveza.*) O más bien, vos seréis dueño de mi existencia; no soy ingrato.

RANT. Os creo, amigo mío, os creo. (*Señalándole la mesa.*) Escribid vuestro memorial; yo le haré decretar por Falklend, a quien debo ver en el consejo. (*A la reina, mientras que Eduardo escribe.*) ¡He aquí un corazón entusiasta y generoso, una cabeza capaz de todo!

REINA. ¿Es decir que creéis en ése?

RANT. Señora, yo creo en todos, hasta los veinte años... pero después, ya es otra cosa.

REINA. ¿Y por qué?

RANT. ¡Porque entonces son hombres!

REINA. Es decir que creéis que se puede contar con él, y que para sublevar al pueblo, por ejemplo, es el hombre que necesitamos.

RANT. No... hay algo más que ambición en esa cabeza, y yo en vuestro lugar... pero Vuestra Majestad hará lo que guste. Advierta Vuestra Majestad que yo no la aconsejo, que yo no aconsejo nada. (*Eduardo, que ha acabado su memorial, le presenta al conde. Al mismo tiempo se oye a Berton gritar afuera: ¡Esto no se concibe!... ¡es inaudito!*)

ED. ¡Cielos! ¡la voz de mi padre!

RANT. No podía venir más a tiempo.

ED. ¡Ah! No, señor, no: os suplico que no sepa nada. (*Entretanto la reina ha atravesado el teatro, hacia la izquierda, y Rantzau le arrima un sillón.*)

ESCENA VIII

RANTZAU, LA REINA, *sentada*; BERTON, EDUARDO

BERT. (*Irritado.*) Si no estuviese en palacio, y no supiese el respeto que se debe...

ED. (*Saliéndole al encuentro, y enseñándole la reina.*) ¡Padre!

BERT. ¡Ah! ¡La reina!...

REINA. ¿Qué tenéis, señor Berton Burkenstaf?

BERT. Perdonad, señora; estoy confundido, desesperado... sé que la etiqueta prohíbe un arrebatado como el mío en un palacio real, y sobre todo delante de Vuestra Majestad; pero después del ultraje que se acaba de hacer en mi persona a todo el comercio de Copenhague que represento...

REINA. ¿Cómo es eso?

BERT. ¡Hacerme esperar dos horas y un cuarto con mis muestras en una antecámara... a mí, Berton de Burkenstaf, síndico del comercio, para enviarme a decir con un ujier: «Vuelva usted otro día, amigo mío; la señora condesa no puede ver esas muestras, porque está indispuesta!»

RANT. ¿Es posible?

BERT. Y si hubiera sido cierto, vaya; hubiera gritado el primero: «¡Viva la condesa!...» (*A media voz.*) ¡pero es bueno saber!... creo que puedo explicarme sin temor delante de Vuestra Majestad.

REINA. Seguramente.

BERT. Pues no bien me habían dado el recado, cuando desde la ventana de la antecámara donde yo estaba, y que da sobre el parque, veo a la señora condesa paseándose alegremente agarrada del brazo de un oficial de dragones...

REINA. ¿De veras?

BERT. Y riéndose con él a carcajadas... de mí, sin duda.

RANT. (*Seriamente.*) ¡Oh! no, no; eso no es creíble.

BERT. Sí tal, señor conde; estoy seguro; y a fe que en lugar de burlarse de un síndico, de un vecino respetable que paga exactamente al estado su patente y su contribución, la señora condesa podría ocuparse en los negocios de su casa y de su marido, que no están muy bien parados.

ED. Padre... ¡por Dios!...

BERT. No soy más que un comerciante, es verdad; pero todo lo que se fabrica en casa me pertenece; en primer lugar mi hijo, que está presente; porque mi mujer, Ulrica Marta, hija de Gelastent, el burgomaestre, es una mujer honrada, que ha andado siempre derecha, por lo cual me paseo por todas partes con la cabeza erguida; y hay

algunas personas muy encopetadas en Copenhague que no pueden decir otro tanto.

RANT. (*Con dignidad.*) Señor Burkenstaf...

BERT. No nombro a nadie... ¡Dios proteja al rey! Pero por lo que hace al señor favorito y a la señora condesa, es harina de otro costal.

ED. ¿Pensáis lo que decís? si os oyesen...

BERT. Me oirían. ¡Y qué! ¡No tengo miedo a nadie! Tengo ochocientos artesanos a mi disposición... Sí, pardiez; pues qué, ¿soy yo como mis compañeros que traen sus géneros de París o de Lyon? Yo fabrico los míos aquí, en Copenhague, donde mis talleres ocupan todo un arrabal, y si tratasen de jugarme una mala partida, si se atreviesen a tocarme al pelo de la ropa... ¡Justicia divina!... ¡habría una revolución en la ciudad!

RANT. (*Con viveza.*) ¿De veras? (Bueno es saberlo.) (*Mientras que Eduardo procura calmar a su padre, llevándolo a un lado de la escena, Rantzau, que está de pie a la izquierda, junto al sillón de la reina, le dice a media voz, señalando a Berton:*) Ahí tenéis el hombre que necesitáis para jefe.

REINA. ¿Qué decís? ¡un fatuo, un necio!

RANT. ¡Tanto mejor! un cero bien colocado tiene un gran valor; es un hallazgo ese hombre para ponerle en primer término; si yo hubiese de tomar cartas en el juego, si yo explotase a ese negociante, me produciría un ciento por ciento de beneficio.

REINA. (*A media voz.*) ¿Lo sentís como lo decís? (*Levantándose y dirigiéndose a Berton.*) Señor Berton Burkenstaf...

BERT. (*Inclinándose.*) ¡Señora!

REINA. Me es muy sensible que os hayan faltado; yo honro el comercio, quiero protegerle, y si puedo haceros algún servicio a vos personalmente...

BERT. Señora, ¡cuánta bondad! Puesto que Vuestra Majestad se digna animarme, una gracia solicito hace mucho tiempo, el título de mercader de sedas de la corona.

ED. (*Tirando de su casaca.*) Pero ese título lo tiene ya el señor Revantlow, vuestro compañero.

BERT. Que no trabaja, que se quiere retirar del co-

mercio, que no tiene surtido ninguno... y, aunque fuese esto, una morisqueta que yo le jugase... ya has oído que Su Majestad quiere proteger el comercio; me atrevo a decir que yo tengo derecho en ese sentido a la protección de Su Majestad; porque al fin, de hecho yo soy el proveedor de la corte. Hace mucho tiempo que vendo a Vuestra Majestad; vendía a la señora condesa... cuando no estaba indispuesta; he vendido esta mañana a su excelencia el señor conde de Falklend, ministro de la Guerra, para el próximo casamiento de su hija...

ED. (*Con viveza.*) ¡De su hija!... ¡se casa!

RANT. (*Mirándole.*) Efectivamente; con el sobrino del conde Geler, nuestro colega.

ED. ¡Se casa!

BERT. ¿Qué te importa?

ED. Nada... me alegro por vos.

BERT. Sí por cierto; haré negocio...

RANT. Ya veo a Falklend; pasa al consejo.

REINA. ¡Ah! no quiero verle. Adiós, conde, adiós, señor Burkenstaf; no tardaréis en tener órdenes mías.

BERT. Seré nombrado... Me la llevaré... Corro a decirselo a mi mujer: ¿vienes, Eduardo?

RANT. No; ¡todavía no! tengo que hablarle. (*A Eduardo, mientras que Berton se va por el foro.*) Esperadme allí. (*Le señala la izquierda.*) En aquella galería; sabréis al momento la respuesta del conde.

ED. (*Inclinándose.*) ¡Señor!!

ESCENA IX

RANTZAU, FALKLEND, *entrando por la derecha.*

FAL. (*Pensativo.*) ¡Estruansé se equivoca! Su posición es demasiado elevada para tener nada que temer; puede atreverse a todo. (*Viendo a Rantzau.*) ¡Ah! ¿Sois vos, querido colega? eso es lo que se llama exactitud.

RANT. Contra mis costumbres... porque asisto raras veces al consejo.

- FAL. Todos nos quejamos de eso.
- RANT. ¿Qué queréis? a mi edad...
- FAL. Es la edad de la ambición, y se me figura que no tenéis bastante.
- RANT. Son tantos los que tienen de más la que a mí me falta... ¿De qué se trata hoy?
- FAL. De un asunto bastante delicado. Se nota estos días un abandono, un desenfreno...
- RANT. ¿En palacio?
- FAL. No; en la ciudad. Se habla con toda libertad, y se habla mal, según parece, del primer ministro y de su esposa. Yo estoy por medidas fuertes y enérgicas. Estruansé tiene miedo; teme disturbios, sublevaciones que no pueden existir; y entretanto los descontentos toman alas, y se aumenta la osadía; por todas partes circulan coplas, canciones, libelos, caricaturas...
- RANT. Paréceme, sin embargo, que todo ataque de esa especie hecho al gobierno es un delito, y en semejantes casos la ley os autoriza... y os da facultades...
- FAL. De que es preciso usar. Tenéis razón.
- RANT. Sí; con un ejemplar, uno solo, todo el mundo callará. Ahí tenéis sin ir más lejos un descontento, un hablador, hombre de cabeza y de chispa, y tanto más peligroso cuanto que es oráculo de su barrio.
- FAL. ¿Quién?
- RANT. Me lo han nombrado; pero siempre estoy reñido con los nombres propios... un mercader de sedas... almacén del Sol de Oro.
- FAL. ¿Berton Burkenstaf?
- RANT. Precisamente; ¡el mismo! Ahora, si es cierto o no, eso es lo que yo no sé; no soy yo quien le ha oído...
- FAL. No importa; las noticias que os han dado son demasiado ciertas, y yo no sé por qué mi hija se surte siempre en su casa.
- RANT. (*Con viveza.*) En la inteligencia de que es preciso no hacerle daño alguno... uno o dos días de cárcel...
- FAL. Pongámosle ocho.
- RANT. (*Friamente.*) Vayan ocho. Como gustéis.
- FAL. Excelente idea.

- RANT. Vuestra toda; no quiero quitaros esa gloria a los ojos del consejo.
- FAL. Gracias.: eso pondrá término a las hablillas. Tengo un favor que pidiros.
- RANT. Decid.
- FAL. El sobrino del conde de Geler, nuestro colega, va a casarse con mi hija, y le propongo hoy para una bonita plaza que le dará entrada en el consejo. Espero que por vuestra parte no habrá obstáculo alguno a este nombramiento.
- RANT. ¿Cómo pudiera haberlo?
- FAL. Pudiera decirse que es demasiado joven...
- RANT. En el día eso es un mérito... la juventud es la que reina; y la condesa, por ejemplo, que no deja de tener alguna influencia en los negocios, no puede echarle en cara un defecto, de que tendrá ella que reconvenirse a sí misma por espacio de muchos años todavía.
- FAL. Esa sola galantería la decidiría, si fuese precisa su cooperación; bien dicen, que el conde Beltrán de Rantzau es el hombre de estado más amable, más conciliador, más desinteresado.
- RANT. (*Sacando un papel.*) Tengo que pidiros una bagatela; una subtenencia que necesito.
- FAL. Concedida en el acto.
- RANT. (*Enseñándole el papel.*) Enteraos antes...
- FAL. (*Pasando a la izquierda.*) Sea para quien sea. En recomendándolo vos... (*Leyendo.*) ¿Qué es esto?... Eduardo Burkenstaf... Es imposible...
- RANT. (*Friamente, tomando un polvo.*) ¿Creéis que es imposible? ¿y por qué?
- FAL. (*Cortado.*) Es hijo de ese sedicioso, de ese hablador.
- RANT. El padre enhorabuena; pero el hijo no habla; no dice palabra; por el contrario, sería una política excelente colocar un favor al lado de un castigo.
- FAL. No digo que no; pero también dar una charretera a un muchacho de veinte años...
- RANT. Como decíamos no hace mucho, la juventud es la que reina en el día.
- FAL. Es verdad; pero ese muchacho cabalmente, que ha estado en los almacenes de su padre y después

en mi secretaría, no ha servido nunca en la milicia...

RANT. Ni más ni menos que vuestro yerno en la administración. Sin embargo, si creéis que ése puede ser un obstáculo, no insistiré; respeto vuestra opinión, querido colega; la seguiré en todo y por todo... (*Con intención.*) Y lo que vos hagáis, eso haré.

FAL. (¡Maldito!) (*Alto y procurando ocultar su rabia.*) Vos hacéis de mí lo que queréis: lo examinaré, veré.

RANT. Cuando gustéis; hoy; esta mañana; antes del consejo podéis librar los despachos.

FAL. No hay tiempo... son las dos...

RANT. (*Sacando su reloj.*) Menos cuarto.

FAL. Atrasáis...

RANT. No por cierto, y la prueba es que siempre he sabido llegar a tiempo.

FAL. (*Sonriéndose.*) Ya lo veo. (*Con amabilidad.*) Nos veremos luego... supongo... en casa... ¿a comer?...

RANT. No lo sé todavía; mucho me temo que mi dolor de estómago no me lo permita; pero de todas suertes seré puntual en el consejo, y allí me veréis.

FAL. Cuento con ello. (*Vase.*)

ESCENA X

EDUARDO, RANTZAU

ED. ¿Y bien, señor conde?... me abraso de impaciencia.

RANT. (*Friamente.*) Estáis nombrado, sois subteniente.

ED. ¿Será cierto?

RANT. A la salida del consejo iré a casa de vuestro padre a escoger algunos géneros, y yo mismo os llevaré vuestros despachos.

ED. ¡Señor! ¡Qué de bondades!

RANT. Os doy, además, un aviso, a vos, sólo a vos, bajo la fe de secreto. Vuestro padre es indiscreto, imprudente... habla demasiado alto; esto pudiera acarrearle disgustos.

ED. ¡Cielos! ¿Está amenazada su libertad?

RANT. No sé nada, pero no sería imposible. En todo caso, ya estáis avisado; vos y vuestros amigos no le perdáis de vista; y sobre todo, silencio.

ED. ¡Ah! primero me dejaría matar que soltar una expresión que pudiese comprometeros. (*Tomando la mano de Rantzau.*) Adiós, señor, adiós. (*Sale.*)

RANT. ¡Excelente muchacho! ¡Cuánta generosidad hay encerrada ahí, cuántas ilusiones, cuánta felicidad! (*Con tristeza.*) ¡Ah! ¿por qué no había uno de poder estar siempre en los veinte años? (*Sonriéndose.*) Aunque, por otra parte, ¡mejor está así! ¡sería uno muy fácil de engañar! ¡Vamos al consejo! (*Vase.*)

ACTO SEGUNDO

Tienda de Berton Burkenstaf. En el fondo puertas vidrieras que dan a la calle, y delante de las cuales se ven piezas de telas de muestra. A la izquierda, una hermosa escalera que conduce a sus almacenes. Debajo de la escalera, la puerta de un sótano. Al mismo lado un mostrador pequeño; y detrás, libros de caja y de muestras. A la derecha, géneros, y una puerta que da a lo interior de la casa.

ESCENA PRIMERA

BERTON, MARTA

(Berton está delante de su mostrador, y su mujer en pie a su lado, con varias cartas en la mano.)

MAR. He aquí pedidos para Lubek y para Altona... quince piezas de raso y otras tantas de tafetán.

BERT. (Con impaciencia.) Bien, mujer, bien.

MAR. Y cartas de nuestros corresponsales, a las cuales es preciso responder.

BERT. Ya ves que ahora estoy ocupado.

MAR. También es preciso escribir a ese rico tapicero de Hamburgo.

BERT. (Irritado.) ¡A un tapicero!

MAR. ¡Toma! uno de nuestros mejores parroquianos.

BERT. Escribir a un tapicero... precisamente cuando estoy ocupado en escribir a una reina.

MAR. ¡Tú!

BERT. ¡A la reina-madre! una petición que la dirijo en nombre del comercio, porque es de saber que la reina-madre no me puede negar cosa alguna. Si hubieras visto, mujer, cómo me ha recibido esta mañana, y a qué altura me hallo con ella.

MAR. ¿Y qué bienes nos vienen con esa gracia?

BERT. ¿Qué bienes, eh? Se conoce que no eres más que una simple mujer, y una mujer simple; una tendera que no entiende el crédito de los negocios... ¿Qué bienes? ¡Oiga! Crédito, favor, consideración... seré un hombre de influencia en mi barrio, en la ciudad, en el estado... algo, en fin, algo.

MAR. ¿Y todo para qué? ¡Para ser proveedor con real privilegio de la corona! ¡No puedes vivir sin dictados, sin títulos! no has tenido nunca otros sueños ni otros deseos.

BERT. Déjame en paz... ¡Cabalmente!... se trata de ser proveedor de la corona. (A media voz.) Se trata, señora Burkenstaf, de ser preboste del comercio, y ¿quién sabe? hasta burgomaestre de la ciudad de Copenhague... Sí, señor, lo he dicho, que para eso y para más hay favor... ¡Eh! con la popularidad de que gozo y con la protección de la corte... ¡Uy!

ESCENA II

JUAN, BERTON, MARTA

JUAN. (Con géneros debajo del brazo.) Aquí estoy, señor... Vengo de casa de la baronesa de Molke.

BERT. (Bruscamente.) Y bien, ¿qué me importa? ¿qué quieres?

JUAN. No quiere el terciopelo negro; le quiere verde. Y me ha dicho que se alegraría de que pudieseis llevarle vos mismo las muestras.

BERT. ¡Mal rayo! Verán ustedes cómo tengo que abandonar mis negocios... Verdad es que la baronesa de Molke es mujer de corte... Irás allá, mujer; éstas son incumbencias tuyas.

JUAN. Además traigo aquí...

BERT. ¡Otra vez! no acabará nunca.

JUAN. (Enseñándole un saco.) El dinero de las veinticinco varas de tafetán...

BERT. (Cogiendo el saco.) ¡Voto va! Cuidado que da vergüenza tener uno que ocuparse en esos pormenores. (Devolviéndole el saco.) Lleva esto arriba a mi cajero, y que me dejen todos en paz. (Se pone de nuevo a escribir.) «Sí, señora... a Vuestra Majestad es a quien...»

JUAN. (Pasando a la derecha, y sopesando el saco.) Da vergüenza, ¿eh? no tanto; muchas vergüenzas como ésta quisiera yo pasar.

MAR. (Deteniéndole.) Oiga usted, señor Juan. Me parece que ha echado usted bastante tiempo para dos tristes comisiones que tenía que desempeñar.

JUAN. ¡ Ah, maldita!... ésta está en todo; no es como el amo.) (*Alto.*) Os diré, señora; es que me he detenido un rato por las calles para oír lo que se decía en algunos corrillos.

MAR. ¿ Y a propósito de qué?...

JUAN. Pardiez, no sé... a propósito de un decreto del rey.

MAR. ¿ Y qué decreto?

BERT. (*Con aire importante desde el mostrador.*) No sabéis eso vosotros; el decreto que se ha publicado esta mañana, y que confía toda la autoridad real a Estruansé.

JUAN. Tanto vale; maldito si lo entiendo; lo que sé es que se hablaba con calor, que la cosa se iba animando... y Dios sabe si tendremos ruido.

BERT. (*Con aire importante.*) Seguramente; el caso es grave.

JUAN. (*Con alegría.*) ¿ De veras, eh?

MAR. (*A Juan.*) ¿ Y eso qué te importa a ti?

JUAN. ¡ Vaya! me da gusto; porque cuando hay ruido, se cierran las tiendas, no se hace nada: día de asueto: y para los mancebos de las tiendas es un domingo más en la semana; ¡ y luego da gozo correr las calles gritando lo que gritan los demás!

MAR. ¡ Gritando! ¿ qué?

JUAN. ¡ Qué sé yo! ¡ pero se grita!

MAR. Basta. Sube, y quédate arriba: hoy no saldrás del almacén.

JUAN. (*Yéndose.*) ¡ Voto va! en esta casa no puede uno sacar partido de nada.

MAR. (*Volviéndose y viendo a Berton, que entretanto ha tomado su sombrero.*) ¡ Oiga! y tú, que estabas tan ocupado, ¿ adónde vas?

BERT. Voy a ver qué es eso.

MAR. ¿ Tú también?

BERT. ¡ Está bueno! ¡ Pues no tiene miedo ya! ¡ las mujeres son el diablo! Mujer, no tengas cuidado; no voy más que a ver lo que pasa, a meterme entre los corrillos de los descontentos, y soltar cuatro expresiones de peso en favor de la reina-madre.

MAR. ¿ De la reina-madre? ¿ Y qué diablos de falta te hace a ti su protección? Cuando uno tiene dinero en sus arcas, no necesita uno la protección de nadie; se ríe uno de los grandes señores; es

uno libre, independiente; es uno rey en su casa; estáte en la tuya... tu obligación está en tu almacén.

BERT. ¿ Es decir, que no sirvo sino para medir terciopelo? ¿ es decir, que tú tienes en poco el comercio?

MAR. ¿ Yo tener en poco el comercio? ¡ yo, que creo que es la profesión más útil al estado, y la causa de su riqueza y de su prosperidad! yo, en fin, que no conozco nada más apreciable que un comerciante que es comerciante. Pero si él mismo se avergüenza de su profesión, si abandona su mostrador por andar corriendo antesalas, eso ya es otra cosa... y cuando dices necedades como el palaciego, ¡ maldito si puedo apreciarte como comerciante!

BERT. ¡ Magnífico, señora Burkenstaf! ¡ Brava arena! Desde que la señora condesa Estruansé gobierna a su marido, cada mujer del reino se cree con derecho a gobernar el suyo... Y vos, que tanto derecháis la corte, pudierais dejar de imitar sus usos.

MAR. ¡ Vaya, vaya! olvida a la corte, como ella te tiene olvidado a ti, y acuérdate más de lo que te rodea. ¿ Estás ya cansado de ser feliz? ¿ No tienes un comercio que prospera, amigos que te estiman, una mujer que te reconviene, pero que te ama, un hijo que todo el mundo nos envidiaría, que es nuestro orgullo, nuestra gloria, nuestro porvenir?

BERT. ¡ Ah! si tomas ahora ese capítulo por tu cuenta...

MAR. Sí, señor... ésa es mi ambición, mi asunto de estado... no me importa lo que pasa en casa del vecino. ¿ Qué se me da a mí que el rey tenga un favorito, o de que no le tenga; que mande este o aquel otro ambicioso? Lo que importa saber es si mi casa está arreglada, si mi marido está bueno, si mi hijo es feliz; yo no pienso más que en vosotros y en vuestro bienestar; ése es mi deber. Cumpla cada uno con el suyo... y como dice el refrán: *Zapatero, a tus zapatos...* ¡ eso es!

BERT. (*Impaciente.*) ¿ Y quién te dice lo contrario?

MAR. Tú, que a cada momento me haces temblar por nuestra tranquilidad, siempre metido en dis-

cusiones políticas con todos los que a la tienda concurren, hablando de todo lo que se hace y de lo que se deja por hacer; tú, a quien tus ideas de ambición han hecho descuidar el trato de nuestros mejores amigos... de Michelson, por ejemplo, que te ha convidado tantas veces inútilmente a ir a pasar unos días con él al campo.

BERT. ¿Y qué quieres? ¡Michelson! ¡Michelson! un mercader de paños que no es nadie en el estado... porque, al fin, vamos a ver, ¿qué es?

MAR. Es nuestro amigo; pero ¡ya se ve! tú necesitas grandeza, brillo, oropel. Por esa loca ambición no quisiste que se quedase nuestro hijo con nosotros, donde hubiera estado perfectamente, sino que te empeñaste en que había de entrar en la secretaría de un gran señor, de donde no ha sacado más que disgustos, que tiene todavía la delicadeza de ocultarnos.

BERT. ¡Cómo! ¿es posible? ¡mi hijo! ¡mi hijo único es desgraciado!

MAR. ¿Y no lo has echado de ver? ¿ni siquiera lo has sospechado?

BERT. Esos son asuntos domésticos... ¡yo no me meto en eso! ¿para qué estás tú aquí? ¡Yo estoy siempre abrumado de negocios!... ¿Y qué quiere? ¿qué necesita? ¿Dinero? Pregúntale cuánto... o más bien... toma... ahí tienes la llave de la caja: dásela.

MAR. Silencio, ¡aquí está!

ESCENA III

MARTA, EDUARDO, BERTON

ED. ¡Ah! ¿estáis aquí, padre mío?... temía que hubieseis salido. Hay alguna agitación en la ciudad.

BERT. Eso dicen; pero todavía no sé de qué se trata, porque tu madre no me ha dejado salir. Cuéntame, cuéntame.

ED. No es nada, absolutamente nada; pero hay ocasiones y momentos en que es bueno manejarse con prudencia, aun sin motivos fundados. Sois el negociante más rico del barrio; tenéis alguna in-

fluencia; y no os mordéis la lengua para hablar del favorito y de su mujer. Esta mañana en palacio, sin ir más lejos...

MAR. ¿Es posible?

ED. Puede llegar a sus oídos...

BERT. ¿Y qué me importa? A nadie tengo miedo; no soy un hombre obscuro y desconocido, y no se atreverán a proceder contra Berton Burkenstaf del Sol de Oro. Aunque quisieran, no podrían.

ED. (*A media voz.*) Acaso os equivoquéis, padre mío; ¿y si se atrevieran?

BERT. (*Espantado.*) ¡Eh! ¿qué dices?... no es posible.

MAR. Ya me lo figuraba yo: ahora mismo se lo estaba diciendo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué será de nosotros?

ED. Tranquilizaos, madre mía; no os asustéis.

BERT. (*Temblando.*) Ya se ve; nos vienen con esos terrores... ese miedo os hace perder la cabeza, os perturba, no sabe uno lo que se hace... y precisamente en una coyuntura en que necesita uno toda su serenidad... Vamos a ver... ¿y quién te ha dicho?... ¿Por dónde lo sabes?

ED. Lo sé de buena tinta: por una persona que está, desgraciadamente, muy bien informada, y cuyo nombre no puedo deciros; pero podéis creerme.

BERT. Te creo, hijo mío; y guiándonos por los datos positivos que acabas de darme, ¿qué debo hacer?

ED. La orden no está firmada todavía, pero puede estarlo de un momento a otro, y lo más sencillo, lo más prudente, es abandonar quedito vuestra casa, y manteneros escondido por espacio de algunos días...

MAR. ¿Y dónde?

ED. Fuera de la ciudad, en casa de algún amigo.

BERT. (*Con viveza.*) En casa de Michelson, el mercader de paños... allí no me irán a buscar... es un excelente hombre, que no se mete con nadie... que sólo se ocupa en su comercio...

MAR. ¡Hola! ¡ya veis que alguna vez es bueno ocuparse uno en su comercio!

ED. ¡Madre mía!

MAR. Tienes razón; pensemos sólo en ponerlo en salvo.

ED. Hasta ahora no hay peligro, ¡pero no importa! Os acompañaré, padre mío.

BERT. No, mejor será que te quedes, porque al fin, cuando vengán y no me encuentren, si hubiese alborotos y tumulto, tú impondrías algún respeto a esas gentes, cuidarías de nuestros almacenes, y tranquilizarías a tu madre, a quien veo ya llena de miedo.

MAR. Sí, hijo mío, quédate.

ED. Como gustéis. (*Viendo a Juan, que baja la escalera.*) Así como así, Juan puede acompañar a mi padre hasta la casa de campo de Michelson. Juan, vas a salir.

JUAN. ¿De veras? ¡qué bueno! ¿la señora lo permite?

MAR. Sí, saldrás con tu amo.

JUAN. Sí, señora.

ED. Y no te separarás de él.

JUAN. No, señor.

BERT. Sobre todo prudencia; pocas habladurías; poca curiosidad.

JUAN. Sí, señor; ¿hay algo, pues?

BERT. (*A media voz a Juan.*) La corte y el ministerio están echando chispas contra mí, quieren prenderme, encerrarme... ¿y quién sabe?...

JUAN. ¡Oiga! ¡Eso quisiera yo ver! Buen ruido se armaría en todo el barrio; ya me veríais a mí, amo; ¡veríais qué zalagarda! me oirían los sordos.

BERT. Silencio, Juan; eres demasiado vivo.

MAR. Eres un buscarruidos.

ED. Felizmente tus buenos deseos serán inútiles, porque no habrá nada.

JUAN. (*Aparte tristemente.*) (No habrá nada... Tanto peor... ¡yo que esperaba ya ruido y vidrios rotos!)

BERT. (*Que entretanto ha abrazado a su mujer y a su hijo.*) Adiós... adiós... (*Vase con Juan por el foro: Marta y Eduardo le acompañan hasta la puerta, y quedan mirándolos hasta perderlos de vista.*)

ESCENA IV

MARTA, EDUARDO

MAR. ¿Me das palabra de que le volveremos a ver dentro de dos días?

ED. ¿Quién lo duda? Hay una persona que se digna interesarse por nosotros, y que empleará todo su favor en hacer que cesen las pesquisas, y en devolvernos a mi padre. Lo creo al menos así.

MAR. ¡Qué feliz seré entonces! ¡cuando nos hallemos todos reunidos, cuando nada pueda separarnos ya! Pero y tú... ¿qué tienes? ¿De qué procede ese aire tan triste y esas miradas?

ED. (*Cortado.*) Temo que no se realicen vuestros deseos; por lo que toca a mí... acaso me vea pronto precisado a separarme de vos por mucho tiempo.

MAR. ¿Qué dices?

ED. (*Con resolución.*) Yo hubiera querido no deciros una palabra... pero estas circunstancias... y por otra parte marchar sin daros un abrazo... ¡oh! imposible; no me hubiera determinado jamás.

MAR. ¿Marchar? ¿Y lo escucho? ¿Y por qué?

ED. Quiero ser militar; he pedido una charretera.

MAR. ¡Tú, Dios mío! ¿Qué te he hecho yo para que huyas de esta suerte de mí, para que abandones el hogar paterno? ¿Te hemos hecho, por ventura, desgraciado? ¿Te hemos dado algún disgusto? Perdónanosle, hijo mío; habrá sido sin querer... y yo repararé todas nuestras faltas...

ED. ¡Vuestras faltas! ¿vos, señora, la mejor y la más cariñosa de las madres?... No, sólo acuso a mi suerte... Pero no puedo permanecer en Copenhague.

MAR. ¿Pero por qué? ¿Hay algún sitio en el mundo donde seas más amado que aquí? ¿Qué te falta? ¿Quieres brillar en el mundo? ¿Quieres eclipsar a los más ricos señores? Podemos, podemos... (*Dándole la llave.*) Toma, dispón de nuestras riquezas, tu padre lo consiente; yo te lo suplico y yo te lo agradeceré, porque para ti y sólo para ti

trabajamos y atesoramos; esta casa, estos almacenes, todo es tuyo... ¡absolutamente tuyo!

ED. Basta, señora, basta: no los quiero, no los necesito; no soy digno de vuestros beneficios. ¡Si os dijese que estoy a punto de despreciar esos mismos bienes, fruto de vuestro trabajo, y que esa misma profesión que ejercéis con tanto honor y probidad, y que en otro tiempo me envanecía, es hoy la causa de mi tormento y de mi desesperación, es lo que se opone a mi felicidad, a mi venganza, a todas las pasiones violentas, en fin, que abriga en este momento mi corazón!...

MAR. ¿Qué dices?

ED. Sí, os lo diré todo; este secreto es una carga demasiado pesada. Por otra parte, ¿a quién pudiera uno confiar sus penas mejor que a una madre? Fijando vuestra felicidad en un hijo que os ha dado tantos disgustos, le habíais criado con demasiado esmero, acaso...

MAR. ¡Como un señor, como un príncipe! y si hubiera habido otra educación mejor, más cara, ésa hubieras recibido...

ED. No habéis querido que permaneciese en ese mostrador, que era mi puesto...

MAR. No yo, sino tu padre; él te hizo secretario privado del conde de Falklend.

ED. Por mi desgracia: admitido en su casa con intimidad, pasando los días enteros al lado de Carolina, su hija única, se me ofrecían mil ocasiones de verla, de oírla, de contemplar sus hermosas facciones, que son el más pequeño de sus encantos... ¡Ah! ¡si hubierais podido apreciarla en su justo valor como yo todos los días, si la hubierais visto tan seductora a la vez por su talento y por su gracia, tan sencilla y tan modesta, que ella sola parecía ignorar su mérito, un alma tan noble, un carácter tan generoso!... ¡Ah, si la hubierais conocido, madre mía, hubierais hecho lo que yo! ¡la hubierais adorado!

MAR. ¡Cielos!

ED. Sí; dos años hace que este amor es mi tormento y mi felicidad, mi existencia. Y no creáis que, desconociendo mis deberes y los derechos de hospitalidad, le he descubierto mi corazón, ni me ha pa-

sado nunca por la imaginación declararle un amor que hubiera querido ocultarme a mí mismo... No... hubiera sido entonces indigno de amarla... Pero ese secreto, que ella sin duda no sospecha, y que ignorará mientras viva, otros ojos más perspicaces deben haberle adivinado; su padre debe haber comprendido mi turbación, porque al verla todo lo olvidaba: ¡cuán feliz era! ¡Ah, y esta felicidad se ha concluído para siempre!... Ya sabéis cómo el conde me ha despedido sin manifestarme los motivos de mi desdicha, cómo me ha arrojado de su casa, y que desde este día no ha vuelto a haber para mí ni tranquilidad, ni gozo, ni alegría.

MAR. Es verdad.

ED. Pero lo que no sabéis es que todas las tardes, todas las mañanas yo vagaba alrededor de los jardines para ver más de cerca a Carolina, o más bien las ventanas de su habitación; uno de estos días no sé qué especie de delirio se había apoderado de mí... mi razón me abandonó, y, sin saber lo que me hacía, penetré en el jardín.

MAR. ¡Qué imprudencia!

ED. Cierto, madre mía, porque yo no debía verla... y, a no ser por esa, la última gota de mi sangre... pero tranquilizaos; eran las once de la noche; nadie me había visto, nadie, sino un fatuo que, seguido de dos criados, cruzaba por una calle para volverse a su casa. Era el barón Federico de Geler, sobrino del ministro de Marina, que todas las noches, según parece, venía a hacer valer su... Sí, madre mía, es su prometido, el que se va a casar con ella... Yo no lo sabía entonces, pero lo adivinaba por la antipatía que hacia él experimentaba: así que, cuando él me gritó con tono insolente y altanero: «¿Adónde vais? ¿quién sois?» la insolencia de mi respuesta igualó la de la pregunta, y entonces... este recuerdo no se borrará jamás de mi memoria... mandó a uno de sus criados que me echase de allí; y uno de ellos efectivamente levantó la mano, sí, madre mía, y me ultrajó: no dos veces, no, porque a la primera estaba ya tendido a mis pies, pero me había ultrajado; y cuando corrí a su amo, cuando le pedí una satisfacción... «Bien—me dijo—: ¿quién sois?» Díjele mi

nombre. «¡Burkenstaf! — exclamó con desprecio—: yo no me bato con el hijo de un tendero. Si fuéis noble u oficial no digo que no.»

MAR. (*Espantada.*) ¡Dios mío!

ED. Noble no puedo serlo, ¡es imposible! Pero oficial...

MAR. (*Con viveza.*) No lo serás; no conseguirás ese grado, a que no tienes derecho alguno; no, no lo tienes... El puesto que debes ocupar está en esta casa, al lado de tu madre, que lo pierde todo en un solo día; ya estás como tu padre, prontos los dos a abandonarme, a exponer vuestra vida... ¿y por qué? porque no sabéis ser felices, porque vivís de ambición, porque os comparáis con los que son más que vosotros. Yo no pido nada a los poderosos, ni a los señores, ni a sus hijas... no quiero más que mi marido y mi hijo... pero los quiero absolutamente, porque son míos... (*Abrazándole.*) Porque me pertenecen... porque son toda mi felicidad, y nadie me la quitará.

ESCENA V

MARTA, JUAN, EDUARDO

JUAN. (*Con alegría, mirando a la calle.*) ¡Eso es! ¡soberbio!... así, así...

ED. ¿Cómo? ¿de vuelta ya?... ¿está ya mi padre en casa de Michelson?

JUAN. (*Alegremente.*) Mejor que eso.

MAR. (*Impaciente.*) ¿Está salvo por fin?

JUAN. (*Con aire de triunfo.*) Lo han preso.

MAR. ¡Cielos!

JUAN. ¡Toma! ¡no os asustéis! Va bien; ¡la cosa va perfectamente!

ED. (*Con ira.*) ¿Te explicarás por fin?

JUAN. Cruzábamos por la calle de Stralsund, cuando hétenos cara a cara dos soldados de guardias que nos observan... nos siguen; encarándose luego con vuestro padre: «Señor Burkenstaf—le dice uno de ellos con mucha cortesía—, en nombre de su excelencia el señor conde de Estruansé, os intimo que vengáis con nosotros; desea hablaros...»

ED. ¿Y qué?

JUAN. Viendo sus buenos modos, vuestro padre les responde: «Estoy pronto, señores, a seguiros»; y todo esto había pasado con tanta tranquilidad, que nadie en la calle lo había echado de ver; pero yo... ¡para el tonto que creyera!... plántome en el arroyo, y póngome a gritar como un desesperado... «¡Socorro, socorro, amigos!... que prenden a mi amo... Berton Burkenstaf... ¡a ellos, a ellos!»

ED. ¡Imprudente!

JUAN. ¡Ca! No, señor; había yo visto un grupo de trabajadores y artesanos que iban a su trabajo... me oyen, y acuden a mi voz; al verlos correr, las mujeres y los muchachos corren también, y los que van por la calle hacen otro tanto; unos por interés, otros por curiosidad... En un momento se arma un tumulto... Se obstruye la calle... los coches se detienen... los tenderos salen a las puertas, y los vecinos se asoman a las ventanas... Entretanto ya habían rodeado los artesanos a los soldados, y, libre ya vuestro padre, se lo llevaban en triunfo, seguidos, por supuesto, de la multitud, que se aumentaba por instantes; pero al pasar por la calle de Altona, donde están nuestros talleres, allí habíais de haber visto, ¡qué algazara! había corrido ya la voz de que habían querido asesinar a nuestro amo, y que había habido una pelea encarnizada con la tropa; la fábrica entera se levantó, y el barrio con ella, y todos corren en tropel al palacio gritando que da gozo: «¡Viva Burkenstaf! que nos le vuelvan.»

ED. ¡Qué locura!

MAR. ¡Y qué desgracia!

ED. De un negocio insignificante por sí han hecho un asunto de estado, que va a comprometer a mi padre y a justificar las medidas que se tomaban contra él.

JUAN. ¡Bah! No tengáis cuidado: no hay nada ya que temer: los demás barrios se han alborotado también. Ya están rompiendo por todas partes los faroles y los vidrios de las casas grandes. Va bien; eso es lo más divertido del mundo. No se hace daño a nadie; ¡pero en encontrando gente de palacio les tiran piedras y lodos a ellos y a sus co-

ches! eso es excelente, porque limpia las calles...
A propósito... ¿oís los gritos? ¿Veis aquel coche
que han detenido enfrente de nuestro almacén, y
que tratan de derribar?

ED. ¿Qué veo? las armas del conde de Falklend. ¡Si
fuese! (*Se precipita en la calle.*)

ESCENA VI

JUAN, MARTA

MAR. (*Tratando de detener a Eduardo.*) ¡Hijo mío!
¡Eduardo! ¡Se va a exponer!

JUAN. Dejadle, señora... ¡exponerse él! ¿el hijo de
nuestro amo? no corre ningún riesgo... a nada se
expone, sino que lo lleven en triunfo... (*Mirando
al foro.*) ¿Lo veis desde aquí cómo habla con aque-
llos que rodean el coche...? a todos los conozco...
¡Ah! se apartan, se alejan.

MAR. Felizmente. Pero, ¿y mi marido? quiero saber
qué es de él... corro a buscarle.

JUAN. (*Queriendo detenerla.*) ¿Qué vais a hacer?

MAR. (*Empujándole y precipitándose en la calle.*)
Déjame, te digo... quiero... quiero buscarle.

JUAN. Imposible detenerla. (*Llamando a Eduardo.*)
¡Señor Eduardo! (*Mirando.*) ¡Oiga! ¿qué diablos
está haciendo ahora?... Ayudar a bajar del coche
a una señorita, muy linda por cierto... y muy ele-
gante. ¡Vaya! ¡Pardiez! ¡a qué está desmayada!
¿Toma, no lo dije? (*Viniendo hacia la escena.*)
¡Pobrecilla! ¡Pues no ha tenido miedo!

ED. (*Entrando con Carolina en sus brazos desma-
yada, la sienta en un sillón.*) Agua, madre mía,
agua.

JUAN. Acaba de salir para saber de nuestro amo.

ED. Ya vuelve... ¿Qué haces ahí tú? vete.

JUAN. ¡Miren qué pedrada! no deseo yo otra cosa.
Voy a unirme con la turba y a gritar como los de-
más. (*Vase.*)

ESCENA VII

CAROLINA, EDUARDO

CAR. (*Volviendo.*) Esos gritos, esas amenazas, esa
muchedumbre furiosa que me rodea... ¿Qué daño
les he hecho yo?... ¿dónde estoy?

ED. (*Con timidez.*) Estáis segura; no temáis nada.

CAR. (*Conmovida.*) Esa voz... (*Volviéndose.*)
¡Eduardo! ¿Sois vos?

ED. Sí, soy yo, que os vuelvo a ver, y el más feliz
de los hombres... porque he podido defenderos,
protegeros y daros asilo.

CAR. ¿En dónde?

ED. En mi casa; en casa de mi padre; perdonad si
os recibo en este sitio indigno de vos; estos alma-
cenes, este mostrador, tan distintos de los brillan-
tes salones de vuestro padre... pero nosotros no
somos nadie; no somos más que unos comer-
ciantes.

CAR. Eso sería ya por sí solo un título a la conside-
ración de todo el mundo; pero para conmigo y con
mi padre tenéis otros, Eduardo, y el favor que
acabáis de hacerme...

ED. ¿Favor? ¡Ah! no pronunciéis esa palabra...

CAR. (*Siempre sentada.*) ¿Y por qué?

ED. Porque va a imponerme silencio de nuevo, por-
que me encadena otra vez con lazos que quiero
por fin romper. Sí; mientras fui bien recibido por
vuestro padre, mientras que me acogió bajo su te-
cho hospitalario, hubiera creído faltar a la probi-
dad, al honor, a todos mis deberes, descubriendo
un secreto de cuyo peso me alivian hoy sus ul-
trajes; nada le debo ya... estamos pagados; y an-
tes de morir quiero hablar, quiero, aunque hayáis
de abrumarme con vuestro desprecio y vuestra in-
dignación, que sepáis por fin cuánto he padecido,
y cuánto dolor, cuánta desesperación abriga mi
pecho...

CAR. (*Levantándose.*) ¡Eduardo! ¡Por Dios!

ED. Sí, ¡lo sabréis!

CAR. ¡Ah, desgraciado! ¿Creéis por ventura que lo ignoro?

ED. (Con entusiasmo.) ¡Carolina!

CAR. (Asustada.) ¡Silencio! ¡Silencio! ¿Creéis vos mi corazón tan poco generoso que no haya comprendido la generosidad del vuestro, que no haya sabido agradecer vuestros sacrificios, y sobre todo vuestro silencio? (Movimiento de alegría de Eduardo.) Sea hoy la última vez que os atreváis a romperle; desde mañana estoy destinada a otro; mi padre lo exige, y sumisa siempre a mis deberes...

ED. Vuestros deberes...

CAR. Sí; sé lo que debo a mi familia, a mi cuna, a esas distinciones que acaso no hubiera yo deseado, pero que el cielo me ha impuesto, y de que sabré hacerme digna. (Acercándose a Eduardo.) Y vos, Eduardo (Con timidez), no me atrevo a decir amigo mío, no os abandonéis a la desesperación en que os veo; conoced que la deshonra y el honor no penden del rango que uno ocupa, sino del modo con que se desempeñan los deberes, y haréis lo que yo... y podréis soportar el vuestro con valor y resignación. Adiós para siempre; mañana seré mujer del barón de Geler.

ED. No, no; mientras yo viva, yo os juro aquí... ¡Cielos! alguien viene...

ESCENA VIII

CAROLINA, EDUARDO, RANTZAU, MARTA

MAR. (A Rantzau.) Si buscáis a mi hijo, aquí le tenéis. (Imposible averiguar nada. Es una confusión.)

CAR. (Viéndolos.) ¡Cielos!

MAR. y RANT. (Saludando.) ¡La señorita de Falkend!

ED. (Con viveza.) A quien hemos tenido la dicha de ofrecer un asilo, porque su coche había sido detenido.

RANT. ¿Y bien? no parece sino que os queréis disculpar de una acción que os honra.

ED. (Turbado.) ¿Yo, señor conde?

MAR. (¡Conde! ¡Vaya! esto es hecho, nuestra tienda es el punto de reunión de todos los señores.)

RANT. (Que ha echado una mirada penetrante a Carolina y Eduardo que bajan los ojos.) Bien; muy bien. Una joven libertada por un caballero galante... novelas he leído que empezaban así.

ED. (Tratando de mudar de conversación.) Pero vos, señor conde, paréceme que no andáis muy prudente en salir a pie por las calles.

RANT. ¿Por qué? Precisamente ahora las gentes de a pie son potencias; ellas son las que salpican a los que van en alto: por otra parte, no tengo más que una palabra; os había prometido traeros vuestros despachos de paso que venía a hacer algunas compras. (Sacándolos del bolsillo y dándoselos.) Aquí tenéis.

ED. ¡Qué fortuna! ¡soy oficial!

MAR. Esto es hecho... ¡infeliz de mí! ¡Con razón desconfiaba yo de este hombre!

RANT. (Volviéndose hacia ella.) Señora, os felicito por el favor y la popularidad de que gozáis en este momento.

MAR. ¿Qué me queréis decir con eso?

RANT. Pues qué, ¿ignoráis lo que pasa?

MAR. Vengo de nuestros talleres, donde no ha quedado un alma.

RANT. Todos están en la plaza: vuestro marido se ha hecho el ídolo del pueblo. Por todas partes se ven banderas y letreros en que resaltan estas palabras: «¡Viva Burkenstaf, nuestro jefe! ¡Burkenstaf para siempre!» ¡Su nombre es un grito de reunión!

MAR. ¡Desdichado!

RANT. Las oleadas tumultuosas de sus parciales rodean el palacio y gritan de corazón: «¡Muera Estruansé!» (Sonriéndose.) Hasta los hay que gritan: «¡Mueran los miembros de la regencia!»

ED. ¡Santo Dios! ¿Y no teméis...?

RANT. ¡Bah! Nada; me paseo incógnito, como simple aficionado; por otra parte, al menor peligro me ampararía con vuestro nombre.

ED. (Con viveza.) Y no en balde; yo os lo juro. (Cogiéndole una mano.) Cuento con ello.

MAR. (*Yendo hacia el foro.*) ¡Dios mío! ¿no oís ese ruido?

RANT. (*Tomando la derecha.*) ¡Magnífico! Esto marcha. Si sigue así, no tendrá una necesidad de meterse en nada.)

ESCENA IX

CAROLINA, EDUARDO, JUAN, MARTA, RANTZAU

JUAN. (*Sin aliento.*) ¡Victoria! ¡Victoria! ¡Es nuestro!

MAR., ED. y RANT. Habla: ¿qué? acaba.

JUAN. No puedo más; cuidado si he gritado. Estábamos en la plaza mayor, delante del palacio, debajo de los balcones... tres o cuatro mil éramos lo menos, gritando: «Burkenstaf, Burkenstaf; que se revoque la orden que le condena; Burkenstaf.» Entonces Estruansé se deja ver en el balcón, y a su lado la condesa vestida de gran gala. Vaya si estaba bien. Terciopelo azul... buena figura... ¡hermosa voz! Fué a hablar, y todo el mundo calló. «Amigos míos, dice, nos han engañado; revoco toda especie de arresto, y os prometo en nombre del rey y en nombre mío que Burkenstaf es libre y no tiene por qué temer.»

MAR. ¡Respiro!

CAR. ¡Qué fortuna!

ED. ¡Todo se ha salvado!

RANT. ¡Todo se ha perdido!

JUAN. Entonces fué ella. «¡Viva el primer ministro! gritamos todos; ¡viva la condesa! ¡viva Burkenstaf!» Y cuando yo dije a los que estaban a mi lado, y a todo eso: «Yo soy el que soy, Juan, el mismo Juan, el Juan mancebo de su almacén»: «¡Viva Juan!» gritaron también, y me rompieron todo el vestido, cogiéndome en volandas para enseñarme a la muchedumbre. Tira por aquí, tira por allí... ¡añicos! Y esto no es nada todavía; ahora se están organizando, van a venir con sus jefes a la cabeza para cumplimentar a nuestro amo y llevarse por ahí en triunfo a las casas capitulares.

MAR. ¡En triunfo! ¡Va a perder la cabeza!

RANT. ¡Qué lástima! ¡un motín que empezaba tan bien!... ¿en quién puede uno confiar ahora?)

ESCENA X

CAROLINA, EDUARDO, *en el fondo*; BERTON y varios NOTABLES *que le rodean*, MARTA, JUAN, RANTZAU

BERT. (*Recogiendo varios memoriales.*) Bien, amigos míos, bien; presentaré vuestras reclamaciones al ministro y al gobierno; preciso será que hagan justicia... Además, yo estaré en todo... hablaré, hablaré. En cuanto al triunfo que el pueblo me prepara, y que mi modestia me aconseja rehusar...

MAR. ¡Eso es otra cosa!

BERT. Lo acepto, por el bien público, y en atención al buen efecto. Aquí esperaré la comitiva, que puede venir por mí cuando guste. Por lo que hace a vosotros, queridos colegas y notables de nuestro gremio, espero que de vuelta del triunfo vendréis a cenar a mi casa; os convidó a todos.

TODOS. (*Gritando al salir.*) ¡Viva Burkenstaf! ¡Viva nuestro jefe!

BERT. ¡Nuestro jefe! ¡ya lo oís! ¡qué honra!... (*A Eduardo.*) ¡Qué gloria, hijo mío, para nuestra casa! (*A Marta.*) Y bien, mujer, ¿qué te decía yo? Soy una potencia, un poder del estado. Nada hay igual a mi popularidad, y ya ves el partido que puedo sacar de ella.

MAR. Sí; sacarás una enfermedad; descansa, sosiega; ¡estás sofocado!

BERT. (*Limpiándose la frente.*) ¿Qué? no. La gloria no cansa nunca. ¡Qué hermoso día! ¡Hombre! Todo el mundo se inclina delante de mí, todos se dirigen a mí, todos me hacen la corte. (*Viendo a Carolina y Rantzau, que están junto al mostrador a la izquierda y que Eduardo le ocultaba.*) ¿Qué veo? ¡La señorita de Falklend y el conde de Rantzau en mi casa! (*A Rantzau con énfasis y protección.*) ¿Qué hay, señor conde? ¿En qué puedo servirlos? ¿Qué venís a pedirme?

RANT. (*Friamente.*) Quince varas de terciopelo.

BERT. (*Cortado.*) ¡Ah! era eso... perdonad, pero si

es cosa del comercio no puedo... si fuese otra cosa... (Llamando.) ¡Marta! bien conocéis que en el momento de mi triunfo... ¡Marta! sube al almacén y sirve al señor conde.

RANT. (Dando un papel a Marta.) He aquí mi nota.

BERT. (Gritando a su mujer que sube ya la escalera.) Y después pensarás en la cena; una cena digna de nuestra nueva posición; ¡buen vino! ¿estamos? (Señalando a la puerta que está debajo de la escalera.) El vino del sótano.

MAR. (Subiendo la escalera.) ¿Acaso tengo yo tiempo para hacerlo todo?

BERT. ¡Vaya! No te incomodes. (A Rantzau.) Tendré que ir yo mismo en persona. (Marta acaba de subir la escalera y desaparece.) Mil perdones, señor conde; ya lo veis, tengo tantas cosas sobre mí, tantos cuidados... (A Carolina con tono protector.) Señorita, he sabido por Juan, mi mancebo de... (Reteniéndose) mi dependiente... la falta de respeto cometida con vos y con vuestro coche; podéis estar segura de que yo ignoraba... ¡ya se ve! yo no puedo estar en todas partes... (Con tono de importancia), de otra suerte hubiera interpuesto mi autoridad; os doy palabra de manifestar públicamente cuánto ha sido mi desagrado, y quiero empezar...

RANT. Por hacer llevar esta señorita a casa de su padre.

BERT. Eso es precisamente lo que yo iba a decir... me hacéis pensar en ello... Juan, a ver, que devuelvan su coche a esta señorita. Y diréis que lo mando yo, Berton de Burkenstaf; y para escoltar a esta señorita...

ED. (Con viveza.) Yo me encargo de eso, padre mío...

BERT. ¡Enhorabuena! (A Eduardo.) Si os sucediese algo, si os quisiesen detener, dirás: Soy Eduardo Burkenstaf, hijo del señor...

JUAN. Berton Burkenstaf; ya se sabe.

RANT. (Saludando a Carolina.) Señorita... adiós, amigo mío. (Eduardo ofrece la mano a Carolina, y sale con ella seguido de Juan.)

ESCENA XI

RANTZAU, BERTON. (Rantzau se ha sentado junto al mostrador, y Berton al otro lado.)

BERT. Os hacen esperar; me es muy sensible.

RANT. A mí no... con eso estoy más tiempo en vuestra compañía: siempre gusta uno ver de cerca a los personajes célebres.

BERT. ¡Célebre! sois muy amable. Ello, es cosa inconcebible; esta mañana nadie se acordaba de semejante cosa, ni yo tampoco... ¡yo mismo!... todo ha venido en un instante.

RANT. Esas cosas vienen siempre con esa prisa... (y con la misma se van.) (Alto.) Sólo siento que esto se haya acabado tan pronto.

BERT. ¡Oh! pero esto no está acabado. Ya lo habéis oído... van a venir por mí para llevarme por ahí en triunfo. Perdonad; voy a vestirme; si los hiciese esperar, se impacientarían con razón; crearían que el gobierno me había hecho desaparecer.

RANT. (Sonriéndose.) Cierto; y la jarana volvería a empezar.

BERT. Ni más ni menos; ¡ya se ve! ¡me quieren tanto! así es que esta noche, esa cena que doy a los notables será, me parece, de un efecto seguro; porque en un banquete se bebe... y...

RANT. Se animan todos.

BERT. Se echan brindis a Burkenstaf, al jefe del pueblo, como me llaman... ya entendéis. Adiós, señor conde.

RANT. (Sonriéndose y llamándole.) Un instante; para beber a vuestra salud es menester vino, y eso que le decíais a vuestra mujer hace poco...

BERT. (Dándose una palmada en la frente.) Es verdad; se me olvidaba. (Pasa detrás de Rantzau y detrás del mostrador, y señala la puerta que está debajo de la escalera.) Ahí tengo un sótano soberbio, donde conservo mis vinos del Rin y de Francia. Mi mujer y yo somos los únicos que tenemos la llave.

RANT. (A Berton, que abre la puerta.) Precaución
TEATRO.—10

muy prudente. Al principio creí que teníais ahí vuestro tesoro.

BERT. No; y eso que estaría seguro. (*Golpeando la puerta.*) Seis pulgadas de grueso y forrada en hierro. (*Yendo a entrar.*) Con vuestro permiso, señor conde.

RANT. Vos le tenéis... yo subo al almacén. (*Berton baja al sótano; Rantzau se acerca a la puerta, la cierra y vuelve a la escena tranquilamente, diciendo:*) Un hombre como éste es un tesoro, y los tesoros... (*Enseñando la llave*) deben estar siempre bajo llave. (*Sube la escalera que conduce al almacén y desaparece.*)

ESCENA XII

JUAN, y después MARTA, MOZOS y PUEBLO

JUAN. (*Dejándose ver en el fondo, a la puerta, mientras que el conde sube la escalera.*) Aquí están, aquí están, es cosa vistosa; una comitiva asombrosa: los jefes de los gremios con sus estandartes y músicas y... (*Se oye una marcha triunfal, y se descubre la cabeza de la comitiva, que se coloca en el fondo del teatro, en la calle, fuera de la tienda.*) ¿Dónde diablos está nuestro amo? arriba sin duda. (*Corriendo hacia la escalera.*) ¡Señor Berton, señor! que vienen ya a buscaros; ¿me oís?

MAR. (*Apareciendo en la escalera con dos mancebos de tienda.*) ¿Qué tienes tú, qué gritas?

JUAN. Grito porque busco a nuestro amo.

MAR. Abajo está.

JUAN. Está arriba.

MAR. Te digo que no.

EL PUEBLO. (*Fuera.*) ¡Viva Burkenstaf! ¡viva nuestro jefe!

JUAN. ¡Voto va! y no está aquí... y van a gritar sin él... (*A los dos mancebos de tienda que han bajado.*) A ver vosotros si registráis toda la casa. (*Van entrando algunos del pueblo. Marta baja.*)

EL PUEBLO. (*De fuera.*) ¡Viva Burkenstaf! ¡Que salga! ¡que salga!

JUAN. (*En altas voces a la puerta de la tienda.*) Aho-

ra, ahora; han ido a buscarle; os le van a enseñar. (*Recorriendo el teatro.*) Esto me hará perder la cabeza... la sangre me hierve en las venas.

VARIOS MOZOS. (*Entrando por la derecha.*) Yo no le he encontrado.

OTROS. (*Bajando de los almacenes.*) Ni yo tampoco; no está en casa.

EL PUEBLO. (*Fuera con sordo murmullo.*) ¡Burkenstaf! ¡Burkenstaf!

JUAN. ¡Voto va! ya se impacientan; ya murmuran. ¿Dónde diablos puede estar?

MAR. ¡Dios mío! ¿Le habrán preso de nuevo?

JUAN. ¿Qué? ¿después de la palabra que nos han dado? (*Dándose una palmada en la frente.*) ¡Ah! Dejadme... aquellos soldados que yo he visto rondando la casa... (*Corriendo hacia el foro.*) ¡Y la música tocando siempre. ¡Silencio! ¡silencio! ¡callad! me ocurre una idea... ¡es horroroso!... ¡es una infamia!

MAR. ¿Qué diablos tienes?

JUAN. (*Dirigiéndose a un grupo.*) Sí, amigos míos, sí, se han apoderado de nuestro amo... han asegurado su persona, y mientras que nos estaban echando buenas palabras lo estaban prendiendo por otra parte; ¡está preso otra vez! ¡Favor, los amigos, favor!

EL PUEBLO. (*Precipitándose en la tienda y rompiendo los vidrios del fondo.*) ¡Aquí estamos! ¡viva Burkenstaf, nuestro jefe... nuestro amigo!

MAR. ¡Vuestro amigo, y le destrozáis la casa!

JUAN. ¿Y qué? sí, señora; eso es entusiasmo, y vidrios rotos. ¡Al palacio! ¡Al palacio!

TODOS. ¡Al palacio! ¡Al palacio!

RANT. (*Dejándose ver en lo alto de la escalera, y mirando cuanto pasa.*) ¡Ah! ¡ah! esto ya es otra cosa... esto empieza a animarse otra vez.

TODOS. (*Agitando en el aire sombreros, pañuelos y sus banderas.*) ¡Muera Estruansé! ¡Viva Burkenstaf! ¡que nos le vuelvan! ¡que nos le vuelvan! ¡Burkenstaf para siempre! (*Todo el pueblo sale en el mayor desorden con Juan. Marta cae desesperada sobre el sillón que está junto al mostrador, y Rantzau baja lentamente la escalera, estregándose las manos de gozo. Cae el telón.*)

ACTO TERCERO

Habitación del palacio del conde de Falklend.
A la izquierda un balcón sobre la calle. Puerta en el foro; dos laterales.
A la izquierda, en primer término, una mesa,
libros, recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

CAROLINA, EL BARÓN DE GELER

CAR. Pero, señor barón, ¿qué significa eso? ¿qué hay de nuevo?

GEL. Nada, señorita.

CAR. El conde Estruansé acaba de encerrarse en el gabinete de mi padre: han enviado a buscar al conde de Rantzau. ¿A qué asunto esa reunión extraordinaria? Esta mañana ha habido ya consejo, y luego estos señores se habian de reunir para comer.

GEL. No sé; pero no ocurre nada importante, nada serio... ¡Oh! ¡me hubiesen avisado! mi nuevo destino de secretario del consejo me obliga a asistir a todas las deliberaciones...

CAR. ¡Ah! Por fin os nombraron.

GEL. Esta mañana. Vuestro padre me propuso, y el conde confirmó la elección. De la corte vengo ahora de ver a la condesa... por allí estaban un poco consternados por la algazara de esa gente... se temía todavía que esos acontecimientos trastornasen el baile de mañana; pero a Dios gracias, no hay nada que temer; y aun me han ocurrido sobre el particular cuatro chanzas bastante felices que lograron la aprobación de la condesa, y que las rió con la mayor amabilidad.

CAR. ¡Ah! ¡las rió!

GEL. Mucho: al mismo tiempo me felicitó por mi nombramiento y por mi boda... sobre esto último me dijo... cosas... (*Sonriéndose con aire fatuo*) que podrían lisonjear algún tanto mi vanidad... si yo la tuviese. (¡Y quién sabe!) (*Alto.*)

Pero yo no hago alto en eso. Ya estoy metido en los negocios de Estado, trabajos serios a que siempre he tenido una afición loca... sí, señora; porque me veis generalmente frívolo y superficial, no creáis que no puedo yo tan bien como otro cualquiera... ¡Oh! el arte en esas cosas consiste en hacerlas jugando, como quien no hace nada... llegue yo un día al poder, ¡y ya verán!!!

CAR. ¡Vos al poder!

GEL. Seguramente; a vos puedo decíroslo en confianza; acaso no tarde en verificarse. Es preciso que la Dinamarca se rejuvenezca... ésta es la opinión de Estruansé, de la condesa, de vuestro padre... y si pudiéramos eliminar a ese conde de Rantzau, que no sirve ya para nada, y que conservan aún ahí porque su antigua reputación de hombre hábil impone todavía respeto a las cortes extranjeiras... en ese caso se me ha dado ya la palabra formal de entrar en su plaza... ya conocéis, pues, que el conde de Falklend y yo... el suegro y el yerno a la cabeza de los negocios, ya haríamos andar esto de otro modo... Esta mañana, por ejemplo, yo los veía a todos asustados; me daba risa; si me hubieran dejado a mí, yo os respondo de que en un abrir y cerrar de ojos...

CAR. (*Escuchando.*) ¡Silencio!

GEL. ¿Qué es?

CAR. Me había parecido oír gritos confusos a lo lejos.

GEL. Os equivocáis.

CAR. Es posible.

GEL. Alguna disputa... alguna riña en la calle; ¿les queréis privar de ese placer? eso sería una tiranía; de cosas más importantes tenemos que hablar... de nuestra boda, del baile de mañana y de las vistas, que probablemente no estarán acabadas... porque es lo que yo veo de malo en esos motines y conmociones populares, que los artesanos le hacen a uno esperar, y que nada está pronto.

CAR. ¡Ah! ¿no veis más que eso de malo? yo, sin embargo, que me he encontrado esta mañana en medio del tumulto, veía algo más...

GEL. ¿Es posible?

CAR. Sí, señor; y a no haber sido por el valor y la

generosidad de Eduardo Burkenstaf, que me ha protegido y escoltado hasta casa...

GEL. Eduardo... ¿y quién le manda meterse...? ¿desde cuándo se ha abrogado el derecho de protegeros? pretensión por cierto más ridícula que la de su padre.

JORGE. *(Sale.)* Una carta para el señor barón.

GEL. ¿De parte de quién?

JORGE. No sé, señor... la ha traído un joven, que se dice militar, y que espera abajo la respuesta.

CAR. Algún parte acerca de lo que pasa.

GEL. Probablemente. *(Leyendo.)* «Tengo una charretera; el señor barón, por consiguiente, no puede negarme ya una satisfacción que necesito inmediatamente. Aunque soy el insultado, le cedo la elección de las armas, y le espero a la puerta con pistolas y espadas. *Eduardo Burkenstaf, subteniente del 6.º de infantería.*» ¡Qué insolencia!

CAR. ¿Y bien? ¿Qué hay?

GEL. ¡Nada! *(Al criado.)* Andad con Dios: decidle que más tarde... que veré... *(Alto.)* Le daremos una lección.

CAR. Queréis ocultármelo... hay alguna novedad... algún peligro... ¡ah! lo adivino por vuestra turbación.

GEL. ¡Yo! ¿turbado?

CAR. Pues enseñadme esa esquila y os creeré.

GEL. Señora, ¡es imposible!

CAR. *(Volviéndose y viendo a Koller.)* El coronel Koller. Este no será tan reservado, y de él sabré...

ESCENA II

CAROLINA, GELER, KOLLER

CAR. Hablad, coronel, ¿qué hay?

KOLL. Que la insurrección que creíamos ya apaciguada vuelve a empezar con más fuerza que nunca.

CAR. *(A Geler.)* ¿Lo veis? ¿Pues cómo?

KOLL. Acusan a la corte, que había prometido la libertad de Burkenstaf, de haberle hecho desaparecer para no verse obligada a cumplir sus promesas.

GEL. ¡No sería mal golpe!

CAR. ¿Qué decís? *(Corre a la ventana, que abre, y mira a la calle, así como a Geler.)*

KOLL. *(Solo.)* (Entretanto, nos hemos aprovechado de esta coyuntura para sublevar al pueblo. Herman y Gustavo, mis dos emisarios, se han encargado de eso, y espero que la reina madre estará satisfecha. Ya estamos casi seguros del éxito, sin necesidad de que haya tenido que hacer nada ese maldito conde de Rantzau.)

CAR. Mirad, mirad allá abajo: se aumenta el tropel; ya rodean el palacio; ya han cerrado las puertas. ¡Ah, me da miedo! *(Vuelve a cerrar la ventana.)*

GEL. ¡Eso es inaudito! Y vos, coronel, ¿os estáis ahí?

KOLL. Vengo a tomar las órdenes del consejo, que me ha hecho llamar, y espero.

GEL. Es que debería darse prisa. La condesa se va a asustar... nadie se acuerda de nada... deberían tomarse medidas...

CAR. ¿Y cuáles?

GEL. *(Turbado.)* Medidas... debe haber medidas... es imposible que no haya medidas...

CAR. ¿Pero qué medidas? ¿qué haríais vos?

GEL. *(Fuera de sí.)* ¡Yo! seguramente... pero me cogéis desprevenido. Yo no sé...

CAR. ¿Pero no acabáis de decir...?

GEL. ¡Oh! sí... si yo fuera ministro... pero no lo soy... no lo soy todavía... no es cuenta mía, y no se concibe cómo las gentes que están al frente de los negocios... las gentes que deberían gobernar... porque al fin... ¡qué diablo!... uno no puede tomar cartas... Este es mi parecer... y no hay otro... es el único... si yo fuese primer ministro, yo les enseñaría...

ESCENA III

CAROLINA, GELER, RANTZAU, *por el foro*; KOLLER

GEL. *(Corriendo hacia él.)* ¡Ah! Señor conde, venid a tranquilizar a esta señorita, que está muerta de

miedo; por más que le digo que esto no es nada, está conmovida, turbada...

RANT. (*Friamente y observándole.*) Y por cierto que participáis en gran manera de sus penas; ¡ya se ve! como buen amante. ¡Ah! ¡estáis aquí, coronel!

KOLL. Vengo a tomar las órdenes de la regencia.

GEL. (*Con viveza.*) ¿Qué se ha decidido en el consejo en dos horas de deliberación? ¿qué ha pasado?

RANT. (*Con frialdad.*) Han pasado dos horas; se ha hablado mucho; se ha discutido: Estruansé quería entrar en transacciones con el pueblo.

GEL. (*Con viveza y aprobando.*) ¡Cierto! ¿por qué no le han contentado?

RANT. El conde de Falklend, que se ha decidido por la energía, quería echar mano de otros argumentos, quería poner en juego la artillería...

GEL. (*Idem.*) En último resultado ése es el modo de concluir de una vez: no hay otro.

RANT. Yo he adoptado una opinión que en un principio todos desecharon, y que por fin ha sido aprobada.

KOLL., CAR. y GEL. ¿Cuál?

RANT. (*Friamente.*) No hacer nada: y eso es lo que hacen.

GEL. Pues no van del todo descaminados, porque bien mirado, al cabo, cuando el pueblo haya gritado a su sabor...

RANT. Se cansará.

GEL. Eso iba yo a decir.

KOLL. Hará lo que hizo esta mañana.

RANT. (*Sentándose.*) Sí por cierto...

GEL. (*Tranquilizándose.*) Eso es... romperán unos cuantos vidrios, y se acabó.

KOLL. Eso es lo que han hecho ya en todas las casas de los ministros... (*A Geler*) y en la vuestra, barón.

GEL. ¡Oiga! ¡está bueno!

RANT. En cuanto a la mía no tengo cuidado: los desafío a que hagan otro tanto.

GEL. ¿Por qué?

RANT. Porque después del último alboroto, no he compuesto un solo vidrio de los que me rompieron.

ron. Yo dije para mi sayo: Así queda, y servirá para la primera...

CAR. (*Escuchando.*) Parece que se calma el ruido.

GEL. ¡Ya lo sabía yo! No hay que asustarse por esos clamores... ¿Y qué dice mi tío el ministro de Marina?

RANT. (*Friamente.*) No le hemos visto. (*Irónicamente.*) Su indisposición, que era muy leve, ha tomado un carácter marcado de gravedad desde que empezaron esos alborotos. Es una fatalidad muy singular: en empezando el motín, ya está en cama. ¡Cómo está tan delicado!...

GEL. (*Con intención.*) ¿Y vos gozáis de buena salud?

RANT. (*Sonriéndose.*) Eso es tal vez lo que os incomoda. Hay gentes a quienes pone de mal humor mi salud, y que quisieran verme en los últimos.

GEL. ¿Quién?

RANT. (*Sentado y con aire socarrón.*) ¡Eh! por ejemplo, los que piensan heredarme.

GEL. No falta quien os pudiera heredar en vida.

RANT. (*Mirándole con calma.*) Señor barón, vos que, en calidad de consejero, conocéis nuestras leyes, ¿habéis leído el artículo 302 del código dinamarqués?

GEL. No, señor.

RANT. Me lo figuraba. Dice que no basta que quede declarada una herencia: es menester, además, ser apto para heredar.

GEL. ¿Y con quién habla ese axioma?

RANT. Con los que carecen de aptitud.

GEL. Caballero, lo decís con un tono... tan remontado...

RANT. (*Levantándose y en el mismo tono.*) Perdonad... ¿Vais mañana al baile de la condesa?

GEL. (*Irritado.*) Señor conde...

RANT. ¿Bailaréis con ella?... ¿Dirigís las comparsas?

GEL. ¡Yo sabré lo que quiere decir esa rechifla!

RANT. Me acusabais de remontarme demasiado... me he bajado un poco... me he puesto a vuestro nivel.

GEL. ¡Esto ya es demasiado!

CAR. (*Junto a la ventana.*) Callad, ¡por Dios! creo que vuelve a empezar el alboroto.

GEL. (*Espantado.*) ¿Otra vez? ¿no se acabará esto nunca? ¡Esto es insoportable!

CAR. ¡Dios mío! ¡Todo está perdido!... ¡Ah! ¡mi padre!

ESCENA IV

KOLLER, *en un extremo del teatro a la izquierda*; GELER, CAROLINA, FALKLEND; RANTZAU, *en el otro extremo a la derecha.*

FAL. ¡Tranquilizaos! Esos gritos que se oyen a lo lejos nada tienen ya de alarmantes.

GEL. ¡Ya lo dije yo!... ¡eso no podía durar!

CAR. ¿Se ha concluido ya todo?

FAL. No enteramente; pero va mejor.

RANT y KOLL. (*Cada uno y con desagrado.*) ¡Malo!...

FAL. Por más que se le decía a la muchedumbre que nadie había atentado a la libertad de Burkenstaf, y que él mismo acaso, por prudencia o por modestia, habría querido evadirse del triunfo que se le preparaba...

RANT. ¡Oh! en momentos como éstos no era verosímil.

FAL. No digo que no; así que, hubiera costado probablemente mucho trabajo convencer a sus parciales, si no hubiera llegado casualmente un regimiento de infantería, con el cual no contábamos, y que de paso para su nueva guarnición atravesaba Copenhague, tambor batiente y a banderas desplegadas. Su presencia inesperada ha cambiado la disposición de los ánimos; hemos empezado a entendernos, y, mediante las repetidas promesas que se han hecho de emplear todos los esfuerzos posibles para descubrir el paradero de Berton Burkenstaf, cada cual se ha retirado a su casa, excepto algunos individuos que parecían más empeñados que los demás en excitar y prolongar el desorden.

KOLL. ¡Los nuestros!

FAL. Pero nos hemos apoderado de ellos.

KOLL. ¡Cielos!

FAL. Y como ahora estamos ya en el caso de dar un corte decisivo...

GEL. Eso es lo que yo estoy diciendo toda la mañana.

FAL. Como no es cosa de que semejantes escenas se reproduzcan a cada momento, estamos decididos a tomar medidas serias.

RANT. ¿Y quiénes son los arrestados?

FAL. Gente oscura y desconocida.

KOLL. ¿Se saben sus nombres?

FAL. Herman y Gustavo.

KOLL. ¡Habrán torpes!

FAL. Fácil es conocer que esos miserables no obraban por inspiración propia; habían recibido instrucciones y dinero; y lo que nos importa saber ahora es la calidad de las personas que los ponen en juego.

RANT. (*Mirando a Koller.*) ¿Pero los nombrarán?

FAL. ¿Quién lo duda? su perdón si cantan; y fusilados si callan. (*A Rantzau.*) Vengo precisamente a buscaros para proceder a su interrogatorio, y que descubramos por este medio el núcleo de un complot.

KOLL. (*Llegándose a Falklend.*) Del cual creo tener cogidos ya algunos cabos.

FAL. ¿Vos, Koller?

KOLL. Sí. (No hay otro medio de salvarme.)

RANT. ¿Y por qué no nos habéis comunicado antes vuestras luces en la materia?

KOLL. Hasta hoy no tenía ningún dato seguro; pero me he apresurado a venir. Esperaba que se concluyese el consejo para hablar al conde Estruansé, pero puesto que vuestras excelencias están aquí...

FAL. Bien, estamos dispuestos a oiros.

CAR. Me retiro, señor.

FAL. Sí, por un instante.

CAR. Señores... (*Saluda y sale por la izquierda: Geler le da la mano y hace ademán de salir por el foro.*)

ESCENA V

KOLLER, GELER, FALKLEND, RANTZAU

FAL. (*A Geler.*) Quedaos, querido; como secretario que sois del consejo, tenéis derecho de asistir a esta conferencia.

RANT. (*Con gravedad.*) En la cual vuestras luces y vuestra experiencia pueden sernos de grande utilidad. (*Mirando a Koller.*) (Nuestro hombre está apurado; no le perdamos de vista, y procuremos que salga del paso, sin comprometer a la reina madre, ni a otros amigos que acaso puedan ser útiles todavía.) (*Mientras ha dicho esto, Geler y Falklend han tomado sillas y se han sentado a la derecha de la escena.*)

FAL. Hablad, coronel; comunicadnos esos datos que poseéis, y que después pondremos en conocimiento del consejo.

KOLL. (*Buscando palabras.*) Hacía tiempo ya, señores, que yo sospechaba contra los miembros de la regencia la existencia de un complot, que varios indicios me hacían presumir, pero del cual no podía conseguir prueba ninguna positiva y determinante. Para conseguirlo he procurado granjearme la confianza de algunos de sus jefes; me he quejado, he manifestado descontento, hasta he dejado traslucir que no estaba muy ajeno de conspirar: más, les he propuesto medios, los he animado...

GEL. Eso se llama sutileza.

RANT. (*Friamente.*) Sí, se puede llamar así, si se quiere.

KOLL. (*A Falklend.*) Mi industria consiguió el objeto que deseaba, porque esta mañana misma han venido a proponerme que entre en un complot que debe verificarse esta noche, en la comida que dáis a los ministros, vuestros colegas.

GEL. ¡Hola!

KOLL. Los conjurados deben introducirse en el palacio con diversos disfraces, y, penetrando en el comedor, apoderarse de cuanto encuentren.

FAL. ¿Es posible?

GEL. Hasta de los que no son ministros... ¡qué horror! (*A Rantzau.*) ¿Y no os estremecéis?

RANT. (*Friamente.*) Todavía no. (*A Koller.*) ¿Estáis seguro, coronel, de lo que contáis?

KOLL. Estoy seguro... es decir, estoy seguro de que me lo han propuesto, y me apresuraba a preveniros.

RANT. (*Ayudándole.*) Bien, pero no conocéis a los que os han hecho esas proposiciones.

KOLL. Sí por cierto; Herman y Gustavo, los mismos que acaban de prender... y no dejarán de disculparse, y de acusarme; pero... felizmente... tengo pruebas aquí; esta lista, escrita y dictada por ellos.

FAL. (*Arrebatándosela.*) La lista de los conjurados... (*La recorre.*)

RANT. (*Con compasión.*) (He ahí; honrados conspiradores sin duda, ¡pobres gentes! Fiaos luego de canalla como éste, que al primer riesgo os venden para salvarse.)

FAL. (*Entregándole la lista.*) Mirad... ¿qué decís?

RANT. Digo que en todo eso no veo todavía nada de positivo. Cualquiera puede hacer una lista de conjurados; eso no prueba que haya una conspiración. Es preciso, además, un objeto, un jefe.

FAL. ¿Pero no veis que ese jefe es la reina madre, es María Julia?

RANT. No hay nada que lo demuestre, a no ser que el coronel... (*Con intención*), tenga pruebas... positivas... personales...

KOLL. No, señor.

RANT. (No es poca fortuna; ésta es la primera vez que este imbécil me ha entendido.)

GEL. ¡Oh! entonces el trance es muy delicado.

RANT. ¡Sin duda! (*Enseñando la lista.*) Aquí hay personas distinguidas, gente de alta categoría... Se les ha de condenar ciegamente, sólo porque se les ha antojado a los señores Herman y Gustavo hacer una confianza al coronel Koller. Confianza, por otra parte, muy bien colocada. En fin, el señor barón, que está versado en las leyes, os dirá como yo que (*marcadamente*), donde no hay principio de ejecución, no hay reo.

GEL. ¡Cierto!

FAL. (*Se levanta y Rantzau también.*) Bueno, pero dejémosle ejecutar su complot... que no se trasluzca nada, coronel, de la comunicación que acabáis de hacernos, no se altere nada en el orden de la comida; que se verifique, por el contrario; ténganse soldados ocultos en el palacio, cuyas puertas permanecerán abiertas.

RANT. ¡Gracias a Dios! ¡qué trabajo cuesta inspirarles ideas!

FAL. Y en cuanto se presente un conjurado, que se le deje entrar, y es nuestro. Su presencia sola en mi casa a semejantes horas y las armas que traiga serán pruebas irrecusables.

RANT. Enhorabuena.

GEL. Comprendo... pero, ¿y si no viniesen?

RANT. Sería señal de que habían engañado al coronel; no habría tal conjuración ni tales conjurados.

FAL. Eso lo veremos. (*Se dirige a la mesa de la izquierda y escribe, mientras Koller se separa y se mantiene en medio en el fondo.*)

RANT. (Y no la habrá; prevengamos a la reina madre para que se estén todos en su casa. ¡Otra conspiración abortada!) (*Mirando a Koller.*) ¡El los vende y yo los salvo.) (*Alto.*) Señores, os saludo, me vuelvo a ver a Estruansé.

FAL. (*A Geler.*) Esa orden para el gobernador. (*A Rantzau.*) Volvéis, supongo.

RANT. Por supuesto; en el caso presente no puedo comer ya sino en vuestra casa; es lance de honor; voy únicamente a dar cuenta a su excelencia de la bella conducta del coronel Koller, porque al cabo si no cogemos a esas gentes, no será culpa suya... él ha hecho cuanto estaba de su parte, y se le debe un premio.

FAL. Y lo obtendrá.

RANT. (*Con intención.*) O no hay justicia en la tierra... yo me encargo de eso.

KOLL. (*Inclinándose.*) Señor conde... estoy agradecidísimo...

RANT. (*Con desprecio.*) Sí, tal vez debierais estármele, pero os dispenso... (*Vase.*)

KOLL. ¡Maldito! nunca sabe uno si este hombre es amigo o enemigo... (*Saludando.*) Señores...

GEL. Os sigo, coronel... (*A Falklend.*) Conque esta orden al gobernador... y corro a contar a la condesa lo que hemos decidido y lo que hemos hecho. (*Vase con Koller por el foro.*)

ESCENA VI

FALKLEND, riéndose con satisfacción.

Todas estas gentes son débiles, indecisas, y si uno no tuviera carácter y energía por todos ellos, si uno no los manejase... ese conde de Rantzau, sobre todo, que no ve delincuentes en ninguna parte, que no se atreve a condenar a nadie... vacilando siempre, sin resolución... ello sí, es un buen hombre, que nos cederá su puesto de buena gana en cuanto le necesitemos para mi yerno... ¡Oh! y esto no está lejos ya.

ESCENA VII

CAROLINA, saliendo por la izquierda; FALKLEND

CAR. ¿Bajáis al salón, padre mío?

FAL. Sí, al momento.

CAR. Bien; porque no tardarán en venir los convidados, y me cuesta tanto trabajo hacer los honores de la casa cuando me dejáis sola... hoy sobre todo, que no me siento buena.

FAL. ¿Pues qué?

CAR. La agitación del día sin duda...

FAL. Si no es otra cosa tranquilízate: te dispenso de bajar al salón, y aun de asistir a la comida.

CAR. ¿De veras?

FAL. Sí; vale más, porque pudiera ocurrir algo... y las mujeres siempre se asustan y se desmayan...

CAR. ¿Qué queréis decir?

FAL. Nada; no hay necesidad de que sepas...

CAR. No; hablad, hablad sin temor... ¡ah! ya entiendo... esa comida tenía por objeto la celebración de los sponsales, que se diferirán... que aca-

so no se verifiquen ya... si es eso lo que teméis decirme...

FAL. (*Con frialdad.*) No por cierto; la boda se realizará...

CAR. ¡Dios mío!

FAL. (*Con calma y mirándola.*) No hay variación ninguna; y a propósito, hija mía, dos palabras...

CAR. (*Bajando los ojos.*) Ya escucho.

FAL. Los asuntos del Estado no absorben de tal manera mis ideas que no pueda observar lo que pasa en mi casa; hace algún tiempo que he creído notar que un joven obscuro, un nadie, a quien mi bondad había dado entrada en mi casa, se atreve a poner los ojos... (*Movimiento de Carolina.*) ¿Lo sabíais, Carolina?

CAR. Sí, señor.

FAL. Le he despedido; y sean las que fueren sus habilidades y su mérito personal, que os he oído ponderar demasiado... os declaro aquí formalmente, y ya sabéis si mis determinaciones son enérgicas, que, aunque pendiese de ello mi vida, no consentiría jamás...

CAR. Tranquilizaos, padre mío; sé muy bien que la idea sola de una boda desigual os haría desgraciado, y... os lo prometo... ¡no seréis vos el desgraciado!!!

FAL. (*Coge la mano de su hija, y después de una pausa.*) Ese valor es el que yo necesito... te deajo... te disculparé en la mesa; diré que estás mala, y aun me temo que no mentiré; quédate en tu cuarto, y suceda esta noche lo que suceda, oigas lo que oigas, guárdate de salir de él. Adiós. (*Vase.*)

ESCENA VIII

CAROLINA, rompiendo a llorar.

¡Ah! se ha marchado... ¡por fin puedo llorar!... ¡pobre Eduardo! ¡tantos sacrificios, tanto amor! ¿Este será su premio? ¡olvidarle! ¿Y por quién? ¡Dios mío! ¡qué injusta es la suerte! ¿por qué no le ha dado el nacimiento de que era digno? ¡entonces hubiera yo podido amar libremente las vir-

tudes que brillan en él! entonces todos hubieran aprobado mi elección... ¡y ahora es un delito pensar en él! pero este día es mío todavía... todavía no soy de nadie; soy libre... y ya que no ne de volverle a ver...

ESCENA IX

CAROLINA; EDUARDO *envuelto en una capa, entrando por la derecha precipitadamente.*

ED. Han perdido mi huella.

CAR. ¡Cielos!

ED. (*Volviéndose.*) ¡Ah! ¡Carolina!

CAR. ¿Qué os trae? ¿de qué procede esta osadía? ¿Con qué derecho, caballero, os atrevéis a penetrar hasta aquí?

ED. ¡Perdón! ¡mil veces perdón!... ahora mismo, en el momento en que cubierto con esta capa me introducía en el palacio, varios hombres que no parecen de la casa se han arrojado sobre mí; me he podido soltar de sus manos, y conociendo mejor que ellos las entradas, he llegado a esta escalera, donde he dejado de oír sus pasos.

CAR. ¿Pero con qué objeto os introducís de esta manera en la casa de mi padre? ¿a qué ese misterio... esas armas? hablad; explicaos... lo exijo, lo mando.

ED. Mañana me marchó; el regimiento a que he sido destinado sale de Dinamarca... He dirigido al barón de Geler una esquila que exigía una contestación pronta, y como tardaba, he venido a buscarla en persona.

CAR. ¡Dios mío!... ¡un desafío!... estoy segura... ¡deliráis, Eduardo! ¡os vais a perder!

ED. ¿Qué importa, si consigo impedir vuestra boda? No tengo otro medio.

CAR. ¡Eduardo!... si tengo sobre vos alguna influencia, no desoiréis mis ruegos; renunciaréis a ese proyecto; no insultaréis al barón, ni provocaréis un escándalo, terrible para vos... ¡y para mí, caballero!... sí; yo pongo en vuestras manos mi reputación; tengo confianza en vuestro pundonor... Me equivocaré al creer...

ED. ¡Ah! ¿qué me pedís? exigís que os lo sacrifique todo... hasta mi venganza... y habéis de ser de otro, del mismo a quien queréis que perdone...

CAR. No; ¡os lo juro!

ED. ¿Qué decís?

CAR. Que si cedéis a mis súplicas, rehusaré esa boda; permaneceré libre; quiero serlo... sí, os lo juro aquí... no seré vuestra ni de Geler.

ED. ¡Carolina!

CAR. Ahora conocéis cuanto pasa en mi corazón; ya no nos volveremos a ver; viviremos para siempre separados; pero al menos sabréis que no sois vos el único que padece, y que ya que no puedo ser vuestra, no seré de nadie.

ED. *(Con alegría.)* ¡Ah! apenas puedo creerlo todavía.

CAR. Ahora partid... demasiado tiempo habéis estado ya aquí: no expongáis los únicos bienes que me quedan, mi honor, mi reputación; no tengo otros; y si hubiese de perderlos o de verlos comprometidos... antes quisiera morir.

ED. Y yo primero perder cien vidas que exponeros a la más leve sospecha; nada temáis, me alejo. *(Abre la puerta por donde ha entrado.)* ¡Cielos! hay soldados al pie de la escalera.

CAR. ¡Soldados!

ED. *(Señalando la puerta del foro.)* Por aquí a lo menos...

CAR. *(Deteniéndole.)* No... ¿no oís ruido? *(Escuchando.)* Suben... es la voz de mi padre... varias personas le acompañan... vienen todos... ¡Ah! si os encuentran aquí solo conmigo, ¡soy perdida!

ED. ¡Perdida! ¡oh! ¡no! yo os respondo con mi vida. *(Señalando a la puerta de la izquierda.)* Allí. *(Se precipita dentro.)*

CAR. ¡Cielos! ¡mi cuarto! *(La puerta se cierra; Carolina oye subir por la puerta del foro, se abalanza a la mesa de la izquierda, coge un libro y se sienta.)*

ESCENA X

CAROLINA, GELER, FALKLEND; KOLLER, *algo en el fondo, con algunos soldados*; RANTZAU, *varios señores y damas, soldados que permanecen en el fondo por la parte de afuera.*

FAL. Esta es la única parte de la casa que no se ha registrado.

CAR. ¡Dios mío! ¿qué hay?

GEL. Un complot fraguado contra nosotros.

FAL. Y que yo hubiera querido ocultarte; un hombre se ha introducido en la casa.

GEL. Las guardias emboscadas en el primer patio dicen haber visto deslizarse tres.

RANT. ¡Otros dicen siete!... de suerte que pudiera muy bien no haber ninguno.

FAL. Por lo menos había uno, y estaba armado; dígalo la pistola que ha dejado caer en el segundo patio al huir; por otra parte, si ha buscado asilo en este lado de la casa, como yo creo, no ha podido penetrar en él sino por esa escalera, y es raro que no lo hayas visto.

CAR. *(Con agitación.)* No, ciertamente: nada.

FAL. O a lo menos que no hayas oído...

CAR. *(Con la mayor turbación.)* Hace un momento, efectivamente, estaba yo leyendo, y... se me figuró que había oído a alguien cruzar por esta pieza; como quien va hacia el salón, y allí será sin duda donde...

GEL. Imposible; nosotros venimos de allí, y, si no hubiese soldados al pie de esa escalera, creería yo que está todavía...

FAL. A ver, Koller. *(Haciendo seña a los soldados, que abren la puerta de la derecha y desaparecen con Koller.)*

RANT. *(Algún torpe, alguno que no habrá recibido la contraorden, y que habrá acudido solo a la cita.)*

KOLL. *(Entrando.)* ¡Nadie!

RANT. ¡Tanto mejor!

KOLL. No entiendo por qué rara casualidad han cambiado de plan.

RANT. (*Sonriéndose.*) ¡La casualidad!! ¡todos los necios creen en ella!

FAL. (*A él y a algunos soldados, señalando el cuarto de la izquierda.*) No queda más que este cuarto.

CAR. ¿El mío, señor?

FAL. No importa, no importa: entrad. (*Geler, Koller y algunos soldados se presentan en la puerta del cuarto, que se abre de repente, y aparece Eduardo.*)

ESCENA XI

CAROLINA, EDUARDO, GELER, KOLLER, FALKLEND,
RANTZAU

TODOS. (*Viendo a Eduardo.*) ¡Cielos!

CAR. ¡Yo muero!

ED. Aquí estoy; yo soy el que buscáis.

FAL. (*Irritado.*) ¡Eduardo Burkenstaf en el cuarto de mi hija!

GEL. También conjurado.

ED. (*Mirando a Carolina, que está próxima a desmayarse.*) ¡Sí, también conjurado! (*Con energía, avanzando hacia el medio de la escena.*) Sí, ¡conspiraba!

TODOS. ¡Es posible!

KOLL. Y yo no lo sabía...

RANT. También él...

KOLL. (Debe saberlo todo; si habla me compromete.) (*Entretanto Falklend ha hecho seña a Geler que se sienta a la mesa de la izquierda y escriba. Se vuelve hacia Eduardo.*)

FAL. ¿Dónde están vuestros cómplices? ¿quiénes son?

ED. No los tengo.

KOLL. (*Bajo a Eduardo.*) ¡Bravo! (*Se aleja rápidamente; Eduardo le mira con asombro y se acerca a Rantzau.*)

RANT. (*Haciendo un gesto de aprobación a Eduardo.*) (No es un vil éste.)

FAL. (*A Geler.*) ¿Habéis escrito? (*Volviéndose a Eduardo.*) Sin cómplices, ¿eh?... es imposible; los alborotos de que vuestro padre ha sido hoy causa o pretexto, las armas que traéis, prueban un pro-

yecto de que ya teníamos conocimiento; queríais atentar a la libertad de los ministros, a su vida tal vez, y semejante proyecto vos solo no podíais llevarle a cabo.

ED. Nada tengo que responder, ¡y de mí no sabréis nunca otra cosa sino que conspiraba contra vos! quería quebrantar el yugo vergonzoso que oprime al rey y a Dinamarca; sí, existen entre vosotros gentes indignas del poder, y cobardes, a quienes he desafiado en balde.

GEL. Sobre eso daré explicaciones al consejo.

FAL. ¡Silencio, Geler! Puesto que el señor Burkenstaf confiesa que estaba metido en una conspiración...

ED. (*Con energía.*) ¡Sí!

CAR. (*A Falklend.*) Os engaña; es falso.

ED. Señorita, perdonad; debo de decir lo que digo; tengo a mucha honra el poderlo confesar en alta voz (*Con intención y mirándola*), y dar así al partido a quien sirvo esta última prueba de adhesión.

KOLL. (*Bajo a Rantzau.*) Es hombre perdido, y su partido también.

RANT. (*Solo a la derecha del espectador.*) (Todavía no; ésta es ocasión de soltar a Burkenstaf; ahora que se trata de su hijo, fuerza será que se presente de nuevo; y esta vez veremos.) (*Se vuelve hacia Falklend y Geler, que se han acercado a él.*)

FAL. (*Dando a Rantzau el papel que le ha entregado Geler, y dirigiéndose a Eduardo.*) ¿Es ésta vuestra última declaración?

ED. Sí, he conspirado; sí, estoy pronto a firmar lo con mi sangre: no sabréis una palabra más. (*Geler, Falklend y Rantzau parecen deliberar. Entretanto Carolina dice a Eduardo en voz baja:*)

CAR. ¡Os perdéis! Os cuesta la vida.

ED. (*Id.*) ¿Qué importa? no quedaréis comprometida; os lo había jurado.

FAL. (*Dejando de hablar con sus colegas, y dirigiéndose a Koller y a los soldados que están detrás de él, les dice señalando a Eduardo:*) Prendedle.

ED. Vamos.

RANT. (¡Pobre mozo!) (*Tomando un polvo.*) (¡Esto va bien!) (*Los soldados se llevan a Eduardo por el foro. Cae el telón.*)

ACTO CUARTO

Habitación de la reina madre en el palacio de Cristiamborg.
 Dos puertas laterales. Puerta secreta a la izquierda.
 A la derecha, un velador cubierto con un rico tapete.

ESCENA PRIMERA

LA REINA, a la derecha, sentada junto al velador.

¡Nadie! ¡nadie todavía! mi inquietud se aumenta por momentos; no entiendo este billete anónimo. (*Leyendo.*) «A pesar de la contraorden que habéis dado, uno de los conjurados fué preso ayer noche en el palacio de Falklend. Es el jover Eduardo Burkenstaf. ¡Haced por ver a su padre y ponedle en movimiento! no hay tiempo que perder.» ¡Eduardo Burkenstaf preso como conspirador! ¡Conque era de los nuestros! ¿Entonces porque Koller no me ha prevenido? No le he visto desde ayer; no sé qué es de él. Con tal que no esté también comprometido; es el único amigo con quien puedo contar; acabo de ver al rey; le he hablado; tenía confianza con él, pero su cabeza está más débil que nunca; es todo lo más si me ha conocido y me ha comprendido... y si ese joven, intimidado por las amenazas, nombra a los jefes de la conspiración, si me vende... mas no; es pundonoroso; tiene valor. Pero, y su padre... su padre, que no viene, y que es mi única esperanza... Le he enviado a decir que me traiga las telas que le he encargado, y ha debido comprenderme; ¡en el día nuestra suerte y nuestros intereses son los mismos! de nuestra armonía depende el éxito.

UN UJIER DE LA CÁMARA. (*Entrando.*) El señor Berton Burkenstaf quiere presentar unas telas a Vuestra Majestad.

REINA. (*Con viveza.*) Que entre; que entre.

ESCENA II

LA REINA, BERTON; MARTA, con telas debajo del brazo;
 EL UJIER, que permanece en el fondo.

BERT. Ya ves, mujer; no nos han hecho hacer antesala un solo instante.

REINA. Venid; os esperaba.

BERT. ¡Vuestra Majestad es demasiado amable! Me habéis hecho llamar a mí; pero yo me he tomado la libertad de traer a mi mujer para que vea el palacio, y sobre todo el favor con que me honra Vuestra Majestad.

REINA. Poco importa si es de fiar. (*Al ujier.*) Dejadnos. (*Vase.*)

MAR. Aquí tiene Vuestra Majestad...

REINA. No se trata de eso. ¿Sabéis lo que pasa?

BERT. No, señora; no he salido de mi casa. Por una casualidad que no hemos podido comprender estaba encerrado.

MAR. Y lo estaría todavía, a no ser por un aviso secreto que he recibido.

REINA. (*Con viveza.*) No importa. Os he llamado, Burkenstaf, porque necesito vuestros consejos y vuestro auxilio.

BERT. ¡Es posible! (*A Marta.*) Ya lo oyes.

REINA. Esta es la ocasión de emplear vuestro influjo, de presentaros por fin.

BERT. Vuestra Majestad cree...

MAR. Yo creo que es la ocasión de estarse quieto. Perdone Vuestra Majestad, pero demasiado ha dado ya que decir.

BERT. ¿Callarás? (*La reina le hace señas que se modere, y va a mirar por el foro si los escuchan. Entretanto Berton prosigue a media voz, dirigiéndose a su mujer.*) ¡Eso es perjudicar mis ascensos, cortarme la suerte!

MAR. (*A media voz a su marido.*) ¡Linda suerte! ¡rotos nuestros muebles, nuestros géneros saqueados, seis horas de cárcel en un sótano!!

BERT. (*Fuera de sí.*) ¡Marta! Pido mil perdones a Vuestra Majestad. (Si yo hubiera sabido esto, me

hubiera guardado muy bien de traerla. (*Alto.*)
¿Qué exigís de mí?

REINA. Que unáis vuestros esfuerzos a los míos para salvar nuestro país oprimido, y devolverle la libertad.

BERT. Señora, todo el mundo me conoce; no hay cosa que yo no haga por la patria y por la libertad.

MAR. Y por ser nombrado burgomaestre; porque esto es lo que deseas ahora.

BERT. Lo que deseo es que calles, o si no...

REINA. Silencio.

BERT. (*A media voz.*) Hablad, señora; hablad.

REINA. Koller, uno de los nuestros, os había instruído ya de nuestros proyectos de ayer.

BERT. No, señora.

REINA. ¿Es posible? eso me asombra...

BERT. (*Con impaciencia.*) Y a mí... porque al fin, si el señor Koller es uno de los nuestros, me parece que yo era el primero con quien se debía contar.

REINA. Sobre todo después de la prisión de vuestro hijo.

MAR. (*Dando un grito.*) ¿Preso decís? ¡mi hijo preso!

BERT. ¡Se han atrevido a prender a mi hijo!

REINA. ¿Qué? ¿no lo sabéis?... está acusado de conspiración. Su vida está en peligro; por eso os he llamado.

MAR. (*Corriendo hacia ella.*) ¡Ah! eso es distinto; si yo hubiera sabido... Perdonadme, señora... perdonadme... (*Llorando.*) mi hijo... ¡hijo mío! (*A Bertón con calor.*) La reina dice bien, es preciso salvarle.

BERT. Sí; es preciso sublevar el barrio; alborotar toda la ciudad.

MAR. ¿Y te estás ahí? ¿no estás ya en medio de nuestros amigos, de nuestros vecinos, de nuestros dependientes para provocarlos como ayer a la rebelión?

REINA. Eso es todo lo que os pido.

BERT. Entiendo, entiendo; pero es preciso deliberar...

MAR. Es preciso tomar las armas y correr a palacio... que me vuelvan mi hijo (*Siguiendo a su marido, que retrocede algunos pasos hacia la derecha.*) No eres hombre si sufres este ultraje, si tú

y los habitantes de esta ciudad toleráis que arribasen un hijo a su madre, que le sepulten sin razón en un calabozo, que derriben su cabeza; es interés de todos... es la causa del país y de su libertad.

BERT. ¡Hola! ¡la libertad!... tú también...

MAR. (*Fuera de sí.*) Sí, la libertad de mi hijo; poco me importa lo demás; yo no veo más que ésa, pero ésa la lograremos.

REINA. En vuestras manos la tenéis; yo os ayudaré con todo mi poder y todos los adictos a mi causa; pero moveos, moveos por vuestra parte para derribar a Estruansé.

MAR. Sí, señora, y para salvar a mi hijo: contad con nuestra adhesión.

REINA. Tenedme al corriente de cuanto hagáis, y de los progresos de la sedición. (*Señalando la puerta de la izquierda.*) Por una escalera secreta que da a los jardines podéis estar en comunicación conmigo y recibir mis órdenes... alguien viene; partid.

BERT. Bien está; bien... pero si además me dijeseis lo que es preciso...

MAR. (*Arrastrándole.*) Es preciso seguirme... mi hijo nos espera... ven, ven pronto. (*A la reina.*) Pierda cuidado Vuestra Majestad; yo os respondo de él y de la rebelión. (*Sale llevándose a su marido aparece en el foro el ujier.*)

REINA. ¿Qué hay? ¿Qué queréis?

UJIER. Dos ministros vienen en nombre del consejo a hacer a Vuestra Majestad una comunicación importante.

REINA. ¡Cielos! ¿qué será?... (*Alto.*) Que entren. (*Se sienta.*)

ESCENA III

EL CONDE DE RANTZAU, FALKLEND, LA REINA

FAL. Señora, de ayer acá la tranquilidad de Copenhague se ha visto seriamente comprometida: varias veces se han manifestado grupos y se han proferido gritos sediciosos en distintos puntos; y ayer,

por último, se ha tratado de llevar a cabo en mi misma casa un complot, cuyos jefes se ignoran, pero acerca de los cuales tenemos sospechas...

REINA. Creo, en efecto, señor conde, que os sea más fácil tener sospechas que pruebas.

RANT. *(Con intención y mirando a la reina.)* Verdad es que Eduardo Burkenstaf se obstina en callar... pero...

FAL. Obstinación o generosidad que le costará la vida. Entretanto, para ahogar en su origen esas sediciones, cuyos corifeos no quedarán impunes mucho tiempo, venimos en nombre del gobierno a intimaros la orden de no salir de este palacio.

REINA. ¿A mí? ¿Y con qué derecho?

FAL. Con un derecho que no teníamos ayer, y que hoy nos abrogamos. Una conspiración descubierta da fuerza a un gobierno. Estruansé, que vacilaba todavía, se ha decidido por fin a adoptar las medidas enérgicas propuestas por mí: el que da pronto, da dos veces. Y, por consiguiente, no se juzgarán ya los delitos de Estado por los tribunales ordinarios, sino por el consejo de regencia, único tribunal competente: allí se está decidiendo ahora la suerte de Eduardo Burkenstaf, entretanto que hacemos comparecer reos de más alta categoría.

REINA. ¡ Señor conde !

ESCENA IV

RANTZAU, GELER, FALKLEND, LA REINA. *(Geler entra por el fondo con varios papeles en la mano, saluda a la reina, y se dirige a Falklend sin ver a Rantzau, que está detrás de él.)*

GEL. Aquí está el decreto del consejo que acabo de expedir en calidad de secretario, y al cual sólo faltan dos firmas.

FAL. Bien.

GEL. *(Con aturdimiento y enseñando otros papeles.)*

Aquí está también, según me habéis encargado, el proyecto de decreto para la exoneración de...

FAL. *(En voz baja señalando a Rantzau.)* ¡ Silencio !

GEL. ¡ Es verdad ; no le había visto ! *(Mirando a*

Rantzau, cuya fisonomía ha permanecido impasible.) ¡ No lo ha oído ; ni se le pasa por la imaginación !

FAL. *(Recogiendo los papeles.)* La sentencia de Eduardo Burkenstaf. *(Leyendo.)* ¡ Condenado !

REINA. ¡ Condenado !

FAL. Sí, señora, e igual suerte espera en lo sucesivo a cualquiera que se atreva a imitarle.

GEL. He encontrado también una diputación de magistrados y consejeros del tribunal supremo: quejosos de que el consejo de regencia entienda en la causa de Eduardo Burkenstaf, en perjuicio, según dicen, de sus atribuciones, venían a representar al rey, y cuentan para este paso con Vuestra Majestad.

FAL. Ya lo veis, señora ; todos los descontentos hacen causa común con vos.

REINA. Y, gracias a vuestro cuidado, mi corte se aumenta diariamente.

FAL. *(A la reina.)* No quiero negar a Vuestra Majestad el placer de esta entrevista. *(A Geler.)* Decid que entren ; les daremos audiencia en vuestra presencia.

ESCENA V

RANTZAU, EL PRESIDENTE, CUATRO CONSEJEROS, GELER, FALKLEND, *cerca de la reina.*

FAL. Señores, sé el motivo que os trae, pero nos hemos visto precisados a alterar el curso natural de la justicia, bien a nuestro pesar, para evitar, por medio de un castigo rápido, escenas semejantes a las pasadas.

PRES. *(Con voz firme.)* Perdonad, señor ; cuando el Estado está en peligro, cuando el orden público está amenazado, debe pedir a la justicia y a las leyes un apoyo contra la rebelión y no apoyarse en la rebelión para derribar la justicia.

FAL. *(Con altanería.)* Cualquiera que sea vuestra opinión en el particular, debo recordaros, señores, que estamos en un país donde nadie puede usar semejante lenguaje con el gobierno ; os aconsejo que empleéis vuestro ascendiente sobre el pueblo

en exhortarle a la sumisión; de otra suerte, que no culpe a nadie de las desgracias que pudieren sobrevenir. Esta noche han entrado tropas en la capital; la guardia del palacio está confiada al coronel Koller, quien tiene orden de repeler la fuerza con la fuerza; y, para probar a todos que nada puede intimidarnos, Eduardo Burkenstaf, hijo de ese comerciante rebelde a quien habíamos perdonado, Eduardo Burkenstaf, convencido por su propia confesión de conspirador contra el consejo de regencia, acaba de ser condenado a muerte, y su sentencia es lo que firmo. (*A Rantzau.*) Conde de Rantzau, sólo falta vuestra firma.

RANT. (*Friamente.*) No la daré.

TODOS. ¿Cómo?

FAL. ¿Por qué?

RANT. Porque la sentencia me parece injusta, así como la determinación de quitarle al tribunal supremo las atribuciones que de derecho le corresponden.

FAL. ¡Señor conde!

RANT. Esa es, al menos, mi opinión; desapruébo todas esas medidas; están en contradicción con mi conciencia; no firmaré.

FAL. Pero eso debierais haberlo dicho en el consejo.

RANT. En todas partes se debe protestar contra la injusticia.

GEL. En esos casos, señor, conde, da uno su dimisión.

RANT. Ayer me era imposible; estabais en peligro; hoy sois poderosos, nada se os opone, puedo retirarme sin bajeza; y en cuanto a esa dimisión que el caballero Geler parece desear con tanta impaciencia...

FAL. Daré cuenta a la regencia, que la admitirá.

GEL. La aceptaremos.

FAL. Señores, me parece que habréis entendido... podéis retiraros.

PRES. (*A Rantzau.*) No esperábamos menos de vos, señor conde; os damos las gracias en nombre de la patria. (*Vase con los consejeros.*)

FAL. Voy a dar cuenta a Estruansé de una conducta tan inesperada.

RANT. Pero tan de vuestro gusto.

FAL. (*Saliendo.*) ¿Venís conmigo, Geler?

GEL. Ahora mismo. (*Acercándose a Rantzau con aire bufón.*) Quisiera antes...

RANT. ¿Darme las gracias?... No hay de qué... ¡ya sois ministro!

GEL. De todos modos lo hubiera sido. (*Enseñándole los papeles que conserva en la mano.*) Había tomado mis medidas. (*Estregándose las manos.*) ¿No os dije que os derribaría?

RANT. (*Sonriéndose.*) Cierto. Señor barón, no quiero entreteneros; ¡daos prisa, ministro de un día!

GEL. (*Sonriéndose.*) ¿Ministro de un día?

RANT. ¿Quién sabe?... puede ser que dure menos todavía. Por lo mismo sentiría mucho robaros un solo instante de poder. Los minutos son preciosos.

GEL. ¡Sea! ¡Magnífico! ya están todos aterrados y confundidos. (*Saluda a la reina y vase.*)

ESCENA VI

LA REINA, *asombrada*; RANTZAU

RANT. (¡Ah! ¡Ah! Mis amados colegas estaban decididos a destituirme; los he ganado por la mano, y ahora veremos.)

REINA. No vuelvo en mí de mi asombro. ¡Vos, Rantzau, dar vuestra dimisión!

RANT. ¿Por qué no? Hay momentos en que un hombre de honor debe dar la cara.

REINA. Pero os perdéis.

RANT. No, señora; es gran cosa una dimisión oportuna. (Es un anzuelo.) (*Alto.*) Por otra parte, si he de confesaros mi debilidad, yo, hombre de Estado, que me creía al abrigo de toda sensación, me siento inclinado a ese pobre Eduardo; me ha indignado la conducta que con él han observado... y, sobre todo, sus procederes para con Vuestra Majestad han acabado de decidirme.

REINA. ¡Atreverse a arrestarme en palacio!

RANT. Si no fuese más que eso...

REINA. ¿Cómo? ¿tienen otros proyectos? ¿los sabéis?

RANT. Sí, señora; y, ahora que ya no soy miembro

del consejo, mi amistad puede revelároslos. Eduardo no es el único preso. Otros dos agentes subalternos... Herman y Gustavo...

REINA. ¡Dios mío!... han descubierto... ¡ese pobre Koller estará comprometido!

RANT. No, señora; ese pobre Koller es el primero que os ha abandonado, que os ha vendido.

REINA. ¡No es posible!

RANT. La prueba... es que tiene ahora más favor que nunca... que le han confiado la guardia de palacio; y cuando yo os decía ayer: «No os fiéis de él, que os venderá...»

REINA. ¿De quién podrá uno fiarse, Dios mío?

RANT. ¡De nadie!... algún día adquiriréis esa triste experiencia. Con pretexto de la causa que ahora fingirán formaros para cubrir las apariencias, están resueltos a encerraros en un castillo para toda vuestra vida. Esta noche misma deben llevaros, y el encargado de ejecutar esa orden... ¿qué digo? el que lo ha solicitado... es Koller.

REINA. ¡Qué horror!

RANT. Debe venir aquí al anochecer.

REINA. ¡Koller!... semejante ingratitud... ¿y sabéis que tengo medios de perderle, que tengo cartas suyas?

RANT. (*Sonriéndose.*) ¿Sí, eh? ahora comprendo por qué tenía tanto interés en encargarse de vuestro arresto; quería sorprender vuestros papeles, y no remitir al consejo sino los que le pareciesen convenientes,

REINA. (*Que ha abierto un mueble y cogido unas cartas que presenta a Rantzau.*) Tomad... tomad... si sucumbo, tenga al menos el consuelo de derribar su cabeza.

RANT. (*Cogiendo con viveza las cartas y metiéndolas en la faltriquera.*) ¿Y qué haríais, señora, con la cabeza de Koller? Aquí no se trata de vengarse, sino de triunfar.

REINA. ¿Triunfar? y ¿cómo? Todos mis amigos me abandonan, excepto uno solo, una mano desconocida, tal vez la vuestra, que me ha aconsejado que me entienda con Berton Burkenstaf.

RANT. ¡Yo, señora!

REINA. (*Con viveza.*) En fin, ¿creéis que logre su-
blevar al pueblo?

RANT. El solo, no, señora.

REINA. Pues ayer bien lo consiguió.

RANT. Por eso mismo no lo podrá hacer hoy; la autoridad está prevenida; está en guardia; ha tomado sus medidas; por otra parte, ese Berton es incapaz de obrar por sí solo; es un instrumento, una máquina, una palanca; dirigida por un brazo hábil y poderoso puede hacer grandes servicios, pero siempre que él mismo ignore para quién y cómo... si raciocina, si se mete a comprender, ya no sirve para nada.

REINA. ¿Qué puedo hacer entonces?... Rodeada de enemigos y de lazos, sin auxilios, sin apoyo, amenazada mi libertad y acaso mi vida, es fuerza resignarme con mi suerte y saber morir. La condesa triunfa... y mi causa es una causa perdida.

RANT. (*Friamente.*) Os equivocáis; nunca ha estado más ganada.

REINA. ¿Qué decís?

RANT. Ayer nada se podía hacer, porque no teníais de vuestra parte más que un puñado de intrigantes, y conspirabais sin objeto y a la buena ventura. Hoy tenéis en vuestro favor la opinión pública, los magistrados, todo el país, a quien se insulta, se ultraja y se pretende tiranizar, quitándole sus derechos. Vos le defendéis, y él defiende los vuestros. Nuestro rey Cristiano se ve despojado de su autoridad; vos y Eduardo Burkenstaf estáis condenados contra toda ley; el pueblo se pronuncia siempre por los oprimidos: vos lo sois en este momento... a Dios gracias; es una ventaja de que es preciso aprovecharse.

REINA. ¿Pero de qué manera? el pueblo no puede ayudarme.

RANT. No hagáis cuentas con él; pero vivid segura en todo evento de tenerle por aliado.

REINA. Y si mañana Estruansé me ha de prender, ¿cómo impedirselo?

RANT. (*Sonriéndose.*) Prendiéndole a él esta noche.

REINA. (*Asombrada.*) ¡Os atreveríais!

RANT. (*Friamente.*) No se trata aquí de mí, sino de
Vuestra Majestad.

REINA. ¿Qué queréis decir?

RANT. En primer lugar, ¿estáis bien persuadida, como lo estoy yo, de que en las circunstancias presentes no os queda más esperanza, ni otra alternativa, que la regencia o una prisión perpetua?

REINA. Lo creo firmemente.

RANT. Con semejante certeza todo se puede intentar; lo que en otro caso sería temeridad viene a ser en éste prudencia. *(Con calma y señalando la puerta de la izquierda.)* ¿Esta puerta no da al cuarto del rey?

REINA. Sí; acabo de verle: está solo, abandonado de todos: en el estado casi de la infancia.

RANT. Entonces, y puesto que podéis todavía entenderos con él, fácil os sería obtener...

REINA. ¿Quién lo duda?... ¿pero para qué? ¿de qué servirá la orden de un rey sin poder?

RANT. *(A media voz, pero con energía.)* Consigámosla, y después se verá.

REINA. ¿Y vos después os moveréis?

RANT. Yo no.

REINA. ¿Quién, pues?

RANT. *(Deteniéndose.)* Llaman.

REINA. *(A media voz.)* ¿Quién?

BERT. *(De fuera.)* Yo, Berton de Burkenstaf.

RANT. *(A media voz.)* Perfectamente: ése es el hombre que necesitáis para ejecutar vuestras órdenes, él y Koller.

REINA. ¿Koller?

RANT. No es necesario que me vea; hacédle esperar aquí un momento, y venid a buscarme.

REINA. ¿Adónde?

RANT. *(A media voz.)* ¡Allí!

REINA. ¡A la antecámara del rey! *(Rantzau sale.)*

ESCENA VII

BERTON, LA REINA

BERT. *(Entrando misteriosamente.)* Soy yo, señora, que no tengo nada que participar a Vuestra Majestad, y que vengo por lo mismo a consultar...

REINA. *(Con viveza.)* ¡Bien! ¡Bien! El cielo os enviaba. Esperad aquí y no salgáis: esperad las órde-

nes que voy a daros, y que deberéis ejecutar inmediatamente.

BERT. *(Inclinándose.)* Sí, señora. *(La reina se entra por la izquierda.)*

ESCENA VIII

BERTON

No vendrá mal esto: sabré al menos lo que debo hacer; porque todo pesa sobre mí, y no sé a qué atenerme. «Nuestro amo, ¿dónde hemos de ir?... nuestro amo, ¿qué hemos de decir? nuestro amo, ¿qué hemos de hacer?... ¡Qué diablos sé yo! les respondo siempre... esperad... no se pierde nada en esperar... pueden ocurrir ideas... al paso que si uno se precipita...»

ESCENA IX

JUAN, BERTON, MARTA

BERT. *(A Juan y Marta que entran por la puerta de la izquierda.)* ¿Qué hay?

JUAN. *(Tristemente.)* Esto va mal, ¡todo está tranquilo!

MAR. Las calles están desiertas, las tiendas cerradas: por más que los artesanos que hemos puesto en movimiento han gritado ¡viva Burkenstaf! ¡nadie ha respondido!

BERT. ¡Nadie! ¡esto es inconcebible! ¡vea usted! ¡unas gentes que me adoraban ayer... que me llevaban en triunfo, y hoy permanecen en sus casas!

JUAN. ¿Y cómo diablos han de salir? Hay soldados y patrullas en todas las calles.

BERT. ¿De veras?

JUAN. Las puertas de nuestros talleres están custodiadas por piquetes de caballería.

BERT. ¡Dios mío!

MAR. Y los primeros artesanos que han tratado de levantar la cabeza han sido presos al momento.

BERT. *(Espantado.)* Eso es otra cosa... Oídme, yo no

- sabía nada de eso. Yo le diré a la reina madre: «Señora, lo siento mucho, pero nadie está obligado a hacer imposibles, y me parece que lo mejor que podemos hacer es volvernos a nuestras casas.»
- MAR. Ni aun eso podemos ya; nuestra casa está allanada; varios piquetes se han acuartelado en ella: todo lo han saqueado, y, si en este momento te presentases, hay orden de prenderte, y acaso...
- BERT. Pero eso es espantoso, es una arbitrariedad... una... ¿Y dónde nos esconderemos ahora?
- MAR. ¿Escondernos? ¿Cuando mi hijo está en peligro, cuando dicen que acaban de condenarle?
- BERT. ¿Es posible?
- MAR. Tú lo has querido; tú nos has metido en esto; a ti te toca ver cómo nos sacas; es preciso moverse, hacer algo.
- BERT. Eso quisiera yo... ¿pero cómo?
- JUAN. Los trabajadores del puerto, los marineros noruegos están libres; éstos no temen a nadie; y en dándoles oro...
- MAR. Dices bien, oro, oro, todo el que tenemos; tenemos oro todavía; lo hemos podido salvar. Cuanto tenemos.
- BERT. Pero advierte...
- MAR. ¿Dudas todavía?
- BERT. No; no dudo precisamente; no digo que no... pero no digo tampoco que sí.
- JUAN. Pues entonces, ¿qué decís, nuestro amo?
- BERT. Digo que es preciso esperar.
- MAR. ¡Esperar! ¿Y quién nos impide tomar un partido?
- JUAN. Sois el jefe del pueblo.
- BERT. (*Encolerizado.*) ¡Pues ya se ve! ¡voto va! ¿soy el jefe del pueblo? y nadie me dice una palabra; no se me comunica una orden... ¡esto es inconcebible!

ESCENA X

Dichos, el UJIER.

- UJIER. (*Dando un pliego a Burkenstaf.*) Al señor Berton Burkenstaf, de parte de la reina.
- BERT. ¡De la reina! ¡ah, qué fortuna! (*Al ujier, que*

- se va.*) Gracias, amigo, he aquí lo que esperaba para poner esto en movimiento.
- MAR. y JUAN. ¿Qué es?
- BERT. ¡Silencio! no os lo decía; pero estaba así concertado con la reina; teníamos acá nuestro plan.
- MAR. Eso es otra cosa.
- BERT. Veamos: en primer lugar... (*Leyendo aparte.*) «¡Mi querido Berton.» ¡Bravo! «Os confío, como a jefe del pueblo, esta orden del rey...» ¡Del rey! ¿es posible? «Vos mismo os encargaréis de que quede entregada.» ¡Por supuesto! ¡Vaya! «Hecho lo cual, y sin entrar en ningún detalle ni declaración, os retiraréis, saldréis del palacio, y os mantendréis oculto.» Se hará todo exactamente. «Y mañana al amanecer, si veis ondear el pabellón real sobre las torres de Cristiamborg, recorred la ciudad acompañado de los amigos de que podáis disponer, gritando: ¡Viva el rey!» Ya está todo dicho. «Romped en el acto este billete.» (*Rompiéndole.*) (Ya está hecho.)
- MAR. y JUAN. ¿Y bien? ¿Qué hay?
- BERT. ¡Silencio, mujer, silencio! los secretos de estado no os importan; básteos saber por ahora que sé lo que tengo que hacer. A ver... veamos... (*Cogiendo el pliego cerrado.*) «A Berton Burkenstaf, para entregar al general Koller.»
- MAR. ¡Koller!
- BERT. ¿Quién diablos es éste? ¡Ay! ya sé... uno de los nuestros, de quien nos hablaba la reina esta mañana... ¿no te acuerdas?
- MAR. Es verdad.
- BERT. Pronto lo recibirá. Por lo que a nosotros toca, debemos salir de aquí con el mayor secreto, y mantenernos escondidos toda la noche.
- MAR. ¿Qué dices?
- BERT. Silencio, he dicho; es nuestro plan. (*A Juan.*) Tú, esta noche, reunirás a los marineros noruegos de que nos hablabas; les darás oro, mucho oro; luego me lo pagarán en honores y dignidades... al amanecer vendréis todos a reuniros conmigo, y entonces...
- MAR. ¿Se salvará de esa manera a nuestro hijo?
- BERT. ¡Brava pregunta!... Sí, mujer, sí, de esa manera se salvará, y yo seré consejero, tendré un

gran destino... gordo, gordo... y Juan también... otro más pequeño.

JUAN. ¿Cuál? ¿a ver?

BERT. Por el pronto yo te prometo algo... ¡Pero estamos perdiendo un tiempo precioso, y tengo tantas cosas en la cabeza! Cuando uno tiene que hacerlo todo... no sabe uno por dónde empezar. ¡Ah! lo primero es esta carta para el señor Koller. Venid conmigo; seguidme.

ESCENA XI

JUAN, MARTA, BERTON, KOLLER

KOLL. (*Viendo a Berton.*) ¿Qué veo? ¿qué hacéis aquí? ¿quién sois?

BERT. ¿Qué os importa? Estoy en la cámara de la reina, y estoy en ella de orden suya. ¿Y vos quién sois para interrogarme?

KOLL. El coronel Koller.

BERT. ¡Koller!... ¡Qué fortuna! Y yo soy Berton Burkenstaf, jefe del pueblo.

KOLL. ¿Y os atrevéis a poner los pies en este palacio después de dada la orden de vuestra prisión?

MAR. ¡Cielos!

BERT. Mujer, no tengas cuidado. (*A Koller a media voz.*) Sé que con vos estoy seguro; somos de la misma camada, nos entendemos... sois de los nuestros.

KOLL. (*Con desprecio.*) ¡Yo!

BERT. (*A media voz.*) He aquí la prueba: un pliego que tengo encargo de entregaros de parte del rey.

KOLL. ¡Del rey! ¿Es posible?... ¿qué significa esto? (*Recorre la carta.*) ¡Cielos! ¡esta orden!

BERT. (*A su mujer.*) ¿Qué tal? ¿Le ha hecho efecto?

KOLL. ¡Cristiano! es de su puño... indudablemente... su firma... ¿Podéis explicarme, caballero, por qué casualidad...?

BERT. (*Gravemente.*) No entraré en ningún detalle ni aclaración: es la orden del rey; ya sabéis lo que tenéis que hacer, y yo también; me voy.

MAR. (*Deteniéndole.*) Berton, pero... ¿qué dice ese papel?

BERT. No te importa: no puedes saberlo. (*A su mujer y a Juan.*) Vamos.

JUAN. ¡Tendré un destino...! ¡oh! ¡y bueno! de lo contrario... os sigo, nuestro amo. (*Vanse por la izquierda, escalera secreta.*)

ESCENA XII

RANTZAU, *que entra por la izquierda*; KOLLER, *en pie, pensativo, con la carta en la mano.*

KOLL. ¡Dios mío! ¡El conde Rantzau!

RANT. Parece que el señor coronel está muy meditando.

KOLL. (*Llegando a él.*) Vuestra presencia, señor conde, me colma ahora más que nunca de placer, y podéis asegurar al consejo de regencia...

RANT. No soy del consejo ya; he dado mi dimisión.

KOLL. (*Asombrado.*) (Su dimisión!... ¡es decir, que el otro partido va de capa caída!) (*Alto.*) Tanto me sorprende eso como la orden que acabo de recibir.

RANT. ¿Una orden? ¿y de quién?

KOLL. (*A media voz.*) Del rey.

RANT. No es posible.

KOLL. Precisamente en el momento en que, cumpliendo con la orden del consejo, venía a prender a la reina madre, el rey, que tanto tiempo ha no se metía en asuntos del gobierno ni en negocios de estado, el rey, que habla depositado al parecer toda su autoridad en el primer ministro, me manda a mí, Koller, su fiel vasallo, que prenda esta noche misma a Estruansé y a su mujer.

RANT. (*Friamente y examinando el papel.*) Es la firma de nuestro único y legítimo soberano Cristiano VIII rey de Dinamarca.

KOLL. ¿Y qué os parece?

RANT. Eso iba yo a preguntaros: porque, al fin, la orden no se dirige a mí, sino a vos.

KOLL. (*Inquieto.*) Cierto; pero en la alternativa de haber de obedecer al rey o al consejo de regencia, ¿qué haríais vos en mi lugar?

RANT. ¿Qué haría yo?... En primer lugar no pediría consejos a nadie.

KOLL. Obraríais; pero, ¿en qué sentido?

RANT. (*Friamente.*) Eso es cuenta vuestra... Como vuestro interés es el que os guía constantemente,

- meditadlo, calculadlo todo, y ved cuál de los dos partidos os ofrece más ventajas.
- KOLL. ¡ Señor conde!
- RANT. Creo que eso es lo que me preguntáis, y yo empezaría por aconsejaros que leyeseis con detención el sobre de esa carta; dice, si no me engaño: «Al general Koller.»
- KOLL. (¡ Al general! Ese título que tantas veces me ha negado.) *(Alto.)* ¡ Yo general!
- RANT. *(Con dignidad.)* Nada más justo; un rey premia a los que le sirven, así como castiga a los que le desobedecen.
- KOLL. *(Lentamente y mirándole.)* Para premiar y castigar es preciso tener poder: ¿ lo tiene?
- RANT. *(En el mismo tono.)* ¿ Quién os ha entregado esa orden
- KOLL. Berton Burkenstaf, que se llama jefe del pueblo.
- RANT. Eso podría probar que existe en el pueblo un partido dispuesto a pronunciarse, y con el cual podríais contar.
- KOLL. *(Vivamente.)* ¿ Vuecencia puede asegurármelo?
- RANT. *(Friamente.)* Nada tengo que deciros; vos no sois amigo mío. Yo no lo soy vuestro; no tengo necesidad de trabajar para vuestro engrandecimiento.
- KOLL. Entiendo... *(Después de una pausa y acercándose a Rantzau.)* Como fiel vasallo, quisiera obedecer las órdenes del rey; en primer lugar es mi deber; pero, ¿ y los medios de ejecución?...
- RANT. *(Lentamente.)* Facilísimos: la guardia del palacio os está confiada; disponéis vos solo de los soldados...
- KOLL. *(Vacilando.)* Sí; pero, ¿ y si sale mal?
- RANT. ¿ Y bien? ¿ qué puede suceder?
- KOLL. Nada; que mañana Estruansé me haga ahorcar o fusilar.
- RANT. *(Volviéndose con firmeza.)* ¿ Eso es lo que os detiene?
- KOLL. *(Idem.)* Eso.
- RANT. *(Idem.)* ¿ No tenéis ningún otro reparo?
- KOLL. Ninguno.
- RANT. En ese caso, tranquilizaos, de todos modos eso no puede dejar de sucederos.

- KOLL. ¿ Qué queréis decir?
- RANT. Que si mañana Estruansé es poderoso todavía, os hará prender y condenar en veinticuatro horas.
- KOLL. ¿ Con qué pretexto? ¿ Por qué delito?
- RANT. *(Enseñándole cartas, que vuelve a guardar inmediatamente.)* ¿ No bastan estas cartas escritas por vos a la reina madre, estas cartas que encierran la primera idea del complot que debe estallar hoy, y en las cuales verá Estruansé que ayer mismo en el acto de servirle le vendíais?
- KOLL. Señor conde, ¿ queréis perderme?
- RANT. No por cierto; de vos pende que estas pruebas de vuestra traición se conviertan en pruebas de fidelidad.
- KOLL. ¿ De qué manera?
- RANT. Obedeciendo a vuestro soberano.
- KOLL. *(Furioso.)* Pero en fin, ¿ estáis por el rey? ¿ Obráis en su nombre?
- RANT. *(Con altanería.)* No tengo que daros cuenta de mis acciones; no me hallo en vuestro poder, y vos estáis en el mío; cuando os oí ayer denunciar al consejo a unos desgraciados de quienes erais cómplice, nada dije, no os arranqué la máscara: os protegí, al contrario, con mi silencio; me convenía así entonces; en el día ya no me conviene; y puesto que me habéis pedido consejos os quiero dar uno. *(Con tono importante y a media voz.)* Ejecutad las órdenes de vuestro rey: prended esta misma noche, en medio del baile que se dispone, a Estruansé y a la condesa, o si no...
- KOLL. *(En la mayor agitación.)* Enhorabuena: decidme únicamente que esta causa es la vuestra en lo sucesivo; que sois uno de los jefes, y acepto.
- RANT. Eso es cuenta vuestra. Esta noche el castigo de Estruansé, o el vuestro mañana. Mañana seréis general, o fusilado; escoged. *(Da un paso para salir.)*
- KOLL. *(Deteniéndole.)* ¡ Señor conde!...
- RANT. ¿ Qué resolvéis, coronel?
- KOLL. Obedeceré.
- RANT. ¡ Bien! *(Con intención.)* ¡ Adiós, general! *(Vase por la izquierda y Koller por el foro.)*

ACTO QUINTO

Salón del palacio de Falklend. A cada lado una gran puerta; en el fondo otras y dos vidrieras de otros tantos balcones. A la izquierda, en primer término, una mesa, y recado de escribir. Sobre la mesa, dos bujías encendidas.

ESCENA PRIMERA

CAROLINA, envuelta en una capa y debajo un traje de baile; FALKLEND

FAL. (*Dando un abrazo a su hija.*) ¿Cómo estáis ya? CAR. Gracias, señor; estoy mejor.

FAL. Tu extraordinaria palidez me había asustado; creí que te caías en medio del baile, delante de todo el mundo.

CAR. Ya sabéis que yo hubiera preferido estar aquí; pero vos, a pesar de mis ruegos, habéis querido que fuese.

FAL. Cierto: ¿qué no se hubiera dicho de tu ausencia? ¿No era bastante que se hubiese enterado ayer todo el mundo de tu turbación cuando encontraron en casa a ese joven? No era cosa, me parece, de que creyesen las gentes que tus penas te impedirían asistir a la fiesta.

CAR. ¡Padre mío!

FAL. Que estaba por cierto magnífica. ¡Qué lujo, qué suntuosidad! ¡Qué multitud! No necesito más pruebas de la seguridad, de la firmeza de nuestro poder: por fin hemos fijado la suerte; nunca ha estado la condesa más seductora; ¡se veía brillar en sus ojos el orgullo del triunfo! A propósito, ¿has reparado en el barón de Geler?

CAR. No, señor.

FAL. ¿Cómo no? Ha abierto el baile con la condesa, y parecía todavía más satisfecho de esta predilección que de su nueva dignidad de ministro; porque le han nombrado... Sucede inmediatamente al conde de Rantzau, que a fuer de hábil nos deja, y se va cuando viene la fortuna.

CAR. No son muchos capaces de hacer otro tanto.

FAL. Sí; ¡siempre le ha gustado singularizarse! es que no le hemos guardado por eso ningún rencor. Que se retire, que haga sitio a otros; ha concluido, y la corte, que teme su talento, se ha considerado muy afortunada en darle un sucesor.

CAR. A quien no teme.

FAL. ¡Precisamente! ¡a un caballero amable y galante como mi yerno!

CAR. ¡Vuestro yerno!

FAL. (*Con severidad y mirando a Carolina.*) Sin duda.

CAR. (*Con timidez.*) Mañana os hablaré, señor, acerca del barón.

FAL. ¿Y por qué no ahora mismo?

CAR. Es tarde, la noche está muy adelantada; y, además, no estoy enteramente restablecida de la conmoción que he experimentado.

FAL. Pero, ¿cuál ha sido la causa de esa conmoción?

CAR. ¡Ah! eso sí puedo decíroslo. Nunca me he hallado tan sola ni tan aislada como en esa fiesta, y al notar la alegría que brillaba en todos los semblantes no podía creer que a algunos pasos de allí seres desgraciados gemían acaso entre cadenas... Perdonadme, padre mío; esta idea era superior a mis fuerzas, y me perseguía por todas partes. Cuando el marqués de Ostén se acercó a Estruansé, que estaba a mi lado, y le habló al oído, no entendí bien lo que dijo; pero Estruansé parecía estar impaciente, y por fin se levantó diciendo: «Es tiempo perdido, señor marqués: no puede haber piedad para los delitos de alta traición; no lo olvidéis.» El marqués entonces se inclinó, respondiéndole: «No lo olvidaré, excelentísimo señor, y acaso no tardaré en tener ocasión de recordároslo.»

FAL. ¡Qué insolencia!

CAR. Este incidente había reunido algunas personas a nuestro alrededor y oí confusamente estas palabras: «El ministro tiene razón: es preciso hacer un ejemplar.» «Sí—decían otros—, ¡pero condenarle a muerte!...» ¡Condenarle! al oír esta palabra, un frío mortal se difundió por mis venas, se me puso un velo delante de los ojos, y sentí que mis fuerzas me abandonaban.

FAL. Felizmente estaba yo cerca de ti.

CAR. Sí; era un terror absurdo y quimérico, lo conozco; pero, ¿qué queréis? Encerrada hoy todo el día en mi cuarto, a nadie había visto ni preguntado... Hay un nombre que no me atrevo a pronunciar en vuestra presencia, pero... ¿no es verdad que él no tiene por qué temer?

FAL. Seguramente... que no... tranquilízate.

CAR. Eso he dicho yo... es imposible... por otra parte, le prendieron ayer, no pueden haberle condenado hoy, y los pasos que habrán dado los suyos, y vuestra influencia misma, padre mío...

FAL. Por supuesto: como tú has dicho muy bien, mañana, querida hija mía, hablaremos de eso. Me retiro, te dejo.

CAR. ¿Volvéis al baile?

FAL. No: he dejado en él a Geler, que hará nuestras veces perfectamente, y que bailará probablemente toda la noche... No puede tardar mucho en amanecer; ya no me acuesto; voy a mi despacho a trabajar. ¡Hola! (*Jorge aparece en el fondo, y otro criado que toma una bujía.*) Vamos, hija mía, valor, ánimo. Buenas noches, buenas noches. (*Salte seguido de un criado.*)

ESCENA II

CAROLINA, JORGE

CAR. ¡Respiro! me había asustado sin razón; se trataría de otro sin duda. ¡Ah! se me figuraba que todos deben estar como yo, y no pensar más que en él.

JOR. Señorita...

CAR. ¿Qué hay, Jorge?

JOR. Hace gran rato que está ahí esperando una mujer que da lástima por cierto. Dice que, aunque le cueste esperar toda la noche, está resuelta a no salir de la casa sin haber hablado a la señorita privadamente.

CAR. ¿A mí?

JOR. Me ha suplicado que os pase el recado.

CAR. ¡Que entre! aunque estoy muy cansada, la recibiré.

JOR. (*Que ha ido a buscar a Marta.*) Aquí tiene usted, buena señora... aquí está la señorita: despachaos, que es tarde. (*Vase.*)

ESCENA III

MARTA, CAROLINA

MAR. Mil perdones, señorita, por atreverme a estas horas...

CAR. Señora Burkenstaf... (*Corriendo a ella y cogiéndole las manos.*) ¡Ah, cuánto me alegro de haberos recibido!... ¡qué dichosa soy cuando os veo! (*Con alegría y ternura.*) ¡Es su madre! (*Alto.*) ¿Venís a hablarme de Eduardo?

MAR. ¡Ah! señorita, en medio de mi desesperación, ¿puedo hablar por ventura de otra cosa que de mi hijo... de mi pobre hijo? vengo de verle.

CAR. (*Con viveza.*) ¿Le habéis visto?

MAR. (*Llorando.*) Vengo de abrazarle, señorita... ¡por la última vez!

CAR. ¿Qué decís?

MAR. Le han notificado esta tarde su sentencia.

CAR. ¿Qué sentencia? ¿qué quiere decir eso?

MAR. (*Con alegría.*) ¿Lo ignorabais, señora? ¡Ah! ¡tanto mejor! de otra suerte no hubierais estado en ese baile, ¿no es verdad? Por elevada que sea vuestra clase, por grande que fuera el compromiso, no habríais podido divertirlos cuando el que tanto os ha querido está condenado a muerte...

CAR. (*Dando un grito.*) ¡Ah! (*Con delirio.*) ¡Conque decían la verdad! hablaban de él... y mi padre me ha engañado. (*A Marta.*) ¡Le han condenado!

MAR. Sí, señorita. Estruansé lo ha firmado, la condesa lo ha consentido. ¿Podéis concebirlo, señora? ¡y es madre sin embargo! ¡tiene un hijo!

CAR. Serenaos, señora; yo tengo alguna esperanza todavía.

MAR. Yo pongo en vos todas las mías. Mi marido tiene proyectos que no quiere explicarme; no debiera deciros... pero vos no me venderéis; entretanto no se atreve a presentarse; está escondido; sus amigos no darán la cara, o la darán muy tar-

de; y yo, en medio de mi dolor, ¿qué puedo intentar? ¿qué puedo hacer? Si todo se redujese a morir... nada os pediría, ya estaría mi hijo en libertad. He corrido a su calabozo, he dado tanto oro, que los he reducido a que me vendiesen el placer de abrazarle; le he estrechado contra mi corazón; le he hablado de mi desesperación, de mis temores... Pero ¡ah! ¡él no me ha hablado sino de vos!

CAR. ¡Eduardo!

MAR. Sí, señora; el ingrato, al consolarme, pensaba en vos. «Espero — me decía — que ignorará mi suerte, que no sabrá nada, porque felizmente será al amanecer... al rayar el día.»

CAR. ¿El qué?

MAR. (*Con delirio.*) ¿No os lo he dicho, señora, o no lo habéis adivinado por mi desesperación? Dentro de poco, de aquí a algunos instantes, es cuando van a matar a mi hijo.

CAR. ¡A matarle!

MAR. Sí; a matarle, sí, ahí, en esa plaza; debajo de vuestros balcones le van a conducir. Entonces, en el delirio que se apoderó de mi alma, me desasí de sus brazos, y, desoyendo sus ruegos, he corrido aquí para deciros: «Le van a matar... amparadle...» pero vos no estabais aquí, y he esperado... ¡Ah, qué horrible suplicio! ¡Considerad si habré sufrido contando los minutos de esta noche que deseaba y temía abreviar! pero ya estáis aquí; ya os veo; vamos juntas a arrojarlos a los pies de vuestro padre, a los pies de la condesa; ella lo puede todo; pediremos el perdón de mi hijo.

CAR. Os lo prometo.

MAR. Vos le diréis que no es culpable; no lo es, y os lo juro; nunca ha pensado en complot ni en rebeliones: nunca ha pensado en conspirar, ¡él no pensaba en nada sino en amaros!

CAR. Lo sé, lo sé, y su amor es lo que le ha perdido: por mí, por salvarme moriría... ¡Oh! no; no puede ser; tranquilizaos; yo os respondo de su vida.

MAR. ¡Es posible!

CAR. Sí, señora, sí; una persona quedará perdida; pero no será él.

MAR. ¿Qué queréis decir?

CAR. ¡Nada!... ¡nada!... Volveos a vuestra casa, partid: dentro de algunos instantes obtendrá su perdón; ¡se salvará! descuidad en mi celo.

MAR. (*Vacilando.*) Pero sin embargo...

CAR. En mi palabra... En mis juramentos.

MAR. Pero...

CAR. (*Fuera de sí.*) Pues bien, en mi ternura... ¡en mi amor! ¿Me creéis ahora?

MAR. (*Asombrada.*) ¡Cielos! Sí, señorita, sí... ya no tengo miedo. (*Dando un grito y señalando a la viedriera.*) ¡Ah!

CAR. ¿Qué tenéis?

MAR. ¡Se me figuró que amanecía! No; a Dios gracias es de noche todavía. Dios os proteja y os pague algún día lo dichosa que me hacéis; ¡adiós, adiós!... (*Vase.*)

ESCENA IV

CAROLINA, *agitada.*

Diré la verdad; diré que no es culpable; publicaré a gritos que se ha acusado a sí mismo para no comprometerme, y para salvar mi reputación. Y yo... (*Deteniéndose.*) ¡Oh! ¡yo perdida! deshonrada para siempre... ¿Y qué? ¿de qué me sirve pensar en eso? es forzoso; no puedo permitir su muerte. El por amor me daba su vida, y yo por amor le daré más todavía. (*Sentándose.*) Sí, sí; escribamos; pero, ¿a quién confiarme? a mi padre... ¡oh! no: ¿a Estruansé? menos: delante de mí ha dicho que no perdonaría jamás; pero la condesa es mujer, me comprenderá... por otra parte, yo no quería creerlo, pero si, como dicen, es amada, ¡si ama! ¡Dios mío, haz que sea cierto! tendrá lástima de mí, y no me culpará; (*Escribiendo rápidamente*) démonos prisa; esta declaración solemne no dejará duda alguna acerca de su inocencia. *Carolina de Falklend...* (*Dejando caer la pluma.*) ¡Ah! mi oprobio, mi deshonra es lo que firmo: (*Plegando la carta*) no pensemos en eso, no nos acordemos de nada... los momentos son preciosos, y a estas horas... ¿de qué medio

me valdré? ¡Ah! por su camarera... enviándole a Jorge, que es de toda confianza... Sí, es el único medio de hacer que llegue pronto esta carta a su destino.

ESCENA V

CAROLINA, FALKLEND

FAL. (*Ha oído las últimas palabras, se pone delante de ella, y le coge la carta.*) ¡Una carta! ¿para quién?

CAR. (*Con espanto.*) ¡Mi padre!

FAL. «A la señora condesa Estruansé.» Vaya, no os turbéis de esa manera; puesto que tenéis tanto interés en que esta carta llegue a manos de la condesa, yo se la entregaré... pero paréceme tengo derecho para saber lo que mi hija escribe, y me permitiréis... (*Queriendo abrir la carta.*)

CAR. (*Con tono deprecatorio.*) Señor...

FAL. (*Abriendo.*) Me lo permitís... (*Leyendo.*) ¡Cielos! ¡Eduardo Burkenstaf estaba aquí por vos, oculto en vuestro cuarto, y en presencia de todo el mundo ha sido descubierto!

CAR. Sí, sí; ¡ésa es la verdad! ¡Abrumadme con vuestro enojo! no soy culpable, ni indigna de vos; no, os lo juro; bastante es ya que mi imprudencia haya podido comprometeros; ni trato de justificarme, ni de evitar reconvenções que tengo tan merecidas; pero he sabido, y vos me lo ocultabais, que está condenado a muerte, que, víctima de su generosidad, va a perecer por salvar mi honor; entonces he creído que comprarle a ese precio era perderle para siempre; he querido ahorrarme a mí remordimientos, a vos un crimen... ¡he escrito!

FAL. ¡Firmar una confesión de esta especie! y, por medio de este testimonio que va a hacerse, que debe ser público, ¡declarar a los ojos de la condesa, del primer ministro, de la corte entera, que la condesa de Falklend, ciega por un comerciante, ha comprometido por él su clase, su cuna, su padre, que demasiado expuesto ya a los tiros de la calumnia y de la sátira se va a ver abrumado ahora, y va a sucumbir bajo sus golpes! No; este es-

crito, padrón de nuestra infamia y de nuestra ruina, no verá la luz pública.

CAR. ¿Qué osáis decir, señor? ¡No os opondréis a esa sentencia!

FAL. No soy yo el único que la ha firmado.

CAR. Pero si sois el único sabedor de su inocencia; si os negáis a enviar esa esquila a la condesa, corro a echarme a sus pies... Pertenezco a su casa...

Sí, señor, sí, por vuestro honor, por vuestra tranquilidad; yo le gritaré: «¡Perdón, señora!... ¡salvad a Eduardo, y salvad sobre todo a mi padre!»

FAL. (*Deteniéndola.*) ¡No, no iréis! no saldréis de aquí.

CAR. (*Asustada.*) ¡Espero que no trataréis de detenerme por fuerza!

FAL. Quiero, a pesar vuestro, impedir vuestra perdición, y no os separaréis de mí. (*Cierra la puerta del foro. Carolina le sigue para detenerle, pero dirige una mirada a la vidriera, y da un grito.*)

CAR. ¡Ah! ¡la aurora, la aurora! he aquí la hora de su suplicio; si os detenéis, no hay esperanza de salvarle; sólo nos quedarán nuestros remordimientos: ¡padre mío! ¡por Dios! os lo ruego a vuestros pies: ¡mi carta!

FAL. Dejadme... levantaos.

CAR. No; no me levantaré: he prometido su vida a su madre, y cuando venga a pedirme a su hijo, a quien vos habréis muerto, y a quien yo amo... (*Ademán de cólera de Falklend. Carolina se levanta rápidamente.*) No; bien; no le amo ya; le olvidaré; faltaré a todos mis juramentos... seré la esposa de Geler... os obedeceré; (*Dando un grito*) ¡ah! ese redoble, ese ruido de armas... (*Corre a la ventana.*) ¡Soldados! ¡un preso! él es... ¡le llevan al suplicio! ¡Mi carta! ¡mi carta! presto; enviadla; acaso es tiempo todavía.

FAL. Compadezco tu locura; he aquí mi respuesta. (*Rompe la carta.*)

CAR. ¡Ah! ¡esto ya es demasiado! vuestra crueldad rompe todos los vínculos que me unían a vos. Sí; le amo; sí, y nunca amaré a otro... Si perece, yo no le sobreviviré... le seguiré... su madre al menos quedará vengada, y vos como ella os quedaréis sin hija.

FAL. ¡Carolina! (*Se oye ruido fuera.*)

CAR. (*Con energía.*) Oídme, empero, oídme con atención: si ese pueblo que se indigna y que murmura se sublevase aún para salvarle, si el cielo, la fortuna, ¿quién sabe? la casualidad tal vez, menos cruel que vos, le substrajese a vuestra venganza, os declaro aquí que no habrá poder en el mundo, ni aun el vuestro, que me impida ser suya: lo juro. (*Se oye un redoble más fuerte y gritos en la calle; Carolina da un grito y cae sobre un sillón ocultando su cara con las manos. En aquel momento llaman a la puerta del foro. Falklend va a abrir.*)

ESCENA VI

CAROLINA, RANTZAU, FALKLEND

FAL. (*Asombrado.*) ¡El conde de Rantzau en mi casa a estas horas!

CAR. (*Corriendo hacia él toda llorosa.*) ¡Ah! Señor conde, hablad, ¿es cierto?... el desdichado Eduardo...

FAL. Silencio, Carolina.

CAR. (*Fuera de sí.*) ¿Qué consideraciones he de tener yo ahora? Sí, señor conde, yo le amaba, yo soy la causa de su muerte, y yo me castigaré.

RANT. (*Sonriéndose.*) Perdonad; no sois tan delincuente como creéis; Eduardo existe todavía.

FAL. y CAR. ¡Cielos!

CAR. ¿Y ese ruido que hemos oído?...

RANT. Le causaban los soldados que le han salvado.

FAL. (*Queriendo salir.*) No puede ser; y mi presencia...

RANT. Pudiera aumentar acaso el peligro; así es que yo, que no soy nada, que nada aventuro, acudía a vuestro lado, querido y antiguo colega.

FAL. ¿Por qué razón?

RANT. Para ofreceros a vos y a vuestra hija un asilo en mi casa.

FAL. (*Estupefacto.*) ¡Vos!

CAR. ¿Es posible?

RANT. ¡Eso os asombra! ¿No hubierais vos hecho otro tanto por mí?

FAL. Os doy gracias por vuestra generosidad, pero antes de todo quisiera saber... ¡Ah! ¡el barón de Geler! Y bien, amigo mío, ¿qué hay? hablad presto.

ESCENA VII

CAROLINA, RANTZAU, GELER, FALKLEND

GEL. ¿Qué diablos sé yo? es un desorden, una confusión. Por más que pregunto, como vos, ¿qué hay? ¿cómo se ha compuesto esto? todos me preguntan, y nadie me responde.

FAL. Pero vos estabais allí en el palacio...

GEL. Ya se ve que estaba: he abierto el baile con la condesa, y, poco tiempo después de haberse retirado su excelencia, estaba yo bailando el nuevo minué de la corte con la de Thornston, cuando entre los grupos que nos miraban empiezo a notar una distracción que no era natural; no nos miraban ya, hablábanse unos a otros en voz baja; circulaba por los salones un murmullo sordo y prolongado; dábanse prisa todos a recoger sus pieles y sus capas, y a tomar sus coches. ¿Qué es eso? ¿Qué hay? Se lo pregunto a mi pareja, que está de todo tan inocente como yo; y por fin sé por un lacayo pálido y consternado que la condesa acaba de ser presa en su cuarto de orden del rey.

FAL. ¡De orden del rey!... pues ¿y Estruansé?

GEL. Preso también de vuelta del baile.

FAL. (*Con impaciencia.*) ¿Y Koller, ¡santo Dios! Koller, a quien estaba confiada la guardia?

GEL. Eso es lo más sorprendente y lo que me hace dudar de todo. Añaden que esas dos prisiones han sido ejecutadas, ¿por quién diréis? por Koller mismo, portador de una orden del rey.

FAL. ¿El...? ¿Koller vendernos? Es imposible.

GEL. (*A Rant.*) Eso es lo que yo he dicho; no es posible; pero entretanto se dice, se repite; la guardia de palacio grita: ¡Viva el rey! el pueblo, sublevado por Berton Burkenstaf y sus amigos, grita más fuerte todavía; las demás tropas, que habían hecho resistencia en un principio, hacen a

TEATRO.—13

la hora ésta causa común con ellos; por fin, yo no he podido entrar en mi casa, delante de la cual he visto un grupo amotinado, y me vengo aquí, no sin riesgo, y conforme me ha pillado, en traje de baile.

RANT. En la actualidad menos peligroso es ese traje que el de ministro.

GEL. De ayer acá no han tenido tiempo de hacerme el mío.

RANT. Podéis ahorraros ese dinero. ¿Qué os decía yo ayer? Todavía no ha veinticuatro horas, y ya no sois ministro.

GEL. ¡Señor conde!

RANT. Lo habéis sido para bailar una contradanza, y después de un trabajo de esta especie necesitaréis algún descanso; os lo ofrezco en mi casa (*Con viveza*), así como a todos los demás, pues es el único asilo donde podéis estar actualmente seguros; y no hay tiempo que perder. ¿Oís los gritos de esos furiosos? venid, señorita, venid... seguidme todos y vamos. (*En este momento se abren violentamente las dos vidrieras del fondo. Juan y varios marineros y hombres del pueblo aparecen en el balcón armados de carabinas.*)

ESCENA VIII

JUAN, RANTZAU, CAROLINA, FALKLEND, GELER

JUAN. (*Apuntando.*) Alto ahí, excelentísimos señores; ¿adónde bueno?

CAR. (*Dando un grito y rodeando a su padre con sus brazos.*) ¡Ah, señor, soy siempre vuestra hija! lo soy al menos para morir con vos.

JUAN. ¡Encomendad vuestra alma a Dios!

ESCENA IX

JUAN, RANTZAU, EDUARDO, *con el brazo izquierdo suspendido, arrojándose por la puerta del foro, y poniéndose delante de CAROLINA, FALKLEND y GELER.*

ED. (*A Juan y sus compañeros, que acaban de saltar a la habitación.*) Deteneos, no haya muertos, no haya sangre; caigan del poder; eso basta. (*Seña-*

lando a Carolina, Falklend y Geler.) A costa de mi vida los defenderé; ¡yo los protejo! (*Viendo a Rantzau y corriendo a él.*) ¡Ah, mi libertador, mi Dios tutelar!

FAL. (*Admirado.*) ¡El!... ¡el conde de Rantzau!

JUAN Y SUS COMPAÑEROS. (*Inclinándose.*) ¡El conde de Rantzau! eso es otra cosa; es el amigo del pueblo, es de los nuestros.

GEL. ¡Es posible!

RANT. (*A Falklend, Geler y Carolina.*) Sí, señor; amigo de todo el mundo; preguntádselo sino al general Koller, y a su digno aliado el señor Berton Burkenstaf.

TODOS. (*Gritando.*) ¡Viva Berton Burkenstaf!

ESCENA X

JUAN y sus compañeros, RDUARDO, MARTA, *entrando la primera y abalanzándose a su hijo, a quien abraza; BERTON, rodeado del pueblo; RANTZAU, CAROLINA, FALKLEND, GELER. Detrás de ellos KOLLER; y en el fondo pueblo, soldados, magistrados, gentes de la corte.*

MAR. (*Abrazando a Eduardo.*) ¡Mi hijo! ¡herido! ¡está herido!

ED. No, madre mía, no es nada. (*Le abraza varias veces mientras el pueblo grita: ¡Viva Berton Burkenstaf!*)

BERT. Sí, amigos míos, sí; por fin hemos triunfado; gracias a mí, que en servicio del rey todo lo he conducido y dirigido: me glorío de ello.

TODOS. ¡Viva!

BERT. (*A su mujer.*) ¿No oyes, mujer? Ha vuelto el favor.

MAR. ¿Qué me importa a mí? ya no pido nada; ya tengo a mi hijo.

BERT. ¡Silencio, señora, silencio! Tengo aquí las órdenes del rey, órdenes que acabo de recibir en este instante; nuestro augusto soberano tenía puesta en mí toda su confianza.

JUAN. (*A sus compañeros.*) ¡Tiene razón el rey! (*Señalando a su amo, que se saca de la faltriquera la*

orden.) Parece que no, pero ¡qué cabeza! ya sabía él lo que se hacía cuando tiraba el oro a manos llenas... (Con alegría.) Porque de veinte mil florines no le queda nada, ni un rixdaler.

BERT. (Abriendo el pliego y haciéndole señas para que calle.) ¡Juan!...

JUAN. Bien, nuestro amo. (A sus compañeros.) Y si la cosa hubiera salido al revés, todos hubiéramos olido a cordel, él, su hijo, su familia y los mancebos de su tienda.

BERT. ¡Juan, Silencio!

JUAN. Bien, nuestro amo. (Gritando.) ¡Viva Burkenstaf!

BERT. (Con satisfacción.) Bien está, amigos míos, bien; pero escuchad (Leyendo.) «Nos Crístiano VIII rey de Dinamarca, a nuestros fieles vasallos y habitantes de Copenhague, salud. Después de haber castigado la traición, réstanos recompensar la fidelidad en la persona del conde Beltrán de Rantzau, a quien, bajo la regencia de nuestra madre la reina María Julia, nombramos nuestro primer ministro.»

RANT. (Con aire modesto.) ¡Yo que pretendo retirarme de los negocios!...

BERT. (Con severidad) ¡Imposible, señor conde! el rey lo manda; es preciso obedecer. Dejádme acabar, os ruego. (Leyendo.) «En la persona del conde Beltrán de Rantzau, a quien nombramos nuestro primer ministro (Con énfasis), y en la de Ber-ton Burkenstaf, comerciante de Copenhague, a quien nombramos en nuestra casa real (Bajando la voz), primer mercader de sedas y proveedor de la corona.»

TODOS. ¡Viva el rey!

JUAN. ¡Magnífico! Pondremos las armas reales sobre nuestra tienda.

BERT. (Haciendo un gesto.) ¡Linda recompensa! ¡y al precio que esto me cuesta!...

JUAN. ¿Y yo, aquel destinillo que me habíais prometido?

BERT. Déjame en paz.

JUAN. (A sus compañeros.) ¡Qué ingratitud! yo que lo he hecho todo, ¡de esta suerte me pagan!

RANT. Puesto que el rey lo exige, fuerza es obede-

cer, señores, y tomar uno sobre sus hombros una carga que harán más ligera, como lo espero, (A los magistrados), vuestros consejos, y el aprecio de mis conciudadanos. (A Eduardo.) Por lo que hace a vos, caballero, que en esta ocasión habéis corrido los mayores peligros, se os debe también alguna recompensa...

ED. (Con franqueza.) Ninguna, señor; ahora puedo decirselo, a vos solo... (A media voz) jamás he conspirado.

RANT. (Imponiéndole silencio.) Bien, bien; esas cosas no se dicen nunca, sobre todo después.

ED. (Señalando a Carolina.) El único premio...

CAR. ¡Eduardo!

RANT. Arreglaremos eso: mi antiguo colega acaso vencerá ahora su repugnancia.

BERT. (Tristemente.) ¡Proveedor de la corona!

MAR. Ya debes estar contento, ¿no era eso lo que deseabas?

BERT. ¡Qué diablos! ya lo era de hecho: sino que antes proveía a dos cortes, la de la reina madre y la de la condesa; y derribando a una pierdo la mitad de mi parroquia.

MAR. Y has aventurado tu fortuna, tus bienes, tu vida, la de tu hijo, que está herido, y acaso peligrosamente, ¿y todo para qué?

BERT. (Señalando a Rantzau y Koller.) Para otros, que se llevan la prebenda.

MAR. ¡Y luego haga usted conspiraciones!

BERT. (Alargándole la mano.) Se acabó; en lo sucesivo las veré pasar, ¡y lléveme el diablo si me vuelvo a meter en otra!

TODO EL PUEBLO. (Rodeando a Rantzau, e inclinándose delante de él.) ¡Viva el conde de Rantzau!!!

UN DESAFÍO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

PERSONAS

ISABEL HOWARD, viuda del lord tesorero conde de Salisbury.

ENRIQUE SIDNEY, conde de Warwick.

RICARDO, duque de Besford.

ROBERTO OVERBURY

GUILLERMO DRYDEN, favorito del lord canceller duque de Buckingham.

CHESTER, señor inglés.

SALFORD, señor inglés.

BURKER, señor inglés.

WILLIAMS, secretario del conde de Warwick.

Un criado del duque de Besford

Otro criado.

Un Ujier de la cámara del rey.

Un Gentil-hombre.

Señores y damas de la corte.

Criados del duque de Besford.

Soldados arcabuceros.

El primer acto pasa en el palacio de Windsor, en Londres.

ESCENA PRIMERA

El teatro representa una sala de Windsor; puertas en el fondo; a la izquierda la cámara del rey, a la derecha la de la reina.

SIDNEY, *sentado, con un billete en la mano*; WILLIAMS, *en pie delante de él.*

WIL. Se me ha respondido que el lord canceller sigue malo; sin embargo, no he podido verle.

SID. Bien está.

WIL. Tres días hace ya que no se ha presentado nadie de parte del rey a informarse de la salud del duque de Buckingham, y esta repentina indiferencia de Su Majestad ha chocado mucho en el palacio del lord canceller.

SID. ¿Qué importa?

WIL. Como la última entrevista del rey y de su excelencia fué muy acalorada, hay quien empieza a temer su caída, y no falta quien la atribuye al conde de Warwick.

SID. ¿A mí? Basta.

WIL. Para prevenir sin duda el golpe que le amaga, ha entrado el lord canciller en negociaciones con la reina.

SID. ¿Con la reina?

WIL. Cuando yo entraba en el palacio de Buckingham salía de él su primera dama lady Isabel Howard, viuda del lord tesorero, conde de Salisbury.

SID. ¿Lady Howard? ¿Es posible? Déjame.

WIL. ¿El señor conde asistirá al baile de la reina?

SID. No sé: sí: no me esperes hasta muy tarde. (*Williams sale por el fondo.*)

ESCENA II

SIDNEY

¡Isabel en el palacio del canciller! ¿Qué causa puede conducirla allí? ¿Y qué secreto puede tener que confiarme? (*Lee el billete que tiene en la mano.*) «No vayáis hoy a caza con el rey; antes de que vuelva Su Majestad vendré por la puerta secreta de la cámara de la reina.» Aun me parece que siento su mano trémula al deslizar este billete en la mía. ¡Mudar tan repentinamente Isabel que por espacio de un año entero no ha correspondido a mi amor sino con una reserva, una seriedad calculada!... ¡Ah, acaso soy injusto con ella! ¿No he visto yo mismo, siempre que desechaba mis obsequios, agolparse las lágrimas a sus ojos? Sí, ¡me ama! Sin embargo, ningún favor suyo puede justificar en mí esta esperanza lisonjera. Pero el tiempo se pasa; el rey no puede tardar en volver. ¡Ella es!

ESCENA III

SIDNEY; LA DUQUESA, *que entra por la puerta de la cámara de la reina, pálida y agitada.*

SID. ¿Qué he hecho yo para merecer tanta dicha, milady?

DUQ. Escuchadme, Sidney. Sin duda la amistad que profesáis a la reina, la que me profesáis a mí acaso, os ha obligado a intentar una prodigiosa competencia con Buckingham.

SID. Por vos, señora, ha sido, por vos sola. Sin vos, de buena gana abandonaría este título de favorito a cuantos le envidian. ¡Necios! Ignoran lo que es pasar la vida entera entre la intriga y la vil adulación de los cortesanos. ¡A eso llaman poder y felicidad! ¡Ah! Yo no conozco otra felicidad que la de merecer vuestro amor, ni otra ambición que la de agradaos.

DUQ. ¡Sidney! ¿Y si viniera yo a implorar ese mismo poder que tanto os pesa? ¿Si tuviera que pedir os un favor?

SID. ¿A mí? ¡Oh! ¡No abuséis de mi credulidad!

DUQ. Sí: vengo a implorar vuestra compasión. Sabed que esta mañana el duque de Besford ha tenido la desgracia de matar en duelo a sir Lexter, el sobrino de Buckingham. Bien sabéis cuán terribles son las leyes sobre los desafíos desde que se hicieron tan comunes en el reinado de Isabel; y sabéis que Buckingham es inexorable; vos lo podéis todo en el ánimo del rey; pedidle que se ahogue este asunto; pedidle prórrogas a lo menos para que Besford pueda huir y librarse de sus perseguidores; en fin, Sidney, ¡salvadle!

SID. ¿Es la reina, señora, quien toma un interés tan grande por el duque de Besford, o sois...? Perdonadme; pero esa turbación, ese dolor... mis temores son injustos sin duda alguna.

DUQ. Milord Sidney, vos poseéis mi amistad; pero mi corazón debe cerrarse para cualquier otro sentimiento: mi deber me lo prescribe.

SID. ¿Vuestro deber? Sois viuda, y yo os creía dueña

de vuestra mano. ¡Ah! No sois ingenua. Más hubiera valido confesarme que tenía un rival, y un rival preferido, que no fingir participar de unos sentimientos que no experimentáis.

DUQ. ¡Ah, conde, con cuánta dureza me echáis en cara el interés que os he manifestado! Ved aquí nuestra suerte, infelices mujeres; os apoderáis de una palabra, sorprendéis una mirada, dais tormento a nuestras ideas, interpretáis nuestros sentimientos, y después os creéis con derecho para reconvenirnos. Cuando estáis seguros de haber leído en nuestro corazón, cuando la menor conmoción nos vende, ¡oh! entonces os lisonjeáis de haber conquistado una declaración, en la cual suele no haber tenido parte alguna nuestra voluntad, sin dárseos mucho de que pueda ofender nuestra buena fama, sin averiguar siquiera si nos hemos hecho semejante confesión a nosotros mismos.

SID. ¿Consideráis como ultraje el ofrecimiento de mi mano?

DUQ. ¡Ah! Conde, ¿sabéis vos, por ventura, si la mía es libre?

SID. ¿Qué decís?

DUQ. ¿Sabéis si acaso soy yo culpable dando oídos a vuestras galanterías? ¿Sabéis si tiene por ventura el duque de Besford un derecho a todos mis pensamientos?

SID. ¿Derecho?... ¡Ah! sí... los juramentos que le habéis prestado...

DUQ. Son sagrados, conde; es mi esposo. Dos años hace ya que estamos casados en secreto.

SID. (*Abrumado.*) ¡Casada!

DUQ. Después de la muerte de milord Salisbury, yo me negué al principio a contraer nuevos esponsales, pero mi familia lo exigió y fué preciso ceder. El duque de Besford ha ocultado hasta el día esta boda por temor del canciller, que quería a todo trance casarme con su sobrino, ese mismo sir Lexter que ha perecido esta mañana en ese funesto duelo a manos de mi esposo.

SID. ¡Casada!

DUQ. Ahora bien, conde, ¿os admiráis todavía de mi dolor? ¿Os negaréis a servirme?

SID. No, milady, no. Una sola palabra ha destruído todas mis esperanzas; sin embargo, no temáis, yo sabré sofocar mi dolor dentro del pecho. Pero, ¿de qué manera puedo seros útil en este momento? Milord Ricardo, duque de Besford, acaba de ser arrestado.

DUQ. ¡Arrestado! ¡Ah! El canciller me lo ha ocultado. Al rehusarme la gracia que le pedí, ya sabría que no se le podía escapar su víctima. ¡No hay esperanza ya! ¡Dios mío!

SID. ¿No estoy yo aquí, milady? ¿No habéis contado conmigo? (*Se oye una trompeta venatoria.*) El rey entra en palacio; voy a arrojarme a sus pies. Dios me dará fuerza para ablandar su corazón. Pedirle la impunidad para el duque de Besford es lo mismo que pedirle la separación de Buckingham. Muchos lo han intentado que se creían como yo en vísperas de triunfar; todos lo han pagado con su cabeza. ¡Oh! no: esto no me espanta; os he sacrificado mi tranquilidad y mi bienestar; también os sabré sacrificar mi vida. ¿Qué me importa? Adiós, milady. (*Hace ademán de entrar en la cámara.*)

DUQ. Conde de Warwick, no os separéis de mí de esa manera; no me dejéis con la horrible idea de que yo puedo ser causa de vuestra perdición. Vuestras expresiones, vuestras miradas me agobian. ¿Qué queréis que os diga? Mi esposo es a quien pueden conducir a un cadalso; mi esposo: al pediros su perdón no hago sino cumplir con el más sagrado de todos los deberes.

SID. Sí, milady. ¿Quién osaría reconvenirnos? Además, ¿no es él quien ha tenido la dicha de agradaros?

DUQ. Sí, conde, sí.

SID. ¿No es él el que habéis preferido a los demás?

DUQ. (*Casi involuntariamente.*) Vos no estabais entonces en la corte.

SID. ¡Ah, milady, cuánta falta me hacía oír esa expresión!

DUQ. (*Con viveza.*) No he dicho nada que os autorice a pensar...

SID. ¡Oh, tranquilizaos! Vuestras palabras quedan

grabadas aquí, aquí, en mi corazón: nunca saldrán de aquí. Esperad en esta pieza. Adiós, milady. (*Entra en la cámara del rey.*)

ESCENA IV

LA DUQUESA

No he sabido guardar mi secreto, ¡desgraciada! ¿Me atreveré de aquí en adelante a ponerme en su presencia? ¡Ah! Su corazón es generoso, es noble, y no abusará de una confesión arrancada a mi flaqueza, y que jamás confirmaré con la menor lisonjera esperanza. Recibiré sus obsequios con más reserva y frialdad que nunca; huiré, si fuese preciso, de su presencia. ¡Infeliz! Morirá, morirá de pena. Me ama con toda su alma, y yo... ¡ah! ¡un amor como el suyo hubiera hecho la felicidad de toda mi vida! (*Escuchando junto a la cámara del rey.*) Nada oigo. ¿Triunfará? ¡Si su plan se malograra! Si se perdiera por mí... No sería la primera vez que Jacobo hubiese entregado a su canciller la cabeza de un favorito. ¡Ah! yo hubiera debido no exponer a nadie; hubiera debido arrojarme yo misma a los pies del rey. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Me ha parecido oír... no. ¡Y esa función, ese baile que debe tardar tan poco en empezar!

ESCENA V

LA DUQUESA; DRYDEN, SALFORD, *que entran por el fondo.*

DRY. (*A Salford.*) Muy temprano llegamos, Salford. ¡Ah! perdonad, hermosa lady, no os había visto. Estábamos muy lejos de creernos tan felices; pero supuesto que os hemos encontrado los primeros, podemos jactarnos con razón de ser los más felices de todos los gentlemens que han de asistir al baile de la reina.

SALF. Y eso que asistirá toda la nobleza de Inglate-

rra. Un baile en palacio es un acontecimiento, es casi un prodigio.

DUQ. En efecto.

DRY. Dicen que el rey asistirá en persona.

DUQ. No sé... sí... lo ha prometido.

SALF. Eso da cierto aire de alegría a esta pobre corte, tan triste desde que está al frente de los negocios el canciller.

DRY. Era preciso que enfermase todo un canciller para que nos divirtiésemos.

DUQ. (Nada oigo todavía, nada.)

SALF. Por San Jorge, creí que viniera el canciller a aguardar nuestros placeres, porque acabo de ver entrar en la cámara del rey a un oficial de sus guardias. Debe traer algún mensaje de importancia.

DUQ. (¡Cielos! ¡Todo se acabó!)

SALF. Felizmente nuestra presencia y esos preparativos nos tranquilizan. (*Se oye una campanilla tocada con violencia en la cámara del rey.*)

DUQ. Ha llamado.

DRY. ¿Parecéis estar indispuesta, milady?

SALF. En efecto; no habíamos notado hasta ahora esa agitación.

DUQ. No es nada; no es más que una ligera indisposición: el cansancio acaso producido por los preparativos de esta función. ¡Esta idea ha sido tan repentina! La reina no ha pensado más que en el placer del baile.

DRY. Y ha descansado en vos acerca de la ejecución.

DUQ. Cierto, cierto, eso ha sido; pero nada se olvidará, lo espero; desempeñaré mis funciones del mejor modo posible.

ESCENA VI

Dichos; UN UJIER, *saliendo de la cámara del rey.*

UJIER. (*Con una carta en la mano.*) A milady, condesa viuda de Salisbury, del rey. (*Entrega el pliego y sale.*)

DUQ. (*Abriendo precipitadamente el pliego.*) ¡El perdón! ¡Ah, Sidney! todo os lo debo a vos.)

DRY. (*Bajo a Salford.*) ¿Qué quiere decir eso? (*Alto.*)

¿Cómo, milady, os ausentáis en ese estado? Permittedme que llame a alguno.

DUQ. No, no: es inútil; me siento del todo buena ahora; del todo, os lo aseguro. Dentro de poco nos veremos en el baile; espero pareceros allí más amable. Caballero Dryden, cuento con vos para el primer minué. Adiós, señores, adiós, hasta luego.

ESCENA VII

Dichos, menos LA DUQUESA

DRY. ¿Qué os parece esta repentina mudanza?

SALF. A fe mía, lo mismo que os parece a vos. Alguna intriga se trama contra el canciller, y este baile tan inesperado tiene todas las trazas de una celebración de su caída.

DRY. Si llega a caer, no me costará trabajo adivinar quién cogerá las riendas del poder.

SALF. Mal trance sería ése para vos, a quien su excelencia acaba de nombrar capitán de sus guardias.

ESCENA VIII

CHESTER, DRYDEN, SALFORD, señores ingleses.

CHES. Buenos días, Dryden. ¿Qué se dice de nuevo en el palacio del canciller?

DRY. Nada de particular. Vos que sois un esgrimidor, Chester, podíais instruirme en los pormenores del duelo de esta mañana entre el duque de Besford y sir Lexter. Según parece, la cosa se hizo en regla, y Lexter se ha hecho con una soberbia estocada. ¿Ha muerto?

CHES. Poco menos; y su médico se ha encargado de concluir con él.

DRY. ¿Y Burleig, su padrino, no le ha vengado? Es un excelente tirador.

CHES. Burleig se las había con otro más fuerte que él, con el joven jurisculto Roberto Overbury, que de un botonazo le ha dejado muerto en el sitio. El partido de Besford ha llevado lo mejor. Ha sido un triunfo completo.

SALF. ¡El joven jurisculto Roberto Overbury! ¿Sabéis que es el diablo ese jurisculto? Apenas tiene bozo, y he aquí ya el tercer desafío que ha tenido en este mes.

CHES. ¿Qué queréis? Es un segundón de una buena casa. Le han obligado mal su grado a vestir la toga a sus años, y él se bate hasta que se la desgarran. Ha aprendido leyes para poder infringirlas todas. Pero justamente aquí viene en persona.

SALF. ¡Por San Jorge! ha perdido el juicio. ¿A quién diablos le ocurre venir a Windsor por la noche después de haber ayudado a matar al sobrino del canciller por la mañana?

ESCENA IX

CHESTER; OVERBURY, con la toga; DRYDEN, SALFORD y algunos señores.

OVERB. (*Entra cantando con alegría.*) Buenos días, Chester. ¡Qué buen mozo estáis hoy! ¿Y tu querida? ¿Tiene valor esa ingrata de no rendir todavía el corazón a esos bigotes tan diestramente rizados? ¡Diablo! si yo fuera mujer, no me resistiría dos minutos.

DRY. (*En voz baja.*) Mira lo que haces, legista. Me parece que pudiera no sentarte bien el aire de Windsor hoy. Aguarda siquiera hasta que Lexter esté restablecido, o un palmo bajo tierra: de otra manera el canciller...

OVERB. Dejadme en paz con vuestro eterno canciller; el canciller si uno habla, el canciller si se bate; ¡diantre de canciller! A lo menos en su ausencia y entre amigos dejadme que me vengue un poco de su tiranía y su...

ESCENA X.

CHESTER, OVERBURY, BURKER, que entra por el foro; DRYDEN, SALFORD, otros señores, y después SIDNEY, que sale de la cámara del rey.

BUR. ¡Gran noticia, señores! noticia positiva que será confirmada mañana. Buckingham ha caído.

TODOS. ¿Qué dices?

OVERB. (*Riendo.*) No nos engañes; eso sería delicioso.

DRY. He aquí a Sidney que sale de la cámara de Su Majestad. El puede decirnos... ¿Qué crédito debemos dar a las voces que corren, conde? ¿Es cierto que ha sido depuesto el primer ministro?

SID. Así dicen; yo, sin embargo, no tengo más datos positivos que los demás. (*Se sienta en un sillón cercano a la cámara del rey.*)

CHES. (*Bajo a los otros.*) Hace el discreto: la caída es indudable.

OVERB. (*Con el mayor atolondramiento.*) ¡Gracias a Dios! Ya nos vemos libres de ese maldito canciller. Por todos estilos nos estaba haciendo mal tercio. Figuraos que hace ya algunos días que estaba en relaciones con la mujer más linda de Londres.

CHES. ¿Hablas sin duda de la joven Ana Arundel? Te engañas, Overbury; porque no ha querido admitir las veinte mil libras que el canciller le ha ofrecido por medio de...

OVERB. No es ésa, no.

BUR. ¡Ah! ya, la sobrina misma del canciller.

OVERB. Nada.

DRY. (*A media voz.*) Este maldito no respeta a nadie; apostarí yo a que habla de la misma...

OVERB. Menos; no das en ello.

CHES. Al fin daremos.

BUR. ¡Ah! una del teatro.

SALF. ¿Pues quién es? (*Sidney se acerca por curiosidad.*)

DRY. Dejadle, por Dios; vais a ponerle en el caso de que diga algún disparate; ya le falta poco para...

OVERB. ¿Quieres callarte, Dryden? Vas a hacernos sospechar que se trata de tu mujer.

DRY. ¡Overbury! (*Chester le sosiega riéndose. Risa general.*)

OVERB. (*Todos le rodean.*) ¡Vaya! ¿me prometéis guardarme secreto? porque no quisiera comprometerla.

CHES. Sí. ¿Quién lo duda?

OVERB. ¡Pues bien! ¿Conocéis todos a la condesa viuda de Salisbury?

SID. (*Atraviesa rápidamente la escena y se dirige a Overbury.*) ¿La condesa viuda de Salisbury? ¿Estáis seguro, señor letrado? (*Todos se apartan.*)

OVERB. Muy seriamente lo tomáis, señor conde. Sin embargo, os puedo decir que hoy mismo la he visto entrar misteriosamente en el palacio del canceller.

SID. ¿Y no tenéis más pruebas que ésa para minar de esa manera su reputación? ¿Sabéis por ventura la causa que podía obligarla a ver a Buckingham?

OVERB. No tengo el honor de estar tan al corriente de sus negocios como el señor conde.

SID. Sabed, pues, que iba a pedir una gracia para uno de sus parientes.

OVERB. Sí, y de una manera muy propia para conseguir las, señor conde. (*Risa general.*)

SID. ¡Eso es ya demasiado! Puesto que aquí no hay nadie que se atreva a tomar la defensa de una mujer para vengar su reputación indignamente calumniada, yo seré, señor letrado, yo mismo quien os dirá en vuestra cara que mentís.

OVERB. A fe de caballero, señor conde, me daréis una satisfacción de este insulto.

SID. (*Echando mano a la espada.*) Ahora mismo.

OVERB. (*Apoderándose de la de Barker, que está a su lado.*) ¡Enhorabuena!

CHES. (*Pasando al lado de Sidney y apartando a todo el mundo.*) A un lado, señores, a un lado. Que vean lo que hacen. ¡Sitio!

DRY. (*Arrojándose en medio.*) ¿Qué hacéis aquí? ¿Dentro del palacio? ¿Casi en presencia del rey?

VARIOS SEÑORES. Deteneos. (*Los separan.*)

SID. Bien, pero mañana en James-Street a las seis.

OVERB. Donde gustéis, con tal que yo vea cruzadas nuestras espadas cinco minutos no más.

SID. Nos batiremos antes de salir el sol, señor letrado, para que no se eche a perder vuestra tez.

CRES. (*Bajo a Overb.*) Esto te enseñará a ser un tanto más circunspecto en tus habladurías. No sabe uno las más veces con quién habla.

BUR. (*Bajo a Overb.*) Esto te corregirá.

OVERB. (*Idem.*) ¿Dos a la vez para enseñarme una

virtud palaciega? Convenid conmigo en que esto ya es demasiado.

ESCENA XI

DRYDEN, SIDNEY, BESFORD, CHESTER, OVERBURY,
BURKER, Salford

(Durante toda esta escena y hasta el fin del acto se llenan los salones de personas de todos sexos, en traje de corte o enmascaradas. Algunas en sus trajes representan diosas del paganismo.)

BESF. (*Entra por el foro.*) Por fin os encuentro, conde.

TODOS. ¡Besford!

OVERB. ¿Cómo diantres te has compuesto para salir de tu cárcel?

BESF. Preguntádselo a mi libertador el conde de Warwick, que ha conseguido mi perdón. ¡Qué agradable sorpresa me habéis causado! En menos de una hora paso de un calabozo lóbrego y triste a una brillante función. No creía salir de él para ir a un baile; podéis contar con mi agradecimiento a todo trance; mi vida es vuestra; sólo temo no poderos pagar jamás lo que os debo. (*Salford sale por el foro.*)

DRY. Vamos, milores; las salas de Windsor se llenan de gente; tendremos comparsas preciosas: la reina y un gran número de señoras han adoptado trajes de las diosas de la mitología; el baile presentará una perspectiva encantadora.

SID. (*Solo.*) ¿Podía yo permitir que la ultrajasen? No; era un deber mío defenderla. El letrado Overbury pagará bien caras sus calumnias.

BESF. (*Que ha estado hablando con un grupo, dirigiéndose vivamente a Sidney.*) ¡Por San Jorge! ¿Qué acabo de saber, amigo mío? ¿Os batís mañana con Overbury? ¡Ah! me tendré por dichoso si llego a tiempo para serviros de segundo.

SID. Gracias, señor duque, gracias; Chester vendrá conmigo.

BESF. Necesitáis dos y no os ha de sobrar nada. Overbury es el rey de los esgrimidores; su osadía y su fortuna le han hecho célebre.

SID. No importa. El cielo se pondrá de mi parte.

BESF. Perdonad; no podéis sin ofenderme rehusar mis servicios; os debo la vida. ¿No he recurrido yo también a vos? Sé la deuda que he contraído; permitidme que empiece a pagárosla. Overbury, mañana voy con el conde de Warwick.

OVERB. Como gustes, Besford. Ya sabes cómo te he servido esta mañana; sin duda te has cansado de vencer. (*Habla con Burker y otro señor.*)

BESF. Eso es lo que hemos de ver mañana, señor jurisconsulto. Chester, contadme la ocasión de este desafío.

(Se oye no muy cerca la música de los salones, que no cesa de tocar hasta el fin del acto.)

ESCENA XII

DRYDEN, SIDNEY, LA DUQUESA, BESFORD, CHESTER,
OVERBURY, BURKER

DUQ. (*Entra por el foro.*) ¿Qué hacéis? milores, ya ha empezado el baile. ¿Es posible, Dryden, que tenga yo que venir a buscaros?

SID. (*Bajo á la duquesa.*) ¿Os he cumplido mi palabra, milady?

ESCENA XIII

SIDNEY, DRYDEN, LA DUQUESA, Salford, BESFORD,
CHESTER, OVERBURY, BURKER

Salf. Burker tenía razón, milores. La caída del lord canciller ya no es un misterio; la reina acaba de anunciarlo en alta voz.

UN GRUPO DE CORTESANOS. ¡Viva el rey!

DRY. ¡Adiós mi capitán!

BESF. Por Dios, que estoy en el día más feliz de mi vida, supuesto que ya nos vemos libres de ese maldito Buckingham; permitid, milores, que os presente a la duquesa de Besford. (*Movimiento de sorpresa.*)

OVERB. ¿Qué dices? ¿tu mujer?

BESF. Hace dos años, Overbury; esto es lo que tú no habías adivinado.

OVERB. En verdad que no; te felicito sinceramente.
(*A Chester y a los demás.*) Ahora tiene esto más gracia.

BESF. (*Acercándose a Sidney.*) Mañana, ¿a qué hora?

SID. Pero... permitidme, Besford, que no os exponga a...

BESF. ¡Silencio! mi mujer nos escucha; está loca por mí, y si llegase a sospechar la menor...

CHES. (*Bajo a Overbury y a los demás.*) ¡Y yo que iba a contarle al marido la causa del desafío! Está visto que aquí no se puede hablar sin hacer un disparate.

ESCENA XIV

Dichos; UN GENTILHOMBRE, saliendo de la cámara del rey.

GENTIL. El rey llama a su gran canciller y primer ministro el señor conde de Warwick. (*Sorpresa y silencio general.*)

DRY. (*A Salford.*) Nos equivocamos en todos nuestros cálculos. ¿Quién hubiera dicho que Sidney...? (*Alto.*) Milord, os felicito cordialmente al ver recompensado vuestro mérito.

(Todos se inclinan. Besford y Chester aprietan amistosamente la mano de Sidney; los demás le rodean felicitándole.)

OVERB. (*Con desenfado.*) ¡Por San Jorge! mañana sabremos si un trozo de pergamino y el título de excelencia bastan a desviar la punta de una espada.

SID. (*A Overbury, a quien no ha perdido de vista.*) Mi nueva posición en nada altera nuestros asuntos; y como os veríais obligado a salir de Inglaterra en el caso de que la suerte os fuese propicia, os enviaré esta noche un salvoconducto.

OVERB. (*Saludándole.*) Viva vuestra excelencia persuadido de que haré cuanto de mí dependa para poder aprovecharme de él.

(Se oye más fuerte la música. Sidney se detiene un instante a la entrada de la cámara del rey para echar una ojeada a Overbury y a la duquesa. Todos hacen ademán de salir hacia los salones del baile. Cae el telón.)

ACTO SEGUNDO

El teatro representa una sala de casa de Sidney; a la izquierda una puerta que conduce a un gabinete-armería, en cuya entrada se ven trofeos. En el fondo una péndola gótica; a la izquierda una ventana ancha que permite ver la fachada del palacio de Windsor iluminada; a la derecha una puerta que conduce afuera.

ESCENA PRIMERA

WILLIAMS, en el fondo; SIDNEY, ocupado en escribir; sobre la mesa hay dos bujías encendidas. El reloj da las cinco.

SID. ¡Las cinco! Ya empieza a amanecer. (*Saca una caja del pecho, besa repetidas veces lo que contiene y la ata a una carta que acaba de cerrar.*) ¡Williams!

WIL. ¿Señor?

SID. (*Señalando una carta que coge de sobre la mesa.*) Esta carta es para mi madre. (*Señalando el paquete.*) Esto para una persona cuyo nombre no pronunciarás jamás, para la duquesa de Besford. Aquí lo dejo todo. (*Abre un cajón en la pared a la izquierda del espectador.*) Me llevo la llave. Si no vuelvo esta noche descerrajará este cajón y darás a cada cosa la dirección que te he indicado; pero las darás sólo a las personas que he dicho, sólo a ellas.

WIL. Sí, señor.

SID. ¡Ah! se me olvidaba ya el salvoconducto del letrado Overbury. (*Firma un papel y lo mete en su bolsillo.*) Harás ensillar inmediatamente el mejor de mis caballos; te encargo sobre todo que se haga sin meter ruido; podrías despertar a mi madre.

WIL. Todas vuestras órdenes serán puntualmente ejecutadas.

SID. ¡Ah! dejarás también abierta la puerta grande, porque voy a salir.

WIL. ¿Solo, señor?

SID. Solo.

WIL. De buena gana os pediría permiso para acompañaros. El señor conde conoce mi discreción, y acaso necesitará alguien...

SID. No, Williams; te agradezco tu celo. Estás conmovido. ¡Bah! ¿Es ésta la primera vez que me ves salir a estas horas? Vaya, anda. ¡Pobre Williams! (*Desciñe su espada y la pone sobre la mesa.*)

ESCENA II

SIDNEY

El baile continúa. Celebran la caída de Buckingham como celebrarían la mía. Allí está, pensando en mí tal vez, porque ahora ya no puedo dudar de su amor. La hora se acerca (*Saca del gabinete unas pistolas y las pone sobre la mesa*), y he prometido a Chester irle a buscar a su casa. Allí estará Besford sin duda; por más que he hecho me ha sido imposible hacerle desistir. Ayer aun hubiera dado toda mi sangre por oír un *si*... ¿por qué razón no soy ya completamente feliz? ¡Ah! existe entre ella y entre mí un obstáculo en que se estrellan a la vez todas mis esperanzas. Dice que me ama; pero pertenece toda a su marido. Sí; la ha comprado: su cuerpo es suyo, y su alma también. Sus encantos, su amor, todo se lo ha vendido a Besford su familia. ¡Una boda por razón de estado! Y ella quiere llevar al extremo ese vil contrato. ¡Delirio! ¡Ah! ¿Cumple nuestra vida jamás lo que una vez prometió? Entramos en el mundo henchidos de esperanza: nos arrojamus llenos de alegría hacia un porvenir risueño; pero cada día que pasa se borra una ilusión, huye un placer ilusorio, se presenta en su lugar una horrible realidad, y a los veinticinco años, en la flor de nuestra vida, nos hallamos solos, aislados, desengañados y abrasados por una sed devoradora de felicidad que no se ha de satisfacer jamás. (*Llama suavemente a la puerta del fondo.*) ¿Quién llama?

ESCENA III

SIDNEY; OVERBURY, *asomando la cabeza.*

OVERB. Soy yo, excelentísimo señor. (*Entra con una espada ceñida y dos pistolas en el cinto.*)

SID. ¿Qué significa esto, sir Overbury? (*Señalando al reloj.*) Son las cinco y cuarto, ya lo veis, y vuestra cita es a las seis. ¿Dudáis por ventura de mi exactitud?

OVERB. No ignoro vuestra reputación, señor conde. Sé muy bien que a las seis en punto os hubiera encontrado en el sitio designado con la pistola o la espada en la mano, dispuesto a escarmentar todas mis extravagancias.

SID. En ese caso, ¿qué objeto tiene esta visita? Nos faltan todavía tres cuartos de hora.

OVERB. Esa es precisamente la causa de mi venida.

SID. Explicaos.

OVERB. Transcurrido ese tiempo no podré consagraros ni un segundo.

SID. ¿Por qué?

OVERB. Porque a las seis tengo otro asunto tan importante como éste, al cual no me es posible dar cumplimiento en el mismo sitio, y no encuentro medio alguno de estar a una misma hora en dos puntos distantes.

SID. ¿Cómo? ¿otra cita?

OVERB. Precisamente.

SID. Tranquilizaos. Es probable que tengáis que faltar a la una o a la otra.

OVERB. (*Riéndose.*) Tengo más confianza en mí que el señor conde, y por esto quisiera conciliarlo todo.

SID. (*Con impaciencia.*) Sir Overbury, haceos cargo de que yo he sido el que os he provocado; la otra persona esperará.

OVERB. No hubiera vacilado para proponérselo si me las hubiese con una simple mortal (ya veis que es una cita amorosa), pero precisamente es una divinidad del olimpo: la he dirigido mis oraciones, he sido escuchado, y una diosa, por pequeña que sea, no es mujer que aguarde. Y ésta sobre todo: la

blanca Diana que brillaba esta noche deliciosa en medio de un enjambre de ninfas...

SID. No os pregunto quién es.

OVERB. Me es indiferente: además de que mañana lo sabrá toda la corte.

SID. Lo sentiré por vos, sir Overbury; pero, ¿y si yo no quisiese variar la hora de nuestro desafío?

OVERB. Tendría paciencia, señor conde; pero confesadme que eso sería una crueldad. En igual caso yo no me negaría a prestaros este pequeño servicio.

SID. Enhorabuena. Vamos, pues.

OVERB. No esperaba yo menos de vuestra generosidad.

SID. (*Dándole un papel.*) Tomad vuestro salvoconducto.

OVERB. (*Leyéndole.*) Si vuestra excelencia tuviese la bondad de poner dos nombres. Porque, ¿quién sabe si mi diosa querrá endulzar el rigor de mi destierro? y como es casada...

SID. Eso es cuenta vuestra. (*Señalando las pistolas y la espada de Overbury.*) ¿Son necesarios todos esos preparativos?

OVERB. Esto quiere decir que podéis elegir armas.

SID. Os cedo la elección.

OVERB. ¡Oh! a mí me es indiferente.

SID. Mejor; entonces a caballo.

OVERB. A caballo.

SID. Con espada y con pistola.

OVERB. Tengo ambas cosas.

SID. Hasta que quede uno de los dos en el campo.

OVERB. ¿Eh?

SID. ¿Este desafío os asombra, sir Overbury?

OVERB. No le propongo nunca, pero lo acepto siempre.

SID. Vamos.

ESCENA IV

WILLIAMS, SIDNEY, OVERBURY

WIL. (*Bajo a Sidney.*) Una enmascarada quiere hablar indispensablemente a vuestra excelencia.

SID. ¡Una señora!

OVERB. ¿Señor conde?

SID. Un momento, sir Overbury.

ESCENA V

Dichos, LA DUQUESA

(Trae un gran dominó de raso negro y la máscara puesta; al ver a Overbury hace ademán de salir.)

OVERB. (*Ocultando sus armas con su ropilla.*) ¡Ah, señora! yo soy quien debo salir. (*A Sidney, sonriéndose y a media voz.*) Sois más feliz que yo, señor conde; a mí me toca sacrificarme; es muy justo. No insisto: sed dichoso vos ahora, yo lo seré después.

ESCENA VI

SIDNEY, LA DUQUESA

DUQ. (*Arrojando su careta.*) Soy yo.

SID. ¡Vos, señora! ¡Ah! si esto es un sueño, no me despertéis jamás. No me robéis mi felicidad.

DUQ. Insensato, ¿habláis de felicidad, y no veis la muerte delante de vuestros ojos?... Huíd. Buckingham ha recobrado todo su favor.

SID. ¡Buckingham! Es imposible; he vuelto a ver a Su Majestad durante el baile, y el recibimiento que me ha hecho...

DUQ. ¿Y no conocéis a Jacobo I? ¿Yo soy quien he de recordaros las causas que existen para hacer imposible una caída completa de Buckingham? ¿Creéis que le costaría tanto sacrificar a su antiguo privado la cabeza de un favorito de dos horas, con tal que tuviese el menor viso de justicia? ¿Imagináis por ventura que puede faltar un pretexto?

SID. ¡Oh! eso sería una ingratitud.

DUQ. Creedme. Al saber su desgracia, el canciller se ha hecho llevar a Windsor; ha esperado al rey en su gabinete. El rey le ha visto, le ha hablado, y ha cedido; ha temido sin duda.

SID. ¡Buckingham! ¡Buckingham!

DUQ. Este suceso es un misterio todavía; nadie lo sospecha en la corte: sólo la reina ha podido sa-

berlo en el acto. Me ha llamado aparte; todo me lo ha contado: he recorrido todas las salas, os he buscado, he preguntado por Chester, vuestro amigo, para que os avisase: a nadie he encontrado; los dos habéis desaparecido. No sabiendo entonces de quién fiarme, y temiendo dar con un enemigo vuestro, he cogido precipitadamente en el cuarto de la reina este dominó y esta careta, y lo he abandonado todo por salvaros.

SID. ¡Oh Isabel, sois un ángel! Pero nada tengo que temer. Mi ministerio de dos horas no ha hecho daño a nadie, y puede haber hecho mucho bien a alguna persona.

DUQ. Sí; pero el canciller os acusa de traición contra el estado, y a sus instancias acaso os acusará también mañana el parlamento. Ha hecho creer al rey que estáis complicado en la conjuración que tiende a poner la corona de Inglaterra en la cabeza de Arabella Estuardo, su prima.

SID. Es una infame calumnia: tendrá que presentar pruebas.

DUQ. ¿Pruebas? ¿Creéis que no sabrá inventarlas? ¿Ignoráis su facundia? El rey lo ha creído, y en este caso no ha podido menos de obrar como rey justo. En fin, ¿no me habéis comprendido? Buckingham os acusa y pide vuestra cabeza. Y la obtendrá, vos lo sabéis mejor que nadie, la obtendrá si no la salváis.

SID. ¡En buen hora! Que envíe por ella.

DUQ. ¡Oh! ¿Qué decís? No será ésta vuestra resolución, no; lo decís sólo para atormentarme, porque yo soy quien os he precipitado en este abismo; vos no queríais dejarme este eterno remordimiento: ¿es verdad que no, Sidney? No; eso sería horroroso. Nunca he deseado el mal para vos. ¡Oh Sidney, vos no habréis pensado bien lo que habéis dicho!

SID. ¡Isabel!

DUQ. No, no lo habéis pensado bien. Una carroza os aguarda abajo, y la reina ha despachado delante postillones para auxiliar vuestra fuga.

SID. (*Mirando el reloj.*) ¡Enhorabuena! que parta el carruaje, y que me espere en la puerta de Market. Dentro de una hora le alcanzaré.

DUQ. ¡Dentro de una hora! ¿Y por qué esta dilación? Dentro de una hora ya no será tiempo. Va a amanecer, y al salir el sol ya os habrán preso. Partid inmediatamente o sois perdido.

BESF. (*Entre bastidores.*) ¡Sidney! ¡eh! ¡Sidney! (*La duquesa se detiene aterrada.*) ¿Dónde diablos estáis?

DUQ. ¡Mi esposo!

SID. ¡Besford! ¿Dónde os ocultaré? Allí, en el gabinete, en mi armería... Venid, no temáis nada.

(Coge del brazo a la duquesa, que ha quedado inmóvil, acometida de un temblor convulsivo, y la empuja dentro del gabinete.)

ESCENA VII

SIDNEY, BESFORD

BESF. Apostaría cualquier cosa a que está durmiendo... ¡Ah! me he llevado chasco.

SID. Milord duque, me parece que no era el sitio designado...

BESF. ¿Para reunirnos, no es verdad? Cierto: perdonadme mi impaciencia: he querido probar mi exactitud. Me tenéis a vuestras órdenes; éste es el día más feliz de mi vida, pues voy a emplear mi espada en servicio vuestro.

SID. Hablad más bajo, os lo ruego; más bajo. (*Besford le mira asombrado.*) La habitación de mi madre está inmediata, y pudiera oírnos.

BESF. (*Bajando la voz.*) Tenéis razón: ¡pobre condesa! respetemos su sueño; todas las precauciones serán pocas. Lo mismo me sucede a mí con mi mujer; ¡si supierais cuánto trabajo me ha costado callarle todo este asunto! Felizmente me he salido del baile muy temprano y sin que ella lo echase de ver. Por otra parte pasará regularmente toda la noche con la reina; es imposible que conciba la menor sospecha. ¡Qué noche tan deliciosa! Vos erais allí el héroe, señor conde; vuestro nombre andaba resonando de boca en boca; todos querían veros y felicitaros. Vuestro reinado ha empezado con una brillante función.

SID. Pronto pudiera acabarse.

BESF. ¡No lo quiera Dios! ¡oh! será largo, porque estáis muy querido, sois generalmente bien quisto, y vuestro poder no engendrará envidiosos.

SID. (*Cuya impaciencia y turbación se aumentan por grados.*) Perdonadme, milord; tengo todavía que tomar algunas disposiciones.

BESF. Sí, sí; os ruego que no os incomodéis por mí de ninguna manera; haced cuenta que no estoy aquí. (*Sidney, viendo que no se va, se sienta a la mesa y hace como que escribe; Besford se sienta. Momento de silencio.*) A propósito, ¿qué arma elegís?

SID. Si os parece nos batiremos a caballo con pistola y espada.

BESF. (*Levantándose.*) De muy buena gana; esô es más animado y más divertido; es casi una carga de caballería. (*Llega a la mesa y examina las armas de Sidney.*) ¡Lléveme el diablo! ésta es una espada de baile. El menor golpe de una mano medianamente ejercitada la hará pedazos; casi va a saltar entre mis manos. ¡Oh! tenéis veinte mejores en vuestra armería. (*Se dirige hacia el gabinete.*)

SID. (*Con viveza.*) Esta me acomoda más; es más ligera. Marchemos, os lo ruego; he concluído.

BESF. ¡Por mi alma! no permitiré en manera alguna que os esponzáis con una arma de esta especie. Es un deber mío el... (*Da un paso hacia el gabinete.*)

SID. (*Deteniéndole.*) Deteneos, milord duque; se pasa la hora; es preciso partir.

BESF. (*Reparando en la careta que está en el suelo.*) ¡Ah! Esto es otra cosa. ¡Diantre! no había yo visto. (*Sonriéndose.*) Sí, sí, efectivamente; esta espada es muy buena... Además, Chester nos prestará otra; subiré al paso a su casa (*Recoge la careta con un bastón*) y la escogeré. (*Se prueba la careta.*) Muy incómodo debéis estar aquí dentro; es muy pequeña. (*Examinándola.*) Me parece haberos visto antes, señora careta, bailando en la comparsa de la reina. (*Levantando la voz y mirando hacia el gabinete.*) ¿No ibais con un vestido de color de violeta, con guarniciones de color de naranja? (*Sidney le hace una seña con la mano.*)

Sí... hablemos bajo, vuestra madre pudiera oírnos.
SID. Vamos, duque, vamos.

BESF. A la verdad, ¡soy el hombre más indiscreto y más torpe!... ¡entrar a las cinco de la mañana en vuestra habitación sin anunciarme antes! ¡Qué enojado debéis de estar conmigo! Voy a esperaros en la puerta de la ciudad; Overbury será también exacto sin duda; de paso me reuniré con Chester, nuestro testigo. (*Volviendo.*) ¡Ah! dos palabras nada más. ¿Es ésta la primera vez que viene aquí?

SID. ¡Oh! os lo juro por mi honor, la primera.

BESF. ¡Santo Dios! ¿qué he hecho yo? no tengo disculpa. Os pido mil perdones, mil: me retiro; quedaos; no salgáis; quedaos aquí, señor conde.

ESCENA VIII

LA DUQUESA, SIDNEY

SID. He creído que moríamos aquí los tres. (*Echa el cerrojo de la puerta del foro y corre hacia la del gabinete.*) Venid, Isabel, venid. ¿No me oís? ¡Isabel! (*La lleva a un sillón y la sienta.*) Volved en vos, nada tenéis ya que temer.

DUQ. No, ya no tengo nada que temer, ¿no es verdad? ¡Ah! otro golpe como éste y soy muerta. Ahora estoy salva ya, ¡salva enteramente! ¡Dios mío! (*Llora.*)

SID. Por Dios, tranquilizaos.

DUQ. Sí; es preciso que yo me marche al momento.
SID. ¿Y podéis marcharos en el estado en que os veo? Esperad aún algunos minutos más.

DUQ. ¿Esperad decís? ¿Y si volviese? ¿Sabéis que no me volvería a esconder? No; no me escondería. No le pondría yo misma en ridículo segunda vez; no atraería el desprecio sobre su cabeza; mejor querría que me matase. ¡Besford! ¡ese hombre tan noble, tan generoso, tan lleno de pundonor! Se chanceaba él mismo con su propia deshonra; se ha marchado riéndose delante de una mujer cuya presencia no ignoraba; ¡y esta mujer

es la suya! ¡esta mujer lo oía todo, y no ha muerto de vergüenza o de desesperación!

SID. ¡Isabel!

DUQ. Todo lo he oído, ¡os lo repito! el motivo de su visita, y el que le ha obligado a salirse.

SID. ¡Pues bien! maldecidme a mí; yo soy quien os he deshonrado a vuestros propios ojos, y en tretanto vos estabais pura y no habéis dejado de serlo; pero mi amor es fatal y lleva consigo dondequiera el dolor y los remordimientos. ¡Cuán desgraciado soy yo! Yo, que hubiera dado mi vida por ahorraros un sentimiento, y que os entrego a la desesperación; yo, por quien lo habéis arrostrado todo, y que no puedo dejaros siquiera el consuelo de haberme salvado.

DUQ. ¿Y por qué me habéis de negar hasta ese dulce consuelo?

SID. ¿Estará en mi mano concedéroslo dentro de una hora?

DUQ. (*Levantándose.*) Tenéis razón; ese desafío, ese... debéis asistir a él, y si os libráis de vuestro adversario no os libraréis del vulgo. ¿Pero qué os importa? no dejáis muriendo ningún pesar, ninguna memoria...

SID. ¡Isabel! Basta, yo sólo suplico: ved que bien he menester todo mi valor.

DUQ. ¿Y yo no le necesito?

SID. (*Mirando el reloj.*) ¡Ah! se ha pasado ya la hora.

DUQ. (*Deteniéndole.*) Un instante todavía. ¡Dios mío! Un instante nada más.

SID. No, no; me es imposible: no me detengáis.

DUQ. ¿Queréis, pues, morir?

SID. El cielo decidirá de mi suerte. (*Se arroja hacia la puerta.*)

DUQ. (*Deteniéndole.*) ¡Sidney! ¡por vuestro amor, por el mío, por el mío, conde!...

SID. ¿Y seré yo digno de ese amor si me quedo aquí más tiempo?

DUQ. Ya ha pasado la hora; vos lo acabáis de decir; ya ha pasado.

SID. Sí, y cada segundo que marca nuevamente aquel minuterero se lleva consigo un pedazo de mi honor. Venid, salgamos.

DUQ. ¡Salir! No; yo me quedo aquí. (*Cogiendo el sillón.*) Aquí mismo, ¿lo oís? No penséis en llevarme; yo también quiero perderme, sí. Cuando vengán los emisarios de Buckingham a buscaros... ¡mejor! Le podrán contar al canciller que han encontrado a la duquesa de Besford en la habitación del conde de Warwick. Idos, conde; marchad; ya no os detengo. (*Se sienta.*)

SID. ¡Vos me hacéis temblar! Escuchadme, Isabel; bien lo sabéis; nosotros los hombres tenemos deberes que no podemos olvidar sin arrostrar el oprobio. Una cita de esta especie es sagrada; he insultado a mi adversario, y le debo dar una satisfacción, aunque el habérsela de dar me costara llevar mi cabeza a un cadalso.

DUQ. (*Levantándose.*) No huiréis de vuestro adversario, huiréis del anatema de Buckingham. ¡Dios mío! en los sucesos ordinarios de la vida nunca os obligaría yo a eludir un combate que el honor exige; gemiría en silencio: ¿pero ahora? ahora es el cadalso, el cadalso, ¿me entendéis? Decidme cómo queréis que os hable. Decidme qué palabras podrán conmover vuestro corazón; decidme qué objetos os son más caros. ¿Mi amor? ¡Ah! no: no puede nada con vos; no es eso... ¿Vuestra madre? Sí; vuestra madre, a quien tanto amáis, que oirá su nombre mancillado, que morirá de dolor... ¿No? ¿Tampoco basta? ¡Ah! ya no sé qué deciros yo; no lo sé, ni sé qué ruegos emplear; mi alma se cansa, y no me quedan fuerzas sino para llorar y para echarme a vuestros pies.

SID. Dejadme, por Dios, dejadme.

DUQ. No lo esperéis, Enrique. No, conde, no.

SID. ¡Ah! ¿vos no queríais deshonrarme?...

DUQ. (*Levantándose.*) ¿Y si me deshonrase yo contigo?...

SID. ¡Isabel!

DUQ. ¿Y si participase yo contigo de tu oprobio? ¿si partiese yo también?

SID. Calla, Isabel; ¡calla por piedad!

DUQ. Partamos, sí; partamos al instante. Ya nada me debiene. Dentro de algunas horas estaremos lejos de Inglaterra, lejos de Buckingham, y lejos, en fin, de todos. Estaremos solos en el mundo nos-

otros dos. ¿Comprendes bien toda nuestra felicidad? ¡Oh, una vida entera llena toda de amor y de ventura, el paraíso en la tierra! Partamos.

SID. ¡Desdichado! soy perdido si te escucho.

DUQ. No puedes negármelo, no; no puedes negármelo, ¿lo ves? ¿Y qué es tu sacrificio comparado con el mío? Yo no tendré disculpa; yo abandono a un esposo que me ama, yo atropello todos mis deberes... (*Sidney la estrecha contra su corazón.*)

¡Oh! sí, Enrique, sí; rodéame con tus brazos, ocúltame a las miradas de todos, porque estoy envilecida, porque estoy infamada.

SID. No hables así, Isabel, tú que todo me lo sacrificas, tú que eres mía de aquí en adelante.

DUQ. Sí, tuya, toda tuya, enteramente tuya.

SID. ¿Y qué nos importa el mundo ahora? Ya es mía para toda la vida.

(*La estrecha a su pecho y la llena de besos las manos y la frente. Se oye ruido. Dan golpes a la puerta.*)

DUQ. (*Con el mayor espanto.*) ¡Ah! son los soldados de Buckingham que vienen a prenderte.

SID. No me prenderán vivo.

CHES. (*De afuera.*) ¡Sidney! ¡Sidney! abre.

SID. Es la voz de Chester.

CHES. (*Sacudiendo la puerta violentamente.*) Abre, ¡por San Jorge! (*La puerta cede y entra. La duquesa se cubre el rostro con entrambas manos.*) ¿Has perdido el juicio? Besford acaba de partir para batirse en tu lugar.

SID. ¡Maldición sobre mí! (*Se arroja sobre sus armas.*) ¡Y yo entretanto le deshonoraba!

(*Arrastra consigo a Chester; la duquesa cae desmayada en un sitial.*)

ACTO TERCERO

Salón del piso bajo de la casa de Besford. A la derecha y en primer término una puerta, y en segundo término un reloj. Otra puerta a la izquierda que conduce a las habitaciones de la duquesa; otra en el foro, al lado de unas grandes vidrieras que dan al patio de la casa. A la izquierda una mesa entre dos grandes sillones.

ESCENA PRIMERA

BURKER, *en pie detrás de la mesa*; BESFORD, *sentado en un sillón*; dos criados *detrás de él*; LA DUQUESA, *sentada en el fondo al otro lado del teatro.*

BESF. (*Con el brazo vendado, a Burker.*) Me ha faltado un pie, me he resbalado, y Overbury ha vendido (*A media voz*); pero decidle que nos volveremos a ver.

BUR. (*Dejando dos pistolas sobre la mesa.*) Corro a decirle inmediatamente que por dicha vuestra herida no ha sido de peligro.

BESF. (*A los criados.*) Gracias, amigos míos, gracias; ya no os necesito: idos.

ESCENA II

BESFORD, LA DUQUESA

BESF. (*A la duquesa, que ha permanecido inmóvil con la cabeza sostenida en las manos.*) ¡Isabel! perdonadme que os haya hecho un misterio de todo esto. Jamás hubierais sabido una palabra a no ser por esta maldita herida. ¿Aun estáis enojada conmigo? Ya veo que será preciso pedirnos seriamente mi perdón.

DUQ. (*Levantándose y llegando a él.*) ¡Milord!

BESF. ¡Querida mía! no es más que un arañazo, nada más. Ni sé cómo he podido ponerme tan malo por tan poca cosa; apenas siento ahora mi herida. Ya veis que no me impide estrecharos en mis

brazos. ¿Os apartáis? Cierto que es mucha crueldad ahora que ya os he confesado mis yerros. Si ha habido algún riesgo, ya estoy fuera de él, y hoy no tengo que temer sentencia alguna.

DUQ. ¡Ah! no; el rey firmó vuestro perdón. Hoy ya no sería tiempo de pedirle.

BESF. ¿Pues cómo?

DUQ. Buckingham se ha vuelto a apoderar del poder.

BESF. ¿Quién os lo ha dicho?

DUQ. La reina.

BESF. ¡Otra vez desvanecidas nuestras esperanzas!...

Pero... entonces el pobre Sidney es perdido; apenas tiene tiempo para escaparse y librarse de las pesquisas de Buckingham. (*Se levanta.*) Es preciso enviar un criado a su casa; que lo busquen dondequiera que esté: si llega a poner los pies en su casa de Windsor es hombre muerto.

VOCES EN EL PATIO. ¡Eh! paradle... deteneos...

BESF. (*Acercándose a la vidriera.*) ¿Qué ruido es ése? Un caballo acaba de dejarse caer en el patio; está cubierto de polvo y de espuma... no veo su jinete.

ESCENA III

BESFORD; SIDNEY, cubierto de polvo, en el mayor desorden, arrojándose dentro de la habitación; LA DUQUESA.

SID. ¡Ya era tarde! (*A Besford.*) ¡Ah, Besford, Besford, si me hubieras esperado!

BESF. (*Alargándole la mano.*) ¿Qué queréis? para hacer tiempo... (*A Sidney, que repara en su brazo.*) No es nada.

SID. Overbury ha pagado cara esa herida.

BESF. ¿Le habéis muerto?

SID. No, pero tendrá que hacer cama algunos meses.

BESF. ¡Ah, pobre togado! mucho lo siento: le estimo, le quiero. Mas pensemos en vos. ¡Cuán dichoso soy volviéndoos a ver, amigo mío! Temía que hubieseis vuelto a vuestra casa; ignoráis sin duda cuanto pasa.

SID. No, acabo de saberlo en este momento.

BESF. ¿Y qué? Ya no estáis seguro en Inglaterra;

vais a partir. Os salvaremos, a lo menos así lo espero: esperadme algunos minutos.

SID. ¿Qué hacéis, milord? ¿Y vuestra herida?

BESF. ¡Eh! bagatela. En este momento no pienso más que en vos. Os dejo con la duquesa.

DUQ. Milord, permitidme que me retire: ¡estoy tan mala!

BESF. Esperad un momento siquiera; haced compañía al conde, os lo ruego: un instante no más. ¡Por mí!

ESCENA IV

SIDNEY, LA DUQUESA

DUQ. (*Después de un largo silencio.*) ¡Qué tormento, Dios mío!

SID. (*Sin mirar a la duquesa y con la mayor reserva.*) ¡Cuánto he temblado por vos, milady! ¿Pudisteis salir sin ser vista?

DUQ. (*Del mismo modo.*) Sí, conde, sí.

SID. (*Después de otra pausa.*) ¡Cuánto he sufrido en estas dos horas!

DUQ. (*Casi fuera de sí.*) ¡Y yo, Dios mío, y yo!

SID. Si hubiera sido más peligrosa la herida de Besford, no me hubierais vuelto a ver jamás.

DUQ. Lo creo, señor conde.

SID. Perdonadme si he venido hasta aquí para informarme de la verdad. Ahora que ya no corre riesgo alguno, que yo no tiemblo por nadie, me alejo sin quejarme, sin vacilar, y sólo me llevo conmigo la memoria de este momento.

ESCENA V

SIDNEY, UN CRIADO, LA DUQUESA

CRIADO. Un hombre que no quiere decir quién es desea hablar a mi señora la duquesa.

DUQ. (*Con viveza.*) Que entre.

SID. Me retiro. Adiós, milady.

ESCENA VI

SIDNEY, WILLIAMS, LA DUQUESA

SID. Williams, ¿eres tú?

WIL. ¿Vos aquí, señor conde? A lo menos podéis salvaros todavía. ¿Lo sabíais, pues, todo?

SID. Sí; pero a mí es a quien debes entregar ya el depósito que te he confiado. Perdonad, milady; es una carta inútil ya en este momento. Dámela.

WIL. No está ya en mi poder, señor conde.

SID. ¿Qué dices?

WIL. Precisamente os suponía yo informado de esto. Una hora hace que una compañía de arcabuceros ha invadido vuestra casa. Os han buscado por todas partes. Han cogido todos vuestros papeles, todos; ahora paran en manos del lord canciller. Ni uno solo he podido salvar. Sólo venía aquí a saber vuestro paradero.

SID. ¡Todo se concluyó! En vano he pugnado por eludir mi destino.

WIL. Pero, señor conde...

SID. Déjame, sal; marcha te digo.

ESCENA VII

SIDNEY, LA DUQUESA. (*El reloj marca las siete.*)

DUQ. Conde, ¿qué carta es esa de que habláis?

SID. (*Desesperado.*) ¿Esa carta? La escribí esta mañana antes de ir a ese desafío; era para vos.

DUQ. ¿Para mí? ¿Y qué decía? ¡Dios mío!

SID. Hablaba de mi amor, del vuestro; contenía confesiones que pueden perderos.

DUQ. ¿Qué decís?

SID. Todo está en poder del canciller, y dentro de poco estará en poder de tu marido.

DUQ. ¡Ah! me matará, sí: yo tiemblo, tiemblo...

SID. Silencio, o eres perdida. Escucha, sólo un partido te queda: huir.

DUQ. Sí. ¿Cómo?

SID. Juntos.

DUQ. Jamás, milord.

SID. Prepárate, pues, a morir aquí; pero conmigo.

DUQ. ¡Ah! me estremecéis.

SID. ¿Imaginas que yo consentiré en salvar mi vida mientras que esté la tuya en peligro? ¿Preferes la muerte?... Bien, con un solo golpe nos herirá a los tres.

DUQ. ¡Ah, Sidney, me habéis perdido!

SID. ¡Isabel! no gritos, no quejas hemos menester ahora. Oyeme. Yo voy a salir de aquí. Te esperaré en la puerta inmediata de la ciudad; una hora te basta para alcanzarme; no te faltará un pretexto. No es ya mi amor quien te habla, ni exijo por él tu fuga. No; tu tío el marqués de Hamilton es gobernador de Portsmouth; te dejaré en sus brazos; él te protegerá, y yo, yo respetaré tu dolor, yo te daré el último adiós.

DUQ. Sí, yo imploraré su amparo, pero sola.

SID. ¿Te atreverás? ¿Será tiempo ya? No; yo soy quien debe llevarte.

DUQ. ¿Vos, Sidney? ¡Ah! ¿no soy yo ya bastante culpable?

(Se oyen los pasos de Besford.)

SID. Una palabra más y somos perdidos.

ESCENA VIII

LA DUQUESA, SIDNEY, BESFORD, y después UN CRIADO

BESF. Venid, amigo mío; todo está pronto. (*Señalando la puerta de la derecha.*) Este gabinete conduce por una escalera secreta al jardín de la casa, que está inmediato a la puerta de la ciudad. Un caballo os espera: dentro de algunos minutos estáis fuera de Londres.

SID. Permitidme que os tribute un millón de gracias, milord.

BESF. El canciller espera sin duda sorprenderos en Windsor, o en vuestra casa: mientras que sus esbirros os buscan por acá, estáis ya fuera de peligro.

UN CRIADO. (*Desde el foro.*) La reina envía a llamar a mi señora la duquesa.

BESF. Está bien. (*El criado sale.*) Estará acaso con cuidado por cuanto pasa: teme que os prendan. Partid, los momentos son preciosos.

(*Va a abrir la puerta del gabinete.*)

SID. (*Al oído de la duquesa.*) Tomad ese pretexto. Alcanzadme en la puerta. Si no, vengo a buscaros dentro de una hora.

BESF. Vamos, amigo mío.

SID. (*Saludando a la duquesa.*) Adiós, milady. (*Bajo.*) Dentro de una hora, o vuelvo aquí a entregarme.

BESF. Venid. (*Sale acompañando a Sidney.*)

ESCENA IX

LA DUQUESA

Por fin ya estoy sola. Puedo llorar libremente. ¡Tan feliz ayer! ¡Y hoy envilecida! ¿Cómo me atreveré a levantar los ojos delante de un hombre a quien se lo debo todo, a quien he engañado, y que dentro de poco me pedirá cuentas acaso de su honor que me había confiado? Paréceme a cada punto que oigo salir de sus labios esta terrible palabra: «¡Infame! ¡Infame!» Este nombre me persigue: aquí está... resonando siempre en mis oídos; yo le oigo de continuo. ¡Oh, cuán terrible será pronunciado por él mismo! La venganza irá en pos de él. Y entonces será menester sangre... Dios mío, a vos encomiendo mi alma cuando lo sepa todo. Yo tiemblo; ya a cada instante puede descubrirse la verdad. ¡Ah, qué horroroso suplício!

ESCENA X

LA DUQUESA, BESFORD

BESF. Partió. Yo le he visto alejarse. Dentro de pocas horas estará lejos de nosotros, y en el camino que lleva no le será difícil encontrar un asilo en

tre sus numerosos amigos. (*Se sienta en el sillón que hay en el fondo a la derecha.*) Cuando el canciller sepa su fuga se dará a todos los diablos. ¡Oh! a lo menos por esta vez os hemos ahorrado, señor canciller, el trabajo de erigir otro cadalso: vuestra presa se os escapa. (*Mirando el reloj.*) Al paso que lleva ya debe haber salido de Londres; ya debe estar en campo raso. ¡Por San Jorge, que le vayan enviando esbirros! Lleva un buen caballo. (*Levantándose.*) Ya estoy contento. Aunque hubiera sido mi mayor enemigo, hubiera hecho otro tanto; delante de la desgracia expira la venganza... ¿Qué tenéis? ¡Qué pálida estáis!

DUQ. ¿Yo, milord? El cansancio del baile; las sensaciones contrarias de este día...

BESF. Sí, verdad es; perdonadme. Pero parece que vuestra indisposición se aumenta; temo que no tengáis fuerzas para ir a palacio.

DUQ. A palacio; sí... la reina me ha llamado.

BESF. Estoy seguro de que está deseando veros y preguntaros. Su causa era la de Sidney, y la inquietud que experimenta es muy natural. Desearía muy de veras que vuestra presencia la tranquilizase.

DUQ. (No puedo sufrir más.) (*Alto.*) Permitidme, milord, que en este momento...

ESCENA XI

LA DUQUESA; UN CRIADO, en el fondo; BESFORD

CRIADO. El capitán de las guardias de su excelencia.

DUQ. (¡Ah! ¡Es mi muerte!)

BESF. Ya era tiempo. Sosegaos; ya no hay riesgo. Que entre. (*El criado sale.*)

DUQ. (¡Soy perdida, perdida!)

(*Toca la campanilla; un criado se presenta por la izquierda.*)

BESF. ¿Qué es?

DUQ. (*Turbada.*) ¿No me habíais dicho que la reina me esperaba, y que debía ir a palacio? Pues bien, milord, voy a ir, voy.

BESF. (*Mirándola.*) Cierto; os lo he suplicado...

DUQ. Por eso, ya veis... que... me apresuro... (*Al criado.*) ¿Está pronto mi carruaje?

CRIDO. Está a las órdenes de la señora duquesa.

DUQ. Ya bajo.

BESF. (*Clavando los ojos en ella.*) Parecía que estabais tan poco dispuesta a salir...

DUQ. (*Con timidez.*) Me quedaré si me lo mandáis.

BESF. (*Después de una pausa.*) No, no; partid.

(Sale por un lado. Besford la sigue con la vista largo rato.)

ESCENA XII

BESFORD, DRYDEN

DRY. Su excelencia me envía, milord duque, para tranquilizaros acerca de los sucesos de ayer. El rey había firmado vuestro perdón, y acaba de confirmarlo.

BESF. Esta es una visita que debe sorprenderme; el lord canciller no me ha acostumbrado a todas estas atenciones.

DRY. Tengo el encargo de prometeros por su parte un completo olvido de lo pasado; y se atreve a contar al mismo tiempo con la generosidad del señor duque.

BESF. ¡Pardiez, sir Dryden, el canciller no emplearía más galanterías para ganarse el ánimo de una mujer bonita!

DRY. Esas galanterías pueden probaros, milord, en cuánto aprecia su excelencia vuestra amistad. Bien sabe que erais enteramente adicto al conde de Warwick; pero os conoce demasiado para sospechar siquiera que hayáis podido tener parte en sus pérfidos proyectos.

BESF. ¡Oh! A mis ojos no es tan criminal. Pero hablemos sin rebozo, sir Dryden; el canciller me halaga, me brinda con una reconciliación: no ha podido dar sin duda con el asilo del conde, y cree que yo se le descubriré. Pues bien, sir Dryden, decidme de mi parte que ignoro cuál sea su asilo, y, si cree que está aquí, añadidle que os he dado facultades para que le busquéis por todas partes.

DRY. Vuestra palabra basta, milord, No me falta más

que entregaros este paquete que se ha encontrado en casa del conde. Su excelencia dice que no interesándole al estado esos papeles, deben seros devueltos a vos o a la duquesa.

BESF. ¿Con qué objeto? ¿Y por qué razón? En casa del conde no podía existir ningún papel que tenga relación alguna con nosotros.

DRY. Sólo su excelencia ha abierto ese paquete. Yo no hago más que repetir sus palabras. Tomaos la molestia de leer, milord; yo esperaré. (*Sale.*)

BESF. (*Abriendo la carta.*) Yo... en verdad... no comprendo este misterio. (*Lee.*) «Viernes a las cuatro de la madrugada. Por fin, me amáis, y yo lo sé. Salió por fin de vuestros labios ese sí que tanto tiempo he deseado, y que no me atrevía a esperar. ¡Ah! envidie, envidie mi fortuna el que no posee más que vuestra mano: yo poseo más; yo soy amado.» (*Pausa.*) «¿Os volveré a ver? Oh, sí; soy demasiado feliz para morir ahora.» (*Interrumpiéndose.*) ¿Y qué? esta carta... ¿qué interés puede tener para mí? Ignoro completamente... (*Prosiguiendo.*) «He aquí vuestro retrato; no hace mucho que adornaba todavía vuestro brazalete; le habéis desprendido para dármele.» (*Pausa.*) «¿Habré de separarme tan pronto de él? No: no será preciso devolvérosle; le encontraré aquí a mi vuelta, y podré llenarle de besos, como lo hago en este instante. Hasta mañana, pues, hasta mañana: lo espero.» Y luego... aquí... el retrato... (*Abre la caja.*) ¡El suyo!... ¡Ah! (*Cae abrumado en un sillón.*) ¡Es el suyo! ¡Ella!... ¡era ella!... ¡esta noche!... ¡Oh!... ¡quién me diera matarla! ¡Vamos!... esta carta, este retrato... aquí... (*Lo pone en su bolsillo.*) ¿Quejas?... ¿Lágrimas? No; ¡sangre, sangre! (*Se levanta y se pasea con la mayor agitación.*) ¡Y estaba allí ella! ¡me oía! ¡Cielos! ¡esto es increíble! ¡Vergüenza, oprobio sobre mí que les servía de juguete y que no los asesiné. (*Viendo a Dryden, que ha vuelto a entrar por el foro.*) ¿Qué aguardáis?

DRY. Una respuesta, milord.

BESF. ¿Y qué respuesta? No está aquí; ya os lo he dicho: no está. (*Para sí.*) ¡Sólo es a ella a quien tengo entre mis manos! ¡Sólo a ella! (*Después de*

un momento que recapacita.) ¡Acaba de salir!... ¡qué sospecha!... Su prisa, su turbación... ¡Santo Dios!... Con él... era con él... ¡él la esperaba!

(Corre hacia la vidriera que da al patio: la duquesa aparece en el fondo en aquel mismo instante.)

ESCENA XIII

BESFORD, LA DUQUESA, DRYDEN

DUQ. (*A Dryden.*) ¿Se me impide la salida de orden vuestra, caballero?

DRY. Perdonadme, milady; he debido ceñirme a mis instrucciones; no os hallabais expresamente exceptuada en esta medida general; nadie debía salir. Ahora que he desempeñado mi comisión, me apresuro a dejaros en libertad.

DUQ. Yo sabré quejarme a la reina, sir Dryden. Es imposible que esa prohibición se entendiese con una mujer. El canciller abusa de su autoridad.

(Da un paso para salir, pero Besford la detiene con una seña.)

BESF. (*Sin apartar la vista de la duquesa.*) En efecto, eso es llevar al extremo las precauciones. (*A Dryden.*) Tened la bondad de llevar mi respuesta a su excelencia, y aseguradle que el conde de Warwick no está escondido en mi casa. Si su prisión importa al bien del estado, pueden perseguirle por todos los caminos.

DUQ. (*Bajo.*) ¿Cómo, milord...?

BESF. (*Idem.*) Os olvidáis de que les lleva media hora de ventaja.

DUQ. ¡Media hora!... ¡ya!

BESF. Y, por otra parte, eso es cuenta del canciller.

DRY. (*Saludando.*) Vuestras palabras, milord, serán fielmente repetidas a su excelencia.

ESCENA XIV

LA DUQUESA, BESFORD. (*Están junto a la mesa.*)

BESF. Soy más feliz de lo que pensaba. Os creía ya lejos de aquí, milady.

DUQ. Sí, la reina me espera.

BESF. La reina esperará. Precisamente podéis darle una excelente disculpa, no me había a mí ocurrido; esta misma herida que he recibido por el conde de Warwick... Su Majestad no podrá extrañar que os hayáis quedado conmigo. Luego... os aseguro que estoy triste... padezco mucho; necesito alguna persona a mi lado, pero que me ame (*Desprendiendo los adornos de la duquesa y arrojándolos en un sillón.*), y vos misma no queríais probablemente dejarme solo en este estado. (*Llama.*) Os conozco; vuestro corazón se rebelaría contra semejante acción. (*Al criado.*) Que desenganchen los caballos; la señora condesa no sale ya. (*El criado sale; Besford se sienta.*) ¡Ah! gran necesidad tenía de veros; ahora estoy más contento; sentaos aquí... sentaos; si no me obligaréis a estar en pie, y me fatigo mucho. (*La hace sentar.*) Ya miráis el reloj, contempláis con pena el tiempo que habéis de pasar aquí.

DUQ. ¡Ah, milord!

BESF. Estáis conmigo como estaríais con un marido caviloso y celoso que tomase por diversión el oponerse a vuestros placeres. Sin embargo, ¿habéis podido hacerme nunca semejante reconvencción? ¿No os he dado siempre la mayor libertad?

DUQ. Milord, ¿por qué me habláis en esos términos?

BESF. (*Apoyándose en la mesa.*) La confianza que en vos he tenido ha sido siempre tan grande, y la he manifestado de una manera tan clara, que en el día sería en vos menos crueldad matarme que engañarme. ¿Qué es en verdad la muerte al lado del desprecio? He aquí, sin embargo, todo lo que podría esperar yo, si fuese engañado... el desprecio; he aquí el premio que han conseguido otros en pago de sus atenciones. ¡Oh, cómo no previene y evita esta idea el adulterio! Hay en eso motivo suficiente para contener a la mujer más impudente. ¡Entregar al ludibrio de los demás a un hombre cuyo apellido lleváis, y que os ha prodigado veneración y amor! ¿Creéis por ventura que después de todo eso basta con decirle *matadme y todo se acabó*? No; su venganza le satisface sólo a él; pero, ¿y ese oprobio con que habéis marcado su nombre? ese oprobio... subsiste siempre allí...

siempre, y toda vuestra sangre no bastaría para borrarle.

DUQ. Me asustáis, milord.

BESF. ¿Y por qué? yo creo en vuestra virtud y en el respeto que profesáis a vuestros deberes, así como creo en la amistad.

DUQ. ¡Milord! ¡sangre! ¿no lo veis? Corre sangre de vuestra herida.

BESF. ¡Ah! con más abundancia corría esta mañana cuando me batía por él, cuando le sacrificaba mi existencia. ¡Si hubierais visto vos con cuánto placer hacía yo ese sacrificio! ¡Oh! eso os hubiera conmovido acaso, porque yo era noble y grande en todo, os lo juro, y creo todos los corazones tan puros como el mío.

DUQ. ¡Infelice!

BESF. ¿Podrá pagarme jamás lo que hice por él? ¿Y me lo podrá pagar ahora, ahora que no está aquí? *(Dan las ocho.)*

DUQ. *(Volviéndose hacia el gabinete con un movimiento de espanto.)* ¡Ah!

BESF. *(Abalanzándose al gabinete.)* ¿Cómo? ¿En ese gabinete? ¡Nadie! os habíais equivocado, no hay nadie. *(Vuelve a sentarse, y desde este punto no se apartan sus ojos de la puerta del gabinete.)* Bien os decía yo: ¡contáis los minutos a mi lado! Verdad es que hay ocasiones en que cada minuto arrebatada consigo una esperanza y nos trae un temor; la misma hora mide para uno la alegría, y para otro el terror y el remordimiento. Vuestro rostro empalidece a medida que el mío se anima. Estoy contento ahora, yo que hace poco estaba tan triste y tan atormentado, porque me habéis reservado una especie de felicidad... y esta felicidad yo la gozaré completamente. Paréceme un delirio, una alegría celestial, superior a las fuerzas del hombre. ¿Vos no lo comprendéis? *(Asiéndola del brazo y sacudiéndola violentamente.)* ¡Responded, Isabel, responded! No decís una palabra ahora.

DUQ. Yo fallezco, milord, ¿no lo veis? yo fallezco.

BESF. *(Levantándose al mismo tiempo que cae la duquesa a sus pies.)* No nos soltemos las manos; clavemos nuestros ojos sobre la misma puerta, porque entrambos esperamos.

DUQ. ¡Piedad! ¡piedad!

BESF. *(Señalando a la puerta y volviéndose a sentar.)*

¡Por ahí, por ahí debe venir! Nadie llega todavía.

¿No os parece, como a mí, que a cada instante le vamos a ver? ¿No se os figura al menor ruido que vuestro corazón va a hacerse pedazos para salir de vuestro pecho? Si esto hubiese de durar mucho moriríamos aquí los dos. Pero... acaso no nos falte más que un minuto ya. ¿Quién sabe? Tal vez un segundo... un segundo. *(Se abre la puerta y aparece Sidney.)* ¡Ah! ¡él es!

(Besford se arroja sobre sus pistolas. La duquesa permanece de rodillas casi inmóvil.)

ESCENA XV

LA DUQUESA, BESFORD, SIDNEY, después UN CRIADO

BESF. ¿Qué os trae aquí de nuevo, señor conde?

SID. Nada. El hastío de la vida, el deseo de librarme de ella.

BESF. Sin duda no lo habéis meditado bastante... la muerte os espera aquí, y ya os será imposible evitarla. *(Un criado se precipita a la puerta del foro.)*

CRiado. ¡Señor duque! la casa está rodeada.

BESF. *(Sentándose.)* Ya lo veis, conde; ya es tiempo que encomendéis vuestra alma a Dios.

SID. Voy a llevarles mi cabeza.

BESF. *(Lanzándose a él.)* ¡No a ellos!

CRiado. Ya entran, señor; ya están aquí.

BESF. Detenedlos un instante. *(El criado sale. A Sidney, señalándole el gabinete y poniéndole una pistola en la mano.)* Nosotros por aquí. Tomad, conde.

SID. No, dejadme.

BESF. *(Asiéndole de la garganta.)* Por allí os digo. ¡Oh! ¡no os escaparéis! *(Le arrastra hacia el gabinete. A la duquesa, que se ha arrojado a sus plantas, rechazándola.)* Rezad por su alma, milady.

DUQ. ¡Ah! ¡milord! *(Se oye cerrar la puerta por dentro.)* ¡Por piedad! ¡por piedad! ¡matadme a mí también! *(Se esfuerza a abrir la puerta con sus*

ñas.) Nada; no hay nada con que abrir esta puerta... ¡Oh desesperación!... La abriré... la abriré. (Se oyen gritos afuera de: ¡Aquí está!) La llave, la tengo... sí...

ESCENA XVI

LA DUQUESA, DRYDEN, SOLDADOS, CRIADOS, *que entran confusamente.*

SOLDADOS. ¡Aquí está!

DRY. Sacadle. (Se oyen dos pistoletazos en el gabinete.) De ahí han salido los tiros. Por más que se defiende, no se nos puede escapar. ¡Conmigo todos!

ESCENA XVII

LA DUQUESA, DRYDEN, BESFORD, *saliendo del gabinete;*
SOLDADOS, CRIADOS

BESF. ¿Qué queréis?

DRY. (Con energía.) El conde de Warwick.

BESF. (Con frialdad.) Se acaba de matar por librarse de vos.

(Dryden y dos soldados entran en el gabinete; los demás se dirigen hacia aquel lado, así como los criados. Al mismo tiempo que están clavadas en la puerta las miradas de todos, Besford se acerca a la duquesa.)

DUQ. (Viendo la sangre de que está salpicado Besford y cayendo a sus pies.) ¡Ah, milord!

BESF. (Arrojándole la carta y el retrato.) Para vos los remordimientos y una eterna separación.

(Dryden y los soldados salen del gabinete. Cuadro final. Caen el telón.)

FIN DEL DRAMA

MACÍAS

DRAMA HISTÓRICO EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

DOS PALABRAS

He aquí una composición dramática a la cual fuera muy difícil ponerle nombre. ¿Es una comedia antigua? Ciertamente que no, pues ha nacido en el siglo XIX. Ciertamente que no, pues mal se atreviera a aspirar a la versificación y sublimidad de Lope, a la gala y caballerosidad de Calderón, al estro cómico de Moreto, al donaire de Tirso, a la pureza de Alarcón. ¿Es una comedia moderna según las reglas del género clásico antiguo? Menos. Ni es comedia de costumbres, ni comedia de carácter. Ni me propuse al imaginarla seguir las huellas de Plauto y Terencio, ni tuve al concebirla la osadía de imitar a Molière o a Moratín. ¿Es una tragedia como la entienden los rigurosos Aristarcos? Ni tiene la sencillez energética de Esquilo, ni la humilde sublimidad de Sófocles. Ni está escrita toda en verso heroico; ni es su estilo siempre altamente entonado; ni pueden reputarse sus escenas todas dignas del levantado coturno; ni son sus personajes los favoritos de Melpómene. ¿Es un drama mixto, de grande espectáculo, perteneciente al género bastardo introducido en la literatura a fines del siglo pasado? No hay en él grandes efectos levantados sobre débiles fundamentos, no hay escenas de imponente y charlatanesca fraseología, no hay tempestades, no hay horribles crímenes. ¿Es un débil desello siquiera de la colosal y desnuda escuela de Víctor Hugo o Dumas? ¿Es un drama romántico? No sé qué punto de comparación puedan establecer los críticos entre Antony, Lucrecia Borgia, Enrique III, Triboulet y mi débil composición. ¿Qué es, pues, Macías? ¿Qué se propuso hacer el autor? Macías es un hombre que ama, y nada más. Su nombre, su lamentable vida pertenecen al historiador; sus pasiones al poeta. Pintar a Macías como imaginé que pudo o debió ser, desarrollar los sentimientos que experimentaría en el frenesí de su loca pasión, y retratar a un hombre, ese fué el objeto de mi drama. Quien busque en él el sello de una escuela, quien le invente un nombre para clasificarlo, se equivocará. ¿Para qué ha menester un nombre? ¡Ojalá no se equivoque también quien busque en Macías alguna escena interesante, tal cual sentimiento arrancado al corazón, un amor medianamente expresado y un desempeño feliz!

PERSONAS

DON ENRIQUE DE VILLENA,
maestre de Calatrava.
MACÍAS, su doncel.
ELVIRA
FERNÁN PÉREZ DE VADILLO,
hidalgo, escudero de don Enrique.
NUNO HERNÁNDEZ, padre de Elvira.

BEATRIZ, dueña joven de Elvira.
RUI PERO, camarero de don Enrique.
FORTÚN, escudero de Macías.
ALVAR, criado de Fernán Pérez.
Un paje de don Enrique.
Dos pajes que no hablan.
Hombres armados.

La época es en uno de los primeros días del mes de enero de 1406. La escena es en Andújar, en el palacio de don Enrique de Villena.

ACTO PRIMERO

Habitación de Elvira. Puertas laterales y foro. Adorno del tiempo.

ESCENA PRIMERA

FERNÁN PÉREZ, NUÑO HERNÁNDEZ

(Al descorrerse el telón aparece Nuño Hernández abriendo la puerta del foro e introduciendo en la escena a Fernán Pérez.)

NUÑO. Venid conmigo, el hidalgo;
en esta cámara entremos,
donde con secreto hablemos.
¿Me habéis menester en algo?
Tomad (*Le da una silla*), que me haréis favor.

FERN. Me obliga esta cortesía. (*Siéntase.*)

NUÑO. En esta cámara mía
podéis hablar sin temor.
Mi hija salió de mañana,
como de costumbre tiene,
al templo; así nadie os viene
a turbar. (*Se sienta.*)

FERN. De buena gana.
Hoy, Nuño Hernández, expira
el plazo que me pusisteis,
en el cual me prometisteis
darme la mano de Elvira.
Un año es ya trascurrido...

NUÑO. Lo sé.

FERN. ¿Y bien?

NUÑO. Seguid.

FERN. Y vengo,

por el afecto que os tengo,
a acordar lo prometido.
Me dijisteis que a Macías,
ausente, vuestra hija amaba,
y aun yo sé que le aguardaba
en Andújar estos días.
Mas que si por buena estrella
en un año no volvía,
luego mi esposa sería

mal que le pesase a ella.
Que no ha vuelto es cosa clara;
que no ha de volver, también;
y el que a vos os está bien
tal boda, ¿quién lo dudara?
vos sois tan sólo un criado,
que a don Enrique servís;
si de cerca le asistís,
lo debéis a mi cuidado.
Soy su privado y su amigo,
y esto en tanto grado, Nuño,
que nada firma su puño
sin consultarlo conmigo.
Yo además soy caballero,
hidalgo de alta nobleza,
y acostamiento su alteza
me da por ser su escudero.
Vos y vuestra gente toda
villanos sois, con lo que algo
se os ha de pegar de hidalgo
y de noble en esta boda.
Si sois más rico de hacienda,
justo es que compréis con oro
lo que ganáis en decoro,
y que yo caro me venda.
Porque con villana y pobre,
por mujer, no he de casarme,
que mujer no ha de faltarme
mientras el poder me sobre.
Mire, pues, qué le conviene,
y en lenguaje liso y claro
hágame cualquier reparo,
si alguno que hacerme tiene:
que si no, la enhorabuena
hoy Andújar os dará,
y mi padrino será
don Enrique de Villena.
Decir *no* fuera mancilla;
ved que soy privado fiel
de don Enrique, y es él
tío del rey de Castilla.
Tal vez claro en demasía
soy aquí, mas el rebozo
me excusa el poder que gozo,
que el poder da altanería.

NUÑO. Con atención escuché,
 hidalgo, vuestras razones ;
 que más bien reconvenções
 me parecieron a fe.
 ¿Por qué agraviado os decís?
 yo cumplo lo que prometo,
 y si no es otro el objeto
 por que a buscarme venís,
 satisfecho habéis de estar ;
 todo mi afecto lo allana :
 y en esta misma mañana,
 Fernán, os podéis casar.
 Si Elvira ya no olvidó
 el amor que en otros días
 sintió por aquel Macías,
 haré que lo olvide yo.
 Ni yo nunca al tal mancebo
 quise por yerno.

FERN. ¡Pues bravo
 yerno granjeabais, que al cabo
 ingenio tiene!

NUÑO Yo llevo
 puesta más alta la idea.
 Tal pena, pues, no os aflija,
 que al fin, si es mujer mi hija,
 fuerza es que mudable sea ;
 y si no es muy bien criada,
 y, sea dicho entre los dos,
 a no serlo, ¡vive Dios!
 que la hiciera escarmentada.

FERN. ¡Oh! ni eso le ha de imponer
 al noble que se ha casado.
 Yo os prometo que a mi lado
 será honrada mi mujer.
 Además de que se suena
 que el tal mozo en Calatrava,
 donde en comisión estaba
 por el marqués de Villena
 para el clavero de la orden,
 se casó, o se casa ya :
 y, aunque así no fuera, acá
 no puede sin contraorden
 del marqués volver ; y no
 se le ha de enviar ésta, Nuño,

pues que de mi propio puño
 la tengo de sellar yo.
 NUÑO. ¡En buen hora! De ese modo
 a Elvira he de disponer,
 y cuando hayáis de volver
 prevenido estará todo.

FERN. En ser breve haréisme gusto.
 Y ahora, pues, que convenidos
 estamos, y están unidos
 nuestros intereses, justo
 será que la confianza
 haga de vos, si os parece,
 que os prometí, y que merece
 nuestra próxima alianza.
 No ha mucho que fué nombrado
 maestro de Calatrava,
 que ha tiempo vacante estaba,
 el de Villena llamado,
 o por más bien don Enrique
 de Aragón, a quien servís ;
 mas no sin que un tal don Luis
 de Guzmán se enoje y pique,
 quien por ser comendador
 lo pretendía al presente,
 y ser próximo pariente
 del buen maestro anterior.
 Tiene don Luis gran partido,
 y hará más, porque le ampara
 el conde de Trastamara,
 y, según tengo entendido,
 el prelado de Toledo,
 y Benavente también ;
 y es claro que bien a bien
 no se saldrá de este enredo.
 Alega don Luis Guzmán
 que don Enrique es casado ;
 mas éste ha solicitado
 el divorcio ; en esto están.
 Don Enrique es ambicioso,
 y a toda costa pretende
 que el derecho que defiende
 salga en pleito ganancioso ;
 a más con la de Albornoz,
 su mujer, mal se llevaba,

y esta ocasión deseaba,
según es pública voz;
así supone y confiesa
causas ocultas, por donde
a ninguno se le esconde
que saliera con su empresa.
Pero contra ese deseo,
que todo es falso se suena,
y también que el de Villena
lo de Cangas y Tineo
falsamente ha renunciado
con fraude en el mismo rey,
porque a la orden, como es ley,
no se adjudique el condado.
Ya entendéis que es cosa clara
que pierde la pretensión,
y el favor y protección
que goza, si esto se aclara.
El don Luis está en Arjona,
dos leguas no más de aquí;
y dicen que vino allí
por ver al rey en persona.
Es, pues, preciso que alguno
vaya presto allá, y mañoso
le proponga un medio honroso
que zanje el pleito importuno.
Por lograr designio tal
Villena le hará cesiones
en sus mismas posesiones
que no han de sonarle mal;
y si vos entráis en eso
con don Enrique hablaréis,
y de él mismo tomaréis
instrucciones de más peso.
Que a ninguno conocemos
en esta sazón los dos
más útil y apto que vos
para el fin que pretendemos.
Y os advierto que si acaso
sale mal vuestra embajada,
que aunque fuese a mano armada
hemos de salir del paso.
Ved, pues, si os conviene a vos
este encargo, y si el secreto

sabréis guardar.
 NUÑO. Yo os prometo
que no riñamos los dos.
 FERN. Está bien; y esto ha de ser
hoy mismo, pues sin demora
a Toledo hay que ir ahora,
donde el rey piensa volver,
luego que en Madrid se acabe
el alcázar que hace allí.
 NUÑO. ¿No estaba en Sevilla?
 FERN. Sí.
 mas vuelve, según se sabe;
que ha caído en la catedral
un rayo estando él en ella;
y dicen que es mala estrella
del rey, y que grave mal
le presagian para este año
dos astrólogos de nombre.
 NUÑO. ¿Y el tal rayo hirió algún hombre,
o hizo por ventura daño?
 FERN. Hizo poco.
 NUÑO. ¡Cosa extraña!
 FERN. Herir a nadie, no hirió;
mas descompuso el reló,
que es el único de España.
Hay, pues, que ir hasta Toledo,
y no hay tiempo que perder...
 NUÑO. Está bien: hoy se ha de hacer,
y yo en el encargo quedo. (*Se levantan.*)
Decidlo así a don Enrique.
 FERN. Y a más...
 NUÑO. A Elvira he de hablar,
y ya os puedo asegurar
que haré que no me replique.
 FERN. Pues adiós.
 NUÑO. No, deteneos.
Alguien llega aquí. Ellas son.
Ved qué dichosa ocasión.
No os vayáis; aparte haceos.
De su labio habéis de oír
la respuesta que me dé.
 FERN. ¡Feliz acaso!
 NUÑO. Yo sé
que contento habéis de ir.

ESCENA II

FERNÁN PÉREZ, NUÑO HERNÁNDEZ, ELVIRA, BEATRIZ

(Los dos primeros se han hecho algo atrás, y hablan entre sí sin oírlos. Elvira y Beatriz se quitan los mantos al entrar, y hablan los primeros versos sin verlos.)

BEAT. Llega, señora; y en casa
desahoga tu dolor.
Llora el desdichado amor
que el tierno pecho te abraza.
Que aunque te cubriera el manto
no faltó quien lo advirtiera
en la misa.

ELV. ¡Suerte fiera!

BEAT. ¿No darás treguas al llanto?

ELV. ¿No he de llorar ¡desdichada!
si ya no vuelve Macías,
y dentro de pocos días
por mi palabra empeñada
vendrá Hernán Pérez?

BEAT. Señora,
ved que os oyen. Aquí están.

ELV. ¡Ah! ¿Cómo oculto el afán
que el corazón me devora?

NUÑO. (A Fernán.) Nos vió ya.

FERN. (A Nuño.) Llegad.

ELV. (A Nuño.) ¡Señor!

NUÑO. ¡Elvira, hija mía!

ELV. ¿Aquí
vos tan de mañana?

NUÑO. Sí:
y a acreditarle el amor
vine, que siempre te tuve.
Hoy se cumple...

ELV. ¡Ya os entiendo! (Con dolor.)

NUÑO. No me pesa. Aquí estáis viendo
al noble hidalgo que os sube
a tanto honor.

FERN. Tan hermosa
sois, asombro del sentido,
que le tuviera perdido

si vuestra mano preciosa
no anhelara.

ELV. (Contristada.) Sois por cierto
muy galán.

FERN. Y vos muy bella.

ELV. (¡Maldita belleza! ¡Estrella
maldita mía!)

FERN. ¿Qué advierto?

¿Os turbáis?

NUÑO. (A Elvira.) Repara, mira...

ELV. No es nada: el gozo... Beatriz (Violentándose),
sosténme: (¡ay de mí, infeliz!)

NUÑO. (¿Qué es esto? ¡Pardiez!) Elvira,
vos misma el plazo os pusisteis
de un año, y...

ELV. (¡Ay! ¡quién creyera
que en un año no voiviera!)

NUÑO. Vos la palabra nos disteis...

ELV. No habléis más, señor, en eso;
si mi palabra empeñé,
mi palabra cumpliré.

(¡Y aunque muera, ingrato!)

NUÑO. (Un peso
grave me quitó.) (A Fernán Pérez.) Ya vos
lo escuchasteis de su boca.

FERN. A mí lo demás me toca.

Descuidad: presto por Dios,
volveré. (A Elvira.) Vos en mi priesa
si estimo conoceréis
lo dichoso que me hacéis.

ELV. (Reprimiéndose.) Id con Dios.

NUÑO. (Acompañándole a la puerta.) Los dos a vuesa
merced quedamos atentos.

FERN. Quedaos. Vuestra atención
sobra.

NUÑO. ¡Oh! ya es obligación.

FERN. Remitid los cumplimientos.

(Vase, despidiéndolo Nuño a la puerta. Elvira, al ver marchar a Fernán Pérez, le sigue con la vista, y cuando ya ha salido se arroja sobre un sillón inmediato y rompe a llorar. Nuño vuelve.)

ESCENA III

ELVIRA, BEATRIZ, NUÑO

ELV. ¡Que esto me suceda! ¡Ingrato!

BEAT. Señora, templad el lloro.

ELV. ¡Ah! en balde por mi decoro
de ahogarle en el pecho trato.NUÑO. (*Viéndola.*)¿Qué es esto? (*A Beatriz.*) Vos despejad.
Presto.ELV. Dejadme el consuelo
que su cariño y su celo
me prestan, y perdonad
si os lo ruego.NUÑO. (*A Beatriz.*) Idos.ELV. (*¡Qué empeño
de hablarme a solas!*)NUÑO. (*A Beatriz.*) ¿Qué hacéis
que no os vais? ¿No obedecéis?BEAT. (*A Elvira.*) ¡Señora!ELV. (*¡Qué airado ceño!*)
(*A Beatriz.*) Vete ya.NUÑO. (*A Elvira.*) ¿Y por qué antes no?
¿Esto con mis gentes pasa?

ELV. Como es mi dueña...

NUÑO En mi casa
nadie manda más que yo.

ESCENA IV

ELVIRA, NUÑO

(*Elvira echa una ojeada de dolor a Beatriz, que desaparece lentamente: se levanta y queda apoyada con una mano en el sillón y enjugándose con la otra las lágrimas, que trata de reprimir con un esfuerzo violento. Nuño Hernández, cruzado de brazos, parece esperar a que rompa el silencio, o reconveniría con el suyo. Elvira se acerca en fin, y cogiendo las manos de Nuño dice los versos siguientes.*)

ELV. ¡Perdóname, señor, si hoy más que nunca,
presente aquel amor en la memoria,
en vano lucho por borrar del pecho
la esperanza engañada! Yo más fuerzas

encontrar en mí propia presumía
cuando el plazo pedí: ¡mas ay! yo nunca
pensé que él de mi amor se olvidaría.
Mira mi corazón, débil juguete
de una pasión tirana, inextinguible,
y tú mismo dirás si verme puedo
al yugo extraño del que nunca quise
en eternas vínculos unida,
tranquila y sin llorar. ¡Vínculos tristes
que antes de unirte acabarán mi vida!
¿Yo al pie del ara con perjurio labio,
ante un Dios que a los pérfidos castiga,
eterno amor le juraré a un esposo
que me roba mi bien, y por quien siento
odio tan sólo?

NUÑO. ¡Elvira!

ELV. Sí, perdona.

Soy mujer, y soy débil: ni depende
ser más fuerte de mí. Yo bien quisiera
en mi encerrado pecho sepultando
tanto culpable amor, que nada el mundo
del volcán que me abrasa trasluciera;
y, ahogando mi dolor durante el día,
que mis lágrimas tristes por la noche,
en el oculto lecho derramadas,
entre la soledad y las tinieblas
pasión tan grande que olvidar no logro,
en eterno silencio confundiesen.
¡Mas ay! que no está en mí. Ya, mal mi grado,
rompe mi lloro, en mi dolor inmenso,
el dique que hasta aquí lo ha sujetado.

NUÑO. ¿Y éstas son tus palabras, y éste el fruto
de un año de indulgencia y de esperanza?
¿Por qué cuando tu padre bondadoso
la elección a tu arbitrio, y aun del plazo
el decidir el término dejaba,
si tan mísera y débil te veías,
no dijiste: «Señor, nunca en mi pecho
otro amor reinará que el de Macías?»
Aun era tiempo entonces. Yo al hidalgo
contestara resuelto: «Fernán Pérez,
excusad vuestro amor, y no adelante
paséis en esperanzas; nunca Elvira
vuestra esposa será.» No consintiera

Fernán Pérez al menos. ¡Cuántas veces os recordé los riesgos que esa loca temeraria imprudencia causaría! Buscáramos la dicha y el contento del cortesano estruendo separados en nuestro patrio hogar. Tú, Elvira, entonces, allá feliz con tu feliz esposo, del mundo retirada, gozarías de ese implacable amor.

ELV. ¡Ah, padre mío!
 NUÑO. Ora yo envuelto en bandos y disturbios, doquiera que me aparte de Villena, allí el peligro. Y si aun ayer llegara ese mozo infeliz que te enamora, pudiera ser que entonces Fernán Pérez al pacto se cifera; mas en vano en vano le esperaste, y ora, Elvira, es fuerza, o dar tu mano al noble esposo, o al rencor exponernos y a la ira, y a la venganza atroz de un poderoso. El mismo aquí lo dijo...

ELV. ¡Padre mío!
 si yo imprudente fuí, si harto confiada, eso lloro, no más: y ya imposible me fuera no llorar: mas mis promesas sabré cumplir...

NUÑO. ¿Y juzgas que llorando, turbada, sin amor, violenta, fría, te verá con placer, y al pie del ara te arrastrará por fuerza el noble hidalgo? ¿Tan necio le imaginas por ventura? ¡Inútil esperanza! No; en su enojo del desprecio irritado que en ti viere, mil trazas buscará para ofendernos. ¿Do su poder no alcanza? Perseguido, si no muero a sus manos, dondequiera.

ELV. Basta, señor; mi llanto reprimiendo, alegre faz le mostraré. (¡Dios mío!) Tan sólo un mes os pido, porque pueda el agitado espíritu...

NUÑO. ¡Imposible!
 ¿Más plazos me pedís? Hoy, sin remedio...

ELV. ¿Qué escucho, santo Dios?

NUÑO. Y bien, ¿qué esperas?

¿Piensas que, aunque por fin cumplido el plazo, ese tan tibio amante perezoso pidiéndome tu mano me ofreciera los tesoros de Creso, la palabra que di solemnemente olvidaría, y en la boda mi honor consentiría? En fin, ya de una vez, hija, es forzoso decirlo todo aquí. ¿Qué de ese enlace descabellado esperas? ¿El mancebo quién es, y cuáles timbres, qué blasones le ilustran a tus ojos?

ELV. ¿Y yo acaso nací, señor, princesa?

NUÑO. ¿Mas qué bienes son los suyos, Elvira? ¿Caballero, y no más? ¿Hombre de armas o soldado? ¿Mal trovador o simple aventurero?

ELV. ¡Eso no! Si no os place, nunca, nunca me llamará su esposa, ni cumplida veré jamás tan plácida esperanza. Pero al menos sed justo: sus virtudes, su ingenio, su valor, sus altos hechos no despreciéis, señor: ¿dónde están muchos que a Macías se igualen, o parezcan? De clima en clima, vos, de gente en gente buscadlos que le imiten solamente. ¿Su ardimiento? ¿Vos mismo no le visteis ha un año, poco más, en Tordesillas los premios del torneo arrebatando, cuando el rey don Enrique el nacimiento celebraba del príncipe? ¿Cuál otro más sortijas cogió, corrió más cañas? ¿Quién supo más bizarro en la carrera Hacer astillas la robusta lanza? ¿Quién a sus botes resistió? ¿Quién tuvo, el animoso bruto gobernando, más destreza o donaire? Pedro Niño, el mismo Pedro Niño vino al suelo, del arzón arrancado, a su embestida, y la arena besó. ¿Pedísle hazañas? El Algarbe las diga, que aun las llora; y el campo de Baeza, donde escritas su espada las dejó con sangre mora. Y en fin, su ingenio, si el ingenio vale,

vos más que yo le conocéis; vos mismo con él ibais también cuando Villena a Aragón le llevó, donde hizo alarde, en el dialecto lemosín, del suyo: donde en los juegos mereció de Flora el premio y la corona, que a mis plantas vino a ofrecer después. ¡Cuántas cantigas de él corren en la corte, que la afrenta de los ingenios son, y de las damas el contento y placer! ¿Y ése es, decidme, ése el mal trovador y aventurero, ése el simple soldado? Padre mío, si eso no es ser cumplido caballero, si eso es ser villano, yo villano a los nobles más nobles le prefiero.

NUÑO. ¿Qué pronuncias, Elvira? ¿En mi presencia tú a ensalzarle te atreves, necia y loca? Ya inútilmente la indulgencia empleo. Serás de Fernán Pérez; a él mis dichas, mi gloria y mi favor, mi honra y mi suerte, todo, en fin, se lo debo; y don Enrique me hospeda en su palacio, y dondequiera me distingue por él. ¿Seréle ingrato? A la suya mi suerte está enlazada, hoy en Andújar y mañana en Burgos, en Madrid, en Sevilla, con la corte, poderoso o caído, los secretos, que entrambos en mi pecho depositan, con ellos al poder también me elevan, con ellos a mi fin me precipitan. No más rebozo ya; tú de ese hidalgo hoy la mujer serás.

ELV. ¡ Señor!

NUÑO. ¡ O elige
mi eterna maldición!!

ELV. ¡ Ah! no; yo esposa
de Hernán Pérez seré.

NUÑO. Vuelve a los brazos
de tu padre, que aun te ama y te perdona.
¿Ni qué otra cosa hicieras, hija mía,
que mejor te estuviese? ¿Por ventura
pasar en llanto eterno resolviste
tu juventud brillante, marchitada,
en triste desamparo sumergida

por desprecios del falso que te olvida?
¿Merece ni una lágrima ese noble,
cuya virtud ensalzas y pregonas,
que al juramento falta y a su dama?

ELV. ¡Piedad de mí, por Dios!

NUÑO. ¿Y es caballero?

Quando tu propio padre y tu fortuna
le inmolabas, ¡ay, triste! ¿no sabías
que en Calatrava, acaso, está con otra
ya casado ese pérfido Macías?

ELV. (Fuera de sí.)

¿Casado? ¿Y lo sabéis vos?... ¿Santo cielo!

NUÑO. Nadie lo ignora en el palacio, y...

ELV. ¿Nadie?

¿Y posible será? ¡Mas ay! ¿qué dudo?

¿Ni qué prueba mayor que su tardanza?

Si no fuese verdad, ¿vivir pudiera
lejos de Elvira un año? ¿Es cierto? ¿Y éstos
tus juramentos son, tu amor ardiente?

¡Otra mujer! ¡ah! Presto, padre mío,
mis bodas disponed; ya a vuestra hija,
no tan sólo obediente, mas gozosa,
y aun alegre veréis. ¡Ah! ¡Fementido!

Ya quiero a Fernán Pérez, ya le adoro.

Presto, corred, buscadle, referidle
mi despecho, señor, y esta mudanza;
que su esposa seré, que ya el contrato
puede cerrarse al punto, luego, ahora...

NUÑO. ¡Hija querida!

ELV. ¡Oh, cuánto tarda, cuánto
el instante feliz de la venganza!

(Se enjuga las lágrimas rápidamente afectando serenidad.)

NUÑO. Sí, sí, cálmate, Elvira, que ninguno
los surcos de tus lágrimas conozca.

Tú a la vida me vuelves, hija mía;
corro a anunciarle tan alegres nuevas
al hidalgo; tú en tanto...

ELV. A mi cuidado

dejad vos lo demás, y a mi deseo;
que a vuestra vuelta pronto hacia el sagrado
altar yo volaré del himeneo.

(Vase Nuño, y Elvira se arroja sobre un sillón como abismada.)

ESCENA V

ELVIRA. (*Se levanta y va hacia la puerta del foro.*)

Esperad... tened... ¡Partió!
 ¿Mas qué dudo todavía? (*Vuelve.*)
 ¿Aun no estoy resuelta yo?
 ¿Aun he de adorarle? No.
 Vengarme es el ansia mía.

El saber que por ti lloro
 no ha de darte gozo al menos:
 que aunque tu memoria adoro,
 nunca el pesar que devoro
 dirán mis ojos serenos.

¡Pérfido! ¡Cruel! ¡Beatriz! (*Llamando.*)
 ¿Y yo un año le esperé?
 Ni sé qué piense, ni sé
 qué determine: ¡Infeliz!
 nunca vi tan poca fe,

ESCENA VI

ELVIRA, BEATRIZ

BEAT. ¡Señora!

ELV. Ve; presurosa
 prepáralo todo... ¡Oh saña!
 prevén mis galas, gozosa;
 no haya doncella en España
 más galana y más hermosa.

BEAT. ¿Qué novedad?

ELV. ¡A otra quiere,
 y tal vez casado está!

BEAT. ¿Quién, señora?

ELV. ¿Quién será,
 sino el traidor?

BEAT. ¿Qué profiere?
 ¿Macías casado? ¿Habrá
 hombre tan pérfido? Apenas
 creo lo que oyendo estoy.

ELV. Mas no importa: mis cadenas
 ya rompí: ¡fuera mis penas!

yo me caso también hoy.

BEAT. ¿Vos os casáis?

ELV. Sí, ¡abrasada
 muero de celos!

BEAT. Advierte...

ELV. Ya, Beatriz, no advierto nada.

¡Véame también casada,
 y venga después la muerte!

(*Entranse por la derecha.*)

ACTO SEGUNDO

Cámara de don Enrique de Villena. A la derecha puerta por donde se va a la Iglesia, o capilla del palacio: en el foro, salida afuera; a la izquierda comunicación con las demás habitaciones de palacio. Mesa, escribanía, libros, papeles, reloj de arena, instrumentos de matemáticas, química, etc.

ESCENA PRIMERA

DON ENRIQUE, RUI PERO, DOS PAJES

(Los pajes acaban de vestir a don Enrique y se retiran a una seña que les hace: éste está de gala, con la cruz roja de Calatrava y espuela dorada. Rui Pero está algo retirado.)

ENR. (Abriendo una carta.)

¡Hola, Rui, mi camarero! (Llega éste.)

¿Y quién me trajo esta carta?

RUI. Un recadero de la orden
que viene de Calatrava.

(Hace seña don Enrique, y se va Rui Pero por la derecha.)

ESCENA II

DON ENRIQUE

Del clavero es. (Lee.) «Gran maestre
y señor, salud y gracia...
Conforme a lo que en tus letras,
con tu criado me mandas,
ya de aquí salió Macías;
y siguiéndole mis guardas,
tomó en efecto el camino
que va a la villa de Alhama.
Tus cartas envié a Manrique,
y yo no sé si observadas
serán tus órdenes luego;
pero tú con fácil traza
podrás saber de la muerte
de Macías nuevas claras »

antes que yo las remita,
pues tanto en la judicaria
eres docto, si en tus líneas
por su horóscopo las sacas...»

(Arroja la carta con despecho sobre la mesa.)

¡Vulgo estúpido, ignorante!
¿Yo dado a la nigromancia?
¿Yo astrólogo? ¿Yo adivino?
¿Yo docto en la judicaria?
¿Sólo porque ven más libros
reunidos en mi casa
que en todo el reino? ¿Y acaso
no pueden ver lo que tratan?
¿Mas qué digo? ¿Hay por ventura
quien pueda entenderlos? Gracias
si seis u ocho cortesanos
en toda la corte se hallan
que sepan firmar, o dicten
en mal romance una carta.
¿Dónde existen los hechizos?
¿Qué son? Díganme. ¡Pagara
mis estados de Tineo
por ver uno! ¿Qué? ¿A la humana
condición fué dado el orden
romper que puso la causa
primera en el universo?
¿Y ese espíritu que llaman
maligno, puede en el mundo
hacer bien ni mal? ¡Me holgara
de saber en dónde habita,
y verle a alguno la cara!
¡Donosa locura es ésta!
Pueblo bárbaro, ¿me infamas?
¿De un caballero cristiano
tan necias hablillas andan?
¿Por qué sé de astronomía?
Mas esa opinión me valga.
Algún día, vulgo necio,
me servirá tu ignorancia.

(Viendo volver a Rui Pero por la derecha.)

¡Rui Pero!

ESCENA III

DON ENRIQUE, RUI PERO

RUI. ¡ Señor !
 ENR. ¿ Qué hay de eso ?
 RUI. Todo está pronto.
 ENR. Pues anda ;
 díles a Nuño y Elvira
 que sólo a los dos se aguarda,
 y a Fernán Pérez Vadillo...
 RUI. El se dirige a esta sala.

(Vase Rui Pero por la izquierda, entra Fernán por el centro.)

ESCENA IV

DON ENRIQUE ; FERNÁN PÉREZ, *de boda.*

FERN. ¡ Gran señor !
 ENR. Adiós, Fernán.
 FERN. Antes de todo las gracias
 te doy por tantas mercedes
 con que me honras y me ensalzas.
 ENR. Con esas mercedes gusto
 de mostraros la confianza
 que hago de vos ; ya os lo dije,
 que en cuanto el punto llegara
 de casaros, yo el padrino
 de la boda ser deseaba.
 Sólo un deber desempeño
 al cumpliros mi palabra.
 Vos en cosas me servís,
 Fernán, de tanta importancia,
 que nadie servirme en ellas
 pudiera si vos faltarais.
 El secreto sobre todo...
 FERN. En mi cuidado descansa.
 ENR. Nada temo en vos... mas... Nuño...
 FERN. Disipa esa desconfianza.
 Hasta hoy también yo mismo
 de su amistad sospechaba.

Mas hoy en el darme su hija
 me mostró bien a las claras
 que cual tu poder conoce
 de esta boda las ventajas.
 Nada temas.

ENR. ¡ En buen hora !
 ¡ Vive Dios que si faltara !
 ¿ Mas cómo cedió tan pronto
 Elvira ?

FERN. Las voces vagas.
 que esparcí yo mismo ha días
 de que tal vez se casara,
 o casado ya estuviera
 Macías en Calatrava,
 le hice saber.

ENR. ¡ Bien ! ¡ Por cierto
 no vendrá a desaprobarlas !
 Recorred si no esas letras
 que recibo esta mañana,

(Coge la carta y se la da.)

en que dicen que Macías
 salió de allí para Alhama,
 junto a Lorca, donde al moro
 Pedro Manrique hace cara.

(Recoge la carta Fernán Pérez de Vadillo.)

Y ya le escribí a Manrique,
 que en las más fuertes batallas
 y en los riesgos más dudosos
 que ocurriesen le empleara.
 Y si de tantos peligros
 por dicha suya se escapa,
 no le ha de valer tampoco ;
 pues yo lograré que vaya

(Vuelve a tomar la carta y la guarda.)

con Rui Pérez de Clavijo
 a la famosa embajada
 que al gran Tamorlán de Persia
 presto envía el rey de España.
 FERN. Ni yo he de temer su vuelta
 con tal que la boda se haya
 terminado, que yo haré
 a mi mujer bien casada.
 Además que será fuerza

que ella con placer lo haga,
pues no hallará otro remedio
siendo mía y en mi casa.

Ni menos de vos recelo
le volváis a vuestra gracia.

ENR. Eso nunca, que aunque un tiempo

le quise bien, mal pagara
mi amistad, pues cuando quise
darle a él la delicada
comisión de mi divorcio,
negándose a mi demanda
trató de afejar mi acción,
como si en vez de mandarla
a un inferior, de sus años
yo loco me aconsejara.

Y queriendo yo obligarle
por ser doncel de mi casa,
de doña María Albornoz,
mi mujer, tomó la causa;
tanto que, a seguir en ella,
perdiera yo mi demanda,
pues supo presto mañoso
del rey cautivar la gracia.

¡Necio prefirió a mi amparo
el ser campeón de las damas!
Esta ofensa, ¡vive Dios!
que no tengo de olvidarla.

Y pues no quiero en su sangre
manchar yo mi propia espada,
al menos de que muriera
contra los moros me holgara.

Es insufrible su orgullo,
y hasta su honradez me enfada,
pues no ha menester mi estirpe
que venga ninguno a honrarla.

Yo sé también ser honrado
cuando conduce a mi fama.

A su impetuoso carácter,
a su indomable pujanza
opondré el poder, y cierto
no hacen sus servicios falta.

Vos servís mejor.

FERN. Lo tengo
a honra, señor, y a gala.

ENR. Sé vuestro celo, y tan sólo
quiero que miréis si es franca
la amistad de Nuño...

FERN. Pienso
que esta boda nos la afianza.

ENR. Está bien, que he de fiarle
cosas de grande importancia.
El viene aquí con Elvira.
(Llegó el logro de mis ansias.)

ESCENA V

DON ENRIQUE, FERNÁN PÉREZ, NUÑO, ELVIRA, *de boda*;
BEATRIZ, RUI PERO, TRES PAJES, ALVAR, *etc.*; todos
de gala.

NUÑO. Permite, príncipe ilustre,
a quien de grande la fama,
de sabio y de generoso
entre los grandes alaba,
permite que, reverente
por la honra a que le ensalzas,
por la merced que hoy recibe,
Nuño te bese las plantas,
que es noble en lo agradecido,
si no en la alcurnia preclara.

ENR. Muy agradecido os quiero,
Nuño...

NUÑ. Estad seguro...

ENR. Basta.

(Le habla bajo: entran Elvira y los demás.)

ELV. (*A Beatriz, al entrar.*)

¡Ay, Beatriz, que ya del pecho
se quiere salir el alma!
Mientras la hora más se acerca
más los ánimos me faltan.

BEAT. (*Bajo a Elvira.*) Repara...

ELV. (*Id. a Beatriz.*) No temas; que ora
fuerzas me da la venganza.

(*A don Enrique.*) Gran señor...

ENR. Venid, hermosa
y discreta Elvira. El ara

prevenida, ya hace rato
que a los esposos aguarda.
ELV. (¡Ay, infeliz!)
ENR. Id; ya os sigo.
NUÑ. ¡Elvira!
ELV. (A Nuño.) Señor, descansa
en mis promesas. (¡Ay, cielos,
pueda más la honra agraviada!)

(Fernán Pérez da la mano a Elvira, que vuelve la cabeza, escondiendo sus lágrimas con su pañuelo. Se entran, seguidos de Beatriz y Alvar.)

ENR. (A Rui Pero.) Rui Pero, aquellos papeles
que dejo esparcidos guarda,
que es el arte que le escribo
de trovar en *ciencia gaya*
a don Iñigo Mendoza,
el marqués de Santillana.

(Sale con Nuño y dos pajes. Queda Rui Pero y un paje. El primero va a guardar los papeles, que el segundo observa.)

ESCENA VI

RUI PERO, PAJE

PAJE. Este nuestro amo, pardiez,
que es un extraño señor.
RUI. ¿Por qué?
PAJE. Dicen... mas mejor
será callarlo esta vez.
RUI. ¿Qué dicen?
PAJE. Dicen... Mirad:
yo no sé escribir corrido;
mas he visto... y parecido
a ese papel, en verdad...
no vi nada... Esos diversos
renglones; y de esa suerte...
¡Ved qué líneas! mala muerte
si...
RUI. ¡Callad! Estos son versos.
¿No sabéis que es trovador?
¿Y no visteis trovas?
PAJE. ¡Ah!
Pero dicen también...

RUI. ¡Bah!
PAJE. Que es un grande encantador.
RUI. ¡Paje!
PAJE. Escuchadme un momento.
Si a la noche, cuando todo
quieto está, vierais el modo
con que por este aposento
discurre solo y pasea;
¡oh! se me eriza el cabello
sólo de pensar en ello:
¿y queréis vos que no crea?...
Anda apriesa como un loco,
párase trechos; medita,
blande no sé qué varita,
y hablando bajo algún poco,
o las estrellas del cielo
mirando, con una pluma
escribe a ratos, y en suma
forma cercos en el suelo,
que acaso encantos serán...
RUI. ¿Y qué son encantos?
PAJE. ¡Oh!
¿Vos no lo sabéis?
RUI. ¿Yo?... no.
PAJE. Algún día os lo dirán.
Yo por mí, me voy: os hablo
con claridad; no me alcance
su magia, porque ése es trance
en que tiene parte el diablo.
No quiero yo que me hechice.
Mi salvación es primero.
Porque si él es hechicero,
como la gente lo dice,
y si sabe alzar figura,
no doy por mi alma un cornado.
RUI. Calle, o morirá quemado
si da en tan necia locura.
Mucho vino del de Toro
habrá sin duda bebido
el deslenguado. ¡Atrevido!
¡mala lanzada os dé un moro!
Dejad ya bachillerías,
paje, y mirad quién así

(Mirando a la puerta del foro).

llega sin licencia aquí,
ni venias, ni cortesías. (*Se asoma el paje.*)
PAJE. Y en la cámara se mete.
RUI. ¡Vive Dios que es hombre franco!
PAJE. Y armado de punta en blanco,
que parece un matasiete.

ESCENA VII

RUI PERO, PAJE, MACÍAS, FORTÚN

(*Macías viene armado a uso del siglo XIV, todo de negro, penacho, y calada la visera: Fortún viene armado también, pero más a la ligera.*)

PAJE. ¡Buen talle y bella postura!
MAC. (*A Fortún.*) Hasta aquí, Fortún, entremos,
donde a alguno preguntemos.
RUI. (¡Cierto, es gallarda figura!
bueno es que aquí no se quede.)
¿Quién es, decid, el osado
que a esta cámara se ha entrado
sin pedir venia?...
MAC. Quien puede.
RUI. ¿De la casa sois acaso?
MAC. Y familia de Villena.
RUI. ¿Algún doncel?...
MAC. ¡Tal vez!
RUI. (¡Buena
traza! Si fuese... mas acaso
imposible es...)
MAC. Responded.
Don Enrique, ¿dónde está?
RUI. Fuera de aquí.
MAC. ¿Tardará?
RUI. Puede ser.
MAC. Haced merced
de decirle...
RUI. Vuestro nombre
diréis primero.
MAC. No a vos.
RUI. ¿A mí solo no? (¡Por Dios,
desenfado gasta el hombre!)
Ved que acaso tardaré.

y él también. Salid afuera...
MAC. Discurrid de qué manera
he de salir.
RUI. ¿Le diré...?
MAC. Diréisle que un caballero
que de Calatrava viene,
y a quien mucho estima, tiene
que hablarle.
RUI. Bien; mas primero
salid...
MAC. Ya os dije que no;
inútilmente pugnáis.
Ved más bien si presto vais.
Ya lo que he de hacer sé yo.
RUI. (Fuerza es dar a don Enrique
aviso.) (*Bajo al paje.*) Esperadme a mí,
vos, paje.—(¡Quédese aquí!)—
Vuestra merced no se pique,
que, como tiene calada
la visera, de ignorante
es la ofensa...
MAC. Id adelante,
que la lleváis perdonada. (*Vase Rui Pero.*)

ESCENA VIII

MACÍAS, FORTÚN, PAJE

MAC. (*Al paje.*) ¿Qué hacéis vos aquí?
PAJE. Quedarme.
MAC. ¿Para qué? ¿de bandoleros
tenemos trazas?
PAJE. No sé.
MAC. Idos fuera.
PAJE. ¡Bien, por cierto!
De fuera vendrá...
MAC. ¿Qué dice?
PAJE. Nada he dicho. (*Yéndose.*) Pues es bueno
que nos mande...
FORT. Pajecillo,
os manda quien puede hacerlo.

(*Vase el paje a la cámara inmediata, donde se le ve de cuando en cuando pasear de una parte a otra.*)

ESCENA IX

MACÍAS, FORTÚN (*Alza Macías la visera.*)

MAC. Por fin llegamos, Fortún.

FORT. ¡Pluguiera a Dios fuese a tiempo!

Nada entonces importara
haber los caballos muerto
galopando noche y día,
ni traer molidos los huesos,
ni...

MAC. A tiempo, Fortún, llegamos.

Como imaginé, mi objeto
se logró de que ninguno
me conociese en el pueblo
antes de que a don Enrique
hable y vea; porque temo
que si me viera Hernán Pérez,
o algún su amigo o su deudo,
estorbaran, como suelen,
mis osados pensamientos.

FORT. Hernán Pérez fué sin duda
quien al marqués persuadiendo,
hacia la villa de Alhama
te envió por tenerte lejos.

MAC. Sí: y yo sé que en el camino,
por ver si a Alhama en efecto
pensábamos ir, gran rato
sus parciales nos siguieron:
y así, quise deslumbrarlos
dando tan largo rodeo.

FORT. Mejor es que no te esperen.

MAC. El maestro mucho menos,
pues sabe que sin su venia
venir donde está no suelo;
pero habrá de perdonarme,
que esta vez sin ella vengo.

FORT. ¿Mas hoy no se cumple el plazo?

MAC. Hoy cumplió; ¿mas qué? ¿tan presto
casarse dejara Elvira?

¿Pudiera olvidarme?

FORT.

Cierto

que las mujeres...

MAC. ¡Fortún!
clávame antes en el pecho
un puñal que eso me digas.

FORT. Si así fuese...

MAC. No lo temo
de mi bella. ¿Elvira ingrata?
No es posible.—¡Antes el cielo
me confunda que eso vea!

FORT. ¿Más que mucho que ella, viendo
que tú te tardas...?

MAC. Bien sabes,
Fortún, con cuántos pretextos
me detuvo en Calatrava
el fementido clavero.

Bien sabes, Fortún amigo,
que allí me ha tenido preso,
y que acaso no saliera
de su poder, no fingiendo
haber a Elvira olvidado
por otros amores nuevos.
De suerte que al fin, Fortún,
recordando tantos riesgos,
aun haber llegado hoy mismo
por grande dicha lo tengo.

FORT. ¡Quiera Dios!...

MAC. ¿Que ha de querer,

sino que al maestré luego
le hable yo, y que al fin estorbe
de Vadillo los deseos?
No es tanto el favor que goza
que estando en el mismo pueblo
me ofenda sin que mi saña
castigue su atrevimiento.

No vengo yo desarmado,
y sabré oponer mi acero
a los tiros de su lengua,
poniendo a su audacia freno.

Si presume que a mi Elvira,
mi vida, mi bien, mi cielo,
porque oculté mis amores,
impunemente le cedo,
ya probará lo contrario
ese valido hidalgüelo

cuando le arranque la lengua,
y el vil corazón del pecho.
Algún resto de amistad
en el de Villena espero,
por más que su protección
me haya quitado hace tiempo.
Al fin es señor, y es noble,
y es grande, y es caballero,
y Aragón, que en esto solo
dicho está todo lo bueno,
aunque fuera mi enemigo,
fuéralo por nobles medios.
El hará que remitamos
nuestros agravios al duelo
el hidalgo y yo.

FORT. ¿Eso quieres?

MAC. Con eso estoy satisfecho.

¿Quién a Elvira ha de quitarme
combatiendo cuerpo a cuerpo?

FORT. Repara que alguien se acerca.

¿No sientes ruido?

MAC. Escuchemos.

¡Don Enrique! Ponte a un lado.

(Retírase Fortún.)

Su voz conocí.

(Se cala la visera, y se aparta algo atrás.)

ESCENA X

MACÍAS, FORTÚN, DON ENRIQUE, RUI PERO

RUI. Por miedo

de turbar la ceremonia,
no lo dije, señor, luego.

ENR. ¿Quién puede ser? ¿Sospecháis?...

RUI. Nada sé; viene encubierto.

ENR. Aquí está. ¿Sois vos quien dicen
que entra aquí sin miramiento?

MAC. Excusadme; entrando aquí
usé de mi propio fuero.

ENR. ¿De su fuero? ¿Y lo es también
venir a hablarme cubierto?

Tuviera yo cortesía,

si fuera que vos. ¡Rui Pero!...

MAC. Perdona, señor; tu clase
y tu grandeza respeto.

Yo te hablara más cortés
a estar solos.

ENR. ¿Solos? (A Rui Pero.) Presto
despejad.

(Vase Rui Pero: Macías llega a su escudero, se quita el
yelmo y se le entrega.)

MAC. Fortún, afuera
me aguarda.

(Macías llega a don Enrique, quien titubea al principio,
y le reconoce por fin.)

ENR. ¿Sois vos? ¿Qué veo?

ESCENA XI

MACÍAS, DON ENRIQUE

MAC. Sí, gran señor; tanto fía
tu doncel en tu amistad;
tu generosa bondad
oiga la disculpa mía.
No niego que me has mandado
a otra distante jornada,
y que de esta mi llegada
con razón te has admirado.
Perdona si a la orden tuya
no di obediencia debida,
porque es quitarme la vida
mandar que de Andújar huya.
Aquí está Elvira, señor,
y aquí, como caballero,
mi juramento primero
me llamaba y el amor.
No presumas que es nacido
de alguna leve afición;
no, que es veraz mi pasión
y nadie igual la ha sentido.
Muchas veces por vencella
la ausencia y tiempo imploraba;
mas dondequiera que estaba,
allí Elvira, allí mi bella.

Ni alcanzaba libertad,
 por más que, libre, la huía;
 sólo a ella en el campo vía,
 sólo a ella en la ciudad.
 A Elvira hablaba en el sueño,
 despierto a Elvira también;
 y ni conozco otro bien,
 ni soy de no amarla dueño.
 Harto hice en privarme un año
 de su vista; y si de aquí
 apartado padeci
 ausencia tan en mi daño,
 quise poner de mi parte
 la razón y el sufrimiento,
 para con más ardimiento
 venir después a implorarte.
 Bien sé yo que un mi enemigo,
 a quien conozco, y no alcanza
 el poder de mi venganza,
 en mal me pone contigo;
 pero sé también...

ENR. Macías...
 ¡Venís en mala ocasión!
 Si estimáis la protección
 que os dispensé en otros días,
 si os queréis bien a vos mismo,
 volveos...

MAC. ¿Volverme yo?
 ¿Y tú me lo mandas? No.
 ¡Trágueme antes el abismo!
 Yo de aquí no he de moverme
 sin que a Elvira por esposa
 me concedan. ¿Qué otra cosa
 pudiera a Andújar traerme
 sin tu aviso? Ni en la tierra
 habrá quien de ella me aleje;
 ni me mandes que la deje,
 ni que me parta a la guerra,
 ni que piense, ni imagine
 sino el cómo ha de ser mía.
 Recuerda que hoy es el día
 que el plazo expiró; y que vine
 sabe en fin a ser de Elvira
 o a morir; sí, lo juré,

yo de aquí no partiré
 sin esposa. Conque mira
 qué determinas ahora.
 Ni aun a Elvira quise hablar
 hasta no verte, y lograr
 la dicha que el alma adora.

ENR. ¿Y sois vos el que me alega,
 para encontrarme indulgente,
 méritos de inobediente,
 cuando aquí sin orden llega?
 ¿Y aun se llama mi doncel,
 y pretende que le ampare?
 ¡Vive el cielo que no pare
 hasta hacer ejemplo en él
 de indóciles servidores!
 ¡Vive Dios que es abonado
 el que su puesto ha dejado
 por unos necios amores!

MAC. No me digáis más: bien veo
 que no se durmió en mi ausencia
 Fernán Pérez.

ENR. ¡Qué insolencia!
 MAC. Don Enrique, apenas creo
 lo mismo que oyendo estoy.
 ¡tanta mudanza en un año!
 ¿Tan amargo desengaño
 me guardabais, cielos, hoy?

ENR. Nunca en la amistad mudé
 que algún tiempo os prometí;
 si hoy distinto os parecí,
 por vuestros desmanes fué.
 Sabed en fin que la mano
 que me demandáis de Elvira,
 sólo porque el plazo expira
 venís a pedirla en vano.

MAC. (Agitado.) ¿En vano decís?

ENR. (Afectadamente.) Macías,
 bien quisiera yo ampararos,
 y os amparara a encontraros
 y a hablarme vos ha dos días,
 mas...

MAC. (Precipitadamente.) No encubras la verdad.
 ¿Prometístela?

ENR. (Secamente.) Doncel,

no la prometí, mas... él...

(Mira con inquietud hacia la puerta.)

MAC. (*Con ansia.*) Acaba presto.

ENR. (*Señalando a la puerta.*) ¡Mirad!

(En aquel mismo instante entran Elvira y Fernán Pérez, que la trae de la mano, y después los siguen Nuño, Beatriz y demás. Elvira, al conocer a Macías, se suelta precipitadamente de Fernán, y cae desmayada hasta el fin de la escena en brazos de Beatriz y Nuño. Fernán Pérez se pone en actitud de defenderse de Macías, quien, fuera de sí, se arroja hacia él con la espada desenvainada. Don Enrique se interpone con su acero, y Macías, volviendo en sí, se arroja a sus pies; todo como lo indica el diálogo.)

ESCENA XII

MACÍAS, DON ENRIQUE, ELVIRA, FERNÁN PÉREZ, NUÑO,
BEATRIZ, ALVAR, PAJES

MAC. (*Al verlos.*) ¡Cielos!

FERN. ¡El doncel aquí!

ELV. ¡El es!

(Cae desmayada; Nuño y Beatriz la sostienen.)

MAC. ¡O venganza o muerte!

NUÑO. ¡Elvira!

BEAT. ¡Señora!

FERN. (*A Macías.*) Advierte...

ENR. ¿Osáis delante de mí,
Macías...?

MAC. ¡No hay esperanza
sino en morir o matar!

ENR. ¡Teneos!

MAC. ¡Hay más penar!

(Se arroja a sus pies.)

¡Señor, o muerte o venganza!

(Cae el telón.)

ACTO TERCERO

Habitación de Fernán Pérez y de Elvira. Puertas laterales, dos en primer término y dos en segundo. Otra de foro. Ventanas a los lados de la de foro con vidrios de colores al uso del tiempo, de gusto gótico.

ESCENA PRIMERA

BEATRIZ, MACÍAS

(Macías entra a pesar de Beatriz, que trata de impedirselo.)

BEAT. Sal presto, señor; no insistas...

MAC. Beatriz, es fuerza. He de verla.

BEAT. Repara que si su esposo...

MAC. ¿Su esposo? No; nada temas,

con don Enrique le dejo:

no vendrá. La vez postrera

será que a la ingrata Elvira

antes de mi muerte vea.

BEAT. Tente, señor; oye... escucha.

MAC. Sin verla no he de irme.

BEAT. Espera.

MAC. Aquí me hallará Hernán Pérez.

BEAT. Advierte...

MAC. Nada hay que advierta.

Mira, pues, si te conviene

darme paso antes que venga...

un cuarto de hora... un instante...

¡Beatriz!

BEAT. ¡Silencio! Alguien llega.

Ella es.

MAC. ¿Es ella?

BEAT. Sal presto.

MAC. Nunca.

BEAT. Pues bien; a esa pieza

éstrate... sí... yo he de hablarla...

Yo le diré...

(Le obliga a ir hacia la segunda puerta de la izquierda.)

MAC. ¡Beatriz!

BEAT. Entra,

señor, que si ella consiente...

MAC. Me entro fiado en tu promesa. (*Se entra.*)

BEAT. Toda tiemblo. ¿Hay tal empeño?

¡Si Hernán Pérez lo supiera!

ESCENA II

BEATRIZ, ELVIRA

(Ambas conservan aún los vestidos del acto segundo: Beatriz en toda esta escena está agitada, como temerosa de que Macías se descubra, y no pierde de vista el gabinete. Macías entreabre de cuando en cuando la puerta para escuchar. Elvira está de espaldas al gabinete de Macías.)

ELV. (*Saliendo.*) ¿Y qué es, Beatriz, de mi esposo?
¿Qué de Macías?

BEAT. Sosiega
tu inquietud; de ambos la furia
logró refrenar Villena.
Mas pidió tu amante el duelo,
y hubo de darle su venia.

ELV. ¿Qué dices?

BEAT. Que lo retó
para mañana en presencia
de don Enrique, que es juez
del campo.

ELV. ¡Ay, cielos! ¿No era
bastante ya que me dieseis
tirano esposo por fuerza,
sino que es también preciso
que sangre de uno se vierta?
¡Oh! si el dolor me acabara,
Beatriz, ¡cuán dichosa fuera!

MAC. (*¡Pérfida!*)

ELV. ¿Y ni pude hablarle,
ni saber la causa cierta
de su tardanza? ¡Dios mío!
¿conque fué un ardid la nueva
de su boda allá?

BEAT. Señora,
si quieres hablarle...

ELV. ¡Necia!
hablárale ayer; mas hoy...
eso fuera hacer ofensa

a mi esposo... Estoy casada.

¡Infeliz!

BEAT. ¡Ah! ¡qué imprudencia!

ELV. Mas ¿qué sobresalto es ése?

¿Tú sabes?

BEAT. No es nada.

ELV. ¿Niegas

lo que estoy viendo en tu rostro?

¿Qué secreto o triste nueva?...

Dilo de una vez ya todo,

que ya a todo estoy dispuesta.

¿Puedo ser más desgraciada?

¿Tú le viste? ¿A alguien esperas?...

Habla ya.

BEAT. Macías mismo
me pidió de ti una audiencia.

Quiere hablarte.

ELV. ¿Hablarme? Nunca.

No, Beatriz, no.

BEAT. En esta pieza
me habló...

ELV. ¿Y fuéese?

BEAT. Fué imposible
echarle.

ELV. ¿Qué dices? ¿Piensas
lo que hiciste? Luego aquí...

(Con el mayor sobresalto y mirando a todas partes.)

BEAT. No... mas...

ELV. ¿Dónde? ¡Suerte adversa!
¿Y tú te atreves?...

BEAT. Señora...

ELV. ¿Dónde está? ¡Si Hernán viniera!...
¡Yo huyo de aquí!... tú al momento...
dispón que parta...

MAC. Ya es fuerza
salir.

ELV. (*Al verle.*) ¡Ay!

(Se cubre el rostro con las manos.)

BEAT. ¡Cielo!

ELV. ¡Imprudente!

¿Tú le ocultaste? (*A Macías.*) Huye.

MAC. Espera.

(Elvira quiere huir a su habitación, y Macías la detiene.)

ESCENA III

MACÍAS, ELVIRA, BEATRIZ

- MAC. ¿Dónde corres, Elvira? Tú has de oírme.
 ELV. ¡Cielos! ¿qué haré?
 MAC. (*Asiéndola.*) Detente; huyes en vano.
 ELV. ¡Ay! ¿Aquí tú, Macías? (¡Infelice!
 ¿Qué iba a decir?)—¡Dios mío, dadme amparo,
 dadme fuerza y virtud!—Señor, ¿qué os trae?
 ¿Cómo entrasteis aquí? Volved los pasos
 donde a una esposa no ultrajéis; que ahora
 vuestra osadía ofende mi recato.
 MAC. No soy yo, bien lo sé, no, el venturoso
 que a este punto esperabas en tus brazos.
 ¿Qué hace ese esposo tan feliz? ¿Qué tarda?
 ¿Dónde está?
 ELV. ¡Qué furor! ¡Ah, reportaos!
 ¡Volveos, por piedad!
 MAC. ¿Que ora me vuelva?
 ¿Y adónde, adónde, desgraciada? ¿Acaso
 denodado arrostré tantos peligros,
 como mi vida mísera amagaron,
 para verte y dejarte? Ya eres mía,
 de aquí no he de salir...
 ELV. ¡Hablad más bajo!...
 MAC. Sino dichoso.
 ELV. ¡Que os oirán! Macías,
 yo os lo pido, os lo ruego: sí, alejaos.
 MAC. ¿Con cuáles sacrificios me obligaste
 a que escuche tus ruegos apiadado?
 ¡Delirios!
 ELV. ¿Qué decís? Pues no os importa
 lo que pierde mi honra, si en palacio
 os llegan a encontrar, tened al menos
 piedad de una infeliz que habéis amado...
 MAC. ¡Y me ruega que parta!
 ELV. En fin, Macías,
 si no bastan mis ruegos, yo os lo mando.
 MAC. Antes acaba, infiel, lo que empezaste;
 vierte mi sangre toda, y despiadado
 tu corazón sediento satisfaga

- sus odios contra mí; pues, vivo, en vano
 de aquí quieres que salga.
 ELV. (*Con la mayor zozobra.*) ¡Qué tormento!
 Beatriz, por Dios, escucha; yo temblando
 estoy de una sorpresa; corre; avisa
 si le vieses venir.
 BEAT. En mi cuidado
 puedes, señora, descansar. (*Vase.*)
 ELV. ¡Dios mío!

ESCENA IV

ELVIRA, MACÍAS

- ELV. ¿Qué pretendéis? Soltad. ¿No oís sus pasos?
 MAC. Nada me importa ya. Tú en algún tiempo
 ningún riesgo temblabas a mi lado.
 ELV. Era entonces amante: esposa de otro
 soy ahora; vos mismo, vos tardando...
 MAC. ¿Qué profieres, Elvira? ¿Es tarde, es tarde
 el mismo día que se cumple el plazo?
 ¿no es otra tu disculpa? ¿No supiste
 prestar tú ni fingir otros descargos?
 Yo a oírlos vengo, que muriendo quiero
 expirar a lo menos engañado.
 Deslúmbrame, tirana: al menos dime
 que la violencia fué, que fué el engaño
 quien te casó.
 ELV. Callad, que si supierais...
 MAC. Di que el infiel yo he sido: que mil lauros
 mereciste al casarte; que me amabas;
 que tal vez por amarme demasiado
 te casaste con otro. Sí, yo mismo
 la venda me pondré que con tus manos
 debieras poner tú sobre mis ojos.
 ¿Ni merezco siquiera un desengaño?
 ¿Callas confusa?
 ELV. Si me oyerais...
 MAC. Puede
 que tu lealtad probaras. ¡De tu labio
 tanto fías, Elvira? ¿Mas los ojos
 bajas, mísera, al suelo avergonzados?
 ¡Mujer, en fin, ingrata y veleidosa!

¡Ay infeliz del que creyó que amado
de una mujer sería eternamente!
¡Insensato!

ELV. No más; basta; ¿ese pago
alcanzan tanto amor y tantas penas
como por vos mi pecho destrozaron?
¿Y os amaba yo aún?

MAC. ¿Me amas? ¿Es cierto?
¿Tú me amas todavía? ¿Y aún estamos
en Andújar los dos? ¡Ay! ¿Quién ahora
me robará la hermosa que idolatro?
¿Me amas? Ven.

ELV. ¿Yo eso he dicho? Que os amaba
sólo quise decir, mas no que os amo.

MAC. No tus ojos, tu llanto, tus acentos,
tu agitación, tu fuego, en que me abraso,
dicen al corazón que tus palabras
mienten ahora; sí, bien mío, huyamos.
Todo lo olvido ya. Pruébame huyendo
que no fué liviandad el dar tu mano.

ELV. ¿Dónde me arrastras?

MAC. Ven; a ser dichosa.
¿En qué parte del mundo ha de faltarnos
un albergue, mi bien? Rompe, aniquila
esos que contrajiste, horribles lazos.
Los amantes son sólo los esposos.
Su lazo es el amor: ¿cuál hay más santo?
su templo el universo: dondequiera
el Dios los oye que los ha juntado.
Si en las ciudades no, si entre los hombres
ni fe, ni abrigo, ni esperanza hallamos,
las fieras en los bosques una cueva
cederán al amor. ¿Ellas acaso
no aman también? Huyamos; ¿qué otro asilo
pretendes más seguro que mis brazos?
Los tuyos bastaránme, y si en la tierra
asilo no encontramos, juntos ambos
moriremos de amor. ¿Quién más dichoso
que aquel que amando vive y muere amado?

ELV. ¿Qué delirio espantoso, qué imposibles
imagináis, señor? Doy que encontramos
ese asilo escondido: ¿está la dicha
donde el honor no está? ¿Cuál despoblado
podrá ocultarme de mí propia?

MAC. ¡Elvira!

ELV. Juré ser de otro dueño, y al recato,
y a mi nombre también y a Dios le debo
sufrir mi suerte con valor, y en llanto
el tálamo regar; si no dichosa,
honrada moriré; pues quiso el hado
que vuestra nunca fuese, ¿por ventura
podrán vuestros delirios contrastarlo?
Ved este llanto amargo y doloroso,
ved si os amé, señor, y si aun os amo
más que a mi propia vida; con violencia,
verdad es, y con fraude me casaron;
pero casada estoy; ya no hay remedio.
Si escuchara a mi amor, vos en mi daño
a denostarme fuerais el primero.
Vuestro aprecio merezca, ya que en vano
merecí vuestro amor. Si aborrecido
ese esposo fatal me debe tanto,
¿qué hiciera si con vos, por dicha mía,
me hubiera unido en insoluble lazo?

MAC. No, tú no me amas, no, ¡ni tú me amaste
nunca jamás! Mentidos son y vanos
los indicios; tus ojos, tus acentos
y tus mismas miradas me engañaron.
¿Tú en ser de otro consientes, y a Macías
tranquila lo propones? ¿Tú en sus brazos?
Tú, Elvira, y cuando lloren sangre y fuego
mis abrasados ojos, ¡ah! ¡gozando
otro estará de tu beldad! ¡Y entonces
tú gozarás también, y con halagos
a los halagos suyos respondiendo!!!...
¡Imposible! ¡Jamás! No, yo no alcanzo
a sufrir tanto horror. ¿Yo, yo he de verlo?
Primero he de morir o he de estorbarlo.
¡Mil rayos antes!!!...

ELV. ¡Cielos!

MAC. ¿Qué es la vida?
Un tormento insufrible, si a tu lado
no he de pasarla ya. ¡Muerte! ¡Venganza!
¿Dónde el cobarde está? ¿dónde? ¡Villano!
¿Me ofende y vive? ¡Fernán Pérez!

ELV. ¡Calla!
¿Qué intentas, imprudente? Demasiado
le traerá mi desdicha.

MAC. ¿Y qué? En buen hora;
venga y traiga su acero, venga armado.
Aquí el duelo será. ¿Por qué a mañana
remitirlo? Le entiendo, sí; temblando
de mi espada, quiere antes ser dichoso.
¿Lo esperas, Fernán Pérez? ¡Insensato!
No, no la estrecharás, mientras mi sangre
hierva en mi corazón. Abrate paso
por medio de él tu espada. Este el camino
es al bien celestial que me has robado.
¡No hay otro! ¿Y ella es tuya? Corre, vuela.
¡Mira que es mía ahora, y que te aguardo!
¡Hernán Pérez! (*Saca la espada.*)

ELV. ¡Silencio! ¿Qué pretendes?
Le turba su pasión. Tente. Arrojado,
¿dónde corres así? Dame esa espada.

MAC. ¡Huye, oh tú, esposa de otro! Sí: buscando
voy mi muerte, tú misma la deseas:
sin miedo ni rubor idolatrarlo
después de ella podrás. Toma ese acero.
(*Llega Beatriz sobresaltada.*)
La vida arráncame, pues me has quitado
lo que era para mí más que mi vida,
más que mi propio honor. ¡Desventurado!
(*Elvira coge la espada.*)

ESCENA V

ELVIRA, MACÍAS, BEATRIZ

BEAT. Huí, señor, que llegan.
ELV. ¡Ah!
MAC. ¿Quién llega?
BEAT. El marqués, y Fernán sigue sus pasos...
Avisados sin duda...
MAC. Yo os doy gracias,
cielos, por tanto bien; presto escuchados
fueron mis votos.
ELV. ¡Huye!
MAC. ¿Quién? ¿Yo, Elvira?
¿Delante de él huir? ¿Yo que le llamo?
ELV. ¡Por piedad! ¡Por mi honor!
MAC. Dame esa espada.
ELV. ¿La espada? ¿Para qué? Tú, temerario,

¿testigo hacerme intentas de tu arrojo?
MAC. ¡Mi espada, Elvira!
ELV. ¡Nunca!
BEAT. ¡Ya han llegado!
¡Ya no es tiempo!
ELV. No; al menos tanta sangre
no correrá por mí. Tente, ¡o la clavo
en mi pecho!
BEAT. ¡Señora!
FERN. (*Entrando.*) ¡Qué osadía!
MAC. (*Porfiando.*) ¡Elvira!
FERN. (*A don Enrique, que entra.*) ¡Señor, vedle!
MAC. ¡En fin, me hallaron
sin mis armas!

ESCENA VI

ELVIRA, BEATRIZ, MACÍAS, FERNÁN PÉREZ, DON ENRIQUE, RUI PERO, ALVAR, PAJES ARMADOS. (*Estos, capitaneados por Rui Pero y Alvar, rodean a Macías.*)

ENR. ¿Qué miro? ¿Y ese acero
qué significa, Elvira?
ELV. En vuestras manos,
señor, le deposito, y tengo a dicha
haber hoy tantos males estorbado.
MAC. ¡Sólo esto me faltaba!
FERN. ¡Elvira!
ELV. ¡Tiemblo!
FERN. ¿No bien casada, y os encuentro...?
MAC. ¡Hidalgo!
ELV. Señor...
MAC. La culpa es mía; es inocente.
FERN. ¿Y vos con qué derecho hasta el estrado
de mi esposa...?
ENR. ¡Vadillo!
FERN. ¡Vive el cielo!
que a no estar el maestro...
ENR. Reportaos.
MAC. Venid donde no esté.
ELV. ¡Fernán!
ENR. Vadillo,
¡de aquí vos no saldréis!

FERN.

¡ Señor!...

ENR.

Lo mando.

Dejadme que yo le hable. (*A Macias.*) ¿ Conque
[es cierto?

¿ Vos aquí de esta suerte, y ultrajando
la casa de un hidalgo, a quien protejo!
¿ Y vos a quien concedo el campo franco
porque a Elvira no veáis ni a Fernán Pérez
hasta el punto del duelo, tan osado,
que ni escucháis razones, ni hay respetos
para vos, ni hay consejos, ni hay mandatos,
ni hay poner freno a vuestra audacia? En donde,
insolente, aprendéis?

MAC.

Sellad el labio,

o vive Dios... ¿ Qué os debo, y qué respeto
por vuestra protección he de guardaros?
¿ Protegen de esta suerte los señores?
¿ Qué os debo sino mal? Si esto es amparo,
sed desde hoy mi enemigo, y ese tono
altanero dejad. ¿ Pensáis acaso
que soy menos que vos? No, don Enrique.
¿ En qué justas famosas vuestro brazo,
o en qué lid me venció? Coged la lanza,
y conmigo venid; presto ese ufano
orgullo abatiré.

ENR.

¡ Qué oigo!

ELV.

¡ El se pierde!

MAC. Si en vuestra cuna y en honores vanos
tanto orgullo fundáis, eso os obliga
a proceder mejor. Sois inhumano,
injusto sois conmigo, don Enrique,
porque en la cumbre os veis; porque ese infando
poder gozáis, con que oprimís vilmente,
en vez de proteger al desdichado,
a una débil mujer; vos valeroso
contra las bellas sois. ¡ Mirad qué lauros!
Dígalos vuestra esposa, que a una ciega
ambición inmoláis. ¿ Cómo apiadaros
del grito del amor? Vos ni su noble
fuego entendéis, ni nunca habéis amado,
ni sois capaz de amor. Para otras almas
de un temple más sublime se guardaron
esas grandes pasiones...

ENR.

¡ Mal nacido!

¡ Infame!, ¡ vos a mí tal desacato!

MAC. Callad, callad, o mi furor... ¿ Yo infame?

¿ Yo mal nacido? ¿ Y sufro tanto agravio?

¡ Vive Dios, don Enrique el hechicero,
que si espada tuviera, presto el labio
yo os hiciera sellar!...

FERN.

Señor, dejadme

que castigue su audacia; él aquí entrando
a mí me ofendió primero.

ENR.

Fernán Pérez,

ya os dije que vuestra honra está a mi cargo
y ya os mandé callar. Guardias, al punto
al alcázar llevadle.

ELV.

Perdonadlo.

Más generoso sed, pues sois más grande.
Su pasión le cegó. Dadle un caballo,
parta lejos de aquí; salve su vida,
y revóquese el duelo. El tiempo acaso
hará, y la ausencia, lo demás; tan sólo
yo así dichosa podré ser, o un tanto
menos desventurada; así tranquilo
podrá mi esposo estar.

MAC.

¡ Caigan mil rayos

sobre mí! ¿ Tú también, desventurada,
con súplicas te humillas al tirano?
¿ Tú por mi vida, que sin ti no aprecio,
tú por tu esposo y tu quietud rogando,
tú mi ausencia le pides? ¿ Tú a Hernán quieres?
Bien, ya eres suya; pero atiende. En vano
piensas la dicha hallar, ni en ti la ausencia
podrá sanar el mal, sino aumentarlo.
Cuando mi muerte sepas, en tu oído
siempre estará mi nombre resonando.
Yo le maté, dirás; tu esposo en celos
arderá, temeroso de que al cabo
le vendas como a mí, y hasta tus besos
mentiras creará. Cierto, y seránlo.—
Ella, Fernán, me amó, y volverá a amarme;
si constancia te jura, es sólo engaño;
también a mí me la juró, y mentía.
Siempre al amante buscará lejano,
y nunca podrá hallarle; tus amores
fría rechazará, con llanto amargo
inundando tu lecho.— ¡ Fementida!

Cuando olvidarme quieras en sus brazos,
entre tu esposo y entre ti mi sombra
airada se alzaré, para tu espanto,
de sangre salpicando todavía
tu profanado seno; con su mano
yerta te apartará, siempre a tu mente
tu deslealtad infame recordando;
y hondamente *Macias* repitiendo,
¡*Macias* sonará por el espacio!!!
Llevadme ya a la muerte...

ELV. ¡Espera!

FERN. ¡Elvira!

ENR. (*A Alvar.*) Idos.

MAC. ¡Pérfida, adiós! Vive... y... mas... vamos.

(Salen. Beatriz detiene a Elvira, que quiere seguirle. Fernán Pérez sale hasta la puerta viendo marchar a Alvar con Macias y demás. Elvira quiere ir tras él, pero, deteniéndola Beatriz, vuelve a oír lo que dice don Enrique a Rui.)

ESCENA VII

DON ENRIQUE, FERNÁN PÉREZ, ELVIRA, BEATRIZ, RUI PERO

ELV. (*Tras Fernán Pérez.*) ¡Señor! ¡Ninguno me oye!

ENR. Vos, Rui Pero,

dejad al insolente asegurado
en la torre, y de allí ver que no salga
hasta que llegue del combate el plazo.

(*Vase Rui Pero.*)

ELV. ¡En la torre, Beatriz! Ya libremente
suelto la rienda a mi dolor y al llanto.

ESCENA VIII

DON ENRIQUE, FERNÁN PÉREZ, ELVIRA, BEATRIZ

ENR. Por ahora, Fernán Pérez,
ya en la torre está seguro.
Yo veré si hallo algún medio
de evitar, honroso y justo,
el duelo; mas por si al cabo
no se encontrase ninguno,
dispones, que es valiente.

En lo que sé de él me fundo,
pues pensar en revocarlo
ni puedo, ni es oportuno,
ni es bueno que vos quedéis
por cobarde en este asunto
siendo mi escudero.

FERN. Airoso

quedarás, señor; lo juro.

ENR. Y avisadme en el momento
que vuelva de Arjona Nuño. (*Vase don Enrique.*)

ELV. ¿Lo oyes? De evitar el duelo
no hay, Beatriz, medio alguno.

ESCENA IX

FERNÁN PÉREZ, ELVIRA, BEATRIZ

FERN. (*Para sí.*) No moriré en este trance.

¡Locura fuera! ¿Qué busco
yo en esa lid? Sólo el bien
que ya poseo aventuro.

Muera él antes; sí, perezca,
si el duelo no se hace nulo.

Elvira... dejarla quiero...

(*Hace ademán de irse.*)

ELV. Me resuelvo... ya no dudo...

Fernán... (*Va tras de él.*)

FERN. ¿Quién viene?

BEAT. (*¿Qué intenta?*)

FERN. ¿Me buscáis?

ELV. Sí, a vos.

FERN. (*¿Qué escucho?*)

ELV. Sí, a vos, Hernán; ya es forzoso,

ya más mi dolor no encubro.

Salga del pecho, y al menos

consérvese el honor puro.

Fuera el callar más, delito.

Beatriz, vete ya.

FERN. (*Confuso*

me tiene.)

ELV. (*Aparte a Beatriz.*) Su enojo empero
temo, que es cruel e injusto.

BEAT. (*Id. a Elvira.*) Te entiendo: a esa galería

próxima a ocultarme acudo,
de donde pueda ayudarte
si algún peligro descubro (*Vase.*)

ESCENA X

ELVIRA, FERNÁN PÉREZ

ELV. Esposo, escuchadme atento,
pues aunque callar quisiera,
no me dejara esta fiera
congoja y dolor que siento.
Vos ignorar no podéis
de qué suerte me han casado,
y que jamás os ha amado
mi corazón, bien sabéis.

FERN. ¿Qué decís?

ELV. Dadme licencia
para que acabe de hablar:
no pretendo yo culpar
al padre mío en su ausencia:
debo creer que su objeto
laudable y honroso fuese,
y, aunque así no lo creyese,
me ata la lengua el respeto.
No quiero turbaros, no,
con lágrimas y suspiros;
sólo, sí, podré deciros
que amaba a Macías yo.
Sé mis deberes muy bien,
y aunque noble no nací,
segura tenéis en mí
vuestra honra.

FERN. ¡Y ay de quien
no la guardase!

ELV. Mirad,
Vadillo, que aun no acabé.
Al fin sofocó mi fe
la paterna autoridad:
y entero su triunfo fuera,
si aquel engaño tan cierto
no se hubiera descubierto,
o Macías no viniera.

Mas en fin, todo fué en vano;
vino, y le vi, más amante
que nunca: yo la inconstante
he sido en daros mi mano.
Ahora ya el llanto es ocioso:
en situación tan funesta,
sólo un arbitrio me resta,
y el emplearle es forzoso.
Yo ser de otro no podré,
pues con vos casada estoy;
mas ya que aun vuestra no soy,
jamás, señor, lo seré.
Señalad vos un convento,
adonde ocultarme vaya,
y adonde esposo no haya
que redoble mi tormento.
Y presto, Hernán, que la vida
me ha de acabar mi quebranto:
y aunque allí en eterno llanto
viva después sumergida.
Esto es sólo lo que os pido;
éste es, en fin, el favor
que nunca puede, señor,
negar prudente marido.
¿Quién no quisiera tener,
escuchando estas razones,
entre seguras prisiones
encerrada a su mujer?
Ni hay mujer que no prefiera
a un indiferente esposo,
queriendo a otro, el reposo
de la regla más austera.

FERN. ¿Acabasteis?

ELV. Acabé.

FERN. ¡Mal reprimo ya mi furia!
¿Y para oír tal injuria
un año entero esperé?
Bien sé que al doncel, señora,
siempre tuvisteis amor;
sí; y en daño de mi honor
le amáis más que nunca ahora.
¿Para llorar me pedís
ese retiro y convento?
Eso es todo fingimiento.

¿Que soy necio presumís?
Sé que para ese doncel
tan osado no hay seguros
ni cerrojos, ni altos muros,
que puedan guardaros de él.

ELV. ¡Ah! ¡qué decís!

FERN. Loca y necia
anduvisteis en pensar
que yo os fuese a renunciar
lo que más el alma aprecia.
Mi esposa sois, y viviendo,
mi mujer habréis de ser,
que no hay quien pueda romper
tal lazo.

ELV. ¡Qué estoy oyendo!
¿Conque no hay remedio?

FERN. No.

¡Ninguno! ¡Vanas porfías!
Si es vuestro amante Macías,
vuestro marido soy yo.
Ceded, señora, a la suerte,
si no a fe de caballero... (*Echa mano al puñal.*)

ELV. Sacad, Fernán, el acero;
herid: no temo la muerte.

FERN. ¿Le ama, oh cielos, de tal modo
que ya prefiere a su olvido
la muerte?

ELV. Sí; yo os la pido.

FERN. No; sed mía antes de todo.

Un bien, un triunfo sería
la muerte para ellos dos.
No; viviréis, ¡juro a Dios!
para más venganza mía.
¡Mal haya el que tan amado
supo ser! ¿Le preferís?
¿El riesgo no prevenís?...

ELV. ¿Vos seréis capaz, malvado...?

FERN. Sí. ¡De todo! ¡Maldición
sobre él, sobre vos!... Mas... ved
si os quiero yo hacer merced
y halagar vuestra pasión.

Hoy le habéis de hablar, Elvira.

ELV. ¿Hablarle, señor?

FERN. Lo mando,

Yo os he de estar escuchando.

ELV. ¿Quién tal proyecto os inspira?

FERN. Diréis que me amáis, que a mí
me dió vuestro amor el cielo...
por tanto que excuse el duelo.

ELV. ¿Yo tengo de hablar así?

FERN. Mi honra así queda bien puesta;
la esperanza muera en él.

ELV. No; primero, hombre cruel,
estoy a morir dispuesta.

FERN. ¿No obedecéis? (*La ase del brazo con fuerza.*)

ELV. ¡Por piedad!

Me lastimáis. ¡Ah, señor!

FERN. ¿Tanto puede vuestro amor?

Ceded.

ELV. ¡No! Nunca.

FERN. Temblad.

(*Soltándola con fuerza y despecho.*)

Ya no insto más; mi venganza
tiene otros medios.

ELV. ¡Dios santo!

BEAT. (¡Yo he de entrar!)

FERN. (*Llamando por la izquierda.*) ¡Alvar!

ELV. ¡Qué espanto!

FERN. ¡Alvar!

ELV. ¡Adiós mi esperanza!

(*Entra Alvar, descubierta, por la izquierda.*)

ESCENA XI

ELVIRA, FERNÁN PÉREZ, ALVAR. (*Este y Fernán aparte.*)

FERN. (*A Alvar.*) Alvar, cuatro hombres buscadme...

¿Me entendéis? Dentro de una hora...
venid. (*Vanse.*)

ELV. ¡Ah! ¿Qué intenta ahora?

¿Será...? ¡Cielos, amparadme!

¿Qué haré en trance tan terrible?

¡Monstruo! ¿Y piensas que mi vida
a ti he de pasar unida?

¡Nunca! ¡Jamás! ¡Imposible!

¡Bárbaro! ¡En balde te halaga

mi esperada posesión,
que la desesperación
sabr  prestarme una daga!
  Y a dónde fué?   Con qué idea?
  Yo tiemblo!...

ESCENA XII

ELVIRA, BEATRIZ

BEAT. (*Despavorida.*)   Señora!   Elvira!

(Recelosas ambas en toda la escena de que las vean u oigan.)

ELV.   Qué es, Beatriz?

BEAT. (*Sin aliento.*)   Ah!ELV. En fin, respira:
dime...

BEAT. Aguarda: no nos vea.

ELV. No; march .

BEAT. S , demasiado
lo sé; oculta, desde allí,
varias palabras o 
que le dijo a su criado.
Esta noche...

ELV. Habla.

BEAT.   Un instante!...

Quiere, en su prisión, matar...

ELV.   Beatriz!

BEAT.   Ah!   Me hacéis temblar!

ELV.   Desgraciado! En ser constante,
  qué delito cometiste?
Mas no, asesinos, primero
ha de pasar vuestro acero
mi pecho.   Tú lo oíste?
  Beatriz! escucha... La torre
conozco en que est  encerrado...
Soborna a alguno... guardado
tengo oro... y alhajas... corre...
Mis collares, mis pendientes...

(Se arranca los adornos que lleva, presentándolos a Beatriz.)

Estas joyas de mi boda...
toma esa riqueza toda...dispón de ella.   Calla!   Sientes
pasos?...

BEAT. No.

ELV. Dile al primero
que se brinde a abrir, que es suyo
cuanto quiera; el resto es tuyo. (*D selos.*)

BEAT.   Qué dec is?   Yo? Nada quiero.

Mas corro... s  quien lo har ...

ELV. Ve; y al marqués, si es posible,
pues no es mi empresa infalible,
avisa, que él no sabr 
el riesgo de su doncel
ni tan vil traición. Volemos
Beatriz; o lo salvaremos,
o moriremos con él.

(Se entran por la derecha.)

ACTO CUARTO

Prisión de Macías. Puerta a la izquierda y derecha; la primera grande, la segunda secreta. Una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA

MACÍAS, FORTÚN

MAC. ¿Eso propone el marqués?

¿Para eso sólo te envía?

Fortún, al lucir del día
ten prevenido mi arnés.

FORT. ¿Diréle que del combate
no desistes?

MAC. ¿Desistir?

¿Y él lo pudo presumir?

¿Y sangre en sus venas late?

Si olvida, mal caballero,
el campo que concedió,
no me le ha de negar, no,
el rey Enrique Tercero.

Di más: que aunque el mismo rey
el campo franco rehuse,

y de su alto poder use
para hollar su propia ley,
aun no está a salvo el cobarde;
pues que juro por mi espada,
no quitarme la celada

hasta que, temprano o tarde,
le encuentre por fin doquiera,
y en su pecho fementido
deje mi acero escondido,
vengando mi afrenta fiera.

¿Piensa el marqués por ventura
que soy yo la de Albornoz,
que oigo temblando su voz
y obedezco? ¡qué locura!

FORT. ¿Diréle...?

MAC. Sí; di a Villena,

de mi parte, que no olvide
lo que su clase le pide,
lo que debe a la honra ajena:
que es excusado su empeño;
que si aun vivo, ha de saber
que es porque anhelo beber
la sangre al traidor; que es sueño
pensar que me vuelva atrás;
y al hidalgo, que ya anhelo
ver si es tan fuerte en el duelo
como en la corte, dirás;
y tú al despuntar la aurora,
prevén, Fortún, cuidadoso,
un alazán poderoso,
y mi espada cortadora.
Mis armas negras bruñidas
registra bien, y dos lanzas
prevénme. Mis esperanzas
mira no salgan fallidas.
Mas si muero...

FORT. Tiende un velo
sobre agüero tan fatal.

MAC. No sabe ningún mortal
el fin que le guarda el cielo.
A Rodríguez del Padrón,
mi amigo, mi espada lleva,
y déme la última prueba
de su afecto; mi pasión
le cuenta, y mi fin cruel:
di que la venganza mía,
mi honor a su brazo fía.

Tal confianza tengo en él.
FORT. Adiós, señor, y descuida
cuanto encargas a mi fe:
yo te juro que lo haré

por tu nombre y por mi vida. (*Vase Fortún.*)

MAC. Ve, y pide a Dios que me valga.
Pues no puedo ser amado
de Elvira bella, ¡vengado
del reto, a lo menos, salga!

ESCENA II

MACÍAS, *después de un momento de pausa, sumergido en el mayor dolor y enajenación.*

¿Ibate, pues, tanto en la muerte mía,
fementida hermosa, más que hermosa ingrata?
¿Así al más rendido amador se trata?
¿Cupo en tal belleza tanta alevosía?
¿Qué se hizo tu amor? ¿Fué todo falsía?
¡Cielo! ¿Y tú consientes una falsedad,
que semeja tanto la propia verdad?
¡Oh! ¡Lloren mis ojos! ¡lloren noche y día!
¡Ah! la aleve copa, que el amor colmó,
heces también cría para nuestro daño;
¡y las heces tuyas son el desengaño!...
¡Ay del que la apura, cual la apuro yo!
¡ay de quien al mundo para amar nació!
¡ay de aquel que muere por mujer ingrata!
¡ay de aquel que amor tirano maltrata,
y que, aun desdeñado, jamás olvidó!...
¿Por qué al nacer, cielo, en pecho amador,
tirano, me diste corazón de fuego?
¿Por qué das la sed, si emponzoñas luego
el más envidiado supremo licor?
Duélate, señora, mi acerbo dolor;
ven, torna a mis brazos, ven, hermosa Elvira:
aunque haya de ser, como antes, mentira,
vuélveme, tirana, vuélveme tu amor.

(Queda un momento abismado en su dolor.)

ESCENA III

MACÍAS, ELVIRA

(Se siente abrir una puerta secreta a la derecha, y aparece Elvira cubierta con un manto negro, y debajo de blanco, sencillamente; de una cinta negra trae colgada una cruz de oro al cuello.)

MAC. ¿Mas qué rumor?... ¿Una llave?...
¿Una puerta?... ¡Vive Dios!
¿Quién?

ELV. (*Al paño.*) Corre, Beatriz. Adiós.
Nada el de Villena sabe.
Antes que el crimen se acabe
que venga, por si no puedo
salvarle sola. Aquí quedo.
¡El es! ¿Macías?... (*Llega descubriéndose.*)
MAC. ¿Qué miro?

(Conociéndola arrebatado.)

¿Es ella? ¿Sueño? ¿Deliro?
¡Elvira!

ELV. Tente: habla quedo.

MAC. ¡Necio de mí! ¡Qué injusta y locamente
mi fortuna acusé! Cuando alevosa
te llamo y te maldigo, ¿tú a mis brazos
secretamente entre peligros tornas?
¡Perdón, ídolo mío! Mis ofensas
ofensas son de amor; a la ardorosa
pasión que me consume acusa sólo:
suyo es mi yerro, y mis ofensas todas.
¿Yo soy tan venturoso todavía?

ELV. ¡Imprudente! Silencio, no esa loca
alegría te ciegue, que aun la suerte
aciaga se nos muestra.

MAC. ¡Más dichosa
nunca fué para mí!

ELV. Tiembla, insensato.
Las horas, infeliz, nos son preciosas.
Oye mi voz...

MAC. Sí, Elvira, llega y habla.
Habla, y que oiga tu voz. ¡Cuán deliciosa
suena en mi oído! ¡Un bálsamo divino
es para el corazón! ¡Ah! De tus ropas
al roce sólo, al ruido de tus pasos,
estremecido tiemblo, cual la hoja
en el árbol, del viento sacudida.
La esperanza de verte, tu memoria,
todo el encanto son de mi existencia.
Mas si te llego a ver, mi alma se arroba,
y me siento morir, cuando en tus ojos
clavo los míos; si por suerte toca
a la tuya mi mano, por mis venas
siento un fuego correr que me devora,
vivo, voraz, inmenso, inextinguible,
y abrasado y pendiente de tu boca,

anhelo oírte hablar; habla, bien mío;
dime qué te conduce aquí a deshora
un amor semejante; y di que me amas,
¡y esto hará mi desdicha venturosa!

ELV. De ese fatal delirio que te ofusca
la terrible verdad el velo rompa.
La muerte está a tu lado, y el momento
propicio acecha ya.

MAC. ¡Venga en buen hora
y hálleme junto a ti!

ELV. ¿Qué escucho? Atiende,
¿entrambos nos perdemos, y aun tú nombras
el riesgo sin temblar? Los asesinos,
acaso aquí la planta sigilosa
encaminando ya, su hierro aguzan,
y bien pronto en tu sangre generosa
apagar se prometen el incendio
de ese funesto amor. ¿Y tú lo ignoras?

MAC. ¿Qué profieres de amor y de asesinos
juntamente?

ELV. Con mi oro, con mis joyas
esa puerta me abrí. Fernán la infame
conjuración dispuso.

MAC. ¡Oh, más hermosa
te hace tanto valor!

ELV. Dudo cuál puerta
elegirá el cobarde. Sin demora
sálvate, que a esto vengo. ¿Presumiste
que corriese en tu busca presurosa
sin tan terrible causa?

MAC. (*Desesperado.*) ¡Santo cielo!
no la trajo el amor, la trajo sola
la compasión.

ELV. Tú, ingrato, ¿mis tormentos
con esa injusta desconfianza doblas?
¿Vida y honor por compasión tan sólo
arriesga una mujer? Deja, abandona
tan injuriosas dudas. Urge el tiempo.
Parte de aquí.

MAC. ¿Partir?

ELV. No es afrentosa
la fuga ante el puñal del asesino.
No mancharás huyendo tantas glorias

que tienes adquiridas. Obedece:
parte.

MAC. ¿Sin ti, bien mío?

ELV. ¿Qué te importa?

Nadie soy para ti: ni ya uno de otro
podemos ser jamás.

MAC. ¡Jamás! ¿Y lloras?

¿Cubres el rostro en las dolientes palmas?
¿Y quieres separarnos? ¡Ay! ¿No notas
que ese llanto, en que gozo tantas dichas
es para el corazón letal ponzoña?

ELV. Sí, lloro, y por ti lloro; y si es preciso
para que huyas decirte que te adora
esta infeliz mujer; que no hāy reposo
para ella, si su intento se malogra;
que morirá, si mueres, ya mi labio
se atreve a confesión tan vergonzosa.
Sí; yo te amo; te adoro, ni me empacha
el rubor de decirlo. ¿A cuánta costa
del bárbaro imploré que me dejase
un consuelo siquiera en ser virtuosa?
Y él lo negó, y él mismo al precipicio,
donde contigo acabaré, me arroja.
Sí; yo también sé amar. Mujer ninguna
amó cual te amo yo. Vuelve, recobra
un corazón que es tuyo, y que más tiempo
el secreto no guarda que le agobia.

MAC. Más bajo, por piedad, que envidia tengo
hasta del aire que te escucha.

ELV. ¿Ahora
qué tardas ya? Consérvame tu vida.
Huye.

MAC. Ven.

ELV. ¡Imposible!

MAC. ¿Siempre sorda
a mi ruego serás?

ELV. Acaso un día...

MAC. ¡Un día!

ELV. ¿Qué pronuncio?... Anda, y la aurora
lejos de Andújar al lucir te encuentre;
mi remedio a los cielos abandona.
Yo encontraré un asilo impenetrable,
en donde a salvo del traidor me ponga.
Comprometer tu fuga yo podría

retardándola acaso. En tal congoja
sólo esta daga tengo, que escondida
(Saca una daga.)

entre los pliegues traje de mis ropas.
Sírvate ella, aunque débil, de defensa.
A las puertas de Andújar, cautelosa,
te seguiré a tu lado, hasta que libre
te mire allí desaparecer yo propia.
Sólo una cosa exijo: has de jurarla.
Si a pesar de la noche protectora,
que con sus densas sombras nos ampara,
antes de que salvemos la espaciosa
muralla y honda cava, sorprendidos
por Hernán Pérez somos, oye: ahoga
la piedad en tu pecho: que tu mano
en este corazón la daga esconda.
Y así el remordimiento y la vergüenza
borre, que entre los hombres le destrozan.
No sea suya jamás; mi amor se salve,
ya que imposible fué salvar mi honra.
Y si tú no te atreves, en mis manos
pon la daga: la muerte no me asombra.
Recuerda que a sus brazos de los tuyos
pasara, y que esta noche a las odiosas
caricias de un rival...

MAC. Sí, lo prometo.
ELV. Jura sobre esta cruz. (La que trae colgada del
cuello.)

MAC. ¡Mujer heroica!
¡Yo lo juro ante Dios! ¡Oh qué suprema
(Toma la daga.)

felicidad! ¡Por mí la muerte arrostra!
ELV. Primero que ser suya, entrambos juntos
muramos.

MAC. Sí, muramos.
ELV. Peligrosa
fuera ya la tardanza. Ven: partamos.
Mas, ¿qué rumor?... ¡Los cielos me abandonan!

(Escuchan.)

¡Ellos son! A esta puerta se aproximan.
MAC. ¿Son ellos? No entrarán. (Corre el cerrojo.)
ELV. ¡Ah! por esotra.
Corramos.

UNO. (Dentro.) ¿Han cerrado? (Golpea.)
FERN. (Idem.) ¡Me han vendido!
ELV. ¡El es! Corre.

MAC. Ya es tarde; ya se agolpan
esta entrada a tomar.

ELV. ¡Suenan sus armas
al pie de la escalera silenciosa!

MAC. ¡Aun no suben!

ELV. ¿Mas no oyes? ¡Infelices!
¿Qué será de nosotros? ¡Y ni sombra
de esperanza nos queda!

MAC. ¡Suerte impía!
Jamás has desmentido tu espantosa
tenacidad conmigo.

ELV. Oye, siquiera
(Corre a echar la llave a la puerta secreta.)

ganemos algún tiempo: acaso pronta
ya Beatriz llegará.

MAC. ¿Tiembblas?

ELV. ¿Y cómo
no temblar, si tu vida...?

MAC. ¿Y qué me importa?
¿No me amas?

ELV. ¿Y lo dudas?

MAC. Pues muramos;
repíttemelo siempre, y haz que lo oiga
muriendo.

ELV. ¿Y aquí me hallan?

MAC. ¿Qué, a ese mundo,
que murmura de aquellos que no logra
ni comprender siquiera, qué debemos?

¿No es él quien nos perdió con engañosas
preocupaciones? Llega. Las lazadas
que al mundo nos unían ya están rotas.

Ya vamos a morir; un moribundo
soy sólo para ti; ven, llega, y orna
de flores mi agonía; di que me amas...

ELV. Calla: la muerte ya tiende sus sombras
sobre nosotros. ¿No oyes?... ¿Y a este punto
ha de venir la muerte rigurosa?
¡Con tanto amor morir!

MAC. ¡Ah! Tú cobarde
me volverás aún: ¡morir no ha un hora

desdeñado anhelaba, y tiemblo amado!

(Desasiéndose.)

Deja: corro a su encuentro; más gloriosa
sea mi muerte.

ELV. (*Siguiéndole.*) ¿Do corres contra tantos?

MAC. A merecerte.

ELV. ¡Ay, triste! ¿Qué haces? Torna:
cumple antes lo jurado... ¡No me escucha!

(Sale Macías.)

MAC. ¡Fernán Pérez! ¿Do estás?

ELV. ¡Ya el mal se colma!

(Corre a una ventana del foro, que abre, y se asoma.)

¡Beatriz! ¡Beatriz! ¡Socorro!

(Escucha: se oye ruido de espadas a la derecha.)

¡Don Enrique!

(Se aparta de la ventana y vuelve a la derecha.)

¡Nadie oye! ¡Nadie viene! ¡Ah! la horrorosa

(Cae en un asiento.)

¡Id se percibe ya.

MAC. (*De dentro.*) ¡Traidores!

FERN. (*Idem.*) ¡Muere!

MAC. (*Idem.*) ¡Me habéis muerto!

ELV. (*Arrojándose del asiento.*) ¡Macías! ¡Ya le in-
[molan

los pérfidos! ¡Tened!

(Va a salir al encuentro de Macías, pero éste al mismo tiempo vuelve a entrar retrocediendo, la mano izquierda en la herida, y la daga en la derecha: le persiguen de cerca Fernán, Alvar y tres hombres: al mismo tiempo uno de ellos corre a abrir la otra puerta y entran otros tres, dos de ellos con teas. Elvira, al ver llegar a Macías, le sostiene, y él cae sobre el asiento.)

MAC. (*Al entrar.*) ¡Ah! ¡ni aun vengado
muero!

ELV. ¡Mi bien!

MAC. ¡Elvira!

ESCENA IV

ELVIRA, MACÍAS, FERNÁN PÉREZ, ALVAR, SEIS ARMADOS

FERN. (*Se detiene asombrado.*) ¡Aquí mi esposa!

ELV. ¡Socorredle si es tiempo!

MAC. Ya es en vano:
mortal la herida siento.

FERN. ¡Esto soporta
mi furor! Separadlos.

(Quiere adelantarse y tras él los suyos, pero Elvira se opone a ellos.)

ELV. Asesinos,
no lleguéis. Monstruo, a contemplar tu obra
ven tú. Sí; el triunfo es tuyo, pero inútil
si no acabas también con quien le adora.
No; nunca seré tuya; te aborrezco.
¡Maldición sobre ti!

FERN. ¿Qué oigo, traidora?

Infel, tiembla...

ELV. (*Con ironía amarga.*) El punto ya es llegado.

(A Macías.)

¡Salva, mi único bien, salva a tu esposa!
Lo juraste.

(Arrebatándole la daga, que él alarga débilmente.)

FERN. ¿Qué intenta?

ELV. Ya no tiemblo.

(Enseñando la daga a Fernán Pérez.)

La tumba será el ara donde pronta
la muerte nos despose.

(Se hiere y cae al lado de Macías.)

FERN. ¡Alvar!

(Al conocer su intención, hace seña a Alvar, que está más cerca de Elvira, que la detenga.)

ELV. (*Cayendo.*) Dichosa
muero contigo.

FERN. ¡Ya no es tiempo!

MAC. (*Haciendo un último esfuerzo.*) Es mía
para siempre... sí... arráncamela ahora,
tirano.

FERN. ¡Qué furor!

MAC. Muero contento. (*Expira.*)

ELV. Llegad... ahora... llegad... y que estas bodas
alumbren... vuestras... teas... funerales.

(Expira. Se oye ruido de muchas personas que llegan cerca.)

FERN. ¡Qué rumor!

BEAT. (*Dentro.*) ¡Ah! Corred.

FERN. (*Agitado.*) ¿Quién?... ¡Qué zozobra!

BEAT. (*Dentro.*) Acaso es tiempo aún.

ESCENA V

ELVIRA, MACÍAS, FERNÁN PÉREZ, ALVAR, SUS SEIS ARMADOS, BEATRIZ, DON ENRIQUE, NUÑO HERNÁNDEZ, RUI PERO, FORTÚN, PAJES; DOS HOMBRES CON TEAS.

(Entran por la izquierda con las espadas desnudas; al otro lado se reúnen los demás.)

BEAT. ¡Ah! no. ¡Ya es tarde!

(Ve al entrar a Elvira, corre a ella y la coge una mano.)

NUÑO. ¡Mi hija! (*Hace lo mismo.*)

BEAT. ¡Elvira!

ENR. (*Asombrado.*) ¡Hernán Pérez! ¡Vuestra es-
[posa!

¡Macías! ¿Qué habéis hecho?

FERN. Me vendían.

Ya se lavó en su sangre mi deshonra.

(Cae el telón sobre este cuadro final.)

FELIPE

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

PERSONAS

Doña ISABEL
MATILDE, su sobrina.
Don FERNANDO, vizconde
de Blanca Flor.

FELIPE
FEDERICO
LORENZO
Criados.

La escena es en Madrid, en casa de doña Isabel.

ACTO PRIMERO

El teatro representa una hermosa habitación con una puerta en el fondo y otras dos laterales; la de la derecha del actor es la del cuarto de Matilde; la de la izquierda la del de Federico. A este lado un velador; al otro una mesa grande con tintero, etc.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ISABEL y MATILDE, *sentadas*

(La primera borda, la segunda deja un libro en que ha estado leyendo.)

MAT. Pero, querida tía, ¿es algún delito acaso interesarse en la suerte de Federico? Es tan bueno, tan amable, tan desgraciado... Un joven huérfano, aislado, que nunca ha conocido a sus padres... ¿Usted misma no le recogió en su casa desde su más tierna infancia? ¿No le ha dado usted una educación nada común?...

ISAB. Eres muy niña todavía, Matilde. Es verdad que no es un delito querer a Federico; que lo merece, ¡ah! sin duda; pero una joven de tus años debe ocultar sus sentimientos, y...

MAT. Señora...

ISAB. Sí, hace días que tenía ganas de hablarte de esto; noches pasadas fuimos a la ópera; yo le había ofrecido mi palco a Federico, le había hecho este honor; pero estaba allí con nosotros el vizconde de Blanca Flor, mi sobrino. El vizconde, aunque tiene algunos defectos propios de la juventud, reúne las más brillantes cualidades; y esto te lo digo, Matilde, porque quisiera que lo vieras presente... Tengo entre manos un proyecto de que te hablaré después. Pero, volviendo a la ópera, tú no hiciste en toda la noche más que reír a carcajadas, y chichisbear con Federico. El podría decirte cosas muy divertidas; pero, hija mía, en la ópera no parece de buen tono reírse de esa manera. Después al salir aceptaste el brazo de Federico, sin guardar respetos al vizconde, que te ofrecía el suyo.

MAT. Yo creí que podía... Es tan amable...

ISAB. ¡Ah, no, no! es preciso que te acuerdes de quién eres, que consultes siempre la etiqueta.

MAT. ¡Ah, yo no hubiera consultado más que a mi corazón!... Federico le está a usted tan agradecido... la quiere a usted tanto...

ISAB. Lo creo, Matilde; y tendría un sentimiento si no lo creyese; pues, a pesar de eso, dejando aparte mi clase, no veo en él aquellas consideraciones y respetos que yo pudiera exigir de un joven que debe a mí todo cuanto es... Sin ir más lejos, ahí tienes, él vive en mi misma casa como un hijo, nunca le he negado la entrada en mis *suarés*; él pudiera venir todas las noches a formarse, a aprender los modales de la buena sociedad, las maneras del buen tono; pero, tú misma lo ves, apenas parece alguna noche.

MAT. Pero, tía, sea usted imparcial también. Esa sociedad será muy hermosa... pero no es divertida.

ISAB. ¡Cómo, Matilde!

MAT. Quiero decir, para un joven como él... no oír hablar de otra cosa más que de la antigüedad de nuestro apellido, de los veros y cuarteles que entran en nuestro escudo, de las proezas de los Hurtados de Mendoza... yo misma, y eso que soy de la familia, le aseguro a usted que muchas veces...

ISAB. Matilde...

MAT. ¡Conqué con cuánta más razón se fastidiará ese pobre Federico, joven, vivo, atolondrado! ello es verdad, yo lo confieso, tiene los cascos ligeros; ¡pero tiene tan buen corazón! ¡Ah! Créame usted, nos hemos criado juntos, y lo conozco perfectamente. No se puede usted figurar hasta dónde llega el agradecimiento, el cariño que le profesa a usted.

ISAB. ¿Lo crees así, Matilde?

MAT. Ciertamente, y si no lo que hizo el día que se desbocaron los caballos de usted. Mi primo el vizconde de Blanca Flor se estaba en la acera a una distancia respetable, dando voces y pidiendo socorro; pero Federico se arrojó a detener los caballos con riesgo de ser atropellado, y los detuvo. ¿Quién sabe si le salvó a usted la vida? Pues para que usted no se asustara viendo su vestido roto y sus manos llenas de sangre, se escabulló entre la gente y me vino a encargar que no dijera una palabra.

ISAB. Y tú lo has callado: has hecho muy mal, y yo no sabía nada. ¡Pobre Federico!

MAT. Yo creo, aquí para entre las dos, que el rango de usted le intimida. ¡Cuántas veces me dice!... porque conmigo tiene sus conversaciones muy tiradas.

ISAB. ¡Hola!

MAT. Sí; no le debo parecer tan imponente como usted... Pues cuántas veces me dice: «¡Ah! ¡que no tuviera yo una ocasión para probarle a mi bienhechora mi agradecimiento! ¡Con qué placer daría mi vida por ella!... Si al menos estuviese casada, yo podría ser útil en algo a su esposo... si fuese militar yo le seguiría a la guerra, mi cuerpo le serviría de escudo...»

ISAB. ¿Eso dice?

MAT. Sí, señora; y por cierto que esto me ha hecho pensar muchas veces en una cosa... ¿Por qué no se ha querido usted casar nunca, querida tía?

ISAB. (*Sorprendida.*) ¿Por qué? Porque... ésa es una pregunta pueril, y...

MAT. Pues a mí me parece que siendo de tan buena familia y con dinero, no hubieran faltado muchos que...

ISAB. Sí... de buena familia... por lo mismo es preciso casarse con un igual, y éstos son pocos. Tú piensas como mi hermana: reconozco en ti las ideas de tu madre, que, en lugar de seguir mi ejemplo, escogió en una clase muy inferior un marido que tenía dinero, pero nada más.

MAT. Verdad es; dicen que mi padre no era noble, y que era millonario; pero para eso quería mucho a mi madre, y la hizo tan feliz que...

ISAB. ¡Ah, no! ésa no es una disculpa; la felicidad a que puede conducirnos una falta no basta para justificarla.

MAT. Pues a no ser por esa falta no tendría usted ahora a su lado a una sobrina que la acompaña, y la quiere, y...

ISAB. Yo te lo agradezco, Matilde; pero... Alguien viene; será Federico, a quien he enviado a llamar, y que ya tarda demasiado. No, es Felipe.

ESCENA II

Dichas; FELIPE, con unos papeles en la mano.

ISAB. ¿Qué es eso, Felipe?

FEL. El correo y las cuentas del mes, porque hoy es el 1.º

ISAB. Bien, bien. ¿Para qué las he de ver?

MAT. Bien se puede fiar en Felipe: no es un mayor-domo adocenado.

ISAB. ¡Oh! Felipe es todo un hombre de bien. Yo, gracias a su celo, tengo fama de ser dos veces más rica de lo que en realidad soy; gasto muchísimo; no sé lo que son deudas; y siempre tengo dinero a mi disposición...

FEL. Señora, no hago más de lo que debo: mire usted...

ISAB. Es inútil, Felipe.

FEL. La señora nunca quiere ver lo que firma; pues eso es muy mal hecho; vamos, léalo usted, léalo usted; es preciso. *(Isabel pasa junto a la mesa para examinar los papeles.)*

MAT. Es particular, en toda la casa nadie se atreve a hablar a mi tía con ese tono, y, sin embargo,

no se enfada. Estos criados antiguos tienen derecho para todo.

FEL. *(Acercándose a Matilde.)* Hago mal... lo conozco, señorita, pero un antiguo militar no puede hablar como un cortesano.

ISAB. ¿Qué es esto? *(Leyendo.)* «Limosnas que ha dado la señora, tres mil reales.» Esto sube muchísimo más que otros meses.

FEL. Señora, es usted tan caritativa... y los tiempos están tan malos, que todos acuden aquí, artesanos indigentes y sin trabajo, soldados pobres que han derramado su sangre en los campos de batalla; en fin, compañeros antiguos de armas, benéficos también cuando podían, como yo.

ISAB. ¡Ah, sí, sí! a Felipe debemos en cierta época el habernos salvado de algunos peligros.

MAT. Entonces, ¿qué extraño es que le esté usted agradecida?

ISAB. Acabemos... «Asistencias de Federico, mil reales.» Esto es demasiado para un mes.

FEL. ¿Demasiado, señora, para usted que le ha criado, que le protege?... Es preciso hacer las cosas completas... que se instruya, que aprenda, que tenga maestros... ya sabe usted que el que no posee bienes de fortuna necesita tener algún mérito.

ISAB. Eso es precisamente de lo que él debería estar convencido... Yo te he puesto a su lado, Felipe, para que le sirvas de ayo, de amigo. Y no estoy nada contenta con él, ni contigo tampoco: tú le echas a perder, le mimas; no tienes carácter: yo sé que muchas noches se recoge a deshoras...

FEL. Señora...

ISAB. Ayer noche no le vi.

FEL. ¡Dios mío!

ISAB. Esta mañana le envié a decir que bajase, y aun no ha parecido.

FEL. Salió muy de mañana: tiene un repaso de leyes, creo; en fin, trabaja tanto, que a veces se pasa la noche...

MAT. ¿Lo ve usted, tía? Al fin enfermará.

ISAB. Ah, no, no; de ningún modo: tampoco quiero que trabaje tanto: yo se lo prohibiré.

FEL. ¡No, no es menester!

ISAB. *(Cogiendo una bolsa.)* Toma, ahí tiene su tri-

mestre; dáselo de mi parte, y encárgale sobre todo la economía y la buena conducta.

FEL. Bien, señora: pero ya podía usted tener un poco más de indulgencia: tiene sus faltas, pero si es un muchacho: es atolondrado, pero es pundo-noroso; y, en fin, si yo estuviera en su lugar puede que fuera peor que él.

VIZ. (*Dentro.*) ¿Todavía no han almorzado? Perfectamente.

ISAB. Esta es la voz de mi sobrino.

ESCENA III

Dichos; el VIZCONDE, en un elegante negligé.

UN LACAYO. (*Anunciando.*) El señor vizconde de Blanca Flor. (*Felipe arregla los papeles junto a la mesa.*)

VIZ. Querida tía, siempre a los pies de usted: adiós, prima; hoy estoy muy madrugador: yo mismo estoy absorto de verme en pie casi a la misma hora que todo el mundo.

ISAB. ¡Pues cómo ha sido eso!

VIZ. ¡Oh! Lo he tomado desde más atrás: no me he acostado esta noche.

FEL. ¡No se le puede pedir más arreglo!

MAT. Excelente conducta, vizconde.

VIZ. Verdad es que podía ser mejor; pero, hija, hay tantos bailes este invierno, las noches son tan cortas, la vida se pasa en un momento.

ISAB. ¡Almuerzas con nosotras! Matilde, anda, dispón que no tarden.

MAT. Voy, tía. Primo, con tu permiso: adiós, Felipe.

ESCENA IV

FELIPE; ISABEL, *sentada, firmando los papeles que le va presentando Felipe; el VIZCONDE*

VIZ. He venido en primer lugar a almorzar con usted, y en segundo, querida tía, a darla las gracias. ¿Ha visto usted ya al del caballo?

ISAB. Demasiado a menudo le veo.

VIZ. ¿Cómo ha de ser, tía mía? esos malditos caballos ingleses no tienen precio. Yo, la verdad, los caballos y la ópera... si el diablo me ha de llevar será por ese lado.

FEL. El señor vizconde cambia tan frecuentemente...

VIZ. Cierto, es lo que yo digo: yo gasto lo mío y lo de mi tía, y lo de... pero ¡qué diantre! es preciso brillar en el mundo, que hablen de uno, y no ajustar nunca cuentas.

FEL. ¡Sobre todo cuando el dinero es de los demás!

VIZ. No hay otro camino. Si siquiera tuviéramos una guerra, sería un ahorro para mí; porque entonces o me matarían pronto o yo daría qué decir, y de este modo me saldría más barato.

ISAB. ¡Cómo! ¿Exponer tu vida? ¿Estás loco? El último vástago de la familia... de ningún modo; y ahora que viene a cuento debieras acordarte de quién eres muchas veces, y tener más moderación... ¿qué lance era aquel de que se hablaba tanto ayer?

VIZ. ¿Qué, sabe usted...? ¿Y eso ha podido incomodarla a usted?

ISAB. Y mucho.

VIZ. Sin embargo, bien sabe usted mi destreza, y lo que es en ese lance tenía yo razón. Yo había visto en el teatro... ya sabe usted donde me pongo siempre, tía; desde allí asesto mi anteojo; pues bien, había visto a una bailarina... un cuerpo, unos ojos, una alma, Señor, una alma, y sobre todo un piececillo... ya puede usted figurarse, tía, quién.

ISAB. ¡Fernando!

VIZ. No tenga usted cuidado. Pues, señor, es la sal del mundo: quisieron hacerme creer que tenía un rival.

FEL. ¡Cómo es posible!

VIZ. Yo pensaba como Felipe, no quise creerlo; pero en estos tiempos suceden tantas cosas increíbles... Pues, Señor, vuelo a casa de mi bella, que estaba en su tocador; voy a levantar el pestillo... buenas noches, estaba echada la llave, y oigo una vocecilla de *primo basso* que me responde: «¿Quién va?»

ISAB. ¡Ay, Dios mío!

VIZ. No quedaba duda; otro hubiera alborotado, hu-

biera dado una campanada: yo, por el contrario, no pudiendo remitir mi cartel a mi hombre, escribo en la puerta con el lapicero de mi cartera: «El amante de mi querida es un necio, y le aguardo en el Prado: fulano de tal.»

ISAB. ¿Y fué?

VIZ. ¿Cómo si fué? Fueron tres: según parece todos habían ido leyendo uno tras otro mi epístola, que por lo visto ha venido a ser una circular.

ISAB. (*Levantándose.*) ¿Y os habéis batido?

VIZ. Inmediatamente, y con mis tres paladines: herí al uno, desarmé al otro, y almorcé con el tercero, un joven excelente, que no me quiso dejar; porque en los desafíos, es delicioso, se hace uno amigos a todo trance: éste me llevó después a una casa, donde hemos pasado una noche divina, una casa de... en fin, una casa... y allí, por más señas, encontré a su amigo de usted, Federico.

FEL. ¿Federico?

ISAB. ¡Qué dices, Fernando!

FEL. El señor vizconde se equivoca; eso no puede ser.

VIZ. ¡Me equivoco, y le he hablado yo mismo! Por cierto que extrañé mucho verlo en aquel sitio, y cuando yo salí a las seis de la mañana aun quedaba allí.

FEL. (¡Que no se te secara la lengua!)

ISAB. (*Mirando a Felipe.*) Había salido temprano esta mañana para trabajar... ¡Bien está! Y esa casa es...

VIZ. ¿Qué sé yo?

FEL. Pues el señor vizconde estaba...

VIZ. Sí, yo... pero, amigo mío, yo... es muy diferente; pero un pobre diablo como él, que no tiene un cuarto... esto pudiera ser muy alarmante; eso es todo lo que puedo decir, no quisiera tampoco ofenderle.

FEL. ¡Ah, no, no! hable usted, por Dios, no nos haga usted sospechar más de lo que tal vez habrá: aunque hubiera ido a esa casa por divertirse, por alguna muchacha, como la del señor vizconde... (*Sorpresa del vizconde.*) ¿Qué sé yo? y ¿por qué no? a su edad...

ISAB. Felipe, el señor vizconde no te ha dirigido la palabra.

VIZ. Sí; pero el señor don Felipe la toma por sí y ante sí: es elocuente, eso siempre compone parte del lujo de un mayordomo; también le costará a usted más caro.

FEL. ¡Por vida de...!

ISAB. Felipe, calla; ¿olvidas...? Fernando, vamos, y sobre todo delante de Matilde nada de aventuras, ni relaciones, ni... cuando estamos a punto de manifestarla nuestros proyectos, no convendría que tus locuras...

VIZ. ¡Bah! ¿eso qué importa? Mientras que sea soltero... ahora, en casándome...

ISAB. ¿Serás más prudente?

VIZ. ¡Oh, entonces sí!

ISAB. (*A Felipe al salir.*) Estoy descontenta. Fernando, dame el brazo. (*Saliendo.*) Muy descontenta.

ESCENA V

FELIPE

Muy descontenta; pues, a eso no hay que responder; hablador, bachiller, con sus relaciones y su aire de desprecio... ¡despreciar a Federico! Comete faltas, es verdad, pero eso nada le importa a él, ¡sino a la señora y a mí! (*Tomando en peso la bolsa.*) ¡Pobre muchacho! Su trimestre... no pesa gran cosa; y por esta vez no hay que esperar suplemento: ésta es la ocasión de socorrerle sin que él lo sepa. (*Mira alrededor y busca en su faltriquera.*) Precisamente aquí traigo algunos ahorros que iba a imponer... no soy un ricachón, pero al fin con un poco de arreglo nunca faltan algunos cartuchos para servir a los amigos. (*Coge un rollo de monedas.*) Se encontrará con su paga algún tanto aumentada, pero creará que es la señora. (*Mete algunas monedas de oro en la bolsa.*) ¿Dónde diablos puede haber pasado la noche? No venir a dormir, ponernos en cuidado... ¡oh! esto es muy mal hecho; no veo de cólera. (*Vaciando todo el paquete.*) ¡Eh! echémoslo todo, y se acaba más pronto. (*Va hacia la izquierda.*)

ESCENA VI

FEDERICO, LORENZO, FELIPE

FED. (*En el fondo, a Lorenzo.*) Anda, que no te vea nadie; entra en el cuarto de Matilde, pon esta carta sobre su almohadilla, o en su cartera de dibujo: toma, es el último dinero que me queda. (*Lorenzo entra.*)

FEL. El es.

FED. (*Dejando su sombrero y su bastón sobre la mesa de la derecha.*) Sí; lo sabrá todo; pero cuando yo esté lejos. (*Atraviesa el teatro, y se arroja sobre un sillón junto al reloj. Felipe, que está en el fondo a la derecha observándole, se acerca.*)

FEL. ¡Cómo viene! Abatido, estropeado, parece que acaba de andar cien leguas a marchas forzadas: ¡pobre Federico!

FED. Puede ser que me tenga lástima. ¡Ah! Felipe.

FEL. (*Mudando de tono.*) ¡Gracias a Dios! ¡Voto va! ¿No le da a usted vergüenza?

FED. Felipe, por Dios, te suplico que dejes esas reconvenciones: no estoy para oírlas.

FEL. Y las tiene usted que oír, sin embargo. ¿Qué significa esto? ¿Qué vida es ésta? Poner a toda la casa en cuidado, y sobre todo a mí y a la señora.

FED. (*Levantándose.*) ¿La señora dices? ¿Pues qué, Felipe, sabe...?

FEL. Todo lo sabe: por más que he mentido para disculpar a usted, que no hubiera hecho otro tanto por mí, no ha querido oírme, está furiosa con usted.

FED. No me faltaba más que esto: todo lo hubiera arrojado: yo había tomado ya mi resolución, pero su cólera... ¡ah! no, jamás; yo, que daría mi vida por ahorrarle un disgusto...

FEL. Bien está: ¿pero qué, no teme usted también desazonarme a mí, que soy su apoyo, que ausente o presente estoy siempre a la mira para velar sobre usted, para defenderle? ¿Para mí no hay agradecimiento?

FED. Sí, Felipe, sí; te pido mil perdones; soy un

loco, un ingrato, o más bien soy un desgraciado, eso es lo que soy, nada más.

FEL. ¡Desgraciado! (*Con frialdad.*) Ya lo entiendo: ¿usted ha hecho algún disparate, eh?

FED. Sí, uno, uno solo primero, que me ha hecho cometer después otros veinte.

FEL. Demasiado es para empezar; pero vamos por orden.

FED. Estoy enamorado, pero...

FEL. ¡Enamorado!

FED. Es de una persona tan superior a mí...

FEL. ¡Bah! Siendo joven, estando bien, no hay distancia que valga: ¿y esa persona...?

FED. ¡Ah, si tú supieras!... pero no, no; quisiera podérmelo callar a mí mismo, Felipe: ¡qué cruel es sentirse capaz de distinguirse, y encontrar un obstáculo invencible! ¿Qué puede hacer un hombre que no sabe quién es? Felipe, ¿cuál es mi familia? ¿cuál es mi apellido? ¿de quién soy hijo?

FEL. De sus obras de usted, y eso basta y sobra. Un hombre de bien, un hombre de mérito no necesita para nada un apellido ilustre.

FED. Por más que digas, es una humillación insoporrible: todos los jóvenes que concurren aquí afectan mirarme con desprecio... yo no puedo permanecer más tiempo; esta casa se me ha hecho odiosa; he llegado a desanimarme; no sé en qué extravagancias he dado; se ha apoderado de mí una ambición frenética de hacer suerte, de tener bienes; me ha parecido que ésta sería una compensación, una especie de mérito; hay tantos que no tienen otro... en fin, con esa necia esperanza he jugado.

FEL. ¿Ha jugado usted?

FED. Como un loco, como un desesperado.

FEL. ¿Usted, Federico? ¡Ah! es muy mal hecho: no es necesario preguntarle a usted si ha perdido.

FED. Más de lo que puedo pagar.

FEL. Debería reñirle a usted, pero eso será después; tal vez no perderá usted nada en demorarle; acudamos a lo más urgente: aquí está el trimestre, no puede llegar más a tiempo. (*Le da la bolsa.*)

FED. ¡El trimestre! ¡Ah! no basta.

FEL. Mírelo usted bien; creo que ha de haber más

que otras veces: la señora me lo ha entregado para usted, encargándome que le echase una peluca, que tiene bien merecida. (He acertado en aumentar su pensión.)

FED. Vaya, siempre lo recibirán a buena cuenta.

FEL. ¡Cómo! ¿A buena cuenta?

FED. Sí; he jugado, he apostado por mejor decir, toda la noche con ese maldito vizconde de Blanca Flor, a quien no puedo tolerar; sola su vista me ofende: me empeñé en llevarle siempre la contraria: me hubiera alegrado tanto de humillar su presunción... pero ha sido al revés; ha tenido una suerte tan sostenida, tan insolente como su facha; he perdido veinte mil reales.

FEL. ¡Veinte mil reales, Dios mío!

FED. Sí, veinte mil reales, que he pedido a mis vecinos, al dueño de la casa... y es preciso pagarlos hoy mismo: ya conoces que no me queda más recurso que el de levantarme la tapa de los sesos.

FEL. ¿Qué dice usted? Tiemblo todo.

FED. Cuando se debe, cuando es forzoso vivir deshonrado, avergonzado, no hay otro recurso.

FEL. Sí, señor, le hay.

FED. ¿Cuál, Felipe?

FEL. Pagar.

FED. ¿Pagar? ¿veinte mil reales? ¿estás en ti? ¿de qué modo?

FEL. No sé, no hay ahorros que basten; pero es preciso pagar.

FED. He buscado a todos los amigos.

FEL. Amigos, ¡ah! cuando se trata de dinero nunca se les encuentra en casa. Sólo una persona puede sacarle a usted del paso.

FED. ¿Quién, mi protectora?

FEL. Es preciso confesárselo todo.

FED. Jamás, amigo mío, jamás; la quiero mucho, pero la temo tanto...

FEL. No importa. ¡Voto va! Vamos, resolución, valor; es preciso pasar ese mal trago: eso le servirá a usted de castigo. Aquí viene precisamente.

ESCENA VII

Dichos, Doña ISABEL. (Federico y Felipe se retiran hacia el fondo.)

FED. ¿No me dejarás solo, Felipe?

FEL. No tenga usted cuidado; yo me quedo aquí detrás, como cuerpo de reserva para auxiliarle en un caso. (*Doña Isabel entra distraída sin verlos.*)

FED. No nos ha visto; está distraída, pero tiene una cara tan seria...

FEL. No importa, yo conozco esa seriedad; adelante, sin miedo.

FED. (*Da algunos pasos y retrocede.*) No, no me atrevo; es demasiado: primero sufriré mil muertes. (*Echa a correr hacia su cuarto, y cierra la puerta.*)

FEL. Vamos. (*Mira alrededor y le ve huir.*) ¡Bravo! Escapa, y me deja solo en las astas del toro.

ISAB. (*Viendo a Felipe.*) ¿Eres tú, Felipe? ¿Pareció ya Federico?

FEL. Sí, señora.

ISAB. (*Viendo que Felipe mira a todas partes.*) ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?

FEL. Miro si viene alguien (*Se acerca*): no quisiera que me interrumpieran.

ISAB. ¿Pues qué hay?

FEL. Nada, un pequeño contratiempo, poca cosa. ¡Qué diantre! La juventud es un momento de fiebre que dura más o menos, y cuando el acceso ha pasado, lo cual desgraciadamente suele suceder demasiado pronto...

ISAB. ¿A dónde vas a parar con esos preámbulos?

FEL. En una palabra, señora (*Bajando la voz*), el chico ha jugado.

ISAB. ¿Federico?

FEL. Sí, señora, ha jugado, ha perdido, debe dinero. (*Así, así, el mal trago pasarle pronto.*)

ISAB. ¿Qué dices? ¿En esa casa donde le vió mi sobrino?

FEL. Era una casa de juego; pero de gran tono, sociedad de alto coturno; es decir, que el chico ha perdido mucho, y ahora, señora, es preciso pagar.

ISAB. ¿Pagar? ¿Tú has creído que yo consentiría en...? ¿Yo contribuir a semejante desarreglo, pagando una deuda de juego? ¿Darle alas?...
 FEL. Sí, señora, veinte mil reales.

ISAB. ¿Y qué me importa la cantidad? ¿Cuándo me has visto reparar en el tanto menos cuanto para hacer bien? Me parece que acostumbro hacerlo con nobleza; pero después de una conducta como ésa... No, Felipe, no; estoy decidida, no lo pagaré.

FEL. (Animado.) ¿No lo pagará usted?

ISAB. No, señor, no: ¿qué diría mi familia, qué diría todo el mundo si los bienes de los Hurtados de Mendoza no sirviesen más que para enmendar las faltas de un atolondrado?

FEL. ¿Su familia de usted? ¿El mundo? Le tiene usted demasiado miedo, señora; le ha sacrificado usted ya tantas cosas...

ISAB. ¡Felipe!

FEL. No tenga usted cuidado, mis labios no se despegarán; sé lo que he prometido, y lo sabré cumplir; nunca lo olvidaré; pero es preciso que cada uno cumpla con su obligación; acuérdesse usted de que ese pobre muchacho no tiene nadie a quien volverse más que a usted; y si usted le abandona, si permite que viva deshonorado, ¡ah! nadie sabe de lo que es capaz; tiene pundonor, no es cobarde... atentará contra su vida.

ISAB. ¡Dios mío!

FEL. Sí, está determinado. ¿Qué quiere usted? ¿Qué apego puede tener a la vida? Como me decía él mismo no hace mucho: «Yo estoy solo en el mundo, sin parientes, sin esperanzas... todo lo que tengo lo debo a la compasión.»

ISAB. ¿Eso decía?

FEL. Sí, señora, y otras cosas decía también que me hacían saltar las lágrimas. ¡Pobre Federico! Yo le contemplaba, y decía para mí... (Doña Isabel hace un movimiento para taparle la boca.) Bien, señora, bien, nada; pero tenía el corazón en un puño... ¡Ah! usted no siente nada de eso... Usted es feliz, y vive tranquila.

ISAB. ¡Feliz yo! No, Felipe, no lo soy.

FEL. ¡Bah! Señora... en esos salones rodeada de

personas que la respetan a usted, y de una familia que dirige a su placer...

ISAB. ¿Y crees que en el fondo de mi corazón no siento algo más que eso? Pero yo debo dar un buen ejemplo a todos los que dependen de mí.

FEL. ¿Cómo? ¿Insiste usted?...

ISAB. No, no: yo lo pagaré todo, sí, te lo prometo; pero chitón; ni Federico ha de saberlo.

FEL. ¿Y por qué no? ¿Teme usted, por ventura, que llegue a cobrarle a usted demasiado cariño?

ISAB. No, Felipe; pero mi sobrino pudiera extrañarlo, y llevarlo a mal: ya sabes que es mi heredero.

FEL. Tanto más motivo para indemnizar a ese pobre Federico mientras que usted viva; además de que no volverá a reincidir en semejante falta. Habrá de contentarse con su pensión, que, aunque no es exorbitante...

ISAB. ¿De veras? ¿Te parece escasa? Porque en ese caso se le pudiera aumentar.

FEL. Sí, sin duda; con otro tanto... Además, todos sus amigos tienen caballos, trenes... (Sorpresa de doña Isabel.) No, yo no soy exigente, pero me parece que no haría usted nada de más en regalarle un bonito caballo con un criado para servirle y acompañarle.

ISAB. ¿Y no eres exigente, Felipe?

FEL. ¡Qué diantre! Mire usted, señora...

ISAB. Bien, vaya, bien; cómprale ese caballo, lo que necesite; pero sin derrochar, sin...

FEL. Basta; compraré lo mejor, lo más caro, y cuando usted le vea encima, veremos si le pesa. ¡Oh! el bribonzuelo, ¡si viera usted qué bien monta! Usted, como no le hace caso... pero sin ir más lejos, el otro día en el Prado había unas ciertas señoritas, pero señoritas del gran tono, que se paraban para verle pasar, y a cada vuelta repetían: «¡Qué aire tan bonito! ¡elegante figura! ¡qué buen jinete!»

ISAB. ¿De veras?

FEL. Sí, señora, como usted lo oye; y yo tenía tanto gusto en oírlas, que toda la tarde me fuí insensiblemente tras ellas.

ISAB. Eso es verdad; tiene una fisonomía muy...

FEL. Muy expresiva, sí, señora, muy agradable; y si le animasen un poco... si usted de cuando en cuando le dirigiese la palabra con cariño, con predilección... porque la verdad... está usted siempre tan seria con él...

ISAB. ¡Yo!

FEL. Delante de usted está cortado, tiene miedo.

ISAB. ¿Miedo, Federico? ¿A mí?

FEL. Sí; por ejemplo, ahora debía usted perdonarle esta falta, usted misma hablarle, y... ya veo que usted misma lo desea tanto como yo.

ISAB. ¿Pero estás seguro de que no vendrá nadie?

FEL. Nadie, nadie vendrá. Voy a llamarle.

ESCENA VIII

DOÑA ISABEL, FELIPE, FEDERICO

FEL. Salga usted: ya salimos del paso; esto va perfectamente.

FED. Es imposible...

FEL. Vamos, hágale usted; pero con gracia, con despejo.

ISAB. Federico.

FEL. (*Empujándole.*) Vaya, otro esfuerzo: más cerca, más.

FED. (*Yo tiemblo.*)

ISAB. Venga usted aquí, señorito, venga usted aquí: todo lo sé; pero no tenga usted cuidado, no; nada tengo que añadir a lo que usted mismo conoce: por esta vez yo enmendaré esas locuras, pero contando que no perderé el fruto de esta lección.

FED. En mi vida olvidaré tanta bondad.

FEL. (*Bajo.*) Perfectamente.

ISAB. Federico, te suplico que no te hagas jugador.

FED. Jamás, señora, jamás! (*Yo no estoy en mí.*) ¡Qué bondad!

FEL. Se supone que ya no jugará.

ISAB. No sabes el sentimiento que me darías.

FED. ¡Ah! no, señora; primero quisiera dejar de existir que darle a usted un sentimiento... y más cuando recuerdo cuántos beneficios he recibido en esta

casa, yo que no tenía en el mundo quien pudiera interesarse por mí.

ISAB. Tienes amigos que no te abandonarán mientras no te hagas indigno de sus favores.

FEL. Nunca lo será: yo respondo por él.

FED. (*Besándola la mano.*) Es verdad, nunca. (*Doña Isabel se vuelve para ocultar su conmoción.*)

FEL. (*Bajo.*) Así, señora, así. (*Me parece que yo en su lugar ya le hubiera... (Hace el movimiento de abrazarle.)*)

ISAB. ¿Y tus estudios? ¿a qué altura te hallas? ¿Piensas en adquirir un nombre? ¿en formar tu suerte?

FED. Sólo me falta recibirme de abogado.

FEL. Lo ve usted, señora: ¡abogado!

FED. ¡Ah! eso no es nada hasta que uno no adquiere reputación.

ISAB. Dice bien.

FEL. ¡Oh! eso creo que no es tan fácil; pero, de todos modos, siempre es una bonita carrera encontrarse abogado hecho y derecho a su edad. ¿No es verdad, señora?

ISAB. No hay duda: conozco abogados que son muy bien admitidos en las casas más principales.

FEL. Yo lo creo.

ISAB. (*Observando a Federico.*) (*No decía mal Felipe. Tiene una figura muy interesante, un aire muy señor.*) (*Se levanta, y le dice a Federico.*) Escucha, Federico: yo pienso en tu porvenir, en tu felicidad. Sólo te pido que no le opongas obstáculos tú mismo con tu conducta. (*Felipe pasa a la izquierda de Federico.*)

FED. ¡Ah! señora, disponga usted de mí; sería dichoso si pudiera consagrarla mi vida.

ISAB. Me alegro; es decir que no encontraré ninguna oposición a mi voluntad.

FED. Suscribo desde luego a perder el fruto de su bondad si vacilo un instante en obedecerla.

FEL. Yo respondo de él.

ISAB. Pues bien, en ese supuesto voy a descubrirte mis intenciones; voy a proponerte un medio de empezar brillantemente tu carrera: he pensado colocarte con una rica heredera de diez mil duros

de dote: pones tu bufete, y tienes asegurada tu subsistencia.

FED. ¡Dios mío!

ISAB. Ya le he hablado muchas veces a su tío: tú le conoces, don Jorge Bustillos: ha aceptado el partido, y creo que... ¿No te alegras?

FED. Señora...

ISAB. ¿Qué veo? Esa tristeza... mírame.

FEL. ¡Cuando se le propone este fortunón deshecho, ese silencio!

ISAB. Vamos, habla, Federico: puedes oponer alguna dificultad... responde.

FED. Señora, lo conozco, soy un ingrato.

ISAB. ¡Cómo!

FED. Me es imposible aceptar.

ISAB. y FEL. ¡Imposible!

ISAB. ¡Estoy admirada! ¿Y qué motivo racional...?

FED. Ninguno, señora; permítame usted que calle: no puedo decir más; pero es imposible.

FEL. ¡Qué imprudencia!

ISAB. ¿Qué dices? Pues yo lo exijo, lo mando. esta boda se ha de hacer.

FED. Dígnese usted escucharme: conozco que no debiera pagar de este modo sus beneficios; pero permítame usted que los rehuse todos si para merecerlo es preciso concluir una boda...

ISAB. Enhorabuena, señorito; supuesto que no se puede hacer carrera de usted, yo tomaré mis medidas; tiemble usted mi cólera.

FEL. Reflexione usted lo que hace.

ISAB. Déjale: tú te acordarás de este día.

ESCENA IX

Dichos; MATILDE, acudiendo al ruido.

MAT. ¡Jesús, tía! ¿Qué sucede? ¡Qué enojada está usted!

ISAB. Me parece que tengo razón para estarlo.

MAT. ¿Con Federico?

ISAB. Sin duda; y usted, señorita, que toma siempre su defensa, no sé cómo podrá disculparle en

esta ocasión. ¡Rehusar una boda de esta especie!

FEL. ¡Un dote de diez mil duros!

ISAB. ¡Y una joven muy hermosa!

MAT. ¿De veras, Federico?

ISAB. ¿Y por qué razón?

FED. Y si no me creyese yo libre... si mi corazón estuviese...

ISAB. ¡Cómo! ¿Es por eso?

FEL. Sí, señora, se me había olvidado, está enamorado.

FED. ¡Por mi desgracia! Pero esto no me autoriza para hacer, casándome, la de otra persona.

MAT. Querida tía, a lo menos es hombre de bien, y usted no le puede obligar a...

ISAB. Puedo obligarle a ser racional, sí, señor... acabemos. ¿Y quién es esa belleza que le impide a usted obedecer mis...?

FEL. Responda usted. ¿Quién es?

FED. Permítame usted que lo calle, es mi secreto; nadie lo sabrá; puedo amarla sin delinquir, y sería culpable si la nombrase.

ESCENA X

Dichos, EL VIZCONDE

VIZ. ¿Dónde están ustedes? Todos me han dejado... Te buscaba, prima.

MAT. ¿A mí?

VIZ. Yo, como me duermo cuando estoy sin hacer nada, me divertía en registrar tu cartera de dibujo. ¡Qué países tan bonitos! Estaba acabando ya, cuando de pronto cae a mis pies esta carta cerrada.

ISAB. ¿Una carta?

VIZ. Con el sobre para Matilde.

FED. (*Turbado.*) ¡Es la mía!

MAT. Yo no sé, tía. Véalo usted.

FEL. (*A Federico, que se estremece.*) ¿Qué tiene usted?

FED. ¡Soy perdido!

ISAB. Una declaración.

VIZ. (*Leyendo con su tía.*) Firmado: «Federico.»

MAT., ISAB. y FEL. ¡Federico!
 ISAB. ¡Qué insolencia! ¡Tiene usted valor...!
 FEL. ¡Imprudente!
 FED. Todo se ha perdido. ¡Desgraciado!
 ISAB. ¿Qué te parece, vizconde?
 VIZ. Dé usted alas a estos niños... ahí verá usted.
 ISAB. Efectivamente, mi excesiva bondad, mi indulgencia tiene la culpa de todo.
 FEL. Señora...
 ISAB. Dejadme... éste es el pago de mi protección.
 FED. (¡Que no me confunda un rayo!)
 ISAB. Enhorabuena: usted lo ha querido, usted se lo ha buscado; yo he hecho lo posible por atraerle a usted al buen camino, todo ha sido inútil. Basta de sufrimiento; saldrá usted de mi casa.
 FEL. ¡Cielos!
 FED. ¡Qué escucho!
 ISAB. Vizconde, ésta es la llave de mi papelera; extiende una libranza de un año de pensión contra mi banquero.
 FED. ¿Piensa usted, señora, que puedo seguir aceptando sus favores?
 FEL. (*Bajo.*) Calle usted.
 ISAB. Matilde, entra en tu cuarto: Felipe, ven conmigo.
 FEL. Señora, hágase usted cargo...
 ISAB. Ni una sola palabra quiero oír sobre este particular. (*Vase.*)
 FED. ¡Infeliz de mí! Ya está fijada mi suerte: enhorabuena. ¿Qué importa? ¿No estaba ya decidido? Todo el mundo es mi patria; sí, corramos a disponer la marcha. ¡Ah! ¡No he podido hablarla! ¡Matilde! ¡Matilde! Partiré; pero ya que dejo esta casa para siempre, ya que no he de volver a verte, tú sabrás al menos mis sentimientos; tú conocerás el sacrificio que hago por ti.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

FEDERICO. (*Sale de su cuarto.*)

Pocas horas me quedan de estar en casa; ya no me falta más que dar el último adiós a Matilde; si estará todavía en su cuarto... (*Mirando por la cerradura.*) Sí. ¡Matilde! ¡Matilde! ¡Resolución!

ESCENA II

MATILDE, FEDERICO

MAT. ¡Ah! ¿Es usted, Federico? Perdone usted si después de lo que ha hecho no me atrevo a conservar la misma intimidad que nos ha unido hasta aquí, y si en cumplimiento de las órdenes de mi tía evito una conversación que usted ha hecho peligrosa con su imprudencia. (*Yéndose.*) ¡Pobre Federico! (*En el momento en que va a entrar en su cuarto, Federico pasa a su derecha y la detiene.*)
 FED. Matilde, Matilde, dos palabras: por favor.
 MAT. (*Junto a la puerta.*) No puede ser.
 FED. Yo se lo suplico a usted; óigame usted.
 MAT. Ya es imposible: mi tía... el vizconde...
 FED. (*Mirando por la puerta del fondo.*) Poco me importa su cólera: sólo temo la de usted... y cuando una sola palabra pudiera disculparme...
 MAT. Disculparle... ¡Ojalá!
 FED. Este secreto no debiera haber salido nunca de mi pecho. Lo sé, y si me determiné a revelarles fué porque estaba decidido a huir para siempre de esta casa, a morir...
 MAT. ¿Qué dice usted?

FED. Y ése es el único partido que puedo tomar en esta situación.

MAT. (*Acercándose.*) ¡Cielos! Federico... ¡Ah! ya sé que no tengo derecho para exigir nada de usted. Pero si, como usted dice, me ha ofendido, si usted quiere que le perdone, renuncie usted a esas ideas, prométame usted conservarse para sus amigos.

FED. Amigos ya no los tengo.

MAT. Más de los que usted piensa.

FED. (*Arrojándose a sus pies.*) ¡Qué escucho! Matilde, acaba usted de hacerme feliz.

ESCENA III

Dichos; EL VIZCONDE, que entra por el fondo con una libranza en la mano.

VIZ. (*Al verlos.*) ¿Qué es esto?

MAT. ¡Ay! (*Huye a su cuarto.*)

VIZ. (*Riendo.*) Magnífico... Ese es el patético más sublime... Felizmente esta escena no ha tenido más testigos que yo.

FED. Caballero...

VIZ. Basta. No hablaré una palabra de esto a mi tía; tal vez le privaría a usted de este último beneficio. (*Le da la letra.*) Ahí tiene usted esa libranza; tómela usted, y aléjese. Tómela usted, repito.

FED. Jamás; la mano que me la ofrece sería muy suficiente motivo para que yo la rehusase.

VIZ. ¿Qué quiere decir eso?

FED. Que debo mil consideraciones a mi bienhechora, pero a usted, caballero, no creo deberle nada... y no sé con qué derecho se ha tomado la libertad de...

VIZ. (*Riendo.*) ¿De sorprenderle a los pies de su prima?

FED. No, señor, de apoderarse de una carta que no era para usted; ésa es una acción digna sólo de un hombre sin principios, sin educación... me parece que me explico.

VIZ. ¡Hola, hola! Caballerito, me parece que está usted abusando de su posición y mi delicadeza:

se prevale usted de la ventaja de no tener un estado en el mundo, ni representación alguna para insultarme... eso es poco generoso. Yo no puedo aceptar semejante contrario.

FED. Sin duda: su apellido de usted, su cuna harían el combate muy desigual.

VIZ. No me ha entendido usted; no hablo de estas distinciones: al fin con la espada en la mano no seríamos más que dos hombres simplemente; hablaba sólo de la posición de usted en esta casa.

FED. Ya no estoy en ella, me han echado.

VIZ. Debiera usted recordarla, así como los respetos...

FED. Usted me lo hace olvidar todo; he recibido los beneficios de la tía y los ultrajes del sobrino; estamos pagados, y si usted no es un cobarde...

VIZ. ¡Caballero! Basta, ya me ciega mi cólera; usted necesita una lección, se la daré.

FED. Veremos quién la da o la recibe.

VIZ. Necesito una satisfacción.

FED. Ese es mi deseo.

VIZ. Corriente: ¿qué armas?

FED. Cualquiera.

VIZ. ¿La espada?

FED. Sea la espada.

VIZ. ¿Testigos?

FED. No los necesito.

VIZ. ¿El sitio?

FED. Fuera de la puerta de Atocha.

VIZ. ¿A qué hora?

FED. Ahora mismo.

VIZ. Perfectamente.

FED. Le sigo a usted.

ESCENA IV

FEDERICO

¡Bravo! El tira muy bien, yo en mi vida las he visto más gordas: mejor, con eso acabaremos más pronto, y me veré libre de una existencia que me es odiosa. Y ya que no he de volver a ver a Matilde, ya que es preciso abandonar hoy mismo esta casa...

ESCENA V

FEDERICO, FELIPE

- FEL. (*Que ha oído las últimas palabras.*) ¿Abandonarla? Todavía no.
- FED. ¿Qué dices?
- FEL. Que acabo de hablar por usted.
- FED. ¿No te lo había prohibido?
- FEL. Oígame usted: usted ha hecho muchos disparates: el primero amar a la señorita doña Matilde; el segundo escribirle; y el tercero, sobre todo, no haberme dicho una palabra.
- FED. ¿A ti?
- FEL. Sí, señor; ésta es una idea como otra cualquiera; si yo la hubiera sabido antes se hubiera obrado con arreglo a ella.
- FED. ¡Qué dices! ¿Es posible?
- FEL. ¡Si es posible! Sepa usted que hace veinte años que no ha pasado un solo día en que yo no haya pensado en su prosperidad de usted, en su porvenir... nunca tendrá usted tanta ambición como he tenido yo para usted.
- FED. ¡Querido Felipe!
- FEL. Sí, y para llegar al término es preciso dejarse llevar. Usted se queda en casa.
- FED. ¡Cierto! ¿Cómo te has compuesto para lograrlo?
- FEL. Con dos condiciones, de cuyo cumplimiento he respondido yo por usted.
- FED. Desde ahora las apruebo.
- FEL. Primera, que evitará usted relaciones con Matilde, y que no volverá en su vida a decirle una palabra acerca de la carta.
- FED. ¡Dios mío! Esto es hecho.
- FEL. ¿Qué?
- FED. Nada, nada; ¿y la segunda?
- FEL. Guardar consideraciones al vizconde, hacer las paces con él, y para empezar darle una satisfacción, pedirle mil perdones acerca de lo que ha pasado, puesto que como novio de Matilde debe estar ofendido.
- FED. ¿Yo pedir perdón? ¿y a mi rival? ¿al autor de

- mis desgracias, a un hombre de quien sólo recibo ultrajes? ¿perdón? Cuando voy a batirme con él...
- FEL. ¡A batirse!
- FED. Sí; aunque esto haya de costarme la vida, no puedo escuchar más que la voz de mi resentimiento. Hemos empeñado entrambos nuestra palabra, estamos citados, y esto ha de ser.
- FEL. ¡Citados!
- FED. Sí, y es preciso que me encuentre ya allí cuando vaya: quiero ser el primero. ¿Qué, tiemblas? ¿Es de miedo?
- FEL. Tal vez; por mí mismo no he experimentado nunca lo que ahora por usted. ¡Batirse! ¡Y sin saber coger una espada!
- FED. ¿Qué importa?
- FEL. ¡Y con un hombre que tiene tanta seguridad!
- FED. Me es indiferente.
- FEL. Es correr a una muerte cierta.
- FED. Enhorabuena: ¿qué importancia tengo en el mundo? Solo en la tierra, como un ente caído del cielo, sin saber quién soy, debiéndome avergonzar tal vez de mi origen, sin padres, sin familia...
- FEL. ¿Qué, yo no soy nada para usted?
- FED. (*Cogiéndole la mano.*) Sí, Felipe, sí; tú, tú solo me has querido, lo sé: ahora mismo te veo conmovido; tus ojos arrasados en lágrimas.
- FEL. (*Conmovido.*) Pues en nombre de este cariño tan antiguo, por estas lágrimas que su peligro de usted me arranca, renuncie usted a tan funesto designio.
- FED. ¡Renunciar!
- FEL. (*Con energía.*) ¡Federico! Amigo mío, yo se lo suplico a usted, se lo pido de rodillas, no por la señora, cuyos beneficios quiere usted pagar con tal ingratitud; no por Matilde, a quien va usted a hacer mil veces más desgraciada; sino por mí, por el pobre Felipe, que le ha visto a usted nacer, que le ha recibido en sus brazos; olvide usted los despropósitos de un atolondrado, un loco.
- FED. ¡Olvidarlos! Jamás.
- FEL. Pero, ¿sobre qué fué la disputa?
- FED. No sé; sólo sé que debo vengarme.
- FEL. ¿Qué le ha dicho a usted?
- FED. (*Enajenado.*) No lo sé, nada; pero debo ven-

garme de él, de su amor, de su boda con Matilde.
La hora se acerca; vamos, Felipe, mi espada.

FEL. (*Con frialdad.*) No, señor.

FED. ¿Cómo que no?

FEL. No va usted.

FED. ¿Qué te atreves a proponer?

FEL. Que ya que es usted sordo a mis ruegos y a la voz de la amistad, ya que olvida todos sus deberes, yo cumpliré con los míos: usted no saldrá de aquí.

FED. ¿Quién me lo ha de impedir?

FEL. Yo.

FED. Eso lo veremos. (*Se acerca a la mesa, coge sus guantes, su sombrero y su bastón: al mismo tiempo Felipe va a cerrar la puerta y coge la llave.*) ¡Cómo! (*Se vuelve y lo ve.*) ¿Te atreves?...

FEL. Sí, señor, a salvarle a usted, mal que le pese; sí, señor, le he dicho a usted que no saldrá de aquí, y no saldrá usted.

FED. ¡Qué osadía! (*Conmovido.*) Felipe, vuélveme esa llave.

FEL. No, señor.

FED. (*Colérico.*) Teme mi furor.

FEL. Nada temo; y le prohibo...

FED. ¡Prohibirme! Esto ya es demasiado, y una insolencia semejante...

FEL. (*Queriendo contenerle.*) Téngase usted.

FED. (*Enarbolando el bastón.*) Yo la castigaré.

FEL. ¡Pega, desgraciado, pega a tu mismo padre!

FED. ¡Mi padre! (*Deja caer su bastón.*)

FEL. Sí, yo soy tu padre: ¿cuál otro origen podía tener este cariño de que no ceso de darte pruebas desde que naciste? Este es el secreto de que he sido víctima; secreto fatal que debía haber muerto conmigo, secreto que he guardado hasta ahora religiosamente por tu misma felicidad; secreto, en fin, que me has obligado a descubrir para librarte de un crimen horroroso.

FED. No me atrevo a levantar los ojos.

FEL. Te avergüenzas sin duda de deber tu existencia a un criado.

FED. ¡Yo avergonzarme! nunca; y esa idea...

FEL. Sólo una cosa me resta que decirte; este criado era soldado cuando naciste; en la flor de mis años,

en la edad del valor, me esperaba una carrera brillante en una época tempestuosa en que el amor a la independencia de la España y la intrepidez bastaban para encontrar los grados y los honores en la trinchera enemiga. Pues bien, gloria, ascensos, fortuna, hasta la esperanza de morir honrosamente por el rey y por la patria en un campo de batalla, todo lo sacrificué para permanecer al lado de mi hijo: para cuidar de su infancia no temí exponerme al menosprecio, a la humillación, abrazando un estado... en fin, ciñéndome a ser tu mismo criado. Y esto sin sonrojarme, porque muchas veces me decía a mí mismo: «Federico me amará, y esto me basta.»

FED. ¡Padre mío, perdón! (*Se arroja en sus brazos.*)

¿Cómo pagar tantos beneficios? ¿Cómo expiar mis faltas? Querido padre, ¡cuán dulcemente suena en mis oídos este título sagrado! Ya tengo un amigo, una familia; ya no estoy solo en el mundo.

FEL. (*Enjugándose los ojos.*) Hijo mío, cálmate.

FED. ¡Ah! Por favor, explíqueme usted...

FEL. Silencio eterno acerca de este misterio; una promesa sagrada, un juramento me liga; que no sospeche nunca nadie que le he violado. ¿Te negarás ahora a obedecerme?

FED. No, no; estoy dispuesto a todo: hable usted.

FEL. Entra en tu cuarto.

FED. ¿Y el vizconde, que me espera?

FEL. ¿No tienes confianza en mí?

FED. Sí; pero huir, ocultarme... ahora menos que nunca: mi honor es el de usted también.

FEL. Eso me toca a mí; un militar antiguo sabe como tú lo que el honor exige.

FED. (¡Cielos! y no hay más puerta que ésa; es imposible escaparme.) Se lo suplico a usted.

FEL. Entra, Federico; te lo ruego.

FED. ¡Querido padre!

FEL. Pues bien, te lo mando.

FED. Obedezco. (*Se inclina con respeto, y entra en su cuarto. Felipe lo observa.*)

ESCENA VI

FELIPE. *(Va a poner la llave en la puerta.)*
¡Ah! Conozco cuánto debe padecer, y ya le quiero más... pero no; nadie me privará del único bien que me queda, y debo antes de todo... aquí está la señora.

ESCENA VII

FELIPE, DOÑA ISABEL

ISAB. ¿Le has visto, Felipe? ¿Le has indicado mi voluntad?
FEL. Hable usted bajo, señora; está ahí.
ISAB. ¡Federico! Pero, ¿qué ha habido? estás pálido, demudado.
FEL. He llegado a tiempo: se iba a batir.
ISAB. ¡A batirse!
FEL. Sí, con su sobrino de usted.
ISAB. ¡Cielos! debiste estorbárselo, prohibírselo.
FEL. Eso es precisamente lo que he hecho; le he encerrado en su cuarto, y hasta nueva orden nada hay que temer; pero al hacer uso de mi autoridad ha sido preciso probarle que tengo derecho para tenerla: ya sabe que soy su padre.
ISAB. ¡Qué has hecho!
FEL. Tranquilícese usted, no sabe más; la segunda parte del secreto no me pertenecía, la he respetado: pero desengañémonos, señora, estas medidas de nada sirven, ellos se han desafiado, y tarde o temprano...
ISAB. ¡A pesar de tu prohibición!
FEL. A su edad y en hombres de honor esas prohibiciones no hacen más que aumentar el deseo de batirse: yo me acuerdo de lo que sentía y de lo que siento aún con sólo la idea de un ultraje: no hay más que un medio de estorbar esta desgracia, y usted sola puede emplearle.
ISAB. ¡Yo, Felipe!
FEL. Sí, señora, quitando la causa.

ISAB. ¿Y cómo?
FEL. Federico ama a Matilde.
ISAB. Bien, ya lo sé.
FEL. El vizconde no tiene amor sino a su dote; no le será difícil renunciar a ella, y deponer todo proyecto de venganza si usted se lo manda; en cuanto a Federico, yo respondo de él, si obtiene la mano de Matilde.
ISAB. ¡La mano de Matilde! Felipe...
FEL. Señora, es preciso.
ISAB. Tú estás loco, Felipe: ¿humillarme hasta ese punto? ¿dar armas contra mí?
FEL. ¿Y qué, cuando en ello va la vida...?
ISAB. Se podrá hallar otro medio de salvar a tu hijo; pero casar a mi sobrina con un hombre obscuro...
FEL. Se lo suplico a usted.
ISAB. Repito que es imposible, y acabemos, Felipe; eso es olvidar lo que me debes, y quién eres.
FEL. *(Indignado.)* ¡Quién soy! Usted es quien lo olvida, pero yo se lo recordaré.
ISAB. ¡Felipe!
FEL. *(Cogiendo su mano.)* Oigame usted. Cuando en una época tempestuosa se hallaba usted en un pueblo de provincia, comprometida toda su casa por la adhesión a un partido de su desgraciado padre; cuando sola, abandonada, iba usted a ser la víctima de un populacho sediento de sangre, a pesar de su sexo y de su edad; cuando iba usted a pagar con la cabeza la funesta fama de un apellido demasiado comprometido, ¿a quién acudió usted entonces para que la amparara? Un pobre sargento era tal vez el único que podía salvarla de aquella circunstancia difícil; se acogió usted a él, y este pobre sargento no desoyó la voz de la piedad: en medio del furor de los bandos, del riesgo de parecer traidor a su partido, este pobre sargento no se contentó con guarecer su persona de usted, sino que también defendió su casa: entonces, ¿lo ha olvidado usted ya? la muerte nos amenazaba a todos, y no veía usted tanta distancia entre un soldado y la orgullosa...
ISAB. ¡Felipe!
FEL. Sí; entonces yo era joven, era valiente, pero no era nada más que un soldado, y sin embargo usted

lo olvidó un momento... el agradecimiento tal vez, la situación, todo produjo el amor, y desde entonces su libertador de usted vino a ser su esclavo.

ISAB. (*Asustada, señalando la puerta de Federico.*)
¡Por Dios! más bajo.

FEL. Entonces, conmovido por sus remordimientos de usted, por su desesperación, a todo me sometí; quiso usted, como era justo, reparar el extravío de un momento; su conciencia exigía que la religión santificase su falta, y exigió usted de mí que vínculos sagrados y eternos borrasen aquel error: a nada me opuse, nos casamos; aún más: por el decir de las gentes, por ese mismo orgullo inconsiderado, exigió usted de mí que nuestro matrimonio fuera y se conservase eternamente secreto: y consentí, y desde aquel día tu esposo, Isabel, ignorado, confundido entre tus mismos criados, nunca ha proferido una queja, una sola queja. ¿Y sabes, sin embargo, todo lo que sacrificé? Nunca te lo he dicho, pero... en una aldea feliz, al lado de mi anciano padre, una joven bella y virtuosa aguardaba el regreso del infeliz soldado... había recibido mi juramento; en fin, me amaba aquélla, y me amaba con orgullo, se envanecía con mi amor: ella hubiera hecho mi fortuna; pues, a pesar de todo, yo la escribí que ya la había olvidado, que no contase con mi corazón, que nunca me volvería a ver. Hice aún más; por permanecer al lado de mi hijo me resigné a verle huérfano en la casa de los autores de sus días, criado por compasión en casa de su madre, que para ocultar una supuesta falta le priva de sus derechos; me condené a no estrecharle nunca en mis brazos, a no amarle sino a hurtadillas como si fuera un crimen; y en premio de tanta resolución, de tan grandes sacrificios, sólo una cosa te pido, una sola, ¡Isabel! la felicidad de tu hijo, y me la niegas.

ISAB. ¡Ah! Tú no sabes cuán a mi pesar, pero me es imposible, y extraño este rompimiento: después de veinte años de silencio, no esperaba yo que tú exigieras una cosa que puede arrebatairme en un día lo que más estimo en el mundo, el aprecio y la consideración de los que me rodean; si esta boda se hiciese me acusarían de olvidar mi

cuna, y Dios sabe si le darían una interpretación siniestra, si adivinarían la verdad. ¡Ah! si la pública malignidad llegase a traslucir aquella falta, si se llegase a saber este vergonzoso secreto, ¡cielos! sólo de pensarlo me estremezco, yo no sobreviviría, Felipe, a semejante afrenta: en fin, concluyamos, esta boda es imposible, y no se hará jamás.

FEL. ¡Jamás!

ISAB. Felipe, déjame. (*Quiere irse.*)

FEL. (*Deteniéndola con fuerza.*) No, Isabel, no te dejes.

ISAB. ¡Ah! Por Dios, acuérdate de nuestros convenios: muda ese estilo, que te pueden oír.

FEL. Bien, señora, le mudaré; será un sacrificio más, pero con una condición. Yo he podido inmolarme a su tranquilidad de usted, a su orgullo... pero en cambio de tantos tormentos, de tales humillaciones, necesito la felicidad de mi hijo... me es indispensable, lo exijo, y la lograré por cualquier medio que sea, aun por los que usted tanto teme.

ISAB. ¿Qué oigo? ¿Y tu deber, tus juramentos?

FEL. Y usted que me reconviene, ¿cumple usted por ventura los suyos?

ISAB. Gente viene: ¡silencio, por Dios! (*Felipe vuelve a tomar una postura reverente. Doña Isabel se aparta hacia la izquierda.*)

ESCENA VIII

Dichos, LORENZO

LOR. Señor Felipe...

ISAB. ¿Qué hay, Lorenzo?

LOR. Nada, señora; es para el señor Felipe.

FEL. ¿Para mí?

LOR. Sí, señor, ese papel para usted que acaba de subir el portero: si yo hubiera sabido que estaba aquí la señora, no hubiera entrado así...

FEL. No tiene sobre.

LOR. No importa, no importa, es para usted; un mo-

zo la ha traído hace ya un buen rato, diciendo que se la entregasen al instante.

FEL. Es particular.

ISAB. Basta. Anda con Dios, Lorenzo.

ESCENA IX

FELIPE, DOÑA ISABEL

FEL. No sé por qué me estremece esta carta. (*Reco-
rre la carta, y da un grito.*) ¡Ah!

ISAB. ¿Qué es?

FEL. ¡Federico! ¿será cierto? (*Suelta la carta, y se
arroja en el cuarto de Federico.*)

ISAB. ¡Federico! ¿Qué dice? ¿qué nueva desgra-
cia...? (*Recoje la carta, y la lee rápidamente.*)
«Padre mío, perdóneme usted si le desobedezco;
pero ahora menos que nunca puedo vivir afrenta-
do. Hijo de militar, nadie podrá llamarme cobarde;
ha llegado la hora. Adiós. Dentro de poco, o que-
daré vengado, o ya no existiré.» (*Dirigiéndose ha-
cia Felipe.*) ¿Es posible? ¡Federico!

FEL. (*Pálido.*) Esto es hecho; la ventana que da al
patio estaba abierta... se ha escapado.

ISAB. ¡Dios mío!

FEL. Marchó, y tal vez en este momento... (*Sollo-
zando.*) ¡Hijo mío! ¡querido hijo!

ISAB. (*Sosteniéndole.*) ¡Felipe!

FEL. (*Cayendo sobre un sillón.*) Ya no le veré más;
le matará.

ISAB. (*Agitada.*) No, no; tal vez será tiempo toda-
vía; es preciso seguirlos.

FEL. ¿Y adónde? ¿Dónde estarán ahora?

ISAB. No importa, es preciso hallarlos. (*Corriendo a
la puerta del fondo, que abre y llama.*) Lorenzo,
Pepe, Antonio. (*Toca la campanilla.*) Venid todos,
pronto, al momento.

ESCENA X

Dichos, LORENZO, varios criados, MATILDE

ISAB. ¿Dónde está mi sobrino?

LOR. ¿El señor vizconde? Ya ha rato que salió.

ISAB. Y Federico, ¿quién le ha visto salir?

LOR. Yo estaba a la puerta cuando salió; subió sin
reparar en nada en un coche de alquiler de los que
están en fila en la calle...

ISAB. ¿Qué dirección tomó?

LOR. No puse cuidado, señora; y no sé...

MAT. (*Entra.*) ¿Qué es eso, querida tía? ¿qué hay?

ISAB. Nada, hija; quisiera hablar inmediatamente al
vizconde. (*A los criados.*) Montad a caballo todos,
id a casa de mi sobrino, a casa de sus amigos, bus-
cadle dondequiera que esté, decidle que le espero,
que quiero verle al momento; vamos, al instante.

LOR. Pero, señora...

ISAB. Sin dilación, y traedle con vosotros. (*Vanse.*)

MAT. ¡Dios mío! Nunca la he visto a usted tan in-
quieta por el vizconde. ¿Es cosa tan urgente?

ISAB. Sí: quitate: ¿me dejarás en paz? Te lo man-
do: ¿no puedo yo estar sola?

MAT. Me voy, tía, me voy. ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Qué
será esto? (*Vase.*)

ESCENA XI

DOÑA ISABEL, FELIPE

ISAB. Felipe... vuelve en ti: tal vez... sí... volverá.

FEL. No, señora, no; él no tiene más que valor, y su
contrario... no me engañan mis presentimientos,
ya nunca le veré.

ISAB. (*Llorando.*) ¡Federico! ¡Nuestro hijo!

FEL. Esa es la primera vez que pronuncia usted esa
palabra: ¡nuestro hijo! Ahora llora usted; ya es
tarde.

ISAB. Sí; aunque se haga pública mi vergüenza, yo
le quiero con todo el amor de madre: ¡cuántas ve-
ces se han abierto mis brazos para estrecharle a
mi pecho, para llamarle hijo!... siempre se cerra-
ban de desesperación... ¡Ah, Felipe! si hubieras
podido leer en mi corazón, si hubieras conocido sus
angustias, la lucha de sus afectos, me hubieras
perdonado. Mi único consuelo era pensar en él,
pensar en su porvenir, en su felicidad, sus bienes...

FEL. (*Amargamente.*) ¡Bienes! ¡dinero! Sí; uste-

des creen que eso es todo. (*Se levanta.*) Una madre era lo que debía usted haberle dado.

ISAB. ¡Por Dios, Felipe!

FEL. Usted le amaba, y él no lo sabía.

ISAB. ¡Felipe!

FEL. Morirá sin que su madre le haya dado un abrazo.

ISAB. ¡Por Dios!

FEL. Su orgullo de usted... usted es quien le asesina.

ISAB. ¡Cielos! no, no; no morirá: el cielo tendrá piedad de nosotros. Matilde, mis bienes, mi vida, todo lo doy si me vuelven a Federico.

FEL. A buena hora. (*Escucha.*)

ISAB. ¿Qué es eso?

FEL. ¡Silencio! ¿No oye usted? Ha sonado un coche.

ISAB. Ha parado en casa. (*Se miran, y se dan la mano para sostenerse: doña Isabel, trémula.*) Sí.

¿Por qué hemos de temblar? El será, Federico.

FEL. Sí, le traerán moribundo.

ISAB. Esto es demasiado padecer: sepamos cuanto antes... (*Se precipita hacia la puerta, y encuentra a Matilde.*)

ESCENA XII

DOÑA ISABEL, MATILDE, FELIPE

MAT. Tía, tía, tranquilícese usted; aquí está.

FEL. e ISAB. ¿Quién?

MAT. (*Alegre.*) Su sobrino de usted, el vizconde.

ISAB. Yo fallezco. (*Cae en un sillón.*)

MAT. ¿Cómo?... preguntaba usted por él, y cuando viene... ¡Dios mío! socorrámosla: Felipe... ¡ay! me da usted miedo.

FEL. Viene, ¿eh? Mejor... me matará también a mí, o le vengaré. (*Va hacia el fondo y Matilde quiere detenerle.*)

MAT. ¡Felipe!

ISAB. Detente. (*En el fondo el vizconde.*)

TODOS. El es.

ESCENA XIII

Dichos, EL VIZCONDE

FEL. Viene solo; no hay duda.

ISAB. Yo me muero.

VIZ. (*Alegre.*) Vamos, ¿qué ocurre? Están ustedes todos pálidos, consternados... (*Se acerca a su tía.*) ¿Conque usted sabía?...

ISAB. Todo lo sabemos.

VIZ. ¿Y temblaba usted por mí? ¡Qué bondad! Pues ya sosiéguese usted, tía mía, ya estoy aquí.

FEL. (*Acercándose al vizconde.*) ¿Y Federico?

MAT. (*Asustada.*) ¡Federico!

FEL. (*Con rabia.*) Salgamos...

VIZ. (*Admirado.*) ¿Qué? ¿Qué tiene este hombre?

FEL. Sígame usted.

VIZ. ¿Para qué, para socorrerle? Es inútil... Su herida no vale la pena.

ISAB. ¿Qué dices?

MAT. ¡Su herida!

FEL. ¿No está más que herido?

VIZ. Un rasguño... Contra mi costumbre.

TODOS. ¿Es posible?

FEL. ¡Ah! Vizconde, ¿no me engaña usted?

ISAB. ¿No le has muerto?

VIZ. ¡Yo! Pues está bueno; si hubiera sido un tirador como yo, podía apostarse doble contra sencillo que ése hubiera sido el resultado; pero como es un torpe, que en su vida las ha visto más gordas, él ha sido el que por poco me...

FEL. ¡Cómo!

VIZ. Primero le pinché en la mano... un arañazo, nada; entonces me planté, y le dije: «Señor mío, basta, ya hay sangre.» «¡Cómo que basta!—gritó, volviendo a coger su espada—, no, señor; aquí ha de quedar uno de los dos; defiéndase usted.» Y se arroja sobre mí, como un loco, sin gracia, sin método, contraviniendo a todas las reglas; cosa insufrible para quien se bate por principios. Y en el momento en que yo le grito, riéndome, que tenga mejor su espada, me hace saltar la mía.

- FEL. ¿Le ha desarmado a usted?
 VIZ. Contra todas las reglas; sin embargo, lo confieso, se ha portado con honor, y, si no es diestro, a lo menos es valiente.
 ISAB. (Reconozco la sangre que corre por mis venas.)
 VIZ. Entonces me dijo generosamente: «Vuelva usted a tomar su espada»; y yo no quise: al fin le debía la vida.
 FEL. (Es hijo mío.)

ESCENA XIV

Dichos; FEDERICO, que trae la mano vendada con un pañuelo.

- TODOS. ¡Federico!
 FED. (*Abrazando a Felipe.*) ¡Querido amigo! ¡Querido pa...!
 FEL. (*Interrumpiéndole.*) Bien, bien. (*Mirándole con vanidad.*) (Es mi hijo, es mi hijo.)
 FED. ¿Me perdonan ustedes este mal rato que...?
 MAT. Yo, no, señor; no tiene perdón habernos dado tal susto.
 FED. ¡Matilde!
 ISAB. (A mí nada me dice; me juzga indiferente y no cree deberme consolar.) ¡Ah, cuánto sufro! (*A él.*) Federico...
 FED. Perdone usted, señora; apenas me atrevo a presentarme delante de usted.
 ISAB. ¿Por qué? ¿Crees que no he participado de los temores que los dos me habéis causado, yendo en ello lo que más aprecio en el mundo? (*Mirando a Felipe.*)
 VIZ. Es usted muy amable, tía; ya sabe que ha hecho un gran servicio a toda la familia.
 ISAB. Por lo mismo debemos agradecersele de una manera digna de nosotros. Sobrino, varias veces hemos hablado de tu boda con Matilde; pero me parece que he leído en su corazón...
 MAT. ¿Me dice usted a mí, tía?
 ISAB. Sí; me parece que prefiere, como su madre, una boda por amor a una boda por razón de es-

- tado; y para satisfacer de este modo las obligaciones de toda la familia, he determinado, si a ella le parece bien, conceder su mano a aquel a quien tú debes la vida.
 FED. ¡Es posible!
 MAT. ¡Qué fortuna!
 VIZ. (Por consideraciones a mí le da una heredera de cien mil reales de renta. ¡Jesús, lo que me quiere mi tía!) (*Felipe se acerca a doña Isabel.*)
 ISAB. Y además haré por Federico lo que debo hacer. (*Bajo.*) Así que se casen, Felipe, ahora no.
 FEL. (*Id.*) ¿Qué tiene usted?
 ISAB. (*Id.*) ¡Qué ganas tengo de abrazarle!
 FEL. (*Id.*) ¿Y quién se lo impide a usted?
 ISAB. (*Id.*) No me atrevo.
 FEL. (*Id.*) ¿No se atreve usted? ¡Qué desgraciada debe usted ser! Vaya (*Alto*), caballerito, ¿quiere usted más? Ha hecho usted una bonita suerte; una mujer lindísima, cien mil reales de renta... ¿No da usted las gracias a quien tanto hace por usted?
 FED. ¡Ah! Mi vida no bastaría para... (*Besa la mano de doña Isabel.*)
 FEL. ¡Eh! No, señor, así no. (*Empujándole.*) Un abrazo; la señora lo permite.
 ISAB. ¡Ah! (*Le abraza.*) No resisto más. ¡Hijo mío!
 FED. ¡Qué dice usted!
 MAT. y VIZ. ¡Su hijo!
 ISAB. Sí, amigos: ha llegado el momento de descubrir un secreto que ha estado a punto de exponernos a todos a una desgracia. Vuelve, hijo mío, a mis brazos, y tú, Felipe, basta de humillaciones; llega, y ocupa para siempre el lugar que de derecho te corresponde, y que te ha conquistado tu virtud. Felipe es mi esposo.
 MAT. y VIZ. ¡Qué dice usted!
 ISAB. Sí; más despacio podré explicaros este arcano. (*A Felipe.*) Desde hoy sólo tendrás a tu cargo la felicidad de toda la casa.
 FEL. Yo soy dichoso, más dichoso que nadie; mirelos usted unidos; éstos eran los deseos de Felipe; se han cumplido, y ya nada necesito.

PARTIR A TIEMPO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

PERSONAS

Don COSME GONZÁLEZ, co-
merciante.
Doña ANA, su mujer.
CARLOS, su sobrino.

ISABEL, su sobrina.
EL VIZCONDE DE MIRALTA.
RODRIGUEZ, dependiente de don
Cosme.

La escena se figura pasar en Madrid, en casa de don Cosme.

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

El teatro representa un salón; puerta en el fondo. A la derecha del actor la puerta de la habitación de doña Ana, a la izquierda la del despacho de don Cosme: una mesa junto a la puerta de la derecha.

ISABEL, *junto a la mesa*; DON COSME, *en pie, dando unas letras a un criado*.

COSME. Dos mil... cuatro mil... ocho mil... doce mil... en letras, y seis mil en oro... Lleva estos diez y ocho mil reales a don Jorge, mi cajero... son los fondos para su viaje. *(Sale Rodríguez.)*

ISAB. Al fin se va... ¡pobrecillo!... ¡recién casado...!

COSME. Sí, sobrina mía... si no dispones otra cosa, hoy mismo a las cuatro camino de Cádiz... y de allí a la Habana. ¿Qué haces tú ahí?

ISAB. Estoy repasando mi lección de italiano.

COSME. ¡Pues! de italiano... ¿para qué sirve eso? si fuera de castellano... vaya... y aun eso... aquí estoy yo... que en mi vida he abierto un libro, a no ser de caja. Y, sin embargo, no por eso he dejado de hacer pesetas... digo... me parece que he hecho

una pacotilla muy decente, pues empecé sin nada.
ISAB. ¿Decente? considerable... ¿y no tenía usted nada?

COSME. ¡Oh! aquéllos eran otros tiempos; todavía me parece que me estoy viendo en Sevilla de mancebo de una tienda. ¡Qué calor, hombre, en aquel Sevilla! bien que entonces no necesitaba yo mucho para que se me calentasen los cascós.

ISAB. Dicen que los ha tenido usted muy ligeros, querido tío.

COSME. Un poco, querida. Y las manos listas. Eso es todo lo que me ha quedado de mis juventudes. Por fortuna, ahora todos me obedecen. «Señor don Cosme, por arriba; señor don Cosme, por abajo.» ¡Ya se ve! a fuerza de vender por cuenta de otros he llegado a vender por mi cuenta. El aguardiente sobre todo es el que me ha hecho hombre. Hasta que me cansé y dije: «Basta de comercio. Negociante, girante de letras, especulador en grande, empresario.» No siendo de teatros, se entiende. Ese es mal comercio. Quiebra segura. El público consume más aguardiente que comedias. Me he hecho de oro, y me parece que no empleo mal mis riquezas.

ISAB. Seguramente. Ha ayudado usted a sus parientes.

COSME. ¡Ah! Por desgracia ya quedan pocos. Ya no tenía más que a ti y a tu primo Carlos; los tres no bastábamos a consumir tanto. Entonces los amigos me dijeron: «González, cástate»; los amigos siempre aconsejan estas cosas. Doy en pensarlo, y al cabo un día veo a una muchacha. ¡Voto va! «Esta, dije para mí, ésta.» Por desgracia era la hija de una condesa... familia interminable, la más encopetada que se paseaba por el Prado.

ISAB. Era cosa de desesperarse.

COSME. Yo lo creo; pero de allí a poco averiguo que era una casa arruinada, el padre emigrado, perseguido, ya se ve, liberal... el año veinticinco, confiscado por Calomarde. «Animo, dije yo. Esta es la mía. Hable el dinero.» Y habló: toma si habló, mejor que un procurador. Se discutió mi petición, y resultó algo de la discusión, porque de allí a poco nos casamos. Entonces conocí lo que valía el

dinero. Abrí mi caja, y contemplando por un lado mi mujer, por otro mis doblones: «¡Viva el presupuesto!» exclamé. Otros se andan rompiendo los cascós para encontrar la felicidad; yo eché por el atajo, la compré. Sí, señor; la muchacha más bonita y más amable de Madrid.

ISAB. Sí por cierto.

COSME. ¿No es verdad? ¡Qué talento, hombre! Y luego ha tenido la bondad de amarme y hacerme feliz. Sólo una cosa me incomodaba al principio. Yo no había de votar, no había de jurar, no había de decir *diferencia* sino *diferencia*. ¡Vea usted ahora! ¿No soy yo el que hablo? ¿No tengo dinero? y si alguna vez se me escapaba alguna de esas tonterías, ya tenía encima a mi mujer, y a todos esos señores que la visitan; ¡qué risas! ¡qué algazara! ¡Por vida de...!

ISAB. ¡Tío!

COSME. No tengas miedo; ahora no está mi mujer aquí. Déjame desahogar siquiera un rato por la mañana. A mis solas. Así es que he llegado a aborrecer a todos esos marqueses y señoritos que hablan pulido, monadas.

ISAB. Sin embargo, querido tío, ¡los hay tan amables!

COSME. ¡Hola! ¿Tú también? Ya se ve, el baile, y el piano, y la cavatina, y el italiano, ¡voto va...! pues si te caso, descuida, que no ha de ser...

ISAB. ¿Qué dice usted?

ESCENA II

Dichos; RODRÍGUEZ, saliendo de la habitación de DOÑA ANA

ROD. La señora pregunta por la señorita...

ISAB. ¡Ay! y yo me estoy aquí charlando.

COSME. ¿Qué importa? Espérate.

ISAB. Bien quisiera, pero me estará aguardando mi tía para darme lección; es tan buena... ella misma se ha encargado de mi educación. Cuando me hizo usted venir a Madrid, yo no sabía nada; era

tan torpe... ¡Todo el mundo se reía de mí! No decía más que tonterías.

COSME. Pues así te quería yo... podíamos hablar al menos, y nos entendíamos.

ISAB. Sí; pero ya ve usted, ¿quién se hubiera querido casar conmigo? Mi tía me dice siempre que en el matrimonio no hay felicidad posible cuando uno de los dos consortes tiene que avergonzarse del otro... y como ya en el día en la sociedad todo el mundo tiene buena educación...

COSME. ¿Quieres dejarme en paz? ¡Oiga! ¡Pobrecilla! Pues no cree que va a encontrar un marido en la lección de geografía y de historia... ¡Teniendo dote! Esto no es cuento: ésta es la verdadera historia, la historia de España de ahora y la de siempre, y la de todos los países. Pero haz lo que quieras. Me has hecho hablar más que un ministro, y tengo sed. ¡Rodríguez! Dame una copa de aguardiente. *(Isabel hace una seña a Rodríguez.)* ¿Qué es eso? ¿no has oído?

ISAB. Pero, tío, ¿no se acuerda usted de que el médico le ha prohibido a usted...?

COSME. El médico, el médico... ése es otro... que me quiere educar a mí también. Empeñados todos en que tengo la misma enfermedad que mi padre: ¡mentira! mi padre no tenía un cuarto: por fuerza se había de morir. ¡Una campanilla! Tu tía llama.

ISAB. Voy, voy.

COSME. Oyes, no vayas a decirle una palabra de lo que ha dicho el médico; se asustaría.

ISAB. Bien, tío. *(Vase.)*

COSME. Y no me dejaría beber más que vino mezclado con agua, y pardiez que eso es echar a perder dos cosas buenas. A ver, tú... echa ahí, echa; esta vida se ha de pasar a tragos. *(Apurando la copa.)* ¿Qué tal?

ROD. Esa es filosofía.

COSME. Es la verdadera. Bruto, toma tú, y ayúdame.

ROD. ¡Yo, señor!

COSME. ¡Vamos! Lo mando yo. Así. A tu salud.

ROD. A la de usted. *(Este es todo un amo: llano, sin etiquetas. El pan, pan, y el vino, vino.)*

ESCENA III

Dichos, EL VIZCONDE, y después CARLOS

VIZ. *(Al paño.)* Vamos, sube... si me has de presentar.

COSME. *(Apurando la copa.)* ¿Qué es eso?

VIZ. A ver. *(A don Cosme.)* ¡Está su ama de usted visible?

COSME. ¡Mi ama!

VIZ. Sí; mi señora doña Ana... anúncieme usted.

COSME. *(Furioso.)* ¡Que le anuncie!

CARL. *(Entrando.)* ¡Buenos días, querido tío!

VIZ. *(Asombrado.)* ¡Su tío! ¡qué diantres he hecho yo!...

CARL. *(Presentando su tío al vizconde.)* Don Cosme González. *(A su tío.)* El señor vizconde de Miralta.

COSME. Pues, un vizconde; ya me lo podía yo haber figurado.

CARL. Ha conocido este verano pasado a mi tía y a mi prima en los baños de Sacedón.

VIZ. Donde he tenido la fortuna de prestar algunos servicios de poca entidad a esas señoras.

COSME. Cierto; mi mujer me lo escribió.

VIZ. Y a mi vuelta he recibido un convite, de que vengo a darle las más expresivas gracias.

COSME. Siendo gusto de mi mujer... *(A Carlos.)* ¿Dónde diablos vas tú a buscar esos conocimientos?

CARL. Es un amigo antiguo... un compañero del colegio de San Mateo.

COSME. (¿Sí, eh?... es lástima que sea vizconde. ¡Pobrecillo!) Siendo amigo de mi sobrino, caballero, siempre seréis bien recibido; ¿quiere usted tomar alguna cosa? ¿una copita de aguardiente? ¡vaya! anímese usted.

VIZ. *(Riendo.)* ¡Esto es magnífico! me convida a echar el aguardiente.)

CAR. *(Bajo a don Cosme.)* Tío... esas cosas no se hacen.

COSME. ¿Eh? ¡Vaya! Pues, Rodríguez, llévate eso. Pido a usted mil perdones, caballero, por mi aten-

ción; le dejo a usted con mi sobrino; está usted en su casa; Carlos es mi hijo, o lo mismo que si lo fuera.

CARL. ¡Querido tío!

COSME. Y eso que ahora nos tiene abandonados; esto es un sentimiento ciertamente para todos.

CARL. ¡Oh!

COSME. Además está triste; está muy mudado.

CARL. (*Esforzando una sonrisa.*) No, tío mío.

COSME. ¿Pues qué, eso no se ve?

VIZ. Dice bien el señor; ayer en la ópera, por ejemplo, tenías un aire tan abatido... creí que estabas malo. ¿Qué diablos tienes?

CARL. Había trabajado demasiado.

COSME. Muy mal hecho: las matemáticas van a acabar con él. Tiene demasiado juicio. Yo le quisiera más calavera. Usted podía ponérmelo al corriente, señor vizconde. ¿Te hace falta dinero? ¿Quieres algo? aguarda... triste y en la ópera... ¡voto va! Hay por allí alguna... apostaríala...

CARL. ¡Tío!

COSME. Cierto que eso es cuenta tuya. No digo más palabra. Voy a avisar a mi mujer: la diré que hay aquí un vizconde que quiere verla. Aun así, Dios sabe si estará visible, porque hace algún tiempo que anda mala también, y taciturna, y... Servidor de usted. (*Vase.*)

ESCENA IV

CARLOS, EL VIZCONDE

VIZ. ¿Conque éste es don Cosme González, ese negociante tan rico, tan considerado, y de quien me ha hecho su mujer tantos elogios?

CARL. El mismo. Es un señor excelente, a quien lo debo todo, mi existencia, mi educación. Daría la vida por él.

VIZ. ¡Oh! lo sé; no se me ha olvidado todavía aquel lance que tuviste en una ocasión con un caballero insolente que quiso burlarse de él, y quedó suficientemente escarmentado. Pero cuando me

recuerdo de su mujer, cuyo buen tono y distinguidos modales...

CARL. ¡Ah! eso es lo menos en ella; fuera imposible encontrar reunidos más virtud y más juicio. Casada por orden de sus padres, cuyo bienestar aseguraba este enlace, con un hombre cuyo género de vida y cuya educación no podían simpatizar nunca con ella, no desconoció los inconvenientes de su posición. Pero ha sabido triunfar de ella, y donde otra hubiera visto tan sólo un deber, ella ha sabido encontrar la felicidad.

VIZ. ¿De veras?

CARL. Podrán hacerla sufrir las aprensiones de su marido, pero tiene bastante talento para no sonrojarse; ella le protege con su dignidad, le ennoblece a los ojos del mundo; en una palabra, le estima tanto, que obliga a los demás a imitarle, y estimarle también. Esa es la sociedad, la mujer es la que hace al marido respetable o ridículo.

VIZ. ¿Es decir que le quiere?

CARL. Sin duda, porque sabe muy bien sus deberes.

VIZ. ¿Y crees que sea feliz?

CARL. Eso sólo Dios lo sabe, pero al menos parece serlo; tal vez lo será también. Yo bien sé que mi tío es a veces impaciente, colérico, pronto; es el hombre del pueblo, de la naturaleza, con todos sus arrebatos generosos y todos sus defectos de educación; pero es tan bueno para su mujer... la quiere tanto... ¡Oh! sí, indudablemente es un matrimonio feliz. Por otra parte, ella posee un encanto inexplicable que comunica su felicidad a cuantos la rodean.

VIZ. ¿A quién se lo dices? Este verano he pasado tres meses a su lado, y te confieso que he estado a dos dedos de perder la cabeza.

CARL. ¿Eh? ¿de veras?

VIZ. Y bien, ¿qué te da? ¿Quieres impedir que guste tu tía? trabajo te mando; ni era yo el único: cuantos jóvenes había en Sacedón le hicieron la corte. Por lo que hace a mí, más ducho que otros en esos negocios, conocí desde luego que era tiempo perdido y toqué retirada.

CARL. (*Cogiéndole la mano.*) ¡Querido vizconde!

VIZ. (*Riéndose.*) Parece que me lo agradeces. Pues

amigo, no fué virtud. Pero ella no echó en saco roto la delicadeza de mi conducta; me granjeé su amistad, y esto era ya pagarme acaso con usura: y yo, por otra parte, en vez de una pasión loca que me hubiera hecho culpable o desgraciado, he encontrado en otra ese amor puro y verdadero, nunca perturbado por los remordimientos, nunca emponzoñado por el temor; amor que hará en lo sucesivo la felicidad de mi vida; en una palabra, quiero casarme.

CARL. ¿Tú? te felicito, y aún más a la elegida.

VIZ. Pues la conoces.

CARL. ¡Yo!

VIZ. Sí; y acaso no te hago esta confianza sino con miras interesadas. Hace dos años encontré en algunas sociedades a una joven bella como un sol, pero sin educación, sin... desconocía enteramente los usos del mundo; era casi un objeto ridículo; yo era el único que, no sé por qué, la había defendido algunas veces... a lo mejor desapareció; de entonces acá apenas me había vuelto a acordar de ella, cuando este año la vuelvo a ver en los baños... figúrate, amigo mío, la gracia, la elegancia personificadas, y, sin haber perdido su primitiva sencillez y candor, un entendimiento claro, cultivado. Dos años de educación esmerada y de estudio habían llevado a cabo este prodigio; y, lo que más me ha llegado al corazón, es que se me ha figurado que el deseo de parecerme bien ha tenido alguna parte... no lo puedo dudar.

CARL. ¿Es posible?

VIZ. Sí; eso, y la bondad, el esmero de tu tía...

CARL. ¿Es mi prima? ¿Isabel?

VIZ. La misma.

CARL. ¿Y piensas en casarte con ella? Tú, joven, rico, de ilustre cuna.

VIZ. ¿Y por qué no?

CARL. ¡Ah! querido vizconde, nunca me hubiera atrevido a desearle a mi prima un enlace tan ventajoso. Debo, sin embargo, franquearme contigo. Mi tío, a quien el trabajo y el comercio han elevado a una fortuna colosal; mi tío, que es en el día uno de los primeros negociantes de Madrid,

ha empezado su carrera por ser en Sevilla mozo de una tienda, y nada más.

VIZ. No lo sabía, y ahora no me perdonaré nunca de haberme reído de él: para empezar de ese modo y acabar así, es preciso algún mérito indudablemente. En adelante le respetaré.

CARL. ¿Esa circunstancia no altera tu resolución?

VIZ. ¿Te chaceas? ¿No somos compañeros? ¿no hemos estudiado juntos?

CARL. Pero tu familia acaso...

VIZ. Mi familia piensa como yo. En el día, amigo mío, el comercio, la industria, la riqueza, el talento, la cuna, todas son aristocracias; se dan la mano. ¿Quién gobernará mañana, quién mandará? Un grande, un procurador, tú, yo, si nuestro talento nos da aptitud: en el día no hay más que dos clases en la sociedad: los que tienen educación y los que no la tienen; éstos son los únicos enlaces desiguales, éstos son los desgraciados. Por consiguiente, y gracias al mérito que se ha sabido crear tu prima, no estamos en ese caso, y aquí me tienes con mi pretensión, que traía escrita por más señas.

CARL. ¡Querido amigo!

VIZ. Espero que mi ejemplo te anime, y que lanzarás lejos de ti esas ideas melancólicas y sombrías... haz, como yo, una buena elección y una buena boda. Eso te distraerá.

CARL. ¿Yo? ¡qué diferencia! es imposible... (*Suspirando.*) No hay felicidad para mí.

VIZ. ¿Y por qué?

CARL. ¡Ah! si supieses... si yo pudiera confesarte... ¡Silencio! (*Mirando a la puerta.*) Aquí tienes a mi familia... te dejo con ella.

ESCENA V

DON COSME, DOÑA ANA, EL VIZCONDE, CARLOS

ANA. Mil perdones, vizconde; le he hecho a usted aguardar... no esperaba visitas tan temprano...

VIZ. Efectivamente; yo soy el que debo disculparme...

ANA. Todo lo contrario: nos trata usted como amigos. Mi esposo me lo decía ahora mismo: debemos estar agradecidos...

VIZ. ¡Señor!...

COSME. Usted es muy amable. (Es mucha mujer; ella me hace decir siempre mil lindezas, sin que a mí me cueste trabajo pensarlas.)

ANA. (*Viendo a Carlos, que ha cogido su sombrero.*) Adiós, Carlos; ayer te esperábamos para comer, y no viniste; nos tuviste con cuidado.

CARL. ¡Querida tía!

COSME. ¿No te lo decía yo? (*A Carlos.*) Maldito si yo te entiendo jamás. Lo mismo que por la noche: yo contaba contigo para que la acompañases al baile... y nada.

CARL. Me fué imposible.

COSME. ¡Imposible! Y poco después doy el brazo a mi mujer, que iba hecha un cielo por cierto, y me veo al caballerito a diez pasos de nosotros en medio de la calle, con el agua que caía, viéndola subir al coche. ¿Y todo para qué? para irse luego con el señor vizconde a suspirar y gemir a la ópera.

CARL. No lo creáis.

ANA. Y aun cuando eso fuese... (*Esforzando una sonrisa.*) ¿Qué habría de malo? ¿me crees tan severa, por ventura? Carlos, en siendo tú feliz, no deseo yo otra cosa. Esas son cuentas (*Señalando al vizconde*), por consiguiente, del señor; ahora, en teniendo penas, las reclamo; tengo derecho a ser tu confidenta; éste es el privilegio de las tías, no sirven para otra cosa.

CARL. ¡Señora!

COSME. Así, así; ¡si has de ser el hijo de la casa! en atención a que yo no he tenido ninguno de mi mujer, lo cual no es culpa mía.

ANA. ¡Cosme!

COSME. Lo digo, porque pudiera creerse...

ANA. (*Apresurándose a interrumpirle.*) Vizconde, ¿nos hará usted el favor de comer hoy con nosotros?

VIZ. Señora, será para mí una felicidad.

COSME. Bueno, e irán ustedes hoy al teatro. Supongo, Carlos, que hoy acompañarás a tu tía.

ANA. Acaso tendría más gusto en ir a la ópera; yo no voy a la ópera esta noche.

CARL. Seguramente no lo cree usted como lo dice.

COSME. Me alegro, porque en la ópera... francamente, me duermo.

ANA. Carlos, ¿quieres decir que vayan por un palco?

CARL. Iré yo mismo, si usted gusta.

VIZ. Abajo tengo mi coche; puedo llevarte.

CARL. (*Bajo al vizconde.*) ¿Y tu pretensión?

VIZ. (*Id. a Carlos.*) No me atrevo delante de tu tío.

CARL. Vamos, pues.

VIZ. (*A doña Ana.*) Creyendo que no estaría usted visible tan temprano, me había tomado, señora, la libertad de escribir a usted...

COSME. ¿Eh?

VIZ. Y a usted, señor don Cosme, acerca de un asunto que me interesa sobremanera.

COSME. ¿Asunto para mí?

VIZ. Quiero, pues, dejar a ustedes en libertad para que lo piensen detenidamente. Ahí está; a mi vuelta sabré la respuesta. Vamos.

ESCENA VI

DOÑA ANA, DON COSME

ANA. ¿Qué significa esto?

COSME. Para ti es el sobre: no acostumbro a leer las cartas de mi mujer; dicen que es malo.

ANA. (*Con alegría.*) ¿Qué es esto? ¿quién hubiera imaginado? pide la mano de Isabel.

COSME. (*De mal humor.*) ¡Oiga!

ANA. (*Asombrada.*) ¿No te llena de gozo como a mí la idea de un enlace tan ventajoso?

COSME. ¡Maldito!

ANA. ¿Y por qué?

COSME. No te diré que tengo antipatía a los señores; esto sería una necedad, porque al fin un hombre vale siempre tanto como otro hombre. En todas las clases hay hombres de mérito; y, en resumidas cuentas, no es culpa suya si es vizconde; pero sí te diré que mi sobrina puede contar con un dote de veinticinco mil duros lo menos, que le ten-

go apartado; y ¡pardiez! que no me he tomado yo el trabajo de atesorarlos para enriquecer a un extraño.

ANA. Es que el vizconde es rico.

COSME. El u otro, ¿qué más da? no es uno de los míos, y yo quiero que lo que he ganado con el sudor de mi frente no salga de la familia; es suyo, les pertenece, y lo tendrán. No conozco más que un marido que pueda convenirle a Isabel: Carlos, mi sobrino.

ANA. ¿Carlos?

COSME. ¿Dónde hay un muchacho más honrado, de mejor índole, más juicioso, más valiente? ¡No quieres que dé Isabel a mi sobrino!

ANA. Sí, esposo mío, sí; me parece muy natural, (¡pobre Carlos!) pero...

COSME. Pero, pero... ¿qué diablos de objeciones me vas a hacer? ¡Es posible que en quedándonos solos siempre has de hacer la oposición! Sólo delante de gentes eres ministerial. Pues, no hay más; ése ha sido siempre mi plan, y si no te lo he dicho antes, es porque hace tiempo que he notado una cosa que me aflige por cierto.

ANA. ¿Qué cosa?

COSME. Tú sabes cuánto quiero a Carlos; es mi consuelo, mi apoyo; después de ti es la persona que más quiero en el mundo. Ya se ve, como tú eres buena y amable, le quieres porque yo le quiero, por darme gusto, pero no es eso lo que yo quisiera.

ANA. ¿Qué dices?

COSME. En una palabra, te cuesta trabajo; ¡no parece sino que tienes miedo de agasjarle, de manifestarle cariño! A veces le tratas con cumplimiento, y aún a veces mal; sí, señor, mal.

ANA. ¡Yo!

COSME. Te lo probaré; por ejemplo, no pudiendo yo abandonar mi casa y mis negocios, deseaba que él te hubiese acompañado en tu viaje; tú preferiste ir sola con tu sobrina y una doncella. Yo no te quise contradecir, pero fué para mí un sentimiento, y para él también.

ANA. ¿Para él?

COSME. ¡Voto va! él no gasta parola; no dice frases, no dice nada; pero allá en sus adentros ya sé

yo que nos quiere... a los dos. Mientras yo he estado malo, él se ha puesto a dirigir la casa; y ¡pardiez! aunque no era ésa su carrera, lo hacía mejor que yo; mejor: al cabo tiene sobre mí la ventaja de la poca edad, de la actividad... ¡y qué celo! Pues, ¿y para contigo? no digo nada. Siempre a tus órdenes: se dejaría él matar por alcanzarte un billete para la ópera o para un baile. Y eso, eso es lo que necesitamos para ser felices; eso vale algo más que un extraño, que un desconocido. Está resuelto; y, supuesto que hemos hablado de esto, hoy mismo es preciso que empieces a darle a conocer nuestros planes.

ANA. (*Turbada.*) ¡Yo!

COSME. Tú. ¿Quién mejor?... El no se opone nunca a tus deseos; a ti te será más fácil que a nadie persuadirle.

ANA. (*Turbada.*) Probaré al menos.

COSME. Es preciso; si no creeré que tienes un interés decidido en proteger al vizconde.

ANA. ¿Pudieras creer...?

COSME. ¡Oh! Sí; tú siempre te has inclinado a los señores; ya se ve, la cabra tira al monte. Pero yo, que no tengo nada que ver con ellos...

ANA. ¡Esposo mío!

ESCENA VII

Dichos; CARLOS, pensativo, y hacia el fondo.

COSME. Ahí le tienes; siempre pensativo, siempre triste. ¿Qué diablos tiene? Carlos...

CARL. (*Volviendo en sí.*) ¡Ah! tío.

COSME. Acércate; tu tía tiene que hablarte.

CARL. (*Con viveza.*) ¿De veras? aquí estoy.

COSME. (*Sonriéndose.*) ¡Hola! parece que eso te ha sacado de tu letargo. Yo tengo que dar algunas instrucciones a mi cajero, que marcha dentro de poco.

CARL. Lo sé. Para esa empresa que piensa usted establecer en la Habana.

COSME. Precisamente.

CARL. Bonita especulación; bien manejada sobre todo.

COSME. Así lo espero. Pero tengo entre manos otro proyecto por acá que me interesa más... aquí nos estábamos ocupando de él... pienso en tu porvenir, en tu felicidad. Mi mujer te contará. Ahí te quedas, pues, charlen ustedes. (*Vase.*)

ESCENA VIII

DOÑA ANA; CARLOS, *asombrado y siguiendo con los ojos a su tío.*

CARL. ¿Qué tiene mi tío?

ANA. ¿Qué tiene? Carlos, quiere casarte.

CARL. ¡Ah! ¿Eso llama él mi felicidad? Espero que no tratarán de hacerme feliz a pesar mío, y como yo no he de consentir...

ANA. ¿Cómo? ¿sin conocer a la que te destinan?

CARL. (*Amargamente.*) No dudo que será rica, joven, amable; en una palabra, perfecta. Pero, sea quien fuere, desde ahora rehuso todo partido. Ni amor, ni matrimonio... jamás. Bien estoy así.

ANA. ¡Tan feliz eres!

CARL. ¿Feliz yo? Soy el más desdichado de todos los hombres.

ANA. (*Con viveza.*) ¿Por qué?

CARL. Ni lo sé. Una fiebre lenta me consume y me mata; sin esperanza, sin porvenir, esta vida, que empiezo ahora a recorrer, me parece acabada para mí.

ANA. ¿Quién, sin embargo, pudiera tener esperanzas más lisonjeras? Estimado, querido de todos, la fortuna te llama... la gloria acaso, los honores.

CARL. ¡Gloria! ¡honores! ¿Y para qué? ¿A quién puedo ofrecer esos bienes? ¿Quién se interesa por mí?

ANA. ¿Quién? ¿Nosotros, Carlos, no somos nadie, tus parientes, tus amigos?

CARL. Sí; yo lo sé, todos ustedes me quieren...

ANA. Pues si lo sabes, ¿por qué hablar así? No me toca a mí, lo sé, aconsejarte. Pero si mi edad me priva de ese derecho, mi cariño, acaso, me le da.

Vamos a ver; confíamelo todo; soy tu tía, tu amiga.

CARL. Bien... sí... su confianza de usted obliga a la mía. Usted sola conocerá mi situación. Amo, pero sin esperanza de ser amado, más, sin querer serlo jamás; porque si lo fuese huiría al fin del mundo.

ANA. ¡Insensato! ¿Has podido dar entrada en tu corazón a una pasión culpable?

CARL. ¿Culpable? ¿quién lo ha dicho?

ANA. Las penas que sufres, porque un amor puro y legítimo no proporciona más que felicidades. Pero vuelve en ti, reflexiona adónde puede conducirte un amor semejante.

CARL. ¡Ah! nunca ha amado usted cuando me hace esa reflexión: ¿adónde puede conducirme? a amar, a sufrir, y esos tormentos mismos constituyen la felicidad de mi existencia. Lejos de evitarlos los busco, los deseo, y, últimamente, mi tío lo ignora: me habían ofrecido un destino, un buen destino, lo he rehusado; era preciso alejarme de ella, era forzoso salir de Madrid.

ANA. (*Conmovida.*) ¡Ah! ¿está en Madrid?

CARL. ¡En Madrid!

ANA. ¿Y no has pensado nunca en su tranquilidad, que podías perturbar... en su vida, que podías llenar de amargura?...

CARL. ¡Ah! señora, si ese amor tan dulce a la par y tan cruel pudiese alterar su tranquilidad... si yo pudiese creerlo... Es imposible, su virtud la coloca sobre mí, y a Dios gracias, yo soy sólo el desgraciado.

ANA. Si lo eres, es porque quieres, porque te entregas sin defensa al peligro, en lugar de huir de él, o de arrostrarle. Yo no soy más que una mujer, y harto débil sin duda, pero si algún día, por mi desgracia, tuviese que luchar con sentimientos semejantes a los tuyos, lejos de ceder a ellos cobardemente, moriría, tal vez, pero triunfaría. ¿Tendrás tú menos valor? ¿tendré que darte yo lecciones de valor y de energía? Vamos, Carlos, amigo mío, créeme; no hay sentimiento, por profundo que sea, que la razón no pueda subyugar, ¡ni desgracia tan grande que no pueda soportar y vencer nuestro corazón! Yo te ofrezco mi apoyo, mi auxilio, y, si

eres lo que creo, si eres digno de mi aprecio, tú seguirás mis consejos.

CARL. Bien. Hable usted.

ANA. Tu tío quiere casarte con Isabel.

CARL. ¿Isabel, mi prima? imposible; la quiere otro, el vizconde mi amigo.

ANA. Es preciso persuadirselo a tu tío.

CARL. Lo haré.

ANA. Otros partidos habrá.

CARL. Jamás para mí: lo he jurado. Nada espero de la que amo, pero le conservaré siempre entero este amor, que ella ignora, y unos juramentos que no ha recibido.

ANA. Enhorabuena. Hay otro medio que asegurará tu tranquilidad, y la suya tal vez... ese destino que te han ofrecido, y que te aleja de Madrid, es preciso aceptarle.

CARL. ¿Privarme de su presencia? ¡de mi felicidad! ¿qué le he hecho yo a usted para que me dé un consejo de esa especie?

ANA. Sin embargo, es preciso seguirle; sólo así puedes conservar mi amistad: élige.

CARL. Jamás.

ANA. Caballero, le creí a usted digno de mis consejos, le dejo a usted abandonado a sí mismo; nada tengo que decirle. (*Carlos se aleja, echa una mirada al salir a doña Ana, que no le mira; suspira y sale.*) ¡Ah, qué mal proceder!

ESCENA IX

DOÑA ANA

¿Por qué me inquieta su partida? desterrremos para siempre su memoria: quiero, sí (*Se sienta*): no puedo... presente le temo; ausente, le echo menos, al verle me sonrojo, su nombre me hace temblar. Sin embargo, nunca me ha dicho que yo... debiera ignorarlo. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Dame fuerzas para resistir; protégeme contra mí misma.

ESCENA X

DOÑA ANA, DON COSME

COSME. Vamos. (*Al paño.*) ¿Qué niñerías son éstas?

ANA. ¡Mi marido!

COSME. (*Hablando consigo mismo.*) ¿Los hombres han de ser hombres?

ANA. ¿Qué hay?

COSME. Don Jorge, mi cajero, que, cuando yo le estoy hablando de vinos de Málaga, de azúcar y de café, da en la gracia de enternecerse; casi iba a llorar.

ANA. ¿Por qué?

COSME. Ni me escuchaba pensando en su mujer y en su hijo. ¿Qué diablos? es preciso estar en lo que se hace; además, que hay tiempo para todo. Yo no digo que no sea uno sensible, pero a ciertas horas, acabados los negocios. Aquí me tienes a mí; ya estoy libre. ¿Y qué? ¿has visto a Carlos? ¿Cuándo es la boda? ¿Está ya decidido?

ANA. (*Turbada.*) No del todo, pero espero que...

COSME. (*Alegremente.*) Eso es otra cosa, con tal que al fin se verifique; si ellos no tienen prisa yo tampoco, gracias a una idea que me ha ocurrido.

ANA. ¿Cuál?

COSME. La ausencia de don Jorge me va a sobrecargar de negocios, y he pensado en agregarme a mi sobrino, que precisamente está desocupado.

ANA. (¡Dios mío!)

COSME. Me le asocio; vivirá con nosotros, al lado de su prima, de su futura; no se separará ya nunca de nosotros.

ANA. (¡Soy perdida!) ¿Y crees que lo aceptará?

COSME. Estoy seguro; por darme gusto, me ayudará a llevar mi casa, me servirá de compañía continuamente, y en mis ausencias no te quedarás tú sola, él te distraerá, te consolará; ahora, sobre todo, has dado también en la flor de hacer la sentimental, y de estar siempre mala, y...

ANA. Es verdad, pero creo que me aliviaría mucho

- si tuvieses la bondad de concederme lo que tantas veces te he pedido.
- COSME. (*Admirado.*) ¿Cómo? ¿Ese proyecto de que me volviste a hablar el otro día?
- ANA. Precisamente. Déjame salir de Madrid, déjame ir a pasar algunos meses a nuestra hacienda de Andalucía.
- COSME. ¡Qué diablo de idea! ¡Es que cuando las mujeres se empeñan en una cosa! ¡Desde que empezó el invierno le ha tomado una afición al campo! ¡Vaya, Señor! Ya van cuatro veces que viene con la misma canción, ¡y en qué tiempo!... hágame usted el favor.
- ANA. No me importa. Todas las estaciones me son iguales.
- COSME. Pues a mí no. ¿Acaso puedo yo estar separado todo el año de ti? Pues qué, ¿se me ha olvidado ya el verano? Mi sobrino y yo, aquí solos, ni sabíamos qué hacernos, ni... en este caserón que me parece mayor todavía cuando tú no estás. Adiós sosiego, y felicidad, y... no parece sino que te lo llevas todo contigo.
- ANA. (*Enternecida.*) Pues bien, vente conmigo.
- COSME. ¿Contigo? Ya se ve que iría, si pudiera, pero, ¿y mi comercio, y la casa? ¡Oh! no, no, no. Yo no puedo apartarme de mi casa, y, después de haber trabajado todo el día, necesito verte a mi lado, y hablar, y... Esto me distrae, me alegra; en una palabra, te necesito, no puedo vivir sin ti, es imposible.
- ANA. Sin embargo, si me quieres, acabarás por concederme lo que te pido: padezco aquí demasiado.
- COSME. Si fuese por tu salud no vacilaría; pero precisamente los médicos han dicho que no te conviene.
- ANA. No importa; déjame partir.
- COSME. Pero, ¿quién diablos te echa de aquí? ¿Qué te obliga?
- ANA. Es preciso.
- COSME. ¿Y por qué? sepamos.
- ANA. Querido esposo, ¿no tienes bastante confianza en tu mujer para...?
- COSME. ¿Confianza? ilimitada.

- ANA. Entonces no me preguntes más, fiate de mí, y déjame partir.
- COSME. No, ¡pardiez! no; mil veces no. Maldito si comprendo un empeño semejante; preciso hay algo aquí. ¡Oh! yo lo sabré, quiero saberlo; lo exijo.
- ANA. Imposible.
- COSME. ¿Conque hay algo? ¿Y no lo sabré? Pues bien, no concedo nada, no te separarás de mí.
- ANA. (*En la mayor turbación.*) ¡Dios mío! no queda ningún medio, que yo sepa al menos.
- COSME. ¿Qué dices?
- ANA. Que, sometida a ti, a mis deberes, he creído por espacio de mucho tiempo que no había cosa en el mundo ajena de ellos que pudiese hacerme impresión; me he equivocado. Hay sentimientos que no dependen de nuestro corazón ni de nuestra voluntad, que nacen a pesar nuestro, y contra los cuales no hay defensa, porque cuando una empieza a temerlos han echado ya raíces.
- COSME. ¿Cómo?
- ANA. No; no es decir que debas alarmarte, ni que este corazón haya dejado nunca de ser tuyo; es tuyo, sí, por deber, por gratitud, por... y a Dios gracias soy digna de tí, nada tengo que echarme en cara, pero acaso no pudiera decir siempre otro tanto. Tú eres mi mejor amigo, mi guía, mi protector... permítame que ceda a unos temores infundados acaso, pero que suscita en mí la conciencia de mis deberes y el cariño que te tengo.
- COSME. ¡Santo Dios! ¿Qué acabo de oír? ¿Amarías a otro?
- ANA. (*Bajando los ojos.*) No, no; pero temo... No sabe... no lo sabrá jamás. (*Con viveza.*) Y para afianzarlos más, quiero huir.
- COSME. ¿Y ese hombre, quién es? ¿Quién?
- ANA. ¿Qué te importa?
- COSME. ¿Y por qué le amas?
- ANA. No he dicho eso.
- COSME. Pero yo lo sé, lo creo (*Fuera de sí*), estoy seguro, era preciso haberlo impedido, no haberlo sufrido jamás, dominarse, vencerse; siempre es uno dueño de sí mismo.
- ANA. ¿Lo eres tú en este momento?
- COSME. ¡Voto va! ¡Eso es otra cosa! no es amor lo

que yo tengo, es ira, es rabia; contra ti, contra todo el mundo.

ANA. ¿Qué más he podido hacer yo, sin embargo? ¿He hecho mal en confiarme a ti? ¿en recurrir a mi marido? ¿en implorar su protección?

COSME. No, no; eso no, has hecho bien, sí. Yo soy quien pierdo la cabeza... aunque jamás se haya hecho a un marido semejante confesión, te creo, eres virtuosa, te estimo, te respeto. A él sólo es a quien aborrezco. ¿Cómo se llama? ¿quién es? nómbramele, su nombre. ¡Oh! estoy seguro de que le conozco, de que le detesto, de que le he abominado siempre, y si le encuentro...

ESCENA XI

Dichos, RODRÍGUEZ

ROD. (*Anunciando.*) El señor vizconde de Miralta.

ANA. ¡El vizconde! ¡Ah, Dios mío! vendrá por la respuesta.

COSME. En eso estamos pensando. ¡Que se vaya!

ANA. ¿Qué haces? Una grosería; imposible, pero, ¿cómo recibirle ahora, cómo disculpar?... En este momento, suplícale que espere en la sala. (*A Rodríguez.*) Dile que voy allá, que una ocupación... que me estoy vistiendo.

ROD. Bien, señora, bien. (*Vase.*)

COSME. ¡Cuántos cumplimientos para un vizconde! (¡Ah! ¡qué idea! si fuese... los baños... El es, sí, estoy seguro.)

ANA. ¿Qué tienes?

COSME. Nada, absolutamente nada; déjame, éntrate ahí. (*Doña Ana va a salir por la puerta del foro, don Cosme le señala la de la derecha.*) No, ahí, a tu cuarto.

ANA. Pero, ¿qué significa esto?

COSME. (*Conteniendo su cólera.*) Quiero que me deje usted; lo exijo, lo mando.

ANA. ¡Ah! me haces temblar; obedezco, obedezco.

ESCENA XII

DON COSME

Sí, sí, es él, debe ser él, yo lo sabré: le insultaré delante de todo el mundo, si es preciso; le preguntaré por qué quiere a mi mujer, por qué es correspondido. ¡Oh! no temo el ruido, me es igual, necesito escándalo; y, si se ofende, le mataré, o me matará él a mí. Está en mi casa, está aquí, espera a mi mujer. No será ella quien reciba su visita: yo, yo. (*Da un paso para salir, y entra Carlos.*) ¡Mi sobrino!

ESCENA XIII

CARLOS, DON COSME

COSME. ¡Cielos!

CARL. ¿Qué tiene usted?

COSME. ¡Oh, cómo deseaba verte y abrazarte...! Adiós, adiós.

CARL. ¿Adónde va usted?

COSME. A vengarme.

CARL. ¿De quién? Por Dios, modérese usted, no dé usted una campanada, no provoque un escándalo. ¿Quién le ha ofendido? Hable usted.

COSME. ¡Ah! bien quisiera; pero no puedo, no me atrevo... sí, bien, ¿a quién pediré consejo? ¿a quién confiaré mis penas, sino a mi mejor amigo?

CARL. ¡Penas! ¿Y quién las causa?

COSME. ¿Quién, sino la persona que amo más en el mundo? ¡mi mujer! ¡Tú sabes si la quiero...! Pues bien... en este matrimonio, en esta intimidad nunca he tenido un solo instante de completa felicidad... nunca he podido mirarla como mi igual... No sé qué especie de respeto y de superioridad me aleja de ella y me impone... Ni a amarla me atrevo, y por colmo de mi desgracia... yo mismo, a pesar del estudio que ponía en agradarme, he cono-

cido mil veces que no es dichosa, que se avergüenza en el mundo de su marido...

CARL. ¿Qué dice usted?

COSME. Sí, y ésa es mi desesperación, el haber de conocer yo mismo que le soy inferior, que no la merezco... ¿Por qué la han sacrificado...? ¿Por qué me la han vendido? Yo hubiera encontrado entre mis iguales una compañera educada como yo, una mujer de mi clase que nunca me hubiera despreciado.

CARL. ¡Qué idea!

COSME. Que me hubiera estimado y respetado, querido tal vez.

CARL. ¿Y qué puede usted pedirle a la que ha escogido? ¿Puede usted dudar por ventura de su cariño?

COSME. Sí, Carlos, sí; dudo: hoy dudo; ni ¿cómo pudiera ser de otra manera? Me contemplo a mí mismo, y me hago justicia. En esa sociedad que la rodea todos tienen otra educación, otro talento, otro... ¡qué sé yo! ¿No son todos jóvenes más amables que yo? ¡Voto va!

CARL. ¿Y puede usted suponer que su mujer... que la virtud misma fuese capaz de engañarle...?

COSME. ¡Engañarme! No es eso lo que quiero decir... antes me quejo de su franqueza. ¿Por qué ha tenido tanta confianza, o por qué no la ha tenido completa? Sí; porque... ella ha sido (*A media voz*), ella misma la que me ha confesado... ahora... que prefiere, que ama a otro.

CARL. (*Fuera de sí.*) ¿Qué oigo? ¡Cielos! ¿Y lo ha sufrido usted, y lo sufre usted todavía?

COSME. Carlos, tú, que hace poco me encargabas la moderación...

CARL. Es que yo soy quien debe castigar semejante ultraje.

COSME. (*Deteniéndole.*) ¡Carlos, amigo mío!

CARL. Déjeme usted. ¡Estoy furioso!

COSME. No saldrás de aquí... lo exijo; lo mando.

CARL. Es inútil... su nombre nada más... su nombre.

COSME. He ahí precisamente lo que yo no sé... lo que se ha negado a confesarme. Pero sospecho que es el vizconde.

CARL. ¡El vizconde!

COSME. A eso salía cuando has entrado; a averiguarlo, a hacérselo confesar a él mismo.

CARL. ¿Qué dice usted? ¿Iba usted a comprometer a su mujer? Por otra parte, es un error. El vizconde tiene otras miras, lo creo al menos... ¿Y por parte de mi tía qué motivos tiene usted para sospechar...?

COSME. Escucha... Es un hombre a quien teme... de quien quiere huir... Ya varias veces antes de ahora me había hablado de un viaje... pero de una manera vaga, sin insistir... Pero hoy ha sido con empeño... me lo ha rogado... ¡al instante, dice...! Preciso es, pues, que hoy mismo, esta mañana hace poco, la presencia de alguien haya despertado esos sentimientos en su corazón y la haya decidido a hacerme una confesión de esa especie.

CARL. ¡Cielos!

COSME. ¿Tú sabes acaso...?

CARL. No, nada.

COSME. Pues bien, yo lo sabré... Preciso será que me lo diga; de lo contrario, infeliz... No me conoce.

CARL. Por Dios, cálmese usted.

COSME. Dices bien: podría echarlo todo a perder, conozco que yo no haré más que desatinos. Pero tú, tú que eres nuestro amigo, tú tendrás acaso más ascendiente, más talento... es preciso que la hables.

CARL. ¡Yo!

COSME. Por su mismo interés, aconséjala que me lo diga; si cede, no hay cosa que yo no pueda hacer por ella; pero si se resiste, hazle ver que la paz de nuestro matrimonio, que nuestro porvenir, que toda nuestra felicidad pende sólo de eso. En fin, Carlos, fío en ti, arréglalo lo mejor que puedas... ¿Me lo prometes? ¿sí...? adiós, Carlos, adiós. (*Se entra por la izquierda.*)

ESCENA XIV

CARLOS

¡No puedo explicarme lo que pasa por mí! Pero, a pesar mío, se ha deslizado una idea en mi corazón, una idea que me haría el más feliz de todos

los hombres, o acaso el más desgraciado. No, no, no es posible... ¡no quiero pensar en ello! ¿Yo criminal? Jamás; yo propio me daría el castigo. ¡El exceso mismo de mi felicidad me mataría! (*Va a salir a tiempo que entra doña Ana.*) ¡Es ella!

ESCENA XV

DOÑA ANA, CARLOS

ANA. ¡Yo muero de impaciencia!... Mi marido... Es preciso verle... ¡Cielos! ¡Carlos! (*Dejándose caer sobre un sillón.*) ¡Dios mío!

CARL. Señora, ¿qué tiene usted?

ANA. Nada... no quiero nada... quiero estar sola.

CARL. ¿Cómo he de abandonarla a usted en ese estado?

ANA. No tengo nada. (*Esforzando una sonrisa.*) Acababa de tener con tu tío una explicación, en la cual la razón estaba sin duda de su parte.

CARL. No creo...

ANA. (*Admirada.*) ¿Quién te ha dicho...?

CARL. El mismo, que acaba de confiarme la causa de sus penas.

ANA. ¿A ti...? ¡Santo Dios! (*Conteniéndose y procurando disimular.*) Espero, Carlos, que conociendo, como yo, el genio de tu tío, y sus arrebatos, no darás crédito a ideas cuya falsedad no tardará él mismo en conocer.

CARL. Señora, sólo creo que usted merece el respeto del mundo entero, y que es usted la misma virtud.

ANA. ¡Ah! estoy lejos de merecer esos elogios.

CARL. Y muchos más todavía.

ANA. ¿De qué lo sabes?

CARL. Todo lo demuestra... todo lo prueba... y yo, por mi parte, muy otro ya de lo que era esta mañana, probaré en lo sucesivo, no a igualarla a usted, eso fuera imposible... pero al menos a imitarla, a seguir de lejos sus huellas.

ANA. ¿Qué dices?

CARL. Que ahora ya puedo morir, he agotado en un solo instante toda la felicidad que podía experimentar en la tierra... nada tengo ya que desear,

nada que envidiar. Dígame usted solamente que mi corazón ha adivinado el suyo.

ANA. (*Levantándose espantada.*) ¡Ah! ¿Habrá vendido mi secreto?

CARL. No... ese secreto le pertenece a usted todavía. Nada ha dicho usted; nada sé... he podido equivocarme en tanto que vuestros labios no han destruído ni confirmado mis sospechas, pero, sea cual fuere su fallo, todo lo olvidaré, lo juro... todo... excepto el honor y la gratitud.

ANA. Pues bien, pruébame.

CARL. Dócil a las órdenes de usted, las espero.

ANA. Esta mañana me decías: «Si fuese amado, huiría al fin del mundo.»

CARL. Lo he dicho; es cierto.

ANA. Partid.

CARL. (*Arrojándose hacia ella.*) ¡Ah! ¿Qué acabo de oír?

ANA. Ni una palabra más, conozco mis deberes, tú conoces los tuyos. Cualesquiera que sean mis órdenes, me has prometido obedecerme, y, si fueses capaz de vacilar un solo momento, dejarías de ser temible para mí.

CARL. Obedeceré. No hay sacrificio de que no me sienta capaz. Tengo felicidad bastante ya para toda mi vida. Mi tío...

ESCENA XVI

Dichos, DON COSME, y luego el VIZCONDE e ISABEL

COSME. (*A Carlos.*) ¿La has hablado? ¿La has decidido a no tener secretos para mí?

ANA. Sí; estoy decidida: todo lo sabrás.

COSME. ¡Ah! querido Carlos, ¡qué agradecido debo estarle! En cambio te prometo cuanto exijas: habla, dicta condiciones. Sepa yo su nombre, y consiento en todo...

ANA. ¡Bien! Tus sospechas se habían fijado en el vizconde.

COSME. Cierto... y todavía...

ANA. Silencio: él es. (*Entra el vizconde dando la mano a Isabel.*) Para probarte hasta qué punto

estabas equivocado, y para desvanecer completamente en tu imaginación semejantes ideas, exijo en primer lugar que consientas en su boda con Isabel, a quien ama, y de quien es amado.

COSME. ¿Yo consentir?

ANA. ¿Empiezas ya a faltar a tu palabra?

COSME. No; pero eso es cuenta de mi sobrino, a quien yo la destino, y que no sufrirá jamás, según creo... (*El vizconde mira a Carlos, que le coge la mano y le tranquiliza.*)

ANA. Carlos me ha dado ya su consentimiento. Pregúntale si no.

COSME. ¿Es posible?

CARL. Sí, querido tío. (*Bajo al vizconde.*) ¿No te lo dije?

VIZ. (*A Carlos.*) ¡Querido amigo!

ISAB. ¡Carlos!

COSME. (*A Carlos.*) ¿Y tú también? Puesto que lo he prometido, y que se abusa de esta manera de mi palabra...

CARL. Para hacer felices a dos amantes.

COSME. Enhorabuena, que lo sean, si pueden. Queándome mi sobrino, ¡me consolaré!... (*A doña Ana.*) ¿Es eso todo?

ANA. No, no es Isabel la única persona por quien tengo que hablar. Tengo que pedir para Carlos.

COSME. ¿Y por qué no habla él mismo?

ANA. No se atreve, y me ha dado a mí esa comisión.

COSME. (*Asombrado.*) ¿No se atreve?... ¿Qué diablos?

ANA. Es natural que a su edad busque medios de instruirse, de ver mundo; hace tiempo que tiene proyectado un viaje.

COSME. (*Furioso.*) ¿Cómo? ¿Más viajes? ¿Qué quiere decir esto?

ANA. He ahí lo que le impedía hablar, el temor de incomodarte; sin embargo, ése es el secreto que le hace desgraciado, y, si le quieres, no te negarás por más tiempo a sus ruegos, y a los míos.

CARL. Sí, tío mío; es preciso: y si me negáis esa gracia...

COSME. ¿Te atreverías a marcharte a pesar mío? (*A media voz.*) ¿Cómo, Carlos, quieres abandonarme? ¿y tú has podido concebir una idea semejante?

¡Voto va! ¡qué va a ser de mí! (*Mirando a doña Ana.*) ¿A quién confiaré mis penas? ¿Qué significa esa comezón de viajar, ese vago deseo de ver tierras? ¿Hallarás otra en que seas más querido que en ésta? ¿por ventura yo y tu tía no te sabemos hacer feliz? Enhorabuena; aumentaremos nuestro cariño: sólo te pido en cambio, Carlos, que permanezcas a mi lado; quédate, hijo mío, quédate.

CARL. ¡Ah, querido tío!

COSME. ¡Cede! ¡Se enternece! (*Al vizconde y a Isabel.*) Amigos míos, ayudadme. (*A doña Ana.*) Y tú también, estás ahí sin decir nada; no parece sino que tienes deseos, interés en que se vaya.

CARL. No insista usted, tío mío; mientras más me abruma usted de bondades, más conozco que debo ratificarme en mis proyectos.

COSME. ¡Qué dices!

CARL. No tengo otro modo de pagar sus beneficios; este viaje no será inútil para usted. En lugar de un dependiente, en lugar del cajero don Jorge, que nunca podrá mirar con grande interés sus especulaciones de usted, yo seré el que las haré prosperar. Yo iré en su lugar.

COSME, ANA e ISABEL. ¡Cielos!

COSME. ¡Quieres ir hasta la Habana!

CARL. Sí, señor.

COSME. ¡Y los peligros de la travesía! ¡y la mudanza de clima! ¡si cayeses enfermo!

CARL. ¡Qué importa! (*Con alegría.*) ¡Soy amado!

COSME. Y aunque te librases de tantos riesgos, dentro de algunos años, a tu vuelta, si el médico tenía razón, acaso ya no me encontrarás.

CARL. ¡Qué dice usted!

ESCENA XVII

Dichos, RODRÍGUEZ

ROD. (*A don Cosme.*) Señor, don Jorge me envía a decir a usted si tiene alguna otra cosa que mandarle: la silla de posta está abajo enganchada y pronta a partir.

CARL. (*A Rodríguez*) ¿Y don Jorge, dónde está?

ROD. Abajo con su mujer, que llora y se desespera.

CARL. (¡Otro más a quien hacer feliz!) (*A Rodríguez.*) Dile que se quede... que yo voy en su lugar. Aun es hora; con la misma silla iré a mudar el pasaporte, y que me envíen a Cádiz mi equipaje.

ROD. ¡Usted, señorito!

CARL. Anda, aprisa. (*Vase Rodríguez.*)

COSME. ¡Es decir que no hay modo de detenerte!

CARL. Adiós... (*Tendiendo la mano a todos.*) Quéde-se aquí cuanto me interesa, cuanto me es caro.

ANA. Carlos, eres un hombre de bien.

COSME. ¡Pardiez! ¡Y quién lo duda! (*Mirando a doña Ana, que se vuelve.*) ¡Ah! ¡ella también llora! ¡gracias a Dios! Pensé que le veía marchar tranquilamente sin echar una lágrima.

CARL. (*A don Cosme.*) ¡Adiós, tío mío, padre mío!

COSME. ¡Ah! ¡ingrato! (*Vuelve la cabeza hacia Isabel y el vizconde, y se aparta con ellos mientras que Carlos se acerca a doña Ana.*)

CARL. (*A doña Ana.*) ¿He cumplido con mi deber?

ANA. Sí. (*Don Cosme se sienta en un sillón, abrumado de dolor, y el vizconde e Isabel a su lado tratan de consolarle.*)

CARL. A usted lo debo (*Con gozo*), y parto feliz sin remordimientos. (*Doña Ana le tiende la mano.*)

CARL. (*Cogiendo su pañuelo.*) ¡Ah! Está empapado en sus lágrimas; nunca me separaré de él, ¿lo consiente usted? (*Doña Ana abandona el pañuelo. Carlos le oculta en su seno y corre hacia el fondo.*) ¡Adiós, no me olviden ustedes, y sean felices! (*Vase, y salen tras de él Isabel y el vizconde.*)

COSME. (*Tendiendo los brazos.*) ¡Carlos! ¡hijo mío! ¡Oh! ¡ya partió! (*Queda solo con doña Ana; después de una ligera pausa se levanta y se acerca a ella.*) Tú lo has querido; he obedecido en todo, he consentido en su boda, más aún, en esa partida. Ahora, te toca a ti, reclamo tu palabra. Su nombre. (*Con cólera reconcentrada.*) ¿Quién es ese hombre? (*Se oye el ruido de un carruaje en el patio, que arranca: este ruido estremece a don Cosme, que se pone una mano en el corazón.*) Habla, su nombre. ¿Dónde está?

ANA. (*Tendiendo los brazos hacia la parte donde se ha oído el carruaje.*) ¡Ya ha marchado! (*Don Cosme lanza un grito y esconde la cabeza entre sus manos.*)

FIN DE LA COMEDIA

¡TU AMOR O LA MUERTE!

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

PERSONAS

M. MONVEL, agente de negocios.
CLOTILDE, su mujer.
SAUVIGNY

HORTENSIA DE VARENNES, viuda joven.
FERNANDO DE RANCE, su hermano.

La escena es en Ruan.

ACTO ÚNICO

El teatro representa una sala de una fonda. Puerta en el fondo. A cada lado, en primer término, puertas numeradas. Más allá de la puerta, a la derecha del actor, un balcón largo que se ve de adentro. Entre el balcón y la puerta una papelera. Cerca de la puerta de la izquierda una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

MONVEL, CLOTILDE. (*Acaban de almorzar: un mozo les sirve.*)

MON. Decididamente, querida mía, cada vez me alegro más del rodeo que hemos dado por venir a esta hermosa ciudad de Ruán, que no habías visto. Estas fondas del muelle no tienen nada que envidiar a las más lujosas de París. Salones bien adornados, hermosas vistas, y muy bien servidos. ¡Excelente almuerzo! (*Bebe, y al dejar la taza echa de ver que Clotilde está distraída y no toca a la suya.*) ¿En qué piensas?

CLOT. (*Volviendo en sí.*) ¡Yo! en nada. Dime, ¿a qué hora nos pondremos mañana en camino?

MON. He dispuesto que nos tengan prontos los caballos para las ocho: por consiguiente, tenemos

toda una noche para descansar. Pero eso no explica la causa de tu distracción. ¿Estás triste?
CLOT. No; no tengo nada.

MON. ¡Oh! sí, sí. Se me figura que tu tristeza empezó dos o tres días antes de nuestra partida de Bolonia. Me parece, sin embargo, que yo hago cuanto está de mi parte por distraerte: te gusta viajar, y todos los veranos emprendemos un viaje... este año hemos ido a tomar los baños de mar en Bolonia: el año pasado fuimos a Italia: hace dos años a las aguas de Bañeras.

CLOT. (*Con viveza.*) ¡Oh! por Dios, te suplico que no me recuerdes nunca las aguas de Bañeras.

MON. Dices bien, ese recuerdo no me es menos doloroso que a ti. ¡Cada vez que me acuerdo de aquel pobre joven, con quien me iba yo por las mañanas a buscar plantas raras por la sierra, y a quien llegué a cobrar un afecto tan sincero...!

CLOT. ¡Qué fin tan desgraciado!

MON. ¡Y tan necio! ¡matarse, y sin saberse por qué!

CLOT. A mí me aseguraron que una pasión.

MON. ¡Mayor necedad aún!

CLOT. ¿Qué?

MON. ¡Digo que ésa es mayor necedad!

CLOT. ¡Ah! porque no comprendes toda la extensión de ese sacrificio. Tú no serías capaz de matarte por una mujer.

MON. ¡En mi vida!

CLOT. ¡Ni aun por la tuya!

MON. Mucho lo sentiría a lo menos, y ella también, me parece. Porque al fin yo les pondría un dilema a esos locos... O la mujer a quien quiero ha de sentir mi muerte, y en ese caso soy demasiado galante para darle semejante sentimiento, o mi muerte ha de serle indiferente, en cuyo caso es preciso ser muy necio para proporcionarla una diversión tan cara.

CLOT. Todo eso estuviera bien, si el que quiere de veras pudiese razonar.

MON. ¿Y por qué no? Por lo mismo que quiero a mi mujer y a mis hijos, me hago otra cuenta muy distinta, y digo para mí: «Más útil les he de ser viviendo que después de muerto, y, por lo tanto, vivamos.» Vamos a ver, a ti, por ejemplo, ¿qué

te falta? ¿Hay en todo París una sola mujer de un agente de negocios más feliz que tú? ¿No está siempre a tu disposición la llave de mi gaveta? No faltas a los teatros, te abonas a la ópera, asistes a los bailes.

CLOT. No digo que no...

MON. Tienes quien te sirva, quien adivine tus pensamientos. Tu marido es tu primer criado. En una palabra, querida mía, ¿no es verdad que no acertarías a vivir sin mí? Por mi parte te confieso que si llegases a enviudar, lo sentiría aún más por ti que por mí.

CLOT. Nunca he dicho que no seas excelente marido...

MON. En eso fundo mi vanidad: por lo tanto, no hablemos más del asunto: mira, para disipar tu tristeza ven a disfrutar de esta hermosa vista, y a respirar el aire fresco del río. (*Abren el balcón y sale afuera.*)

ESCENA II

MONVEL, *en el balcón*; CLOTILDE, FERNANDO

CLOT. (*Clotilde viendo a Fernando, que aparece en el fondo con una carta en la mano.*) ¡Dios mío!

FERN. (*En voz baja.*) ¡Chis! (*Le enseña la carta, suplicándola con los ademanes que la reciba.*)

CLOT. ¡Otra vez!

MON. (*Volviéndose.*) ¿Qué? (*Fernando ha desaparecido.*) ¿Hablabas conmigo?

CLOT. (*Turbada.*) ¡Yo! te preguntaba si veías...

MON. (*Siempre en el balcón.*) Sí, estaba mirando un carruaje que ha venido por el camino de París, y que ha parado a la puerta de la fonda: aguarda... una señora se apea... ¡buena traza! (*Saca su ante-ojo.*) Veamos... ¡Hola! ¡diantre! se me figura... sí, ella es. ¡Ah, ah, ah! a que no sabes...

CLOT. ¿Quién?

MON. ¡Qué agradable sorpresa! Imposible que advines...

CLOT. (*Queriéndose asomar.*) Acaba. ¿La conozco?

MON. Yo lo creo; una compañera de colegio, una viudita...

CLOT. ¡Hortensia!

MON. ¡Cabal! a lo menos tal me parece.

CLOT. ¡Es posible! ¿Qué vendrá a hacer a Ruán, sola?... ¡Querrá que la vean! si yo supiera... iría...

MON. Deja; parece muy ocupada en hacerse cargo de sus efectos. ¡Oh! soy demasiado galante para dejarla... Voy a ver si es ella efectivamente, y te la traigo.

CLOT. Espera: ¡te vas! iremos...

MON. ¡Esa es buena! ¡Tienes miedo! ¿a qué has de venir? ¡Y si no es! Vuelvo. (*Sale corriendo.*)

ESCENA III

CLOTILDE, después FERNANDO

CLOT. ¡Me deja sola! Y si viene el otro entretanto... ¡Dios mío! ¡aquí está ya!

FERN. (*Después de haber registrado con la vista el paraje por donde se fué Monvel, y entrando precipitadamente.*) Por piedad, señora, dignese usted recibir esta carta.

CLOT. No, caballero, no; jamás. Seguramente no sé cuándo he dado lugar a un paso...

FERN. Fuerza era escribir a usted, señora, puesto que se negaba a escucharme. Llego a Bolonia pocos días antes de su partida, tengo la dicha de hallar ocasiones en que hablar a usted a solas, y usted burla constantemente mis esperanzas, eludiendo una explicación... Asombrado de esta partida precipitada, todo lo que he podido hacer ha sido buscar un caballo, y seguir desde Bolonia su carruaje de usted.

CLOT. Lo sé, caballero; le he visto a usted, y me ha parecido muy mal... seguramente, caballero, no puedo comprender la conducta de usted, ni menos las esperanzas que ha concebido.

FERN. Mi conducta dice usted... lo confieso, es la de un loco, de un loco que se ha atrevido a poner los ojos en usted, sin que usted le haya dado el menor motivo, es verdad... es culpable mi conducta; pero, ¡ah, señora! no me pida usted razón, no me pida usted virtudes; pídamela usted amor y nada más. Mis esperanzas, señora, arro-

jarme a sus pies e implorar su compasión. Nunca tuve otras.

CLOT. Seguramente, un loco, dice usted bien... porque en fin, caballero, no conozco a usted.

FERN. ¡Ah! si no es más que eso... no debo ser un extraño para usted; enlazado con una familia a quien usted trata, pariente de una de sus mejores amigas, que me ha hablado tantas veces de usted...

CLOT. (*Asustada.*) ¡Alguien viene! (*Pasa a la izquierda de Fernando.*)

FERN. (*Vivamente.*) No, nadie; y por lo que hace a mi discreción, señora...

CLOT. (*Vivamente.*) ¡Oh! ¡Mi marido va a volver!

FERN. Lo sé, y por lo mismo, señora...

CLOT. Déjeme usted. ¡Tiemblo!

FERN. Puesto que usted no quiere oírme...

CLOT. ¡Imposible!

FERN. (*Presentándole la carta.*) Leerá usted esta carta...

CLOT. Jamás. Tanto valdría escuchar a usted.

FERN. ¿Se niega usted? Usted cree que esta pasión es hija de un capricho, que el tiempo bastará a desvanecer. ¡Oh! no. ¡Pluguiese al cielo, señora! pero es un amor verdadero, profundo, eterno; es una de esas pasiones que hacen época en la vida, que la embellecen o la manchan para siempre; ¡una de esas pasiones que hacen a un hombre capaz de todo para conseguir el corazón de una mujer!!

CLOT. (*Con viveza.*) ¡Oigo la voz de Hortensia! ¡Si mi marido me viese de esta suerte, sola con un extraño! ¡Oh, retírese usted, caballero, se lo ruego a usted! (*Sale corriendo al encuentro de Hortensia por la puerta del fondo.*)

FERN. (*Siguiéndola.*) Una palabra, una palabra no más. (*Se detiene en la puerta.*)

ESCENA IV

FERNANDO. (*Vuelve hacia las candilejas, estrujando la carta.*)

¡Y me quedo con la carta! una carta en que había agotado toda mi elocuencia. ¡Esta es la quinta ocasión que pierdo! Empiezo a creer que... pero no, por vida mía: no he de salir de aquí sin que me haya dado oídos, sin que me haya contestado. Gente sube... salgamos a ese balcón; esto es una fonda, ésta es una pieza de paso. ¿Quién sabe si otra casualidad como la pasada? Aquí están. (*Pasa al balcón y le entorna desde afuera.*)

ESCENA V

HORTENSIA, CLOTILDE, MONVEL

(*Clotilde y Hortensia entran abrazadas todavía. Monvel trae varios paquetes. Una camarera le sigue con otros mayores.*)

HORT. ¡Qué sorpresa tan agradable, querida Clotilde!

MON. No podía haberla mayor para nosotros.

CLOT. (*Mirando en derredor.*) (Marchó. Respiro.)

HORT. (*A la camarera, indicando la puerta de la izquierda.*) Entre usted esos paquetes, en el número 6; ése es mi cuarto.

MON. (*Con una caja de caoba en la mano.*) ¿Y esta caja tan pesada?

HORT. (*Sonriéndose.*) No es de mi uso; es de mi hermano Fernando, que me la encargó. Son unas pistolas de casa de Delpire. (*A Monvel.*) Encima de esa mesa. (*Monvel pone la caja sobre la mesa, y pasa a la derecha de Hortensia.*)

MON. ¿Es decir que espera usted a su hermano?

HORT. Debemos reunirnos aquí, en Ruán; yo vengo de París y él de Bretaña, o qué sé yo de dónde; porque, sea dicho de paso, es el mayor calavera que hay en Francia (*A Clotilde*); por lo demás un joven excelente, que te presentaré, porque arde

en deseos de conocerte, y que está enamorado de ti sólo por mis relaciones.

MON. ¡Diantre! ¡no tiene mal gusto el picaruelo! Eso sólo hace su elogio. Y confieso que para mí ya es una recomendación el querer a mi mujer. Pero ahora me ocurre que ustedes querrán charlar; estorbo, ¿no es verdad? ¡Ya se ve! dos amigas antiguas que han estado tanto tiempo sin verse... (*A Hortensia.*) Usted tendrá que atender a mil cosas.

HORT. Usted no puede estorbar nunca.

MON. ¡Bah, bah! fuera cumplimientos. Ya sabe usted que un marido siempre... Voy a hacer algunas compras para mi mujer.

CLOT. ¿Te vas decididamente?

MON. No tardaré.

ESCENA VI

HORTENSIA, CLOTILDE

HORT. ¿Sabes que tu marido parece un excelente sujeto?

CLOT. Sí, adivina todos mis pensamientos; nos deja solas. (*Cogiendo con las suyas las manos de Hortensia.*) Querida Hortensia, ¡cuánto tiempo hacía que no nos veíamos! Desde el colegio, casi. ¡Y de entonces acá qué de acontecimientos!

HORT. Es verdad. Las dos nos hemos casado. Tú con un agente de negocios, con Monvel.

CLOT. ¡Y tú con Varennes, un coronel! ¡Cuánta mejor suerte te cupo, y qué dichosa debes de haber sido!

HORT. No sé qué te diga; en los ocho meses que ha vivido mi marido, algunas veces he echado de menos el tiempo en que era soltera.

CLOT. ¿Es posible?

HORT. No hablemos más de eso; se acabó, ya soy viuda.

CLOT. Y con aspirantes de nuevo a tu mano, supongo.

HORT. No diré que no; uno tengo sobre todo, amable, rico; un joven negociante del Havre, por quien

se empeña toda mi familia, pero, si he de decir la verdad, todavía no me he decidido.

CLOT. ¿Por qué?

HORT. Porque me quiere demasiado.

CLOT. ¿Es posible?

HORT. ¡Una pasión, un delirio, un volcán!!!

CLOT. ¿Y ésa tacha le pones?

HORT. En un marido, seguramente.

CLOT. ¡Ojalá que el mío tuviera ese defecto!

HORT. Te tendría lástima. En el matrimonio es preciso contar con cualidades que resistan, que duren, y las grandes pasiones pasan pronto; al paso que una condición apacible en todos tiempos es buena. Monvel, por ejemplo, me parece un modelo de maridos, bueno, amable, complaciente.

CLOT. No digo que no; me quiere, es verdad, pero con un amor tan llano, tan tranquilo; es todo un agente de negocios. Se le pasan los días hablándome de sus clientes y de sus asuntos. Seguramente no es eso lo que yo me había figurado: yo hubiera querido un compañero que me hubiese adorado, tierno, galán, que me hubiera hablado de su pasión, que me hubiera hecho versos.

HORT. ¿Estás en tu juicio? ¿Un agente de negocios? Si no tienes por cierto otros cuidados...

CLOT. ¡Ah! ¡ojalá! Pero hace unos días, en vano trato de ocultárselo a mi marido, tengo un sentimiento...

HORT. ¿Por qué?

CLOT. Es una aventura, querida Hortensia.

HORT. ¿Una aventura? ¿y no me decías nada?

CLOT. (*Bajando la voz.*) Un joven que ha dado en quererme y en perseguirme, que me ha hecho una declaración en Bolonia, que nos ha seguido hasta aquí a caballo, y que, no ha mucho todavía, quería hacerme aceptar aquí mismo una carta.

HORT. (*Soltando una carcajada.*) ¡Ah, ah, ah! ¡Y con qué seriedad me lo cuentas! ¿Qué te espanta en todo eso? Cuando esos caballeros se empeñan en enamorarse, ¿hay más que oírlos y reírse? Es divertidísimo.

CLOT. (*Seramente.*) ¿Divertido? Todo menos eso, para mí al menos. En cuanto veo que uno fija los

ojos en mí, el miedo se apodera de mi corazón, y te aseguro...

HORT. ¿El miedo? ¿miedo sin duda de hacerle desgraciado? En eso te reconozco; inocente siempre, pero sin mundo: con un corazón demasiado bueno para vivir en sociedad.

CLOT. (*Estrechando su mano y con tono sentimental.*) ¡Ah, querida Hortensia! ¡Cuando una tiene ya sobre su conciencia la muerte de un hombre!

HORT. (*Asustada.*) ¡Dios mío! ¿qué dices? ¡La muerte de un hombre! ¡expíciate, por Dios!

CLOT. Temo...

HORT. ¿Qué? estamos solas; habla.

CLOT. (*Mirando en derredor.*) Dices bien; nadie puede oírnos. Hace dos años, en las aguas de Bañeras... asistía a ellas un joven a quien nadie conocía; su viaje no tenía objeto conocido; nadie sabía su apellido; le llamaban Eduardo. Mi marido se había hecho muy amigo suyo, porque le acompañaba en sus paseos de madrugada, y no había echado de ver que me galanteaba.

HORT. ¿Y no convienes conmigo que es un excelente marido?

CLOT. Pero yo bien claro veía que me amaba; me lo decía todos los días con un tono tan sincero, tan apasionado... Ya supones que ni quise responderle, ni aun darle oídos.

HORT. Claro está.

CLOT. (*Enterneciéndose gradualmente.*) Un día, por fin, le vi pálido, agitado, descompuesto; se echó a mis pies, y me rogó, me suplicó con los ojos cuajados en lágrimas; me despedazaba el corazón. Resistí, sin embargo, no tuve compasión. Se levantó entonces, díjome que, despreciado por mí, la vida le era enojosa, que sólo anhelaba la muerte: se alejó, ¡y mis labios no se abrieron para llamarle! Al día siguiente, querida Hortensia, el diario de Bañeras dió la noticia de que el desdichado había puesto término a su vida. Una carta que había dejado a su criado le daba cuenta de tan espantoso designio; en balde se practicaron escrupulosas investigaciones en la sierra, hacia donde le habían visto encaminar sus pasos... no se halló de él sino su sombrero a orillas de un precipicio,

HORT. ¡Qué aventura, Dios mío!

CLOT. ¡Se había dado la muerte por mí, Hortensia, por mí!

HORT. ¿Sabes que eso es espantoso y que podía haberte comprometido? ¡Fué una imprudencia por cierto imperdonable!

CLOT. (*Con entusiasmo.*) ¡Una imprudencia! ¡el acto mayor de valor, el más sublime! ¡era preciso querer bien de veras para eso! ¡era preciso abrigar una alma fuerte, generosa, heroica!

HORT. Vamos, ahora será un héroe; ¡ahora va a tener todas las virtudes imaginables porque ha muerto!

CLOT. ¡Desdichado! ¡Ah! si yo hubiera podido adivinar...

HORT. (*Con viveza.*) ¿Qué?

CLOT. Nada, nada contra mi deber; pero acaso una palabra sola hubiera bastado...

HORT. (*Meneando la cabeza.*) Una palabra... no siempre; no siempre; ¿quién sabe?

CLOT. ¡Ah, cualquiera cosa es mejor que una muerte!

HORT. Con todo, querida Clotilde...

CLOT. (*Con bondad.*) ¡Ah! y no sólo por ellos; pero tienen madre, hermanos, familia...

HORT. Sí, pero nosotras tenemos maridos...

CLOT. (*Con impaciencia.*) ¡Los maridos no se matan nunca!

HORT. ¡Pues no faltaba otra cosa!

CLOT. Con todo, tú debes comprender qué remordimientos, qué tristeza han debido quedarme. Hortensia, Hortensia, bastante es ya la muerte de uno. ¡Oh! te juro que no tendría valor para exponerme a otro lance semejante. (*Fernando entreabre el balcón, manifiesta en sus gestos haberlo oído todo, y se sale en puntillas.*)

HORT. Pero, en fin, ¿y tu desconocido de Bolonia? Supongo que no se querrá matar también.

CLOT. ¡Oh! En vista del recibimiento que le he hecho esta mañana, estoy segura de que ha renunciado a sus ideas, y de que habrá marchado; de todas suertes, estoy bien decidida a desengañarle.

HORT. Bien, Clotilde. Estimo demasiado a tu marido, a ti misma, para...

CLOT. Querida Hortensia, siempre buena, siempre virtuosa. Pero te entretengo hablándote de mis penas, acaso necesites descanso.

HORT. No, por cierto; voy a entrar en mi cuarto para vestirme; espero a mi hermano, que no puede tardar.

CLOT. ¿Vas a engalanarte para recibir a tu hermano?

HORT. ¿Quién sabe si espero a alguien más...? No te he dicho que voy al Havre, y podría acontecer, aunque yo lo he prohibido expresamente, que saliesen a mi encuentro hasta aquí.

CLOT. ¡Veinticuatro leguas para verte algunas horas antes! ¡Eso es amor!

HORT. Es impaciencia, y nada más. Antes de casarse andará cien leguas por ver a su mujer, y después no dará tal vez veinte pasos para llevarla a un baile.

CLOT. ¡Ah! en cuanto a eso, mi marido me llevaría todas las noches si yo quisiera.

HORT. ¿Y te quejas? (*A media voz.*) Créeme, Clotilde, jamás encontrarás otro mejor: adiós, adiós; da un abrazo a tu marido de mi parte.

CLOT. De buena gana. (*Hortensia se entra en su cuarto.*) Voy a mi cuarto también. Acaso me esté esperando ya.

ESCENA VII

CLOTILDE, después FERNANDO

(A tiempo que se dirige hacia la puerta de la derecha, ve a Fernando, que entra con el pelo y el vestido descompuestos.)

CLOT. ¡El es! ¡Todavía aquí! ¡Y estoy sola...! Démonos prisa...

FERN. ¡Un momento!

CLOT. ¡Qué agitado parece!

FERN. Me había puesto ya en camino, señora; me alejaba de esta ciudad...

CLOT. Estaba segura de ello.

FERN. De esta ciudad donde me esperaba una hermana idolatrada...

CLOT. ¿Qué dice usted?

FERN. Que soy hermano de Hortensia, señora, de su amiga de usted...

CLOT. ¡Dios mío! voy a avisarla...

FERN. (*Deteniéndola.*) Es inútil... no he vuelto por ella, sino por usted, por usted sólo, a quien he querido volver a ver por última vez... «¿Es posible, me dije a mí mismo, que tanto amor no halle compasión en su pecho?... si vuelve a despreciarme, como esta mañana, como ayer, como siempre, sea en buen hora, me alejaré sin quejarme, y no volverá jamás a oír hablar de mí... pero esta vez mi voluntad será irrevocable como la suya, y realizaré mi proyecto.»

CLOT. No comprendo... no me atrevo a... Pero usted sabe, caballero, que yo no puedo dar oídos a usted, que mi marido...

FERN. ¡Su marido de usted! ¡Ah, palabra maldecida! he ahí la idea que me ha exasperado; esa palabra que no ha mucho, y después de nuestra última entrevista, ha venido a interponerse como una barrera invencible entre mi amor y la felicidad que había soñado... La única mujer a quien pueda amar, la mujer de quien pende mi porvenir, la veo en poder de otro, y de otro, ¡santo Dios! a quien ama; sí, le ama, pues que por él me desprecia y me condena a la muerte... esta idea, señora, es espantosa. Desde entonces no he tomado consejo sino de mi desesperación... y esa desesperación, señora, no me da más que uno, no sabe inspirarme sino una determinación.

CLOT. ¡Desdichado!

FERN. ¿Qué me importa ya una vida sin esperanza y sin objeto? Mi vida es usted... ¡y usted no quiere que viva!

CLOT. Sosiéguese usted, reflexione usted... (No sé qué decirle.) (*Alto y con viveza.*) ¡Oh! míreme usted, yo se lo suplico, en nombre de esa misma hermana que tanto le quiere.

FERN. Sí, y yo también, deidad de mi existencia, te lo suplico en su nombre... ídolo de mi vida, tú sola puedes salvar a su hermano. ¡Tu amor, bien mío, o la muerte!

CLOT. ¡Dios mío! ¡pobre Hortensia! ¡sola en el mundo, sin más que este hermano!!! (*Volviéndose y viendo a Fernando, que abre la caja de las*

pistolas que había quedado sobre la mesa.) ¿Qué hace usted?

FERN. (*Que se ha apoderado de una pistola.*) Ese silencio es mi sentencia...

CLOT. ¡Yo desfallezco!

FERN. (*Desesperado.*) ¡Deseas mi muerte!

CLOT. ¡Insensato!

FERN. (*Desesperado.*) ¡Usted la exige!

CLOT. (*Abalanzándose hacia él.*) No, no; jamás, ¡al contrario! Porque, en fin, ¿qué quiere usted? ¿qué exige?

FERN. (*Acercándose rápidamente.*) ¿Qué exijo? ¡Ah! un sacrificio harto corto... un momento sólo de conversación, una entrevista no más.

CLOT. ¡Pero mi marido va a volver!

FERN. Pues bien, luego, en esta misma pieza, a las cuatro, cuando su marido de usted no esté... yo me encargo de alejarle de aquí.

CLOT. Y bien, ¿y qué?

FERN. Prométame usted tan sólo que me oirá sin enojo; nada más... un amor como el mío no puede exigir más.

CLOT. (Al menos no es exigente... ¡Oh! ¡el otro era otra cosa!) (*Alto.*) ¿Y a ese precio consiente usted en entregarme esas armas...?

FERN. Ahora mismo.

CLOT. Démelas usted. (*Fernando se adelanta presentándole la caja de las pistolas. Clotilde retrocede asustada.*) ¡No, no! no me las dé usted... Cierre usted la caja, y llévelas usted mismo a esa papelera.

FERN. Obedezco... (*Lleva la caja a la papelera, y se aleja. Clotilde corre hacia la papelera y la cierra.*) ¿Qué hace usted?

CLOT. La cierro y guardo la llave. (*Pone la llave en su cinturón.*) Ahora ya estoy más tranquila.

FERN. ¿No olvidará usted la palabra?...

CLOT. ¡Dios mío! ¿qué estoy haciendo?

FERN. ¡Señora!

CLOT. Lo he prometido, bien, lo he prometido; pero... déjeme usted ahora. (*Escapándose hacia su cuarto.*) ¡Dios mío, protégeme!

FERN. (*Viéndola marchar.*) ¡A las cuatro! (*Saludándola.*) (*Se cierra la puerta tras Clotilde.*) A las

cuatro; consintió. ¡Oh! ¡excelente recurso! En lo sucesivo no he de usar de otro. Las mujeres tienen sus ataques de nervios para su uso particular; justo es que también nosotros tengamos alguna cosa.

ESCENA VIII

SAUVIGNY, FERNANDO

SAU. ¡Maldito postillón! ¡Hemos perdido medio día!
FERN. ¿Quién llega? ¡Sauvigny! ¡nuestro enamorado del Havre, mi antiguo compañero de colegio!

SAU. (*Corriendo a abrazarle.*) ¡Querido Fernando! ¿Hace mucho que habéis llegado?

FERN. Yo hace algunas horas, pero mi hermana ahora mismo.

SAU. ¿Y yo no estaba ahí para recibirla, para ofrecerla el brazo? Estoy desesperado.

FERN. ¿Por qué?

SAU. Desesperado. Tanta prisa le quise dar al postillón, que nos ha hecho volcar... una rueda se ha hecho pedazos, un caballo se ha estropeado, y se ha perdido una mañana... ¡Hay suerte más desdichada!

FERN. Para el caballo sobre todo.

SAU. ¡Ah! para mí, para mí, que contaba con llegar mucho antes que Hortensia... ¡tengo tan pocas ocasiones de probarle mi amor, y ella es tan incrédula!

FERN. ¡Qué disparate! Mi hermana está persuadida de que la adoras; se lo he dicho yo cien veces...

SAU. En ese caso, ¿por qué no se decide en fin?

FERN. ¿Por qué? ¿por qué? porque le ha ido mal con su primer marido, que la adoraba, y desconfía de las grandes pasiones, y de su duración sobre todo... Teme tu mudanza.

SAU. ¿Yo mudar? ¡Ah! bien claro se deja ver que no me conoce... ¡mudanza en mí! cuando yo llegue a querer, Fernando, es para siempre; tu hermana, en fin, es la única mujer a quien he querido.

FERN. (*Con frialdad.*) Lo creo.

SAU. Cien veces se lo he dicho, y se lo he jurado... es la verdad.

FERN. ¿Y a mí me lo dices? ¿Qué me importa? eres buen muchacho, correspondido; eso es cuanto yo necesito en un cuñado; mi hermana se casará contigo.

SAU. ¿Tú me lo aseguras?

FERN. Yo respondo. Y si tardase en decidirse, yo te enseñaría un medio...

SAU. ¿Cuál?

FERN. Un medio que acabo de descubrir, una receta que es probada con las mujeres.

SAU. Acaba.

FERN. Pero es fuerza usar de ella con discreción: te lo diré, sin embargo, previa una condición.

SAU. (*Con viveza.*) Acepto desde luego.

FERN. Un favor que me has de hacer.

SAU. ¿Dinero? ¡mi bolsillo está abierto para ti!

FERN. No.

SAU. Entre cuñados...

FERN. No se trata de eso, en otra ocasión no digo que no ocurra... es posible; pero por ahora no es eso lo que me inquieta, sino un marido.

SAU. ¿Un marido?

FERN. A quien es preciso desviar de aquí por un rato, y cuento contigo.

SAU. ¿Conmigo, que estoy sin ver todavía a tu hermana?

FERN. Se está vistiendo, y no puede recibir ahora; además, no ha de ser ahora mismo precisamente, sino a las cuatro. Todavía no pueden ser.

SAU. ¿Y dónde le he de llevar?

FERN. Adonde quieras, a ver los muelles, la catedral, las curiosidades del pueblo, ¡qué sé yo!

SAU. Pero, hombre, ese marido, no conociéndole siquiera...

FERN. Pues ahí está el mérito. ¿Y qué importa, hombre? todos los maridos se parecen... ¡Oh! ¡y éste ofrece además una ventaja incalculable! es agente de negocios: tienes más que hablarle...

SAU. Fernando, ¿en conciencia, puedo yo cooperar a burlar a un marido, estando en vísperas...?

FERN. ¡Hoy todavía sí! y en rigor hasta que, tráfuga decidido, te hayas pasado a las filas enemigas. ¡Pero aquí viene!

ESCENA IX

MONVEL, FERNANDO, SAUVIGNY

MON. (*Con varios paquetes.*) ¡Qué contentas se van a poner mi mujer y mi hija! Les he comprado los dos vestidos más bonitos... (*Saluda a Fernando, y se acerca después hacia Sauvigny.*) ¡Qué veo! ¿Estoy yo despierto? ¿Es posible?

SAU. (*Corriendo hacia él.*) ¡Señor Monvel!...

FERN. ¿Le conoces?

SAU. Sí, amigo mío, sí.

MON. (*Estupefacto.*) ¿Usted, Sauvigny, a quien creíamos muerto?

FERN. ¿Cómo?

MON. La carta que usted dejó... su desaparición de Bañeras...

SAU. ¡Ah! me recuerda usted...

MON. ¿Conque no fué cierto? ¿vive usted todavía Este incidente me colma de alegría; le quería a usted como a un hermano; ¿usted sabe el sentimiento que nos dió? Abrace usted, amigo, abraze usted. ¡Vea usted! ¡qué diablo! ¡un hombre que vive todavía!

FERN. ¡Magnífico!... ¿son ustedes conocidos antiguos? (*Bajo a Sauvigny.*) Ahora ya puedes llevarle... a las cuatro, ¿eh? (*Alto.*) Adiós, voy a ocuparme en tus intereses; no olvides los míos.

ESCENA X

MONVEL, SAUVIGNY

MON. ¡Vaya, vaya! Déjeme usted, hombre, que lo mire a usted otra vez. ¡Usted, a quien todos habíamos llorado en Bañeras por muerto... usted, cuyo suicidio, de cuya muerte incontestada nos dieron tan minuciosos detalles los periódicos! ¡Es cosa prodigiosa! ¡Es cosa de poner el grito en las nubes!...

SAU. (*Con viveza.*) ¡Al contrario! y ruego a usted

CS.—ORTAZ

que no miente semejante aventura... sobre todo aquí.

MON. ¿Por qué? ¡Un suicidio por amor!

SAU. Auto en favor, eso me perdería, desbarataría tal vez mi boda.

MON. ¿Pues cómo?

SAU. ¿Usted es discreto, supongo?

MON. Un agente de negocios, hombre; ¡es mi oficio! SAU. Puedo fiarme de usted: además de que siempre me mostró usted tal amistad... (*Después de una corta pausa.*) Sepa, usted, pues, que cuando nos conocimos en las aguas de Bañeras, yo estaba atacado de una enfermedad nerviosa, la cual había producido en mí una sensibilidad tan exquisita que me enamoraba de cuantas mujeres veía... una sobre todo.

MON. Sí, ¿aquella hermosa inglesa...?

SAU. No.

MON. ¿La mujer del médico de los baños?

SAU. Nada.

MON. ¿Quién, pues?

SAU. El nombre no hace al caso...

MON. ¡Oh! ya caigo... aquella condesita...

SAU. Como usted quiera; tanto más, cuanto que, inflexible y severa, me trató con tal crueldad, que, arrebatado del delirio, del paroxismo de la pasión... y dominado acaso también por ese mismo mal nervioso, de que tengo a usted hablado... tomé la determinación de acabar de una vez para siempre, pero una determinación firme, irrevocable... Y el género de muerte que escogí, como el que estaba más en armonía con el estado de mis ideas, consistió en precipitarme en uno de aquellos abismos tan frecuentes en los Pirineos... hallaba yo en esta idea cierta grandeza y sublimidad...

MON. Sí, por lo extravagante.

SAU. Bien puede ser... Ahora bien; después de haber escrito a mi criado, haciéndole don de mis efectos, y rogándole que no se molestase a nadie a causa de mi muerte, me encaminé hacia el sitio que había escogido: era por la mañana; ya por el camino íbame serenando algún poco, de pronto me sentí más frío en mi determinación; ya se ve,

también me hundía en la nieve hasta la rodilla y hacía un viento de todos los diablos. Hice, sin embargo, un esfuerzo, pero al llegar al borde del precipicio medí con los ojos la profundidad, y un movimiento involuntario me hizo retroceder horrorizado. Volví, con todo, a asomarme, como avergonzado de mi flaqueza... en una palabra, a pesar mío ya, y sólo por respetos humanos, por el qué dirán, por qué sé yo, iba a precipitarme, cerrando los ojos, cuando de repente oigo en la montaña un grande ruido... y era... a ver si acierta usted.

MON. Algún monte de hielo que se desprendía...

SAU. Nada. Carlos Vernet, uno de mis amigos, dirigiendo una gran batida de cazadores... ocupados en perseguir los gamos. Eran tantas sus carcajadas, tal su buen humor, que no me atreví a contarles mi aventura por miedo de que se burlasen de mí. Cuando todos ellos me gritaron: «¡Agréguese usted a la batida, con nosotros, con nosotros!» dije para mí: «Después me mataré, a mediodía, y mejor todavía que ahora, porque no tendré tanto frío.» Heme, pues; cazando gamos y corriendo las alturas, pero tan desatinadamente, que allí perdí sombrero, pañuelo, ¡qué sé yo! en una palabra, que llegué al punto de reunión desvencijado y muerto de hambre.

MON. ¿Tenía usted hambre?

SAU. ¡Devoraba! ¡un apetito de todos los diablos!... y en verdad que por entonces olvidé mi asunto principal... estaba ya a algunas millas de mi precipicio, y dije para mi sayo: «Si la desesperación me ha permitido vivir todavía tres horas y media, ¿por qué no se ha de extender a cuatro, a cinco, a doce, y así sucesivamente?» En estos casos, lo que cuesta es el primer paso. He aquí mi argumento, el mejor sin disputa de cuantos he hecho en toda mi vida para mi uso particular... Pero lo más difícil no era volver a la vida, sino volver a Bañeras... ¿Cómo diantre exponerme a las chanzas, a los epigramas?... ¿cómo desmentir al periódico? ¿cómo presentarme vivo ante esa misma mujer a quien amaba? No era posible. Tomando, pues, una determinación decisiva, y un asiento en la diligencia de Tarbes, volvíme a París, y de allí

al Havre... donde mi padre me puso al frente de nuestro comercio; y desde entonces los azúcares, el café, el algodón... en una palabra, he estado siempre tan ocupado...

MON. ¿Que no ha tenido usted un rato de lugar para matarse?

SAU. Así es. Luego he hecho fortuna... he reunido un caudal muy bonito, lo cual siempre distrae algún tanto, y le da a uno otras ideas... ideas, por ejemplo, de establecimiento, de boda.

MON. Comprendo... Quiere usted poner ahora ese mismo caudal a los pies del objeto de su antigua pasión.

SAU. No; a los pies de otra persona...

MON. (*Riéndose.*) Pues, ¿y aquel amor que había de ser eterno, inextinguible?...

SAU. Existe, existe, cada vez más ardiente, más impetuoso si cabe. Siempre el mismo. Sólo que ha variado de objeto.

MON. ¡Ah! es el fénix que renace de sus propias cenizas.

SAU. Cabal. Una viuda preciosa, hechicera... pero, a pesar de todo mi amor, no he podido lograr todavía su consentimiento; desconfía de mí y de mi constancia.

MON. (*Con calma.*) No tiene razón.

SAU. Y como precisamente está aquí, en esta misma fonda, si se os moviese la lengua a hablar de esa desdichada aventura de Bañeras...

MON. ¡Pobre mozo! no tenga usted cuidado, no seré yo quien le venda; y aun si puede serle útil mi mediación...

SAU. ¡Qué de bondad! ¡cuánta generosidad! ¡Ah! crea usted seguramente que tengo sinceros remordimientos... Si usted supiese...

MON. ¿Qué?

SAU. (*Viendo abrirse la puerta de la izquierda.*) Nada, ahí tiene usted el objeto de mi amor... ella llega con su hermano.

MON. ¿Hortensia?

SAU. ¿La conoce usted?

MON. Es íntima amiga de mi mujer.

SAU. (*Espantado.*) ¡De su mujer!

ESCENA XI

MONVEL, SAUVIGNY, HORTENSIA, FERNANDO

HORT. (*Saludando.*) Acabo de saber su llegada de usted, y esperaba la visita.

SAU. (*Turbado.*) Ignoraba, señora, que estuviese usted visible; me he encontrado aquí con un amigo, un amigo verdadero.

HORT. (*Sonriendo.*) Muchos tiene usted, porque aquí está mi hermano abogando por usted hace media hora con un interés...

FERN. He cumplido mi palabra; acuérdate tú de la tuya.

HORT. ¿Qué?

SAU. Nada. Ha dicho a usted que mi amor, que mi cariño, que mi constancia será eterna, se lo juro a usted.

HORT. ¡Qué conmovido está usted!

SAU. Cuando la veo a usted... me encuentro además en una posición...

MON. (*Adelantándose.*) Embarazosa.

HORT. (*Viéndole.*) ¡Ah! caballero Monvel, pero ¿y Clotilde? ¿dónde está?

MON. En su cuarto probablemente.

HORT. (*A Sauvigny.*) Quiero presentarle a usted a mi mejor amiga.

SAU. ¡Santo Dios! (*Bajo a Monvel.*) ¡Esto es hecho! su sorpresa, su espanto...

MON. Dice usted bien.

HORT. (*Pasando entre Monvel y Sauvigny, y tendiéndole la mano.*) Venga usted.

SAU. Usted me perdonará, señora, pero un asunto importante, de que estaba enterando al señor, y del cual tiene la bondad de encargarse...

FERN. (*Bajo a Sauvigny.*) ¡Bravo!

SAU. Es forzoso que vayamos juntos a casa de un escribano de Ruán.

FERN. (*Bajo a Sauvigny.*) Eso es.

SAU. Que suele salir temprano.

FERN. Van a dar las cuatro.

MON. (*Tomando su sombrero.*) Me tiene usted a sus órdenes.

FERN. ¡Qué buen señor!

SAU. (*A Hortensia.*) ¿No se incomodará usted, supongo?...

HORT. ¿Incomodarme porque se ocupe usted en sus quehaceres? al contrario; es prueba de que tiene usted juicio. Yo también tengo algunas compras que hacer en el almacén grande de la plaza; usted me acompañará hasta allí; allí le dejaré a usted solo con Monvel, de quien me alegraría que tomase usted ejemplo; y después en la mesa... porque comeremos juntos, supongo, con Monvel y su señora.

SAU. ¡Su señora! ¡Felizmente para entonces habremos tenido tiempo de prevenirla!

HORT. Ea, pues, vamos. (*Toma el brazo de Monvel.*)

SAU. (*Mirando con interés a Monvel.*) (Y este pobre Monvel entre tanto... ¡Oh! no, volveré cuanto antes.) (*Dando la mano a Fernando.*) Adiós.

FERN. Adiós.

ESCENA XII

FERNANDO

¡Por fin se fueron! quedo dueño de la plaza. ¡Solo y con ella! Hoy será forzoso que me escuche: al fin me podré explicar. Pero, en primer lugar, prudencia: por medio de alguna sorpresa cortemos la retirada al enemigo. (*Indicando la puerta del fondo.*) No hay más entrada que esta puerta, y echando el cerrojo... (*Le echa y ve a Clotilde, que entra por la derecha.*) Ella es. Ya era tiempo.

ESCENA XIII

CLOTILDE, a la derecha; FERNANDO, por el fondo.

CLOT. (*Sin verle.*) Las cuatro acaban de dar. Felizmente mi marido no ha vuelto todavía. ¡Yo fallezco! tengo un miedo... (*Pasa a la izquierda; se vuelve, y ve a Fernando.*) ¡Ahí está!

FERN. (*Acercándose.*) ¡Oh! ¡qué de bondades, señora! Permítame usted que me arroje a sus plantas, y que la bendiga como mi única esperanza.

¡Ah, señora, usted salva la vida a un desdichado!

CLOT. (*Con candor.*) ¡Oh! seguramente; y a no ser por eso...

FERN. ¡Apenas creía posible tanta dicha! Sin embargo, nada hay más cierto, es usted misma, aquí, a mi lado, solos los dos, y ya puedo repetirla a usted que la amo, que la adoro, que me es imposible vivir de hoy más lejos de usted.

CLOT. ¡Oh! más bajo, por piedad. Su hermana de usted...

FERN. No está.

CLOT. Mi marido...

FERN. Me he prevenido contra su vuelta.

CLOT. (*Asustada.*) ¡Santo Dios!

FERN. (*Deteniéndola.*) Usted me ha prometido escu-
charme.

CLOT. ¿Y no le oigo a usted, por ventura?

FERN. Cierto; es demasiado, ¡sin duda! pero, ¿puede acaso bastarme que usted me oiga, si se obstina usted en no comprender lo que pasa en mi corazón? si no, no apartaría usted de mí esos ojos, por que muero, y cuya luz imploro. (*Se acerca cada vez más.*)

CLOT. (*Queriendo alejarse.*) ¡Caballero! ¿Es eso lo que me había usted prometido? ¡Oh! bien me acuerdo; me juró usted que su discreción...

FERN. ¡Mi discreción! ¿Y qué imperio puede conservar la razón sobre quien se desconoce a sí mismo? ¿sobre aquel en cuya alma reina sola la más espantosa desesperación?

CLOT. (*Asustada.*) ¡Dios mío! (*Alto.*) Seguramente, caballero, yo sentiría mucho ser causa de una desgracia. Usted lo ve. Pero usted por su parte debiera no abusar de mi situación, porque, en fin, esta mañana no me pedía usted sino una entrevista.

FERN. ¿Y de qué me servirá, señora, ese vano favor? ¿de prolongar algunos instantes una existencia que ha llegado a serme enfadosa?

CLOT. ¿Qué dice usted?

FERN. Que no me habré quitado la vida en su pre-

sencia de usted, que usted habrá sabido evitar tan terrible espectáculo; eso será, y no más, lo que habrá conseguido. (*Con delirio.*) Pero mañana, ídolo mío, ¡nos veremos separados para siempre! mañana usted partirá...

CLOT. ¡Oh, sin duda! hoy mismo, si pudiera.

FERN. (*Frenético.*) ¡Y quiere usted que viva!

CLOT. Bien, no, no; no partiré mañana. Pero déjeme usted. ¡Yo sufro!

FERN. ¡Ah, bien mío! si mi voz ha sabido encontrar el camino de ese corazón, si tiene piedad de un infeliz, dignese usted dirigirme al menos una mirada, una mirada de perdón, una sola, señora, o me verá usted expirar a sus pies.

CLOT. ¡Dios mío! Alce usted. ¡Oh, no!

FERN. (*Sorprendiéndole una mano, mientras ella vuelve la cabeza.*) Permítame siquiera, ángel de belleza, que selle en esa mano celestial estos labios que te juraron un amor eterno.

CLOT. (*Desasiéndose.*) ¡Basta ya, caballero!

FERN. Sí, bien mío, ¡tu amor, o la muerte!

CLOT. Me es imposible sufrir más: ¡qué osadía! (*Rechazándole.*) Caballero, por última vez... (*Llaman a la puerta.*) ¡Silencio!

MON. (*Desde fuera.*) Abre, mujer, abre.

CLOT. ¡Mi marido!

FERN. (*Levantándose.*) ¿Cómo diablos le ha dejado Sauvigny escapar tan pronto?

CLOT. (*En voz baja.*) ¡Oh! váyase usted, por Dios, váyase usted.

FERN. (*Id.*) Con la condición de que en volviendo a salir prolongará usted esta entrevista; ¿me lo promete usted?

CLOT. (*Fuera de sí.*) Sí, bien; váyase usted, váyase usted.

FERN. (*En tanto que se oye llamar todavía.*) Pero, ¿por dónde? ¡Ah! el cuarto de mi hermana es un sagrado.

CLOT. (*Viendo que se encierra.*) Sobre todo, suceda lo que suceda, no salga usted. ¡Volemos a abrir! ¡Dios mío! ¿Hay situación igual a la mía? (*Abre la puerta del fondo.*)

ESCENA XIV

CLOTILDE, MONVEL

- MON. ¿Te he venido a incomodar?
 CLOT. (¡Esto es peor!)
- MON. ¿Estabas en tu cuarto, y por eso no me oías?
 CLOT. (*Turbada.*) Cierto; por eso te he hecho esperar.
- MON. No importa, ¿qué mal hay en eso? pero no vengo solo. (Valgámonos de precauciones oratorias.) (*Alto.*) Viene conmigo una persona para quien los instantes son preciosos.
- CLOT. ¿Quién, pues?
 MON. Una persona que no esperabas volver a ver, y que desea ardientemente serte presentada.
- CLOT. ¿Para qué?
 MON. Para pedirte un favor, que seguramente no le negarás.
- CLOT. (¡Santo Dios! hoy todo el mundo se ha desatado a pedir.) Que venga en hora buena; que entre, vamos.
- MON. Siempre que prometas no asustarte...
 CLOT. ¡Qué! ¿quién puede ser?...
- MON. Y que no te escape un solo grito de...
 CLOT. Pero, ¿qué es? (*Viendo a Sauvigny, que entra, da un grito.*) ¡Ah!
 MON. (*Sosteniéndola.*) ¡No dije!

ESCENA XV

CLOTILDE, MONVEL, SAUVIGNY

- CLOT. ¿Es un sueño?
 SAU. Señora...
 CLOT. ¡Apenas puedo creer a mis ojos!
 MON. El Sauvigny, el mismo Sauvigny.
 SAU. Yo soy, señora. (¡Qué fortuna que Hortensia no haya estado presente!)
- CLOT. (*Volviendo en sí de su turbación.*) ¿Usted vive todavía?

- SAU. (*Avergonzado y balbuciente.*) Señora, en balde lo negaría.
- MON. No sólo vive, sino que goza, como ves, de muy buena salud.
- CLOT. (*En tono de reconvención.*) ¿Cómo, caballero, usted no murió?
- SAU. Señora, yo pido a usted mil perdones, no es culpa mía si...
- MON. Ya lo sabrás, ya lo sabrás todo, te lo contaremos por menor; ¡pardiez! te ha de divertir. ¡A mí, esta mañana me ha hecho reír!!!
- SAU. (*En tono de súplica.*) Señor Monvel...
- MON. (*Con viveza.*) Tiene usted razón; no es ése el objeto de nuestra visita: se trata nada menos que de salvarle la vida.
- CLOT. (*Asombrada.*) ¡Otra vez!
- MON. (*Con viveza.*) Hay en Ruán una persona a quien ama perdidamente, y con quien quiere casarse.
- CLOT. (*Indignada.*) ¡El señor! ¡Dios de justicia!
- SAU. (*Bajando los ojos.*) ¡Ah, señora, es demasiado cierto!
- MON. Tu querida amiga Hortensia.
- CLOT. (*Asombrada.*) ¡Cielos! ese joven del Havre, de quien me hablaba ella esta mañana...
- MON. El es.
- CLOT. ¿Ese amante a quien ella no encontraba más defecto que un exceso de pasión?
- MON. El mismo.
- CLOT. ¡Ese corazón que jamás había amado a otra, y que había de amarla siempre!
- MON. Cabal.
- CLOT. ¡Qué horror! ¡Oh! lo sabrá todo, sabrá la verdad entera.
- MON. He ahí precisamente lo que es preciso evitar.
- SAU. Señora, si mis ruegos...
- MON. Te pedimos por Dios que guardes el mayor silencio.
- CLOT. ¿Y veré engañar tranquilamente a mi mejor amiga?
- MON. No la engaña, no la engaña; la quiere realmente, va a perder el juicio...
- CLOT. (*Indecisa.*) ¿Y la otra...? ¿y la persona de Bañeras?

- MON. Ya no la ama, mujer; por mejor decir, nunca la amó... él mismo me lo ha dicho.
- SAU. (*Precipitadamente.*) ¡No he dicho eso!
- MON. Poco menos.
- SAU. He confesado, por el contrario, que merecía todo mi amor, y que en efecto la adoraba...
- MON. Sí, sí, una mañana, horas. El mismo se está haciendo más reo de lo que es realmente. ¡Una pasión como la de todos los muchachos, un capricho, un pasatiempo!
- CLOT. ¡Un pasatiempo! ¿y quería matarse?
- SAU. (*Adelantándose.*) Sí, señora, estaba decidido, se lo juro a usted, y la única consideración que pudo impedírmelo...
- MON. Fué un almuerzo que le ofrecieron cuatro amigos, y unas botellas de Champagne que le salieron al paso... y media hora después ya no se acordaba de semejante proyecto... ¡si me lo ha contado todo!
- SAU. Señor Monvel...
- MON. Y hizo usted muy bien, yo lo apruebo.
- CLOT. ¡Es una infamia!
- MON. ¡Disparate! y haces mal en conservarle rencor. Nada más natural. El que jura y perjura que ha de estar eternamente enamorado es un loco, un mentecato que se engaña a sí mismo... ¿Pende eso de él por ventura? ¿Es uno dueño acaso de esos sentimientos? Tanto valdría jurar que ha de estar uno eternamente bueno.
- CLOT. Enhorabuena... ¡pero amenazar con el suicidio!
- MON. ¡Bah! ¡bah! Déjanos en paz. Pero, ¿tú crees eso?
- CLOT. (*Mirando a Sauvigny.*) A lo menos hasta ahora he creído...
- MON. (*Riendo.*) ¡Ah, ah, ah, pobre Clotilde!
- CLOT. ¿Te ríes de mí?
- MON. Seguramente. Todo el mundo lo dice, pero nadie lo hace. Testigo el señor, que obraba de buena fe... ¡con cuánta más razón, pues, se puede decir de los que van de mala, de los que representan un papel de comedia!
- CLOT. (*Dando un grito de indignación.*) ¡Ah!
- MON. ¿Qué tienes?

- CLOT. (*Pasando a la izquierda.*) Nada... (¡Y yo, que no ha mucho aquí mismo!...) (*Alto, mirando a la puerta del cuarto donde se encerró Fernando.*) La presencia del señor me presta un servicio que le agradeceré, guardando ese silencio que exige.
- SAU. ¿Es posible?
- MON. Cuando le dije a usted que era la bondad misma.
- CLOT. (*Mirando a la puerta de la izquierda.*) Sí... una bondad... (*Con despecho.*) (de que no se habrá burlado nadie impunemente...) (*Alto.*) Pero, ¿donde está Hortensia?
- MON. La hemos dejado haciendo compras.
- CLOT. (*Que se ha sentado a escribir.*) ¿Sí? Pues es preciso buscarla, y hacer de suerte que llegue esta esquela a sus manos... (*A Sauvigny.*) No tema usted nada; no trato de venderle a usted... al contrario. (*A Monvel.*) Pero es absolutamente indispensable que esta esquela le sea entregada al momento, o al menos antes de comer.
- MON. Pierde cuidado... Dijo que debía acabar sus compras por el almacén grande de la Plaza. Voy a enviar allá a un mozo de la fonda.
- CLOT. (*Dándole la esquela que acaba de cerrar.*) Lo más pronto posible.
- MON. ¿Y no te parece que haríamos bien, mientras vuelve, en bajar al jardín?...
- CLOT. Yo prefiero quedarme aquí.
- MON. Como gustes.
- CLOT. Pero tú puedes bajar; podrías acompañar a nuestra hija...
- MON. Dices bien; la pobre Julieta, que no ha salido hoy en todo el día.
- SAU. (¿Qué es esto? ¿Pretende alejarle de aquí? ¿Será por Fernando?)
- MON. ¿Viene usted, amigo mío?
- SAU. ¡Habrás buen hombre! ¿Cómo diablos prevenirle? (*Alto.*) No; tengo que escribir, y me retiro... (¡Velaré sobre su conducta! observaré desde aquí. (*Saluda ligeramente, y se entra por la segunda puerta de la derecha, detrás de la cual entreabierta se mantiene durante la escena siguiente.*))
- MON. Hasta luego, pues.

CLOT. (*Cogiéndole una mano y oprimiéndola con ternura entre las suyas.*) ¡Adiós, querido esposo!

MON. ¡Ah! hace mucho tiempo que no la veo tan amable. (*Sale por la primera puerta de la derecha. Clotilde, después de haber cerrado la puerta de la derecha, se dirige hacia la de la izquierda.*)

ESCENA XVI

CLOTILDE, FERNANDO, SAUVIGNY, *oculto.*

CLOT. Puede usted salir; todos se han marchado. (*Toma una silla y su labor, y se sienta en medio de la escena.*)

FERN. ¡Ah, señora, cuán largos, cuán eternos me han parecido estos momentos! Mi corazón latía con tal violencia, que sentía apagarse en mí la fuente de la vida... en este instante mismo apenas puedo estar en pie.

CLOT. (*Friamente.*) ¿Sí?... pues siéntese usted.

FERN. (*Con calor.*) ¡Sentarme! ¡cuando estoy al lado de usted, cuando la contemplo a usted con embriaguez!

CLOT. (*Haciendo labor.*) Ya veo que le vuelven a usted las fuerzas.

FERN. Vuelven, sí, para sufrir, y para sufrir más que nunca.

CLOT. Eso sería verdaderamente sensible... porque, en fin, después de cuanto usted y yo hemos hecho... si no hubiese mejoría posible, sería preciso renunciar del todo a los remedios.

FERN. (*Asombrado.*) ¿Qué quiere usted decir?

CLOT. Que en gracia del cariño que tengo a su hermana de usted, a mi mejor amiga, he querido salvar a su hermano.

FERN. ¿Cómo? ¿no era por mí?

CLOT. De ningún modo... yo no le conocía a usted... Pero tratándose de la vida de alguien, tanto da uno como otro. Es cuestión de humanidad.

FERN. ¿Cómo? ¿ni el menor sentimiento hacia mí, ningún afecto? ¡Oh! no es posible; ¡esa tranquilidad, esa calma, cuando ve usted a su lado al más desgraciado de todos los mortales! (Está vis-

to; es cosa de volver a empezar. ¡Vea usted lo que es una interrupción en el momento crítico!) (*Alto.*) Sí, señora, usted se dignará escucharme... sus ojos no permanecerán siempre clavados sobre ese bordado, que me desespera; por fin me dirigirá usted una mirada de compasión... o estas palabras que pronuncio serán las últimas que oirá usted de mis labios... ¡y ese balcón que da al río... ese balcón!!! (*Da algunos pasos hacia el balcón; Clotilde no se mueve.*) ¡Hola! ¿no se mueve? (*Alto.*) ¡Este balcón, del cual voy a precipitarme!... (¿No me detiene?) (*Alto, y volviendo precipitadamente hacia ella.*) Pero no, no quiero morir lejos de usted... delante de usted misma, a sus pies quiero deponer una existencia que usted desdenea.

CLOT. (*Friamente.*) Mucho lo sentiría, pero no está en mi mano impedirlo.

FERN. ¡Ah! lo dice usted, cruel, porque sabe usted que estoy desarmado, y que no tengo más que mi desesperación... ¡pero si pudiese encontrar una arma!...

CLOT. ¿No es más que eso lo que usted desea? (*Desatando friamente la llave que pende de su cinturón.*) Tome usted.

FERN. ¿Qué es?

CLOT. (*Levantándose.*) Abra usted esa papelera... (*Viendo que él titubea.*) Abrala usted; ahí encontrará usted una caja...

FERN. ¡Oiga! (*Alto.*) ¿Dónde?

CLOT. Ahí mismo, ahí.

FERN. (*Cogiendo la caja.*) ¡Ah! estas pistolas...

CLOT. Son de usted.

FERN. (*Asombrado.*) ¡Cielo santo!) (*Alto, abriendo la caja, tomando una pistola, y haciendo del sandio y desesperado.*) Conque usted lo quiere... usted lo exige...

CLOT. (*Friamente.*) Puesto que no hay otro modo de curar a usted... eso es cosa de usted, amigo mío. Por usted...

FERN. Diga usted más bien que es por usted misma, que tiene usted a dicha librarse de esta suerte de un amor que la importuna, que le es odioso, que la estorba tal vez... sí, porque sin duda tengo un rival, le tengo, estoy seguro.

CLOT. Auto en favor para...

FERN. ¡Ah! ¡eso es ya demasiado! (*Tronando.*) Pues bien, señora, ¡no, no me mataré! eso sería dar a usted un buen rato, proporcionarla un placer... ¡se atreve usted a reírse todavía en una circunstancia semejante!!!

CLOT. (*Riendo a carcajadas.*) Sí, por cierto... adelante, caballero, adelante... sólo estaba esperando este momento para adorarle a usted.

ESCENA XVII

FERNANDO, CLOTILDE, HORTENSIA, después SAUVIGNY

HORT. (*Entra precipitadamente, ve a Fernando con la pistola en la mano, da un grito y se arroja en sus brazos.*) ¡Hermano mío! ¡Te vuelvo a ver! ¡vives todavía!

FERN. (*Queriendo desasirse de sus brazos.*) ¿Qué tienes? por Dios que...

HORT. ¿No estás herido?

CLOT. ¡Oh! no, no; yo respondo.

HORT. He tenido un susto; porque, al fin, esta esquela de Clotilde que me acaban de dar...

FERN. (*Leyendo.*) «Ven volando, querida Hortensia; tu hermano está en este momento en el mayor riesgo que puedes imaginar.» (*A Clotilde.*) Señora, usted...

CLOT. (*Riéndose.*) Me figuré que quería usted morir al lado de los suyos. (*Al oído a Hortensia.*) Es una pequeña lección que le he dado; quería matarse por mí, pero tranquilízate, amiga mía.

HORT. (*Mirando a Fernando avergonzado.*) ¿Es posible?

SAU. ¡La burla ha sido buena!

FERN. ¿Cómo? ¿tú estabas también en el complot? Este insulto...

SAU. No, amigo mío, era sólo testigo. (*Al oído.*) Acuérdate de que la lección puede servirnos a los dos.

FERN. (*Mirando a los tres, que se rien de él.*) ¡Ah, esto es insufrible! El ridículo que cae sobre mí me obliga a hacer por fin...

HORT. ¡Hermano mío!

SAU. (*Calmando.*) ¿Qué dices? Clotilde es demasiado delicada para abusar de esta pequeña ventaja que tu locura le ha dado sobre ti, y creo que...

CLOT. (*Alargando la mano a Fernando.*) Si mi amistad puede...

FERN. (*Cogiéndola y humillado.*) ¡Señora!

SAU. Tu hermana está tan interesada en guardar el silencio como tú; y, en cuanto a mí, un medio hay de identificarme para siempre en los intereses de la familia. Cumple tu palabra, y olvidemos...

FERN. ¡Ah, Sauvigny! Hortensia... (*Mira a ésta en ademán de interceder por Sauvigny.*)

HORT. (*Escuchando.*) ¡Un momento!

ESCENA XVIII

Dichos, MONVEL

MON. (*Abalanzándose a Fernando, a quien ve con la pistola en la mano.*) ¿Qué significa esto, caballero?

CLOT. (*Echando de ver en su mano envuelta en un pañuelo de seda.*) ¿Qué es eso? ¿qué tienes?

MON. Nada.

CLOT. ¡Cómo! ¿Nada?

MON. Nada absolutamente: nuestra hija estaba jugando hace poco a la puerta del jardín, cuando de pronto vemos venir corriendo hacia ella un perro, de mala traza por cierto, y unos hombres que venían detrás gritando: «¡A un lado, a un lado, que rabia!» Yo me arrojé entre el perro y la niña, y el animal me mordió: nada más.

TODOS. ¡Perro rabioso!

MON. No; miedos pueriles; un instante después le hemos visto beber en la fuente inmediata. Felizmente...

HORT. Pero usted lo ha creído...

MON. ¡Oh! pardiez, sí.

HORT. ¡Y a pesar de eso!... ¡Qué generosidad!

MON. ¿Generosidad? No por cierto; tratándose de mi hija o de mi mujer, ¿qué menos podía hacer? Es como si se tratara de uno mismo.

FERN. Sin embargo de que usted opina que no debe usted exponer su vida...

MON. Cuando es preciso, nada más justo. Auto en favor para no exponerla cuando no hay necesidad. Pero, ¿qué tenían ustedes cuando he entrado? ¿Comemos, o no comemos?

CLOT. (*Enternecida.*) ¡Ah, querido esposo, eres el mejor de los hombres!

MON. ¡Calla!

CLOT. (*Enternecida.*) El mejor de los padres y de los maridos, y en este momento te amo como no te he amado jamás.

SAU. (*A Hortensia*) ¿Y ese ejemplo, señora?...

FERN. Hermana mía, ¿no te decidirás por fin a premiar un amor...?

HORT. (*Alargándole la mano.*) Consiento por fin en ello, si mi hermano me da palabra...

MON. (*Cogiendo el brazo de Clotilde.*) Después de comer, después de comer. (*Dirigiéndose hacia la salida.*)

FERN. (*Casi al oído de Hortensia.*) Renuncio en buen hora a mis proyectos de muerte.

SAU. (*Cogiendo la mano de Hortensia.*) Y yo, sólo a tu amor no renuncio.

EL CONDE FERNÁN GONZÁLEZ Y LA EXENCIÓN DE CASTILLA

DRAMA HISTÓRICO ORIGINAL EN CINCO ACTOS Y EN VERSO

POR

DON MARIANO JOSÉ DE LARRA

PERSONAS

FERNÁN GONZÁLEZ, conde de Castilla.

DONA SANCHÁ, su mujer.

DON SANCHO EL GORDO, rey de León y Oviedo.

DONA TERESA SANCHÁ, su madre.

EL CONDE DON NUÑO ANSÚREZ, privado del rey.

DON GONZALO DÍAZ, privado de Fernán González.

DON OSORIO, conde de Monzón.

SISEBUTO, secretario de Fernán González.

DON DIEGO LAINEZ, rico-hombre de Castilla.

DON NUNO LAINEZ, rico-hombre de Castilla.

El Alcaide de la torre de León. Un heraldo.

Ricos-hombres de Castilla.

Ricos-hombres de León y Oviedo. Soldados castellanos.

Soldados de León.

Un criado de Palacio.

Pueblo de León.

La escena es en León, corte del Rey Don Sancho.

ACTO PRIMERO

El teatro representa el palacio del Rey, unido al monasterio de San Salvador. A la derecha, una puerta; a la izquierda la entrada al monasterio y en el fondo salida a la calle.

ESCENA PRIMERA

DON NUÑO ANSÚREZ, EL CONDE DE MONZÓN

NUÑO. Grande imagino, buen conde,
que debe de ser el gozo
del rey don Sancho, mi amo,
por no esperaros tan pronto
en su corte de León.

MON. Nunca me halló perezoso
ni su espada en las batallas
ni su cetro al pie del trono.
¿Y sabéis, don Nuño Ansúrez,
qué nuevo azar de los moros,
qué necesidad del reino
nos llama, cuando hace poco
que a otras Cortes convocados
fuimos ya?

NUÑO. Conde, lo ignoro.
Sólo entendí por señales
de su mal velado rostro
que han de ser feliz presagio
para sus vasallos todos.
¡Gran día para sus reinos!
Con impaciencia, entre otros,
es esperado en las Cortes
ese rayo contra el moro,
el conde Fernán González,
cuyo brazo poderoso
si es dique de Abderramén,
escudo es del cetro godo.

MON. Mucho al conde se le debe
y a su pecho generoso,
que si es Marte en la campaña
sabe templar los enojos
de la guerra en las virtudes
de su noble pecho adorno.
De los grandes el más grande,
más bueno que poderoso,
afrenta de los cobardes,
de los valientes desdoro.

NUÑO. El rey sale; podéis verle,
que ahora pasa a su oratorio
a su rezo.

ESCENA II

Dichos, el rey DON SANCHO

MON. Gran señor,
pues que tanta dicha gozo
de vuestra Alteza los pies...

REY. Alzad, conde de Monzón;

no esperaba yo en León,
pues que tan anciano es,
veros hoy, y pronto os hallo
a acreditar vuestra ley.

MON. Para servir a su rey
nunca es viejo el buen vasallo.
Que quien con gran diligencia
dió su sangre en campos rasos,
puede andar algunos pasos
a dar muestra de obediencia.

REY. Bien conozco vuestra fe
y vuestro esfuerzo, buen conde,
y así ella sola os responde
que siempre os estimaré.
Decid vos, ¿qué respondieron
los demás grandes, don Nuño,
a las cartas de mi puño?

¿A esta hora, cuántos vinieron?

NUÑO. Ya los más, señor, llegaron.
El de Astorga, el de Palencia,
hicieron gran diligencia;
puesto que rivalizaron
el de Nájera, el de Arlanza,
el de Abelda, el de Viguera,
y el de Osma, y el de Junquera,
el del Vierzo, el de Berganza,
el de Lugo, el de Viseo,
el de Prusios y Zamora...
Estos condes sin demora,
dando espuelas al deseo
de servir a vuestra Alteza,
su gran lealtad acreditan
y la audiencia solicitan.

REY. Gran gozo de su presteza
recibo y podréis decirlos
que en finando la oración,
del palacio en el salón
saldré luego a recibirlos.
Y mucho me maravilla
que hoy ande tan perezoso
quien estoy más deseoso
de que llegue: el de Castilla.
Ya Fernán González tarda.

MON. No es mucho; acaso en sus lazos

le tienen los tiernos brazos
de su esposa, que le guarda.
REY. Mucho fuera anteponer
a tan gran necesidad
el amor a la lealtad
y la afición al deber.
El mejor amigo mío
siempre fué, Monzón, el conde ;
por él su lealtad responde :
mucho en su consejo fío.
Y tanto quiero obligarlo
que aunque me dió con amor
su buen caballo y su azor,
nunca yo quise aceptarlo.
Sobre tomarlo pagado,
aun quise que cada día
que en pagarlo tardaría
fuese su precio doblado.
¿Hay más, Nuño?

NUÑO. Señor, ésta
del obispo de León
don Velasco ; en su misión,
a vuestra Alteza contesta
que el rey de Córdoba insiste
en que el mártir no se ceda,
San Pelagio, que allí queda,
cuyo cuerpo le pediste.

REY. ¿Eso dice Abderramén?

NUÑO. Así la carta lo reza.

REY. ¡Ocasión de gran tristeza!
mas quejarme no está bien.
Mal sentirme de él podría
que con ser yo su enemigo,
como cristiano, él conmigo
usó de cortesanía,
cuando le pedí licencia
de buscar en sus estados
sus médicos afamados,
y curarme la dolencia
por la que don Sancho el Gordo
me apellidaron los míos,
quitándome el reino impíos ;
y él a sus intrigas sordo,
aunque moro, caballero,

me dió en Córdoba hospedaje,
sin exigir vasallaje,
donde con saber certero
un médico me sanó
con raras hierbas, y cuando
cobré el trono peleando,
con su poder me ayudó.
Acaso con más bondad
ese cuerpo deseado
que hoy le niega a mi enviado
otorgue otra vez : entrad. (*A Monzón.*)

ESCENA III

Dichos, criado de palacio y después SISEBUTO

CRIADO. Gran señor, un enviado
del de Castilla aquí llega.

SISEB. Gran rey, que bese humilde
tus augustas plantas deja.
Mi amo y señor, el gran conde
de Castilla, que en la vega
inmediata, con sus grandes
y otros condes suyos queda,
a solicitar me envía
para entrar en León venia.

REY. Decid al conde que en mucho
precia el rey su diligencia,
y que bien puede en mi corte
llegar a entrar cuando quiera. (*Vase Sisebuto.*)

ESCENA IV

REY, CONDE DE MONZÓN, DON NUÑO

REY. (*A don Nuño.*) Y vos, puesto que los grandes
y obispos con tal presteza
llegaron, podréis decirles
que las Cortes se comienzan.
Que los grandes alborotos
que en Galicia se despiertan
de que es causa don Gonzalo,

que así tan mal mis finezas
 paga; y los disturbios todos
 que aun en mis provincias nuevas
 de Vizcaya se suscitan
 sostenidos por don Vela;
 y el moro enemigo fiero
 ya de León a las puertas
 llaman nuestra vigilancia
 sobre nuestro estado. Es fuerza
 que los obispos con celo
 a la religión atiendan
 también, porque ningún reino
 se gobierna bien sin ella,
 que sólo a su rey acata
 quien a Dios teme y respeta.
 Y dad orden, Nuño, presto,
 que antes que la noche venga
 el mejor de mis caballos
 se aderece, que, pués llega
 hoy el gran Fernán González,
 le quiero dar una muestra
 de cuánto le estimo y quiero,
 igualándole a mi alteza,
 con salir a recibirlo.
 En más su heroica braveza,
 en más su invencible brazo
 León y Castilla precia,
 contra el feroz Almanzor
 que a la cristiandad aqueja,
 que cien escuadras unidas,
 que cien mil huestes guerreras.
 Harto bien en Piedra-Hita
 tan grande verdad se muestra
 cuando el conde solamente
 con unos ciento y cincuenta
 infantes, y cuatrocientos
 caballos, allí a sesenta
 mil moros, que armó Almanzor,
 y la gente de don Vela,
 rompió en desigual combate
 haciendo en ellos horrenda
 carnicería. ¿Y quién sabe,
 si por su brazo no fuera,
 si de nuevo hasta Gijón,

como en otro tiempo, hubiera
 cien mil veces penetrado
 el moro? Y en fin, su fuerza,
 su grande virtud me imponen
 que por mi amigo le tenga,
 que sólo a los pechos nobles
 los nobles pechos aprecian.

ESCENA V

DON NUÑO

¿Qué pretenderá de mí
 diciendo doña Teresa
 que aquí la esperase cuando
 entrase el rey en la iglesia?
 Mucho será que no salgan
 mis sospechas verdaderas.
 Ella al conde de Castilla
 le juró venganza eterna:
 mas ya viene.

ESCENA VI

DOÑA TERESA, DON NUÑO

NUÑO. Gran señora,
 don Nuño tus plantas besa.
 TER. Levantaos. ¿Al oratorio
 mi hijo entró?
 NUÑO. Ya entró su Alteza.
 TER. Decid que aquí no entre nadie,
 que a vos solo hablar desea
 mi cuidado.
 NUÑO. Así será
 como manda tu grandeza.
 TER. ¿Sabéis, don Nuño, que en mis venas corre
 la ilustre sangre de don Sancho Abarca?
 ¿Sabéis que en el palacio de sus reyes
 vi la luz, en Pamplona de Navarra?
 ¿Que su fausto dejé cuando mi lecho
 vine a partir con el que fué en Simancas

vencedor, y que en ello don Ramiro más de mi padre con la ilustre alianza ganó también que si vencido hubiera al fuerte Abderramén en cien batallas?

NUÑO. No ignoro, gran señora, que este enlace su corona, ya débil, afianzaba mucho en León.

TER. Don Nuño, y a mi padre, a don Sancho, ¿sabéis quién le matara?

NUÑO. Sé que le dió la muerte en lid sangrienta, con sólo un bote de su fuerte lanza, el conde Hernán González de Castilla, el herido quedando, allá en Gollanda. ¿Quién pudiera ignorarlo?

TER. ¿Y sabéis, Nuño, que su sangre vertida sin venganza, viviendo su hija con oprobio y mengua, venganza al cielo, inexorable clama?

NUÑO. Sé que más justo el conde en la pelea con el favor del cielo hubo ventaja.

TER. No tanto os pregunté. Justo o no justo, yo, conde, ha tiempo que debí vengarla. Sí; desde entonces, Nuño, ¡cuántas veces votos al cielo por su muerte alzara! Nunca, ni un día, ni una hora, un punto yo dejé con ardor de desealarla. Su perdición juré; si juzga alguno que ya en mi pecho de vengarse el ansia pudo extinguirse con el tiempo acaso, pudo nunca mirarse amortiguada, ¡oh, cuál mi fiera condición ignora! Romper su corazón, ver sus entrañas allí en su sangre palpitando, rotas, humeantes aún; y a su alabanza un término poner, ésa, don Nuño, oídllo ya, si lo ignoráis, el ansia fué que yo tuve. Le aborrezco, le odio, y aun odio más que a él a doña Sancha. Sabedlo, en fin. Si su poder divide hoy en Castilla con mi propia hermana, sola la causa fui: y el rey García, nunca pensó mi hermano, el de Navarra, que así pudiera con oprobio suyo dar a Fernán González doña Sancha

su mano, si antes por mi voz no oyera que era tan sólo de matarle trama. Yo así la urdí, yo...

NUÑO. ¿Vos?

TER. Yo.

NUÑO. ¿Vos, señora?

TER. Yo imaginé que solo, sin sus armas, entre la alegre pompa de Himeneo, pues que intentar vencerle en las batallas inútil fué mil veces, fácil fuera vengar la muerte de don Sancho Abarca. Yo la boda tracé; ¿quién pensaría que el éxito engañase a mi esperanza? Cuando preso en Pamplona, entre cadenas, la víctima miré junto a las aras, vióle mi hermana, y en su amor ardiendo traidora le salvó. ¡Cielos! ¡qué rabia! ¡Oh, cuántas veces al amor maldije, y maldije con él a doña Sancha!

NUÑO. ¿Y qué intentáis? ¿Acaso también ahora cuando a estas Cortes la nación le llama habéis pensado?...

TER. Asegurar el golpe pienso, en esta ocasión, de mi venganza.

NUÑO. ¿De qué suerte?

TER. ¿Me debes obligaciones?

NUÑO. Yo cuanto soy os debo.

TER. ¿Y recordarlas necesito a don Nuño?

NUÑO. Gran señora, las tiene aquí don Nuño bien grabadas.

TER. ¿Lo que puedo en la corte yo ensalzarle sabe?

NUÑO. Lo sé.

TER. ¿Y el mal que, si faltara a lo que espero de él, hacerle puedo sabe también?

NUÑO. Lo sé.

TER. Dame palabra.

¿Puedo contar con él?

NUÑO. Aquesa duda de vuestra boca mi lealtad agravia.

TER. Pues oye. Hoy mismo sin su gente debe llegar Fernán González a este alcázar.

¿Tienes, Nuño, valor?

NUÑO.

¿Cuál es tu intento?

TER. Tengo su perdición asegurada.

El rey mi hijo don Sancho ha de prenderle
pues yo le he de probar que arma asechanzas.

Toma: entre grillos, humillado, ociosa

para su gran valor su fuerte espada,

yo te le entrego: si las honras quieres

conservar por mi influjo antes logradas,

si otras mayores conseguir deseas,

el corazón del pérfido traspasa.

NUÑO. Guardad, reina, guardad vuestros honores
para otra alma más vil y mercenaria.

¡Corrido estoy, por Dios! Sí, los desprecio

si he de comprarlos con mi propia infamia.

¿Quién fué el osado que os mintió que Nuño

podiera nunca con cobarde traza,

cual ratero ladrón, borrarán tan grande

echar sobre su honor, tan torpe mancha?

¿Cuándo me visteis con puñal aleve,

como asesino vil, en la emboscada

su víctima acechar? ¿En qué combate

visteis a Nuño huir? ¿Cuál en mi cara

brilla señal de la traición infame?

¡Oh! si pudo algún tiempo dar entrada

a tan torpes indicios, ved mi pecho,

tomad, señora, mi luciente espada.

Si en tantas veces como el campo moro

bañó en sangre enemiga por la patria,

no alcanzó a dar a su infelice dueño

mayor blasón, ni más ilustre fama,

dad otro empleo a su tajante filo,

o bien mi pecho traspasad... ¿qué aguardas?

aun dentro alienta en este pecho un noble

corazón español.

TER.

¿Y aquesto aguanta

quien tanto puede? Huid de mi presencia.

Yo enfrenaré, don Nuño, vuestra audacia.

¿Sois vos el caballero? ¿Sois el firme?

¿Sois vos aquel que la ocasión demanda

de perecer por mí, y aquel que tanto

su fe hasta el cielo y su lealtad levanta?

¡Ah! mal que os pese morirá ese conde

y vos con él. Huid. ¿Así se paga

quien tanto hizo por vos? Cuando mi padre

os armó caballero allá en Navarra

ante los grandes de su reino todos,

yo misma, ¡necia! ¿no os ceñí la espada?

¿Este el pago será de tanta deuda?

¿Es esto gratitud? ¡Cuán mal vuestra alma

su bajo temple esconde! ¿Qué? ¿aun atado

el gran Fernán González os espanta?

¿Tan grande es su poder? ¿Queréis acaso

que envuelto ya os le den en la mortaja

para matarle? Pues veréis mi brazo:

a una débil mujer más alentada

para el riesgo veréis: nada su esfuerzo

le impone a mi valor.

NUÑO.

Basta ya, basta.

Mandadme luego que en su tienda busque

allí en el centro de su tropa armada

al feroz Almanzor; que su cabeza

sobre la punta de mi fuerte lanza

yo ponga a vuestros pies; que la corona

luego a León de Abderramén os traiga;

veréisme al punto más feroz que nunca

romper su hueste, en su cerrada escuadra

bañarme en polvo y en la sangre mora,

nuevo Pelayo, y sobre rotas armas,

y cotas y paveses penetrando,

débil amparo serle las murallas

de Córdoba, y sembrando luto y muerte,

hasta las anchas vegas de Granada

la España recorrer; cetro y cabeza

pronto veréis rodar a vuestras plantas

o yo en la empresa moriré.

TER.

Don Nuño,

pues si ese mismo sois y si os halaga

tanto, Nuño, el poder, tomad el hierro.

¿Pensáis corresponder a mi esperanza?

O temed...

NUÑO.

¿Yo? Jamás: antes del cielo

un rayo me confunda... Oyeme... aguarda.

Deja a los viles la traición y el dolo.

A los cobardes abandona esa arma.

Tengo espada; valor Fernán González:

yo cuerpo a cuerpo reñiré, y quien salga

del duro acero del contrario libre,

ese libre será. Responde. ¿Callas?

TER. Es grande su valor.

NUÑO. Y es invencible
quien por las damas y el honor batalla.

TER. Fuera yo loca y necia. ¿Vos vencerle?
¿Sabéis, don Nuño, vos, de quién se trata?
yo os dejo: ya os conozco, y os advierto
solamente que el labio, si es que aun ama
algún tanto la vida, cual la tumba
calle: y mirad que si indiscreto hablara,
no ha de faltarme... pero, en fin, yo quiero
fiarme aquí de vos. ¿Daisme palabra
de sepultar lo que sabéis...? ¿Juráislo?
Vamos.

NUÑO. (¡Cielos! ni sé lo que me pasa!)
Sí, juro.

TER. Sea en buen hora. ¿Conocéisme?

NUÑO. Demasiado.

TER. Pues bien. Así descansa
mi pecho; y si calláis, a mi cuidado
queda el conde. Temblad si...

NUÑO. Juré y...

TER. Basta. (Vase.)

ESCENA VII

NUÑO. ¡Confuso quedo y loco! ¿Qué he escuchado?
¡Oh! ¿Qué mujer es ésta? ¡Mi esperanza
encomiendo a los cielos!... ¡Infelice
conde! ¡El ignora lo que en León le aguarda!
Que para el tigre que su sangre anhela
perezca el conde, aunque perezca España.

ACTO SEGUNDO

Decoración: la misma del primero.

ESCENA PRIMERA

REY, CONDE DE MONZÓN

REY. Mucho, Monzón, tarda Nuño;
harto para mi impaciencia,
que si llega el de Castilla
Dios sabe que no quisiera
que culpase a mi amistad
de desaire o de tibieza.

MON. Voy, señor, con tu permiso,
a dar a don Nuño priesa. (Vase.)

ESCENA II

REY, CRIADO DE PALACIO

CRIADO. Señor, hablarte pretende
tu madre doña Teresa.

ESCENA III

REY, DOÑA TERESA

REY. ¿Cuál es la ocasión, señora,
que cuando mi afecto piensa
cumplir con Fernán González
de la amistad la gran deuda
saliendo hoy a recibirle...?

TER. ¿Fuera salís de las puertas
de León a festejarle?

REY. ¿Y cuál otra mejor muestra
darle puede mi amistad?

TER. ¿Y sabéis quién con él venga.

la ocasión de su venida...?

REY. ¿Cuál otra tener pudiera
que haberle enviado a llamar
porque en mi corte asistiera
a mi Consejo?

TER. Os engañan.
¡Ay, don Sancho! ¡cuánto yerra
aquel que en Fernán González
hallar un amigo piensa!
El conde es traidor.

REY. ¡Señora!
¿Quién lo dice? ¿quién lo prueba?
¿quién osa inculpar al conde
una acusación tan fea?
Quien eso miente le infama,
que si el conde mal quisiera
por ventura a mis Estados,
con alto son de trompetas
al mundo lo publicara.
El sacara sus banderas,
y en campaña sus razones
con su espada hiciera buenas.
Empero, ¿traidor el conde?
Traidor es quien le sospecha,
¡vive Dios! que los soberbios
nunca anidaron vilezas.

TER. Tomad, don Sancho, ese pliego.

REY. (Lee.) «Rey don Sancho: El conde Fernán
González, después de haber levantado a Castilla,
se aprovecha de vuestro llamamiento a las Cortes,
e intenta con capa de amistad quitaros el trono,
sea para él, sea para restituirle a don Ordoño el
Malo, a ruegos de su hija doña Urraca, que con
él tiene casada, y que está en Burgos. Guardaos y
el Señor Dios os guarde. Garci-Sánchez de Navar-
ra.»

¿Queréis que a García crea,
cuando sé que él en Pamplona
ya otra vez en sus cadenas
le tuvo vilmente preso?
Vos odiáis al conde...

TER. Sea.
Yo, don Sancho, no lo niego.
¿Qué es negarlo? Si pudiera

ver a mis plantas rodando
la aborrecida cabeza
del conde Fernán González,
yo, no lo dudes, yo mesma
de sus hombros la arrancara.
¿Pensáis que no me valiera,
si su traición inventara,
de otro que os la descubriera?
¿o pensáis vos por ventura,
don Sancho, que soy tan necia
que si a engañaros me pongo,
yo misma antes os lo advierta?
Si yo misma aquí os la digo
es porque sé que es tan cierta
que no es preciso fingirla,
que a serlo yo la fingiera,
mas buscara para vos
quien salvase la apariencia.
Verdad es que le aborrezco...
Mas, ¿conocéis esa letra?

REY. Es de mi hijo, Garci-Sánchez.
¿Acaso...?

TER. Sancho, leedla.

REY. (Lee.) «Padre y señor: Don Gonzalo Díaz, pri-
vado del conde de Castilla, levanta los pueblos y
presidios de su estado, y cuando os lleguen estas
letras, plegue al Señor Santiago que estéis a tiem-
po de evitar los daños, que acaso os prepara: toma
con su gente la vuelta de León: el conde con sus
ricos homes y principales nobles acude a las Cor-
tes, más en guisa de hombre de guerra que de
quien con pacíficos intentos se guía. Nájara, 26 de
junio: era 965.—Vuestro hijo: Garci-Sánchez.»

TER. Es traición que yo inventé:
dejad al conde que venga,
que él presto, por Dios, dirá
si es infundada sospecha.
Salid, hijo, a recibille.

¿A qué aguarda Vuestra Alteza?
REY. ¡Por San Salvador de Leyre!
¡Vive Dios! que dondequiera
que halle al conde, que le quite
la gana de turbulencias.
¡Así mi amistad se paga...!

¿Y quién me trajo estas letras?

TER. El conde Mosalo Díaz,
que reventó con la priesa
el más generoso bruto
que parieron vuestras yeguas.
Vedle, si queréis; afirma
que él a los rebeldes viera:
diz que es gente recogida
de las orillas amenas
del Arlanza, y de Vivar,
de Burgos, de Santisteban
de Gormaz...

REY. Basta, señora.

Pagará con la cabeza.

TER. Y ya ha tiempo que vos mesmo,
y sin que él se revolviera,
debierais haber tomado
tan segura providencia.

¿Paréceos que estáis seguro
teniendo al lado esa fiera
que sólo por conquistar,
sólo por vencer alienta?

Si tener brazos dispuestos
a su devoción no piensa,
¿por qué funda pueblos nuevos
y otros arruinados puebla?

Avila lo diga, y Osma,
y otros ciento que la guerra
despobló, y de castellanos
como soberano llena.

Si a Sepúlveda fundó,
fundáralo enhorabuena;
mas no tantos privilegios
a aquesa población nueva.

¿Quién le dió tales derechos?
¿y qué arrogancia es aquesa,
si el soberbio su poder
con males fines no aumenta?

¿O pensáis que a su corona
el conde añadir no intenta
los dominios de León,
y cuando mover no pueda
contra los moros sus armas,
y las huestes agarenas

tenga todas derrotadas,
Fernán González no vuelva
contra los reyes cristianos
entonce esas armas mismas?
¿Os parece que no llegue
tiempo en que la España entera
rinda parias a Castilla,
si muchos condes tuviera
que al conde Fernán González
por su mal se parecieran?
Pues yo, don Sancho, ese tiempo
ved que lo contemplo cerca.
Sí: los reyes de Castilla,
merced a vuestra flaqueza,
asentarán su corona
mandando a la España entera:
el feudo y el homenaje
alzará que hoy a tu alteza
tan mal grado reconoce;
y abarcará su grandeza
León, Vizcaya, Navarra,
Galicia y Cerdeña mesma,
y Aragón y Barcelona,
y todas aquellas tierras
que el Tajo, Guadiana y Duero
hasta Lusitania riegan.
Y arrojados los alarbes
de Córdoba y de Valencia,
rincón sólo que el esfuerzo
hoy de Castilla les deja,
olvidarán nuestros hijos,
cuanto más su infamia crezca,
que de restaurar a España
la gloria toda fué nuestra,
y que el invicto Pelayo
se levantó en esas sierras.
Sólo aseguras, don Sancho,
el cetro de esta manera,
fuera de que, ¡por Santiago!
es para vos grande afrenta
que el que mató a vuestro abuelo
insulte a vuestra paciencia,
dentro de los mismos muros
en donde su nieto reina.

REY. Mucho creer en el conde
tamaña traición me cuesta,
que a dejar de ser honrado
nunca tan tarde se empieza.

TER. ¿Vos a mi propio enemigo
alabáis en mi presencia?
¿Y la sangre de Ramiro
corre, Sancho, por tus venas?
Cede al conde, cede el cetro,
cede el reino enhorabuena,
que no merece corona
quien no sabe defenderla.
Pero escucha: si hoy que miras
ahí de la traición las muestras,
no castigas, como es justo,
del rebelde la insolencia,
no importa: tu madre misma...
en balde salvarle esperas;
castigar sus demasías
bien sabrá doña Teresa. (*Vase.*)

ESCENA IV

REY

¿Que no pueda rehusar
de la traición tantas pruebas?
¡Ah, conde Fernán González!
¿tu amor... tu lealtad es ésta?

ESCENA V

REY, DON NUÑO, CONDE DE MONZÓN

NUÑO. Ya, señor, enjaezado
el mejor bridón espera;
el mismo que os vendió el conde.
¿No responde Vuestra Alteza?

REY. Don Nuño, daréis luego orden
que doblen las guardias nuestras,
que un alférez con su escuadra
salga de los muros fuera;

que las cuadras se registren...
NUÑO. Pues, señor, ¿cuál turbulencia...?

REY. Don Nuño, Gonzalo Díaz
alza en Castilla bandera:
si piensa Fernán González
que es fácil que nos sorprenda
se engaña, pues que esperarle
desarmados fuera mengua.

NUÑO. ¡Cielos! tu odio reconozco
contra él, implacable reina.)
Señor, permitid que dude...

REY. Dude o no dude, obedezca
el buen vasallo, don Nuño;
que eso importa a la defensa
de mis reinos.

NUÑO. Gran señor,
está bien. (Por tu cabeza,
infelice conde, tiemblo.) (*Vase.*)

ESCENA VI

REY, CONDE DE MONZÓN, CRIADO

CRIADO. Gran señor, vuestra licencia
pide el conde de Castilla
para ver a vuestra alteza.

REY. ¿El conde ya? ¡Grande dicha!
a mi enemigo me entrega
la fortuna en mi palacio.
Que entre presto. Mas no... espera.
Fuerza será mi semblante
componer, porque no advierta
cuánto a mi pecho el rigor,
cuánto el castigo le cuesta.
Quiero también humillarle,
y antes que llegue a mi alteza,
he de hacer que aquí me espere
como quien viene a mi audiencia.
Al de Castilla decidle
que entre y que espere mi vuelta.
Vos, Monzón, entrad conmigo,
que quiero vuestra prudencia
consultar en este caso,
y oír lo que me aconseja. (*Vanse.*)

ESCENA VII

EL CONDE FERNÁN GONZÁLEZ, DON GONZALO DÍAZ

FERNÁN. ¡ Por Dios que me maravilla
 que así reciba la corte
 a persona de mi porte!
 ¡ Así al conde de Castilla!
 Hoy, don Sancho, en el salir
 a recibirme se tarda,
 y eso que ya el rey me aguarda...
 No sé de esto qué decir.
 Mas en tanto que el rey viene,
 decid, ¿ cuándo en San Millán
 de la Cogolla, verán
 los pliegos, do se contiene
 la carta, en que le confiero
 privilegios, ¿ los enviasteis?

GONZ. Sólo uno, como mandasteis,
 llevó a Fortunio don Pero
 Gustios de Lara, señor.

FERNÁN. Sí, el que a San Millán le hago,
 aun mayor que el de Santiago,
 por el insigne favor
 que en Simancas me hizo el santo
 de aparecer combatiendo
 contra el moro: agradeciendo
 tal gracia, por eso tanto
 desde hoy su culto venero,
 y que unos pueblos den pan,
 y otros vino a San Millán,
 y carne y legumbres quiero;
 y hacer merced de la villa
 de Pazuengos al abad,
 porque más pingüe heredad
 no tenga nadie en Castilla.
 A la venida, en Arlanza
 el monasterio también
 debisteis ver; si van bien
 las obras: con confianza,
 este santuario edifico
 a San Pedro, y quiero sea

porque quién yo soy se vea,
 de los de España el más rico.
 En él quiero que se entierren
 mi cuerpo y el de mi esposa,
 y bajo una misma losa
 nuestras cenizas se encierren,
 cuando ordene el Señor Dios
 que pasemos de esta vida.

GONZ. Esa esperanza cumplida
 vendrá a ser que tenéis vos.
 Y quiera el cielo piadoso
 que harto pronto eso no sea,
 y víctima yo no os vea
 hoy de un engaño alevoso.

FERNÁN. ¡ Que de esa extraña manía
 no desistáis, don Gonzalo!
 ¿ Qué veis en esto de malo
 para tan rara porfía?

GONZ. Mucho, señor, me equivoco
 si no hay traición encubierta,
 y ved que en estar alerta
 no siempre se gana poco.

FERNÁN. Blasonas de muy prudente.

GONZ. Luego, señor, será tarde.

FERNÁN. Mejor el hacer alarde
 estuviérais de valiente.

GONZ. Si esto no os sirve de enojo,
 ved que hay grande diferencia
 de cobardía a prudencia,
 y no es valor el arrojo.

FERNÁN. Eso mismo me dijisteis
 cuando, en Muñón, de Almanzor
 os puso miedo el valor,
 y al trance vos opusisteis.
 Y la batalla se dió
 junto a la villa de Lara,
 y Almanzor volvió la cara,
 que él no fué quien la ganó.

GONZ. En los trances arriesgados
 no se juzga lo que fueron,
 ni a los que los emprendieron,
 sino por los resultados.
 Si se pierden fué locura
 intentarlos, fué baldón;

y fué grande previsión
 si se ganan, y cordura.
 No por cobarde aconsejo,
 sí por vuestro amor, gran conde:
 y aquí mi espada os responde
 si no hice alarde, aunque viejo,
 de castellano, en el trance
 que yo mismo no aprobé,
 si ante el Alhagib temblé,
 si no le seguí el alcance;
 y entonces os defendieron
 otros ciento como yo,
 y en la corte, señor, no.

FERNÁN. Nunca miedo me impusieron
 los traidores; quien ignora
 la traición, no la sospecha.

GONZ. Y quien la duda desecha
 tarde su confianza llora.

FERNÁN. Los traidores solamente
 hacen al vil recelar,
 que se ponen a temblar
 cuando los mira un valiente.
 Y decid, ¿tanto interesa
 al rey don Sancho mi daño
 para urdir tan vil engaño?

GONZ. Quiérote mal doña Teresa:

FERNÁN. ¿Y ha de temblar por ventura
 a una mujer...

GONZ. Si esa misma...

FERNÁN. Quien de toda la morisma
 tiene su vida segura?

GONZ. Recordad que ya en Pamplona
 cerca estuvisteis por ella
 de perder en la querella,
 con la vida, la corona;
 que otras Cortes hubo este año,
 y sin haber nueva guerra,
 sacaros de vuestra tierra
 para Cortes, es engaño.
 Mirad, pues, si son o no
 mis sospechas bien fundadas,
 si en traer gentes armadas
 anduve acertado yo.
 Es feroz doña Teresa

y cruel en demasía,
 y hace ya tiempo, a fe mía,
 que el que vos viváis le pesa;
 no os encarezco yo nada
 que estando solos los dos...

FERNÁN. ¿Y estoy solo, vive Dios,
 cuando vengo con mi espada?
 No en Navarra la ceñía
 cuando en Pamplona inhumanos
 hierros me ataron las manos
 por traición de don García.
 Que entonces a bodas fui,
 y como que despreciaba
 la traición, me la dejaba
 a cuatro pasos de mí,
 don Gonzalo; y por más seña
 que tanto la desprecié
 que yo mismo al fin solté,
 como hombre a quien se desdeña,
 a don García el villano,
 cuando, cobrado el acero,
 en el encuentro primero
 le tuve preso en mi mano.

GONZ. Y si entonces vos la vida
 debisteis a vuestra esposa,
 ¿por qué dejarla llorosa,
 por qué impedir su venida?

FERNÁN. Mejor en Burgos se está,
 que ella allá con su prudencia
 que no echen de ver mi ausencia
 en Castilla, cuidará.

Volved vos a consolarla;
 decid que quedo en León
 sin que ninguna traición
 pueda aún acongojarla.

GONZ. ¿Tan mal, señor, os serví,
 con tan poca lealtad,
 que con esta crueldad
 queréis libraros de mí?
 Antes yo muera; pues hallo
 que me está mejor morirme
 que de tu lado partirme.
 No a tu más firme vasallo
 de ti apartes, mientras puedas,

que yo me parto muriendo,
y tú, el riesgo no temiendo,
sin quien le prevenga quedas.

FERNÁN. Siempre, don Gonzalo, a vos
os tuve por buen amigo;
pero no temo enemigo
con mi espada y con mi Dios.
Mucho os agradezco, sí,
vuestra buena voluntad;
mas por el traidor temblad,
no tembléis nunca por mí.
No os mando yo que os partáis
para siempre de mi lado,
sino en haciendo el recado
que luego a León volváis.
Que si por ventura fuese
vuestro temor bien fundado,
no sería aventajado
que a entrambos el rey prendiese.
Guárdese de los dos uno,
que Castilla vió valientes,
pero como vos prudentes
no dió Castilla ninguno.

GONZ. Vuestra alteza en ese caso
déme su mano a besar,
que más que correr, volar
será hasta Burgos mi paso.

FERNÁN. Id con Dios y tornad luego,
que hasta saber de mi esposa
el corazón no reposa,
que arde en su amoroso fuego.

GONZ. (Yéndose.) Conde bizarro y valiente,
tal vez por tu buena estrella
no esté doña Sancha bella
tan lejana con su gente.

ESCENA VIII

FERNÁN GONZÁLEZ, REY, CONDE DE MONZÓN

FERNÁN. (El rey sale, al parecer,
con el semblante enojado;
¡si habrá Gonzalo acertado
en lo que llegó a entrever!)

REY. (A Monzón.) Vos cuidad que prevenida

la guardia esté por si el conde
altanero me responde,
con su espada, harto atrevida. (Vase Monzón.)

ESCENA IX

REY, FERNÁN GONZÁLEZ

FERNÁN. Gran señor, a vuestros pies
don Fernán González puesto... (Levantándose.)
El rey no me oye, ¿qué es esto?
¡Vive Dios! por San...

REY. ¿Quién es?

FERNÁN. Rey don Sancho, a vuestras plantas
está el conde de Castilla,
el que a ninguno se humilla... (Se levanta.)
¡Cielos, conde! ¿Y esto aguantas?
¿Dónde, don Sancho, aprendisteis
a tratar con tanta afrenta
al que mejor os asienta
la corona que os pusisteis?
¿Conocéisme, rey don Sancho?
¿Sabéis que en Burgos, si os viera,
con sólo que os recibiera
os viniera a vos muy ancho?
¿Que soy tan rey como vos,
y que aunque aquí vos mandéis,
en Burgos me obedecéis,
y que reinamos los dos?
¿Son éstas las Cortes, son,
con cuyo torpe pretexto
me sacasteis para esto
del centro de mi nación?

REY. ¿Y quién es el sandio, el necio,
el atrevido, el osado,
que así el grito ha levantado?
Sino porque le desprecio,
yo le enseñara a ese conde
a temblar en mí la ley,
y a respetar a su rey
como a su rey corresponde.
Que si aun decís que reináis
porque levantar podéis
los Estados que tenéis,
no sois vos el que ignoráis

que es más el rey en León
 que no en Castilla su conde.
 FERNÁN. Y decidme vos, ¿de dónde
 el derecho, la razón
 os viene de gobernar
 en Castilla? Sancho, no;
 pues decidme, ¿no fui yo
 el que me quise obligar?
 Cuando en Castilla mi abuelo
 era juez, Nuño Rasura
 y Laín Calvo, ¿por ventura
 les conquistasteis el suelo?
 Y fueran intentos vanos
 que jamás entra un acero
 leonés, don Sancho fiero,
 donde hay pechos castellanos.
 ¡Ignoráis que don Ordoño
 a los condes de Castilla,
 en Regular, una villa
 junto a tierra de Logroño,
 siendo mi abuelo uno de ellos,
 hizo prender a traición,
 y que después en León
 les mandó cortar los cuellos?
 Y que entonces dió su silla,
 ¿no lo oísteis cien mil veces,
 en vez de Ordoño a dos jueces
 independiente Castilla?
 Y yo os tributé homenaje
 porque pensé que otro fueras
 y que más agradecieras
 mi amor y mi vasallaje;
 que no porque necesite
 de quien con su fuerte ayuda
 para mi defensa acuda
 y mi valor acredite.
 Yo tuve antes que nacierais
 tanta morisma vencida
 cuanta vos en vuestra vida,
 si dos mil años vivierais.
 Y si mi espada desprecia
 con insultantes estilos,
 yo os haré apreciar sus filos
 y conoceréis si es recia.

REY. ¡Vive Dios, conde! ¿sois vos
 el mismo que callar debe,
 y en mi presencia se atreve
 así a iguarlarnos los dos?
 ¡Vive Dios! que si a mi alteza
 otra vez os levantáis,
 que os mande, pues tanto habláis,
 cortar luego la cabeza.
 Que aunque en Castilla mandéis,
 no así mandáis en León;
 ni que os saque de prisión
 vuestra Castilla esperéis.
 Y porque veáis vos luego
 si injusto procedo, conde,
 me responderéis, ¿de dónde
 pudo salir este pliego?
 ¿Esa es lealtad y es amor,
 ese el celo y la amistad,
 y la buena fe...? Mirad,
 lo que sois es un traidor.

FERNÁN. ¡Vive Dios! Don Sancho el Gordo,
 que si no enfrenáis la lengua,
 que os haga con vuestra mengua
 entender que no soy sordo.
 ¡Por San Millán! ¡vive Dios!
 que nunca sufrió mi pecho
 la afrenta que le habéis hecho
 en este momento vos.
 Si el rey de León no fuera
 quien me ha llamado traidor,
 le hiciera ver mi valor
 que más callar le valiera.

REY. ¡Hola! ¡Guardia!

FERNÁN. ¡Ah, don Gonzalo!

¡Y que no os creyera yo!

Pero ¡ah! don Sancho, que no

(Sacando la espada al ver la guardia.)

llevaré yo lo más malo.

ESCENA X

Dichos, DON NUÑO ANSÚREZ, GUARDIA

REY. Prendedle.

FERNÁN. Eso no será

con el conde de Castilla,
que no tanto se le humilla;
antes muerto caerá.

REY. ¿A un hombre tembláis, cobardes?
¡Ah, villanos! ¡qué osadía!

FERNÁN. ¿Todos a mí? ¡oh, cobardía!
(*Saliendo del escenario con la guardia.*)

Pues no que me rinda aguardes;
no, en mi vida lo verás;
rindo al valor mis ardores,
mas ceder a los traidores,
mas a los viles, jamás.

ESCENA XI

REY, DON NUÑO

NUÑO. ¡Cielos! el conde cayó
tropezando en la escalera.

REY. Dicha fué, que si no, fuera
el gran valor que mostró
difícil vencer.

FERNÁN. (*De adentro.*) ¡Oh, infame!
Sólo así fuera posible
rendir mi brazo invencible.
No prisiones, muerte dame.

REY. Id, y en el alcázar, Nuño,
mandad al conde poner,
y que nadie le entre a ver
sin una orden de mi puño.
Que la tropa se refuerce
que contra Gonzalo enviaste,
antes que el campo nos gaste
y a mayor trance nos fuerce;
por si la gente del conde,
trasluciendo su prisión,
viniese sobre León
como a su ley corresponde.
Yo castigaré al aleve
su intento de conspirar,
y al osado que a insultar
a mi majestad se atreve.

ACTO TERCERO

Vestíbulo de palacio.

ESCENA PRIMERA

DOÑA SANCHA, DON DIEGO LAINEZ
en traje de romería.

DIEGO. ¿Cuál es, condesa, vuestro intento ahora?
El conde, vuestro esposo, gran señora,
aunque conoce bien vuestro amor fino,
en Burgos os sospecha, no creyendo
que vos sus pasos le venís siguiendo.
Y si hasta aquí pudimos libremente
a favor del disfraz de peregrinos
entrarnos en León, cosa arriesgada,
dejando nuestra gente
oculta y emboscada
lejos de encrucijadas y caminos,
¿no fuera empresa loca
pensar los dos de su prisión al conde
salvar?

SANCHA. Eso me toca,
Diego Lainez, a mí: cuando en el campo
vimos llegar, de generoso bruto
oprimiendo el hjar, a Sisebuto,
y la infausta noticia
de la prisión del conde
de su labio escuchamos, bien lo visteis,
yo animé la primera
a los guerreros castellanos todos
para el asalto fiero.
Del fiel Gonzalo los consejos cautos
vos recordad empero:
«La saña suspended, dijo, condesa.
Medios de paz se prueben; preso el conde,
su vida es de don Sancho; no irriteos
su venganza feroz. ¿Qué lograremos,

si la muerte le da, mas que los muros de León, muerto el conde, derribemos? Valga el ardid: la guerra no rompamos, y si por bien salvarle no podemos, caiga entonces León, o bien muramos.» El cielo, Diego Lainez, por ventura sabe si aquesto es miedo u es cordura.

DIEGO. Y mal pudierais contrastar las fuerzas de esta ciudad con la pequeña escuadra que nuestros pasos sigue. Ved la campaña de León poblada de aguerridos soldados, y el estruendo militar de timbales y atambores en nuestro oído resonar. ¡Quién sabe si le llegó a don Sancho la fama ya de la que sigue al conde escuadra militar! ¡Oh! tiemblo, tiemblo, que acaso tarde sea y malogrado nuestro plan se vea.

SANCHA. Casual tal vez el militar estruendo será que vos decís, o muestra haciendo don Sancho de su gente y sus banderas, los clarines de Marte en la campaña fingiendo el trance, entre su gente sola, en simulacro adiestrará a su saña. No faltará un ardid que salve al conde. No conocéis, vos, Lainez, de la mujer el pecho enamorado; yo al conde amé, que sus virtudes tantas, tales hazañas como cuenta el moro con terror de su brazo, harpones eran que amor clavó en mi pecho; y al que tan fácil el poder tremendo rompe de Abderramén, y le destroza, al que tan fácil a Almanzor rindiera, flaca, de amor vencida, mal resistirle una mujer pudiera. En balde, en balde la fatal memoria me atormenta mil veces de mi padre muerto a sus manos en la lid sangrienta. Yo batallé; pero venció. Y entonces, ¡con cuánto ardor me abalancé a los riesgos para salvar su vida! ¡Ay! sin mí, el conde, Lainez, aun a pesar de tanta hazaña,

ya perecido hubiera de don García a la funesta saña. Después yo misma con mi lloro ardiente su enojo conjuré, cuando mi hermano en su poder cayó: puesta a sus plantas, más generoso le pedí a los cielos que acaso merecía el traidor fementido don García. ¿Y qué no hiciera porque el mundo todo más generoso le adorara y bueno que valiente y terrible? ¿Y a mí, a quien tanto su afición me cuesta me ha de faltar un medio de salvarle? Yo rogaré a don Sancho, sus plantas besaré; si no me escucha levantaré a Castilla, que mucho al conde quiere, y vos su afeción mucha conoceréis en la tremenda lucha. Todos las armas, todos, niños, mozos, ancianos y mujeres empuñarán; en fin, yo misma, ciega, ebria de amor me ofreceré a don Sancho víctima en su lugar: y aunque su reino por robarle a mi amor se levantara, quien ya salvarle pudo una vez, otras ciento le salvara. Dos veces a mi esposo la vida habré salvado; sí, que el día que le saqué en Pamplona, nueva Ariadna, del laberinto en que le hundió García, no más amor al conde que hoy tenía. Pero alguien llega aquí: si no me engaño, don Nuño Ansúrez es.

ESCENA II

Dichos, DON NUÑO

NUÑO. ¡Cielos! ¿qué veo?
¿Será verdad? ¿tan pronto la condesa? ¿es ficción de mi deseo?
¿Sois vos, condesa, y así?

¿Y en palacio, gran señora,
cuando el rey sin duda ignora
que podéis estar aquí?
¿Qué hicisteis? ¡Válgame Dios!
Si aquí su madre os sospecha
no ha de quedar satisfecha
mientras que no os prenda a vos.
Que es cruel...

SANCHA. ¿Y no podría
hablar yo misma a su alteza,
y pedir por la cabeza
del conde...?

NUÑO. ¡Por vida mía!

SANCHA. ¡Amparadme! mas, ¿no es cierto
que al rey de adentro asistís?
Y si vos se lo decís...
pero, don Nuño, ¿qué advierto?
¿lloráis?

NUÑO. Demasiado bien
quiero al conde vuestro esposo,
y el llanto prueba abundoso
si os estimo a vos también.
Y es mi rabia y mi despecho
que sé quién le quiere mal,
y ha de callar el puñal
que atenta contra él, mi pecho,
que de fiel blasona.

SANCHA. ¡Oh Dios!

NUÑO. Pero, ¿qué dije? deliro.
(No sé qué hacer.) Mas ¿qué miro?
No temáis, condesa, vos:
el rey llega... es fuerza luego
que hasta esa sala de audiencia
os retiréis: sin licencia
del rey vinisteis; yo llego
a hablarle: a que él mismo os vea
acaso le dispondré...
por el conde le hablaré;
mas él viene; presto...

SANCHA. Sea. (Vase.)

ESCENA III

REY, DON NUÑO

REY. Don Nuño.

NUÑO. Señor.

REY. ¿Vos solo
en esta estancia? ¿qué veo?
¿Vos con muestras de dolor
en el rostro y sin saberlo
vuestro rey?

NUÑO. Señor...

REY. Decidlo.

¿Cuál es vuestro sentimiento?

NUÑO. Hablaré, pues que tu alteza
tiene de escucharme empeño.
El rigor que con el conde
usas, señor, y el afecto
que ha muchos años amigo
al de Castilla profeso,
la causa son del dolor
que despedaza mi pecho.

REY. Harto, don Nuño, me cuesta;
pero eso al honor del reino,
y eso a mi propia quietud,
aunque es gran rigor, le debo.
Doña Teresa, mi madre,
no ignoráis tiene en el pueblo
gran parcialidad, y ella es
quien pide con más empeño
la muerte del conde: es fuerza
que me doblegue a sus ruegos.
Y de la traición las pruebas
yo mismo negar no puedo.
El a don Ordoño el Malo
da protección en su reino;
vos también, Nuño, lo visteis.
¿Por qué más, como guerrero,
viene a León, rodeado
de pendones y de aceros?
¿Por qué levantó en Castilla
a los castellanos pechos?

NUÑO. El niega, señor, que sea
eso que decís vos cierto;
que si levantó Gonzalo
bandera, fué sin saberlo
él.

REY. Eso es, don Nuño, claro:
ora que se mira preso
niega su falta. ¿Y qué dice
de aquesta prisión el pueblo?

NUÑO. La fama, señor, del conde,
sus virtudes y su esfuerzo
ponen de su parte a todos:
las calles corre reuelto
contra el que osado le acusa
publicando mil denuestos;
y aun corren voces que sirven
de aumentar el descontento:
diz que del mar han salido
muy grandes llamas de fuego,
y que tocándolo todo
se han metido tierra adentro.
Que en Zamora y en Carrión
y en Castrojeriz ardieron,
y en Briviesca y en Pancorvo
y en Burgos barrios enteros,
Y en Buradón y en Calzada
las casas desaparecieron.

Creen que la prisión del conde,
a quien siempre amparó el cielo,
la causa fué del prodigio;
que todos saben, y es cierto,
que el ermitaño Pelayo
de la ermita de San Pedro
le apareció por dos veces
en dos distintos encuentros,
la victoria asegurando;
y dicen ser escarmiento
aqueste por impedirle
las grandezas que está haciendo;
y unos por las calles gritan,
y otros llenando los templos,
por la libertad del conde
ofrecen votos al cielo.

REY. Bien está: vos cuidaréis

que no cometan excesos.
La ocasión de eso se quita
quitando al conde de en medio,
que yo a la obediencia ciega
he de enseñar a mi pueblo.

NUÑO. Si algo, gran señor, contigo
pudieron siempre mis ruegos,
sea tu norte la clemencia...

REY. Yo salvar al conde intento,
y estad, don Nuño, tranquilo,
si librar su vida puedo.
Yo le haré sacar los ojos,
y conducirle hasta Oviedo,
después de haberle cortado
la su cabellera.

SANCHA. (*De adentro.*) ¡Cielos!

REY. Allí ha de amansar el conde,
cerrado en el monasterio
de San Vicente.

SANCHA. (*De adentro.*) Dejádme,
Diego Lainez; yo no puedo
sufrir más.

DIEGO. (*Idem.*) Tened, señora.

SANCHA. Es en balde.

REY. ¿Cuál estruendo?...

NUÑO. (*Si la condesa imprudente...*)

REY. ¡Hola! Nuño, ¿qué es aquesto?
¿cuál rumor en la antecámara?

NUÑO. Ya, gran señor, voy a verlo.
La condesa de Castilla
que pretende entrar a veros
sin vuestra orden.

REY. ¿La condesa
en León tan pronto? ¡Cielos!

NUÑO. Ya se entra, señor, que en vano
su paso impedir quisieron.

ESCENA IV

Dichos, DOÑA SANCHA

SANCHA. ¿Así, don Sancho, en León
a vuestros deudos se trata?
¿Así a la alteza se acata

de los que en Castilla son
 más que reyes? ¡Oh! Dios quiera
 que un día a Burgos lleguéis
 porque luego os sonrojéis
 de lo que con vos se hiciera.
 Allí cuando va algún deudo
 festejarle bien solemos,
 porque en tal caso creemos
 que es el agasajo feudo.
 Es de honrados el honrar,
 y a los suyos más, señor;
 y suele más el amor
 que el castigo, desarmar.
 El que nació generoso
 no sabe nunca hacer daño,
 que, o no sospecha el engaño,
 o le perdona bondoso.

REY. ¿Y queréis, condesa, vos
 que con afecto de amigo
 deje al traidor, mi enemigo,
 que me mate? ¡vive Dios!

SANCHA. ¿Y de qué traidor habláis?

REY. El conde lo es: vos, condesa.

SANCHA. ¡Oh! ¿qué imputación es ésa?

¿El traidor? Vos deliráis.

¿Y yo, Sancho?

REY.

Vos, señora:

y si vos tan prevenida
 no estabais, ¿esta venida,
 qué quiere decir ahora?
 ¿Qué os trae aquí cuando el conde
 preso está en León? ¿Tan presto
 cómo os llegó nueva de esto?
 o ¿adónde vais, pues, adónde?

SANCHA. (Al amor se le permita
 esta inocente ficción.)

¿No es camino por León
 para todo el que visita
 desde Burgos a Santiago?
 Y si no guardo cautela
 cuando voy a Compostela,
 harto bien os satisfago,
 que si haceros mal quisiera,
 de vos, Sancho, no fiara;

por el monte me guiara
 y no a entregarme viniera:
 jamás el traidor se fia
 del que vendió; estuvo el daño
 en pensar que sin engaño
 visitar antes podía
 a un pariente como vos;
 que nunca, Sancho, creí
 de vuestro porte que así
 nos tratarais a los dos.
 Cuando pienso hallar al conde
 más querido y festejado
 que es de Burgos adorado,
 la voz de León responde
 que preso en vuestras cadenas
 Fernán González está.
 ¿Es ése el pago que da
 la Cristiandad al que apenas
 la lanza un punto arrimó?
 ¿Al que de Almanzor famoso
 tantas veces victorioso
 con su daño la libró?
 Regadas tiene en más gotas
 de su sangre las Castillas
 que gentes cuentan sus villas,
 que cuenta el turbán derrotas,
 y que en sangrientas peleas
 moros venció; y en España
 te dirán de él una hazaña
 cada colina que veas,
 cada llano por do vayas,
 y cada palmo de tierra
 a donde llegó la guerra.
 Díganlo los Abenayas,
 los Aceijas y Almanzores,
 y dígalo Abderramén,
 que él le ha vencido también,
 mal que pese a sus ardores.
 Y Dios fe guarde, don Sancho,
 que Hernán González perezca.
 ¿Quién estorbará que acrezca
 el cordobés por el ancho
 término de España toda
 su alto poder enemigo?

No faltará otro Rodrigo
para la corona goda.

Vuélveme, oh rey, a mi esposo ;
si miedo a su poder tienes,
por él quedaré yo en rehenes ;
yo compraré su reposo.

REY. ¿Así defendiendo estás,
doña Sancha, al matador
de tu padre que hoy traidor...?

SANCHA. Es mi esposo y nada más.

REY. Yo la justicia no tuerzo,
que le mató vi despacio...

SANCHA. No traidor en tu palacio ;
en el campo, con su esfuerzo.

Y que le matara o no,
a traición o cara a cara,
¿quién pedir contra él osara
si se lo perdono yo?

Si has de errar en tu sentencia,
yerra, Sancho, de piadoso,
que es mejor en lo dudoso
inclinarse a la clemencia.

No sonará mal un día
que digan don Sancho el Bueno,
el que a la venganza un freno
templado poner sabía.

Y si la clemencia no,
pueda a lo menos contigo,
o tú, generoso amigo,
el llanto que vierto yo ;
que el conde culpa no tiene,
ni tiene intención traidora,
Sancho...

REY. ¡Condesa ! ¡Señora !
Pero alzad : mi madre viene.

SANCHA. ¡Hay suerte más inhumana !
Cuando ya vencido está,
¿qué intención buena será
la que trae aquí a mi hermana?

ESCENA V

Dichos, DOÑA TERESA

TER. (¡ Gracias te doy este día,
gran Dios, pues una faltaba
que a mi rigor se escapaba
y tu atención me la envía !)
¿ La palabra, Sancho, es ésta
que de condenar me disteis
al conde, o bien le prendisteis
con enemistad supuesta
para concederle al llanto
de una hermosa ? Ciertamente
sois para juez, excelente ;
valéis para eso otro tanto.
¿ No veis sus ojos que perlas
orientales nos derraman
y el pecho en piedad inflaman ?

¿ no os bajáis, hijo a cogerlas ?
SANCHA. ¿ Esto se ha de usar conmigo ?

¿ y eres tú mi propia hermana ?
No ; que una sierpe inhumana
o un basilisco enemigo
te dió su leche en la cuna,
no en Navarra ni en Castilla,
sino en la africana orilla
sujeta a la media luna.

¿ En qué prisión te encerré
cuando a Navarra viniste ?
¿ cuando que arrastrar tuviste
grillos que yo te forjé ?

Ese rey que adoras tanto,
¿ a quién debió don García,
cuando en cadenas gemía,
su ida, sino a mi llanto ?

Si es que no es posible en ti
vivir sin aborrecer,

¿ por qué tú no has de volver
tu odio entero contra mí ?
Olvida al conde inocente,
que harto España ha menester,

no de una débil mujer,
 sí del brazo de un valiente.
 Sólo el delito fué mío,
 que yo a mi padre olvidé
 cuando con él me casé;
 no del conde que con brío,
 por más fuerte, le mató.
 Ponedme a mí sus cadenas;
 serán más dulces mis penas
 si borro las tuyas yo.
 Muera yo sola a tu saña,
 que el mundo me olvidará,
 mas nunca recobraré
 otro conde tal la España.

TER. ¿No veis, Sancho? ¡Qué virtud!
 ¡Qué heroísmo! Dadle al conde,
 y su lealtad os responde
 de vuestra propia salud.
 Que ha la España menester
 de un traidor, a quien abona,
 que quitándoos la corona
 se la venga él a poner.

SANCHA. No le culpes, no, que es mucha
 para el conde tal vileza:
 yo lo juro por la alteza
 del justo Dios que me escucha.
 ¡Mírame puesta a tus plantas
 y abrazando tus rodillas;
 mira tú cuánto me humillas
 y mi corazón quebrantas!
 Mi dolor grande te mueva;
 borra, si es que eres sensible,
 el tormento irresistible
 que a suplicarte me lleva.
 Nunca yo mayor le tuve.
 ¿Quieres más humillación?
 A tus pies ves en León
 a la que Castilla sube
 a su trono. Ya no soy
 señora y condesa suya,
 ya soy una esclava tuya,
 si lo quieres, desde hoy.
 Crueles, dadme a mi esposo,
 o bien la vida arrancadme;

su libertad otorgadme.
 ¡Comasión, Sancho piadoso!
 no puedo sin él vivir.
 ¿Y qué mal se puede hacer
 el que le llegue a ver,
 si es que es preciso morir?
 Dame, Sancho, que le vea,
 que bañe en llanto sus pies,
 y mátanos ya después,
 si es preciso que así sea.

REY. Alzad del suelo, condesa;
 presto al conde podréis ver:
 mas luego habéis de volver
 a Castilla con gran priesa.

SANCHA. ¡Gran Dios! ¿Es verdad? el cielo
 guarde, don Sancho, tu vida,
 y te dé dicha cumplida
 como tú me das consuelo.

REY. Llevadla, don Nuño, ahora.
 Vuestra vida me responde;
 y ved que de hablar al conde
 sólo os concedo una hora.
*(Vanse. Por una puerta doña Sancha y don Nuño:
 por otra el rey.)*

ESCENA VI

DOÑA TERESA

TER. ¡Santo cielo! ¿Y yo lo escucho?
 ¿A dónde se fué mi gozo?
 De una mujer el sollozo
 venció al rey. ¡Aquesto es mucho!
*(Dirigiéndose hacia la puerta por donde el rey
 salió.)*
 Si palabra no tenéis,
 si la olvidáis más vilmente
 que la disteis fácilmente,
 yo haré que la recordéis;
 y veáis que doña Teresa
 lo que dice sabe hacer,
 que no llegó a mi entender
 a mal tiempo la condesa.

ACTO CUARTO

El teatro representa la torre donde está preso el conde.

ESCENA PRIMERA

FERNÁN GONZÁLEZ

¡Oh rigor de mi desdicha!
 Cruel fortuna, ¿por qué
 ves con ojos envidiosos
 mi ya malogrado bien?
 ¡Ah! doña Sancha, mi esposa,
 ora donde quier que estés,
 tú la humillación no sabes
 en que tu esposo se ve,
 que a saberla, tú vinieras
 mis cadenas a romper.
 Rey don Sancho, ¿quién creyera
 tan villano proceder?
 Aunque en tratarme alevoso
 comprendo que hiciste bien;
 pues, ¿qué mucho que los hombres
 den muestra de poca fe
 si hasta la suerte me pone
 tropiezos ante los pies?
 ¡Y que allí yo me cayera!
 ¡Que no supiera vender
 mi libertad a más precio!
 ¿Por qué con vida quedé,
 si de lavar mi deshonra,
 gran Dios, no me das poder?
 Tú sabes que es la venganza
 de Sancho injusta y cruel,
 que yo soy el agraviado
 por más que él diga que lo es.
 En el campo yo a su abuelo
 cuerpo a cuerpo le maté;
 no traidor en mi palacio,
 sino riñendo con él.
 Mas, ¿qué ruido oigo?...

ESCENA II

FERNÁN GONZÁLEZ, EL ALCAIDE *al paño y después*
 DOÑA SANCHA

ALC. Condesa,
 advierte que manda el rey
 que antes que pase una hora
 a Castilla has de volver;
 y por la puerta secreta
 que al campo da, esto ha de ser,
 donde para abrirte espera
 un guardia; y allí también
 te aguarda con tus caballos
 tu gente.
 SANCHA. (*Saliendo y adelantándose.*)
 Andad; está bien.

ESCENA III

FERNÁN GONZÁLEZ, DOÑA SANCHA

SANCHA. ¡Querido esposo!
 FERNÁN. ¡Cielos! ¡Sancha mía!
 SANCHA. Concédeme, señor, que yo tus plantas
 bese mil veces y en mi llanto bañe.
 ¡Cuál mis ojos te ven! ¡Ah! no son éstos
 aquellos lazos, no, que te estrechaban
 dulces y hermosos, cuando en Burgos, conde,
 feliz amor a entrambos enlazaba.
 ¿Quién, oh sol de mis ojos, pensaría
 que en hierros y cadenas se trocaran?
 Pero ¡ay! no llanto en tan amargo trance
 te pide amor al corazón; venganza,
 venganza solamente.
 FERNÁN. Mal pudiera
 sus agravios vengar quien torpe arrastra
 viles cadenas. No: morir vilmente,
 ofendido, humillado, sin mis armas
 puedo sólo esperar. ¡Oh! ¡si matando,
 morir siquiera de feroz batalla

pudiera entre el estruendo! Digna entonces
 mi muerte fuera de mi vida: aciaga
 tal dicha, empero, me robó fortuna.
 Mas ¿vos... y en este traje disfrazada?
 pues, ¿cómo, cuando en Burgos os creía,
 en estos muros mi cariño os halla?
 ¿Quién nuevas os llevó? ¿Cómo pudisteis
 de mis guardas burlar la vigilancia?
 SANCHA. Ora deja, señor, de mi venida
 de preguntarme la ocasión ni traza.
 Apenas tiempo de acordar tenemos
 qué nos resta que hacer. Aun la esperanza
 vive en mi corazón; sí, que a tu lado
 ya no soy yo, mi bien, tan desgraciada.
 Ya en León estoy, ¿y lo demás qué importa?
 Contigo sé morir: esto te basta.
 FERNÁN. ¡Morir, Sancha! Jamás: no ha de bastarme
 valor para envolverte en mi desgracia.
 SANCHA. No más quejas, no más: deja a los viles
 que al peso del dolor rindan el alma.
 Los fuertes también triunfan cuando caen:
 que es más grande y mejor la dura carga
 soportar con paciencia, aunque tus hombros
 oprima con dolor, que no arrojarla.
 ¿Qué los vencidos por tu antiguo esfuerzo
 de tu pecho dirán cuando la fama
 tu flaqueza divulgue, cuando diga
 que aquel que los venció también temblaba?
 ¿Qué Castilla dirá? Sí, que otro aliento
 muy más heroico de su conde aguarda.
 No a nosotros tan sólo nos debemos,
 que también somos feudo de la patria.
 Esa Castilla misma que te adora,
 luego que tu prisión se divulgara
 su fe con noble ardor acreditando
 para vengarte se arrojó a las armas.
 Tus ricoshombres todos, tus vasallos
 en el monte emboscados, a la entrada
 de la ciudad, con impaciencia esperan
 que les dé la señal de la venganza.
 El fiel Gonzalo los gobierna y rige.
 Todos ardiendo en vengadora saña,
 al Dios del cielo, que castiga y premia,
 sobre la cruz juraron de su espada

libertarte o morir.
 FERNÁN. ¿Qué es lo que escucho?
 ¿Y cómo salvaremos las murallas
 guardadas de continuo, inaccesibles,
 que de tantos valientes nos separan?
 ¿O pensasteis acaso que segura
 estará nuestra vida en este alcázar
 si el insensato arrojó de los nuestros
 esta ciudad en su impaciencia asalta?
 ¿Yo he de sufrir sin pelear y ocioso
 que harto fiel con su sangre derramada
 Castilla me rescate, con las manos
 vacías, aherrrojadas, de las armas
 escuchando el rumor y los gemidos
 de los que muertos por salvarme caigan?
 Nunca; jamás. A los valientes diles
 que Castilla en su seno alimentara,
 que nunca olvidará Fernán González
 cuánto le debe a su lealtad extraña.
 Que las armas dejando, a sus hogares
 se vuelvan, y que el conde se lo manda;
 que sólo así cuanto por él hicieron
 puede ahora pagar, y así lo paga.
 SANCHA. ¿Que ellos las armas dejen? ¿Por ventura
 piensas, Fernán González, que lograra
 sin ti volverlos nadie a sus hogares?
 Ellos juraron, y la ardiente llama
 que arde en su corazón de amor al conde
 nadie puede entibiar. No le enseñaras
 tú a ser grande a Castilla, a ser heroica,
 y acaso en tu defensa no se alzara.
 No hay tiempo que perder. Oyeme. Un medio
 podemos aún probar: con cuatro guardias
 por la puerta secreta, que da al campo,
 la entrada se defiende de este alcázar,
 que el ser aquesta parte inexpugnable
 la precaución excusa: el rey me manda
 que salga por aquí: la noche oscura
 con sus negras tinieblas nos ampara.
 Viste mis ropas, y engañados todos
 creerán ver en el bulto a doña Sancha.
 FERNÁN. ¿Quién? ¿Yo cubrirme con ropajes vuestros?
 ¿Yo a los cobardes esconder mi cara?
 SANCHA. ¿Qué importa que la escondas un momento

si luego más terrible has de enseñarla?
Al campo sal, y en el oscuro bosque
que circunda a León de espesas hayas,
ruinado, inmenso, colosal, suntuoso,
un monumento antiguo se levanta.
Templo fué de Minerva, cuando Roma
sus dioses y sus leyes dió a la España.
Hoy nada es ya: pero en su seno esconde
los leales castellanos, que allí aguardan
que un héroe los conduzca a la victoria.
Corre, Fernán González.

FERNÁN. ¡Prenda amada!
SANCHA. Yo aquí me quedaré, del rey don Sancho
a templar el enojo, y a una flaca
mujer, ¿qué caballero ha de ofenderla?
No corro riesgo aquí; ninguno. Marcha.
Sin ti, ¿qué hicieran los valientes todos
contra las huestes que León prepara?
Sin ti perecerán. Tu fuerte brazo
el éxito hará cierto de las armas.
Inútil es que intentes disuadirme,
o los dos moriremos. Sí, mañana...
aquí contigo he de esperar... escucha...
segará un vil verdugo tu garganta,
o en un encierro eterno, mutilados
los ojos...

FERNÁN. ¿Qué decís? ¿Así se trata
a un nieto de Porcellos, el que a Burgos
de muchos pueblos, por blasón, fundara?
SANCHA. ¡Lejos de mí tan espantosa imagen!
Antes que sobreviva a tal desgracia
mira este acero que, escondido, el punto
de derramar mi sangre sólo aguarda.
Elige, pues, en fin.

FERNÁN. ¡Sancha!
SANCHA. Resuelve.

Mira a Castilla triste, abandonada,
ser presa de León, y al torpe yugo
dar la cerviz; y mira cuál la amaga
el moro cordobés, perdido el brazo
que del fiero Almanzor sólo atajaba
la ardiente furia. En fin, ¿un nombre vano
para ti será el nombre de la patria?
¿Y tú al amor la inmolarás cobarde

de una débil mujer? ¡Cielos! La fama
a par que tu prisión rauda publica
también las nuevas lúgubres propaga
que a entrar de nuevo al castellano suelo
sus banderas los bárbaros preparan.
No ya por mí, que con estéril llanto
que corras a vencer pido angustiada;
no ya por mí, cuyas caricias tiernas
sin duda has olvidado; por la España,
que más de ti esperó: vuela, bien mío.
Salva, Fernán González, a tu patria.
Inútil le es tu muerte: ella lo pide.
Toda Castilla, conde, y doña Sancha,
los dos objetos de tu amor ardiente,
unidos lo pedimos a tus plantas.

FERNÁN. ¡Imposible! ¡Jamás! Vano es el ruego...
SANCHA. No hay otro arbitrio... sí... sígueme y calla.
Urge ya el tiempo y la ocasión. ¿No escuchas
los cerrojos crujir? ¿no oyes pisadas?
FERNÁN. ¡Oh mujer celestial! ¿Yo abandonarte
sola y aquí?... Jamás.

SANCHA. No abandonada
estaré, cuando tú, venciendo, libre
contra León empuñarás la lanza.
Antes de una hora en mi veloz caballo
a nuestros tercios en el bosque alcanzas.
Aquí es fácil que el caso no descubran,
pues yo he de procurarlo, hasta mañana.
Nadie espera este golpe; de improvisó
puedes dar el asalto antes del alba.
La confusión, la noche, la sorpresa...
Todo, en fin, la victoria te afianza
antes que aqueste engaño se trasluzca.
Pero el tiempo veloz corre, y... ya basta.
Por la postrera vez... elige: o quieres
que este acero...

FERNÁN. ¡Detente, esposa!
SANCHA. Marcha.

Nada escucho.

FERNÁN. ¡Mi bien!

SANCHA. Nada.

FERNÁN. Pues sea.

Pero, ¡ay! ¡cuánta amargura me preparas,
si descargando sobre ti don Sancho,

dulce esposa, en mi ausencia, su venganza,
 sólo entro aquí, con el estéril gozo
 de vengarte, mi amor. ¡Ay! ¿Quién librara
 al rey don Sancho de mi furia? Tiemble,
 tiemble entonces León. ¡Oh, tú, que amparas,
 gran Dios, a la inocencia desde el cielo;
 si siempre presenté sobre tus aras
 un corazón cristiano, si en el campo
 yo vencí tantas veces por tu causa,
 no permitas, Señor, que el ciego enojo
 convierta el rey cruel contra la infanta!
 Ampárala, gran Dios: yo a tu custodia
 la fío y la consagro: por mi patria
 corro a verter la sangre, que en defensa
 de tu fe, tantas veces derramara.
 Si he de encontrarla víctima a mi vuelta,
 hiéreme con tu rayo antes que parta.

SANCHA. Ya se acerca el rumor, esposo: huyamos.
 No abandonemos la última esperanza. (*Vanse.*)

ESCENA IV

REY, CONDE DE MONZÓN, ALCAIDE

ALCAIDE. Fuerza es, gran señor, que el conde
 aun esté con la condesa,
 aunque el salir debe ser,
 como mandó Vuestra Alteza,
 por la entrada que hacia el campo
 esconde la oculta puerta,
 porque a compasión el pueblo
 con su vista no se mueva.

REY. ¿Entró alguno a ver al conde?

ALCAIDE. Nadie más que la condesa.

REY. Bien está: cuidado en tanto
 que nadie pase las puertas,
 y entrad, y al conde decidle
 que un gentil hombre le espera,
 quien quiere a solas hablarle,
 y esto, añadid, le interesa
 a su vida.

ALCAIDE. He de buscarle,
 que aunque él aquí estar debiera,

para divertir su enojo
 tal vez su estancia pasea,
 que es grande la torre; acaso
 viendo está por las almenas
 los campos tristes que envuelve
 la oscura noche en tinieblas,
 que en tales cuadros se agradan
 los tristes con complacencia,
 si a despedir no ha salido
 a su esposa hasta la puerta.
 Yo, como tu alcaide y siervo,
 le he de buscar por toda ella,
 y en diciéndole el recado,
 que me manda tu grandeza,
 volveré a traerte luego
 de tu preso la respuesta. (*Vase.*)

ESCENA V

REY, CONDE DE MONZÓN

REY. Yo mismo a la torre vengo,
 porque mi madre no advierta
 esta visita que acaso
 en palacio ver pudiera.
 Aquí depuesta del trono,
 conde Monzón la grandeza,
 como simple caballero,
 mi antigua amistad intenta
 hablar al conde a mis solas;
 que mucho creer me cuesta,
 sin poderosa ocasión,
 la traición que le condena.
 Acaso ya arrepentido
 de su primitiva idea
 me descubra sus intentos,
 y acaso, Monzón, aun pueda,
 más que le pese a mi madre,
 hoy salvarle la cabeza.
 ¡Oh, si penetrar pudiese
 cuanto mi pecho lo anhela!
 Rinda nuevo vasallaje
 a mi corona y mi alteza

jure a fe de caballero
 hacer con León eterna
 alianza, y aun el perdón
 de su pasada flaqueza
 lograré de su consejo,
 que a su castigo me fuerza.
 MONZÓN. Eso al influjo se debe,
 tal vez, de doña Teresa.
 Tan sólo don Nuño Ansúrez
 y otros tres, a la clemencia
 se inclinan; que a los más grandes
 les puede dar la grandeza
 del conde enojos, y acaso
 con su muerte ellos quisieran
 estorbar que en adelante
 tanta sombra les hiciera.
 Y yo en verdad mucho temo
 que contener nadie pueda
 a doña Teresa; jura
 por las calles y plazuelas,
 excitando al pueblo todo
 a imitar su saña fiera,
 que no ha de salir ninguno,
 ni el conde ni la condesa
 de aquí, porque su venganza
 quiere dejar satisfecha;
 y aún más que a Fernán González
 maldice a su hermana mesma.
 Empero, mirad que alguno
 hacia nosotros se llega...
 Si no me engaño, el alcaide.
 REY. Oigamos lo que contesta.

ESCENA VI

Dichos, y el ALCAIDE, azorado.

ALCAIDE. Gran señor, inútilmente
 por toda la torre entera
 buscé al conde mi cuidado,
 pues que en ella no le encuentra.
 REY. ¿Qué decís?
 ALCAIDE. Pero su esposa

aun no dió a Burgos la vuelta,
 y preguntada, responde
 con natural extrañeza,
 que el conde con ella estaba,
 y en la torre estar debiera.
 REY. ¡Santo cielo! ¿así guardáis
 los presos que se os entregan?
 ALCAIDE. Señor... yo... si... al mismo punto
 se escuchan voces diversas
 que en el puente y el rastrillo
 y de las murallas fuera,
 señal de algún alboroto
 son, que vuestra madre intenta;
 y en la confusión tan sólo
 pude oír por las troneras
 a los guardas del alcázar
 gritos de: ¡venganza! ¡muera!
 Y aun, gran rey, si no me engañan
 de lejos las apariencias
 a entrar aquí se dirige
 esa muchedumbre fiera.
 REY. ¿Qué pensáis, Monzón, de aquesto?
 Forzoso es que yo lo inquiera.
 ALCAIDE. Mas, ¿no escucháis el estruendo?
 ¿No oís el rumor más cerca?
 Corro a estorbar que la turba
 entrando hasta aquí os ofenda. (*Vase.*)
 REY. ¿Qué hacer, Monzón? Pero, ¿qué oigo?
 ¿Qué ruido, qué alarma es ésta?
 TER. (*Dentro.*) ¿Quién me osa negar la entrada?
 Villanos, romped las puertas
 si insisten los miserables,
 por su mal, en defenderlas.
 REY. (*A Monzón.*) Ya, Monzón, el descubrirme
 en tan rudo trance es fuerza.
 MONZÓN. No expongas, señor, tu vida;
 yo saldré, don Sancho: espera.
 A tu lado va, señor,
 don Osorio en tu defensa.

ESCENA VII

Soldados y pueblo de León agolpándose a las puertas; entran varios con teas.

Dichos, DOÑA TERESA y los suyos.

TER. ¡Venganza, cielos, venganza!

¡Muera Sancha!... ¿El rey? (¡Ah, ciertas mis sospechas son.)

REY. Teneos.

¿Dónde vais de esta manera?

¿Quién para tal desacato os dió, señora, licencia?

¿Nada está de vos seguro?

¿Qué ocasión, qué nueva ofensa para forzar este alcázar a tan grande exceso os lleva?

¿Dónde a un preso de alta clase se le custodia y encierra?

TER. ¿Qué es preso ya? ¡Fementido!

¿Yo he de oírlo con paciencia? Cuando sé que el conde lejos libre los campos pasea, vengo, Sancho, y os encuentro solo aquí con la condesa disfrazada y...

REY. ¿Será cierto?

¡Corrido estoy de vergüenza y de rabia!

TER. No finjáis; mal el disimulo os sienta.

REY. ¿Qué decís, que no os entiendo?

¡Por San Pedro de Cardeña!

TER. ¿Conque no sabéis que al conde le visitó la condesa,

para dejarle su traje, en su lugar quedando ella?

¿Que, ya en el rastrillo, un guardia le conoció, y resistencia

yendo a hacer, con un puñal

a dos derribó por tierra;

y espantados los demás

de sus bríos y sus fuerzas,

a su nombre que les dijo,

dejan temblando las puertas?

¿Quién, si vos no le amparáis, a tal acción se atreviera?

REY. ¿Yo ampararle que el castigo le previne?

TER. Enhorabuena.

Antes que mañana luzca de Febo la luz primera, veréis asaltar, ¡oh rabia! de León la ciudadela,

por los tercios castellanos, su caudillo a su cabeza.

Que inútilmente lo siguen por el campo a rienda suelta tus soldados, pues lo amparan su caballo y las tinieblas.

Y esa loca, que ha nacido mi hermana para mi mengua, si hoy mediador ha encontrado

para enfrenar mi violencia, no ha de librarse algún día de mi venganza. ¡Yo ciega de cólera estoy! Lo juro

por la sangre que la tierra bebió de don Sancho Abarca, mi muerto padre, que muerta

sólo, cadáver, su esposo, aunque entre en León por fuerza, la ha de sacar, y lo juro

por esta misma cabeza que sobre el robusto cuello

para daño suyo alienta.

ESCENA VIII

(Al salir a la escena se quita y arroja la loriga del conde que se supone haberle dejado éste, y queda en traje blanco.)

Dichos, DOÑA SANCHA

SANCHA. Sí, mujer feroz; ya basta de fingimientos: sí, aquesta es doña Sancha, y su triunfo, sábelo, y su gloria es ésa.

REY. ¡Oh Dios! ¡Qué traición! ¡Vos... Sancha!

SANCHA. Sí; mañana, aunque hoy yo muera,
vencedor entrará el conde
y vengará sus ofensas.

TER. En tanto que en necias pláticas
inútil el tiempo vuela,
acudamos al remedio.

Rey don Sancho, si tú esperas
vilmente ocioso en tu corte
que a quitarte el trono vengan,
mejor por tus intereses (*con ironía*)
tu madre incesante vela. (*Vase.*)

ESCENA IX

REY, MONZÓN, DOÑA SANCHA

REY. Conde ilustre, sus miradas,
su acento, todo me aterra:
a las murallas corramos,
a que guarden bien las puertas,
y a evitar los desenfrenos
que ya mi madre fomenta.
Vos, señora, aunque confieso
y admiro vuestra grandeza,
advertid que el rey don Sancho,
aunque burlado se vea,
sabr  defender su trono,
mas que en su defensa vierta
cuanta sangre real de godos
corre hirviendo por sus venas.

SANCHA. Oye, don Sancho: repara
que ya no est  en tus cadenas
el conde Fernán González,
y que de ti pende entera
la suerte que hoy a tus reinos,
y a tu mismo trono espera;
que el que gobierna en Castilla
nunca abusó de su fuerza,
pero si al rigor le obligas,
  mañana, don Sancho, tiembla!

ACTO QUINTO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

REY, MONZÓN

REY. Acaso extraño el partido
os parecer , Monzón,
que tomo en esta ocasión;
empero est  decidido.
Quiero que hoy mismo en los brazos
de su esposo, la condesa
quede, aunque doña Teresa
quisiera apretar sus lazos.
Que es doña Sancha mi tía
y esto a mí me corresponde,
como antes prender al conde
también me correspondía.
No se manche nuestra gloria,
pues dirán que peleamos
con valor, porque gozamos
de ventaja tan notoria.
Aquesta intención aquí
me trae, que a mí me toca
hacer que ella de mi boca
lo venga a entender así.
A vos, Monzón, caballero
el más ilustre de todos,
pues la sangre de los godos
nos enlaza a entrambos, quiero
fiar esta comisión.
Con otros ciento escogidos

caballeros, y vestidos ricamente, de León saldréis en noble cortejo; en una rica hacanea vaya la condesa, y sea presto; la elección os dejo de los que con vos han de ir: sólo a don Nuño mandé, supuesto que no os hallé, diese orden de prevenir lo necesario, y ahora que estará lo más dispuesto, decid qué os parece de esto que ha de hacerse antes de un hora.

MONZÓN. En nada, señor, pudierais emplear más bien mi celo; pluguiera, gran rey, al cielo que así la paz consiguierais.

REY. No: ¿qué es la paz? No; partid, empero que no imagine, aunque a ello mi acción le incline a mi contrario decid que en trueco la paz pretendo, sino que quiero orgulloso vencerle en lo generoso, cual caballero cumpliendo. Decidlo así.

MONZÓN. Gran señor, está bien.

REY. Que yo a tomar voy mis armas, y a mandar la defensa con valor tan luego como a mi tía ponga en libertad.

MONZÓN. Forzoso ha de ser, pues temeroso nos amanece este día. Los leoneses débilmente se defienden; en los muros se encierran, donde seguros aun no se creen: al frente de los suyos, victorioso, bañado en la sangre nuestra, y dueño de la palestra

el conde queda orgulloso.
REY. Pues imagino en verdad que cuando mire amparadas de las murallas alzadas que defienden la ciudad nuestras numerosas haces, a retirar tocará, y aunque pienso que no hará hasta vengarse las paces, no osará entrar con su gente, cansada ya, los torreones. Recogerá sus pendones y obrará más cautamente. Mas don Nuño apresurado llega aquí, torvo el semblante; ¡si osará el conde arrogante dar un ataque arriesgado!

ESCENA II

Dichos, DON NUÑO

NUÑO. ¿Qué hacéis, señor, aun aquí?
Al asalto con furor se dispone el vencedor.
Nunca más fiero le vi.

REY. ¿Y abandonáis, don Nuño, la defensa?

NUÑO. Gran rey, cuando arrimadas mil escalas al fuerte muro de León, que tiembla, a ti y a tu corona amenazaban, logré a los nuestros rehacer: más grande encuentro, más feroz, señor, Simancas no le viera en sus campos; pero el conde vale él solo por mil en las batallas. Como un coloso inmenso, infatigable entre la muchedumbre horrorizada fiero descuella, y filas de soldados derriba cada golpe de su lanza. Más terrible a los moros en Clavijo no apareció Santiago por España.

Yo le miro lidiar, miro a los míos
y se hiela en mi pecho la esperanza.
De repente a los muros un heraldo
llega pidiendo hablar; entonces para
el sangriento combate; un mensajero
Fernán González a tu Alteza manda.
La paz propone, pero quiere al punto
que la condesa de tus hierros salga.
Y puesto, dice, que tan mal su afecto
en tan triste ocasión don Sancho pagas,
el precio pide de su azor mudado
y el caballo alfaraz que en las pasadas
Cortes tú le compraste, como el pago
la escritura fijó; y de no, demanda
que exenta su Castilla de tributos,
sólo a su conde y rey le rinda parias,
y no a los reyes de León ni Oviedo,
que no tienen derechos a mandarla.
Esto pide, señor, y si lo niegas
que hasta morir, combatirá, declara,
o que en León no quede demolida
ni piedra sobre piedra.

REY. Doña Sancha
debe luego partir, pues que al efecto
os tengo ya a los dos órdenes dadas.
La suma del azor y del caballo
vosotros me diréis si he de pagarla.
Un año ha trascurrido, ¿cuánto monta?

NUÑO. Mucho ha subido, y a pagar no alcanzan
trescientos mil escudos.

REY. ¿Y en tal caso
que me aconsejas, Nuño?

NUÑO. Por desgracia
ya es tarde: en cuanto supo vuestra madre
que propuestas de paz el conde manda,
al punto envió a decirle que don Sancho
sus pactos y sus paces despreciaba.

REY. Don Nuño, ¿qué decís?

NUÑO. Y ora de nuevo,
más irritado que antes, a las armas
torna feroz. Doña Teresa en tanto
estorba a don Ortuño, ardiendo en rabia
las prevenciones que hace de orden mía
para llevar al conde a doña Sancha.

REY. ¿Qué es lo que escucho?

NUÑO. Y furibunda, loca,
más que mujer, guerrero, con la espada
que a un caballero le arrancó ella misma
defiende con los suyos esta entrada.

REY. ¡Oh! ¿qué mujer es ésta? Don Osorio,
al momento marchad, y con la escuadra
que encargada os está, las prevenciones
andad a proteger para la marcha,
y por Sancha volveos; disculpadme
con ella, si en persona acompañarla
no puedo, que urge el tiempo; y a mi madre
decid vos (*a don Nuño*) que don Sancho aquí la
llama,

y a las puertas tornad. Antes de mucho
defendiendo sus íclitas murallas
verá a su rey León: mas ella viene,
deseñida la ropa, ensangrentada...
Id, don Nuño. (*Vase éste.*) ¡Hasta cuándo mi pa-
ciencia
fatigarás, oh madre, con tu audacia!

ESCENA III

REY, DOÑA TERESA

REY. ¿Sois vos la que cuando mando
contradice mis decretos?
¿Quién os dió, doña Teresa,
contra mi poder derechos?
¿Quién os coronó en León?
¿Qué significa ese acero?
¿O son ésas, por ventura,
armas de mujeres?

TER. ¡Cielos!
¿Qué lenguaje, Sancho, es ése?
¿Vos queréis enviar, es cierto,
a su esposo a doña Sancha?
¿Eso es gobernar el reino?
Eso es, hijo fementido...

REY. Poned a la lengua un freno,
 que si mi madre sois vos,
 ved que yo soy el rey vuestro:
 porque tanto os he sufrido,
 no imaginéis que consiento
 que tengáis, reinando yo,
 las riendas vos del gobierno.
 Y si no me obedecieseis
 de buen grado, allá veremos
 si para granjearme un día
 vuestro debido respeto
 faltan a mi pecho bríos
 y en mis dominios conventos.
 Que ya al rostro se me asoma
 entre los años el vello,
 para tomar neciamente
 de una mujer los consejos.
 O mande yo, o mandad vos,
 mirad que no disputemos
 el poder, que aunque tuvierais
 mayor partido entre el pueblo
 que el que tenéis, me parece
 que a contrarrestar mi esfuerzo
 no fuerais bastante vos.
 A la estancia recogeos,
 y esperad en el palacio
 a que los hombres de esfuerzo
 con su espada determinen
 la fortuna de los pueblos.
 Mejor le sienta la aguja
 a la mujer que el acero,
 que no se inventó la espada
 para los oficios vuestros.
 Cesen ya, cesen de darme
 enojos vuestros excesos,
 que si ora me ata las manos
 con sus lazos el respeto,
 pudiera ser que algún día
 olvidara lo que os debo.
 Cuando mejor que don Sancho
 sepáis en cualquier torneo
 correr cañas, o romper
 una lanza con desnudo,
 y derribar del arzón

con un bote a un caballero;
 cuando a vencer a los moros
 aprendáis en mil encuentros,
 y a gobernar las naciones
 con el prudente consejo,
 venid a tomar entonces
 la dirección de mis reinos.
 Lo juro: entonces, señora,
 por la vida que yo tengo,
 por el Dios que nos escucha,
 que la autoridad os cedo.
 Pero en inútiles quejas
 instantes preciosos pierdo,
 y más la patria merece
 y más los leoneses pechos,
 que están vertiendo su sangre
 en defensa de mi cetro,
 que no tan vana querella
 y tan loco devaneo. (*Vase.*)

ESCENA IV

DOÑA TERESA

¡Qué afrenta! ¡Que eso escuchase!
 ¡Corrida estoy! ¡Qué despecho!
 Mal imaginas, buen Sancho,
 si piensas que te obedezco;
 antes que mi hermana salga
 has de atravesar mi pecho,
 antes yo misma en el suyo
 he de esconder este acero.
 A estorbar que el de Monzón
 pueda conseguir su intento
 han de bastarme los míos
 que ya alicionados tengo.
 ¡Hola! (*Llamando.*) Es fuerza que ante todo
 el estado averigüemos
 del asalto y...

ESCENA V

DOÑA TERESA, ALCAIDE

ALCAIDE. Gran señora...

TER. ¿Qué es del conde de Monzón?
¿Por doña Sancha no ha vuelto
como el rey dejó mandado?ALCAIDE. Nadie ha llegado, y me temo
que apretando el cerco el conde
haya dejado ese empeño,
inútil ya, a la defensa,
que es más urgente, acudiendo.

TER. ¿Tan aprisa el conde vence?

ALCAIDE. Es tan grande su denuedo
que es vana la resistencia:
crece por puntos el riesgo,
y aún más, porque en la ciudad
partido en bandos el pueblo,
quién el alcázar defiende,
quién el muro, y quién dispuesto
en favor del conde acude
a abrirles las puertas.TER. ¡Cielos!
¿Y que esto mis ojos vean
y triunfe Castilla?ALCAIDE. Dentro
de las calles ya se han visto
castellanos, los primeros
que valientes se han echado
desde el muro, si bien presto,
por ser pocos, han pagado
su temerario ardimiento.
Mas imitado de muchos
este valeroso ejemplo,
poco tiempo el rey, por más
que le ayuden sus guerreros,
disputará la victoriaa los castellanos fieros
que como leones combaten.TER. No me ha de sobrar el tiempo.
¿Hiciste lo que encargado
te dejé?ALCAIDE. Señora, ciego
obedecí tus mandatos.TER. En buen hora: vamos presto.
La condesa sale aquí.
Déjala; no tardaremos
en volver. Corre. ¡Insensata!
El conde podrá vencernos;
pero yo sabré, vencida,
morir vengada a lo menos. (*Vanse.*)

ESCENA VI

DOÑA SANCHA

Cesó, gran Dios, el tumulto;
nada oigo; cesó el estruendo.
Ya torna a lucir el día,
y en balde con él espero
que torne también mi esposo
a sacarme de mis hierros.
Quién sabe si en este instante,
víctima de tu denuedo,
por salvarme yaces roto
y despedazado el pecho.
¡Oh bárbara incertidumbre!
¡Oh inexplicable tormento!
Corazón acongojado,
deshazte en llanto sin duelo,
pues para ti sin el conde
no hay en la tierra consuelo.
Ojos que marchar le visteis
y no volveréis a verlo,
pues que el conde ya no vuelve,
lloremos, sin fin, lloremos.
TEATRO.—30

TER. *(Al paño al alcaide: éste trae en una bandeja copa y daga.)*
No hay ya tiempo que perder:
seguidme: éste es el momento.

ESCENA VII

DOÑA SANCHA, DOÑA TERESA, ALCAIDE

SANCHA. ¿Quién se acerca en esta oscura
mansión? Pero, ¡oh Dios! ¿qué veo?

TER. ¡Vive Dios! que mientras más
la miro, más la aborrezco.

SANCHA. ¡Qué aparato cruel! ¿Qué es lo que in-
[tentas?

¿Qué pretendes de mí? ¡Qué aspecto! ¿Callas?
¿Qué es de mi esposo, dime? ¿Todavía
no es del rey vencedor?

TER. ¡Misera!

SANCHA. ¡Ay! Habla.

Sí, ya lo veo; tu feroz sonrisa
harto claro me explica su tardanza.
¿Es vencido? ¿Le han muerto? No te acerques.
¿Qué intención...? esa copa... tus miradas...
¡Gran Dios, ampara mi inocencia!

TER. ¿Tiemblas?
Pronto no temblarás.

SANCHA. ¡Oh, qué palabras!

TER. ¡Ferozes como yo! Pues que los lazos
nos unen de la sangre y nos hermanan,
quiero yo nuestro amor también con sangre
nuestra sellar. ¿Entiendes? Pues ya tardas.

SANCHA. ¡Qué horror! ¿Qué es lo que has dicho?
[¡Rey don Sancho!

¡Don Sancho! Nadie me oye...

TER. Bien guardadas
por mis gentes estamos. ¡Ea! presto,
si entre viles martirios en la plaza
no quieres a un verdugo dar tu vida:

elige: o el veneno o esa daga,
Aun te doy a elegir.

SANCHA. ¡Piedad!

TER. En balde
ruegas. Presto ha de ser: elige y calla
para siempre.

SANCHA. ¡Morir! ¡Ahora, en los años
en que todo a vivir me convidaba!

¡Ay! yo tiemblo morir... Tente ¡infelice!

(Cae abrazada a sus rodillas.)

TER. ¿Pretendes que yo misma, desgraciada...?

SANCHA. ¡Fernán González! Deja que a mi esposo
pueda en mis brazos estrechar... Aguarda
siquiera a que le vea... Dime al menos
qué es de él...

TER. *(Mucho tardamos. Engañarla
quiero, y que expire de dolor.)* ¿Pensaste,
necia, que si tu esposo respirara,
y vencernos pudiese, yo a su esposa
matara, exasperándole en su saña?
¿Por dónde imaginó con un puñado
de hombres, de Sancho resistir las armas?
Sin esperar cerrado entre sus muros
a tan débil contrario, la campaña
corrió ardiente en su busca el hijo mío:
presto lo escarmentó. Sola, en la plaza
yo encargada quedé. Juzga tú ahora
si está escrito allá arriba, que a la helada
tumba desciencias hoy a reunirte
con tu difunto esposo, que te llama.

SANCHA. ¡Cielos!

TER. *(Mas, ¿qué rumor? Fáltame el tiempo.)*

SANCHA. Dame la copa. ¡Por piedad, hermana!
Dámela presto ya... yo te lo pido...
Toda la apuraré.

TER. Toma y acaba.

*(Más cerca ya el rumor... ¿será que...? (Se oyen
voces.)*

SANCHA. ¿Acaso...?

TER. No, no te halague un resto de esperanza.
Esos los gritos son de los leoneses
que tornan, y con vivas la pasada
victoria solemnizan.

SANCHA. ¡No hay remedio!

(Al decir esto y llegar la copa a sus labios, se oye un gran estruendo y entra el primero Fernán González. Doña Sancha lo ve, deja caer la copa, y huye a refugiarse en los brazos del conde; al mismo tiempo que Doña Teresa da varios pasos atrás para coger la daga que tiene el Alcaide y la persigue; pero se echan sobre ella los castellanos de que se llena la escena.)

¡Santo cielo!

TER.

¿Qué miro?

FERNÁN. (*Desde el fondo.*) ¡Sancha! ¡Sancha!

TER. No ha de valerte: muere...

SANCHA.

¡Esposo mío!

(*Queda en los brazos del conde sin sentido.*)

TER. ¡Oh rabia! No: dejadme... Sin venganza

yo no anhelo vivir. Adiós, esposos
a mi pesar felices. Fueron vanas
mis diligencias todas. ¡Oh! que el cielo
os maldiga a los dos, como en mi rabia
yo os maldigo también: eternamente
mi rencor a las furias os consagra.

ESCENA VIII

EL CONDE, DOÑA SANCHA, DON GONZALO DÍAZ,
CASTELLANOS, etc.

SANCHA. (*Volviendo en sí.*)

¿Eres tú, Fernán González?

¿Tú entre mis brazos, mi dueño?

FERNÁN. Para nunca, Sancha mía,
tornar a soltarme de ellos.
Castellanos, reportaos,
que ya el enemigo es nuestro.
De nuestras invictas armas
ya está León todo lleno,
y hasta el rey don Sancho gime
de mis armas prisionero.
De mi alazán generoso
pues no satisface el precio
y del azor, haga en cambio
dejación de sus derechos
pretendidos a la silla

de Castilla, y sea exento
de hoy más todo castellano
de homenaje a León y Oviedo.
Y pues que yo, por ser justa
mi querella, no pretendo
lo suyo, a nuestros hogares,
castellanos, tornaremos.
Donde con mayores glorias
brillen nuestros altos hechos,
que bien merece Castilla,
patria feliz, que tenemos,
que la hagan dichosa y grande
nuestras virtudes y esfuerzos.

FIN

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
<i>Don Juan de Austria o la vocación</i> , comedia en cinco actos y en prosa.	7
<i>El arte de conspirar</i> , comedia en cinco actos y en prosa. ...	103
<i>Un desafío</i> , drama en tres actos y en prosa.	199
<i>Macías</i> , drama histórico en cuatro actos y en verso.	239
<i>Felipe</i> , comedia en dos actos y en prosa.	303
<i>Partir a tiempo</i> , comedia en un acto y en prosa.	341
<i>¡Tu amor o la muerte!</i> , comedia en un acto y en prosa.	371
<i>El conde Fernán González y la exención de Castilla</i> , drama histórico original en cinco actos y en verso.	403

BIBLIOTECA SOPENA

TOMOS PUBLICADOS

- 1.—**La Gloria de don Ramiro**, por Enrique Larreta.
- 2.—**La Ginesa**, por Carlos María Ocantos.
- 3.—**Guzmán de Alfarache** (tomo 1.^o), por Mateo Alemán.
- 4.—**Guzmán de Alfarache** (tomo 2.^o).
- 5.—**El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha**, por Miguel de Cervantes Saavedra.
- 6.—**Novelas Ejemplares** (tomo 1.^o), por Miguel de Cervantes Saavedra.
- 7.—**Novelas Ejemplares** (tomo 2.^o).
- 8.—**La Galatea**, por Miguel de Cervantes Saavedra.
- 9.—**Los Trabajos de Persiles y Sigismunda**, por Miguel de Cervantes Saavedra.
- 10.—**La Caravana**, por Eduardo Marquina.
- 11.—**León Zaldívar**, por Carlos María Ocantos.
- 12.—**El Quijote Apócrifo**, por Alonso Fernández de Avellaneda.
- 13.—**Como un sueño**, por A. G. Barrili.
- 14.—**Los Lobos y el Cordero**, por J. S. Fletcher.
- 15.—**Historia de la vida del buscón llamado don Pablos**, por Francisco de Quevedo y Villegas.
- 16.—**¡Misericordia!**, por M. Martínez Barrio-nuevo.
- 17.—**Eros**, por Juan Verga.
- 18.—**Floración**, por Rafael López de Haro.

- 19.—**La Juventud de Aurelio Zaldívar**, por A. Hernández Catá.
- 20.—**Las espontáneas**, por Manuel Ugarte.
- 21.—**La Novela del Honor**, por Rafael López de Haro.
- 22.—**El Alcázar de las Perlas**, por Francisco Villaespesa.
- 23.—**Entre todas las mujeres**, por Rafael López de Haro.
- 24.—**Novela Erótica**, por A. Hernández Catá.
- 25.—**El lacayo**, por Eduardo Zamacois.
- 26.—**Quillito**, por Carlos María Ocantos.
- 27.—**Beso de Oro**, por Eduardo Marquina.
- 28.—**Entre dos Luces**, por Carlos María Ocantos.
- 29.—**Bestezuela de amor**, por A. de Hoyos y Vinent.
- 30.—**El Olmo y la Yedra**, por A. G. Barrili.
- 31.—**El Libro del Amor y de la Muerte**, por Francisco Villaespesa.
- 32.—**El Candidato**, por Carlos María Ocantos.
- 33.—**Sobre el abismo**, por Eduardo Zamacois.
- 34.—**La imposible**, por Rafael López de Haro.
- 35.—**Bodas trágicas**, por Eduardo Zamacois.
- 36.—**La Pícará Justina**.
- 37.—**Al borde del pecado**, por Alvaro Retana.
- 38.—**El Sátiro Príapo y la Diosa Hebe**, por Serafín Puertas.
- 39.—**Fuegos fátuos**, por A. Hernández Catá.
- 40.—**El Diablo Cojuelo**, por Luis Vélez de Guevara.
- 41.—**Tobi**, por Carlos María Ocantos.
- 42.—**Aben-Humeya**, por Francisco Villaespesa.
- 43.—**Los sueños**, por Francisco de Quevedo y Villegas.

- 44.—**Punto - Negro**, por Eduardo Zamacois.
- 45.—**Pelayo González**, por A. Hernández Catá.
- 46.—**El Tesoro de Golconda**, por A. G. Barrili.
- 47.—**Promisión**, por Carlos María Ocantos.
- 48.—**El Salto de la Novia**, por R. López de Haro.
- 49.—**Memorias de una Cortesana** (tomo 1.º), por Eduardo Zamacois.
- 50.—**Memorias de una Cortesana** (t. 2.º).
- 51.—**El último Contrabandista**, por Carmen de Burgos.
- 52.—**Collar de Perlas**.
- 53.—**Siempre viva**, por A. Martínez Olmedilla.
- 54.—**El Maestrante**, por A. Palacio Valdés.
- 55.—**A flor de piel**, por Antonio de Hoyos y Vinent.
- 56.—**La noche del sábado**.—**Lo Cursí**, por Jacinto Benavente.
- 57.—**El Seductor**, por Eduardo Zamacois.
- 58.—**La procesión de los días**, por W. Fernández-Flórez.
- 59.—**La hermana San Sulpicio**, por A. Palacio Valdés.
- 60.—**Siervo y tirano**, por A. Martínez Olmedilla.
- 61.—**Las sensaciones de Julia**, por Rafael López de Haro.
- 62.—**Loca de amor**, por Eduardo Zamacois.
- 63.—**La Celestina**, por Fernando de Rojas.
- 64.—**Duelo a muerte**, por Eduardo Zamacois.
- 65.—**Frivialidad**, por A. de Hoyos y Vinent.
- 66.—**La enferma**, por Eduardo Zamacois.
- 67.—**Sirena**, por Rafael López de Haro.
- 68.—**Tik-Nay**, por Eduardo Zamacois.
- 69.—**Los emigrantes**, por A. de Hoyos.

- 70.—**Incesto**, por Eduardo Zamacois.
71.—**Doña Isabel de Godínez**, por Vázquez Yepes.
72.—**Amar a obscuras**, por Eduardo Zamacois.
73.—**Las perversas**, por Augusto Martínez Olmedilla.
74.—**Misia Jeromita**, por C. María Ocantos.
75.—**Noche de bodas**, por E. Zamacois.
76.—**Mors in vita**, por A. de Hoyos y Vinent.
77.—**De carne y hueso**, por Eduardo Zamacois.
78.—**Antología de poetas americanos**.
79.—**La sugestión de América**, por José Costa Figueiras.
80.—**Las fraguas de la fortuna**, por José Costa Figueiras.
81.—**La vejez de Heliogábalo**, por Antonio de Hoyos y Vinent.
82.—**Dominadoras**, por R. López de Haro.
83.—**La hora de la caída**, por A. de Hoyos y Vinent.
84.—**¡Muera el señorito!** por Rafael López de Haro.
85.—**El poema eterno**, por Enrique Anibal.
86.—**El país de los medianos**, por Rafael López de Haro.
87.—**Rosa de Sevilla**, por J. Ortiz de Pinedo.
88.—**Poseída**, por Rafael López de Haro.
89.—**El pobrecito hablador**, por Mariano José de Larra.
90.—**Artículos y poesías**, por Mariano José de Larra.
91.—**El doncel de don Enrique el doliente**, por Mariano José de Larra.
-

